MEMORIAS

DEL

GENERAL GUILLERMO MILLER

AL SERVICIO DE LA

REPÚBLICA DEL PERÚ

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR EL

GENERAL TORRIJOS

Reproducción de la edición de Londres
1829

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, PRECIADOS, 48
—
1910

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

MEMORIAS

DEL

GENERAL MILLER

© Ministerio de Cultura

De esta obra se tiraron 250 ejemplares en papel verjurado y 12 en papel de hilo.

© Ministerio de Cultura

MEMORIAS

DEL

GENERAL GUILLERMO MILLER

AL SERVICIO DE LA

REPÚBLICA DEL PERÚ

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR EL

GENERAL TORRIJOS

Reproducción de la edición de Londres

1829

TOMO I

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR — BIBLIOTECA —

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ.

48, PRECIADOS, 48

—

1910

11 - 2 - 3 - 8 - 27

© Ministerio de Cultura

Madrid.—Imp. de Fortanet, Libertad, 29.—Teléf.° 991.

© Ministerio de Cultura

NOTA

Bajo la inspección de su hermano Juan, editáronse por vez primera, en lengua inglesa, el año 1829, las MEMORIAS DE GUILLERMO MILLER, general del ejército peruano, é inmediatamente, dentro del mismo año, la versión castellana que se reproduce ahora con exquisita fidelidad y sin otras variantes que la corrección de los yerros deslizados en la impresión de algunas fechas y tal cual nombre de lugar y de personas.

La versión hecha por el infortunado General Torrijos debió de tener en su época un éxito quizá inesperado, y harto difícil de explicar en la actualidad de modo satisfactorio; pues si bien se realza su mérito por haber utilizado en ella los materiales dispuestos para la segunda edición inglesa, que no llegó á publicarse, esto no bastaría entonces, probablemente, á determinar la supremacía de la edición española respecto de su original, ya que la de éste se halla con relativa facilidad, mientras aquélla es tachada de verdadero *mirlo blanco*.

Esta preferencia, que podría estimarse como circunstancial, por la calidad del traductor y la condi-

© Ministerio de Cultura

ción de ser un español quien pusiera en su idioma nativo las apreciaciones del General Miller en punto á hechos consumados, pudiera ser legitimada por haberse acrecentado el valer de la edición que nos ocupa con descripciones y otros pormenores de positiva utilidad que no se consignan en la inglesa.

De todas suertes, las particularidades que hayan concurrido en la versión del General Torrijos debieron ser de tal naturaleza, para alcanzar la estimación de que hoy goza y la rareza de ejemplares, verdaderamente singular, que juzgamos pertinente transcribir una advertencia manuscrita en caracteres coetáneos al reverso de las tapas de nuestro ejemplar, y que dice así: *No se presta á nadie, ni al mayor amigo.*

La sobriedad y elocuencia de esta indicación enseña bastante por sí sola para encarecer la necesidad de aconsejar que se reimpriman sin tregua obras de la importancia de la de Miller, ofreciendo con ellas á las modernas generaciones hispano-americanas los elementos de trabajo que les son menester para rendir justo tributo á la verdad histórica.

Es propósito desinteresado del editor proseguir reimprimiendo obras análogas á la de Miller, en condiciones materiales idénticas á las de ésta, como son la de Alvarez de Arenales, García Camba, Riva Agüero, Pezuela y más que hasta el presente no lo hayan sido.

A. G.

Marzo, 1910

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

MEMORIAS

DEL

GENERAL MILLER

AL SERVICIO DE

LA REPÚBLICA DEL PERÚ.

ESCRITAS EN INGLES

POR

MR. JOHN MILLER;

Y

TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR

EL GENERAL TORRIJOS,

AMIGO DE AMBOS.

PRIMER TOMO.

LONDRES:

PUBLICADAS POR

LOS SRES. LONGMAN, REES, ORME, BROWN, Y GREEN,

PATERNOSTER ROW.

EN LA IMPRENTA DE LOS SRES. CARLOS WOOD E HIJO,

POPPIN'S COURT, FLEET STREET.

1829.

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Unido con vínculos de antigua y sincera amistad con el autor de estas Memorias, y el ilustre guerrero que las motiva, no he podido resistir al deseo de contribuir por mi parte al lustre que debe resultarles de su conocimiento y circulación entre las gentes que hablan el castellano, y á las cuales más inmediata é íntimamente conciernen. Además, la utilidad que su lectura debe producir á esas mismas gentes, es otra razón que me ha movido á consagrar mis ocios en su obsequio, poniéndolas en lengua castellana.

La imparcialidad con que Mr. John Miller refiere y juzga los hechos, que él ó su hermano presenciaron; la exactitud de sus pinturas desempeñadas con tanta elocuencia como sencillez; y las observaciones juiciosas, con que ha hecho su obra tan agradable como útil, son títulos bastantes para que el mundo literario le quede agradecido y le admita entre los escritores de buen gusto. Fácil fuera probar esta verdad con el examen crítico de estas Memorias, y yo me creería obligado á hacerlo, si escritores de gran crédito no le hubiesen rendido ese tributo de un modo convincente y satisfactorio *.

* Véanse los periódicos ingleses: *Quarterly Review*, *London Weekly Review*, *Kentish Gazette*, *County Herald*, *Literary Gazette*, *Star*. *Examiner*, *Morning Post*, *Atlas*, *Mirror*, *Athenœum*, *Morning*

© Ministerio de Cultura

Aunque la obra contiene serias acusaciones contra la nación española, no las promueve el encono ó parcialidad contra ella, como se deja ver por la solicitud con que el autor aprovecha las ocasiones en que puede hacer justicia al carácter nacional español. El autor refiere los hechos y saca la consecuencia del estado de esclavitud en que se hallaba la América, y esto es todo lo que á su propósito conviene; toca pues á un español presentar el origen y las causas para que la odiosidad recaiga en quien la tiene merecida. En todas las páginas de esta obra se halla una firmeza de carácter, un modo de decir, y una cierta independencia, que manifiesta claramente que su autor, y él que dió origen á ella, ni temen decir lo que juzgan verdadero y justo, por desagradable que pueda parecer á muchos, ni dejan de manifestar los merecimientos positivos que les constan de individuos de los diferentes partidos, como lo hacen con los generales La Serna, Canterac, Valdez, Lóriga, Ameller y otros muchos buenos jefes y oficiales; y esto la da un valor y una autenticidad que la coloca en el primer rango de imparcialidad y aun de autoridad. La revolución y los

Chronicle, Monthly Magazine, new series, *New Monthly Magazine, London Magazine, Spectator, Monthly Review, Times, Leeds Mercury, United Service Journal, Eclectic Review, The Morgenblatt*, publicado en Sttutgard en Alemania. *Ackermann's Repository;* todos los cuales al dar su juicio sobre estas Memorias, hacen un grande elogio de ellas. *El Albión,* y otros periódicos de los Estados Unidos, han hecho elogios no inferiores sobre el mérito y contenido de esta obra.

© Ministerio de Cultura

acontecimientos se presentan como ocurrieron; los hombres que más particularmente figuraron y figuran, como son; el país y su riqueza cual es y puede ser, y en una palabra pinta y hace conocer á la América, al mismo tiempo que la sencillez de sus narraciones lleva insensiblemente al conocimiento de las cosas, y hace formar más justa idea y mucho más ventajosa, que habría podido lograrlo con pomposos ó exagerados encomios, que envuelven en sí la parcialidad y casi siempre la injusticia.

Estas Memorias abrazan el período más interesante de la sangrienta y obstinada lucha terminada en los llanos de Ayacucho, con la Independencia de la América del Sur. La clase de guerra que en ella se describe causa un interés particular, pues hay pocas ó ninguna que tengan rasgos de originalidad tan marcada. La historia antigua y moderna nos ofrece ejemplos de grandes y aun numerosísimos ejércitos, operando en un teatro reducido ó atravesando inmensos países; algunas veces, pueblos enteros han inundado el territorio de sus vecinos; casi nunca, ejércitos poco numerosos lidiaron en una extensión de país desproporcionada á su fuerza, sin elementos inmediatos que los sostuvieran; á la guerra de América estaba reservado llevar la escala de las operaciones á un grado tal, que la imaginación se pierde al contemplarlas. Cuatro ó seis mil hombres debían principiar hoy un movimiento, que á los seis meses, después de haber andado quinientas leguas, con millones de obstáculos que vencer, y mil conside-

© Ministerio de Cultura

raciones que tener presentes, había de dar á conocer, si los datos en que se fundaba, eran ó no exactos. Nada hay comparable á los trabajos y penalidades que ofrece la relación de las operaciones militares, ejecutadas en el vasto, difícil y despoblado territorio de la América del Sur. El valor y el entusiasmo de los patriotas que lidiaban por su libertad, puede únicamente compararse al valor y la constancia con que los realistas desempeñaban el encargo que les estaba cometido.

Esta lucha principió con horrores de una y otra parte, que sólo pueden disculpar, de algún modo, las circunstancias en que se cometieron; y las manchas con que la conducta de algunos se presenta al ojo imparcial de todo hombre sensible, se disminuyen mucho, si se considera que en tales ocasiones se ve el hombre arrastrado á pasos que su voluntad y sensibilidad reprueban. El curso de la guerra en vez de aumentar el furor de los partidos y redoblar las venganzas, como parecía natural que sucediera, fué insensiblemente templando los ánimos, hasta que al fin lidiaban sólo por la posesión del país, y no por satisfacer resentimientos particulares ó de partido. Los habitantes expuestos á las incursiones del vencedor, siempre sometidos al más dichoso ó más fuerte, acompañaban sin embargo con su voluntad y su deseo á los patriotas que peleaban por su independencia. Los realistas y los patriotas completaban sus regimientos y mantenían la guerra con naturales del país y con los recursos que su suelo y su riqueza ofrecían. Todos, puede decirse, que eran america-

© Ministerio de Cultura

nos, y la única diferencia que entre unos y otros existía, era que los primeros exigían como un deber y casi siempre á la fuerza, lo que los otros recibían en general del patriotismo y entusiasmo de los habitantes. Esta ventaja de parte de los patriotas compensaba las que da á un gobierno establecido, la fuerza de los hábitos, el poder de las preocupaciones, el número de sus hechuras, y las armas de la religión, que presta su ayuda para no arriesgar sus usurpaciones civiles los ministros del culto en los vaivenes políticos; además presentándose los realistas como opresores, la población se enajenaba de ellos, les negaba sus auxilios, y los forzaba á medidas severas que degeneran con la mayor facilidad en tiránicas y aun bárbaras. Los patriotas en tanto, con el carácter legítimo de defensores del país, y siéndolo de hecho de cuantos individuos querían perseguir los realistas, claro es que habían de granjearse la estimación general, y en un período mayor ó menor alcanzar la victoria, y con ella la independencia de su patria.

Además de las operaciones militares descritas con tanta precisión y laconismo, estas Memorias contienen la relación de todos los acontecimientos políticos de importancia que han ocurrido en la América del Sur, desde el principio hasta el fin de su regeneración política. También contienen la minuciosa explicación de la clase de país, costumbres, carácter y hasta entretenimientos de los habitantes por donde ha viajado el autor de las Memorias, ó su hermano

© Ministerio de Cultura

el General, ofreciendo el conocimiento de países no sólo desconocidos á la Europa, sino á la América misma. Con efecto; tan diversos son los usos en Buenos Aires, Chile y Perú, como en España, Francia é Inglaterra. El general Miller los ha recorrido todos, y ha podido suministrar noticias de personas y de cosas que pocos poseen; y éstas como hacen relación á sucesos que tantos han presenciado, y á sujetos que aun existen, llevan en sí mismas el testimonio de la certeza.

El general Miller, á quien en edad muy tierna conocí íntimamente en mi patria el año 1812, ocupa tal parte en estas Memorias, y la ha tenido tan grande en el triunfo de la causa de la América del Sur, que no puede menos de dar motivo á algunas observaciones.

Este general desde muy joven daba indicios positivos de valor, cierta probidad natural, y mucha firmeza de carácter. Estas cualidades crecieron con su persona, y le hicieron estimar por sus amigos *. Ellas y su capacidad ya extendida con mayores conocimientos, fueron todos los apoyos y recomendaciones que le acompañaron á un país, donde no conocía ni una sola persona, y cuyo idioma no hablaba correctamente. Nombrado capitán al servicio de Buenos Aires, emprendió su marcha para reunirse al ejérci-

* Es de esperar que el autor de estas Memorias accederá á los ruegos de sus amigos, presentando en otra edición de esta obra la relación histórica de los primeros años y el principio de la carrera del general Miller; así como los servicios que prestó y observaciones que hizo en la guerra de la Península, desde cuya época principia el diario que sirve de base á estas Memorias.

© Ministerio de Cultura

to de los Andes, y no se pasó mucho tiempo sin que se hubiese granjeado la estimación de sus compañeros. La batalla ó sorpresa de Cancharayada, en que se distinguió particularmente salvando dos piezas de campaña, le hizo conocer de sus jefes, y le atrajo la consideración general. Un joven militar á quien la fortuna ofrece ocasiones en que probar su capacidad y su bizarría en el principio de su carrera, asegura sus ascensos por el camino del merecimiento. Sus jefes le buscan y emplean de continuo, y esta sucesión frecuente de comisiones de peligro, difíciles y trabajosas, le llevan insensiblemente de la estimación al aprecio, y del aprecio al respeto, y á veces á la admiración general. Esto sucedió al general Miller, que buscado por Blanco Cicerón, y luego por lord Cochrane, le abrieron un teatro de peligros y privaciones, que le adquirieron un nombre distinguido. Su conducta afable, humana y generosa con los habitantes del país donde operaba, y su celo por el bienestar y conservación de los individuos que mandaba, le granjearon el cariño de sus soldados y el respeto de aquellos habitantes.

Herido repetidas veces, atacado de enfermedades peligrosas, consecuencia natural de sus padecimientos en una guerra que no tiene igual, y en la que á penas Miller lo tiene, hostilizó á los realistas por cuantos medios puede concebir la imaginación más fecunda, unida á la actividad más incansable, pero noble y generosamente. Sin solicitar destinos, ni temer los compromisos que acompañan al mando en

© Ministerio de Cultura

épocas tan difíciles, distante de la residencia del gobierno, y sin más apoyos que su crédito y sus acciones, se vió á Miller seguir de puesto en puesto, y de mando en mando, haciéndose cada vez más y más acreedor á la estimación general. Por una singularidad que le honra mucho, Miller estuvo casi siempre destacado del ejército, hostilizando á las tropas realistas, mientras el ejército patriota estaba en cantones ó gozando algún descanso; pero así que una acción general se preparaba, aparecía en el acto de ella ó poco antes, y ya victoriosos ó vencidos, siempre se distinguió particularmente.

Miller principió su carrera en la artillería, en cuya arma sirvió con distinción; de ella pasó á mandar los marinos de la escuadra chilena, con la cual se halló en diversas empresas y expediciones penosísimas y de riesgo; de este servicio pasó al que le correspondía en su arma de infantería en que tanto se hizo notar; sólo le faltaba servir en la caballería, y para que probase su capacidad en todas las armas, le confirieron el mando de la caballeria peruana, y en los llanos de Junín manifestó su valor, su serenidad, su sangre fría y ojo militar. La memorable batalla de Ayacucho, en que se decidió la suerte de la América, puede esencialmente atribuirse su éxito á las dos cargas de caballería, que causáron la derrota de las tropas del virrey y de la división victoriosa de Valdez. Miller era comandante general de la caballería, y conduciendo personalmente la última carga, contribuyó eficazmente á la victoria.

© Ministerio de Cultura

Diestro en todas las armas, prudente, y decidido en el consejo, incansable en el servicio, y ajeno de las cábalas é intrigas de partido, que se mezclan generalmente en las deliberaciones y conducta de un gobierno nuevo y mal seguro, Miller sirvió siempre á la patria que había adoptado, haciendo como debía abstracción de personas y partidos. Esta conducta le negaba los medios fáciles de adelantar y figurar con que suelen hacerlo los intrigantes; pero ponía á cubierto su persona y sus méritos positivos, de los cambios repentinos de los partidos y las facciones.

Terminada la guerra, obtuvo mandos civiles de importancia, en que hizo ver su celo por el bien público, sus conocimientos políticos y económicos, y sobre todo, una integridad y rectitud de principios y de acciones, que dieron nuevo lustre á su crédito como militar. Cansado de tantos afanes, sufriendo aún de sus numerosas heridas, deseoso de ver á su anciana madre y sus parientes, y necesitando los aires nativos para reponer su salud, vino á Inglaterra, donde fué recibido con las distinciones debidas á la gloria que á su nombre acompañaba. Su genio activo no podía quedar sin ocupación *; y en este país donde el estudio y la lectura son una necesidad, ha ensanchado el círculo de sus conocimientos en todos los ramos que forman parte de la administración pública; ha restablecido del todo su salud y robustez primera,

* Para probar la laboriosidad del general Miller, basta decir, que en su travesía en el paquete de Río Janeiro á Inglaterra, para no estar ocioso, tradujo al castellano, el «Rasselas,» del Dr. Johnson.

© Ministerio de Cultura

y es un hombre en el día, en quien la patria que adoptó puede depositar su entera confianza y fundar en él halagüeñas esperanzas.

El general Miller es alto, blanco, rubio, sonrosado, de mirar dulce y rostro afable. Es franco en su trato, sin faltar á la dignidad y cortesía, y sumamente consecuente con sus amigos. Sin haber olvidado nada de su idioma nativo, habla bien el castellano y el francés; ha viajado por Portugal, España, Francia, Holanda, Suiza, Italia, Países Bajos, y parte de la Alemania; por Inglaterra su país natal, y por casi toda la América del Sur y parte de la del Norte. Todas estas circunstancias le hacen un ornamento de la buena sociedad, y el encanto de sus amigos.

Hecho el bosquejo del mérito y contenido de estas Memorias; de la lucha atroz de que son objeto, y de la conducta y carácter del guerrero cuyas operaciones forman la base de ellas, faltara á los sentimientos de mi alma y á los deberes de hombre de bien, si no me hiciera cargo de las acusaciones que resultan á mi patria, para presentar el origen de ellas y reducirlas á su verdadero valor. De tal modo me considero obligado á este deber, que me ha estimulado tanto como la amistad á emprender la traducción de estas Memorias, para contribuir en cuanto pueda á dar á esta cuestión el punto de vista verdadero.

De injusto y desastroso se acusa el sistema colonial, á que por tres siglos se vió la América sujeta,

© Ministerio de Cultura

¿pero este sistema era privativo á España? ¿No seguían igual conducta con sus colonias, las otras naciones? ¿Si alguna lo mitigó con parte de ellas, no fué la consecuencia de la libertad que ella misma gozaba? ¿La desgraciada España, disfrutaba de tal beneficio, ni tenía los medios de expresar su voluntad? ¿Los que tan atrozmente la acusan, no podrían emplear mejor su pluma, en hacer que cesaran las injusticias que cometen sus gobiernos con las colonias que poseen? ¿Las que formaron las repúblicas de la antigüedad y los países que conquistaron, fueron más felices? ¿Las que desde el Indo al Canadá sufren el yugo europeo, son más dichosas? ¿Por qué pues se ataca sólo á la España que ha estado y está tan oprimida por sus reyes desde el descubrimiento de sus colonias, como sus reyes oprimieron á la América? ¿Sus leyes y regulaciones coloniales, aunque defectuosas, no las siguen todas las naciones en los casos dudosos? ¿Las islas y colonias españolas, que por consecuencia de la guerra han pasado á otras naciones, han ganado mucho en su gobierno y administración? ¿Qué nación dió á sus colonias el todo de los medios que ella poseía de ilustración y de enseñanza pública? ¿Cuántas Universidades, seminarios conciliares y colegios se contaban en ellas? ¿No abundaban en las colonias españolas? La América estaba equilibrada á la España, y esto es cuanto podía exigirse. Reclamar para las colonias lo que la metrópoli no poseía, es una insensatez. La América del Norte era sin duda más feliz antes de su

© Ministerio de Cultura

emancipación que la América del Sur; ¿pero no lo era también mucho más la Inglaterra, que la España? ¿Cuánta sangre no costó la independencia de aquellas colonias? ¿Daba esa misma Inglaterra igual trato á todas sus posesiones? ¿Lo da en el día? ¿Están equilibradas á la metrópoli las que actualmente posee? ¿El mismo Reino Unido, goza igualmente de los beneficios de sus instituciones liberales y bien entendidas? Esa Francia republicana ¿cómo trató á sus colonias? ¿No inmoló millares de víctimas, para someterlas, aun en los días de su libertad desmedida y bulliciosa? ¿La Holanda, Génova y Venecia, han dejado en los países que poseyeron ejemplos de más filantropía y moderación que la Inglaterra, la Francia, la España y Portugal? Todas las naciones han observado y observan con las colonias que poseen una conducta injusta, haciendo plegar sus intereses al comercio y utilidades de la madre patria.

La España conquistó sus colonias por la fuerza de sus armas, en un tiempo en que las costumbres no estaban tan morigeradas como en la edad presente; en ocasión en que una piedad mal entendida hacía inmolar víctimas sin cuento, y cuando á la superstición se elevaban altares en todas partes. El estado de atraso en que se hallaban los indígenas, sus usos, maneras, religión, sacrificios y forma de hacer la guerra, y el origen dudoso de los primeros pobladores, negaba á aquellos desgraciados toda consideración, y su conservación ó su exterminio se pesaba en la balanza de lo útil, y no en la de lo justo. Querer juzgar á los

© Ministerio de Cultura

conquistadores ni á sus descendientes por los principios que actualmente gobiernan al mundo, fuera una injusticia notoria. Sin remontarse al origen de las cosas, ni dar á los tiempos y á las circunstancias el valor que deben tener para juzgar con acierto, declamadores inconsiderados han acusado y acusan á la España y á los españoles de crueldades y barbaries, que en semejante caso habrían cometido ellos mismos, y que tal vez habrían superado.

No bien el dominio español se estableció de un modo positivo y seguro en la vasta extensión de las Américas, un código completo y bien entendido fijó la suerte de aquellos países. Leyes justas y sabias, fundadas en el derecho natural, base esencial de toda legislación, fueron expresamente copiladas ó formadas para el gobierno futuro de la América; pero el carácter de solicitud paternal y de voluntad del príncipe que en seguida tomaron, ya para prevenir los delitos, ó para evitar los extravíos, unido al oro que la América producía, hizo un cambio absoluto en la suerte é instituciones de la pobre España.

Desde aquel momento, nada quedó fiado al interés individual; la mano del gobierno se mezcló hasta en los actos más sencillos y privados de la vida doméstica; al paso que leguleyos indiscretos publicaban leyes y hacían reglamentos hasta para los hilos, ancho y peso que habían de tener los paños, y la hora en que los ciudadanos debían recogerse á sus casas, ó dispertarse á la mañana. Ya no hubo voluntad; y las riquezas que la América ofrecía, facili-

© Ministerio de Cultura

tando al gobierno los medios de multiplicar sus agentes, hizo que la opresión llegase á ser real y efectiva. Este progresivo aumento de opresión y de opresores, proporcionó los medios á los reyes de España para destruir el gobierno monárquico moderado ó representativo, que había llevado á la nación al colmo de grandeza y poderío, con que se había hecho respetar de todo el mundo. Apoyados por el clero, y unos cuantos atrevidos y venales moralistas, y sobre todo por la horrenda inquisición, tomaron la dirección de la opinión; sólo á ellos era permitido dirigirse al público en las cuestiones políticas, y sancionando con la repetición y el apoyo de la iglesia aquellos falsos principios, los recibimos en nuestra infancia santificados á la par del dogma sagrado de la consolante religión de Jesucristo, que afortunadamente profesamos.

Suministrando cada día la América más metales preciosos, única riqueza que se estimaba por tal en aquella época, los reyes pudieron hacerse independientes del pueblo; cesaron de reunir á sus representantes para pedirles auxilios, y las generaciones inmediatas, ni siquiera oyeron hablar de los derechos inherentes al hombre, ni de la libertad que debía gozar. Leyes civiles ó criminales promulgadas al intento, ya para la América ó para la España, con toda la ostentación de un cuidado y un desvelo paternal en favor de sus súbditos, abrió el camino al sistema patriarcal de nuestros publicistas, que es el verdadero absolutismo disfrazado mañosamente. Sin em-

© Ministerio de Cultura

bargo, como aun se conservaban ideas de los felices tiempos pasados, y el sistema municipal electivo mantenía el recuerdo y una tendencia á la libertad civil, fué preciso que se apoyasen en corporaciones que diesen el aire de legalidad á sus resoluciones. El Consejo de Castilla prestó su apoyo al brazo opresor de su país; y el Consejo de Indias con sus mismas facultades, honores y regalías, lo prestó también con respecto á la América. Ambos se hicieron los reguladores de la suerte de España y de la América, cuando la voluntad ó el capricho del príncipe no mediaba, y se apropiaron el poder y atribuciones de la antigua representación nacional. Los reyes les dejaron hacer esas usurpaciones, y se aprovecharon gustosos del ansia de mandar de aquellas corporaciones, para substituir con ellas las antiguas Cortes, reservándose, como absolutos, la facultad de remover, deponer, desterrar, prender ó ahorcar á sus individuos.

Muchos de los conquistadores, gran parte de los empleados, y no pocos de los que iban á probar fortuna á América, bien avenidos con el clima y fertilidad de aquel suelo, ó temerosos de surcar nuevamente los mares en época que aún era peligroso hacerlo, se establecieron en aquellos países, se multiplicaron, y las nuevas generaciones reclamaban establecimientos de instrucción pública y de dirección. Calcando la planta de los defectuosos y ya viciados que había en España, los trasplantaron á la América, y aquellas regiones quedaron, como su metrópoli, estacionarias en sus luces y conocimientos en el siglo

© Ministerio de Cultura

diez y seis. El espíritu de libertad que el sistema municipal conservaba en ambos hemisferios, mantenía sin embargo un cierto germen de independencia en los espíritus, que el clero miraba aún con más rivalidad que el gobierno. A pretexto de necesidades públicas, vendieron los reyes de España los regimientos y escribanías á perpetuidad, á los que quisieron comprarlos, haciéndolos transmisibles por herencia ó venta. Esta medida produjo la creación defectuosa de una suma de gobiernos oligarcas que se oponían y hacían frente al gobierno central de la nación, y le detenía en sus pasos y sus usurpaciones; mientras que el clero, á la sombra de la inmunidad que le ofrecía la inquisición, aumentaba cada día su poder y su influencia; se había apoderado de la instrucción pública en todas partes; era dueño por los donativos de los reyes para expiar sus culpas, y por el sistema de mandas, arrancadas en artículo de muerte, de la parte más pingüe del territorio; y las misiones con que se enriquecía en América le hicieron ya tan poderoso, que el gobierno despótico llegó á temer por su existencia. Una teocracia absoluta dirigida por el jefe supremo de la iglesia, era el plan que se atribuía á los Jesuítas, más poderosos y más diestros que sus compañeros: campeones famosos que colocados en la palestra desafiaban orgullosamente á cuanto osara oponérseles.

El gobierno entonces invocó al pueblo que inconsideradamente había embrutecido, y viéndole tardío en conocer sus intereses, y aprovechar la oportunidad

© Ministerio de Cultura

de romper las cadenas y servil abatimiento en que la superstición y el fanatismo le había sumido, acudió á los hombres eminentes que al corriente del progreso de las luces, lloraban en el retiro de su gabinete los males y la ignorancia en que yacía su patria. Estos hombres ilustres escucharon su llamamiento; escribieron sobre todos los ramos, é hicieron cuanto era posible por aclarar y dirigir la opinión pública. Aunque apoyados indirectamente por la corte y estimulados por ella, los primeros que saltaron á la arena, cayeron víctimas del poder del brazo atroz, que todo lo sacrificaba á su engrandecimiento. Sin embargo, una ráfaga de luz principió á vigorizar los espíritus; patriotas valientes redoblaron sus ataques, y al fin el gobierno se presentó como parte, decretó la expulsión de los Jesuítas, facilitó los medios de la primera enseñanza por legos, y como por encanto la masa enorme de sirvientes teócratas se retiró á sus claustros y tenebrosas catacumbas.

Rotas las trabas que la superstición imponía, y la inquisición sin fuerza y casi nominal, el pueblo se gozaba en lo que llamaba su triunfo y con las armas poderosas del sarcasmo y el ridículo perseguía á unos enemigos que no osaban dar signos de existencia, á la par que el gobierno iba insensiblemente despojándolos de su mal adquiridas riquezas. Las ideas y principios que triunfaron en Francia se esparcieron rápidamente en España, aunque modificados juiciosa y útilmente por la sensatez del carácter del pueblo español, y reclamaban el ejercicio de las antiguas

© Ministerio de Cultura

leyes españolas, y la reforma de los abusos que las habían substituído; pero el gobierno, que no quería la libertad nacional ni la preponderancia del clero, vaciló en la marcha que debía seguir, dió con su debilidad ánimo á ambos partidos, y su inmoralidad y mala administración, pretextos plausibles para que todos le atacasen. Aborrecido por sus súbditos, lidiando con mil privaciones que la dilapidación había creado y dividido en sí mismo, se hallaba en un estado de absoluta impotencia. La invasión falaz de los franceses le hizo desaparecer en el acto; pero el orgullo nacional ofendido, llamó á las armas á todos los españoles y señalaron sus primeros pasos con triunfos que presagiaron el resultado feliz de tantos sacrificios. El clero entonces creyó que las circunstancias le ofrecían una ocasión para readquirir su poder y su influencia, y secundó el grito nacional, invocando los nombres de patria y de Fernando, en la esperanza de oprimir á la nación y al gobierno. Esta es la razón por que muchos extranjeros atribuyen á fanatismo la lucha gloriosa que por más noble causa emprendieron los españoles, que siguieron con tanta valentía, y que terminaron victoriosamente; sin considerar que el pueblo la principió por sí mismo sin más estímulo que su pundonor ofendido, y la siguió sin más objeto que vengar sus ofensas, redimir su monarca de quien, por sus solemnes promesas, esperaba pago muy diverso del que ha dado á sus servicios, y destruir para siempre el gobierno arbitrario que había arruinado á la nación.

© Ministerio de Cultura

No bien el clero vió el sesgo que tomaba la opinión, é impotente para resistirla de frente, retiró como cuerpo su influjo y su poder, y si bien no osaba cooperar al triunfo de Napoleón que amenazaba tan de cerca sus intereses, principió á conspirar contra el gobierno nacional que debía acabar con la indebida influencia que en lo civil había ejercido, y con los abusos que lo enriquecían. A esta época, muchos y muy dignos y respetables sacerdotes se separaron de la masa común, y uniéndose á la causa de la patria la sirvieron eficazmente entonces, y luego han defendido con noble desinterés los derechos del pueblo y su libertad. Gran número, entre ellos varios obispos, han sido perseguidos y obligados á emigrar de su patria, y no pocos gimen y han gemido largo tiempo en los calabozos, con que Fernando y los prevaricadores recompensaron sus virtudes.

La América española seguía naturalmente equilibrada con la metrópoli, con la sola diferencia, que á los males comunes á ambos países reunía la mayor frecuencia de abusos locales ejercidos por agentes subalternos, á quienes la distancia del gobierno daba ánimo para cometer vejaciones á que tal vez no se habrían determinado en España. Con todo, el despotismo ilustrado que ejercieron los virreyes en América, puede que en muchas ocasiones fuese menos opresivo y degradante que el que ejercieron en España algunos reyes malos y no pocos ministros y favoritos perversos. Sea de esto lo que quiera, no podía esperarse en las colonias de una nación esclava

© Ministerio de Cultura

y oprimida, ya por el fanatismo ó ya por el poder absoluto de sus reyes, ni buen gobierno, ni justicia, ni libertad. A la América se la prohibía plantar los frutos que la España producía, y la misma mano bárbara y opresora, prohibía á la España generalizar en su suelo ninguna de las producciones de la América. Como todas las naciones han hecho y hacen con sus colonias, la América no podía comerciar sino con la España, pero el gobierno español, siguiendo su sistema restrictivo y de monopolio, redujo el comercio de América á armadores especiales, primero desde Sevilla y bajo la inspección del gobierno, y luego desde Cádiz, y al fin se extendió á muy pocos puertos. Venales y arbitrarios serían algunos de los empleados que iban á América, ¿pero tenían más probidad ni más moderación algunos de los que nombraban para España? ¿Qué podía esperarse de un gobierno tan desmoralizado y corrompido? La América y la España lloraban á un tiempo unas mismas desgracias, y una á otra causaba su ruina. La primera, daba con sus metales preciosos las armas que el déspota necesitaba para oprimir á la segunda, por medio de sus innumerables agentes pagados con aquellas riquezas, y la arrancaba su juventud para con ella mantener en la esclavitud á la otra juventud que rara vez volvía á su país.

La América, sin embargo, ha ganado en aquel período el conocimiento de la religión Cristiana, que si pudiera prescindirse de su santidad y verdad, fuera bastante por los preceptos de pura moral que enseña,

© Ministerio de Cultura

para considerarse como una dicha el profesarla. Su ilustración real y relativa, es infinitamente mayor; y su población, si se cuentan los indios no sometidos, puede que no haya disminuído mucho ó nada. Su riqueza territorial, que es la verdadera y real riqueza, ha tenido un aumento muy considerable; sus hijos cuando la emancipación es tan reciente, figuran con respeto entre todas las gentes de todos los países; y hombres ilustres en todos ramos, y escritores eminentes en verso y prosa, honran la América con sus nombres. La España en tanto, ha perdido su rango entre las naciones; ha perdido sus instituciones liberales, y ha gemido por espacio de tres siglos y aún gime bajo el peso atroz de un despotismo encarnizado y vengativo. Su población ha disminuído á una mitad; su riqueza territorial, su comercio y su industria, son casi nulas comparadas á las que tenía cuando se conquistaron las Américas; y su ilustración relativa á las otras naciones del continente europeo ha retrogradado tanto, que de gozar un rango entre las primeras, ocupa actualmente un lugar entre las más atrasadas. La América no tuvo la culpa directa en estos males de la España; pero tampoco ésta los tuvo de los que sufrió la América. Ambas eran víctimas del gobierno español que las oprimía, y ambas acechaban una oportunidad para romper sus cadenas.

La invasión de la Península puso en acción la fuerza del carácter nacional en ambos hemisferios; todos clamaron unánimemente por la libertad; los nombres sacrosantos de patria, independencia, liber-

© Ministerio de Cultura

tad civil y política resonaban por todas partes, y el ejercicio libre de la imprenta, fué una propiedad común. Los gobernantes que regían la nación, acostumbrados á ver el pasivo sufrimiento del pueblo, creyeron que se sometería indiferente al cambio de dinastía; y obligados los primeros á decidir sobre su conducta, cedieron á lo que creían fuerza de las circunstancias; pero variando éstas en seguida por la sublevación general contra el yugo extranjero se hallaron comprometidos, y no pocos á pesar suyo. De aquí resultó la equívoca ó traidora marcha que observaron muchas autoridades en América y en España, y que ha dado motivos á consecuencias erróneas, como sacadas de datos falsos ó inexactos. El pueblo atropelló por todo, se creó juntas provinciales que le gobernasen, y disolvió sin conocerlo la monarquía. Para crearla nuevamente, establecieron un gobierno central compuesto de dos individuos de cada junta particular, y éste, uniendo las partes en que se había dividido el Estado, tomó la dirección de los negocios, y el primer vaivén de disolución quedó enteramente reparado ó no percibido. En América se formaron juntas bajo el mismo pie y por las mismas causas que en España, y la división de aquellos estados se verificó también; pero como no era posible que aquellas juntas se reuniesen entre sí como había hecho la metrópoli, ni el gobierno central de ésta pensó en más que en extraer recursos de aquellas vastas y ricas regiones para atender á los gastos de la guerra, que por falta de una administración metodizada ascendían á sumas inmensas, el ger-

© Ministerio de Cultura

men primitivo siempre existió; fué tomando vigor y extendiéndose, y los hombres de saber y celosos por el bien de su patria vieron la oportunidad que tanto ansiaban, y empezaron á trabajar para emanciparla. Los desastres de las campañas de 1809 y 1810 que pusieron la cuestión de la independencia española tan en peligro, atrajeron el odio al gobierno central ó federado que la regía, cesó al fin en sus funciones, y nombró una regencia que le substituyera con expreso mandato de que convocase las Cortes del reino, fijando las bases para el nombramiento de sus diputados, como impracticable y defectuoso el antiguo llamado por estamentos. La América vió la posibilidad de que la España sucumbiera, y el entusiasmo público preparaba los medios de evitar igual suerte y prolongar la resistencia en aquellas regiones, sin considerar que ella les conducía á la separación de la metrópoli. Los funcionarios públicos en América lo percibieron y equivocando las cosas y los nombres, llamaron espíritu de facción lo que era dignidad, alarmaron al gobierno español, éste se dejó arrastrar inconsideradamente, y la división y rivalidad que nunca antes había existido, principió á manifestarse de un modo positivo. El gobierno, quepor su parte hacía cuanto estaba á su alcance para rechazar la invasión de los franceses, si alguna vez admitía en sus meditaciones la posibilidad de ser vencidos, adoptaba medidas para que la América sufriese igual suerte como hacía con las Canarias, Cuba, etc., etc., para que aunque la España mudase de dinastía no perdiese ninguna de sus pose-

© Ministerio de Cultura

siones. A medidas resueltas por hombres sin gran prestigio, que formaban un gobierno débil, y las cuales tenían un carácter en la apariencia criminal para la misma causa que se defendía, fué fácil que los patriotas americanos se opusieran, que se atrajesen á favor de sus miras á la muchedumbre, y que invocando el nombre de Fernando alcanzaran su independencia.

El pueblo español, por su parte, que después de tantos sacrificios veía la inquisición, aunque adormecida, existente; que los gobiernos anteriores pronunciando anatemas contra la arbitrariedad de la antigua administración, no habían roto la cadena de abusos en que se fundaba, y de la cual no pocas veces se habían aprovechado, clamó pública y unánimemente por leyes fijas, escritas y duraderas que lo pusiesen al abrigo de las persecuciones de un príncipe caprichoso ó de un ministro perverso, y de la avaricia y rapacidad de los agentes del despotismo. Los diputados nombrados para las Cortes escucharon la voz pública; se declararon constituyentes, y copilando las leyes sacrosantas por tres siglos despreciadas, reunieron en un código las inmunidades y derechos que son inherentes al hombre, y que habían gozado nuestros mayores en los tiempos felices de la prosperidad nacional.

Este código contenía en sí la virtual independencia de la América, pues tomada por base la población en general para nombrar por cada 70.000 almas un diputado á Cortes, y superando en población la Améri-

© Ministerio de Cultura

ca á la España en cerca de una mitad, debía resultar que las medidas y deliberaciones habían de ser siempre con una tendencia preferente hacia la América. Para evitar este inconveniente, es más que probable que habrían resuelto formar Cortes, ó representaciones nacionales en varios puntos centrales de la América, y ésta se habría gobernado por sí misma como lo estuvo la del Norte antes de su emancipación, y habría aprendido á dirigirse por sí, y consolidado su libertad al declararse independiente con la misma facilidad que aquélla lo hizo, sin pasar por los trámites sangrientos y tumultuosos con que ha tenido que hacerlo. Pero la América no debía fiar al azar de la continuación del sistema constitucional la grande obra que había emprendido, ni dar lugar á que terminada la guerra pudiese el gobierno dirigir contra ella todo su poder y toda su influencia, robustecidos con el prestigio del regreso y padecimientos de Fernando. Buenos Aires, que era la parte de ella que abiertamente había ya manifestado sus intenciones, siguió impávida su marcha, declaró nula la regencia y las Cortes, y por consiguiente la Constitución, y no cesó de invocar á las demás provincias á que siguiesen su ejemplo, ofreciéndolas el apoyo de sus armas y su cooperación inmediata y efectiva.

Fernando regresó, y en vez de consolidar la dicha nacional en pago de los costosísimos sacrificios que todos habían hecho por él; en vez de declararse el padre de sus pueblos y cumplir las promesas solemnes que había hecho á la nación, cuando ocupó el

© Ministerio de Cultura

trono por la sublevación de Aranjuez, anuló el código que aseguraba las libertades del pueblo, ofreciendo para no chocar contra la opinión general, reunir Cortes, hacer la dicha nacional y no ser absoluto. Pero en vez de cumplir promesas tan sagradas, faltando á la palabra de príncipe y á la fe de caballero, se echó en los brazos de la parte del clero que hasta entonces había estado escondida y conspirando contra el gobierno é instituciones nacionales; se hizo el agente de sus venganzas, y persiguió á los que mejor habían servido á la patria durante su ausencia y más eficazmente habían contribuído á restablecerle en el trono.

No satisfecho con perseguir en España, en vez de enviar emisarios á las diferentes provincias de América con el encargo paternal de terminar las disensiones de aquel país, llevado de los estímulos de los bárbaros y sanguinarios fanáticos que le rodeaban, mandó inmediatamente una expedición, arrancando del seno de sus familias á miles de individuos que habían tomado voluntariamente las armas para servir durante la guerra con Francia, y que al declararse la paz alcanzada con su sangre, esperaban que al menos les dejarían volver á gozar de los placeres domésticos, que tan patrióticamente abandonaron al llamamiento nacional, y por consejo del sanguinario Eguía y del inmoral americano Ostolaza, confió su mando al atroz Morillo.

Cerca de seis años transcurrieron de despotismo, de víctimas y de persecuciones en España, y de despotismo, víctimas, persecuciones y una guerra desola-

© Ministerio de Cultura

dora en América. La aurora de la libertad resplandeció nuevamente en España, consecuencia de la proclamación de la Constitución en 1 de Enero de 1820, fruto sazonado de tantas otras malogradas tentativas, y en el acto el gobierno liberal desistió de las expediciones proyectadas por el absoluto, y prontas para darse á la vela, y un armisticio general se siguió en América á la noticia de la libertad de España. Sus representantes acordaron mandar comisionados especiales «para presentarse á los diferentes gobiernos que se »hallan establecidos en las dos Américas españolas, »oir y recibir todas las proposiciones que se les hi»cieren para transmitirlas á la metrópoli, exceptuan»do aquellas que quitasen ó limitasen de cualquiera »modo á los españoles europeos y americanos que »residen en cualquiera parte de las provincias de ul»tramar, la libertad absoluta de trasladar y disponer »de sus personas, familias y propiedades como mejor »les convenga, sin oponérseles para ello ningún obs»táculo ni medida que resulte en menoscabo de sus »fortunas. 2. Los comisionados permanecerán allí »hasta que llegue la respuesta», etc., etc. Si una delicadeza tal vez excesiva, por salvar el honor del nombre español, les hizo más tardíos de lo que habría sido de desear y justo, para mandar suspender desde luego los efectos de aquella guerra desastrosa, al menos este paso hizo ver en parte los sentimientos de la nación española. La primera representación nacional declaró á los americanos los mismos derechos que á los nacidos en España. La segunda, hallando aquellas regio-

© Ministerio de Cultura

nes peleando por su independencia, ofreció tratar con ellas admitiendo por base de sus negociaciones esa misma independencia; y la tercera hizo entender á una nación poderosa sus deseos de que mediase en la forma y manera del reconocimiento de la independencia por que lidiaban. ¿Se podrá acusar á la España como nación, de cruel y de opresora con respecto á sus colonias? ¿Se dirá con justicia que los liberales se oponían á la independencia americana sacrificando á necias preocupaciones los intereses más preciosos de la América y de la España? ¡Cuánto tiempo y cuánta sangre no sacrificaron hasta las naciones más cultas y mejor gobernadas, antes de renunciar á la posesión de sus colonias que no sólo habían proclamado su independencia, sino que lo eran ya de hecho! Las únicas tres legislaturas españolas que pudieron expresar el sentimiento nacional, ¿no se diferenciaron de los tiranos que habían oprimido á la España y á la América? ¿Cuál es la conducta que Fernando observó después y sigue actualmente? Expediciones repetidas van reuniendo en las islas de Cuba y las Canarias una fuerza, que amenazando siempre un desembarco mantiene en alarma los nuevos estados, da fomento al descontento que en mudanzas repentinas de gobiernos, son la consecuencia natural del cambio de las fortunas de los individuos que vivían á favor de los abusos, y es más que probable que al fin haga desembarcar sus tropas y encienda la guerra civil en aquellas repúblicas, sacrificando á su furor, inútilmente, esas víctimas más de uno y otro hemisferio.

© Ministerio de Cultura

¿Qué sucedería si la libertad hubiese continuado prestando á la España su benéfica influencia? ¿Qué sucedería si volviese á brillar en ella después de tantas desdichas? El reconocimiento de la Independencia americana se habría verificado ya ó se verificaría en el acto en la segunda hipótesis, bajo bases liberales, justas y de mutua conveniencia; las relaciones de amistad y parentesco tomarían su antigua fuerza; nos uniríamos con la cordialidad á que nos llaman nuestros vínculos naturales, la identidad de idioma, usos, costumbres, apetitos y aun vicios, y una franca comunicación y útil permutación de nuestras superabundancias recíprocas, haría salir de la nada en que se encuentra nuestro comercio y marina mercantil, al estado á que la naturaleza benignamente la convida. Si esto es positivo como los hechos lo prueban por sí mismos; si el absolutismo en España es el que se opone á la felicidad completa y tranquila de la América y á la prosperidad y dicha de los españoles, ¿por qué no se unen para destruir ese edificio ensangrentado con tantas víctimas, y tan impropio de las luces de la edad presente? ¿No hicieran mejor en ello que en prodigarse nombres y títulos que no cuadran mejor á unos que á otros? ¿Qué más derechos tiene un Fernández, un Córdova, un Rodríguez, un Alvarado, etc., etcétera, nacidos en España, á la descendencia por línea recta ó transversal de Ataulfo, de Witiza ó de Rodrigo, que un Fernández, un Córdova, un Rodríguez, un Alvarado, etc., etc., nacidos en América?

Político y aun justo fué, que durante la lucha san-

© Ministerio de Cultura

grienta que con tanta gloria han sostenido los americanos, abriesen los archivos del recuerdo y presentasen para inflamar al vulgo ignorante, que necesita siempre para moverse de grandes impresiones, un conjunto de acusaciones atroces, que por vengarlas corriesen inmediatamente á las armas. Pero cuando la guerra ha terminado; cuando la razón, la justicia y la política reclaman un proceder diferente, ¿á qué perpetuar odiosidades que entibian la buena voluntad y simpatía que debe reinar entre ambos países? ¿No recuerdan los americanos que sus padres, sus abuelos ó antepasados fueron españoles, y que sus acusaciones recaen sobre la memoria de los que deben mirar con respetuosa veneración? ¿Quiénes fueron los perpetradores de los crímenes que con tanta ostentación se vociferan, si es que efectivamente se cometieron? Si con efecto muy pocos americanos ocuparon los primeros puestos de la magistratura civil en América, y muy pocos militares americanos han mandado en ella, ¿cuántos ministros del despacho, presidentes de los consejos, capitanes generales de las provincias y departamentos de marina, inspectores, virreyes, gobernadores, etc., no ha habido en España y los hay aún en el día, que eran americanos? ¿Excluía por ventura el ser americano para optar á los destinos en España? No; antes al contrario, su viveza natural y dulzura de carácter y maneras, les abría el camino para ser bien admitidos en la sociedad, y adelantar en la carrera que abrazaban.

El americano más fanatizado contra la España, no

© Ministerio de Cultura

podrá negar estas verdades, y tendrá que convenir con lo justo de mis observaciones. Recuerden la hospitalidad y acogida obsequiosa que los españoles les daban en su patria, y obrando por los impulsos del corazón y no de una mal entendida política, fijen la vista sobre la suerte que aun acoge al país de su descendencia, á sus parientes y amigos; tiéndanles una mano protectora, calculen bien sus propios intereses, y añadan á la gloria de haber alcanzado con las armas su libertad é independencia, la de haber ayudado á sus hermanos, á ser libres é independientes.

Yo confío que no será duradero entre la España y la América el encono que la guerra civil excitó en todos tiempos en todos los países, y aunque los hábitos y las preocupaciones conservarán por algún tiempo una tendencia hacia las exageradas acusaciones entre españoles y americanos, al fin la razón triunfará, y unos á otros se harán justicia. Por lo tanto, es de esperar que los españoles que no consideren ya á los americanos como hijos rebeldes, sino como patriotas que hicieron lo que ellos en su caso habrían hecho; y los americanos que no miren á los españoles como sus opresores, sino como víctimas de unos mismos abusos y de un mismo gobierno, fijarán toda su atención en establecer entre sí, lo más sólidamente que puedan, y tan pronto como estuviere á su alcance, aquella buena armonía que reclama una bien entendida política, para preparar la opinión al olvido de antiguas desgracias y pasadas desavenen-

© Ministerio de Cultura

cias. En las querellas de familia, debe prescindirse generosamente de las ofensas, y el honor y la gloria pertenece al que primero tiende la mano y ofrece una sincera reconciliación. El ejemplo práctico y visible que presentan los Estados Unidos, de la mayor utilidad que en el día producen á su antigua metrópoli, que la produjeron como colonias, debe ilustrar lo bastante á todo español para inclinarle á prestar su cooperación á la amistad y unión entre españoles y americanos; y los americanos deben considerar los beneficios que en igualdad de circunstancias obtuvieron los Estados Unidos, y el sólido poder y felicidades que les produjo en tan pocos años, la sabia política que al fin adoptó con ellos la Inglaterra. Mientras los hombres verdaderamente de estado de uno y otro lado del Atlántico se regocijen de las mutuas ventajas que hayan alcanzado, el filósofo observador se gozará con la idea de que el Nuevo Mundo por medio de la paz adquirirá muy pronto la consistencia y las luces que constituyen el poder y perpetúan el honor de las naciones y de la especie humana.

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

INTRODUCCION

Estas Memorias las he formado esencialmente de las cartas particulares, diarios y anotaciones de mi hermano, el general Miller, que por espacio de más de diez años ha estado sirviendo á la América del Sur. Estos documentos ofrecen materiales abundantísimos para la relación de las operaciones de la guerra de la independencia en las provincias del Río de la Plata, Chile y el Perú; y contienen descripciones y observaciones sobre aquellos dilatados países, con incidentes y anécdotas que ilustran á cerca del carácter, maneras y costumbres de sus habitantes.

Como la geografía y posteriores divisiones políticas de los nuevos estados americanos no son bien conocidas á la generalidad de los lectores europeos, he presentado una relación de ellos, acompañando el cómputo de su poblacion y el nombre de las provincias que los forman. Una ojeada en el mapa general y la observación de las tablas estadísticas, darán una idea bastante correcta de los confines y población de los estados de que se trata. Se presenta el bosquejo del mapa de España y Portugal, precisamente bajo la misma escala que el general de la América, para manifestar lo insignificante de la extensión territorial de aquellos reinos, comparada con las vastas regiones

© Ministerio de Cultura

en que por tanto tiempo ejercieron su dominio destructor. Los mapas y planos han sido grabados por Mr. Arrowsmith, el cual ha dedicado el más cuidadoso esmero para ejecutarlos con la mayor exactitud posible.

El primer capítulo contiene un resumen del sistema colonial español, extraído de documentos de innegable autenticidad, y corroborado con observaciones personales. A éste le sigue un rápido exámen de los efectos de tal sistema, presentando las causas inmediatas de los grandes cambios políticos que han elevado á las antiguas colonias españolas, al rango de naciones independientes.

Uno de los objetos principales de esta obra, es pintar con los colores verdaderos el mérito, valor, constancia, y natural benevolencia del paisanaje y tropa del Perú, Chile y Buenos Aires, que poseen estas buenas cualidades, á pesar de otros vicios; consecuencias del contagio español y mal gobierno.

Elogiar ó condenar con justicia las acciones humanas, es encargo odioso y delicado, y no libre de escollos. La mayor parte de las personas que figuran en las escenas descritas en esta obra existen aún, y algunas de ellas gozan destinos civiles de grande importancia, ó mandos militares de consideración. Cuando cualquiera de ellas reciban elogios, es probable que crean que no se les hacen todos los que se figuran merecer; y cuando por el contrario se censure alguna de sus acciones, les producirá un movimiento de enfado y de indignación. El general Miller no

© Ministerio de Cultura

tiene ningún motivo de queja; ha recibido sus ascensos y cuantos honores le han conferido, sin que directa ó indirectamente los hubiese solicitado, y por consiguiente no puede haber motivo que induzca á ninguna exageración.

Causa un verdadero pesar que haya sido imposible recordar los servicios, ó al menos los nombres de centenares de individuos, á cuya cooperación efectiva é importante en circunstancias muy críticas, se considera el general Miller muy reconocido. Arequipa sólo podría ofrecer una crecida lista de nombres que hicieran honor á estas Memorias.

Para la formación de los cuatro primeros capítulos se han consultado las *Noticias Secretas,* de Ulloa, publicadas por Mr. Barry; *La vida del Dr. Moreno*, escrita por su hermano, y *Bosquejo de la Revolución en la América Española*, por un americano del Sur (el Dr. Palacios). La lista numerosa de los patriotas condenados á muerte sin juicio previo, y en violación de capitulaciones solemnes ó amnistías, por orden del general Morillo, se ha extraído de un folleto interesante, titulado *Apelación á la nación inglesa en los asuntos relativos á la América del Sur*, por el coronel Maceroni. Esta lista fué extractada de los documentos oficiales publicados en Madrid.

El señor Don José Miguel de la Barra, cónsul general de Chile en Londres, ha tenido la bondad de facilitarme algunas noticias interesantes, relativas á la revolución de su país; y mi gratitud se extiende igualmente á otros amigos que me han ayudado del

© Ministerio de Cultura

mismo modo, particularmente al señor Don Tomás Williams que fué secretario de Legación en la embajada de Colombia, y al señor Don Vicente Pazos Kanki, natural de La Paz, descendiente de uno de los antiguos caciques del Perú, educado provechosamente en el colegio de San Antonio en Cuzco, y que durante su residencia en Londres ha traducido el Nuevo Testamento en lengua indiana. De este caballero he obtenido muchas curiosas é interesantes particularidades, que no es posible percibirse en una carrera militar activa. Yo personalmente he viajado en el Perú desde Payta á Arequipa; he cruzado el istmo de Panamá, y subido por el río Orinoco hasta Angostura; he atravesado el continente desde Valparaíso á Buenos Aires, y pasado algún tiempo en el Río Janeiro, y otras partes del Brasil. Habiendo viajado como neutral, sin tener relación con operaciones militares ni mercantiles, mi relato puede considerarse con derecho al mérito de la imparcialidad.

© Ministerio de Cultura

LOS NUEVOS GOBIERNOS DE AMÉRICA SON:

	Población.
1. La República de las Provincias Unidas del Río de la Plata	600.000
2. República de Chile	1.200.000
3. República del Perú	1.736.923
4. Dictadura del Paraguay	500.000
5. República de Bolivia	1.200.000
6. República de Colombia	2.711.296
7. República de México	8.000.000
8. República de la América Central	1.700.000
9. Imperio del Brasil	4.000.000
	21.648.219

DIVISIÓN TERRITORIAL

	Provincias.
REPÚBLICA ARGENTINA, ó PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA	Buenos Aires. Córdova. Corrientes. Catamarca. Mendoza ó Cuyo. Misiones. Montevideo ó Banda Oriental. Rioja. Salta. Santiago del Estero. Santa Fe. San Juan. San Luis. Tucumán. Tarija.

Capital, Buenos Aires.
Su población, 100.000 almas.

CHILE	Coquimbo. Aconcagua. Santiago. Colchagua.

© Ministerio de Cultura

	Provincias.
CHILE.....	Maule.
	Concepción.
	Valdivia.
	Chiloe.

Capital, SANTIAGO.
Su poblacion, 40.000 almas.

Arauco, la parte más hermosa de Chile, ocupada por indios no sometidos, no se incluye en este cálculo.

	Departamentos.	*Provincias.*
PERÚ.....	LIMA.....	Cercado.
		Canta.
		Cañete.
		Chancay.
		Ica.
		Santa.
		Huarochirí.
		Yauyos.
	TRUJILLO....	Cajamarca.
		Chachapoyas.
		Chota.
		Huamachuco.
		Jaén.
		Lambayeque.
		Maynas.
		Patás.
		Piura.
	JUNÍN.....	Huánuco.
		Huaylas.
		Xauxa.
		Pasco.
		Huamalíes.
		Conchucos.
		Huari.
		Cajatambo.
		Tarma.
	PUNO.....	Lampa.
		Azángaro.
		Caravaya.
		Chucuito.
		Guancaní.

© Ministerio de Cultura

	Departamentos.	*Provincias.*
PERÚ	Arequipa	Cercado.
		Moquegua.
		Arica.
		Tarapacá.
		Condesuyos.
		Caylloma.
		Camaná.
	Ayacucho	Anco.
		Andaguailas.
		Cangallo.
		Guamanga.
		Huancavelica.
		Guanta.
		Lucanas.
		Tayacaja.
		Castrovireina.
		Parinacochas
	Cuzco	Cercado.
		Abancay.
		Aymaraes.
		Calca.
		Chumbivilcas.
		Cotabambas.
		Paruro.
		Paucartambo.
		Quispicanchi.
		Tinta.
		Urubamba.

POBLACIÓN		
	Blancos	240.819
	Indígenas	998.846
	Mestizos	383.782
	Mulatos libres	69.848
	Esclavos	43.628
	Total	1.736.628

Capital, Lima.
Su población, 70.000 almas.

	Departamentos.	*Provincias.*
ALTO PERÚ, ó BOLIVIA	Charcas	Zintí.
		Yamparaes.
		Tomina.
		Paria.

© Ministerio de Cultura

	Departamentos.	*Provincias.*
ALTO PERÚ, ó BOLIVIA..	CHARCAS	Oruro.
		Carangas.
	POTOSI	Atacama.
		Lipes.
		Porco.
		Chayanta.
		Chichas.
	LA PAZ.....	Pacajes.
		Sica-Sica.
		Chulumaní.
		Omasuyos.
		Larecaja.
		Apolobamba.
	COCHABAMBA.	Sacaba.
		Tapacarí.
		Arque.
		Palca.
		Clisa.
		Mizque.
	SANTA CRUZ DE LA SIERRA	Mojos.
		Chiquitos.
		Valle Grande.
		Pampas.
		Baudres.

Capital, CHUQUISACA.
Sus habitantes, 14.000 almas.

PARAGUAY..... Su capital ASUNCIÓN.

	Departamentos.	*Provincias.*
COLOMBIA	ORINOCO	Cumaná.
		Barcelona.
		Margarita.
		Guayana.
	VENEZUELA ..	Caracas.
		Carabobo.
	APURE	Varinas.
		Apure.
	ZULIA	Maracaibo.
		Coro.
		Mérida.
		Trujillo.

© Ministerio de Cultura

	Departamentos.	*Provincia*
COLOMBIA	Boyacá	Tunja.
		Pamplona.
		Socorro.
		Casanare.
	Cundinamarca	Bogotá.
		Antioquía.
		Mariquita.
		Neiva.
	Magdalena	Cartagena.
		Santa Marta.
		Río de la Hacha.
	Cauca	Popayán.
		Chocó.
		Pasto.
		Buena Ventura.
	Istmo	Panamá.
		Veragua.
	Ecuador	Pinchincha.
		Imbabura.
		Chimborazo.
	Asuay	Cuenca.
		Loja.
		Jaén.
		Maynas.
	Guayaquil	Guayaquil.
		Manalí.

Capital, Bogotá.
Sus habitantes, 60.000.

	Estados Federados.
MÉXICO	Chiapa.
	Chihuahua.
	Coahuila y Tejas.
	Durango.
	Guanajuato.
	México.
	Mechoacán, ó Valladolid.
	Nuevo León.
	Oajaca.
	Puebla de los Angeles.
	Querétaro.
	San Luis de Potosí.
	Sonora y Sinaloa.

© Ministerio de Cultura

		Estados Federados.
MÉXICO.....		Tabasco.
		Tamaulipas.
		Vera Cruz.
		Xalisco, antiguamente Guadalajara.
		Yucatán.
		Zacatecas.
		Alta y Baja California.
		Tlascala.
		Colima.
		Santa Fe de Nuevo México.

Capital, MÉXICO.
Sus habitantes, 170.000 almas.

		Estados Federados.
AMÉRICA CENTRAL		Guatemala.
		San Salvador.
		Honduras.
		Nicaragua.
		Costa Rica.

		Provincias.
BRASIL.....		San Pedro.
		Santa Catalina.
		San Pablo.
		Río Janeiro.
		Espíritu Santo.
		Bahía.
		Sergype.
		Alagoas.
		Pernambuco.
		Minas Geraes.
		Goyaz.
		Mato Grosso.
		Paraíba.
		Río Grande.
		Ceará.
		Riaühy.
		Maranham.
		Pará.

Capital, Río JANEIRO.
Sus habitantes, 200.000.

© Ministerio de Cultura

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

Página.

Sistema colonial de España.—Tiranía de los españoles sobre los primitivos habitantes del país.—Despotismo de los españoles sobre sus propios descendientes.—Mita.—Repartimiento.—Trabajos públicos.—Tributo.—Avaricia eclesiástica. Injusticia con los indios.—Tupac Amaru; su bárbara ejecución.—Consejo de Indias.—Leyes prohibitivas.—Rasgos del carácter honroso español..... 1

CAPÍTULO II

Contraste de la conducta leal de los españoles americanos con la observada por los españoles.—«Acasta», corbeta de S. M. Británica.—Expulsión de los agentes del rey José.—Liniers. Junta Central.—Regencia.—Cortes.—Pueblo de Caracas en 1808.—*Marqués de Wellesley.—Medidas constitucionales de los americanos.—Injusticia del Gobierno español.—Carácter exterminador de la guerra.—Trujillo.—Calleja.—Monteverde.—Boves.—Morillo.—Horribles ejecuciones.—Los Estados de la América declaran su independencia. 27*

CAPITULO III

Buenos Aires.—Banda oriental.—Contrabandistas.—Artigas.—Beresford.—Mitelock.—Princesa Carlota.—Cisneros.—Junta gubernativa.—Moreno.—Elio.—Obes.—Ocampo.—Balcarce.—Cotagaita.—Tupiza.—Castelli.—Paraguay.—Francia.—Goyeneche.—Guaqui.—Saavedra.—

© Ministerio de Cultura

Paginas.

Montevideo.—Rondeau.—Tucumán.—Gobierno Superior.—San Lorenzo.—San Martín.—Salta.—Tristán.—Belgrano.—Vilcapugio.—Ayoma.—Supremo Director.—Arenales.—Warnes.—Alvear.—Montevideo.—Sipe-Sipe.—Viluma.—Congreso.—Puyrredón.—Pumacagua.—Pezuela.—La Serna.—Gauchos. 46

CAPÍTULO IV

Ejército de los Andes.—Fuerza de los realistas en Chile.—Conferencias con los indios pehuenches.—Ninconyancu.—El Padre Julián.—Mellyagin.—Vida salvaje.—Paso de los Andes..... 78

CAPÍTULO V

Estado de Chile en 1810.—Figueroa.—Carreras.—Pareja.—Hierbas-Buenas.—Chillan.—Sánchez.—O'Higgins.—Mackenna.—Membrillar.—Gainza.—Talca.—Disensiones.—Falta de fe de los realistas.—Defensa desesperada de Rancagua.—Patriotas emigrados.—Sambruno.—Osorio.—Desterrados á Juan Fernández.—Rodríguez.—Freyre.—Ejército de los Andes.—Soler.—Martínez.—Necochea.—Chacabuco.—Supremo director.—San Martín.—Talcahuano.—Las Heras.—Quintana.—Ejército patriota.—Comandante de la escuadra Bowles. 94

CAPÍTULO VI

Miller entra al servicio de Buenos Aires.—Viaje hacia Patagonia.—Pampas.—Usurpaciones de la República.—Chascomus.—Los dos Talos.—Prisioneros de guerra españoles. Las Bruscas.—Tigres.—Leones.—Emigración.—Gauchos. Avestruces.—Viscachas.—Zorrinos.—Venados.—Indios. Su destreza en montar á caballo.—Caballos.—Regreso á Buenos Aires. 118

© Ministerio de Cultura

CAPITULO VII

Páginas

Viaje á Mendoza.—Andes.—Chile.—Caminos.— El ejército en las Tablas.—Comidas.—Artillería.—Nombramientos.—Rapidez en los movimientos.—Marcha.—Puente colgado.—Quechereguas.—Cancharayada.—Consternación en la capital.—Rodriguez.—Maipo.— El «Lautaro».—Bloqueo de Valparaíso.—La «Esmeralda»..... 141

CAPÍTULO VIII

La escuadra de Chile da la vela.—Su estado.—Cholos.—Toma de la fragata española la «Reina María Isabel».—Mal tratamiento dado al mayor Miller al presentarse de parlamentario.—General Sánchez.—Dificultades para marinar la fragata apresada.—Nuevos peligros.—Transportes españoles apresados.—Regreso de la escuadra chilena.—Regocijos..... 167

CAPÍTULO IX

Lord Cochrane.—Divertimientos en Valparaíso.—Lady Cochrane.—Señora de Blanco.—Chilenas.—La «Andromaca», fragata de S. M. Británica.—La escuadra chilena da la vela.—Sublevación de la «Chacabuco».—Ataque al Callao. Capitán Guise.—Isla de San Lorenzo.—Accidente.—Brulote.—Lanchas cañoneras.— Huacho.—Guambacho.— Saqueo de Payta.—Conventillo.—Guacas.—La escuadra regresa á Valparaíso.— Almirante Blanco.—Prisioneros de guerra libertados.—Capitán Esmonde..... 181

CAPÍTULO X

Balcarce.—Concepción.—Benavides.—Sus atrocidades.—Indios araucanos.—La escuadra chilena da la vela.—Malograda tentativa contra el Callao.— Se dirige á Pisco.—

© Ministerio de Cultura

Páginas

Muerte del teniente coronel Charles.—Su carácter.—El mayor Miller es herido.—La escuadra sale para Guayaquil.—Su regreso..... 197

CAPÍTULO XI

La «O'Higgins» reconoce el puerto de Valdivia.—Toma del bergantín de guerra «Potrillo».—Interesante encuentro.—Concepción.—Refuerzo.—La «O'Higgins» toca contra una roca.—Desaliento á bordo.—Sangre fria del lord Cochrane.—Toma de Valdivia..... 210

CAPÍTULO XII

Benavides.—Su fuga maravillosa.—Ataque malogrado contra Chiloe.—Bizarría de los soldados patriotas.—El mayor Miller es herido.—Fanatismo.—Mayor Beauchef.—Derrota de los realistas en Osorno.—Santalla.—Capitán Bobadilla. Arriba la escuadra á Valparaíso.—Carácter humano de los chilenos.—Etiquetas entre San Martín y el gobierno de Buenos Aires.—La Logia.—Coronel Martinez.—Batallón núm. 8.—Preparativos para libertar el Perú.—Obstáculos. Fuerzas realistas en el Perú..... 225

CAPÍTULO XIII

Ejército libertador.—Da la vela de Valparaíso.—Desembarca en Pisco.—Arenales.—Acción de Nasca.—Se reembarca el ejército.—Ancón.—Guayaquil.—Esmeralda.—Desembarca el ejército en Huacho.—Chancay.—Coronel Campino.—Canje de prisioneros de guerra.—Batallón de Numancia.—Acción del Cerro de Pasco.—Disensiones de los realistas.—Pezuela es depuesto.—La Serna es nombrado virrey.—Lady Cochrane.—El Almirante da la vela para el Callao.—Vuelve á Huacho.—Sigue á Pisco.—Armisticio de Punchauca. 245

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XIV

Páginas

Operaciones del destacamento patriota en las inmediaciones de Pisco.—Su reembarco.—Se dirige á Arica.—Inútiles esfuerzos para desembarcar.—Morro de Suma.—Toma de Arica.—Efectos cogidos.—Acción de Mirabe.—Moquegua. Calera.—Armisticio.—Los prisioneros patriotas salen de la esclavitud.—Carácter y aventuras de La Tapia.—La señora Gago.—Los patriotas se reembarcan en Arica.—Dan la vela para el Norte..... 272

CAPÍTULO XV

Nueva ocupación de Pisco.—Ildefonso.—Una peruana de carácter original.—Copari.—Caguachi.—Carácter de Santalla.—Entrada del general San Martín en Lima.—Atrocidades de los realistas.—Se proclama la independencia.—San Martín se nombra protector.—Decretos.—Canterac vuelve al Callao; se retira nuevamente; es perseguido.—Puruchuco.—Quirós.—Montoneros..... 309

CAPÍTULO XVI

Descripción de Lima, sus inmediaciones, edificios, costumbres y divertimientos.—Legión peruana.—Fuerzas patriotas y realistas.—Delegado supremo.—Lord Cochrane da la vela para las Californias: su crítica situación.—Capitulan las fragatas españolas.—Vuelve á Chile lord Cochrane.—Deja el servicio.—Sorpresa de Ica.—Batalla de Pinchincha.—Entrevista de Bolívar y San Martín.—Destierro de Monteagudo.—Instalación del Congreso.—El general San Martín se retira de la vida pública.—Su carácter..... 336

© Ministerio de Cultura

APÉNDICE

Págs.

A. *Sentencia de Tupac Amaru y su carta*..... 379
B. *Declaración del Congreso en Tucumán y su Manifiesto.* 399
C. *Oficios del general Ramírez*..... 415
D. *Otro del Dr. D. Juan Bautista de Lavalle*..... 416
E. *Carta de lord Cochrane. Idem del general O'Higgins.* 417
F. *Idem de La Hera. Idem supuesta*..... 418
G. *Orden circular de La Hera*..... 420
H. *Oficio de La Hera*..... 421
I. *Cartas de un fraile*..... 422
J. *Oficio de La Hera y contestación de Miller*..... 423
K. *Oficio del Ministro de la Guerra*..... 425
L. *Solicitud del vecindario de Ica*..... 426
M. *Carta de Lóriga á Miller*..... 427

RETRATOS, MAPAS Y PLANOS

Tomo I

Retrato del general Miller (á la cabeza de la obra).
Mapa de la América del Sur (á la de la introducción).
Plano de la batalla de Chacabuco..... 114
Idem de la batalla de Maypo y acción de San Lorenzo. 162
Idem del puerto de Valdivia..... 220
Retrato del general San Martín..... 374

Tomo II

Retrato del general O'Higgins (á la cabeza del tomo).
Mapa de la costa de los Puertos Intermedios..... 42
Croquis de las inmediaciones de Junin y de la acción... 144
Mapa del país entre Guanta y el Cuzco..... 150
Plano de la batalla de Ayacucho..... 178
Retrato del general Bolívar..... 280

© Ministerio de Cultura

MEMORIAS,

&c. &c.

CAPÍTULO I

Sistema colonial de España.—Tiranía de los españoles sobre los primitivos habitantes del país.—Despotismo de los españoles sobre sus propios descendientes.—Mita.—Repartimiento.—Trabajos públicos.—Tributo.—Avaricia eclesiástica. Injusticia con los indios.—Tupac Amaru; su bárbara ejecución.—Consejo de Indias.—Leyes prohibitivas.—Rasgos del carácter honroso español.

La injusta y desastrosa política adoptada por la España durante los tres siglos de su dominación en la América, puede reducirse á dos puntos cardinales:

I. *La tiranía ejercida sobre los primitivos habitantes del país.*

II. *El despotismo de los españoles sobre sus propios descendientes.*

Inútil fuera detenerse á probar en este sitio, que no sólo las riquezas que se extraían de la América española, sino la subsistencia misma de sus habitantes ha sido el producto del trabajo personal de los primitivos pobladores, ayudados en algunas faenas por esclavos transportados de Africa, porque de esta verdad se convencerá fácilmente el que se tome la pena de recorrer los hechos. Los esclavos comprados con dinero y conducidos á gran costa se consi-

© Ministerio de Cultura

deraban como prendas de demasiado valor para emplearlos en las minas.

Por indios únicamente se extrajo el oro y la plata de las entrañas de la tierra; por indios se cultivó el suelo: por indios los rebaños y manadas se criaron y formaron, y los indios ejercieron todo género de servicio mecánico y servil. Pero si se detiene la imaginación un instante, se hallará que la única retribución que los indios recibieron de los españoles por estos beneficios, fué una vida llena de crueldades y padecimientos.

Del oro y plata adquirido por sus fatigas, poco ó nada quedaba entre sus manos; de los frutos de la tierra que ellos sembraban y recogían, no se les permitía ser dueños; rara vez eran propietarios de los rebaños que criaban, y rara vez también participaban de los alimentos que éstos proporcionan. Su subsistencia consistía casi exclusivamente en maíz y hierbas, producciones naturales y espontáneas del país. Los tejidos y demás manufacturas de que la Europa surtía á la América no eran para los indios, y su traje miserable estaba reducido á la misma clase de tela grosera que las indianas tejían antes de la llegada de los españoles.

El único beneficio que sus dueños pudieron alegar haberles proporcionado, es el conocimiento de la religión que profesaban, y aun en esto los beneficios que los indios alcanzaron son de una equívoca naturaleza, porque solo en nombre fueron *convertidos á* la Cristiandad; pero reducidos en realidad á un estado de absoluto cautiverio.

Pudieran escribirse volúmenes enteros sobre la infinidad de diversas opresiones, tanto seculares, como eclesiásticas que redujeron á aquella raza desgraciada á una condición tan miserable, que comparada á ella la de un esclavo negro, podía considerarse como una suerte feliz; pero esta exposición en obsequio de la brevedad, se reducirá principalmente á dos puntos, á saber, la *mita* y el *repartimiento*.

© Ministerio de Cultura

Difícilmente se hallarán en la historia ejemplos más chocantes de impudente crueldad, producida por una avaricia insaciable, que los que ofrece la mita y el repartimiento, tal como los ejecutaron los españoles en América.

La mita era el trabajo forzado que se exigía á los indios por un espacio de tiempo determinado, el cual generalmente era de un año. La población de cada distrito suministraba el personal de trabajo material para hacer sus riquezas efectivas y valederas; cada propietario territorial ó de minas tenía el derecho de reclamar la porción que por reglamento le correspondía, y trataba á los hombres que la compouían como bestias destinadas al trabajo.

Este fondo de trabajo humano se llamó mita, y se resolvió que anualmente un número determinado de indios extraídos por suerte, ejecutarían las diferentes faenas y trabajos necesarios en el distrito. Cada individuo que obtenía la concesión de una mina, en el acto que la posesión tenía lugar, adquiría el derecho al número correspondiente de estos seres desgraciados para que la trabajasen. Los efectos de este sistema pueden calcularse cuando se sabe que solo en el Perú había mil y cuatrocientas minas, y que la mina que quedaba sin trabajarse el espacio de un año y un día, era la propiedad de cualquiera que la reclamaba para ponerla en acción.

Tan penoso se consideraba el trabajo de las minas, que el individuo á quien tocaba la suerte, la veía como una virtual sentencia de muerte; llevaba consigo á aquella espantosa mansión á su mujer y sus hijos, y tomaba las disposiciones necesarias para el caso de no volver jamás. Estos pronósticos no eran infundados, porque en las circunstancias más favorables escasamente uno de cinco de aquellas víctimas inmoladas á la codicia, sobrevivía á este horroroso y opresivo servicio.

El mitayo, ó trabajador en las minas, recibía nominal-

© Ministerio de Cultura

mente cuatro reales diarios, mitad del jornal de un día de los trabajadores del campo. De esta suma debia recibir el individuo los dos tercios; pero como esta cantidad no era suficiente para cubrir los gastos de su comida miserable y su alojamiento, los cuales le suministraban á precios exorbitantes, junto á los ocho duros de tributo de que su dueño respondía, resultaba de que si sobrevivía el año de su servicio quedaba empeñado con el propietario, y en este caso no se le permitía retirarse del trabajo hasta que pagaba sus deudas. De este modo cada año se encontraba más y más empeñado, y este era otro eslabón añadido á la amarga cadena que le arrastraba á su ruina. Sin embargo, antes que expirase el primer año la muerte ponía generalmente término á su cautiverio. Debilitados por los efectos perniciosos del tránsito repentino del aire y ejercicios de su antigua residencia, á las pestilentes exhalaciones y penosísimo trabajo de las minas, el infeliz mitayo consumido de fatiga, de pesar y de enfermedades, en pocos meses llegaba á su fin, y el sepulcro ponía término á sus padecimientos.

La tercera parte que les retenían de su jornal, con objeto de atender á los gastos del regreso de sus familias al lugar de su nacimiento, se empleaba generalmente en sus exequias. La saca anual de indios para la mita ascendía á doce mil en solo Potosí, y se calcula que en este servicio han perecido en las minas del Perú, ocho millones y ochenta y cinco mil indios *.

También obligaban á los indios á servir á los corregidores, ó gobernadores de las provincias, á los caciques y á los curas en clase de *pongos* ó criados domésticos, los cuales por lo general se renovaban periódicamente; pero no se les permitía volver á sus casas hasta que obtenían un certificado que acreditase el debido cumplimiento de su

* La extirpación de los primitivos pobladores en otras partes de América colonizadas por españoles ó portugueses, fué aún mucho más eficaz.

© Ministerio de Cultura

servicio. Por él no recibían otra remuneración que la comida, y mal vestirlos. Se calcula que pasan de sesenta mil los indios que estaban empleados en esta clase de servicio doméstico, en solo el Perú *.

Para ver una descripción de los trabajos que los indios sufrían en otras partes á donde se extendía el sorteo de la mita, esto es, los estados cultivados, las estancias, y los trabajos públicos, referimos al lector al *Informe secreto* de D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, obra quizá la más imparcial y verídica sobre este punto de cuantas se han publicado, y de la cual es deudor el mundo literario al infatigable esmero de Mr. Barry que acaba de ofrecerla al público, después de ochenta años de estar sepultada en los archivos de Madrid.

2. El *repartimiento* † fué un privilegio originariamente concedido con las mejores intenciones y miras muy políticas, pues se reducía á encargar á los corregidores ó superintendentes de distrito suministrasen á precios cómodos los artículos de necesario consumo á los indios. En tiempo de la conquista y un largo período después, ningún comerciante, ó al menos muy pocos, penetraron al interior del país conquistado; por consiguiente los gobernadores fueron por necesidad las personas que traficaban con los indios sometidos, atendían á sus necesidades, y recibían en cambio oro y plata.

Este privilegio, aunque regulado por la ley, abusaron de él y á muy poco tiempo se convirtió en un tráfico forzado

* Ha sido imposible desterrar enteramente este abuso, y aun en la época presente existe en muchos pueblos y ciudades, á pesar de que está prohibido por leyes recientes.

† Porciones de tierra, ó el todo de los distritos indianos concedidos á los primeros conquistadores, se llamaron encomiendas, y algunas veces repartimientos. Aunque los privilegios feudales de las encomiendas se habían abolido por algunos decretos del soberano; sin embargo continuaron ejerciéndolos unas cuantas encomiendas que existieron hasta la final expulsión de los españoles.

© Ministerio de Cultura

y vergonzoso, tan nuevo en los anales del comercio, como aborrecible á los ojos de la humanidad y de la justicia. No solamente obligaban á los indios á tomar mulas moribundas, efectos averiados y otros artículos faltos de mérito á doble ó triple del valor que tenían los mejores de la misma especie, sino que formaban una considerable parte de estos abastos, navajas de afeitar para hombres que no tienen barbas, medias de seda, terciopelos y otros artículos de lujo, de que el indio patidescalzo jamás conoció el uso.

Un solo ejemplo bastará para dar á conocer este sistema. Algún especulador inconsiderado europeo, envió entre otras cosas una remesa de anteojos, los cuales permanecían sin despacho en los almacenes de un comerciante en Lima. Después de haber perdido toda clase de esperanza de venderlos en un país donde se conserva la vista sin decadencia alguna hasta el último período de la vida, acudieron á un corregidor, el cual dió la orden de que ningún indio asistiera en su distrito á los servicios divinos en ciertas festividades sin llevar anteojos, y por este medio proporcionó salida á todos y con un enorme provecho.

Estos abusos eran efecto de la misma causa de donde emanaban todos los otros agravios de la América española, á saber, que los intereses de aquellos vastos países se forzaban á prestar utilidad á los intereses particulares de la España. Españoles pobres que reunían dinero bastante para hacer un regalo oportunamente ó tenían tan poca delicadeza que se humillaban á emplear medios bajos y rateros, alcanzaban (acorde al sistema tan admirablemente descripto en Gil Blas) un empleo en Indias, de donde esperaban volver en pocos años con una decente fortuna. Cada nuevo virrey llevaba consigo una caterva de dependientes hambrones de esta clase, y nuevos aventureros llegaban con cada individuo nombrado, bien para el ramo civil, militar ó eclesiástico, para reemplazar á aquellos

© Ministerio de Cultura

que saciada ya su avaricia dejaban su puesto al que imitara sus acciones.

Entre los empleos que generalmente se daban en esta forma, uno era el de corregidor. El nuevo empleado no hallaba dificultad en obtener á un largo plazo y á precios proporcionados efectos deteriorados ó que no podían venderse, y con ellos marchaba á tomar posesión de su corregimiento.

La colección del tributo real, que de hecho era el objeto del nombramiento de los corregidores, les ofrecía un ancho campo para aumentar sus exacciones. El tributo era una contribución de ocho duros anuales pagadera por todo indio desde la edad de diez y ocho años hasta la de cincuenta y cinco, y de cuyo importe respondía el corregidor á la tesorería real. Para la exactitud de su conducta en cuanto hacía relación á los derechos reales no faltaban trabas y seguridades; pero en el momento en que estos se hacían efectivos, no tenía la menor restricción. Si forzaba á los indios á principiar el pago del tributo á los diez y seis años de edad y lo continuaba hasta los setenta, lo que sucedía con frecuencia, los diez y ocho años que resultaban de surplus, le quedaban en el bolsillo. Si algún indio desgraciado no podía pagar, lo cual en razón de otras innumerables exacciones á que estaban sujetos, ocurría demasiado frecuentemente, era enviado á trabajos públicos ó casas de corrección. La naturaleza de este castigo se conocerá perfectamente usando las mismas palabras del *Informe secreto* anteriormente citado:

«Estos indios (los que trabajan en obraje) ganan un real al día; medio se les retiene para pagar al corregidor, y el otro medio se asigna para su manutención, lo cual no es suficiente para un hombre que trabaja sin cesar todo el espacio de un día, y en prueba de ello, imagínese qué podrá comprar por medio real en aquel país que sea capaz de sustentarle, cuando ni aun tiene suficiente para la

© Ministerio de Cultura

chicha*, bebida tan necesaria á los indios por hallarse acostumbrados y como connaturalizados con ella, que los alimenta y fortalece tanto como lo que comen. Además de esto, como el indio no es dueño de salir de aquella prisión, se ve precisado á tomar lo que el amo le quiere dar por aquel medio real. El inhumano dueño del obraje, por no desperdiciar nada, aprovecha en ellos el maíz ó cebada, que se les ha dañado en las trojes, las reses que se le mueren é infestan ya el aire, y á este respeto todo lo más malo y despreciable de sus frutas..... El indio pierde la vida, y tal es la lástima que causan cuando los sacan muertos, que conmoviera á compasión á los corazones más desapiadados. Solo se ve en ellos un esqueleto que está diciendo la causa y motivo de haber perecido, y la mayor parte de estos mueren en las mismas obrajes con las tareas en las manos, porque aunque se sientan indispuestos, y lo den á entender en los semblantes no es bastante para que aquella gente bárbara que los tienen á su cargo, los exceptúe de su trabajo ó procure su remedio†.»

Es un hecho dolorosamente reconocido, que la destrucción de esta raza desgraciada la han abreviado los mismos

* Licor fermentado extraído del maíz, de la cebada, y en la sierra, del mijo. En el sabor se parece algo á la cerveza floja.

† El tributo se siguió extrayendo en los departamentos del Alto Perú hasta fines de 1825, un año después de libertado por los patriotas.

El subdelegado de cada partido estaba obligado á depositar en la tesorería de la provincia una cierta suma cada tercio, según el número de indios tributarios que se computaba contener su provincia, por un censo hecho cada siete años. Frecuentemente sucedía que se rebajaba considerablemente la población en el censo, en cuyo caso los gobernadores ganaban infinito. El de la provincia de Porco en el departamento de Potosí, se supone recolectó por este medio 10.000 duros de más cada año.

Cuando el general Bolívar llegó á Potosí á últimos de 1825, el tributo quedó abolido de hecho. Hasta entonces muchos de los abusos que Ulloa describe existían, y se pudo conocer por el re-

© Ministerio de Cultura

hombres, cuyo deber les llamaba á mitigar sus padecimientos, y cuyo destino entre ellos tuvo por objeto el que fuesen sus protectores. Los curas, á cuya espiritual dirección se destinaban los indios, eran elegidos comúnmente entre los más inútiles é indignos de sus respectivas órdenes, y en vez de ilustrar y proteger á los pobres, ignorantes y pacíficos seres, cometidos á su cuidado, les saqueaban sin piedad cuanto habían podido salvar de la rapacidad de los corregidores.

El cura de un moderado beneficio en la provincia de Quito informó á los sabios viajeros antes citados, que independiente de sus derechos y ordinario estipendio, recibió en el año como ofrendas exigidas por él en ciertas festividades, 200 ovejas, 6.000 aves, 4.000 cochinos de Guinea y 50.000 huevos. En estos días no se decia la misa hasta que se había entregado la parte correspondiente de las ofrendas exigidas. Mr. Barry refiere, que él mismo vió la cuenta de un cura por enterrar á una persona que murió dejando una buena fortuna, la cual ascendia á 134 duros. Por estos y otros medios, beneficios de setecientos á ochocientos duros al año, los hacian valer cinco ó seis mil.

sultado de algunas informaciones hechas oficialmente, que el estado de los indios en aquellos distritos de minería era el mismo, y que los desgraciados indígenas habían sido tan mal tratados por los hombres que profesaban principios liberales y constitucionales, como lo habían sido anteriormente por los jefes europeos. Los indios gozan actualmente por la ley los mismos derechos y protección que los demás ciudadanos. Quizá por algún tiempo se cometerán aún muchos actos de crueldad y de injusticia con ellos, como consecuencia del poder indebido de algunos individuos del clero y algunos empleados sin principios; pero las leyes de los nuevos gobiernos son justas y sabias en cuanto les concierne, y no cabe duda de que con el tiempo tendrán debido efecto. Una gran parte del clero patriota es liberal, ilustrado y entusiastas protectores de sus feligreses. El Dr. Calero uno de los párrocos de Potosí ofrece un brillante ejemplo de filantrópico esmero por la prosperidad de los indios.

© Ministerio de Cultura

Muchos de los curatos en el Perú, producen de 10.000 á 15.000 duros anuales.

El escandaloso ejemplo que ofrecía la vida licenciosa de estos sibaritas era aún más pernicioso que su insaciable avaricia. Administrada la religión por tales hombres debía producir más mal que bien, puesto que la santidad de los preceptos cristianos que predicaban, los desmentían con su conducta depravada y gentílica.

Las atrocidades cometidas por estos lobos con piel de oveja no podrían creerse si no las refiriesen hombres del mérito y probidad de los Ulloas*, y no tuviéramos á la vista hechos recientes que confirman su relato. El todo de lo que enseñaban de religión á los indios, se reducía al Padre Nuestro, el Credo, el Ave María y unas cuantas oraciones para confesar y comulgar†. Un rato antes de

* Si la corte de España hubiese atendido los informes de los apreciables é ilustrados Ulloas, y si, como ellos proponían, hubiese transferido todas estas misiones á los Jesuítas de cuyo carácter y conducta hacen el mayor elogio, como los únicos agentes para la conversión y civilización de los indios, es de creer juzgando por lo que tan rápidamente y con tantas contrariedades alcanzaron en el Paraguay, que los indios serían en este momento un pueblo numeroso, civilizado y feliz, así como un manantial de riqueza y de poder para la España.

Además de los diversos artículos de importancia de comercio y de manufacturas que producían las misiones de Paraguay, los Jesuítas pagaban anualmente á la tesorería real 240.000 duros, como tributo de 30.000 hombres comprendidos entre la edad de diez y ocho á cincuenta y cinco años, á razón de ocho duros cada uno.

Pero la corte de Madrid no quería, ó tal vez no sabía, efectuar las juiciosas mejoras que la propusieron. Tales cambios habrían herido demasiado los intereses de aquellos que se alimentaban con los abusos que se querían suprimir. A la expulsión de los Jesuítas, sus misiones se pusieron casi en el mismo estado que las de las otras órdenes monásticas, y continuó el mismo sistema de tiranía general y de rapacidad. Las consecuencias en el día se tocan.

† El Papa Pablo III, publicó una bula con fecha 2 de Junio de 1537, declarando que los indios eran realmente hombres, y

© Ministerio de Cultura

decir la misa los domingos, era el único tiempo consagrado á esta clase de superficial instrucción. La asistencia semanal de los indios proporcionaba al cura de la parroquia cumplir un mandato, que le ofrecía la oportunidad de recolectar sus gajes por administrar los sacramentos de la Iglesia Católica Apostólica Romana. El catecismo ó compendio que abrazaba los puntos indicados, lo enseñaba el cura de la parroquia, cuando entendía el lenguaje de los indios lo que no siempre sucedía. Estos curas recibían un sueldo del gobierno; pero además exigían provechos extraordinarios por bautizar, casar, enterrar y otros que llamaban obvenciones.

Cuando los indios no sabían decir de memoria oraciones que no entendían, frecuentemente los azotaban en público en el pórtico de la iglesia: de estos y otros abusos semejantes nacía su natural aversión á una religión cuya santidad y beneficios no habían podido percibir, y cuya práctica era para ellos un martirio.

Cuando un indio tenía la desgracia de perder á su esposa ó algún hijo, sufría un riguroso examen para saber los medios que tenía para cubrir los gastos del entierro, los cuales se graduaban á voluntad del cura. Si el indio rehusaba pagar, le secuestraban inmediatamente las mulas, vacas, llamas, ovejas ó cualquiera otra propiedad que tuviera, y la vendían públicamente. Si averiguaban que había ocultado alguna cosa de valor, le ponían preso: en todos estos casos la autoridad civil prestaba auxilio. El siguiente caso lo ha relatado un individuo que lo presenció, y que actualmente existe en Inglaterra. Una pobre viuda, llena aún del justo dolor que la causó la pérdida de su marido, la notificaron se presentara con sus hijos al cura para manifestar los bienes que había dejado su difunto esposo, para que con este conocimiento pudiera el

capaces de comprender la fe católica. La causa de los indios la defendió Bartolomé Las Casas, luego obispo que fué de Chiapa.

© Ministerio de Cultura

reverendo padre fijar los gastos del entierro. En vano la desconsolada viuda suplicó al cura desistiera de su reclamación en favor de sus hijos desgraciados. El cura inexorable la manifestó terminantemente, que no desistiría de su reclamación, sino en el caso de que le entregase su hijo mayor para que pudiese reintegrarse vendiéndolo como esclavo, ó regalándolo. Aunque esta práctica era contraria á la ley, y el sacrificio tan doloroso para ella, para huir de la indigencia, la viuda infeliz entregó su hijo mayor de edad de ocho años. Los muchachos indios obtenidos en esta forma, eran muy apreciados en razón de la utilidad que prestaban y á su fidelidad como criados domésticos. Esta práctica continuaba hasta hace muy poco tiempo. Cuando el general Miller fue gobernador de Potosí, se presentaron á su decisión algunos casos de esta especie.

En 1817, el cura párroco de La Punta de Santa Elena, en la provincia de Guayaquil, llamado Ludeña y natural de Cuenca, tuvo accidentalmente que hacer un largo viaje y dejó para que oficiara en su ausencia á un presbítero joven. La primera pregunta que Ludeña hizo á su suplente al regresar á su casa fué: «Y bien, ¿qué noticias hay? ¿Quién ha muerto?» Al darle la lista de los muertos el ecónomo dijo el nombre de un cacique rico. Ludeña empezó á restregarse las manos, y sin poder contener su alegría exclamó: «Y bien, ¿cuánto ha tomado por sus exequias?, mil duros, ¿eh?» «No, replicó el otro; la familia manifestó el deseo de que el cacique se enterrase sin más ceremonias de las que se hacen á un indio pobre, á lo cual accedí, y he recibido únicamente los derechos ordinarios de seis duros y seis reales.» Después de reprender á su substituto, Ludeña envió á llamar á los hijos del difunto cacique, y les dijo que eran hijos degenerados del mejor hombre que había habido en todo el país, é indignos de gozar las riquezas que habían heredado; que enterrar á su padre como á un indio miserable, no solamente era

© Ministerio de Cultura

poco delicado, indebido y cruel, sino un medio cierto de prolongar los tormentos del alma de su buen padre en las llamas del purgatorio. Los hijos expresaron el más profundo sentimiento; pero dijeron que ya no había remedio. «Sí lo hay, dijo Ludeña; yo lo arreglaré. Se procurará el busto en cera de su excelente y piadoso padre, se le cantará el oficio de difuntos, y se le dirán misas por el reposo de su alma.» Los hijos se convinieron gustosos á pagar quinientos ó seiscientos duros por tan ridículo funeral, para escapar de mayores censuras y persecuciones de aquel furioso y astuto eclesiástico.

Puede argüirse por los defensores del gobierno español, que los indios tenían la facultad de apelar contra tan horribles abusos á los virreyes, como representantes de su monarca; pero la contestación es muy simple:

La raza de hombres más privilegiada y más animosa, perdiera su arrogancia al peso de un despotismo no interrumpido de varios siglos; pero los indios aun en su edad de oro, bajo el mando paternal de sus magníficos Incas, fueron un pueblo humilde y pacífico; la crueldad y la tiranía los redujo á una condición tal, que ya moral ó filosóficamente aventajaban poco á las bestias. Los españoles miraban con desprecio á los criollos, los criollos envidiaban y aborrecían á los españoles; pero ambos se unían para maltratar y oprimir al pobre indio. Hasta estimularon á los negros á que humillasen y abatiesen á los indígenas, y esto produjo tal efecto que aun en el día manifiestan los negros el desprecio que concibieron de los indios. Además, ¿cómo podía un infeliz, sepultado toda su vida en una mina ó en una casa de corrección escaparse para contar las atrocidades que cometían con él? Y en caso de que pudiera lograr su fuga, ¿cómo pudiera elevar su clamor á la autoridad suprema, hasta la cual difícilmente podía llegar, y si llegaba tenía que dirigirse á ella en un lenguaje que no entendía? Aun, si por hallarse en un estado de momentánea libertad, y por la casual

© Ministerio de Cultura

ventaja de estar inmediato á la capital obtenía una audiencia, ¿cuál era el resultado? Dejemos que contesten los dos virtuosos y bien enterados españoles que hemos citado anteriormente:

«A unas cuarenta leguas de Lima se hizo un repartimiento en el año 1743. Los efectos los había comprado el corregidor por 70.000 duros, y sacó por ellos de los pobres indios 300.000.

»Los indios de este corregimiento (añaden los escritores) viéndose tiranizar con mayor crueldad que la que habían experimentado en los repartimientos de los corregidores anteriores á éste, ocurrieron á quejarse al virrey, llevándole las muestras de lo repartido, y los precios señalados á cada artículo. No referimos esto, como cosa que nos hayan contado, pues sucedió que nosotros estábamcs presentes cuando los indios dieron esta queja; el virrey los oyó, y mandó que se viese este negocio en la Audiencia, y la resulta fué que mandaron prender á los indios y castigarlos por revoltosos.»

Pero tanto se tira á la cuerda que al fin se rompe. Al cabo de siglos de la opresión más cruel en la apatía que la desesperación produce, se sublevaron los indios en 1780 para vengarse, exasperados por la avaricia de los corregidores de Chayanta y Tinta, que en aquel solo año osaron imponer tres repartimientos cada uno de cerca de 150.000 duros.

D. José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca en quien la educación había despertado los sentimientos adormecidos de la naturaleza, se puso al frente de sus paisanos. Este indio era descendiente del Inca Tupac Amaru, que en el año 1562 le cortaron injustamente la cabeza por orden del virrey D. Francisco de Toledo.

El cacique de Tungasuca fué educado en el colegio de San Francisco de Borja del Cuzco, y poseía virtudes que en la vida privada le hacían un hombre digno de ser queri-

© Ministerio de Cultura

do y respetado; pero carecía de aquellas calidades esenciales que deben adornar al restaurador de un imperio. Su aire era noble, sus maneras imponentes, de grande estatura y traza robusta, animoso y emprendedor; pero de pasiones violentas, y de conocimientos y miras demasiado limitadas en todos aspectos, para realizar la grande empresa de recobrar la perdida felicidad de su patria. En vez de unirse y hacer causa común con los españoles americanos que nacidos en el mismo suelo y sujetos quizá con grillos más amargos, tenían sus mismos títulos y sus mismos intereses, dirigió sus hostilidades contra ellos como contra los españoles, verdaderos tiranos de unos y de otros, y experimentó la suerte que no podía menos de caberle con política tan injusta, y que le aislaba en sí mismo.

La popularidad de su causa entre la gente de su especie, atrajo sin embargo bien pronto á su estandarte una multitud de indios indisciplinados, á los cuales ni tuvo el talento de instruir en la táctica militar, ni los medios de armarlos. No solamente reasumió el nombre de su abuelo Tupac Amaru, que en lengua quechua significa el altamente dotado en dones de la naturaleza, sino que adoptó los atributos y la pompa de los Incas.

Algunas ventajas parciales acompañaron sus primeros movimientos, y el desesperado valor de los que le seguían, aunque desarmados, parecía contrabalancear las armas, la pericia y la disciplina de sus enemigos; pero al fin Tupac Amaru fué hecho prisionero. Los pormenores de la muerte que sufrió este desgraciado, dan motivos para creer que la civilización, que en las demás naciones de Europa mitigó los horrores de la guerra, y templó la furia del vencedor, no alcanzó ó no fué bastante para mitigar la saña de los españoles en América. El castigo impuesto á Tupac Amaru lo dictó la misma bárbara crueldad que condenó á expirar en las llamas al joven y heroico Guatemozin, último de los emperadores de México. Tupac Amaru presen-

© Ministerio de Cultura

ció desde el patíbulo la ejecucion de su mujer, de sus hijos y de muchos de sus compañeros; después le cortaron la lengua, y atados sus miembros á cuatro caballos, fué ignominiosamente descuartizado *.

Pero esta horrible carnicería en vez de ser útil á la causa por que se perpetró, puede con fundamento computarse que costó á los españoles quinientas vidas, cada una de las víctimas que tan cruelmente inmolaron. Los indios tan bárbaros y feroces como todo pueblo degradado y oprimido, cuando se subleva contra sus opresores, se enfurecieron tanto al oir la relación de tales atrocidades, que muchos que aun se mantenían pasivos, se unieron á los insurreccionados. Capitaneados por los jefes indios, entre los cuales se hallaba Catari, continuaron la guerra desordenadamente; pero de un modo destructor, y degollaron algunos destacamentos españoles.

Andrés, sobrino de Tupac Amaru, puso sitio á la ciudad de Sorata, á donde se habían refugiado con sus familias y riquezas los españoles de las inmediaciones. Sin armas no podían los indios atacar á la ciudad que estaba fortificada, pues aunque las obras eran de tierra se hallaban defendidas por artillería; pero su jefe venció esta dificultad, empleando un medio que hiciera honor á cualquiera general. Por medio de la construcción de un dique ó especie de pantano, reunió las aguas que caen de las montañas Ancoma cubiertas de nieve, y dirigiéndolas después de acumuladas en grande cantidad hacia las obras de tierra que defendían la ciudad, su impulso destruyó las mal construídas fortificaciones, y su consecuencia inmediata fué la toma de la ciudad á viva fuerza y el de-

* El hermano de Tupac Amaru llegó á Buenos Aires en 1822, después de haber estado en el presidio de Ceuta treinta años. El gobierno independiente le dió una casa y una pensión de treinta duros mensuales. Una exposición de sus padecimientos escrita de su propia mano, se colocó en los archivos del Estado.

© Ministerio de Cultura

güello de sus habitantes*, acompañado de horrores que excedieron la barbarie empleada en la muerte de Tupac Amaru. Desgraciadamente la vanidad de estos brutales caudillos, les hizo perder en ridículas formalidades para apropiarse el carácter real, el tiempo que debieron emplear en las operaciones militares.

Los españoles alcanzaron al fin por traición lo que sus crueldades no habían podido lograr. Los dos principales jefes indios, en consecuencia de haberlos pregonado ofreciendo artificiosamente sumas considerables al que los entregara, fueron vendidos por sus mismos criados, y por tal medio, el reino de la tiranía se prolongó algunos años más, ayudado por la crueldad y el fraude, sus compañeros inseparables. Sin embargo, esta rebelión produjo la abolición del repartimiento: en todo lo demás los indios continuaron tan oprimidos como antes.

El segundo punto bajo el cual se ha clasificado la tiranía ejercida por la España en sus colonias, hace relación al despotismo de los españoles sobre sus descendientes en América. Para trazar el origen de los agravios hechos á los criollos descendientes de los españoles, será preciso echar una ojeada sobre las bases de su legislación colonial, código bien entendido, y cuya inobservancia sujetó indistintamente á la tiranía á los blancos y á los indios.

En cada una de las páginas de la Recopilación de las Leyes de Indias, se ve marcado el espíritu de un gobierno paternal. Entre otras determinaciones, con sabia y justa política, los reyes de España declararon á la América como compuesta de sus primitivos habitantes y de los descendientes de los españoles, un imperio separado dependiente de la corona de España; pero independiente del reino de España, y unido á ella solamente por medio del

* En número de veinte mil. A excepción del clero ni un solo hombre dejaron vivo.

© Ministerio de Cultura

soberano que mandaba á ambos. Pero desgraciadamente los reyes de España delegaron su poder sobre la América á una reunión de hombres bajo el título de Consejo de Indias, del que era presidente el soberano, y aí cual concedió el mismo rango y privilegios que al Consejo de Castilla. El Consejo de Indias proponía los sujetos que debían obtener los altos destinos en América, y los miembros que lo componían tenían más interés en perpetuar los abusos que en remediarlos, pues las reformas habrían estrechado los medios de enriquecer á sus parientes y á sus súbditos ó protegidos, de quienes la costumbre reclamaba en cambio expresivas muestras de gratitud á sus bienhechores.

El preciso resultado de tal sistema no podía ocultarse por mucho tiempo. El gobierno de América pasó virtualmente á las manos del pueblo español, y sus intereses y su felicidad se sacrificaron á la injusta y mezquina idea de enriquecer y engrandecer á algunos individuos de la metrópoli. Las benéficas leyes de Indias quedaron sin fuerza; sus regulaciones, aunque obligatorias, no produjeron bien alguno, y la América vino á ser un vasto campo en el que la avaricia y la crueldad de la nación española pudiera cebarse impunemente. Algunas pruebas de la exactitud de este juicio se han presentado ya al recorrer la condición desgraciada á que los indios estaban reducidos, y un corto bosquejo del gobierno de Indias, en lo que hace relación á los descendientes de los mismos españoles, ofrecerá hasta la evidencia el convencimiento de esta verdad.

Hemos visto un rey déspota dando leyes sabias y paternales á sus súbditos; pero incapaz de hacerlas llevar á debido efecto: ahora veremos á una nación legislando para el gobierno de sus propios hijos, aunque trasplantados á otro suelo, y hallaremos leyes interesadas, despóticas é injustas y por consiguiente impolíticas; pero cumplidas con la mas rigorosa exactitud. El sórdido interés y el espíritu de monopolio que manifiestan, puede

© Ministerio de Cultura

únicamente igualarse á la severidad con que se llevaron á efecto: la degradante é inmoral influencia de tal gobierno se deja percibir por sí misma.

Las leyes fundamentales de Indias declaraban aptos á los naturales de la América española para ser elegidos á los beneficios eclesiásticos y demás puestos de confianza del gobierno *. La observancia de estas leyes, y la que declaraba su total independencia de la España, habría bastado para asegurar la prosperidad y la dicha de la América española; pero estas leyes fueron derogadas ó desatendidas desde el momento en que los reyes de España delegaron virtualmente su autoridad á la nación española con la creación del Consejo de Indias. El espíritu de las leyes publicadas desde esta época, así como la observancia de las fundamentales, se regularon sobre principios contrarios á los derechos y prosperidad de la América.

Estas violaciones de las leyes fundamentales ó Magna Carta de Indias, pueden dividirse en tres puntos:

1. Agricultura y comercio.
2. Política y gubernativo.
3. Moral é ilustración.

En todos ellos la brevedad nos obligará á limitarnos á unos cuantos puntos capitales.

1. Agricultura y comercio.

Se prohibía á los naturales de la América española el cultivo en sus propias tierras de muchos frutos y producciones análogos á su suelo y clima, así como aquellos artículos que la España producía y quería hacer valer más por medio de su comercio †. También se les prohi-

* Leyes 3, 5, 13, 14, 22, 24 y 28.

† Quedando expresamente prohibido para la Nueva España, Tierra Firme y Santa Fe, los vinos, aguardientes, vinagres y aceite de olivas, pasas y almendras del Perú y Chile, y privados rigorosamente en todas partes los plantíos de olivares y viñas: Gaceta de México del 6 de Octubre de 1804.

© Ministerio de Cultura

bía tener manufacturas de tejidos de otra clase de aquellas indispensables para el consumo de los indios, y no se les permitía hacer ninguna clase de comercio, no solamente con las naciones extranjeras, sino de un punto á otro de la misma América; en fin, se comunicaron órdenes á los diferentes virreyes, para que por cuantos medios y arbitrios estuviesen á sus alcances evitaran el comercio directo de un virreinato á otro.

Presentamos la siguiente ley 79, tít. 45, lib. 9, para que sirva de muestra.

«Por última resolución del Conde de Chinchón y acuerdo de hacienda, ordenamos y mandamos á los virreyes del Perú y Nueva España que infaliblemente prohiban y estorben el comercio y tráfico entre ambos reinos por todos los caminos y medios que les fueren posibles. »

Aun cuando se permitió á los extranjeros la pesca del bacalao y la ballena en las costas de América, los naturales no podían hacerla, y tenían pena de muerte si se les probaba haber vendido cualquiera artículo de comercio á aquellos extranjeros. Tenían prohibido explotar sus minas de azogue y de hierro*; y la orden de arrancar de raíz cualquiera artículo prohibido que hubiesen plantado, así como quemar y destruir las herramientas de agricultura y fábricas no permitidas, se ejecutó rigorosamente.

2. Política y gubernativo.

En violación de las leyes fundamentales fueron generalmente excluídos los americanos de los destinos que pudieran producirles honor ó provecho. Cuando ocurría una excepción á esta regla era en favor de aquél ó aquéllos que á costa de grandes cantidades compraban sus empleos, ó de los que se distinguían oprimiendo ó tiranizando sus

* Durante la guerra entre Inglaterra y España se permitió trabajar las minas de azogue de Guancabelica en el Perú, bajo ciertas restricciones.

© Ministerio de Cultura

propios paisanos con las malignas intenciones de un renegado: esta clase de gente estaba cierta de ser empleada, y pródigamente recompensada. Pero todo honrado y benemérito americano estaba *de facto* excluído y hasta llegó á proponerse en el siglo pasado, y se discutió detenidamente en pleno Consejo de Indias, si se les excluiría *de jure* y declararía incapaces de desempeñar ningún oficio honroso; pero esta idea no se llevó nunca á efecto. Sin duda la juzgaron innecesaria y quizá la creyeron demasiado chocante y contradictoria á las leyes fundamentales de Indias que mandaban. «Que para todos los empleos civiles, de hacienda, de justicia, encomiendas de Indias, etc., serán preferidos, primero, los descubridores, después los pacificadores, y últimamente los establecidos y los que hubiesen nacido en las provincias de América.»

Esta medida ofrecía también el inconveniente de privarse del medio más eficaz de procurarse los servicios de los falsos americanos, los cuales eran frecuentemente los más propios para desempeñar actos de violencia y atrocidad. Las mismas causas y las mismas ideas influyeron en el consulado de México, compuesto de españoles para representar á las Cortes de Cádiz en 1811, «que los americanos españoles eran una raza de monos, llenos de vicios y de ignorancia, y autómatas indignos de representar ó ser representados*.»

Las Cortes que habían recibido su autoridad de la Regencia, participaron de su animosidad contra los americanos, y aunque hubo en ellas algunos miembros elegidos entre los americanos que por casualidad se hallaban en aquel momento en la Isla de León, casi no se les permitió hablar de su país. «Si los americanos se quejan (dijo uno de los miembros de Cortes) de haber sido tiranizados

* Véanse los diarios de Cortes de Septiembre de 1811. El Conde Agrada, uno de los que firmaron este documento, ha sido obligado últimamente á salir de México.

© Ministerio de Cultura

por espacio de trescientos años, experimenten aún el mismo tratamiento por tres mil años más.» «Me regocijo (dijo otro, el Conde de Toreno, después de la batalla de la Albuera) por la victoria que hemos alcanzado, pues así podremos enviar tropas para someter los insurgentes.» «No sé á qué clase de animales pertenecen los americanos,» dijo otro * (Valiente).

El modo en que se observaron las leyes fundamentales de Indias se conoce por los hechos siguientes.

De ciento y sesenta virreyes que gobernaron en América, solo cuatro fueron naturales del país; y de seiscientos y dos capitanes generales y gobernadores, todos, excepto catorce, fueron españoles.

Las leyes de Indias también prevenían que los criollos ó descendientes de los conquistadores y de los españoles establecidos en América, tuviesen el derecho de obtener las principales dignidades eclesiásticas, y que no pudiesen ocuparlas los naturales de Aragón, Cataluña, Valencia, etcétera, aunque el rey los nombrase †. Sin embargo, de quinientos y cincuenta eclesiásticos que obtuvieron la dignidad episcopal en América, solo cincuenta y cinco fueron americanos.

3. Moral é ilustración.

Unos cuantos ejemplos sacados de la masa enorme que tenemos á la vista, probarán suficientemente el abatimiento moral á que pretendieron reducir los españoles á sus descendientes en América. No se permitía el estudio de ninguna ciencia, y lo que únicamente se enseñaba era la gramática latina, la filosofía antigua, la teología y la jurisprudencia civil y canónica, y el jargon del escolasticismo, el cual, si bien es de dudosa utilidad para los eclesiásticos, es absolutamente inútil á un lego.

* Véase el manifiesto de Alvarez de Toledo, diputado á Cortes.

† Ley 31, tít. 6, lib. 1; ley 32, tít. 2, lib. 2; ley 29, tít. 6, lib. 1. Solórzano, Polit. In., lib. 3, cap. 14.

© Ministerio de Cultura

Hasta una escuela náutica establecida en Buenos Aires á expensas del consulado de aquella ciudad, la suprimió el virrey D. Joaquín del Pino, en cumplimiento de órdenes que al efecto recibió de España. Las pocas escuelas donde se enseñaban las matemáticas no fueron más felices, y se cerraron todas por orden de la autoridad.

D. Juan Francisco, jefe Opata, anduvo quinientas leguas á pie para llegar á México, y luego atravesó el Océano para ir á Madrid y solicitar el permiso para enseñar á sus indios los primeros rudimentos del saber; pero el Consejo de Indias negó su solicitud en 1798. El cacique Cirilo de Castilla, al cabo de solicitar por espacio de veinte años la misma gracia en Madrid, murió en aquella capital sin alcanzarla.

Pero este sistema al fin se presentó en toda su deformidad. La ciudad de Mérida en Venezuela solicitó de Carlos IV el permiso para fundar una Universidad, y habiendo consultado S. M. al Consejo de Indias, contestó en una real cédula, que no consideraba conveniente que los estudios se generalizasen en América.

De todos los medios que tan estudiosa y eficazmente empleó la España para abatir y degradar á los españoles americanos, ninguno fué tan vergonzoso para ella, y tan doloroso á sus víctimas, como el estado de abatimiento moral é intelectual á que procuraba reducirlos. Que un gobierno de miras ruines, obrando acorde al principio político de que un pueblo ignorante es más fácil de mantener en la esclavitud, procurase detener los progresos y la adquisición de conocimientos útiles, puede entenderse bien; pero que un gobierno, que se jacta de cristiano, y que no podía menos de conocer que la consecuencia natural é inevitable de tal sistema había de ser la inmoralidad y el vicio, lo haga, es la prueba más positiva de su maldad, y de lo perverso de sus intenciones.

Que las miras del gobierno español en su legislación colonial fuesen esas, y de las cuales hemos presentado

© Ministerio de Cultura

algunas pruebas, apenas puede asegurarse; pero es positivo que tales fueron las melancólicas consecuencias que produjo. Nada sino la buena disposición natural, viveza de ingenio y el valor que adornan generalmente á los naturales de la América española, y la insolente, altiva é infatuada conducta de los españoles, pudo haber roto los grillos que detenían la marcha de aquel país al lugar distinguido á que la naturaleza le convida.

Si una ojeada sobre la historia verdadera de los hechos nos ha arrastrado á pormenores deshonrosos al carácter español, la verdad y la justicia reclaman que presentemos algunas excepciones de probidad y de honradez, que brillan en medio de la corrupción é injusticia que reinaba en la América.

Manso, virrey del Perú, regresó de su virreinato en una honrosa pobreza, que le obligó á ganar su sustento en España, enseñando niños.

Santelices, nacido en España y educado en Salamanca, fué gobernador de Potosí en el reinado de Carlos III. Pronto percibió el abuso del poder, la prostitución de la justicia, y el general abandono que reinaba en todos los ramos. Su probidad y sus incesantes fatigas para remediar los males que observaba, le atrajeron el odio de los que tenían un interés en perpetuar los abusos. Mil y mil reclamaciones y solicitudes se dirigieron á la Audiencia de Charcas contra unas reformas que les eran tan dolorosas, y este tribunal simpatizando más que cordialmente con los sentimientos de los que las promovían, libraba repetidas provisiones reales contra las innovaciones del gobernador. Hallando ineficaces todos los medios para separar del camino de la rectitud á este honrado magistrado, sus artificiosos y poderosos enemigos probaron seducirlos ya por riquezas, ya por los encantos de la hermosura, y por este medio comprometerle, ó tener un pretexto plausible para deponerle; pero él lo evitó cuidadosamente, cumpliendo sin excepción la resolución que

© Ministerio de Cultura

desde el primer día había adoptado, de nunca conceder audiencia privada á ningún individuo. Sin embargo, cansado al fin de lucha tan desigual, determinó ir á Madrid para exponer en persona la mala administración que había en el Perú; pero murió en la travesía, no sin sospecha de haber sido envenenado.

La historia de González Montoya, gobernador de Puno en 1800, y que aún vive, fuera absolutamente la repetición de lo que acabamos de referir, con la excepción de que el resultado fué menos trágico, pues no sólo alcanzó volver á España, sino que tuvo la firmeza de presentarse en la barra de las Cortes en Cádiz, y exponer con enérgica elocuencia el todo del sistema que se seguía, declarando que los actos de los gobernadores en la América española, eran un tejido de barbaridades.

D. Antonio Raya, obispo del Cuzco, dió en ocho años 370.000 duros en limosnas. D. Gaspar Villaroel, arzobispo de Charcas, fué un sabio y virtuoso prelado, cuya memoria merece aún el mayor respeto. Los obispos del Perú fueron generalmente virtuosos y caritativos, y rara vez ocuparon la silla episcopal hombres que la denigraran como La Santa y Ortega, obispo de la Paz, promovido por Fernando á un obispado más rico en España.

Entre los oidores, no dejó de haber jueces de incorruptible probidad, como por ejemplo D. José Portilla Gálvez, regente de la Audiencia del Cuzco, y su contemporáneo Moscoso. El oidor Villota, que se separó de la Audiencia de Lima en época tan reciente como el año 1821, era un brillante ejemplo de integridad y de amor á la justicia. Los patriotas hicieron mil esfuerzos para inducir á este hombre que tanto honraba su carácter y su profesión para que permaneciera en Lima; pero no pudieron alcanzarlo.

En honor del nombre español debe tenerse presente que los individuos de esta nación son los hombres que tratan con más dulzura á sus esclavos, y este rasgo de

© Ministerio de Cultura

humana compensación ha pasado á sus descendientes de América. En las inmensas provincias del Río de la Plata y en Chile, pocos propietarios poseen más de un corto número de esclavos, los cuales casi siempre en tiempos pacíficos y ordinarios, nacen, viven y mueren en la misma casa sin haber mudado nunca de dueño. Cuando niños juegan y se divierten con los hijos de sus amos, y cuando son adultos están considerados en casi el mismo grado de igualdad que existe entre amos y criados en algunas naciones de Europa. La moderada importación que se hace de negros, produce únicamente la diferencia de que el negro criollo se cree muy superior á su hermano traído de Africa.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO II

Contraste de la conducta leal de los españoles americanos con la observada por los españoles.—«Acasta», corbeta de S. M. Británica.—Expulsión de los agentes del rey José.—Liniers. Junta Central.—Regencia.—Cortes.—Pueblo de Caracas en 1808.—*Marqués de Wellesley.—Medidas constitucionales de los americanos.—Injusticia del Gobierno español.—Carácter exterminador de la guerra.—Trujillo.—Calleja.—Monteverde.—Boves.—Morillo.—Horribles ejecuciones.—Los Estados de la América declaran su independencia.*

Habiendo presentado en el capítulo anterior algunos ejemplos del sistema opresor seguido por los españoles en América, se hace indispensable trazar la íntima y natural conexión que existe entre la obstinada continuación de tal sistema, y sus resultas, como aparecen en el curso de esta obra. Esta explanación es tanto más necesaria, cuanto la parcialidad generalmente se ha mezclado, al atribuir el origen y causas que produjeron la sangrienta lucha que ha terminado, con la emancipación de la América española.

El rey de España, y el pueblo español, no solamente acusan á los americanos españoles de rebelión, sino de ingratitud y haber abandonado la madre patria en el momento en que era presa de una invasión extranjera. Al examen imparcial de los hechos y las circunstancias, aparecerá que es absolutamente lo contrario, y que el cargo de infidelidad, tanto al rey como á la patria puede recaer con más razón sobre los mismos españoles; puesto que los atentados de los españoles para entregar la Améri-

© Ministerio de Cultura

ca española á la dinastía de Bonaparte fué de hecho la primera causa de que se despertase la entusiástica lealtad de los naturales del país en favor de su entonces verdaderamente amado Fernando; y la crueldad ejercida por españoles, conducta que después con indecible debilidad sancionó el mismo Fernando al ocupar nuevamente el trono, lo que convirtió su lealtad en desprecio, y su amor en aborrecimiento.

Por lo que respecta á la madre patria y Francia, la antipatía que había entre estas naciones, los falaces medios que Napoleón empleó para realizar sus miras en la Península, y sobre todo los temores que tenía el clero de que se introdujeran los principios franceses, excitaron en el pueblo español una general, simultánea y heroica oposición á los invasores. Muchos nobles, letrados y oficiales distinguidos, y en honor á la verdad, personas de todos rangos, clases y profesiones hicieron causa común con la masa popular, y desplegaron un entusiasmo, una perseverancia y un amor á su rey que honra mucho el carácter español; pero muchísimas excepciones deben hacerse en las clases primeras de la sociedad, que así como la mayoría de los funcionarios públicos se reunieron ó evidentemente estaban dispuestos á reunirse con los invasores para entregar su patria y con ella sus colonias á la dinastía francesa. Parece que estos hombres se consideraban como herederos propietarios de diez y siete millones de esclavos en América, y que viendo el poder colosal que entonces tenía el imperio francés, creyeron quizá el único medio de continuar oprimiendo á sus esclavos, el comprar la asistencia y ayuda de Bonaparte, sacrificando al ídolo á su rey y á su patria.

Alcedo, gobernador de la Coruña, y Morla, gobernador de Cádiz, ambos sujetos muy distinguidos por sus talentos é influencia, hicieron grandes esfuerzos para oponerse á los franceses al principio del alzamiento; pero luego abandonaron la causa nacional y se pasaron al rey José.

© Ministerio de Cultura

Las autoridades españolas del partido francés, ó del que era fiel á su cautivo soberano, unas y otras tenían resuelto que los americanos continuaran en cautiverio; pero éstos, así como el pueblo español, determinaron no ser víctimas de tan pérfida política. Durante los primeros esfuerzos en la Península contra los franceses, contribuyeron con los sacrificios más eficaces y generosos en favor de lo que ellos consideraban como causa común de la monarquía; para este objeto reunieron y enviaron á España más de noventa millones de duros, y mucha parte de la juventud más distinguida cruzó los mares, y se reunió al estandarte levantado en favor del cautivo Fernando. A la verdad, la entusiástica lealtad de los americanos en aquel período llegó á un punto increíble, si se considera la tiranía de que habían sido víctimas. Tan convencido estaba el gobierno español de su fidelidad, que creyó suficiente un insignificante destacamento para guarnecer todo un virreinato *.

Era tal la veneración de los americanos por el rey, y ésta se aumentó á tal punto, con respecto á Fernando por las desgracias que sufría, que era muy frecuente entre ellos el quitarse el sombrero cuando se mentaba su nombre.

A la cesión hecha á Bonaparte de la corona de España, se comunicaron órdenes desde Bayona á todos los puntos de la América española, firmadas por Fernando, por el Consejo de Indias, y refrendadas por el ministro Azanza transfiriendo en José el juramento de obediencia. Al mismo tiempo se prevenía que todos los empleados conservarían sus destinos y dignidades bajo la nueva dinastía.

* En tiempos pacíficos menos de dos mil hombres de tropas regladas españolas guarnecían la línea que se extiende desde Buenos Aires á Quito y Lima. En un período más turbulento, quinientos hombres formaban la guarnición de todo Chile, y de éstos trescientos estuvieron constantemente empleados contra los indios araucanos.

© Ministerio de Cultura

Tan de acuerdo estaba este acto del gobierno español con los sentimientos y miras de las autoridades locales españolas en América, que cuando el capitan Beaver, comandante de la corbeta de S. M. Británica la *Acasta*, reclamó del gobernador de Caracas un buque francés que había convoyado á la Guayra agentes é impresos del rey José, recibió la contestación de que los fuertes le harían fuego si intentaba apresar un buque bajo la bandera imperial. Pero los americanos, disgustados de la conducta de sus gobernantes, quemaron las proclamas de José Bonaparte, y echaron á sus agentes.

El virrey de México, Iturrigaray, fué una de las pocas autoridades que desechó los ofrecimientos del rey intruso, pues habiendo recibido, como todos, la confirmación en su empleo por el rey José, no quiso comprometer su honradez y su lealtad. El 5 de Agosto de 1808 hizo la municipalidad de México una exposición al virrey Iturrigaray, reclamando en consecuencia del cautiverio de Fernando, «la convocación de una junta compuesta de los tribunales y demás autoridades constituídas de la capital.» Considerando el virrey que las circunstancias no sólo sancionaban y hacían legal este paso, sino absolutamente necesario, manifestó accedía á su petición; pero las otras autoridades españolas y los comerciantes, no bien supieron las leales y patrióticas intenciones del virrey, que reunieron secretamente un cuerpo de tropas, le arrestaron en su palacio, y con mil vejaciones personales le enviaron al poco tiempo en clase de preso á España. Venegas, virrey nombrado para sucederle, fué el portador de las recompensas y honores concedidos á los principales agentes de este acto de rebelión.

Liniers, que ejercía funciones de virrey en Buenos Aires, en una proclama á los habitantes les dijo: «que el Emperador de los franceses les enviaba las gracias por la gloriosa defensa que habían hecho contra los ingleses». Emparan y Goyoneche, que ambos habían prestado sumi-

© Ministerio de Cultura

sion al rey José, salieron de Cádiz, el primero á mandar en Venezuela, y el segundo en el Perú.

La Suprema Junta Central al aproximarse el ejército francés al Guadalquivir, se retiró desde Sevilla á Cádiz. Esta corporación se componía de ochenta y seis individuos, que reasumiendo el gobierno de la nación, no olvidaron sus intereses propios (según se dice) en la distribución de empleos, y otras ventajas. Se sospechó en aquella ocasión que tenían intenciones de transigir con los franceses, ó al menos es evidente que deseaban tener los medios de poderlo hacer. Con efecto, tan conocidos eran los traidores designios de muchos de los miembros de ella, que al fin se hicieron objeto de horror y aborrecimiento, y ellos se intimidaron tanto al ver la indignación pública, que no osaban presentarse de día en las calles de Cádiz. Ahora está probado por correspondencia interceptada á Soult, y por otras convincentes razones, que la intención de la Junta, retirándose á Cádiz, era la de entregar aquella plaza á los franceses, y poca duda puede quedar en que habrían realizado sus designios, á no haber sido por la oportuna é inesperada llegada del Duque de Alburquerque con doce mil hombres; el cual para ir á Cádiz había desobedecido las órdenes terminantes de la Junta, que consideraba mil hombres fuerza suficiente para guarnecer aquella plaza. A pesar de la rapidez de los movimientos de Alburquerque, pudo con mucha dificultad llegar á la isla antes que los franceses, los cuales le seguían tan de cerca, que diariamente escaramuceaban con su retaguardia.

El haber salvado á Cádiz costó, sin embargo, la vida al heroico Duque de Alburquerque, pues defraudada en sus esperanzas la Junta Central, le privó en seguida del mando, y lo envió con una misión á Inglaterra, donde murió del sentimiento que le causó lo que él llamaba traidora y baja ingratitud de los miembros de la Junta. Acorde á los mismos principios se habían opuesto á admitir en Cádiz

© Ministerio de Cultura

más de dos regimientos ingleses, y entorpecieron, por cuantos medios pudieron, los planes y proposiciones de Sir Arturo y el Marqués de Wellesley. El pueblo de Cádiz y de la Isla de León no pudieron sufrir por más tiempo á la Junta, y por consiguiente fué disuelta; pero no sin que antes nombrara una Regencia de cinco individuos, que la sucediera en el gobierno de la nación.

La misma injusta, avara y prevaricadora política continuó con respecto á la América española. Las posesiones de ultramar las habían declarado la Junta Central una parte integrante de la monarquía española, y que tenía derecho á ser representada en las Cortes Generales; pero estos derechos, reconocidos en teoría, fueron en la práctica hollados, ó enteramente desconocidos. Los americanos no tuvieron intervención en el nombramiento de la Regencia, para cuyo acto, según previenen las leyes españolas, debió haber precedido la reunión de Cortes.

El Consejo de Regencia, á instigación de Mexía, diputado por Quito, publicó un decreto con fecha 17 de Mayo, permitiendo á las colonias comerciar con las naciones extranjeras en todos los artículos de su propia producción de los cuales no hallasen salida en España. Este decreto, justo en moral y sabio en política, ofendió á los comerciantes de Cádiz, de quienes en gran manera dependía la Regencia para continuar su débil y balanceante autoridad. Por consiguiente se revocó el 17 de Junio, teniendo la Regencia la bajeza de declararlo apócrifo, como si fuera creíble que hubiese sufrido tuviese fuerza de ley por espacio de un mes, un decreto falso en el mismo lugar de su residencia. ¿Era posible que un gobierno tan bajo, astuto y fraudulento, se respetara en las colonias?

El 15 de Julio de 1808 el pueblo de Caracas, á pesar de las intrigas y resistencia de las autoridades españolas, prestó por aclamación solemne juramento de obediencia á Fernando VII. Al dar noticia de este acontecimiento á

© Ministerio de Cultura

la Junta Central ó la Regencia, el capitán general y la Audiencia de Caracas creyó político paliar el acto, manifestando «que lo habían permitido en consecuencia de los clamores y repetidos mensajes del pueblo y del Ayuntamiento».

Un decreto de Carlos I de 1530, confirmado por Felipe II en 1563, autorizó en casos imprevistos la convocación de Cortes ó juntas generales en los respectivos virreinatos de la América española. Así, pues, los americanos se hallaban en aquel momento en uno de los casos imprevistos á que aludía el decreto, y por lo tanto resolvieron ejercer el derecho que legal y constitucionalmente les correspondía, para durante la temporal suspensión de la autoridad real por la cautividad de Fernando, contrarrestar las traidoras maquinaciones de las autoridades españolas, y salvarse del yugo francés que querían imponerles. Las causas que les movieron y sus intenciones será mejor exponerlas con las propias palabras que la Junta de Caracas empleó en su exposición al rey de Inglaterra, de fecha 1.° de Junio de 1810, y presentada en el mes de Julio del mismo año al gobierno británico.

«La América recuerda bien que en los primeros momentos de la irrupción de las tropas francesas en España, y de la cautividad de su monarca, se temió que la parte de España del Nuevo Mundo se incorporase bajo el yugo francés.

. . . . . .

»Proclamar la misma causa que sus hermanos en Europa, jurar odio eterno á la Francia, é invocar la amistad y la protección de la Inglaterra; he aquí lo que Caracas proclamó, este fué el ejemplo que dió á las otras provincias de América, y tales fueron los sentimientos unánimemente manifestados por los leales habitantes de esta ciudad; sentimientos que los acontecimientos que han sucedido han ratificado, y dado mayor fuerza.

. . . . . .

© Ministerio de Cultura

»Caracas no escuchó más voz que la del honor, no procedió por otro impulso que el de su lealtad, ni proclamó obediencia á ningún otro nombre que al de su desgraciado monarca.»

Pero estas nobles y generosas miras no convenían, ni con la política del gobierno español, ni con la de los españoles en América. La Regencia en su proclama de 6 de Septiembre de 1810, manifestó sus ulteriores deseos. «No basta (decían los regentes) que seais españoles, si no sois de España, y lo sois en cualquier caso de la fortuna.»

Cuando un diputado por México propuso á las Cortes hipotecar las minas de México para procurar dinero para continuar la guerra contra Francia, á condición de que si esta nación vencía en la Península se permitiría á la América establecer y defender su independencia, su proposición se miró con desprecio, y se desechó como revolucionaria. Si el gobierno de Cádiz hubiese accedido á esta prudente proposición, habría restablecido la paz y la confianza á los americanos, haciéndoles ver que no se pretendía en caso alguno sujetarlos al carro triunfador de Napoleón.

Muchas más pruebas pudieran presentarse de la infidelidad de los españoles en América, y del gobierno en Cádiz, así como de la fidelidad y á la verdad romántica lealtad de los americanos españoles; pero es de creer que las ya manifestadas bastarán para convencer al más incrédulo. Sin embargo, en honor á la verdad debe publicarse un testimonio importante, dado cuando el gobierno español no había aún manifestado públicamente sus intenciones; pero que no pudieron ocultarse al ojo penetrante del Marqués de Wellesley. Este hábil político escribió á Mr. Canning, en carta fecha 15 de Septiembre de 1809: «Es dudoso si este mal organizado gobierno es ó no sinceramente adicto á la causa de España y de sus aliados.»

© Ministerio de Cultura

Lo fundado de las sospechas del Marqués de Wellesley, lo probó la conducta observada por el gobierno español en 1810, pues sus proclamas y las personas que nombró como agentes en la América española, descubrieron sus miras ulteriores; pero la ciega lealtad de los americanos frustró sus miras y los esfuerzos de sus agentes en América.

Para evitar la anarquía y conservar inviolable su obediencia á Fernando, las diferentes provincias recurrieron al medio de convocar juntas generales, única medida que constitucionalmente podían adoptar. Este paso legal y único que un pueblo en tales circunstancias podía dar para mantener la tranquilidad y demostrar su entusiasmo en favor de la causa general, vino á ser la señal de la declaración de las hostilidades por España, y el principio de una guerra asoladora.

Tan infatuado estaba el gobierno de Cádiz, que cuando los franceses habían logrado tomar posesión de toda España á excepción de la Isla de León y una ó dos plazas más de poca importancia, dirigía toda su energía contra el pueblo americano. Con una característica virulencia hizo salir varias expediciones, que excedieron, si es posible, en crueldad y en injusticia á las de Cortés y Pizarro; y las cuales no envió con sus propios recursos, porque no los tenía, sino con los fondos que ofrecía la lealtad americana, y las armas y vestuarios que para objeto muy diverso le suministraba Inglaterra. La naturaleza de la guerra que bajo tales circunstancias, y con tales medios, declararon y llevaron á efecto no pudiera describirse cual corresponde, sino por las mismas palabras de los partes oficiales de los jefes militares que la dirigieron, y se publicaban en la Gaceta oficial de México.

El comandante Bustamante en su parte al virrey, de fecha 23 de Octubre de 1811 desde Zitaguaro, recomienda al dragón Mariano Ochoa, «que persiguiendo á los insur-

© Ministerio de Cultura

gentes halló á un hermano suyo entre ellos, el cual se le hincó de rodillas pidiéndole la vida; pero él se la quitó con sus propias manos.»

D. Ignacio García Revollo, en su parte al virrey desde Querétaro de 23 de Noviembre de 1811, recomienda al sargento Francisco Montes «como digno del empleo de oficial, porque entre otros bizarras acciones, mató á uno de sus propios sobrinos, el cual, habiéndosele hecho conocer en el acto recibió, por contestación, que no conocía sobrinos entre los insurgentes».

El general Trujillo se jacta en otro parte de haber mandado hacer fuego á un parlamento de parte de Hidalgo, acompañado de un estandarte de la Virgen, y añade que no esperaba le molestasen en lo sucesivo del mismo modo. Todas las personas que se presentaron como parlamentarios perecieron.

El general Calleja participó al virrey, que en la acción de Aculco había tenido la pérdida de un hombre muerto y dos heridos; pero que había degollado 5.000 indios seducidos, y que la pérdida total del enemigo ascendía al doble. La mayor parte de ellos recibieron la muerte arrodillados, pidiendo misericordia.

El mismo general entró en Guanajuato á fuego y sangre, donde 14.000 viejos, niños y mujeres perecieron, porque el ejército insurgente había establecido en él su cuartel general; pero el ejército, por una retirada oportuna, se salvó de su furia. Calleja recibió poco después de la Regencia de Cádiz el empleo de mariscal de campo, y el virrey la gran cruz de Carlos III, como recompensa de tan distinguido servicio.

De los extractos de solo algunas Gacetas publicadas en México en los años 1811 y 1812, resultan 25.344 insurgentes muertos, 3.776 hechos prisioneros, y además 697 fusilados después de rendidos.

Caracas capituló con el general Monteverde el 25 de Julio de 1812 en San Mateo. Las bases de esta conven-

© Ministerio de Cultura

ción fueron, que las vidas, propiedades y personas de todo ciudadano se considerarían como sagradas, que ninguno podría ser perseguido por sus opiniones anteriores, en una palabra, se les acordó un olvido general y amnistía. La religiosidad con que se cumplió este tratado, lo manifiesta la siguiente relación escrita por un respetable caballero inglés, que presenció las escenas que describe, y la cual remitió al Almirantazgo por uno de los capitanes del crucero de la India Occidental.

«Monteverde mandó prender á casi todos los criollos de rango de todo el país; después los hizo encadenar de dos en dos, y los mandó á los calabozos de la Guayra y Porto Cabello, donde muchos perecieron de enfermedades y sofocación.» En otra parte dice: «Si detallara el todo de los horribles excesos cometidos por Boves y Rosete en su tránsito desde el río Orinoco á los valles de Caracas, escasamente pudiera encontrarse un lector que creyera tales escenas de devastación y carnicería. Sin embargo, puede formarse una idea de ellas, asegurando que estos monstruos atravesando un espacio de más de cuatrocientas millas, no dejaron en vida á ningún ser humano, sin distinción de edad ni sexo, excepto aquellos que se reunían á sus banderas.»

Boves condenó á muerte á un patriota; su hijo, joven de doce años, se echó á los pies del tirano implorando la vida de su padre, y éste le contestó: «Te la concedo; pero á condición de que te has de dejar cortar una oreja sin hacer ningún movimiento, ni quejarte.» El muchacho replicó: «Estoy pronto á hacerlo.» Entonces Boves le dijo: «Pero acuérdate, que el más pequeño gesto será el decreto de muerte de tu padre.» Consecuente á este bárbaro contrato, le cortaron la oreja con un cuchillo, durante cuya operación Boves estuvo observando al muchacho, el cual, con una fortaleza sorprendente, sufrió la mutilación, y alcanzó con su sangre la vida de su padre; pero el cruel asesino, en vez de cumplir su promesa le dijo:

© Ministerio de Cultura

«Conozco muy bien por lo que acabas de hacer que serías un enemigo mucho más terrible para España que tu padre lo ha sido, por lo tanto serás fusilado delante de él.» Es inútil añadir, que padre é hijo fueron fusilados en seguida.

Los realistas no siempre cometían tales atrocidades impunemente. En una batalla perdida por los patriotas cerca de Apure, entre otros oficiales fué cogido prisionero un francés. El comandante realista le dijo: «¿Monsieur, parece que es usted un gran patriota?» «Lo soy», contestó el francés, «y aborrezco á los españoles con todo mi corazón.» «Muy bien», dijo el comandante; «usted pagará ahora su aborrecimiento.» «Usted pagará primero», repuso el francés, y tirando de la espada, se arrojó al comandante, y lo mató. Los soldados cercaron y atacaron al valeroso francés; pero no lograron matarle hasta que vendió cara su vida, hiriendo y matando á varios de sus contrarios.

Fuera á la verdad desagradable entrar en mayores detalles de esta guerra feroz, bajo cuyos dolorosos sufrimientos los desgraciados americanos conservaban aún su fidelidad, sin casi ninguna excepción; en la esperanza aunque débil del regreso de Fernando, y en la convicción de que su restablecimiento al trono sería el precursor del consuelo y de la reparación de tantos agravios. Puede fácilmente considerarse cuáles serían sus sentimientos cuando vieron que al cabo de tantos sacrificios como habían hecho, este acontecimiento tan deseado, lejos de proporcionar ningún alivio á sus miserias ó desgracias, sirvió sólo para que se renovara la opresión y se repitieran escenas y asesinatos aun más horrorosos. Lejos de desear Fernando recompensar su lealtad por tanto tiempo puesta á prueba, ó de procurar conciliar los ánimos, la perpetración de hechos atroces en América, eran para él un mérito distinguido, y el mayor derecho para su estimación y recompensas. En premio de la violación de las

© Ministerio de Cultura

capitulaciones más solemnes, del asesinato de algunos parlamentarios, y por las matanzas á sangre fría y arbitrariamente ejecutadas, los americanos vieron á Monteverde, Calleja, Cruz, Trujillo, y otros monstruos execrables cargados de recompensas y condecoraciones por Fernando.

Los americanos recordaron que Carlos V, el monarca más orgulloso y más poderoso de su tiempo, en un caso de injusticia parecida, pero no de iguales sacrificios por parte de sus súbditos, tuvo la condescendencia de escuchar sus quejas y enviar al licenciado Gasca con poderes completos para reparar sus agravios, lo cual efectivamente ejecutó. Si Fernando hubiese hecho la más leve indicación de cordial interés hacia los americanos y los males que sufrían, habría conservado para sí un imperio, y á la nación española hermanos y fieles aliados más ricos y más poderosos que ellos mismos. Pero el cielo había decretado que la justicia y la razón tomaran su curso, y que siglos de desorden, de opresión y de crueldad, sufrieran al fin su merecido castigo por la gravedad misma de sus excesos.

Quizás nada excitará más sorpresa que la circunstancia de no haber hallado la América en las Cortes algunos sinceros, generosos y decididos abogados; ni aun entre aquellos liberales que en el mismo período hablaban y escribían con tanta libertad como sabiduría, sobre los abusos del poder en España. Las cadenas de la América se habrían á la verdad aligerado y pulido por los constitucionales; pero la unanimidad de los partidos en la cuestión colonial, impedía que los americanos del Sur se halagaran con la esperanza de que hubiesen removido voluntariamente ni un solo eslabón.

Aunque el imbécil Fernando ni aun se dignó escuchar sus clamores, á excepción de Caracas, aún permaneció sumisa la América, por su mal entendida fidelidad á este tímido soberano, por espacio de tres años después de su restauración. Durante este tiempo los sentimientos y

© Ministerio de Cultura

conducta del gobierno español no variaron un ápice, ni su sed de sangre pareció satisfecha.

La siguiente lista de individuos que sufrieron pena de muerte y confiscación de bienes sin juicio previo ó en violación de amnistías concedidas en Nueva Granada, en consecuencia de la entrada de las tropas españolas al mando del general D. Pablo Morillo en el año 1816, está sacada de los documentos oficiales remitidos á la corte de Madrid.

Fecha.	Nombres.	Clase de castigo.
	CARTAGENA	
26 de Febrero..	Dr. D. Manuel Castillo.....	Fusilados por la espalda.
Idem	Dr. D. José María Portocarrero	
Idem	Dr. D. José María de Toledo.	
Idem	Dr. D. Angel Díaz Granados.	
Idem	Dr. D. Antonio de Ayos....	
Idem	D. Pantaleón Ribón	
Idem	D. Martín Amador	
Idem	D. Santiago Stuart	
Idem	D. Manuel Anguiano, español y coronel de ingenieros	
	MOMPOX Y OCAÑA	
Idem	D. Miguel Carabano	Idem.
Idem	D. Fernando Carabano	
	SANTA FE DE BOGOTÁ	
26 de Mayo....	Juan María.....	Idem.
6 de Junio.....	D. Antonio Villavicencio...	
19 de Junio....	Dr. D. Ignacio Bargas.....	
Idem	D. José Ramón de Leiba, teniente coronel y secretario del virreinato.....	
Idem	D. José Contreras	
Idem	D. José María Carbonell....	Ahorcado.
5 de Julio	D. Jorge Lozano	Fusilados por la espalda.
Idem	Dr. D. José Gregorio Gutiérrez	
Idem	Dr. D. Hermenegildo Benítez	

© Ministerio de Cultura

Fechas.	Nombres.	Clase de castigo.
5 de Julio	Dr. D. Miguel Pombo.....	Fusilados por la espalda.
Idem	Dr. D. Fran. Xav. García Hevia	
Idem	Dr. D. Crisanto Valenzuela.	
20 de Julio	D. Antonio Baraya	
Idem	D. Pedro Lastra	
8 de Agosto ...	Dr. D. Custodio García Rovira	Fusilado, y puesto en la horca.
Idem	D. Hermógenes Céspedes ..	Fusilados por la espalda.
Idem	Dr. D. Tomás Antonio Peña.	
Idem	D. N. Navas	
13 ídem	D. José Ayala	
29 ídem	Dr. D. Joaquín Hoyos	
31 ídem	Dr. D. Joaquín Camacho...	
Idem	D. Nicolás Rivas	
3 de Septiembre	D. Liborio Mejía	
Idem	D. Andrés Linares	
Idem	D. Silvestre Ortiz	
Idem	D. Félix Pelgrón	
Idem	D. Rafael Niño	
Idem	D. Pascual Andren	
Idem	Dr. D. Martin Cortés	
11 ídem	D. Dionisio Tejada	
19 ídem	D. José Cifuentes	
Idem	D. Bernabé González	
Idem	D. José María Ordóñez	
30 ídem	Dr. D. Manuel Bernardo Álvarez	
Idem	Dr. D. José María Arrublas.	
Idem	D. Joaquín García (escribano)	
5 de Octubre...	Dr. D. Manuel Rodríguez Torices	Fusilados, colgados después en la horca, y cortadas sus cabezas, para colocarlas en una jaula de hierro á la entrada de la ciudad.
Idem	Dr. D. Camilo Torices	
Idem	El Conde de Casa Valencia.	Fusilados por la espalda.
Idem	D. Pedro Felipe Valencia (coronel).....	
Idem	Dr. D. José María Dávila ..	
12 de Octubre..	D. Salvador Rizo.....	
Idem	D. Pablo Murillo	

© Ministerio de Cultura

Fechas.	Nombres.	Clase de castigo.
22 ídem	D. Francisco Cabal	
24 ídem	D. Francisco de Paula Aguilar	
Idem	D. Vicente Monsalve	
30 ídem	Dr. D. Francisco de Ulloa ..	
Idem	Dr. D. Francisco Caldas ...	Fusilados por la espalda.
Idem	D. Miguel Buch.....	
8 de Noviembre.	Dr. D. José María Chacón ..	
Idem	Seis soldados	
21 ídem	D. Francisco Morales.....	
Idem	Dos soldados	
27 ídem	D. Nicolás Buenaventura...	
Idem	D. Miguel Gómez Plata, de edad de 80 años *	Fusilado después de haber sufrido tormento tres veces.
En Diciembre..	D. Antonio Campuzano	
Idem	D. N. Ponce	Fusilados.
Idem	Una persona de distinción de Ambalema	
	ZIPAQUIRA	
3 de Agosto....	D. Agustín Zapata	Fusilado, colgado en la horca, y cortada luego la cabeza.
Idem	D. Juan Figueroa	
Idem	D. Francisco Zárate	
Idem	D. José Gómez	Fusilados.
Idem	D. Luis Sánchez	
Idem	D. José Riaño Cortés	

* Este individuo vino á Londres en 1814 con el coronel Durán, comisionado por la provincia de Socorro, para comprar fusiles, y á su regreso cayó en manos de los españoles, los cuales le dieron tormento, para hacerle declárar si el gobierno inglés ó alguna casa de Londres le habían vendido las armas que llevaba consigo de Europa; pero nada pudieron saber de él, pues su fortaleza fué superior á todos sus horrores.

© Ministerio de Cultura

Fechas.	Nombres.	Clase de castigo.
	FACATATIVA	
31 de Agosto...	D. Mariano Grillo.....	Fusilados.
Idem	D. Joaquín Grillo	
	MESA DE JUAN DÍAZ	
7 de Octubre...	D. Francisco Olaya.....	Idem.
Idem	D. Andrés Quijano.....	
	VILLA DE LEIVA	
27 de Octubre..	D. Manuel José Sánchez...	Idem.
Idem	D. Juan Bautista Gómez...	
Idem	D. Joaquín Vinana.....	
	TUNJA	
20 de Septiembre	D. Santiago Abdón Herrera.	Idem.
Idem	D. Antonio Palacio.....	
Idem	D. Alberto Montero	
Idem	D. Ignacio Plaza	
Idem	D. Manuel Otero	
	NEIVA	
26 de Septiembre	Dr. D. Luis García	Idem.
Idem	D. José Díaz	
Idem	D. Benito Salas	
Idem	D. Fernando Salas	Fusilados por la espalda.
Idem	D. Francisco López.....	
Idem	D. José María López	
Idem	D. Miguel Tello.....	
	POPAYÁN	
8 de Julio	D. Agustín Rosas	Idem.
Idem	D. José España.....	
Idem	D. Rafael Lataza.....	
10 ídem	D. Carlos Montúfar (teniente coronel).....	
Agosto	Dr. Miguel Angulo	
Idem	D. Hermenegildo Troyano..	
Idem	Dr. D. José Antonio Ardila.	
Idem	D. Pedro Monsalve.....	

© Ministerio de Cultura

Fechas.	Nombres.	Clase de castigo.
Agosto	D. José Monsalve	
Idem.....	El sargento Vásquez	
Idem.....	D. José Acuña.....	
22 ídem	D. José María Cabal	
Idem.....	D. José María Quijano.....	
Idem.....	D. Mariano Matute.....	
Idem.....	D. José María Gutiérrez ...	
29 ídem	D. José María Ramírez	
24 de Septiembre	Dr. D. Manuel Valleciila...	
Octubre	D. José Pino y D. José Navia.....	
Idem..... ..	Dr. D. Frutos Gutiérrez....	Fusilados por la espalda.
Idem.....	Los oficiales Salias, Váez, Olmedilla, y dos más....	
30 ídem	Dr. D. León Armero.....	
28 de Noviembre	Dr. D. Juan Nepomuceno Niño	
Idem..... .	Dr. D. Cayetano Vásquez ..	
Idem.....	D. Pedro Manuel Montano.	
Idem.....	D. José Buitrago.....	
12 de Diciembre	Dr. D. Francisco Antonio Caicedo.....	
Idem.....	D. Joaquín Villacella.....	
Idem.....	D. José María Perlaza	

Otro parte dice: «El general Morillo tomó Santa Fe de Bogotá en el mes de Junio de 1816, y permaneció en ella hasta Noviembre. Más de seiscientas personas de las que habían asistido á los Congresos y gobiernos provisionales así como los jefes del ejército independiente fueron fusilados, ahorcados ó desterrados, y las cárceles están llenas de otros tantos que esperan su vez. Entre los ejecutados lo fueron los botánicos D. José Caldas y D. Juan Lozano, encargados por el Congreso de Nueva Granada de publicar las obras del Dr. Mutis; el Dr. M. Cabal, químico eminente; el Dr. C. Torres, hombre distinguidísimo por su saber; el Dr. J. G. Gutiérrez Moreno y D. M. R. Torices, ambos bien conocidos por la adhesión que manifestaron desde el primer momento á la

© Ministerio de Cultura

causa de su patria; D. Antonio Palacio-Fajar, D. J. M. Gutiérrez, D. Miguel Pombo, D. F. A. Ulloa, y muchas otras personas de ilustración y apreciables circunstancias. Las mujeres de los condenados á muerte ó destierro por Morillo, fueron también desterradas». Los nombres que acaban de expresarse no están inclusos en la lista oficial precedente. El general Morillo, activo agente de Fernando, en carta escrita á su amo publicada en el *Diario Mercantil* de Cádiz el 6 de Enero de 1817, dice: «que su empresa debe llevarse á cabo en la misma forma que se hizo la primitiva conquista»; y jactanciosamente asegura á S. M. «que no ha dejado vivo en el reino de Nueva Granada un solo individuo de bastante influencia ó talento, para conducir la revolución». A su regreso á España, Morillo gozó del favor especial del rey y fué creado Conde de Cartagena.

Cuando un millón de españoles americanos habían perecido; cuando los españoles, que por una mal entendida generosidad habían conservado en puestos de importancia, los engañaron y vendieron; y en fin cuando perdieron toda esperanza de consuelo, ya sea del príncipe ó del pueblo; el velo que cubría los ojos de los americanos se rasgó, y al fin conocieron que el fantasma que hasta entonces habían adorado era incapaz de protegerlos; que tampoco quería hacerlo, y que en nombre del rey habían sido víctimas de la traición, de la avaricia y de la crueldad.

El conocimiento de esta verdad exaltó su patriotismo; sus almas adquirieron la noble fuerza que produce el sentimiento de lo que el hombre debe al suelo en que nació y á los hijos que dió el ser; y casi simultáneamente los reinos que formaban el vasto continente americano declararon su independencia, fiando á la justicia de su causa y al valor de su brazo, el reconocimiento de sus derechos.

Los variados acontecimientos y fin glorioso de esta lucha sagrada se hallan en parte bosquejados en los capítulos siguientes.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO III

Buenos Aires.—Banda oriental.—Contrabandistas.—Artigas.—Beresford.—Mitelock.—Princesa Carlota.—Cisneros.—Junta gubernativa.—Moreno.—Elio.—Obes.—Ocampo.—Balcarce.—Cotagaita.—Tupiza.—Castelli.—Paraguay.—Francia.—Goyeneche.—Guaqui.—Saavedra.—Montevideo.—Rondeau.—Tucumán.—Gobierno Superior.—San Lorenzo.—San Martín.—Salta.—Tristán.—Belgrano.—Vilcapugio.—Ayoma.—Supremo Director.—Arenales.—Warnes.—Alvear.—Montevideo.—Sipe-Sipe.—Viluma.—Congreso.—Puyrredón.—Pumacagua.—Pezuela.—La Serna.—Gauchos.

Como puede considerarse á Buenos Aires la cuna de la independencia americana, no podrá menos de ser interesante un sucinto bosquejo histórico de este plantel de libertad en los dominios españoles del Nuevo Mundo.

Buenos Aires no ocupó un lugar distinguido entre las ciudades principales de la América del Sur, hasta que en 1776 fué declarada capital del nuevo virreinato, que en aquella época se formó y el cual tomó su nombre. El falso principio en economía política que hacía considerar á la España en aquella época el valor relativo de sus colonias en proporción á la abundancia ó escasez que tenían de minas de oro ó plata, hizo mirar con desprecio las riquezas mucho más sólidas y efectivas que poseía Buenos Aires, por la salubridad de su clima y por las ventajas de su situación para el comercio y agricultura. Sin embargo, con el progreso del tiempo, y á pesar de la ignorancia y preocupaciones de sus gobernantes, estas venta-

© Ministerio de Cultura

jas se hicieron palpables, con el engrandecimiento de su comercio en proporción que sus relaciones se extendían, y llegó á ser una ciudad de mucha importancia. Pero estas mejoras se vieron interrumpidas por circunstancias accidentales.

Los españoles y portugueses por una fatalidad singular parecen destinados, no sólo á ser vecinos y rivales en el antiguo continente, sino en el nuevo. La posesión del Brasil facilitó á los portugueses, á favor del inmenso territorio y poco poblado de la Banda oriental que los separa, los medios de organizar un sistema de contrabando que casi aniquiló el comercio legítimo y regular.

El carácter atrevido de los agentes empleados en este trato ilícito, su conocimiento local del país que sólo ellos habían atravesado, y la sinuosidad de las costas de la parte oriental del Río de la Plata, hicieron nulos cuantos esfuerzos empleó el gobierno español para contener los ruinosos progresos de aquel mal. Con efecto; llegó á tal punto la insolencia de estos arrojados bandoleros, que hacían sus contratos espada en mano, y algunas veces asesinaban la misma persona con quien acababan de terminar alguna transacción comercial. Un mal tan grave por su naturaleza únicamente podía curarse con remedios desesperados; y los que el gobierno español empleó, fueron tan extraordinarios como eficaces. Eligió entre estos contrabandistas el más notado y atrevido para por su medio someter á sus compañeros, y destruir el sistema organizado que tenían. La elección recayó en D. Fernando José de Artigas, que después tuvo tan ilustre parte en la revolución.

Artigas nació en Montevideo; su padre D. Martín Artigas era un hacendado de las inmediaciones de aquella ciudad; pero la falta de medios de educación que entonces había en todas las colonias españolas, debido á la maquiavélica política de su gobierno, redujo los conocimientos literarios del joven Artigas á leer y escribir; y sus ocupa-

© Ministerio de Cultura

ciones ordinarias á montar á caballo, cuidar de los ganados de su padre, y comerciar en cueros no sólo con los habitantes de Montevideo, sino con los contrabandistas. El ejercicio constante de estas ocupaciones, y su trato frecuente con los forasteros de más baja condición, le hicieron adquirir unas maneras licenciosas, y una inclinación á vivir de un modo independiente y bullicioso que muy pronto le indujeron á emanciparse no sólo de la autoridad paterna, sino del poder de las autoridades. En unión con los hombres más atrevidos principió á hacer algunas excursiones y rapiñas, hasta que al fin, asociándose absolutamente con los bandidos, llegó á ser el terror de todo el país. Superando á sus compañeros en el conocimiento de las sendas secretas, de los sitios ocultos, y en una palabra, de los arcanos de aquellas llanuras, no menos que en fuerza corporal, en montar á caballo, y en valor así como en talento, bien pronto adquirió el ascendiente que en tales circunstancias dan estas cualidades, únicos títulos para mandar.

El nombre de Artigas infundía terror no solamente á la gente del país, sino á las autoridades españolas, y luego lo inspiró también á todo el cuerpo de contrabandistas, fuesen de origen español ó portugués. Estos merodeadores tan atrevidos y feroces como eran, contemplaban con entusiasmo y admiración la sagacidad con que su jefe concebía sus planes, y la tenacidad con que los ejecutaba á la cabeza de sus *muchachos*, como él los llamaba, y de tiempo en tiempo vencía á los oficiales de justicia y dispersaba las partidas de milicias enviadas á prenderle. Se dice que en una ocasión, siendo perseguido en los llanos y considerando su retirada ya impracticable por el estado de cansancio de sus caballos, mató una parte de ellos, y formando con sus cuerpos un parapeto, mantuvo un fuego tan vivo y acertado detrás de él, que obligó á retirarse con pérdida considerable á sus perseguidores. Los procedimientos judiciales de este nuevo preboste marcial, no tenían el ca-

© Ministerio de Cultura

rácter de las fórmulas pulidas de nuestros tribunales de justicia. La notoriedad del crimen era razón bastante para imponer en el acto la pena al delincuente, sin más ceremonia ó preparación religiosa que el credo ó símbolo de fe mutilado ó mal repetido, á que llaman *credo cimarrón.* Pero cuando eran muchos los criminales, y creía que no era conveniente gastar pólvora, acostumbraba á liarlos en cueros frescos de vaca, dejándolos con solo la cabeza fuera, de modo que á proporción que los cueros se iban secando, el espacio dejado para el cuerpo se iba disminuyendo hasta que el desgraciado paciente expiraba en la agonía más dolorosa, y la desesperación. Este modo de encarcelar y atormentar á los criminales, lo llamaban *enchipar:* su extrema barbarie apenas pierde nada de su horrible aspecto, con la disculpa de que no tenían cárceles ni quien guardase los criminales en aquellos desiertos, y que los hábitos feroces y sanguinarios de aquellos perversos requerían tales ejemplos.

Artigas era bien proporcionado, y de una estatura regular; de aspecto dulce y que expresaba amabilidad; era algo calvo y de tez blanca, la cual no había obscurecido ni el sol ni la intemperie. El deán Funes le pinta como un hombre que reunía á una extrema sensibilidad, la apariencia de la frialdad; á una urbanidad insinuante, una gravedad decente; una franqueza atrevida, á la cortesía; un patriotismo exaltado, á una fidelidad á veces sospechosa; el lenguaje de paz, á una inclinación natural á la discordia; y un grande amor á la independencia, á ideas extravagantes en el modo de obtenerla.

El virrey de Buenos Aires ofreció á Artigas una amnistía por lo pasado, y le dió esperanzas de un destino honrado si se hacía cargo de poner fin al comercio clandestino, y depredaciones de los contrabandistas portugueses, y limpiaba el país de bandoleros. Jamás el perdón de un criminal produjo más señalado é inmediato beneficio. Este hombre activo é infatigable aplicó todo el poder de

© Ministerio de Cultura

su alma y de su persona tan eficazmente al encargo de exterminar absolutamente las bandas de vagamundos, ladrones y contrabandistas que recorrían el país, que en un corto período la autoridad del gobierno se vió respetada, y la propiedad individual asegurada á un grado tal, que nunca en tiempos anteriores había existido, ni aun en las épocas de mayor quietud y prosperidad.

Tal era la destreza de Artigas en el manejo de su caballo, y en el uso de sus armas de fuego; tan formidable era su fuerza, y tal la impetuosidad de su ataque, que el más atrevido foragido desfallecía á su vista, y se rendía á su grito aterrador. Los efectos provechosos que su conducta había producido, reclamaban y obtuvieron la debida recompensa, de aquellos á quienes tan eficazmente había servido; y á instancias de los propietarios del país fué nombrado *Guarda General de la Campaña*, acompañando á este nombramiento un sueldo proporcionado á su persona, y á los servicios que había prestado. Desde esta época se hizo Artigas un enemigo irreconciliable de los contrabandistas brasileños.

Libre ya Buenos Aires por estas enérgicas medidas de los obstáculos que se oponían á su prosperidad, avanzó tan rápidamente en población é importancia, que cuando la malhadada expedición inglesa de 1806 al Río de la Plata, tenía Buenos Aires 60.000 habitantes.

La fuerza, valor y energía desplegada en esta ocasión por los naturales del país, y á la que hacía un contraste la pusilanimidad de los pocos españoles que habían tenido aquella gran población sujeta á una obediencia ciega, despertó en la masa del pueblo un espíritu de ardor militar, al mismo tiempo que hizo concebir á algunos hombres ilustrados la esperanza de su futura independencia; la cual los acontecimientos que sucedieron llevaron al estado de madurez que necesitaba. Sin embargo, cuando el general Beresford ofreció en nombre del gobierno británico ayudar á los naturales del país para sacudir el yugo es-

© Ministerio de Cultura

pañol y garantir su independencia, y cuando el general Auchmuty envió un parlamentario desde Montevideo, en Marzo de 1807, para renovar las mismas proposiciones, tal era la lealtad de los de Buenos Aires en aquel tiempo, que no las admitieron. Pero al fin, algunos de los genios más privilegiados principiaron á conocer la necesidad de un cambio: en su consecuencia el Dr. Zuluaga, eclesiástico de mucha consideración, con otros individuos de influencia, propusieron secretamente al general Whitelock, si quería ayudar al pueblo de Buenos Aires para establecer su independencia de España bajo la protección de la Gran Bretaña, acorde á los ofrecimientos hechos por los generales Beresford y Auchmuty; y *en conformidad* á la declaración del ministerio inglés en 1797 á la América española, invitando á sus naturales á declarar su independencia, y prometiendo toda clase de auxilios. El general inglés desechó esta proposición bajo el pretexto de no haber recibido instrucciones al efecto; pero el hecho fué que la política del gobierno británico relativamente á la España y sus colonias no era ya la misma, y que las instrucciones dadas al general Whitelock le obligaron á adoptar una conducta diferente.

Si los ingleses hubiesen tenido los conocimientos locales del país que se requerían, no habrían intentado conquistar á Buenos Aires, y habrían limitado sus esfuerzos á la posesión de Montevideo, que es la llave del Río de la Plata. De esta plaza podían haber hecho por su posición y su fuerza, el Gibraltar de las costas occidentales de las posesiones españolas. Buenos Aires, por el contrario, es una ciudad muy extendida y abierta; situada en una pequeña elevación en un gran llano é imposible de conservar por quien no esté sostenido por sus habitantes y los gauchos, ó naturales de las Pampas.

Mientras que el espíritu público se hallaba en Buenos

© Ministerio de Cultura

Aires en un estado de excitación, por la agresión hecha por Napoleón en la Península; la traslación de la corte de Lisboa al Brasil, inspiró á la princesa regenta de Portugal la idea de establecerse por sí misma en los mismos términos en Buenos Aires. Habiendo renunciado en Bayona su padre y hermanos sus derechos á la corona de España, envió emisarios á Buenos Aires para hacer valer los suyos, y concertar las medidas correspondientes para su residencia en aquella capital. Sus proposiciones fueron recibidas con entusiasmo, y la enviaron una invitación expresiva las personas de más influencia en el país, entre las que se hallaban el Dr. Castelli, don Manuel Belgrano, D. Hipólito Vietes, y los señores Peña y Chambo. Pero cuando sus proyectos estaban á punto de realizarse, los dejó sin efecto el inesperado arribo del virrey Cisneros en Mayo de 1809, el cual en su navegación á Buenos Aires tocó en Montevideo, y concertó sus planes con el general Elío, gobernador que era de aquella plaza, y que como él era un decidido partidario de Fernando. Cisneros * hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcance, para cumplir las órdenes de la corte de Madrid para cerrar los puertos del Río de la Plata á los ingleses, que á pesar de repetidas prohibiciones continuaban frecuentándolos con aumento. El Dr. D. Mariano Moreno, hombre ilustrado del país, dirigió un escrito al virrey, demostrando la necesidad de reformar las instituciones fundadas en principios de conveniencia pasajera y mezquina, incompatibles con la prosperidad nacional. Esta exposición dió gran crédito á Moreno entre sus paisanos, y en la misma proporción le atrajo el odio de los españoles que veían en la admi-

* Cisneros fué en relevo de Liniers. Este general en el combate de Trafalgar mandaba una división de la armada española, y fué uno de los pocos individuos que se salvaron de la *Santisima Trinidad*, cuyo navío montó durante el combate como uno de los de su división.

© Ministerio de Cultura

sión de los extranjeros el fin del monopolio que exclusivamente ejercían.

Los comerciantes españoles y de Buenos Aires se reunieron y dirigieron fuertes representaciones, reclamando de Cisneros el cumplimiento de las leyes coloniales, y manifestándole el inminente peligro que corría la religión si se permitía comerciar libremente á los ingleses. Decretos de perentoria ejecución se publicaban casi diariamente, mandando salir á los ingleses en un término prefijado, y nombraron un oidor para cuidar de la debida ejecución de ellos; pero todos fueron evadidos bajo diversos pretextos, y tal fué el efecto del escrito de Moreno que el virrey no pudo cerrar los puertos á los ingleses, y tuvo que disimular á los comerciantes de aquella nación, que continuasen su tráfico por medio de consignatarios españoles; un triunfo ya de parte de Moreno, que removía ó disminuía algunos de los obstáculos que habrian podido obstruir los progresos de la revolución. Otra razón para el consentimiento de Cisneros, fué la necesidad en que se hallaba de procurar entradas á la tesorería exhausta de fondos; lo cual no podía lograr sino moderando el sistema prohibitivo. Desde esta época los principales apoyos de la princesa Carlota cambiaron de objeto, y formaron planes para levantar decididamente el estandarte de la independenncia.

Al cabo de algunos choques políticos alcanzaron deponer al virrey, y el 25 de Mayo en 1810 nombraron una Junta gubernativa compuesta de nueve individuos, de la cual fué elegido presidente D. Cornelio Saavedra *, y secretarios el Dr. D. Juan José Passo y el Dr. D. Mariano Moreno.

* Casi al mismo tiempo se manifestaron iguales sentimientos en varios y muy distantes puntos de la América española. Procediendo por los mismos motivos se formaron Juntas gubernativas en Caracas y Venezuela el 19 de Abril de 1809; en La Paz el 15 de Julio de 1809; en Quito el 19 de Agosto de 1809;

© Ministerio de Cultura

El Dr. Moreno fué el alma del nuevo gobierno, y desplegó un genio propio para las circunstancias. A su penetración no se ocultó la facilidad de trastornar un gobierno débil; pero también conocía la dificultad de desarraigar abusos canonizados por el hábito de siglos enteros, y de substituir un sistema de libertad, sin que fuese acompañado de la anarquía. Cisneros y las autoridades del virreinato aun ejercían una influencia peligrosa en Buenos Aires y en las provincias, donde había una porción de hombres que tenían sus mismos intereses, y que opinaban debía disolverse la Junta gubernativa, y castigarse á sus individuos.

En estas críticas circunstancias consideró Moreno necesario efectuar mayores cambios y más manifiestos, que podría proporcionar el progreso natural del nuevo sistema. Entre los ministros de la Audiencia de Buenos Aires estaba el fiscal Caspe, que muy de antemano había previsto las consecuencias de haber permitido el virrey la formación de una Junta gubernativa, bajo pretexto de que caducaba el gobierno de la madre patria. Caspe expresó públicamente su desaprobación á la formación de la Junta y no restablecer al virrey, cuando se sabía que se había establecido una regencia en la Península; como magistrado encargado de reclamar en nombre de la corona, comunicó su opinión á las autoridades nuevamente constituídas, las cuales la recibieron como un insulto, y como precursora de otras medidas dirigidas á poner en peligro la existencia del nuevo orden de cosas. Algunos oficiales patriotas dieron á Caspe una gran paliza al salir una noche de tertulia, y le aseguraron que se repetiría la lección si no era más cauto en lo sucesivo en sus opinio-

en Santa Fe de Bogotá en 20 de Julio de 1810; y en Chile el 18 de Septiembre de 1810. El 16 de Septiembre de 1810 hubo una insurrección en la ciudad de Dolores en México, y en 25 de Mayo de 1809, un movimiento popular ocurrido en Charcas en el Alto Perú, produjo la deposición del presidente Pizarro.

© Ministerio de Cultura

nes políticas. Este ataque se lo achacaron á la Junta porque los apaleadores eran celosos partidarios de ella; pero produjo el objeto que se propusieron, de imponer á los adictos de la antigua forma de gobierno.

La rivalidad y encono de los partidos aumentada con este incidente se inflamó mucho más, en razón de que el círculo de la autoridad de la Junta gubernativa cada día se iba disminuyendo, y el cual pronto quedó reducido á los límites de Buenos Aires. Montevideo no la reconoció y el virrey depuesto enviaba órdenes á aquella y otras plazas, para que diesen por no recibido su oficio anunciando la instalación de la Junta, ni obedeciesen las órdenes que emanasen de ella.

El puerto de Montevideo contenía un depósito naval ó astillero, y era además apostadero; por consiguiente la mayor parte de las autoridades civiles y militares eran españoles, así como la mayoría de la guarnición, los cuales percibieron el todo de los perjuicios que debían resultarles de los cambios ejecutados en Buenos Aires. El gobernador de la plaza adoptó enérgicas medidas para evitar que la autoridad de la Junta gubernativa se extendiese á Montevideo; arrestó al coronel Murgiondo que mandaba el mejor regimiento de la guarnición, al cual suponían partidario del cambio de gobierno. A pesar de estas medidas, los criollos de Montevideo recibieron con entusiasmo la noticia de la instalación de la Junta; se reunieron en la municipalidad y unánimemente resolvieron, que era conveniente unirse á la capital. Esta resolución y la espontánea manifestación de la opinión pública quedaron sin fruto, tanto por las precauciones del gobernador, como por un individuo cuya ambición fué la causa esencial de las desgracias que ha experimentado la Banda oriental.

El Dr. Obes, abogado y asesor del gobernador, era un joven de gran talento, que había tomado parte en especulaciones mercantiles, y de otras clases. Este apoyaba las

© Ministerio de Cultura

pretensiones del Brasil, cuyo partido después abandonó. Deseando tener una parte principal en la revolución que parecía inevitable, abrazó con mucho calor la proposición de hacer causa común con Buenos Aires mientras creyó ser individuo de la Junta, á cuyo puesto consideraba darle un derecho sus servicios; pero cuando se vió excluído, cambió de plan, y empleó su influencia en contra de las miras de Buenos Aires. Sin presentar una oposición directa á las opiniones de las personas reunidas en la municipalidad, tuvo el arte de persuadir á muchos de sus paisanos en una forma maquiavélica. Habiendo manifestado la reunión por segunda y tercera vez sus deseos de juntarse con Buenos Aires, Obes aplaudió la resolución; pero manifestó que no debía hacerse sin condiciones. Esta idea no se había ofrecido á la acalorada imaginación del pueblo; pero saliendo de la boca de un abogado de la causa popular, fué en el acto adoptada por algunos, y en seguida por la mayoría; la cual resolvió finalmente que era conveniente y necesario establecer condiciones. Pero como la reunión no sabía cuáles debían ser éstas, nada resolvieron sobre este punto, y nombraron una comisión que arreglara los términos de ellas, ó más claro, para discurrir el modo de hacerlas aparecer necesarias. La reunión se disolvió temprano y se reunió de nuevo al día siguiente. Este intervalo de tiempo lo aprovechó Obes diestramente para sembrar la discordia, presentando la deposición del virrey como un acto de criminal locura en una ocasión en que nada desfavorable podía esperarse de la Península. El azar favoreció su plan, pues en aquellos momentos la torre vigía hizo señal de avistarse unos buques procedentes de Europa; á su arribo forjaron un tejido de noticias europeas que presentaban los negocios de la Península en un punto de vista tal, que nada dejaba que desear al partido realista. Engañado de este modo el pueblo por sorpresa, y creyendo las noticias que se decían, contestó á Buenos Aires manifestando: que ha-

© Ministerio de Cultura

biendo variado las circunstancias, no les era posible reconocer una autoridad que no había sido nombrada de un modo legítimo por la nación. Esto dió origen á un cisma que no terminó jamás. Obes fué á Buenos Aires para invitar al virrey á trasladarse á Montevideo; pero temeroso de ser arrestado se reembarcó antes que la Junta pudiese mandarle prender.

Moreno propuso el destierro del virrey y de la Audiencia, para lo cual prepararon con el mayor secreto un buque extranjero para conducirlos á Canarias; y tal era la falta de medios que para pagar al capitán, la Junta le acordó el permiso de introducir sin derechos el cargo de retorno de su buque*. El virrey y cinco oidores fueron invitados en su consecuencia á la Junta, lo cual verificaron en grande uniforme, creyendo que iban á ser restablecidos en sus destinos; pero al llegar al salón un miembro de ella manifestó á los seis individuos, que en virtud de su mala administración, la Junta había determinado remitirlos ante la «majestad del trono» para responder de sus operaciones. Con sólo esta lacónica intimación los enviaron á bordo, y cuando la Gaceta anunció á la mañana siguiente su partida, el buque se hallaba á lo menos á veinte leguas.

Esta medida produjo el efecto de intimidar al partido realista é hizo ver la decisión de Moreno, en cuyas manos, mientras conservó su influencia, nunca vaciló el timón del Estado: y tuvo el arte de influir celo y actividad en los oficiales subalternos de los diferentes ramos.

La severidad de las medidas de Moreno diferían esencialmente del curso moderado á que en la práctica las reducía el partido de Saavedra, y llegó á ser imposible que la Junta existiera en el estado de división en que se hallaba. El resultado de este choque fué que el partido

* Tal era la moralidad de las aduanas en aquella época, que se introdujeron más efectos como el cargamento de retorno, que pudieran caber en un navío de tres puentes.

© Ministerio de Cultura

de Moreno se retiró; su jefe fué separado, y habiendo aceptado una misión para Inglaterra, murió en la travesía á los treinta y tres años de edad. El monumento más honroso á su memoria es la biblioteca pública que formó en Buenos Aires, ciudad de su nacimiento.

Moreno sobresalió como orador y como escritor; como hombre público fué honrado, entusiasta y laborioso. Su vida privada fué irreprensible. Aunque no conocía la literatura inglesa, le eran familiares los autores clásicos franceses, de los cuales Raynal era su favorito. Si Moreno hubiese residido por algún tiempo en Inglaterra, es probable que el espíritu que frecuentemente inspiraron los escritos de los filósofos franceses al lector americano, se habría corregido y mitigado; y que la experiencia práctica le habría dado un poder adicional, para haber sido útil á sus paisanos en todas ocasiones.

Habiendo adelantado tanto los de Buenos Aires en el establecimiento de su eventual independencia, dirigieron su atención á puntos distantes del virreinato. El coronel Ocampo con una división de patriotas, marchó á Córdoba contra una formidable facción que se había declarado hostil al nuevo orden de cosas. Liniers, anteriormente virrey, y en aquel momento jefe del partido opuesto, fué hecho prisionero y fusilado con el gobernador Concha, y los coroneles Allende y Rodríguez: estas ejecuciones se verificaron bajo la inmediata dirección del Dr. Castelli, enviado por la Junta gubernativa desde Buenos Aires con ese objeto.

Victorioso Ocampo en Córdoba, aumentó considerablemente sus fuerzas; pero habiendo incurrido en el desagrado de la Junta, por haber manifestado los riesgos que ofrecía llevar á efecto la ejecución de la sentencia de muerte impuesta á Liniers y sus compañeros, fué separado del mando del ejército. Su segundo, el coronel D. Antonio Balcarce que le sucedió en el mando, avanzó para libertar las provincias del Alto Perú, el cual lo for-

© Ministerio de Cultura

maban los departamentos de Charcas, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz, cuyo territorio estaba comprendido anteriormente en el virreinato de Buenos Aires.

El 27 de Octubre fué batido en Cotagaita el general realista Nieto; y el 7 de Noviembre inmediato sufrió la misma suerte en Tupiza el coronel realista Córdova. Por estas victorias alcanzó Balcarce la posesión del Alto Perú hasta el puente de Inca en el Desaguadero, por cuyo medio aumentó sus fuerzas hasta cuatro mil hombres.

Castelli fué nombrado representante ó delegado de la Junta gubernativa, así como gobernador del Alto Perú, y enviado al cuartel general de Balcarce para dirigir en su nombre las operaciones del ejército patriota; al cual se reunió antes de su llegada á Potosí. Castelli, abogado de gran talento, era sagaz, activo y decidido, pero versátil y feroz. Poseía cumplidamente aquella elocuencia que cautiva y arrastra á la multitud, aunque la rigidez de su carácter le hacía enemigo de todo término medio. En todas partes proclamó la libertad y odio al despotismo, condenando al mismo tiempo á cuanto halló que se opusiera al nuevo orden de cosas. D. Francisco de Paula Saens, gobernador de Potosí, que se había hecho digno del respeto y consideración general durante su larga residencia en América, junto con el general Nieto, presidente de Charcas, antiguo militar que se había hallado en la batalla de Río Seco contra el ejército francés en 1808, y un oficial de marina, hijo del almirante Córdova, fueron fusilados en la plaza de Potosí, actos que parecen de una crueldad indisculpable. Castelli alegó en su descargo que era necesario comprometer á los patriotas y hacer cesar aquella clase de neutralidad que hasta entonces se había observado en la masa del pueblo, que no había comprendido bien la naturaleza de la lucha, ó el objeto que la promovía; y que la sentencia de hombres de alto rango difunde el terror en todos los demás. Los que ocu-

© Ministerio de Cultura

paban destinos creyeron ver en Castelli un segundo Robespierre, próximo á inmolar de ellos cuantos creyera conveniente al triunfo de la libertad. Castelli de hecho fué un terrorista muy imbuído en las máximas de la revolución francesa, y estaba muy al corriente de todos sus pormenores.

Su proceder violento produjo el efecto que se proponía, pues los españoles, negligentes en poner en acción sus medios de defensa, abandonaron las posiciones más fuertes y fueron batidos en todos los encuentros. La retirada de generales tímidos á la cabeza de una soldadesca insubordinada la paralizaba sus mismas riquezas; el gobierno civil de las provincias, incapaz de separarse de las rancias sendas que había trazado la rutina, se disolvía sin esfuerzo á la proximidad de los patriotas. En fin, la pequeña división que salió de las orillas del Río de la Plata, celebró el primer aniversario de la revolución en las ruinas del palacio de los Incas en Tiaguanaco en el lago Titicaca, frontera noroeste del virreinato, á seiscientas leguas de Buenos Aires.

Considerando la Junta gubernativa removidos ya todos los peligros que la amenazaban por la parte del Perú, dirigió su atención á forzar al Paraguay á someterse á su autoridad. Con este objeto y á gran costa formaron y equiparon mil hombres, cuyo mando confirieron á don Manuel Belgrano, hecho general para que los mandara. Este nuevo general marchó sin casi interrupción á los confines de Paraguay, desde donde nuevamente requirió la obediencia de la junta que habían formado, á la superior creada en Buenos Aires. No habiendo recibido el general Belgrano ninguna contestación, continuó avanzando sin oposición alguna hasta el interior de la provincia. A una jornada de la Asunción hizo alto con la agradable esperanza de entrar en aquella capital á la mañana siguiente; pero no bien la noche extendió su opaca sombra, vieron brillar multitud de hogueras alrededor del

© Ministerio de Cultura

campo que ocupaban las tropas, cuya apariencia difundió una alarma general; tanto mayor, cuanto hasta aquel momento no habían visto ni sospechado ningún preparativo hostil, pues ni habitantes habían encontrado casi en el camino. Al romper el día vió distintamente Belgrano á su corto ejército, circundado por hordas innumerables de paraguanos armados y manifiestamente resueltos á oponer una vigorosa resistencia á los progresos de los invasores. Considerando éstos su corto número y el inmenso de sus enemigos, anticipaban como inevitable un resultado desastroso, y con efecto fueron atacados y batidos; pero un parlamentario que se presentó de parte del general Yedros, que mandaba los paraguanos, les sorprendió agradablemente, manifestando: que aunque la división de Buenos Aires debía considerarse como en su poder, el gobierno de su provincia no tenía la menor intención de tratarles como enemigos, sino al contrario los miraban como hermanos comprometidos en la misma causa; y que pues el general Belgrano se habría satisfecho por sí mismo de que el Paraguay tenía fuerza y resolución para mantenerse independiente de Buenos Aires, así como de la Regencia de Cádiz, quedaba en libertad de retirarse sin ser molestado, y se le facilitarían cuantos recursos necesitase para su regreso. Viendo Belgrano la absoluta imposibilidad de realizar el objeto de su expedición, aceptó gustoso los términos que le ofrecían, y contramarchó á Buenos Aires. El doctor Francia, que luego como dictador de Paraguay se hizo tan célebre, era en aquella época secretario del gobierno provisional, y se supone fué el autor de aquella lección á Buenos Aires; lección que no olvidó fácilmente, aunque deseaba olvidarla.

Alarmado el virrey del Perú, Abascal, con los progresos de los de Buenos Aires en el Desaguadero, hizo proposiciones á Castelli, representante de aquellos á quienes poco antes había titulado «hombres nacidos para vivir

© Ministerio de Cultura

en la obscuridad y sumisión». Castelli recibió la proposición para un armisticio con desdeñosa altanería, y contestó que no reconocía otra autoridad que la soberana del pueblo, del cual era virrey un opresor. Esta arrogante contestación costó cara á los patriotas, pues el virrey reunió nuevas fuerzas al mando de generales activos, mientras que el mismo Castelli se entregó á la disolución y los placeres; la administracción civil de las provincias quedó sin concierto, y los jefes militares á su ejemplo prescindieron también de sus obligaciones.

El general Goyeneche, natural de Arequipa, nombrado para mandar las fuerzas realistas, sacó en el entretanto cuatro mil hombres del Cuzco y Arequipa, y se colocó en la orilla occidental del Desaguadero, á dos jornadas de los de Buenos Aires. Los patriotas habían accedido al fin á una suspensión de armas, y los términos de un armisticio se habían ya ajustado; pero creyendo sin duda Goyeneche que las obligaciones más sagradas contraídas con insurgentes podían quebrantarse impunemente, atacó y deshizo á Castelli * y Balcarce en Guaqui el 20 de Junio de 1811, seis días antes del término prefijado para renovar las hostilidades.

Los realistas procuraron justificar esta conducta tan contraria al derecho de la guerra, asegurando que Balcarce durante el armisticio había marchado desde La Paz al Desaguadero, lo que efectivamente fué cierto; pero al hacerlo no traspasó los límites que le había concedido el armisticio: esto prueba que Goyeneche no tenía ni delicadeza de sentimientos, ni escrúpulos de conciencia. Goyeneche se educó para seguir la carrera de las leyes, cuyo estudio hizo, y además era doctor en teología. Cuando los

* Después de la expulsión de los patriotas del Alto Perú, Castelli fué llamado por el gobierno de Buenos Aires, y le puso preso. La ansiedad del espíritu obrando eficazmente en su constitución decaída, efecto de sus mismos excesos, le llevó al sepulcro en 1812.

© Ministerio de Cultura

franceses penetraron en España, tomó su partido, y recibió instrucciones del gran duque de Berg en Madrid, para ir á América, á promover los intereses del rey José; pero al pasar por Sevilla cambió de política, y se declaró en favor de la Junta central. De un golpe le ascendieron de oficial de milicias al empleo de brigadier, y se embarcó con sus dos instrucciones diametralmente opuestas, esto es, las del duque de Berg, y las de la Junta central. Las intrigas y bajas adulaciones de este renegado, cuando pasó al Perú, son bien conocidas en Montevideo y Buenos Aires. La flexibilidad ya servil de su carácter, su gran facilidad de hablar y sus maneras insinuantes le proporcionaron el mando de las tropas.

Balcarce con el resto de sus fuerzas se retiró á Jujuy, doscientas treinta y seis leguas al sur de Guaqui, en donde se consideró seguro. Sin embargo de haberse retirado Balcarce del Alto Perú, halló Goyeneche, una grande oposición en los patriotas naturales de Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra y Chayanta. Las crueldades cometidas y sancionadas por Goyeneche son casi increíbles, y no sólo le hicieron digno del título de americano desnaturalizado, sino patentizaron lo bajo y artificioso de su carácter. Las ciudades de Chuquisaca, La Paz y otras muchas, recordarán con horror su conducta. Goyeneche goza actualmente de una gran riqueza, y Fernando le ha hecho conde de Guaqui.

La Junta gubernativa de Buenos Aires fué disuelta en aquella ciudad el 23 de Septiembre de 1811, y su presidente Saavedra tuvo que huir; en su lugar nombraron un gobierno ó poder ejecutivo, compuesto de D. Manuel Sarratea *, del Sr. Chiclana y del Dr. D. Juan José Passo.

Saavedra es natural de Buenos Aires, y corresponde á una familia respetable del país. Antes de la revolución

* Este ilustrado americano fué enviado de ministro á Londres en 1826, por la República Argentina; y el cual no es menos distinguido por sus grandes talentos que por su ardiente patriotismo.

© Ministerio de Cultura

fué nombrado alcalde ordinario, lo que prueba que gozaba una buena reputación y que era querido de sus conciudadanos. A la expulsión de Withelock, le confirieron el mando de un cuerpo de milicias, que se había distinguido particularmente, y esto aumentó su importancia y su consideración. Además tuvo gran parte en suprimir la conspiración formada por un comerciante español llamado Alzaga, para deponer al virrey Liniers á pretexto de que era francés. Envanecido con su elevación á la presidencia, quiso ejercer una absoluta preponderancia en la Junta, pero viendo que no podía realizar sus deseos por falta de la capacidad necesaria, intrigó con los diputados de las provincias para excluir al Dr. Moreno, que era secretario de ella, cuyo talento y patriotismo eran barreras insuperables á las intenciones que suponían á Saavedra de seguir los mismos pasos del virrey, y ejercer su misma autoridad. Moreno sostuvo que el presidente era en cuanto al mando igual á los demás miembros de la Junta, pero Saavedra alcanzó por fin separar á Moreno del gobierno, é incorporar á la Junta los diputados de las provincias. Sin embargo no abusó mucho de la influencia que por este medio había adquirido, pues la primera proscripción de ciudadanos beneméritos le hizo odioso, y al fin causó su caída.

Desde aquel momento no se ha separado Saavedra de la vida privada; su administración de los caudales públicos fué pura; y está actualmente considerado como un honrado ciudadano y un buen padre de familia.

Buenos Aires fué más afortunado en la Banda oriental, provincia que confina al Este con la del Río Grande, perteneciente al Brasil; al Sur con el Río de la Plata, y al Oeste y Norte con el río Uruguay, y cuya capital es Montevideo. La brillante aunque pequeña acción de las Piedras ocurrió en 1811, en la cual cerca de mil soldados y marineros que salieron de la plaza de Montevideo fueron obligados á retirarse con gran pérdida, por doscientos

© Ministerio de Cultura

gauchos ó paisanos montados y armadas con espadas anchas y picas de abordaje, que á las órdenes de Artigas se batieron gloriosa y denodadamente. Artigas se había mantenido adicto á la causa de los españoles hasta poco antes de esta acción, que se pasó á los patriotas en consecuencia de una disputa con el gobernador de Montevideo.

El 31 de Diciembre de 1812, el general Rondeau á la cabeza de mil quinientos hombres de tropas nuevamente formadas, rechazó una segunda salida de la plaza de dos mil hombres. Esta acción se verificó en El Cerrito á una legua de la fortaleza, hasta cuyas puertas fueron perseguidos los realistas, con gran pérdida.

Artigas á la cabeza de sus valientes gauchos, continuó haciendo prodigios de valor; pero hacía tiempo que había manifestado síntomas de insubordinación, y en esta época se separó de Rondeau: obrando independientemente, manifestó en lo sucesivo grande oposición á los naturales de Buenos Aires.

El general Balcarce fué llamado á Buenos Aires, y el resto de sus tropas que habían podido salvarse en Guaqui, tuvieron que retirarse de Jujuy á Tucumán, ciento cinco leguas distante. Después de uno ó dos nombramientos que mediaron y no llegaron á tener efecto, al fin tomó el mando el general Belgrano, y tuvo la habilidad y la buena fortuna de batir en Tucumán el 24 de Septiembre de 1812 á los realistas, que mandados por el general D. Pío Tristán, avanzaban desde Potosí en número de tres mil hombres, con intención de entrar en la ciudad de Buenos Aires. En esta acción tenía el general Belgrano únicamente ochocientos soldados y algunas guerrillas de gauchos mal armados. Estas ventajas dieron ánimo y confianza al país, y los patriotas se hicieron más y más atrevidos, en proporción que los realistas desalentaban.

En Octubre de 1812 se verificó un nuevo cambio en el

© Ministerio de Cultura

gobierno de Buenos Aires, en virtud de una conmoción militar, y establecieron otro con el nombre de Gobierno Superior, compuesto de los señores Peña, Passo y Jonte, los cuales debían convocar una asamblea que representase los habitantes del virreinato. El 30 de Enero de 1813 se reunió en Buenos Aires una asamblea soberana constituyente; y la bandera y cucarda española, que aún usaban hasta aquel momento, las cambiaron en azul y blanca. También variaron el cuño de la moneda, poniendo en él las armas y emblemas republicanos. La asamblea nombró por su presidente á D. Carlos Alvear, y reeligió los individuos que componían el gobierno superior, á excepción de Passo, que fué reemplazado por Pérez.

Los realistas aún en posesión de Montevideo, enviaron en Enero de 1813 trescientos hombres de la guarnición, embarcados en buques menores, para hacer una incursión en las provincias del Río de la Plata. Estas tropas desembarcaron en San Lorenzo, sobre la orilla derecha del río Paraná, donde el coronel D. José de San Martín las atacó y derrotó completamente, á la cabeza de ciento cincuenta granaderos á caballo.

El coronel San Martín fué herido en esta acción: este jefe es el mismo que después de general fué el genio tutelar de la emancipación de Chile, y que en seguida emprendió la atrevida empresa de libertar el Perú. San Martín se separó del servicio español en Cádiz, y pasando por Inglaterra, llegó á Buenos Aires en 1812. Este oficial fué el primero que levantó y organizó un regimiento de caballería, arreglado al sistema europeo, compuesto de cuatro escuadrones, y al cual dió el nombre de granaderos á caballo. Hasta esta época, la importancia de la caballería disciplinada, instruída y maniobrera, así como el modo de emplearla, era casi desconocido en las provincias del Río de la Plata. La acción de San Lorenzo probó la ventaja de la espada sobre la carabina.

© Ministerio de Cultura

Después de la victoria de Tucumán, el general Belgrano aumentó la fuerza de su pequeño ejército hasta cerca de dos mil hombres, y alcanzó el 20 de Febrero de 1813 otra victoria señalada sobre el general Tristán, que con dos mil hombres se había refugiado en la ciudad de Salta, ochenta y siete leguas al Norte de Tucumán; la cual habían cercado con un parapeto, y á cuya defensa ayudaron á las tropas realistas los españoles que estaban establecidos en ella; pero Belgrano los atacó con tal bizarría en sus parapetos, que les mató quinientos hombres, y todos los que no murieron fueron hechos prisioneros. Los patriotas perdieron trescientos hombres.

Las importantes victorias de Tucumán y Salta dieron gran crédito á los patriotas, y patentizaron con gloria la bizarría de los aún mal disciplinados defensores de la república naciente; pero se malograron las ventajas que ofrecían por la magnánima confianza que hizo Belgrano del general Tristán, á quien generosamente permitió volver al Perú con sus oficiales y tropa, bajo la promesa hecha con las solemnidades de estilo, de no tomar las armas contra la república. Olvidado de su honor, y de lo sagrado de tales compromisos en la guerra, el general Tristán violó su palabra, y el arzobispo de Charcas profanó el altar del Dios de paz, pretendiendo absolver con las ceremonias de la Iglesia católica romana, á Tristán y su tropa del juramento que habían hecho. Los soldados siguieron el ejemplo de su jefe, mucho más criminal aún que ellos, y se incorporaron al ejército realista del general Pezuela (que luego fué virrey del Perú), el cual, habiendo aumentado sus fuerzas á cuatro mil hombres por tan deshonroso medio, atacó y batió á Belgrano en 1.º de Octubre de 1813, que con una fuerza igual se hallaba en Vilcapugio, entre Potosí y Oruro: por segunda vez le alcanzó y batió en Ayoma en el departamento de Cochabamba el 14 de Noviembre siguiente. El desgraciado general Belgrano se retiró con el resto de sus

© Ministerio de Cultura

fuerzas á Tucumán; pero los jefes de guerrillas Warnes, Camargo y Padilla permanecieron en las montañas del Alto Perú, y obtuvieron algunas ventajas en encuentros parciales con destacamentos realistas, al paso que los habitantes de Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, así como los indios de Chayanta y de Yamparez, no perdieron oportunidad alguna para hostilizar á los españoles.

El 31 de Diciembre quedó abolido en Buenos Aires el gobierno superior, y lo sustituyó el Sr. Posadas bajo el título de Supremo Director, con un Consejo de siete individuos para ayudarle.

El general San Martín fué nombrado para mandar los restos del ejército de Belgrano, y á su llegada á Tucumán halló por única fuerza, inclusas todas las clases, quinientos setenta y siete hombres; pero en Marzo de 1814 revistó ya cerca de cuatro mil hombres de todas armas, y un tren de artillería de catorce piezas. Hizo construir cuarteles á una milla de distancia de la ciudad de Tucumán, y los cercó con un foso y parapeto, para que no sólo le sirvieran de punto de apoyo sino de guarda contra la deserción de la soldadesca gaucha, que, educados en una casi absoluta independencia personal, estaban siempre dispuestos á separarse, y eran contrarios á toda sujeción. Por estas razones era muy difícil establecer entre ellos la disciplina, tan opuesta á la vida errante y vagamunda á que estaban acostumbrados.

El 25 de Mayo de 1814 obtuvo el coronel Arenales algunas ventajas sobre los realistas en las provincias de Cochabamba; y Warnes las obtuvo también en la Quebrada de Santa Bárbara el 9 de Octubre del mismo año.

Los gauchos de Salta, capitaneados por el valiente Güemes, cortaron todo socorro al ejército realista á su frente, mientras que Warnes, Padilla, Muñecas y otros jefes * estaban continuamente sobre su retaguardia, y

* Warnes, Padilla, Muñecas y Güemes, murieron sucesivamente en acciones parciales.

© Ministerio de Cultura

entre todos obligaron al fin á Pezuela á retroceder sobre Cotagaita.

En Mayo de 1814 tuvo que retirarse el general San Martín de las montañas de Córdoba, en virtud de su mal estado de salud; accidente desgraciado que puso término á la correspondencia con el coronel Castro, que mandaba la vanguardia realista en Salta, y fué después fusilado por orden del general Pezuela, por haber descubierto que procuraba excitar una sublevación entre las tropas realistas.

Tan luego como el general San Martín recobró su salud, le nombraron comandante general de la provincia de Cuyo, la cual era punto muy importante, pues amenazaba á Chile en aquella época la invasión del general realista Osorio, que debía llegar por mar del Perú. Todos temían fatales consecuencias para la causa de la independencia de esta expedición; la predicción general se realizó, y bien pronto, con el restablecimiento del dominio español en toda la extensión del territorio chileno, á fines de Octubre de 1814.

El general Rondeau fué reemplazado por el coronel Alvear en el mando de las fuerzas patriotas que amenazaban á Montevideo en el año de 1814. El 20 de Junio del mismo año tomaron la plaza los patriotas, cuya toma había facilitado el ataque atrevido que dió el 17 de Mayo el capitán Brown mandando la flotilla de Buenos Aires, con la cual, aunque inferior en número, destruyó dentro del mismo puerto las fuerzas navales españolas que estaban en él. Cinco mil quinientos hombres que formaban la guarnición de la plaza de Montevideo capitularon, y se rindieron prisioneros al coronel Alvear; once mil fusiles, un depósito completo de armas y municiones, y almacenes de pertrechos militares se entregaron á los patriotas. Artigas, como jefe de la Banda oriental, según él mismo se titulaba, aunque buen patriota, se puso en guerra abierta con Alvear, y reclamó la posesión de

© Ministerio de Cultura

Montevideo, la cual le negaron, y nombraron gobernador al general de Buenos Aires, Soler. Artigas hizo á este general una guerra tan activa, que le obligó á evacuar la plaza, de la cual se apoderó inmediatamente.

La locura, por no decir otra cosa, de Posadas y del gobierno que luego le sucedió, en declarar á Artigas desertor, y fijar precio por su cabeza, produjeron un aborrecimiento eterno y, por consiguiente, hicieron inútiles cuantos pasos dieron desde aquella época para reducir á Artigas á someterse al gobierno de Buenos Aires.

El general Rondeau, que sucedió á San Martín en el mando del ejército patriota de Tucumán, hizo una irrupción en el Alto Perú á la cabeza de tres mil quinientos hombres; pero fué batido completamente por el general Pezuela, que tenía iguales fuerzas, el 28 de Noviembre de 1815 en Sipe-Sipe (entre Potosí y Oruro) y en Viluma; el Alto Perú quedó nuevamente en poder de los españoles.

Habiendo hecho dimisión de su dictadura suprema el Sr. Posadas en 1815, fué elegido en su lugar el general Alvear; pero pronto tuvo que resignar también y fugarse del país. A Alvear sucedió el 16 de Abril de 1816 el general Rondeau, y una Junta de observación sustituyó al soberano Congreso constituyente. El primer objeto de la Junta de observación y del nuevo director, fué establecer un Congreso nacional que representara á toda la masa del pueblo; y para evitar la rivalidad de las provincias con Buenos Aires, dispusieron se reuniese en Tucumán. En su consecuencia, en el mes de Marzo de 1816 se instaló la Asamblea constituyente en la ciudad de Tucumán, y el 9 de Julio declaró la independencia de las provincias del Río de la Plata. En el mismo día fué nombrado el general Puyrredón supremo director de la república. Este general se había distinguido en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y sirvió en el Alto

© Ministerio de Cultura

Perú contra los realistas. El Congreso se trasladó después á Buenos Aires. En el mismo año fué reelegido el general Belgrano para mandar el resto del ejército que había podido salvarse en Sipe-Sipe y Viluma, y este general desplegó grande actividad en reorganizar y aumentar aquellas fuerzas.

La casa de Braganza había hecho diferentes tentativas para extender su territorio á costa del de los argentinos, pero ninguna había producido efecto. Las disensiones entre Artigas y Buenos Aires parecía remover todos los obstáculos que pudieran de otro modo ofrecerse á los progresos de una fuerza invasora, y con pretexto de alejar de sus fronteras el contagio anárquico, la corte de Río Janeiro tomó posesión de la Banda oriental; porque, según ella decía, al hacerse independiente de la España, se había sumido en un caos de desorden é injusticia. Ocho mil portugueses y brasileños, á las órdenes del general Lecor, avanzaron en tres divisiones para realizar sus intentos; la una por el camino de Santa Teresa, la otra por la de Cerro Azul, y la tercera hacia el río Uruguay. Al cabo de mil sufrimientos y repetidas escaramuzas con los valientes gauchos, el general Lecor entró en Montevideo el 19 de Enero de 1817. Abandonados los habitantes de la Banda oriental por Buenos Aires, hicieron una heroica, aunque desordenada defensa; pero aumentado el rencor nacional por tan injusta agresión, pronto se vieron los portugueses reducidos á la fortaleza ocupada por sus tropas, y á aquella parte de país adonde alcanzaba el tiro de fusil de sus campamentos.

No satisfechos los de Buenos Aires con permanecer espectadores pasivos de la lucha entre los brasileños y Artigas, enviaron dos expediciones contra el último, el cual, con su actividad y valor ordinario, las derrotó ó dispersó *.

* Artigas continuó hostilizando á Buenos Aires y al Brasil algunos años más; pero habiendo sufrido al fin algunos reveses

© Ministerio de Cultura

Al año de haber tomado el mando del ejército el general Belgrano, tenía ya más de cuatro mil hombres perfectamente vestidos en Tucumán; pero desgraciadamente se extendió el espíritu de anarquía á los oficiales principales, los cuales depusieron á su general y se esparcieron por las provincias, cada uno con los soldados que pudo recoger, y por cuyo medio usurparon el mando militar y político de ellas, que algunos han retenido hasta este momento. Así vió el general Belgrano dispersarse sus tropas y él mismo hecho prisionero, por no haberlas dirigido contra los españoles en el Alto Perú, conforme á las combinaciones del general San Martin.

D. Manuel Belgrano nació en Buenos Aires, de padres italianos, que adquirieron y dejaron á sus hijos una fortuna considerable. D. Manuel se educó en la Universidad de Salamanca, y á su regreso de España fué nombrado secretario del Consulado, destino que le puso en contacto con los comerciantes, clase la más importante en aquella época en Buenos Aires. La dulzura de las maneras de Belgrano, aumentada con parte de la cortesia italiana, su afición á la música y su gusto por las bellas letras le hicieron, muy al principio de su vida, un miembro distinguido de la sociedad. Belgrano fué uno de los literatos de Buenos Aires que escribieron en obras publicadas periódicamente, aunque sujetas á censura, y cuyo objeto era preparar el camino de la independencia, despertando un noble espíritu en el alma de la juventud argentina †. La única imprenta que había en Buenos Aires, que era bien mala, había pertenecido anteriormente á los jesuítas de Córdoba; se vendió á pública subasta en 1809, y la compró una reunión literaria formada por Moreno, de la cual era miembro Belgrano.

en la provincia de Entre Ríos, buscó un asilo en Paraguay, donde el Dr. Francia le puso bajo una rígida vigilancia, y murió en Candelaria en el año 1826 á los sesenta de edad.

† Los de Buenos Aires se titulan á sí propios, argentinos.

© Ministerio de Cultura

Belgrano fué algún tiempo partidario de la princesa Carlota de Portugal; pero dudoso de lo político de apoyar las pretensiones de la hermana de Fernando, cambió de plan y dedicó sus esfuerzos á procurar la independencia de su país con un desinterés poco común. Su pariente Castelli, y sus amigos Vietes y D. Julián Espinosa, que como él estuvieron á favor de los derechos de la princesa Carlota de Borbón, también cambiaron de opinión. Belgrano desplegó mucho ardor, pero poca capacidad militar; ni tenía serenidad de ánimo, ni la robustez necesaria para aguantar las fatigas de una campaña activa y trabajosa. Sin embargo, se aplicó con esmero al estudio de la táctica de las diferentes armas, y estableció una estricta disciplina; era muy sobrio é incansable en el cumplimiento de sus obligaciones; pero carecía de la experiencia y del tacto militar necesario para ser un buen oficial general. En las acciones de Tucumán y Salta dió á su patria dos días de gloria, y muchos de luto por las de Vilcapugio y Ayoma.

Su popularidad no le salvó de ser perseguido, y á veces lo fué hasta un punto injusto; pero su espíritu nunca decayó, y continuó trabajando sin interrupción por la felicidad de su país, bien persuadido que hasta que el pueblo se ilustrara por la propagación de las luces, no tendría significado legítimo la palabra libertad, que todos invocaban y todos atacaban. Belgrano fué uno de los hombres más liberales, más humano, más honrado y más desinteresado que ha producido la América del Sur, y su muerte en 1820 fué llorada y con justicia por todas las gentes de todas las clases.

Las disensiones civiles que afligieron á Buenos Aires después de este período, ni tienen fin ni son interesantes. Las intrigas de la Francia y del Austria para coronar en Buenos Aires un príncipe Borbón ó austriaco, las deshizo la sensatez y patriotismo de sus habitantes, á pesar de que la anarquía le había conducido al borde de su ruina.

© Ministerio de Cultura

La simultánea sublevación de los indios en las provincias del Cuzco, Huamanga y Arequipa llamaron la atención de Abascal, virrey del Perú, pues como el objeto que proclamaba su jefe Pumacagua era establecer la independencia del país, muchos criollos volaban á alistarse en sus banderas; pero la actividad del general Ramírez sujetó los esfuerzos de aquella multitud desarmada. Entre los patriotas sentenciados á muerte y ejecutados, lo fué Melgar, joven de veinte años, y natural de Arequipa, que era el Moore del Perú, el cual compuso algunas canciones ó yaravíes, de que pudiera engreirse el autor del *Lallah Rookh* *. La muerte de Melgar produjo un sentimiento general, y su memoria se conserva aún con respeto. Su vida y su carrera, corta y pasajera, cual fué, va acompañada con la historia de un amor tan puro como desgraciado. Una joven linda se negó á las apasionadas proposiciones de Melgar, y esta ingratitud á su amor dió á su musa aquella dulce y lamentosa tristeza que causa tanto interés y hace que se canten aún sus composiciones en todo el país. El cura nombrado para acompañarle al suplicio principió á exhortarle en el bronco estilo y bárbaras maneras con que acostumbran comúnmente á hacerlo, pero Melgar le contestó en alta voz: «Padre, no es este el momento de hablar de política ni de cosas de este mundo. Vine preparado á este sitio para morir; pero usted me ha distraído. Que me den un cigarro.» En efecto, se lo trajeron, y después de haber fumado cerca de la mitad de él, y adquirido nuevamente su tranquilidad, dijo serenamente que estaba pronto para morir, y murió con una firmeza varonil y digna de su persona.

La severidad de los numerosos castigos que siguie-

* Hace alusión á Mr. Moore, célebre poeta irlandés, y autor de las bien conocidas y excelentes melodías irlandesas y *otras varias* composiciones de no menor mérito; tal vez la mejor es la que lleva ese nombre.

© Ministerio de Cultura

ron á esta sublevación * produjeron una calma que duró hasta la llegada á Pisco del general San Martín en 1820.

Abascal fué sustituído en el virreinato del Perú por el general Pezuela, que hizo su entrada pública en Lima el 7 de Julio de 1816. Al mismo tiempo el rey de España nombró al general La Serna para relevar á Pezuela en el mando del ejército del Alto Perú, cuyo general llegó de España á Arica en la fragata *Venganza* el 7 de Septiembre de 1816. Por este mismo tiempo llegaron también dos mil hombres de tropas españolas por la vía de Panamá, ó dando vuelta al Cabo de Hornos.

La Serna y muchos otros oficiales que habían servido en la Península durante la guerra de la Independencia, se creían superiores á los que la habían hecho por algunos años consecutivos en el Perú, y despreciaban cualquiera otro sistema de hacer la guerra, que no fuese el seguido con tan buen éxito en la madre patria. La Serna introdujo tantas innovaciones † enteramente inaplicables al Perú, y su correspondencia con el virrey manifiesta tal ansiedad de ostentar sus conocimientos tácticos, que tanto Pezuela como la generalidad de los oficiales se disgustaron de la pedantería de sus pretensiones, las cuales tomaron pronto el ridículo que las pertenecía, viéndole retirarse ante unos cuantos gauchos mal armados y mal disciplinados.

Parece que La Serna, consultando la carta, había creído practicable ir por tierra á Buenos Aires, pues en carta escrita desde Arica el 12 de Septiembre de 1816, dijo formalmente al virrey que se proponía tomar á Buenos Aires en el mes de Mayo del año inmediato;

* Pumacagua fué uno de los condenados á muerte y ejecutados.

† Debe, sin embargo, recordarse en honor suyo la siguiente. Dió orden que desde aquel momento ningún oficial impusiera pena de muerte por opiniones políticas sin su previa aprobación.

© Ministerio de Cultura

pero sabiamente añadió, «si alguna dificultad topográfica ó política no lo impide.»

El general La Serna penetró hasta Salta con cuatro ó cinco mil hombres; pero creyó prudente retroceder á Jujuy, catorce leguas al Norte en el camino de Potosí. Jujuy es un punto sin determinada dirección, de cerca de media legua de extensión, y contenía en aquella época sobre tres mil habitantes. La ciudad se halla hermosamente situada á la orilla de un río que corre por un valle cubierto agradablemente de árboles, y cuyas lomas se van insensiblemente separando y disminuyendo hasta que se pierden en las Pampas. A la desembocadura de este valle, llamado de Jujuy, es donde la ciudad está situada, la primera que se ofrece al viajero al salir de las Pampas, viniendo de Potosí, al Sur.

La Serna no pudo penetrar más en el interior del país, ni sus tropas ocupaban más terreno que el que pisaban, y en ningún caso fuera del alcance de sus fuegos, por hallarse siempre cercado de gauchos, aunque en número tan desproporcionado, cuanto escasamente compondrían tantos cientos como miles tendría aquel general. Estos gauchos estaban armados algunos con fusiles, otros con espadas, carabinas ó pistolas, pero muchos de ellos sólo tenían grandes cuchillos, las bolas y el lazo arrojadizo.

Un sombrero redondo, pequeño, una camisa, un poncho, unos calzones abiertos por las rodillas, y botas hechas de cuero al pelo, eran las únicas prendas de vestir que comúnmente llevaban y tenían. Durante el día se ocultaban en las espesuras de los bosques, y frecuentemente, á la noche, atacaban las avanzadas ó los mismos cuarteles que ocupaban los realistas. Mantenían constantemente comunicación con los habitantes, y muchos de ellos se les unían para hacer sorpresas nocturnas, y regresaban á sus casas antes del día. Por todas estas causas, eran inútiles cuantos piquetes mandaba La Serna para perseguirlos; al fin, y después de haber per-

© Ministerio de Cultura

dido mucha gente en esta clase de servicio, sin haber alcanzado una sola ventaja, tuvieron los realistas que reducirse á no enviar un solo hombre fuera de los arrabales de la ciudad.

Los gauchos hacían la guerra y perseguían á los realistas del modo siguiente. Tenían constantemente centinelas en los árboles más altos para observar los movimientos de los realistas y recibir noticias y comunicaciones de sus amigos de la ciudad. Todo realista que se separaba á una corta distancia, era infaliblemente cortado y cogido. En algunos árboles colgaban campanas, y al tocarlas gritaban á los españoles: «Venid godos y oid misa.» En otros colgaban cajas de guerra y tocaban llamada de cuando en cuando, mientras que subidos en otros había constantemente día y noche quienes tocasen la corneta alternativamente. Si los realistas se aproximaban, el gaucho desde su atalaya se pasaba de rama en rama como una ardilla á lo espeso del bosque, y acechando una oportunidad favorable disparaba su fusil ó pistola, y probablemente mataba un realista antes de marchar á ocultarse en lo impenetrable de la maleza. Todo esto contribuyó á intimidar y cansar á los españoles á un grado espantoso; la deserción principió; les cortaron sus convoyes y socorros, y hasta la leña y todo combustible llegaron á ser tan escasos, que las vigas y otras cosas de madera de casas desalquiladas, las emplearon para quemar.

El mismo La Serna participó del desaliento y desesperación general. Detenido á la entrada misma de las Pampas por un puñado de indisciplinados, pero bien montados gauchos, se halló con el desagradable desengaño de que sus decantados planes de hacer la guerra en regla, eran inaplicables al país en donde con tanta ostentación había intentado introducirlos; y al fin tuvo que abandonar á Jujuy y retirarse á Cotagaita, para evitar su total ruina.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO IV

Ejército de los Andes.—Fuerza de los realistas en Chile.—Conferencias con los indios pehuenches.—Ninconyancu.—El Padre Julián.—Mellyagin.—Vida salvaje.—Paso de los Andes.

Anteriormente se ha dicho que el general San Martín fué nombrado gobernador de Cuyo, donde trabajó incesantemente para formar un ejército. Esta fuerza, que tomó el nombre de ejército de los Andes, tuvo por núcleo ó pie un destacamento de ciento ochenta reclutas del batallón núm. 8 de Buencs Aires que siguió al general San Martín á Mendoza, poco después de su nombramiento al mando de aquella provincia en Septiembre de 1814. Los escasos recursos de la provincia y la reducida población de cincuenta mil almas, esparcidas en la vasta extensión de una pampa, imposibilitaron al general de formar un ejército bastante numeroso para, en el corto espacio de dos años, poder amenazar á Chile. La organización de este ejército prueba el tacto exquisito, los talentos y la laboriosidad del general San Martín; y la disciplina que estableció en él, prueba también que la experiencia que había adquirido en la guerra de la Península; había perfeccionado y dado madurez á las cualidades distinguidas con que la naturaleza le dotó, y las cuales le hacen tan propio para el mando militar. Su popularidad, consecuencia siempre del acierto en el mando, la patentizaba el celoso esmero y el gusto con

© Ministerio de Cultura

que los habitantes de la provincia secundaban sus esfuerzos, cuyo patriotismo y disposición á toda clase de sacrificios, es superior á todo elogio. La confianza que tenían en él los comerciantes ingleses de Buenos Aires, lo manifiesta la prontitud con que facilitaban recursos al gobierno, cuando se trataba de enviarle auxilios; en fin, era querido de los habitantes y gozaba, no sólo del cariño, sino de la confianza de los oficiales y tropa que mandaba, á un grado que nunca antes de él había alcanzado ningún jefe, en aquella parte del mundo.

Habiendo recibido el general San Martín un refuerzo de Buenos Aires de cuatrocientos cincuenta hombres del batallón núm. 1, y doscientos del regimiento de granaderos á caballo, pudo formar en Mendoza á mediados del año 1816, cerca de cuatro mil hombres de tropas regladas, bastante bien vestidas y armadas, además de un considerable número de milicias sin armar. Según los *prest supuestos* oficiales de los cuerpos para el mes de Diciembre de 1816, y que aún existen en poder de un general patriota, las fuerzas realistas en Chile á las órdenes del presidente y capitán general Marco del Pont, ascendían á siete mil seiscientos trece hombres de tropa reglada, y ochocientos de milicias armados y á sueldo, lo que no era común en esta especie de tropas. Sin embargo de la desigualdad de fuerzas, el general San Martín resolvió emprender la obra de libertar á Chile: este general deseaba tanto más principiar las operaciones, cuanto se habían manifestado síntomas de espíritu de partido entre dos ó tres jefes del ejército.

Este general patriota creyó poder obligar á Marco del Pont á dividir sus fuerzas por medio de un ardid de guerra; y para este objeto, cuando tenía ya tomadas todas las medidas y hechos casi todos los preparativos y acopios para la marcha, dispuso tener una conferencia con los indios pehuenches, con el fin ostensible de pedirles permiso para atravesar por su territorio sin ser molesta-

© Ministerio de Cultura

dos, con objeto de ir á atacar á los españoles desde el paso del Planchón. El día antes del fijado para tener la entrevista con los indios, el general San Martín dispuso que se enviasen al fuerte San Carlos, en el Agunda, pequeño río que va á desaguar en el río Diamante, ciento veinte pellejos de aguardiente, trescientos de vino, un gran número de bridas, espuelas con labrados; bordados antiguos ó vestidos galoneados que pudieron reunir con gran diligencia en toda la provincia; sombreros y pañuelos ordinarios, cuentas de cristal, frutas secas, etcétera, para regalar, preliminar indispensable para alcanzar cualquiera negociación con los indios.

A las 8 de la mañana del — de Septiembre de 1816, los caciques se aproximaron á la esplanada del fuerte con el todo de la pompa de la vida salvaje, á la cabeza de su gente de guerra, trayendo á retaguardia á sus mujeres y sus hijos; y como entre ellos está admitida la poligamia, el número de mujeres era considerable. Los hombres tenían el pelo largo y suelto; desnudos de cintura para arriba, llevaban sus cuerpos pintados de diferentes colores: sus caballos también iban aderezados en la misma forma que cuando van á la guerra; en fin, hombres y caballos estaban como para el acto del combate. A cada cacique le precedía una pequeña partida de caballería del ejército patriota, enviada por el general para en proporción de que la tribu avanzara, hacer fuego sin bala con sus pistolas en forma de salva ó celebridad, pues este modo de introducir á los indios á la presencia de los cristianos, es un cumplido ó etiqueta que jamás dispensan. A proporción de que las tribus iban llegando á la esplanada, las mujeres y niños se separaban é iban colocándose á un lado sin desmontar. Cuando todas las tribus llegaron, los guerreros de una de ellas principiaron un simulacro de un combate, durante el cual mantuvieron sus caballos al escape, ó los hacían volver repentinamente sobre las piernas, dar cor-

© Ministerio de Cultura

vetas y saltar y hacer cabriolas alrededor en la manera más extraordinaria. Durante estos ejercicios, un cañón del fuerte disparaba cada cinco minutos, á cuyo saludo contestaban los indios dándose palmadas en la boca, y dando los más horrorosos aullidos en señal de contento. Esta especie de torneo ejecutado por la primera tribu, duró un cuarto de hora, al cabo del cual se retiraron hacia el punto que ocupaban las mujeres y permanecieron á caballo presenciando la ejecución de igual simulacro de las otras tribus, que por su turno se iban presentando. Estos marciales ejercicios duraron hasta la tarde, y la escolta del general San Martín, compuesta de una compañía de caballería y doscientos milicianos, permanecieron formados en orden de parada.

Publicado el momento de entrar á conferenciar, estas se principiaron en la plaza de armas, donde el gobernador del castillo había preparado una mesa cubierta con el paño de un púlpito y bancos para los caciques y capitanes á guerra, que fueron las únicas personas admitidas á conferenciar con el general. Los indios, en la parte exterior, permanecieron formados y montados, manteniéndose alerta hasta saber el resultado.

Al llegar á la plaza de armas fueron sentándose con arreglo á su dignidad, primero los caciques y luego los capitanes á guerra. El general San Martín, el gobernador del fuerte y el intérprete se colocaron en un banco á la cabecera de la mesa. Como un acto de cortesía, el general les ofreció amigablemente una copa de vino antes de entrar en negocios; pero ninguno la admitió, manifestando que si bebían no tendrían sus cabezas la firmeza necesaria para fijar la debida consideración al objeto que se habían reunido á discutir. Entonces el intérprete, que lo era el Padre Julián de la orden de San Francisco, araucano de nacimiento y criado por una familia criolla desde la edad de diez años, les hizo una arenga, en la cual les recordó la buena inteligencia y

© Ministerio de Cultura

amistad que había existido entre los indios pehuenches y el general en jefe, que confiaba en la continuación de la armonía felizmente establecida entre ellos, y que los convocaba á una solemne conferencia para cumplimentarles, ofreciéndoles algunas bebidas y regalos, y pedir permitieran pasar al ejército patriota por el territorio de Pehuenche para atacar á los españoles que eran unos extranjeros, y cuyas miras é intenciones eran despojarles de sus pastos, robarles sus ganados, quitarles sus mujeres y sus hijos, etc.

Un profundo silencio siguió á esta arenga, y aquellos salvajes pintados ofrecieron un espectáculo verdaderamente imponente por espacio de un cuarto de hora, en cuyo tiempo todos daban la idea de meditar profundamente sobre lo que acababan de oir. Al fin el cacique más antiguo, llamado Ninconyancu, rompió el silencio: este era un anciano de cerca de ochenta años, cabello blanco y aspecto sumamente venerable; al dirigir su discurso á sus hermanos, los otros jefes de las tribus, les preguntó con tranquila circunspección si eran de opinión que las propuestas que acababan de hacer los cristianos debían ó no aceptarse. La discusión que siguió á esta pregunta la llevaron de un modo muy interesante: cada jefe á su turno manifestó su opinión con la mayor tranquilidad, y sin la menor interrupción ó signo de impaciencia de parte de los demás. Convenidos en la contestación que debían dar, Ninconyancu se dirigió al general, y le dijo, que los pehuenches, á excepción de tres caciques á los cuales el resto sabían como contener, aceptaban sus proposiciones. Entonces todos se levantaron de sus asientos, excepto los tres caciques que no opinaban como la mayoría, y en testimonio de su sinceridad abrazaron al general. Sin perder un instante, el cacique Mellyagin salió á comunicar á los indios que estaban en la esplanada, que las proposiciones de los cristianos eran tales que podían admitirse. Estos inmedia-

© Ministerio de Cultura

tamente quitaron las sillas á sus caballos, y se los entregaron á los milicianos para que los sacaran á pacer, y en seguida fueron depositando sus lanzas, hachas y cuchillos (sus únicas armas) en un cuarto para tenerlas guardadas allí hasta la conclusión de las borracheras, que infaliblemente se siguen á toda conferencia de esta especie.

El depósito voluntario de sus armas en manos de sus enemigos naturales, es rasgo extraordinario del carácter indiano, y la causa es evitar el derramamiento de sangre entre ellos mismos durante la horrible embriaguez, que forma una parte esencial del ceremonial de cada conferencia pública; y la ciega confianza con que se desarman manifiesta el elevado concepto que tienen de los sagrados derechos de la hospitalidad, y un convencimiento de la necesidad de desarmarse todos durante la loca influencia del exceso de la bebida. El esmero de las mujeres en separar todas las armas en tales momentos, causa un verdadero interés.

Colocadas sus armas en el fuerte, marcharon al corral donde habían encerrado algunas yeguas para matar. Así que llegaron, las echaron los lazos y tumbaron con su natural destreza: las ataron las cuatro patas juntas en la forma que los carniceros atan á los carneros en Inglaterra; después las abrieron una vena en el cuello, adonde iban á chupar la sangre de tiempo en tiempo, en cuya operación las mujeres y los niños les precedieron. Extraída la sangre del animal, los cortaron y asaron en muy poco tiempo, habiendo tenido gran cuidado en conservar la piel para formar pozas ó receptáculos en la forma siguiente: hacen una excavación en la tierra de dos pies de profundidad y cuatro ó cinco de circunferencia, donde colocan la piel recién sacada de la yegua, con el pelo hacia abajo y asegurada alrededor del borde con pequeñas estacas de madera. En esta cisterna de tan extraña y ruda invención, echan indistintamente vino y

© Ministerio de Cultura

aguardiente mezclados, alrededor de la cual se ponen en cuclillas diez y seis ó diez y ocho hombres; el número de ellas se aumenta en proporción de la gente que asiste al festín. Las mujeres no principian á beber hasta puesto el sol, y lo hacen separadas de los hombres; pero se colocan como ellos alrededor de iguales pozos llenos de la misma mixtura. Por motivos de delicadeza que no puede menos de admirarse, cuatro ó cinco mujeres de cada tribu se abstienen de beber con las otras para tener cuidado de sus compañeras cuando la razón principia á alejarse, para que los caprichos de la embriaguez comiencen.

La escena que en seguida presentaron estas gentes fué de una singularidad sorprendente. Dos mil personas, inclusas mujeres, niños y sirvientes, estaban sentados en círculos en la esplanada, hablando principalmente de sus fiestas ó los hechos de sus mayores, y el entusiasmo de algunos llegó hasta el punto de llorar al relatar la historia de su familia. Así que el licor principió á ejercer su poderosa y turbulenta influencia, todos hablaban á un tiempo, gritaban y aullaban de tal manera, que el ruido que hacían pudiera ensordecer á cualquiera. Las disputas, las riñas y los cachetes era la inmediata consecuencia de tal desorden; y como no tenían armas, algunos que principiaron á reñir formalmente, se mordían y daban patadas, y se arrancaban á puñados los cabellos. El alboroto de los hombres, la gritería, las carcajadas y los chillidos de las mujeres, unidos al llanto y quejido de los niños, formaban una combinación de sonidos tan discordes y ofrecían escenas y pasiones tan diversas, que si bien la imaginación concibe su efecto, la pluma no puede describirlo dignamente. Pequeñas partidas de las milicias patriotas colocadas expresamente para el objeto, estuvieron enteramente ocupadas en separar las combatientes, pero á eso de media noche ya reinaba un silencio sepulcral. Hombres y mujeres es-

© Ministerio de Cultura

taban tendidos en el suelo como si se hallaran en un letargo ó en los brazos de la muerte, excepto algunos pocos que aún podían arrastrando ó revolcándose adelantar algunos pasos, pero la generalidad no tenía el menor movimiento. Este bárbaro festín duró en la misma forma por tres días consecutivos, esto es, hasta que consumieron la última gota de licor. En virtud de las precauciones adoptadas por el general San Martín, las desgracias que ocurrieron, contra la costumbre, fueron muy pocas, pues dos hombres y una mujer que murieron en todo el tiempo del entretenimiento, es una friolera si se considera, que es uso entre ellos recordar en tales ocaciones antiguas querellas, y que las aprovechan para vengarlas. En las negociaciones con los indios es imposible dejar de contribuir á sus excesos, porque si se les da una pequeña cantidad de licor lo toman como un insulto, y de la clase de aquellos que no olvidan jamás.

Consagraron un día al cambio de los presentes. Cada cacique regaló al general un poncho hilado, tejido y hecho por sus mujeres. El poncho es una prenda de uso universal en los hombres de todas clases en la América del Sur. Su forma es un pedazo oblongo de un tejido de lana ó algodón, con una abertura en el centro por la cual entra la cabeza; los faldones caen por delante y detrás del cuerpo hasta cerca de los tobillos, y por cada lado hasta el codo, dejando los brazos en perfecta libertad. También es muy común el uso de ponchos más cortos, que sólo llegan más abajo de la cintura, y los cuales llevan dentro de casa. Algunos de los ponchos que aceptó el general no carecían de mérito, particularmente en la viveza del dibujo y la permanencia de los colores. Lo que parecía apreciaron más los indios de los regalos que recibieron, fueron los sombreros y los vestidos bordados ó galoneados, cuyas prendas se ponían en el acto que llegaban á sus manos.

Esta distribución se verificó al cuarto día, y á la ver-

© Ministerio de Cultura

dad fué el más trabajoso de todos; los que conocen la poco escrupulosa y cansada importunidad de los indios, podrán únicamente formar una idea de lo sitiado que por todos lados se vería el general, sin dejarle descansar ni un instante. El sexto día recibió San Martín pliegos del general Puyrredón, que le avisaba hallarse en marcha desde Salta á Córdova, á cuya última ciudad salió San Martín á reunírsele.

El gobernador del fuerte quedó encargado de continuar haciendo los honores. Los pehuenches permanecieron en San Carlos ocho días más, por haber llegado algunos traficantes con vinos y aguardientes desde Mendoza, con quienes los indios cambiaron sus géneros por la mayor parte de los regalos que les había hecho San Martín. Al cabo de una permanencia de quince días, marcharon los pehuenches á sus respectivas tribus, tan sumamente satisfechos del entretenimiento ó trato que habían recibido, que convinieron unánimemente en que los anales de la tradición no recordaban conferencias tan espléndidas.

En esta ocasión ocurrió una circunstancia que prueba la certeza de bañarse las mujeres en seguida de parir, costumbre de que tanto se ha escrito y aún se dudaba. A los dos días de la llegada de los indios parió una de las mujeres, y en seguida fué inmediatamente al río acompañada de dos mujeres de su misma tribu, se metió en el agua con el recién nacido y permaneció bastante tiempo; á los pocos días después partió con todos los demás para su tierra, completamente restablecida. El celoso Padre Julián no quiso perder la oportunidad de arrancar el alma del chiquillo de las «garras de Satanás», y empleando una piadosa estratagema lo tomó como para enseñarlo á los compañeros, y lo bautizó en el cuarto del general, del cual alcanzó fuese su padrino.

Los pehuenches están separados de los araucanos por la cordillera de los Andes. Los hombres son de grande

© Ministerio de Cultura

estatura, de musculatura fuerte y marcada, y tienen un aire expresivo y gallardo. Su población se regula en doce á catorce mil almas, número mucho menor del que tenían antes que las viruelas y otra enfermedad aún más horrorosa hubiesen hecho en ellos los estragos que desgraciadamente experimentan. Estos indios no dan señal de tener ningún objeto de adoración, ni forma alguna de culto. Ocupan el territorio que está al pie de la parte oriental de los Andes, y se extiende ciento veinte leguas desde la orilla derecha ó sur del río Diamante, que divide y forma el lado sur de la provincia de Cuyo. Estos indios están considerados como los más valientes de cuantos pueblan las Pampas, y se hallan frecuentemente en guerra con los demás; en ellas nunca dan cuartel, excepto á los niños y mujeres que conservan como esclavos. Es de notar, que los blancos ó criollos no siempre han aprovechado las oportunidades que se les han ofrecido para volver á la sociedad, lo que parece indicar que hay placeres en la vida salvaje, que aquel que los gusta una vez raramente quiere cambiarlos por los llamados encantos del trato social más pulido y refinado. Por ejemplo, un chico criollo de trece años fué cogido por los indios y vivió con ellos otros trece. A los veintiséis de edad volvió á Buenos Aires con motivo de cambiar ciertos efectos, y aseguró que se había mantenido con carne de caballo, y nunca había comido vaca á no ser obligado por la necesidad ó el hambre, y que la carne de potro era la más delicada y sabrosa de todas las viandas. Este hombre así que terminó los negocios que le llevaron á Buenos Aires, volvió voluntariamente á su choza favorita, y es probable que aún exista entre los indios.

La hospitalidad es la virtud que más respetan, y la venganza su vicio predilecto y dominante. Su indolencia es tal, que pasan la mayor parte de su vida echados en el suelo, y bebiendo un licor fermentado extraído de

© Ministerio de Cultura

frutas silvestres, pues la agricultura es desconocida entre ellos, y se alimentan únicamente con carne de caballo, y frutas de esta especie *. Sus mujeres además de sus trabajos domésticos, cuidan los caballos, los llevan y traen á pastar, y los ensillan para sus maridos: los ratos que las quedan desocupados los emplean en hilar y tejer ponchos que sus maridos llevan á Mendoza y cambian por licores, frutas secas, etc. Estos indios hacen una vida errante, y cambian de asiento á proporción que consumen los pastos que necesitan para sus numerosas caballadas; son atrevidos y diestrísimos jinetes, y ya individualmente ó en cuerpo, maniobran con una rapidez increíble. Un indio conduce diez ó doce caballos de montar, y cambia de caballo en el camino las veces que le acomoda, ó cree conveniente; los caballos son tan dóciles y tan bien enseñados, que muchas veces, cuando los llaman por su nombre, vienen del lugar donde están paciendo á la voz de su dueño, y sin moverse dejan que les echen el lazo.

Durante la revolución observaron los pehuenches una estricta neutralidad, á pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas para ganarlos y seducirlos á que obrasen contra los patriotas, los cuales por su parte tuvieron buen cuidado en animar su conducta pacífica, haciendo regalos en tiempo oportuno á los caciques que ejercían mayor influencia. De todos modos, no debía suponérseles sinceramente inclinados á ningún partido, y como el general San Martín había previsto, vendieron inmediatamente el secreto al general Marcó del Pont, de que los patriotas intentaban invadir á Chile por los puertos del Sur de los Andes; y este general dividió inmediatamente sus tropas, haciendo marchar el mayor número desde la parte del Norte á Talca y San Fernando, en la entera convicción de que Chile sería atacado por aquella parte

* El kernel de Arauco se llama pehuen ó pegüen y da su nombre á esta tribu.

© Ministerio de Cultura

de los Andes. Esta opinión le parecía tanto más probable, cuanto el paso de los Andes, por aquellos puertos era de menos difícil acceso, y ofrecían de trecho en trecho pastos para las caballerías, de que carecen absolutamente los otros más al Norte. Para mantener esta ilusión el general San Martín, envió guerrillas para llamar la atención hacia la parte Sur y Oriente de la cordillera. Seis son los puertos ó pasos conocidos en una extensión de ciento cuarenta leguas de la cadena de montañas que circunda á Chile, y principiando á contar por el Norte, son como sigue:

La Rioja, que desemboca en la provincia de Coquimbo; los Pastos, que va al valle de Putuendo; el Portillo *, al valle de San Gabriel cerca de la capital; las Damas, al valle de Colchagua, y el Planchón, que va al valle de Talca.

Los obstáculos que ha opuesto la naturaleza al paso de cuerpos numerosos por la elevada cordillera de los Andes, no son fáciles de concebir sino por aquellos que han atravesado tan enormes montañas. Una nueva clase de guerra pudiera hacerse en ellas con poca gente, capaz de contener los esfuerzos de un ejército numeroso. Con la ayuda de algunos rústicos trabajos de campaña, podrían impedir siguiera avanzando la más fuerte división, y dando un rodeo podían caer sobre la retaguardia, y por trabajos iguales encerrarla entre horribles desfiladeros y montañas desiertas, de donde no podría escapar ni un solo hombre.

Al fin levantó sus acantonamientos el ejército patriota, y salió de Mendoza el 17 de Enero de 1817. Cuando el ejército iba penetrando en las gargantas de los Andes,

* Mientras el ejército de los Andes estuvo en Mendoza, el capitán entonces y ahora coronel O'Brien, se mantuvo destacado en el Portillo con treinta hombres, de los cuales murieron once por lo rigoroso del tiempo. Este coronel permaneció en aquel punto por espacio de seis meses.

© Ministerio de Cultura

los pacíficos, pero bien intencionados mendozinos, animaban y se despedían cariñosamente de sus valientes defensores. El ejército se componía de los cuerpos siguientes:

Batallón núm. 7, mandado por el teniente coronel Conde; batallón núm. 8, por el teniente coronel Cramer; batallón núm. 11, por el teniente coronel Las Heras; Cazadores, por el teniente coronel Alvarado; regimiento de Granaderos á caballo, por el teniente coronel Sapiola; diez cañones de á seis, dos obuses de á cuatro pulgadas y media, y cuatro piezas de montaña de á cuatro, por el teniente coronel Plaza.

© Ministerio de Cultura

Estado que manifiesta el número de hombres, caballos y mulas de silla y de carga, que llevaba el ejército de los Andes, que salió de Mendoza para Chile en 1817.

HOMBRES	CABALLOS	MULAS	
		De silla.	De carga.
2.800 infantes á mula por hombre y una más de repuesto por cada cinco.	.....	3.360	150
200 jefes y oficiales de infantería, á razón de tres mulas de silla para cada dos oficiales; una de carga para dos oficiales y dos de carga para cada jefe.....	.....	300	140
900 hombres de caballería y artillería, á razón de tres mulas de silla para cada dos hombres, inclusas cinco mulas de carga por compañía.....	.....	1.350	60
60 jefes y oficiales de caballería y artillería, en la misma proporción que los de infantería.....	.....	90	40
Estado mayor.....	.....	71	46
Hospitales y sus encargados..... ...	.....	47	75
Compañía de obreros con los útiles correspondientes.....	.....	74	30
120 trabajadores con las herramientas necesarias para hacer transitables los pasos más difíciles de las montañas.....	.....	180	10
1200 hombres de milicias encargados de las mulas de repuesto, y el transporte de la artillería...	.....	1.800	
Provisiones para quince días para cinco mil doscientos hombres.....	.....	.....	510
113 cargas de vino para suministrar á cado individuo una botella diaria..	.....	.....	113
Un equipaje de puente de maromas, con sus caballetes, agarraderos, &c. &c	.....	.....	65
Un parque de artillería de campaña, á razón de ciento veinte disparos por pieza, 900.000 cartuchos de fusil, y 180 cargas de armas de repuesto.	.....	87	683
Caballos de repuesto para caballería y artillería.....	1.600		
	1.600	7.359	1.922

En este estado no van inclusas las divisiones de los tenientes coroneles Freyre y Lemus, la una de trescientos ochenta hombres y la otra de ciento y treinta que atra-

© Ministerio de Cultura

vesaron los Andes por el puerto del Portillo, llevando consigo mil veinte mulas.

Las provisiones consistían en carne curada, bien sazonada con pimienta, etc., etc., maíz tostado, galleta y gran cantidad de cebollas y ajos. Este último artículo era indispensable para emplearlo contra la puna ó soroche. Cuando ataca el soroche á los animales, se les restriegan con ajo las ventanas de las narices.

Las dificultades de mayor importancia que tuvieron que vencer, consistió en el tiempo que tenían que emplear en hacer transitables los malos pasos y los puertos, la falta de leña y todo otro combustible, y la naturaleza del clima. De las nueve mil doscientas y ochenta y una mulas y mil seiscientos caballos que salieron de Mendoza con las tropas, sólo cuatro mil trescientas mulas y quinientos caballos llegaron á Chile, á pesar de haber empleado para su conservación cuantas precauciones puede sugerir el entendimiento humano. Quinientos hombres de milicias iban encargados de convoyar la artillería. Los obuses y piezas de campaña estaban al cargo inmediato del célebre, digno é incansable Padre Beltrán. Cuando el terreno era comparativamente bueno, cada pieza de artillería la llevaban entre dos mulas, por medio de una percha ó barra asegurada adelante y atrás al baste de cada mula; el cañón iba suspendido de la percha y colgando en forma horizontal á cerca de dos pies del suelo, y entre la distancia que había de una á otra mula. Algunas veces las llevaban á lomo, otras á brazo por los milicianos, y en ocasiones para subirlas ó bajarlas en grandes pendientes, empleaban cabrestantes que con no poca dificultad y no menos trabajo llenaban el objeto; también usaron con frecuencia zorras, ó especie de rastras estrechas construídas de cueros de toro, que suplían al carruaje. Setecientos bueyes formaban parte de la provisión para quince días, y para evitar una ruina total en caso de un revés, dejaron depósitos de provisiones

© Ministerio de Cultura

cada doce leguas al cargo de una pequeña escolta de milicias.

Entre la ciudad de Mendoza y Chile corren al Norte y Sur cinco cordilleras de montañas principales, además de innumerables y altísimas ramificaciones. El intenso frío en la cúspide de las montañas hizo perecer mucha gente, y la mayor parte del ejército fué atacado durante su marcha con la puna ó dificultad de respirar, de cuya enfermedad murieron infinitos.

Cada paso que avanzaban los patriotas convencía más y más, y hasta la evidencia de que los obstáculos que iban venciendo eran de naturaleza tal, que no dejaban la menor esperanza de poder verificar su retirada en caso de ser batidos; pero este convencimiento, en vez de producir temor ó desconfianza, les llamaba á la unión, y llenos de la seguridad que les inspiraba su propio valor, los cuerpos se estimulaban unos á otros, rivalizando entre sí en el modo de sufrir con paciencia y entereza las fatigas y privaciones de marcha tan difícil y penosa. De tan noble resolución resultó la batalla de Chacabuco, que puso en manos de los patriotas cuasi todo el territorio de Chile; pero antes de entrar en los pormenores de esta decisiva acción, daremos algunas noticias de los acontecimientos más marcados que caracterizaron la revolución de Chile.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO V

Estado de Chile en 1810.—Figueroa.—Carreras.—Pareja.—Hierbas-Buenas.—Chillan.—Sánchez.—O'Higgins.—Mackenna.—Membrillar.—Gainza.—Talca.—Disensiones.—Falta de fe de los realistas.—Defensa desesperada de Rancagua.—Patriotas emigrados.—Sambruno.—Osorio.—Desterrados á Juan Fernández.—Rodríguez.—Freyre.—Ejército de los Andes.—Soler.—Martínez.—Necochea.—Chacabuco.—Supremo director.— San Martín.— Talcahuano.—Las Heras.—Quintana.—Ejército patriota.—Comandante de la escuadra Bowles.

Chile continuó tranquilo bajo el yugo español, hasta el 18 de Julio de 1810, en cuyo día fué depuesto el capitán general Carrasco, y nombrado en su lugar el Conde de la Conquista. Durante el mando del último formaron el plan de revolución, en el que influyó poderosamente así como en los cambios políticos que se siguieron el Sr. Alvarez de Jonte, persona distinguida por sus talentos y patriotismo, y enviado expresamente para promoverlos por la Junta gubernativa de Buenos Aires *.

El 18 de Septiembre de 1810, establecieron en Santiago de Chile una Junta de gobierno, compuesta de siete individuos de los más distinguidos de la capital, y cuya

* Alvarez Jonte residió algún tiempo en Londres. Acompañó al Lord Cochrane á Chile, y fué empleado como secretario en uno de los cruceros de la costa del Perú. Después salió de Valparaíso en clase de auditor del ejército libertador, y murió en Pisco. El gobierno del Perú concedió una pensión á sus hijos.

© Ministerio de Cultura

autoridad fué inmediatamente reconocida por las provincias con toda clase de demostraciones de júbilo. A las causas generales que dieron origen á la revolución de la América española, pueden añadirse algunos acontecimientos particulares que caracterizaron de un modo diferente, los primeros esfuerzos que hicieron en Chile para optar á su independencia, de la conducta que observaron los otros Estados de la América.

Una de las particularidades que más resaltan es la perfecta unanimidad que reinó en todas las clases. En Chile las clases más elevadas de la sociedad se mantuvieron siempre las primeras á favor de un cambio de cosas. En los otros Estados muchos hombres de ellas, ó dudaron, ó se interesaron tanto por el antiguo régimen, que nunca se reunieron al pueblo como cuerpo hasta que la causa estaba perfectamente asegurada, y era ya para ellos conveniente, si no necesario el cambiar de partido. En Chile las clases bajas conservaron los hábitos de una pasiva obediencia mucho más tiempo, y siguieron en vez de ponerse á la cabeza en los cambios que ocurrieron. Sobre todo la unanimidad es lo que esencialmente caracterizó la tranquila y majestuosa revolución de 1810.

La junta reconoció la soberanía de Fernando VII, el cuño continuó llevando su busto, y á pesar del deseo general de declarar la independencia, siguió su comunicación con el virrey de Lima, según las formas de la antigua rutina.

La Audiencia continuó ejerciendo sus anteriores funciones, y la justicia se administraba como antes, y en nombre del rey. Ningún español fué removido de su empleo, ó privado de la dignidad que gozaba en el momento de la revolución. Es probable que los españoles produjeran menos alarma en Chile, porque eran en menor número que en otras partes de América. Este gran cambio político se ejecutó sin un solo crimen, ni un solo acto de severidad, y sin que ocurriese nada que turbase

© Ministerio de Cultura

la tranquilidad y satisfacción general, hasta el 1.° de Abril de 1811, que por primera vez oyó la capital el fuego de una tropa enemiga, y vió derramar la sangre de algunos de sus vecinos. El coronel español Figueroa logró ganar parte de la guarnición, y con ella intentó destruir el nuevo gobierno y restablecer el antiguo orden de cosas; pero afortunadamente pudo oponer la Junta una fuerza capaz de batir á los rebeldes: solo cincuenta personas perecieron en esta rebelión. Figueroa fué cogido, juzgado y fusilado. La vindicta y la indignación pública se satisfacieron con este castigo, aunque acusaban públicamente á los españoles residentes en la ciudad de estar complicados en aquel atentado. También averiguaron que la Real Audiencia había animado secretamente y apoyado á los conspiradores, y por lo tanto suprimieron este tribunal; pero permitieron á sus individuos permanecer en la capital y gozar de entera libertad. Un tribunal llamado Cámara de apelación, sustituyó á la Audiencia.

Cuando Figueroa atentó á llevar á efecto su plan, estaban los chilenos ocupados en la elección de miembros para el Congreso que se reunió en Junio de 1811. Las medidas que adoptó este Congreso fueron altamente liberales, y reformó muchos abusos; proclamó libertad de comercio, con la excepción única de los paños bastos y franelas ordinarias; decretó que el oficio de regidor, hasta entonces hereditario ó comprable, lo ejercieran personas elegidas anualmente por medio de elecciones parroquiales; abolió los empleos inútiles y redujo los sueldos; determinó que se pagara al clero por el Tesoro público, y le prohibió tomar derechos de sus feligreses; mandó crear una fábrica de armas, un colegio de artillería y otros muchos establecimientos de utilidad pública, y tuvo la gloria de ser el primer Cuerpo legislativo en la América española, que adoptó medidas efectivas para abolir, aunque de un modo progresivo, la esclavitud en

© Ministerio de Cultura

la República. Los hijos nacidos de esclavos desde la fecha de su primera reunión fueron declarados libres, y todos los esclavos traídos al país debían optar á su libertad después de residir en él un tiempo determinado. Estableció la libertad de imprenta, y un feliz porvenir parecía brillar á los ojos de todos; pero la mal entendida ambición de tres jóvenes detuvo la marcha benéfica de los acontecimientos, é introdujo en el seno del Estado conmociones intestinas. Los tres hermanos Carreras descendían de una familia muy respetable del país, y eran oficiales del ejército; todos ellos, y particularmente el mayor, estaban dotados de talentos que les dieron derechos á la consideración pública, á pesar de su vida licenciosa, hasta que condujeron á su patria al borde mismo de su ruina, por ideas de engrandecimiento personal. Su hermana, llamada la Ana Bolena de Chile, fué un instrumento poderoso para alcanzar sus designios; pues aunque cuarenta primaveras han marchitado ya la suya, aun conserva los encantos de la hermosura. Esta señora está adornada de grandes talentos naturales; pero se dice que ama demasiado mezclarse en las intrigas de los partidos políticos.

El número desproporcionado de diputados elegidos por la ciudad y provincia de Santiago, y la ilegalidad de algunas elecciones, acorde á las prohibiciones establecidas por un acto de la primera junta, produjeron mucha inquietud, y algunas vigorosas reclamaciones de las otras provincias. Conociendo el Congreso la necesidad de acceder á estas peticiones, redujo el número de los diputados á una mitad, y dispuso se reeligiesen los de la Concepción, y se restableció la tranquilidad; pero las reformas eran pretextos de los Carreras. Adornados de las maneras que les hacían apreciar particularmente de las tropas y de una gran parte del pueblo, se formaron un partido, tomaron el timón del gobierno, y el 26 de Diciembre de 1811 disolvieron el Congreso.

© Ministerio de Cultura

En seguida formaron una Junta á cuya cabeza se puso el hermano mayor, y los negocios desde aquel momento tomaron tal marcha, que no podían producir otro resultado que divisiones, y descontento en todas las clases de la sociedad. Disensiones que se originaron después entre los hermanos, produjo la momentánea separación del mayor; pero habiéndose reconciliado nuevamente volvió á ponerse á la cabeza de la Junta. Mientras tanto, Abascal, virrey del Perú, que siempre había afectado deseo de mantener buena armonía con el gobierno democrático de Chile, acechaba los progresos de los principios anárquicos, y no fué tardío en aprovechar la oportunidad que le ofrecía el descontento general nacido de los desórdenes de los Carreras. Para hacer que sirviera á sus propias intenciones la usurpación que acababan de hacer, mandó salir tropas de Lima á las órdenes del general Pareja, las cuales desembarcaron en San Vicente, cerca de Talcahuano á principios del año 1813.

Del progreso que llevó la revolución en Chile, parece que sus naturales marcharon casi invariablemente por el camino de una extremada moderación. Ni la conspiración de Figueroa; ni los alborotos causados por los españoles en Aconcagua y otros puntos; ni los signos positivos de desafección que diariamente daban al nuevo orden de cosas, fueron bastantes para determinar á los incautos chilenos á deponer de sus encargos á unos europeos nombrados á destinos de importancia por el gobierno del rey. Una de las consecuencias naturales de tan mal fundada confianza, fué la rendición de la Concepción, cuyo gobernador era español, y por descuido conservaba el mando. En Talcahuano, un oficial criollo y un cura opusieron alguna resistencia; pero no habiendo sido secundados sino por el entusiasmo de un vecindario indefenso, los sometieron inmediatamente; y Talcahuano como la ciudad de la Concepción quedaron en poder de los realistas, y sirviéndoles de base de sus operaciones.

© Ministerio de Cultura

La noticia del desembarco de Pareja y su marcha rápida hacia el río Maule, despertó al fin de su letargo á los chilenos, y la forma en que hicieron frente al peligro que les amenazaba hace honor á su valor y patriotismo. El espíritu de partido desapareció; las justas causas que tenían de queja por la conducta de los Carreras las consignaron al olvido, y la rivalidad de las facciones se convirtió en la noble emulación de quien hacía mayores sacrificios para conservar la libertad, que por el voto unánime de la nación acababan de establecer. Las provincias correspondieron á tan nobles sentimientos, y, por segunda vez, la unanimidad de expresión resonó en todo el territorio chileno. Inmediatamente formaron una caja militar, á la cual destinaron grandes fondos; y seis mil hombres marcharon al campo en busca del enemigo, creados y organizados como por encanto. D. José Miguel Carrera tomó el mando de estas tropas, el cual, al salir de Santiago, delegó la autoridad civil en su hermano don Juan José, uno de los tres, á cuya desmedida ambición debe Chile sus principales desgracias.

La campaña se abrió el 31 de Marzo de 1813 con un movimiento atrevido y bien meditado de una división de las tropas chilenas, la cual cayó de sorpresa sobre todo el ejército realista, en un sitio llamado Hierbas Buenas. Si esta primera ventaja la hubiesen secundado inmediatamente y sin descanso, por golpes bien dirigidos, la contienda se habría decidido de una vez; pero los mal disciplinados reclutas de los patriotas se esparcieron á ocuparse del pillaje en vez de perseguir á los realistas, que sorprendidos huían llenos de pavor, y los cuales, habiendo tenido tiempo de recobrarse, se reunieron y tomaron una posición ventajosa. El valor de los chilenos, que el general Pareja experimentó bien á su pesar, le indujo á retirarse á San Carlos, unas treinta leguas de Hierbas Buenas, al frente de cuya ciudad situó sus tropas en un terreno favorable para defenderse, y esperó un

© Ministerio de Cultura

segundo ataque. En una reñida acción, que duró muchas horas, no pudo romper Carrera los cuadros de los realistas, y hasta la mañana siguiente no tuvieron los patriotas la satisfacción de conocer que habían alcanzado la victoria. Entonces vieron que los realistas se habían retirado, dejando el campo cubierto de muertos y heridos. Estos sacaron precipitadamente sus guarniciones de la Concepción y Talcahuano, que la traición había puesto en sus manos, y las concentraron en Chillán, á donde el general Pareja huyó á refugiarse, y donde murió aunque en edad avanzada, según generalmente se supone, de sentimiento por sus inesperados reveses.

El coronel Sánchez le sucedió en el mando, el cual desplegó una actividad extraordinaria en fortificar con obras de campaña todos los puntos alrededor de la ciudad de Chillán.

El sitio que en seguida pusieron los patriotas, fué largo y trabajoso. Estos obtuvieron ventajas señaladas en varios asaltos, y penetraron al fin hasta la plaza mayor situada en el centro de la ciudad; pero los españoles se retiraron á un convento que les servía como una especie de ciudadela, y se mantuvieron en él, contra todos los esfuerzos de unas tropas desprovistas de los medios necesarios para atacarlos en aquel punto. Lo crudo del tiempo por las continuadas lluvias y el frío obligó por fin á los patriotas á levantar el sitio; pero no antes de haberse señalado por muchas brillantes muestras de valor personal, y haber perecido honrosamente muchos valientes chilenos.

Desde esta época la suerte de la guerra se inclinó alternativamente á uno y otro partido; y una serie de acciones de menor importancia se sucedieron, en las cuales brillan con distinguido lustre los nombres de O'Higgins y Mackenna por la parte de los patriotas; pero los españoles tenían mejores oficiales, y la pericia de su general dejó con frecuencia sin efecto el indisciplinado valor de los

© Ministerio de Cultura

patriotas. El general realista, abundante en recursos, tuvo el arte de atraer en su ayuda á los indios araucanos, y se aprovechó tan bien de los hábitos antiguos de los chilenos, y de su ciega sumisión á las órdenes del rey, que halló poca dificultad en aumentar sus filas con reclutas del valiente, aunque engañado paisanaje, en el país ocupado por sus tropas.

En esta empresa fué Sánchez hábilmente secundado por los esfuerzos de los misioneros españoles, cuyas poderosas armas empleó para atraerse al vulgo ignorante y supersticioso. Desgraciadamente mucha parte del paisanaje se declaró más y más contra la causa de la independencia, por los excesos y falta de moralidad de los Carreras; cuya conducta reclamaba imperiosamente su separación del mando, porque su ejemplo había precipitado á las tropas patriotas á los mayores desórdenes.

D. José Miguel Carreras había manifestado su incapacidad militar en Hierbas Buenas, no habiendo sabido aprovechar de las ventajas que á sus órdenes alcanzaron en aquel punto los valientes chilenos. Después convirtió su mando en una especie de dictadura en los distritos ocupados por sus tropas; pero al fin el gobierno de Santiago tuvo energía bastante para suspender á los tres hermanos de sus destinos y encargos, y les mandó presentarse en la capital; pero en el camino los cogieron los realistas, y los enviaron á Chillán en clase de prisioneros de guerra.

El coronel D. Bernardo O'Higgins, que sucedió á Carrera en el mando del ejército el 24 de Noviembre de 1813, se había distinguido anteriormente por su valor personal y la rectitud de su conducta, mientras que la prudencia y los talentos de Mackenna suplió en parte la falta de disciplina y organización de los patriotas.

Los independientes formaron dos brigadas, una á las órdenes de O'Higgins, situada en la Concepción, y la

© Ministerio de Cultura

otra á las de Mackenna, establecida en Membrillar, cerca de Chillán.

La causa de los realistas tomó incremento á esta época, en virtud de un refuerzo llegado de Lima á las órdenes del general Gainza, cuyos talentos personales y conocimientos militares le hacían un enemigo formidable; pero, á pesar de estos cambios, transcurrió un año sin que ocurriese ningún importante acontecimiento.

El 19 de Marzo de 1814 rechazó Mackenna un vigoroso ataque del general Gainza, el cual insistió de nuevo al día siguiente; pero sin fruto y con mayor pérdida, por haber llegado la brigada de O'Higgins en auxilio de Mackenna *. Desanimado por estos encuentros resolvió el general Gainza dejar á su retaguardia á las brigadas patriotas, y marchó hacia la capital, ciudad abierta y sin guarnición; este movimiento lo ejecutaba en la confianza de que O'Higgins no podría seguirle por falta de caballos. Gainza pasó el río Maule á ochenta leguas al Sur de Santiago, y tomó la ciudad de Talca; pero no sin una heroica, aunque inútil resistencia de parte de sus habitantes, que, faltos de los recursos necesarios, perecieron defendiendo la ciudad.

El pueblo de Santiago atribuyó la pérdida de Talca á descuido del gobierno, y en su consecuencia consideró oportuno disolver la Junta gubernativa, compuesta de tres individuos, y nombrar un supremo director. Don Francisco Lastra fué el primero que obtuvo esta dignidad, el cual reunió inmediatamente una pequeña división, y la envió á las órdenes de D. Manuel Blanco Cicerón en busca del enemigo; pero este oficial fué batido completamente en Cancharayada por la vanguardia de los realistas.

Mientras tanto O'Higgins se preparaba á seguir á Gain-

* Este oficial, natural de Irlanda, lo mató en un duelo uno de los Carreras en la ciudad de Buenos Aires en 1814.

© Ministerio de Cultura

za, y á marchas forzadas, ejecutadas con millares de dificultades y trabajos, llegó á la orilla izquierda del río, donde inmediatamente estableció su campo, dando á entender que intentaba permanecer en aquel punto, para observar los movimientos del enemigo; pero tan pronto como obscureció, pasó el río Maule por varios puntos á cinco millas de las avanzadas españolas. Al romper el día, vió con asombro el enemigo colocado al ejército patriota en una fuerte posición que dominaba el camino de Santiago y el de Chillán, centro de los recursos de los realistas. Esta diestra maniobra puede considerarse equivalente á una victoria. Cortado de su base de operaciones el general Gainza, y sin retirada alguna, tuvo que encerrarse en Talca.

Durante estos acontecimientos llegó de Callao á Valparaíso el capitán Hillyar, comandante de la fragata *Febo*, de S. M. Británica, con proposiciones conciliatorias del virrey del Perú. El supremo director nombró comisionados para negociar, y el capitán Hillyar los acompañó á Talca, donde terminaron un tratado, bajo su mediación, el 5 de Mayo de 1814. El general Gainza se obligó á reembarcarse para el Perú con todas sus tropas en el término de dos meses, y dejar las fortificaciones en todos los puntos que ocupaba en el estado en que las había hallado. También estipularon que el virrey reconocería el nuevo orden de cosas; y Chile, por su parte, se obligó á enviar diputados á las Cortes españolas, y reconocer el gobierno establecido en la Península durante la cautividad de Fernando VII. Por ambas partes se dieron rehenes para asegurar el cumplimiento de estas obligaciones.

Los chilenos, en general, expresaron su desaprobación á un convenio que consideraban como desventajoso, en unas circunstancias que ofrecían la fundada esperanza de que un solo golpe podría terminar gloriosamente la campaña, asegurando la completa independencia del país.

© Ministerio de Cultura

Sin embargo, juzgaron ya la paz tan firmemente establecida, que permitieron regresar á sus casas á los milicianos; redujeron imprudentemente las tropas de línea, y el gobierno directorial se aceleró á cumplir con escrupulosa fidelidad aquellos artículos del tratado que podían llevarse inmediatamente á efecto.

D. José Miguel y D. Luis Carrera habían sido puestos en libertad por los realistas, en virtud del tratado de Talca; y D. Juan José, aunque le desterraron del otro lado de los Andes, había regresado también. Don Luis fué arrestado, pero D. José Miguel y D. Juan José lograron ocultarse. Esta ocasión les pareció favorable para usurpar nuevamente las riendas del gobierno; organizaron en la capital un partido, con el cual habían mantenido siempre relaciones, y que en esta ocasión les ayudó á llevar á efecto sus criminales designios; ganaron una parte de la guarnición, y el 23 de Agosto de 1814 se presentaron en público, y depusieron al supremo director Lastra.

En seguida formaron una junta, á cuya cabeza pusieron al hermano mayor de los Carreras, como habían hecho en la primera usurpación. Indignados los ciudadanos y aunque muy disgustados de Lastra, se reunieron inmediatamente, y manifestaron á los Carreras su desagrado; pero viéndolos sordos á sus justas quejas, y no teniendo bayonetas con que hacer valer sus razones, acudieron á O' Higgins, pidiéndole su protección, el cual no perdió tiempo en corresponder á su confianza, y escuchar su llamamiento. Lleno del patriotismo que siempre manifestó, se puso inmediatamente en marcha desde Talca, para salvar la capital, y un pequeño encuentro se verificó ya cerca de ella. Los dos partidos estaban en el acto de venir á las manos, y decidir su suerte por medio de una acción general, cuando se presentó un correo del general realista, y acordaron una suspensión de armas para recibir los pliegos.

© Ministerio de Cultura

El correo era portador de un oficio notificando que el virrey no había querido ratificar el tratado de Talca; que el único medio que quedaba á las autoridades insurgentes para alcanzar la real clemencia de S. M. era rendirse á discreción, y terminaba diciendo que la espada estaba desenvainada, para no dejar piedra sobre piedra en caso de resistencia.

Este mismo correo trajo la orden llamando al Perú al general Gainza, á pesar de que tenía derechos á la consideración de un virrey, marcado por su falta de fe pública á los patriotas, aunque en lo demás gozaba de buen crédito. Gainza había violado el tratado, permaneciendo en la Concepción bajo diferentes pretextos, hasta que el general Osorio llegó con tropas de refuerzo, y pertrechos militares de toda especie: el curso mismo de los acontecimientos probaron al fin que firmó el tratado con objeto de ganar tiempo, para que llegasen aquellos refuerzos. El plan de los españoles estaba tan bien meditado, que cuando recibieron los patriotas la intimación de rendirse á discreción, ya se hallaban 4.000 hombres á cincuenta leguas de la capital.

Agitado por sentimientos tan opuestos, O' Higgins sacrificó magnánimamente sus justos resentimientos para salvar su patria; accedió á las pretensiones de su rival, y volvió noblemente sus armas contra el enemigo común. Carrera siguió á O' Higgins con una fuerte división; pero la disciplina, que da el valor real á las tropas, abandonó á las de Chile, que se habían batido tan gloriosamente en otras ocasiones, y principió una horrorosa deserción. Por otra parte, para consolidar Carrera su mal adquirido poder, había removido del ejército algunos oficiales beneméritos, y desterrado de la capital muchos ciudadanos distinguidos, sin otro motivo que la desaprobación que manifestaron á sus arbitrarios procedimientos.

O' Higgins atacó á los realistas en la orilla del río Cachapoal; pero no teniendo más de 900 hombres consigo,

© Ministerio de Cultura

fué batido y tuvo que refugiarse á la ciudad de Rancagua, distante veintitrés leguas de Santiago; dispuso que las entradas de las calles se cerraran, y adoptó cuantas medidas eran posibles para hacer aquel punto lo más difícil de acceso que era dable, con los escasos medios que tenía.

El 1.° de Octubre de 1814 principiaron los realistas un ataque que duró treinta y seis horas, en cuyo espacio de tiempo ambas partes continuaron el fuego sin la menor intermisión; y una y otra enarbolaron bandera negra, y no se daban cuartel. En lo más vigoroso de la acción, el almacén de pólvora de los patriotas se voló, produciendo los efectos más horrorosos; pero sin desmayar por tan considerable desgracia, parecía redoblaban sus esfuerzos, y el general español determinó abandonar su empresa. Ya había dado órdenes para retirarse temeroso de que Carrera, que permanecía inmóvil espectador, le cortase la retirada, y que sus tropas, llenas de fatiga y de cansancio, fuesen atacadas en una posición desventajosa por tropas de refresco; cuando percibiendo el general Ordóñez, segundo en el mando, la inacción de Carrera, que manifestaba no tener intenciones de hacer una diversión en favor de O'Higgins, ni enviarle el menor auxilio, resolvió hacer el último esfuerzo. Por medio del hacha y de las llamas, lograron los realistas penetrar por las paredes de las casas, y palmo á palmo fueron adelantando hasta la plaza en el centro de la ciudad. Allí hizo O' Higgins su última defensa con 200 hombres, única fuerza que le restaba; rendido de cansancio, atormentado por una sed rabiosa, y rodeado de cadáveres, permaneció lidiando, hasta que viéndolo todo perdido, y á pesar de estar herido en una pierna, se puso bizarramente á la cabeza de la poca gente que aún le quedaba, y se abrió paso por medio de los realistas. Tal fué la impresión que este acto de valor desesperado produjo, que no hubo ninguno que se aventurase á perseguir á los patriotas, los cuales

© Ministerio de Cultura

continuaron su retirada á la capital sin ser molestados. Los realistas permanecieron en Rancagua para retirar sus heridos, sacrificar los pocos habitantes que quedaban, y destruir cuanto había escapado de las llamas.

Los Carreras tenían aún á sus órdenes 1.500 hombres; pero abandonaron la capital sin batirse; y las depredaciones y excesos cometidos por sus tropas irritaron de tal modo al vecindario, que enviaron á Osorio una diputación, rogándole fuese á Santiago para restablecer el orden. Seiscientos hombres atravesaron los Andes con Carrera; y O'Higgins emigró con cerca de mil cuatrocientas personas, muchas de ellas señoras de distinción, que pasaron á pie las nevadas cordilleras de los Andes. Todos fueron recibidos en Mendoza con generosa hospitalidad por el general San Martín, y muy pocos volvieron á sus casas hasta después de la batalla de Chacabuco, en el año 1817.

Osorio reasumió el mando, y tomó en Santiago el carácter de capitán general; la primera medida que adoptó como tal, fué publicar una amnistía, por la cual volvieron á sus casas algunos ciudadanos ricos que habían huido á sus estados ó á puntos distantes del país, creyendo gozar tranquilamente en el seno de sus familias la paz que se les ofrecía; pero tan pronto como Osorio se creyó asegurado se quitó la máscara, y siguió el ejemplo de sus paisanos en la violación de los contratos y obligaciones más solemnes estipuladas con los americanos. En menos de un mes después de los desastres de Rancagua, los ciudadanos principales de la capital fueron arrestados, y confiscaciones, persecuciones y encarcelamientos parecían ser la orden del día; pero temeroso el capitán general de exasperar demasiado al pueblo, que sufría el yugo con extrema impaciencia, no se resolvió á derramar la sangre de sus víctimas.

Cuarenta y seis padres de familia, la mayor parte en el último tercio de su vida, algunos en edad decrépita y dos

© Ministerio de Cultura

paralíticos, todos acostumbrados á las comodidades y conveniencias que la abundancia de medios les había hecho gozar toda su vida, fueron empaquetados como sardinas en una corbeta de guerra española y transportados á la isla de Juan Fernández. Colocaron centinelas á las puertas de la cámara, con orden de hacer fuego á cualquiera que sacase la cabeza á gozar siquiera de un aire algo más puro; á ninguno permitieron salir ni por un instante, aun en las ocasiones más urgentes; y un aire pestífero, consecuencia de la reunión de tantas personas en un espacio tan reducido y de la acumulación de la inmundicia, habría producido la muerte de todos ó de una gran parte de aquellos desgraciados respetables (según Osorio tal vez deseaba), si el pasaje hubiese sido largo y penoso; pero dichosamente lo hicieron en una sola semana. A su arribo á la isla los desembarcaron en la costa, sin más auxilios que la ración del soldado. Sus mujeres é hijas, vestidas de luto y llenas de dolor, pidieron con lágrimas y mil ruegos el permiso de acompañar á su destierro á sus maridos y á sus padres; pero no sólo el tirano fué sordo á súplicas tan tiernas, sino que prohibió toda comunicación bajo las penas más severas. Una sola señora pudo alcanzar esta gracia, y esa la obtuvo por la bondadosa interposición de Sir Thomas Staines con el capitán de la corbeta; por cuyo medio la amable y linda doña Rosario de Rosales pudo acompañar á su padre, que tenía setenta y tantos años de edad.

Hasta 1813 la isla de Juan Fernández la habían empleado para enviar á ella á los desterrados; desde aquel período las ratas se habían multiplicado de un modo increíble, las cuales pronto consumieron una gran parte de las provisiones enviadas desde Chile para la subsistencia de los patriotas desterrados: aunque mataron millones de ellas, no notaban su disminución. La situación de aquellos desgraciados se agravaba aún por las extorsiones de los diferentes gobernadores que manda-

© Ministerio de Cultura

ron aquella isla; los cuales prohibieron bajo pena de muerte la introducción del más pequeño socorro que les enviasen sus familias y sus amigos sin que pasasen por su conducto. El quinientos por ciento lo consideraban como una racional ganancia, y rara vez pudieron burlar las órdenes crueles del gobierno. Algunas veces el gobernador permitía tomar á los dueños una pequeña parte de aquello que había escapado del pillaje en la travesía, y, apoyado de su autoridad, vendía el resto á pública subasta, á lo que hacía postura generalmente su legítimo dueño. Por tales y tan atroces medios, uno de los gobernadores hizo más de 20.000 duros en menos de un año.

La cárcel de Santiago se llenó de personas de carácter por sospechas de infidencia ó adhesión á la causa de la independencia; y muchos de ellos fueron víctimas de un complot, que parece no tuvo otro objeto que el placer que tenían de derramar sangre algunos indignos españoles.

Los dos batallones del regimiento de Talavera se componían de la gente peor de la Península, y, por consiguiente, se hicieron el terror de Chile por la manera sistemática en que ejecutaban toda clase de excesos y enormidades; las cuales llegaron á tal punto, que las mujeres se escondían así que el regimiento se presentaba. Los oficiales no solamente daban un ejemplo horroroso, sino animaban públicamente á la tropa, y difícilmente pudiera decirse cuál de estas clases excedía en hechos que la decencia impide que se particularicen, y que ocasionaron con frecuencia la muerte de sus víctimas.

El capitán Sambruno, más feroz aún que sus brutales compañeros, fué nombrado por Osorio presidente del tribunal de vigilancia, cuyo encargo le abrió el camino para satisfacer sus malignas y licenciosas pasiones. Ponía presas personas de distinción, y hacía todas las apa-

© Ministerio de Cultura

riencias de que iban á ser condenadas á muerte, para que, ya la hija bonita ó la hermana, se presentase á interceder: las consecuencias de tales medios pueden fácilmente conocerse, aunque la pluma se resista á manifestarlas.

No contento Sambruno con tales ultrajes, formó un plan para acabar con los pobres ciudadanos que se hallaban presos. Un sargento y unos cuantos talaverinos se encargaron de decirles que sus persecuciones habían excitado la simpatía de las tropas realistas, y que les constaba se hallaban prontas á sublevarse contra Osorio, y formar un gobierno independiente de España. Aunque era tan improbable lo que les ofrecían, su situación y la esperanza les hizo caer en la trama, y á una hora dada de la segunda ó tercera noche, se dejaron sacar de sus dormitorios por los fingidos conspiradores, y fueron con ellos al salón para deliberar sobre las medidas que debían adoptarse para su libertad. Cuando ya se había reunido un cierto número, entró Sambruno en el salón á la cabeza de una partida de talaverinos, y con una bárbara ferocidad digna del tiempo de Robespierre, terminó su plan atroz con el sacrificio de las víctimas. Osorio, que no siempre podía contener á los talaverinos, envió su fiscal Rodríguez á suspender la matanza; pero cuando llegó ya los asesinos habían saciado su rabia, y se ocupaban en tirar los cadáveres desde una galería al patio*.

Para detallar los demás actos de tiranía cometidos por Osorio y su sucesor, aún más cruel, el general Marco del Pont, fuera necesario llenar un tomo. Basta decir que en dos años y cuatro meses la barbarie de estos déspotas hizo llevar más luto á las familias principales

* Sambruno fué cogido prisionero en la batalla de Chacabuco. Juzgado por asesino, fué condenado á muerte y ejecutado al frente de la cárcel de Santiago en medio de los insultos del populacho, y execrado de los hombres de bien.

© Ministerio de Cultura

de Chile y sus inmediaciones; causó más opresión en todas las clases del pueblo; y arruinó más el país en general, que todas las desgracias reunidas de los otros períodos de la guerra de la independencia.

Sin embargo la dominación de los tiranos no estaba del todo libre de sustos y de alarmas, pues de tiempo en tiempo se inquietaba el capitán general con las noticias de los preparativos militares que hacía el general San Martín en Mendoza. En su consecuencia publicó edictos crueles, y por medidas violentas intentó aumentar el ejército realista, no solamente para defender á Chile contra la invasión que le amenazaba, sino para tomar la ofensiva yendo á buscar los patriotas en su mismo territorio de las Pampas, y abrirse el camino de Buenos Aires; pero la extraordinaria actividad y arrojo de una partida de guerrilla patriota, obligó pronto á Osorio á limitar sus miras á Chile.

D. Manuel Rodríguez, abogado de profesión, é hijo de una familia distinguida de Chile, había sido enviado como emisario por el general San Martín después de las desgracias ocurridas en aquella ciudad, y había alcanzado las mayores ventajas. Para contener sus progresos le condenaron á muerte, le pregonaron y ofrecieron un tanto por su cabeza; pero él, despreciándolo todo, y aunque carecía de armas, determinó surtirse de ellas quitándoselas á sus enemigos, y poner al ejército realista en la necesidad de dividirse en destacamentos, y esparcirse por todo el país. Rodríguez entró en varias ciudades, proclamó la independencia en ellas; cogió caballos á los realistas, y los acosó por cuantos medios estuvieron á su alcance.

El capitán general se vió obligado á enviar divisiones fuertes á varios puntos, para evitar un levantamiento general. Cuando alguna de estas divisiones se aproximaba al paraje donde podía hallarse Rodríguez, cortaban los caminos y ponían emboscadas en todas las avenidas para

© Ministerio de Cultura

impedir que se escapase; pero él conocía bien las localidades, y mandaba dispersarse á su gente dándola un punto de reunión distante de las guarniciones realistas, donde nuevamente levantaba el estandarte de la independencia. Otra y otra vez se le presentaron fuerzas superiores, y otra y otra vez eludió su vigilancia. Esto era menos difícil, en tanto que el pueblo clamaba en todas partes por un libertador, y le fué fácil despertar su entusiasmo, pudiendo contar con seguridad con su cooperación en cualquier caso apurado. Aunque el pueblo sufrió mucho en distintas ocasiones por estas pruebas de su adhesión, nada pudo contener su patriotismo en los casos en que invocó su ayuda y su protección. Secundado por los pueblos, y contando con los recursos que le ofrecía su genio pronto y fecundo, y con un valor rayando á la temeridad, ocupó la atención de los realistas, y contribuyó eficazmente y en gran manera, á facilitar los triunfos sucesivos del ejército de los Andes.

El comandante Freyre y el intrépido Neira formaron también otra división en la parte del Sur, los cuales se apoderaron de Talca con una pequeña fuerza que levantaron en la provincia de la Concepción, compuesta en parte de hombres que habían abandonado sus casas, ya por edictos del capitán general, ó por el conocimiento de que en un período más ó menos lejano habían de ser sacrificados.

Contener los progresos de las armas españolas, en primer lugar; recobrar el terreno que habían perdido, en segundo; y finalmente, elevar á Chile al rango de un estado independiente, he aquí los objetos que motivaron la reunión de un ejército en Mendoza. El general San Martín que lo mandaba, lo dividió en dos brigadas que puso á las órdenes de los generales Soler y O'Higgins. El penoso y difícil paso de la maravillosa barrera de los Andes con que principió sus operaciones, queda anteriormente descrito.

El 7 de Febrero de 1817, el mayor D. Enrique Martínez,

© Ministerio de Cultura

que mandaba la vanguardia del ejército de los Andes, cayó sobre el piquete español de La Guardia, al cual causó bastante pérdida; y el 8, el teniente coronel Necochea batió con fuerzas inferiores un cuerpo de húsares realistas. Vencidas las primeras dificultades en los desfiladeros, donde á los obstáculos naturales habían añadido los realistas obras de campaña, que los hacían aún mucho más difíciles, al fin salieron los patriotas de las montañas, y entrando en el valle de Putuendo tomaron posesión de las ciudades de Aconcagua y Santa Rosa.

Los realistas tenían para la conservación y defensa de las provincias al Norte de Chile, una división á las órdenes del brigadier Maroto, compuesta de los regimientos de Talavera, Chiloe y Valdivia, dos escuadrones de húsares, uno de dragones y ocho piezas de artillería, formando en todo unos cuatro mil hombres; estas fuerzas estaban concentradas en las inmediaciones de Chacabuco, cuya cuesta elevada y de muy difícil acceso ocuparon los realistas con un fuerte destacamento que la defendía, enfilando el camino de Santa Rosa á Santiago.

Los dos ejércitos camparon á corta distancia uno de otro el 10 de Febrero. San Martín quería dilatar el ataque hasta la llegada de su artillería y reserva de caballos, que contaba se le uniría el 14; pero noticioso de que las fuerzas realistas destacadas al Sur contramarchaban rápidamente, se decidió á atacar en el acto. Con este objeto determinó desalojar la vanguardia española que ocupaba la cima de la cuesta de Chacabuco, y dispuso que avanzara el 12 de Febrero la brigada compuesta de los batallones números 7 y 8 y tres escuadrones de Granaderos á caballo. Mientras esta brigada ejecutaba su movimiento al frente, el general Soler con el batallón núm. 11, el de Cazadores y parte de la caballería, marchó oblicuando sobre su derecha como una media legua. Percibiendo el comandante español que podían cortarle la retirada, abandonó su posición, y continuando su marcha legua y media á retaguar-

© Ministerio de Cultura

dia, se incorporó al resto del ejército real que el brigadier Maroto había colocado á la falda de un cerrito con un barranco á su frente; posición ventajosa para rechazar los ataques por el camino real; pero defectuosa para resistir los de la división de Soler, cuyo movimiento ignoró el general español, hasta que era ya demasiado tarde para variar de posición. El general San Martín, que había seguido su movimiento de frente, se halló á tiro del enemigo, cuando Soler, por la vuelta que había dado, estaba aún á media legua de distancia. Conociendo muy bien San Martín las ventajas que ofrece el tomar la iniciativa con tropas nuevas y entusiastas, así como el inminente peligro de vacilar al frente de tropas disciplinadas, había resuelto á todo trance ser el agresor y atacar al enemigo cualquiera que fuese su posición. Así, pues, sin detenerse un punto, dispuso el ataque, el cual verificó el general O'Higgins á la cabeza de los dos batallones; pero sin buen éxito, y el batallón núm. 8 fué rechazado con gran pérdida. Entonces atacó San Martín, en persona, el ala derecha del enemigo con dos escuadrones; percibiendo la infantería este movimiento, renovó sus esfuerzos al mismo tiempo. En esta crítica situación y momento tan delicado, se presentaron á la vista las cabezas de las columnas de Soler, con sorpresa de los realistas, y su caballería llegó á tiempo para tomar parte en las últimas cargas que decidieron la victoria y produjeron los más felices resultados. Los españoles intentaron reunirse en un viñedo; pero fueron deshechos por una brillante carga conducida por Necochea, cuyo bizarro hermano fué gravemente herido. Seiscientos españoles quedaron muertos en el campo de batalla; el resto se dispersó y los patriotas entraron triunfantes en Santiago el 14 de Febrero. El 18, el Presidente de la Audiencia y capitán general, Marcó del Pont, y tres mil quinientos realistas, habían ya sido hechos prisioneros en diferentes puntos: quinientos escaparon embarcándose en Valparaíso para

© Ministerio de Cultura

Realistas — Cavalleria — Patriotas — Infanteria

1. Posicion de los patriotas al 10 y 11 ed Febrero
2. Id. ..... realistas id. ..... id .....
3. Movimiento de los patriotas al amanecer del 12
4. Batalla de Chacabuco.
5. Cavalleria mandado por Necochea.
6. Viña en que los realistas hizieron su ultimo pero vano esfuerzo.

Hacienda de Chacabuco

Posta

Cuesta de Chacabuco

BATALLA de CHACABUCO

Fevrero 12 de 1817.

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

Lima, y el resto que pudo salvarse se retiró á Talcahuano.

El capitán O'Brien, edecán del general San Martín, marchó con un destacamento de caballería en persecución de los fugitivos que huían hacia Valparaíso; hizo algunos prisioneros en la Cuesta del Prado, y entre el bagaje que cogió en aquel punto halló dos alforjas llenas de dinero, que contenían mil setecientas onzas, cuya cantidad envió al general San Martín, y éste mandó depositarla en la Tesorería. El bizarro y desinteresado O'Brien, recibió una carta de gracias del Gobierno Supremo por su conducta y proceder en aquella ocasión.

Los chilenos manifestaron su gratitud al general San Martín, nombrándole supremo director, y depositando su suerte en manos de su libertador; pero este general con generoso desprendimiento, renunció aquel encargo, y por su renuncia eligieron, como era justo, al valiente y benemérito O'Higgins.

El teniente coronel Las Heras recibió orden para perseguir á los realistas con una división; pero se detuvo en Rancagua, Talca y otras ciudades en su marcha, como si la grande obra de libertar el país se hubiese ya terminado en Chacabuco. Este retardo fué más bien el resultado de la inexperiencia de jefes nuevos engreídos por la victoria, que descuido en el cumplimiento de sus obligaciones; pero dió lugar á los realistas bajo el mando del prudente y discreto brigadier Ordóñez, para retirarse sin ser molestados, reunir las guarniciones que tenian esparcidas en el país, y fortificar á Talcahuano, en la bahía de la Concepción, en cuyo punto se establecieron.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en la provincia de la Concepción, ó más bien pocos días después de la victoria de Chacabuco, marchó á Buenos Aires el general San Martín para reclamar refuerzos que le permitieran extender sus operaciones al Perú; y manifestar al gobierno la imposibilidad de llevar á efecto sus órdenes,

© Ministerio de Cultura

de extraer en Chile, por medio de una contribución forzada, un millón de duros, así como lo impolítico de intentarlo.

Durante la ausencia de San Martín, el supremo director O'Higgins, salió de Santiago y tomó el mando de las fuerzas patriotas en la provincia de la Concepción. Mientras los patriotas sitiaban á Talcahuano formaron dos regimientos chilenos; y el sitio aún continuaba cuando llegó el supremo director.

Los atrincheramientos que los realistas levantaron en aquella ciudad eran formidables, si se consideran los débiles medios de ataque con que contaban los sitiadores. El foso por la parte de tierra de la ciudad tenía diez pies de profundidad y catorce de ancho, cubierto con un parapeto corrido, de trecho en trecho del cual había baterías pequeñas, pero de artillería gruesa. El 1.° de Diciembre de 1817, marcharon los patriotas atrevidamente al asalto, capitaneados por el bizarro Las Heras; se condujeron perfectamente, sufrieron infinito, pero fueron rechazados. En cuanto á los españoles, además de que se baten bien en las defensas de puestos fortificados, estaban mejor disciplinados que sus contrarios, de los cuales fueron muertos ó heridos la mayor parte de sus oficiales. Entre los últimos lo fueron el valiente mayor Correa, natural de Buenos Aires; el mayor Beauchef, francés; el capitán Díaz, chileno, y los tenientes Carson y Manning, norteamericanos. También murió el teniente Eldridge, joven sumamente bizarro, natural del mismo país que los dos anteriores. Aunque el asalto fué completamente rechazado, pudieran hacerse millares de elogios de los soldados patriotas, que manifestaron el más hermoso espíritu de unión, firmeza y arrojo. El general Brayer * que había merecido distinciones de Napoleón, y que había mandado una brigada de la guardia Imperial, se

* El general Brayer se separó del servicio de Chile en 1818.

© Ministerio de Cultura

reunió al ejército después de la batalla de Chacabuco, y fué empleado en el sitio en clase de jefe de Estado Mayor. Durante la ausencia de O'Higgins de Santiago, ocupó su puesto en el gobierno el coronel D. Hilarión de la Quintana, en clase de Supremo delegado, y fué después substituído por D. Luis Cruz.

En el mes de Abril, de regreso ya de Buenos Aires, estableció su cuartel general en Las Tablas el general San Martín, cerca de Valparaíso. Sus tropas ascendían á 5.000 hombres, que los formaban los cuerpos siguientes: el batallón de Cazadores de los Andes; el núm. 8 y el núm. 2 de Coquimbo; dos escuadrones de Granaderos á caballo, dos de Cazadores á caballo y veinte piezas de artillería.

La división del Sur á las órdenes del general O'Higgins, reducida entonces á cerca de tres mil hombres, se componía de los batallones núm. 1 y 3 de Chile; número 7 y 11 de Buenos Aires, dos escuadrones de Granaderos á caballo, un escuadrón de caballería de Chile y diez piezas de artillería.

En una de las revistas ó gran parada que hubo en Las Tablas, se halló presente el comodoro Bowles, que mandaba las fuerzas navales británicas en el crucero de la América del Sur; y manifestó su opinión de un modo sumamente favorable, sobre la instrucción y apariencia de las tropas, lo cual produjo grande satisfacción á los oficiales del ejército, que dieron entero crédito al juicio de un oficial inglés, respetado por todos en aquel país.

Se sabía que Pezuela, virrey del Perú, preparaba una expedición contra Chile, y á cada instante la esperaban en la costa; sin embargo, reinaba el mejor espíritu en todo el ejército independiente, y las tropas se hallaban en buen estado de disciplina.

Tal era el estado de las cosas y de los negocios, cuando llegó á Chile la persona que origina estas memorias.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO VI

Miller entra al servicio de Buenos Aires.—Viaje hacia Patagonia.—Pampas.—Usurpaciones de la República.—Chascomus.—Los dos Talos.—Prisioneros de guerra españoles. Las Bruscas.—Tigres.—Leones.—Emigración.—Gauchos. Avestruces.—Viscachas.—Zorrinos.—Venados.—Indios. Su destreza en montar á caballo.—Caballos.—Regreso á Buenos Aires.

Guillermo Miller nació en Wingham, en el condado de Kent, el 2 de Diciembre de 1795. Sirvió en el ejército inglés desde 1.° de Enero de 1811 hasta la paz de 1815. En Agosto de 1811 desembarcó en Lisboa, y se halló en los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián; en la batalla de Vitoria, y en el bloqueo de Bayona. En 1812, con licencia de sus jefes, hizo una excursión desde Badajoz á Sevilla, Cádiz y Gibraltar. No pudiendo volver por el camino de Sierra Morena, por un movimiento de interposición de los franceses, se embarcó en Cádiz en un barquichuelo con sus criados y caballos, para Algarve; pero el tiempo le arrojó á Lepe, cerca de la desembocadura del Guadiana. En Junio de 1814 salió de Burdeos y se embarcó en la Gironda en el navío de S. M. Británica el *Madagascar* para las islas Bermudas, desde donde continuó á Chesapeake y se reunió á la expedición contra Washington y Baltimore, en donde presenció la muerte del general Ross. El 27 de Noviembre del mismo año, se embarcó en Jamaica con las tropas inglesas destinadas á operar contra la Nueva Orleans. Después de su salida del Misisipí naufragó frente de Mobile; en

© Ministerio de Cultura

seguida se embarcó en la isla del Delfín para la Habana, y llegó á Inglaterra en el verano de 1815.

Los años de 1816 y 1817 los pasó casi enteramente en el continente europeo. Durante su residencia en él, tuvo la oportunidad de asociarse á una casa de comercio francesa; pero después de un pequeño ensayo abandonó la intención de adelantar su fortuna por aquel medio. Cuando regresó á Inglaterra se cansó pronto de una vida ociosa, y fijando su atención sobre el estado de la lucha entre la América española y la Metrópoli, después de una escrupulosa investigación, consideró que el Río de la Plata era el punto más á propósito á que podía dirigirse; puesto que pocos ó ningunos ingleses ansiosos de gloria militar habían marchado á aquel país, por cuya razón Mr. Miller lo prefirió á Colombia, cansada de aventureros de todas especies. Después de dedicar algunos meses al estudio de aquellos conocimientos militares de que carecía, se embarcó en las Dunas en Agosto de 1817, y desembarcó en Buenos Aires al siguiente mes de Septiembre.

Algunas cartas de recomendación le facilitaron el camino para obtener aquel buen recibo, que es tan agradable al aspirante que principia su carrera. A su llegada fué presentado por su excelente amigo Mr. Dickson al supremo director Pueyrredón, el cual después de enterado del objeto de su viaje, le indicó hiciera una exposición por escrito. Miller presentó una solicitud manifestando cómo y en dónde había servido, y suplicando se le emplease en el ejército de los Andes, que se hallaba entonces en Chile á las órdenes del general San Martín. Al mes de entregada su solicitud le confirieron el empleo de capitán efectivo. Entre tanto, la hospitalidad de sus paisanos y de algunas buenas familias de Buenos Aires, se había cambiado en amistad. Algunas proposiciones ventajosas de naturaleza lucrativa se le ofrecieron, y aunque él interiormente permanecía firme en su primera

© Ministerio de Cultura

resolución de alistarse en la causa de la libertad, no podía resolverse á dar una negativa á proposiciones tan ventajosas, y que tanto lisonjeaban sus intereses.

Mientras se hallaba en este estado de indecisión corroboró su primera resolución una señora inglesa, la cual después de una conversación preliminar le dijo: «Estoy persuadida que hay un deseo de inclinar á usted á que se consagre á la carrera del comercio; pero yo difiero en esta ocasión de las buenas intenciones que motivan ese consejo. Si yo fuese un hombre joven como usted, nunca abandonaría la carrera de la gloria por alcanzar riquezas.» A las cuarenta y ocho horas de esta conversación, se despidió Miller afectuosamente de la señora, de su marido (Mr. Mackinlay) y de su numerosa familia, de quienes había recibido las mayores atenciones durante su permanencia en Buenos Aires. Pero antes de referir el viaje á su destino, describiremos el que hizo en una dirección poco frecuentada hacia Patagonia.

El 28 de Octubre de 1817, á las diez de la mañana, marchó en compañía de cuatro caballeros de Buenos Aires, cuyo objeto era visitar sus estancias. Dos criados les acompañaban y asistían; veinte caballos llevaban consigo, y los que servían para remudar, iban delante como en recua: este es el modo general de hacer largas jornadas si no se viaja en posta. Los viajeros hicieron alto á medio día en la estancia de D. Francisco Masiel; y luego que se apearon les sirvieron inmediatamente leche y mate. El mate es la infusión de la hoja de una planta de la especie de la coscoja, que se cría en Paraguay, y su uso es universal en una gran parte de la América del Sur. Comúnmente es la primera cosa que toman por la mañana, y varias veces entre el día; le suelen añadir azúcar y corteza de limón para darle mejor gusto. Esta bebida la sirven generalmente en unas calabacitas pequeñas, y lo toman caliente con una bombilla ó pequeño tubo de plata. Era uso común hacer pasar el mismo

© Ministerio de Cultura

tubo de boca en boca, pero esta costumbre se va ya perdiendo. Los forasteros se queman frecuentemente los labios y se escaldan la lengua. En otros puntos, durante la excursión, presentaron al mismo tiempo huevos de avestruz, y de otros animales. El carnero de este país es malo, y el cerdo con motivo de alimentarse de los despojos de los bueyes y caballos, es malísimo. La iguana ó lagarto grande y el avestruz, los comen en algunos parajes. Al día siguiente, 29, continuó la comitiva su marcha veintitrés leguas por medio de una continuada llanura, cubierta de una excelente hierba, la cual crece á grupos mezclados parcialmente, de avena silvestre y de trébol. Los cardos crecen en abundancia y cuando el viento sacude la flor, las amontona algunas veces y forma pedazos ó mesetas verdes y agradables donde las acumula, que llegan á tener seis pies de diámetro. La vista general de las Pampas en todas direcciones, es llana, monótona y poco interesante.

Las estancias se hallan á una distancia considerable unas de otras. Los que viven á seis millas se consideran como vecinos de casas contiguas, y los que moran en un espacio de veinte millas, forman una sola vecindad. Para gentes que saben montar perfectamente y siempre tienen buenos caballos, ir á ver á sus amigos á veinte ó treinta millas no es cosa de más importancia, que en Europa hacer una visita. La vista del árbol llamado hombu es la indicación cierta de una habitación, pues en cualquier paraje donde construyen una choza, plantan uno de estos árboles. Este árbol es muy grande, pero sirve solo para señal y dar sombra *.

* Era tan escasa la leña al principio, y el ganado tan abundante que los carneros servían de combustible para los hornos de ladrillo. No nos atreveríamos á repetir este hecho, sin embargo de ser cierto, si no se hallase en el archivo de Buenos Aires un decreto del rey de España, prohibiendo esta bárbara costumbre.

© Ministerio de Cultura

Sin embargo, esta es la única clase de árbol, excepto los frutales, que crece en una extensión de cincuenta leguas al Sur de Buenos Aires. Las toradas, rebaños de carneros, piaras de caballos, asnos, mulas, un gran número de venados y nubes de pájaros se ofrecen continuamente á la vista del viajero.

Hace cien años, cuando las llanuras estaban cubiertas de ganados, los viajeros acostumbraban á enviar delante hombres á caballo para despejar el camino. Hallando los españoles que el tráfico de cueros * era sumamente lucrativo, emplearon cuadrillas de gente para matar ganado. Cada uno tenía asignada una ocupación diferente; unos bien montados atacaban á las toradas y con una media luna colocada á la extremidad de un palo largo desjarretaban las reses cuando principiaban á huir; otros las tumbaban por medio del lazo, y otros las cogían para degollarlas. Los restantes se ocupaban en desollarlas y conducir las pieles á un lugar designado, extenderlas y fijarlas con estacas en el suelo, y quitarles y llevar las lenguas y el sebo. La carne, que habría bastado para mantener un ejército numeroso en Europa, quedaba abandonada para que la devorasen los tigres, perros silvestres y los cuervos. En una expedición de esta clase, que generalmente duraba algunas semanas, la persona que la costeaba obtenía algunos millares de pieles; las cuales después de secas valían cada una cuatro veces más que un novillo, por el gasto que ocasiona matar el ganado y secar los cueros al sol. Esta costumbre de cazar y matar el ganado por espacio de cien años lo ha agotado

* Los cueros no solamente eran de mucho valor por el inmenso número que exportaban á Europa, sino también por el grande consumo que hay en la América del Sur. Cantidades increibles se emplean en la manufactura de lazos, en la sujeción de las casas, en las cercas y en los cobertizos para el ganado; en hacer cofres, y en sacas para conducir la hierba de Paraguay, tabaco, azúcar, trigo, algodón y otras mercancías.

© Ministerio de Cultura

en las llanuras, pues las toradas que se encuentran en el *día pertenecen á particulares.*

Raras veces se separa el ganado de sus pastos nativos, y es muy fácil evitar que se reúnan con los de otro dueño, con tal que los vaqueros tengan un poco de cuidado: cada propietario conoce sus ganados por medio de una marca particular que les hacen al tiempo de castrar. Los becerrillos los cogen con el lazo, los tumban en tierra, y los encornan mientras les hacen la operación. En el tiempo en que se ejecutan estas operaciones, se reúnen los vecinos turnando á la vez en diferentes haciendas, y lo celebran como una gran festividad, concluyendo los trabajos con francachelas y festines. La carne con cuero es el plato favorito cuando tienen estas funciones. En el acto en que matan el becerrillo le cortan los lomillos de los dos lados con bastante porción de cuero para envolverlos, y los cosen á fin de que la pringue no se derrame; después los cubren con rescoldo, y asan como si fueran una cebolla ó patata.

Los viajeros se alojaron á la noche en la estancia de don Miguel Rodríguez, situada á la orilla del lago Bitel, el cual abunda en lizas y pez el rey; unos y otros los llevan algunas veces al mercado de Buenos Aires. Las lluvias anteriores habían cubierto de agua una gran parte de la llanura, y era muy molesto atravesar los grandes charcos que las desigualdades del terreno habían formado, los cuales conservan el agua hasta que se evapora en la estación calurosa. Muchos de los charcos, por su tamaño, pudieran llamarse lagos. En razón á estas aguas abundan pastos frescos en las llanuras en todas las estaciones del año. Las estancias están generalmente fundadas sobre el margen de algún lago, ó á la orilla de algún manantial de agua; pero esta se encuentra haciendo pozos á muy poca profundidad.

El 30, los viajeros anduvieron tres leguas y media hasta Chascomus, en donde comieron temprano con el doc-

© Ministerio de Cultura

tor Campana. Chascomus es un lugar de miserable apariencia situado á la orilla de un lago de ocho leguas de circunferencia, el cual produce la misma clase de pescados que el Bitel. Su caserío se compone de ciento cincuenta chozas de barro, y su población de seiscientas á setecientas almas, sin contar doscientos hombres de milicias que estaban acantonados en él, para formar una línea de puestos todo alrededor de la frontera, por orden del gobierno de Buenos Aires. Esta medida era una usurpación directa sobre el territorio de los indios incivilizados, á los cuales habían arrojado al interior para que el territorio de la República tuviera límites más proporcionados. No es poco chocante el que las bayonetas de los criollos que expulsaron á los españoles, se emplearan sin escrúpulo en desalojar á los indios de aquella parte de territorio que á la República de Buenos Aires se le antojaba ocupar. Los de Buenos Aires tuvieron razón para quejarse de las opresiones que sufrieron; pero si los indios tuvieran los mismos medios de publicar sus quejas, un crecido catálogo de injusticias avergonzara á los nuevamente emancipados de la inconsecuencia de su conducta. Hace cincuenta años tenía Chascomus constantemente en sus inmediaciones algunos de los pueblos indios ambulantes, los cuales consistían en tiendas de cuero cosidos y sin curtir, que fijaban en pilares de madera atados ligeramente con tiras de cuero. Los indios que los ocupaban servían mucho tiempo de barrera, evitando que nadie sino ellos penetraran en el país hacia Patagonia. Chascomus está treinta leguas al Sur de Buenos Aires, y otras tantas al Norte de la frontera que los de Buenos Aires se han fijado; aunque sus puestos avanzados no se extienden tanto al Sur.

A las dos de la tarde se pusieron nuevamente en marcha los viajeros, y llegaron á las seis á casa de D. Antonio Servieta, natural de España, y cuya casa está inmediata al lago del Burro. En la jornada que hicieron

© Ministerio de Cultura

aquel día, tuvieron que vadear algunos parajes inundados, y más de una vez daba el agua á las cinchas de los caballos, por espacio de una milla.

El 30 de Octubre emprendieron su camino al amanecer, como de costumbre, y á medio día pasaron el río Salado en una barca, á doce leguas de su desembocadura. Los caballos cruzaron el río á nado detrás de la barca, pues el río tiene por aquella parte doscientas varas de ancho. El agua es salada, como el nombre lo denota, porque nace en un terreno salitroso, que es lo mismo que sucede con algunos arroyos que atraviesan las Pampas.

A las cinco de la tarde llegaron á Los dos Talos, y cenaron en una pulpería. Las otras únicas habitaciones que había en aquel lugar, eran tres cobertizos ocupados por treinta y ocho oficiales españoles hechos prisioneros de guerra en Montevideo en el año 1814. Estos oficiales salieron de Cádiz en 1813, habiendo servido durante la mayor parte de la guerra de la Península. Mr. Miller los visitó y tuvieron un gran placer en ver á un europeo; porque excepto algunos criollos ó indios, pocas veces veían ningún forastero. Aumentó el interés de esta visita la circunstancia de que Mr. Miller, cuando estuvo en España, había contraído relaciones con algunos amigos de los prisioneros; y, por consiguiente, celebraron aún más su llegada, pues ella les ofrecía la oportunidad de hablar de su país nativo y contar sus desgracias á una persona capaz de simpatizar con ellos.

El gobierno de Buenos Aires tenía á aquellos oficiales desgraciados sujetos á la simple ración de carne y sal. La poca caza que cogían era un extraordinario lujo; y el conseguir una taza de leche, un acto raro de caridad. En una extensión de cien millas, alrededor de Los dos Talos, no había más que veinte estancias, y éstas estaban ocupadas por los gauchos, cuya antipatía por los españoles es grandísima, y muchas veces consideraban á

© Ministerio de Cultura

estos desgraciados como el objeto de su venganza. Diez de los prisioneros, dirigidos por el mayor Livinia, desesperados de verse separados del mundo civilizado, habían desertado dos años antes. Creyendo aquellos infelices poder llegar así mejor á Chile, que entonces estaba por los realistas, se refugiaron entre los indios salvajes; pero al cabo de sufrir horribles privaciones, vagando sin dirección fija más de dos mil millas, y haber perecido siete de hambre y cansancio; los tres restantes, desconfiando de poder realizar sus deseos, se entregaron á un puesto avanzado de los patriotas, cerca del territorio de Pehuenche, prefiriendo sufrir su triste suerte de prisioneros á la vida que tenían que hacer entre los salvajes, cuyas maneras y costumbres, según las describía el mayor, eran en extremo desagradables. Este y sus otros compañeros fueron conducidos en carretas (pues la debilidad no les permitía andar) á su antigua morada, que distaba más de mil doscientas millas, llevando apenas ropa para cubrir sus carnes. El mayor aún estaba en un estado verdaderamente miserable; su rostro pálido, larga barba y asquerosa figura le hacían el cuadro verdadero de las desdichas. Este miserable estaba echado sobre una cama de palos cruzados y fijos por un lado á una pared de barro, y por el otro asegurada con otros clavados en el suelo; sobre estos palos no tenía más que tres mantas de paño tosco. Se le habían puesto malos los ojos, y para precaverle de la luz del día, habían colgado un saco viejo que servía de cortina. Un banquillo con tres pies, y de diez pulgadas de alto, cubierto de un andrajo de lana, era el único asiento para el enfermo, el cual se reclinaba contra la pared, cuya humedad precavía por medio de un pedazo de lona pegada sobre unos palos. Un tablón puesto de forma que sus extremidades apoyasen sobre los cuernos de dos cráneos de toro, servía de banco para el resto de sus compañeros. Algunos tenedores, cuchillos y cucharas de asta, una ó dos cafe-

© Ministerio de Cultura

teras, una sartén, una baqueta que servía de asador, dos parrillas, una fuente de barro y como una docena de tazas y platillos formaban el todo de sus utensilios domésticos. En la pared había colgadas algunas bolas y lazos, los cuales usaban pocas veces, porque sólo en algunas ocasiones les concedían el permiso de que uno ó dos á la vez montasen á caballo; este favor dependía enteramente del oficial de la guardia, el cual, perteneciendo á la milicia de los gauchos, creía que una indulgencia de esta especie era una falta que cometía. Algunos de los prisioneros tenían la barba crecida de años, pues según manifestaron, era el jabón artículo demasiado costoso para que pudiesen comprarlo. Si alguna sensación agradable puede experimentarse en la mansión del dolor, es únicamente haciendo olvidar por algunas horas á los que lo sufren, lo triste de su situación y sus infortunios.

El mayor recibió un pequeño regalo de té con más reconocimiento y gratitud que si en otras circunstancias le hubiesen hecho el más rico presente, y colocando su manta sobre el banco descrito anteriormente, suplicó á Mr. Miller lo ocupara. Este aceptó el obsequio con el mayor gusto, porque la noche era fresca y no era posible hallar techado en otra parte.

Un silencio imponente precedió á la separación del día siguiente. El mayor, demasiado débil para ponerse en pie, se sentó sobre su cama, y extendiendo sus brazos casi disecados, abrazó á Mr. Miller con un ardor que fácilmente puede concebirse. Sus otros desgraciados compañeros siguieron su ejemplo, y añadieron á sus abrazos las más fervorosas bendiciones. Esta despedida fué verdaderamente melancólica; los ojos de todos se humedecieron, y hasta los gauchos se enternecieron. Los viajeros continuaron su marcha en silencio, y no se hablaron una palabra hasta después de haber andado muchas millas. El mayor murió en el cautiverio, y el resto de sus compañeros, aprovechándose de las disen-

© Ministerio de Cultura

siones que ocurrieron entre las facciones de Buenos Aires en 1819, se dispersaron, y muchos escaparon á Montevideo, Talcahuano ó Potosí.

El depósito principal de los prisioneros de guerra estaba en Las Bruscas, distante tres leguas de Los dos Talos, en donde existían quinientos oficiales y sargentos: á los soldados les permitían colocarse de criados en las casas, ó de peones en los Estados de los criollos *.

En la tarde del 1.° de Noviembre, y al cabo de quince leguas de camino, llegaron los viajeros á Monsalvo, cuyo pueblo se compone de dos ó tres casas de barro. A las cuatro leguas de Los dos Talos entraron en el Monte de Tordillo, pedazo de terreno que contiene, y no muy espesos, una especie de árbol pequeño que usan para la construcción de las chozas, corrales de ganado y para quemar.

El Monte de Tordillo, por la parte que en el día se atraviesa tiene ocho leguas de ancho, y se extiende desde la costa del mar hasta Patagonia, en dirección al Sur-Oeste, y se halla infestado de tigres, que más propiamente pudieran llamarse leopardos. No son muy feroces, por la facilidad que tienen de conseguir sus presas en las llanuras, y no son iguales ni en tamaño ni en bravura á los tigres de Bengala. Corren muy velozmente, pero se cansan pronto. Entre los toros, carneros, mulas y asnos hacen un grande estrago. Muchos de ellos los cogen los indios y criollos con el lazo, para utilizar las pieles. Algunas veces también los cogen con trampas, del modo siguiente: ponen un tablón

* Entre los americanos del Sur que confinaron á Las Bruscas por su adhesión á la causa de la madre patria, lo fué el capitán Santa Cruz, el cual escapó al Perú en 1819, y sirvió otra vez con los realistas hasta 1820, cuando el general español O'Reilly fué derrotado en Pasco. De resultas de esta derrota se pasó Santa Cruz al servicio de los patriotas, con una partida realista. Bolívar le colocó á la cabeza del gobierno peruano en 1826.

© Ministerio de Cultura

ó caja grande, de madera, sostenida por cuatro ruedas, y conducidas por bueyes al lugar en donde han descubierto el rastro de los tigres; en el rincón más profundo de la caja colocan un pedazo de carne podrida para que sirva de cebo, y luego que el tigre la toca, cae la puerta de la trampa y queda encerrado. En seguida lo matan de un balazo ó con un arpón que introducen por entre las rendijas de los tablones. También hay algunos leones, pero muy poco parecidos á los de África en su figura, tamaño y complexión. Rara vez atacan á nadie, sino á los potros, terneras y carneros. El color de su piel es tostado, con manchas blanquinosas; la cabeza grande y redonda, los ojos centelleantes y la nariz chata.

En este día atravesaron los viajeros grandes inundaciones y algunos arroyos en que sus caballos tuvieron que nadar. Estos sitios quedan enteramente en seco en verano. En aquella mañana hablaron con algunos indios que iban á caza de venados, cuyas extrañas maneras y variada apariencia no dejaban de llamar la atención. Todos iban á caballo en pelo, muchos sin bridas ni nada que las sustituyera; las cabezas descubiertas y casi desnudos. Para esta especie de caza no usan los indios perros; corren tras de ellos hasta que llegan á treinta varas de distancia, y entonces, volteando las bolas * con la mano derecha por encima de la cabeza, las arrojan con tal destreza, que pocas veces yerran el golpe: generalmente enredan el animal por las piernas. Los venados los cazan para procurarse las pieles, que cambian con los gauchos por hierba de Paraguay, tabaco y galleta.

* Las bolas son tres piedras, ó, más comúnmente, tres bolas de plomo atadas á la extremidad de tres tiras de cuero de dos pies de largo y unidas por el centro, que forman tres aspas cuando se extienden. Una de las diversiones de los muchachos es coger corderos, perros, aves domésticas y avestruces pequeños domesticados con bolas de un tamaño proporcionado á sus fuerzas.

© Ministerio de Cultura

El 2 de Noviembre llegaron los viajeros á medio día á la estancia de D. Andrés Hidalgo, uno de los que salieron de Buenos Aires. Esta casa, construída de paredes de barro, está deliciosamente situada sobre una altura que domina el lago de Mariancul, distante ochenta leguas de Buenos Aires y quince de la costa del mar. La casa de Hidalgo fué el término del viaje.

El terreno por donde transitaron los viajeros parecía de excelente calidad, pero era conocidamente mejor el que hallaron los dos últimos días, en los cuales no vieron ni una sola piedra. Hasta un pie de profundidad, el suelo es de tierra negra molla; á esta capa la sigue otra de arcilla, luego se halla otra de arena y luego una especie de arenilla hasta que se encuentra agua. Algunos de los lagos depositan un lodo blanco, del que hacen uso como si fuese cal. Los viajeros anduvieron muchas leguas por medio de hierba, trébol y avena silvestre que llegaba á las cabezas de los caballos. No será extraño que los que quieran establecerse en aquellos países, penetren doscientas ó trescientas millas para fundar su casa de labor y heredades, donde podrían hallarse excelentes tierras con sólo una corta cantidad para obtener la escritura ó títulos de pertenencia, y construir un cercado de tierra que marcase los límites de su propiedad. Las razones que inducirán á ello son que las tierras son allí de mejor calidad que las de más valor en las inmediaciones de Buenos Aires, y que la propiedad está menos expuesta á depredaciones, porque las probabilidades de descubrirse los robos aumentan en proporción de la distancia del mercado, donde se venden los efectos robados.

Produce un sentimiento de tristeza involuntaria en el corazón de un inglés el contemplar aquellas fértiles regiones habitadas principalmente por fieras y aves, cuando en su propio país abundan pobres industriosos que desean trabajar y que se ven reducidos á la miseria por

© Ministerio de Cultura

falta de ocupación. Ningún hombre debe abandonar su país ínterin pueda encontrar en él un modo honrado de vivir, pero cuando llega á la alternativa de perecer ó robar, la emigración á terrenos proporcionados en aquellos fértiles países fuera para ellos, para su patria y para la América, una resolución favorable. El hombre sobrio é industrioso llegaría en pocos años á gozar de una propiedad decente en tierras y ganados, aunque hubiese llevado muy poco dinero, y muchas producciones en el día casi desconocidas, se dieran en abundancia. En la parte de las Pampas á que se hace relación no se siembra trigo, y la pereza de los habitantes en este punto es tal, que prefieren vivir con sólo carne y sal, un poco de mate y el cigarro, más bien que dedicarse al trabajo de cultivar la tierra. Los gauchos miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si los comparamos con los goces que se disfrutan en Europa, pero si trabajasen tres días á la semana, tendrían el trigo y los vegetales en tanta abundancia como ahora tienen la carne. Aquel axioma, que la pereza es la madre de todos los vicios, no puede aplicarse al interior de las Pampas. En Europa, un pobre perezoso tiene que recurrir á medios ilegales para conseguir su sustento; pero en las Pampas es tan abundante la carne, que nunca se da ni se recibe como un favor. Un forastero que entra en una casa cualquiera, está seguro de ser bien recibido y de que le traten como si fuese uno de la familia. Se saludan cortésmente, pero ni le hacen, ni debe esperar que le hagan ninguna invitación; el hacerla fuera infringir las costumbres de aquel país.

Los gauchos son generalmente de bastante estatura, y se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mujeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras, tienen buen humor y son obsequiosos, pero al mismo tiempo tan altivos, que si alguien les levanta la

© Ministerio de Cultura

mano bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo para vengar la afrenta.

Desde tiempo inmemorial han gozado los gauchos de un grado tal de libertad individual, desconocido quizá en los demás pueblos del mundo. Esparcidos á largas distancias sobre llanuras inmensas, apenas percibían las trabas de una magistratura local, y se oponían abiertamente á la autoridad del virrey, siempre que intentaban coartarles su libertad. En un estado tan atrasado de civilización, conservaban más rasgos nobles del carácter español en el tiempo de la grandeza de la monarquía, que se encuentran en la madre patria ó en cualquiera otro punto de sus antiguas colonias. Herederos de la sobriedad de sus mayores, y teniendo en abundancia más de lo preciso para llenar sus necesidades, pasan sus días en festiva holganza, ó vagan por sus inmensos campos en busca de ocupaciones ó placeres. De esto resulta que la deshonestidad es rara y los robos desconocidos.

Es cierto que se han cometido robos y asesinatos durante el período de las cuestiones civiles, pero los perpetradores de ellos eran desertores del ejército, y pocas veces ó nunca gauchos ó naturales de las Pampas. Desde el Alto Perú y Chile, era costumbre conducir en tiempos determinados conductas de oro y plata á Buenos Aires sin escolta á cargo de un solo conductor y sin el menor riesgo. Terminada la guerra civil que ofrecía algunos peligros extraordinarios, ha vuelto á ponerse en práctica esta costumbre desde 1825.

Es una opinión generalmente reconocida que los países montañosos producen gentes animadas de un espíritu libre, y dotadas de valor suficiente para conservar su libertad, al paso que los habitantes de las llanuras se consideran más dispuestos para sufrir las cadenas del despotismo. Pero este principio deberá invertirse si comparamos al gaucho errante, que siempre gozó su independencia individual, con el humilde montañés del

© Ministerio de Cultura

Perú, tratado infinitamente peor que se trata á los esclavos negros en cualquier parte del mundo. De esto resulta, que las instituciones políticas tienen algunas veces más influencia en el carácter de los habitantes de un país, que puede atribuirse á las montañas ó llanuras.

La hacienda de D. Andrés Hidalgo tenía tres habitaciones: la principal era un cuarto de cuarenta y dos pies de largo y quince de ancho, sin chimenea ni ventanas, y el todo estaba construído de paredes de caña, cubiertas por dentro y por fuera de arcilla. Las pocas vigas que formaban los apoyos, las habían traído del Monte del Tordillo, distante diez y ocho leguas, y estaban sujetas con tiras de cuero como en todas las casas de las Pampas, pues no se conocen en ellas los clavos; las puertas las hacen comúnmente con pieles de toro extendidas en marcos de madera. D. Andrés poseía el terreno que había querido elegir para mantener tres mil doscientas cabezas de ganado vacuno y trescientos caballos. Esta posesión se consideraba como un establecimiento pequeño, y lo habían formado el año anterior. Algunas estancias tenían veinte mil cabezas de ganado vacuno y caballos, asnos y mulas en proporción. Un peón ó vaquero tiene á su cuidado mil cabezas de ganado, y su obligación es contarlas por mañana y tarde y hacer volver á la piara las que se descarrían.

En un día claro puede distinguirse con la simple vista desde la casa de Hidalgo la elevada cumbre de Sierra Volcán, que se halla á veinte leguas al Sur. Bien quisieron los viajeros dirigirse hacia aquel punto, pero no eran entonces transitables los caminos, ni lo habrían sido hasta que los arroyos menguasen para poderlos vadear.

El gobierno de Buenos Aires quería quitar á los indios otra parte de terreno de las Pampas que dejase la Sierra dentro de sus límites ó frontera, y puede muy bien inferirse que estas intenciones procedían de motivos tan plausibles como los del emperador D. Pedro, que,

© Ministerio de Cultura

bajo pretextos de redondear su territorio, quiso unir la Banda oriental al Imperio del Brasil. Si las testas coronadas desean engrandecerse, las repúblicas no les difieren tanto como quieren hacer creer, si la ocasión se presenta. Los puestos avanzados de Buenos Aires se hallaban entonces á doce leguas al Sur de la estancia de Hidalgo, la cual así como dos ó tres estados aún más avanzados, estaban por consiguiente expuestos á las visitas y algunas veces á las rapiñas de los indios, cuyas barracas ó toldos de cueros colocan con frecuencia á menos de cuatro leguas de distancia y dentro de la línea de los puestos avanzados.

D. Andrés festejó por espacio de seis días á sus compañeros de viaje; durante ellos se divirtieron en cazar venados, en correr á los avestruces, en tirar á las ánades silvestres, á las palomas y á las codornices, las cuales abundaban infinito. Las perdices eran tan mansas ó más bien tan torpes, que el modo usual de matarlas es á palos. Un hombre á caballo mató de esta manera una porción en cinco minutos; abundan tanto en todas partes, que en el mercado de Buenos Aires se venden muchas veces á menos de peseta la docena.

Los avestruces producen mucho interés á los que atraviesan las Pampas; algunas veces se ven á bandadas de veinte ó treinta, aleando con gallardía por las suaves undulaciones de la llanura á medio tiro de pistola unos de otros, como si estuvieran en guerrilla. Sus pollos se domestican fácilmente, y toman pronto cariño á los que los cuidan, pero son muy incómodos, porque cuando son grandes corren por los alrededores de la casa y se tragan las monedas, alfileres y todo pedacillo de metal que pueden atrapar. En su estado silvestre se alimentan de simientes, hierbas é insectos; su carne es bermejiza, y si son pollitos no tiene mal gusto. Ponen una gran porción de huevos en el mismo nido, el cual cubren con hierba seca. Algunas particularidades que re-

© Ministerio de Cultura

fieren de ellos, les exonerará del título que disfrutan, de ser el ave más estúpida de cuantas se conocen. Por ejemplo: la hembra cuenta los huevos todos los días. Esto se ha probado haciendo la experiencia de quitar un huevo ó añadir otro, y en uno ú otro caso los rompen todos con los pies. Aunque no procura parajes ocultos al elegir el sitio para su nido, lo abandona si alguien ha puesto la mano en él. También dicen que dejan caer unos cuantos huevos á treinta varas del nido y rompen las cáscaras, para que cuando los pollitos salgan ya estén llenos de gusanos, y cubiertos de insectos que les sirvan de primer alimento. Dicen que el macho toma á su cuidado el dirigir á los pollos, y que da más importancia á la autoridad paternal que á los favores de su compañera. Si se encuentran dos machos con sus familias, riñen por la supremacía de ambas, y por esta razón un avestruz tiene muchas veces bajo su tutela pollos de diferentes edades.

Al correr á los avestruces hay mucho peligro en que los caballos metan un pie dentro de los agujeros que hacen las viscachas. Este animal es una especie media entre gato y conejo, pero mayor que uno y otro. En las llanuras y particularmente en las colinas, forman minas con tanta destreza, que no las penetra el agua en las inundaciones, las dividen en varias separaciones, y muchas familias habitan generalmente en un mismo lugar. Tienen abiertos en la superficie de la tierra muchos agujeros que conducen á la cueva, en los cuales se sientan una porción de ellos al ponerse el sol, escuchando con cuidado si se acerca alguien, y miran con mucha atención á los que pasan á alguna distancia. Si todo está tranquilo salen á buscar comida, y hacen grande estrago si están cerca de sembrados, porque jamás comen hierba si pueden hallar trigo ó maíz. Para cazarlos introducen por fuerza agua en sus viviendas subterráneas, y cuando salen los matan; su carne no tiene

© Ministerio de Cultura

mal gusto. Un lechuzo pequeño se ve generalmente á la entrada de la mina, como si estuviera de centinela.

El zorrino es un animal muy común en las llanuras; en tamaño es igual á un conejo pequeño, y es de color de castaña con dos listas blancas á los lados. Su figura es gallarda, pero echa un olor intolerable, y á cuantos pasan arroja, sin nunca errar, un licor tan pestilente, que si le cae á algún perro aulla y se restriega contra el suelo como si se hubiese quemado; este licor brilla por la noche como el fósforo. Aunque este animal es pequeño y débil, puede considerarse el terror de las Pampas, pues lo temen los leones, tigres y cuantos seres existen, incluso el hombre. El que quiere cogerlo para lograr su hermosa piel, lo agarra por la cola y lo levanta con la cabeza hacia abajo para que no pueda ofenderle, pues de este modo pierde el uso de los músculos que le dan fuerza para arrojar su pestífera defensa.

En las llanuras hacia el Sur de Buenos Aires se ven muy pocos conejos, pero los hay en más abundancia en las provincias limítrofes al Perú. Hay muchos corzos, pero pocos venados rojos excepto en las cercanías de las orillas de los grandes ríos.

Los viajeros comieron un día con D. José Pita, uno de los compañeros que formaban la partida que salió de Buenos Aires, y cuya estancia estaba á cuatro leguas de la de Hidalgo, y era la más avanzada en la dirección meridional. Allí se encontraron paseando á un cacique, con sus mujeres, sus hijos y unos cuantos de comitiva; algunos hablaban un poco el español, y parecían ser de una raza superior á la de los indios de Creek, que emplearon los ingleses contra la Nueva Orleans. Tenían pintadas las caras con sangre de caballo y llevaban plumas. Su tez natural es de color de cobre, pelo largo, lacio y de un negro reluciente. Los hombres miran á las mujeres como seres de inferior naturaleza, y por consiguiente las tratan con indiferencia.

© Ministerio de Cultura

El trato con los indígenas debe producir grandes ganancias, porque una piel de tigre que valía ocho duros en Buenos Aires, la compraron en el camino por veinticinco reales. Por dos reales y medio empleados en té del Paraguay, dieron seis pieles de viscacha que podían venderse en Buenos Aires por quince reales.

Los viajeros dedicaron un día á visitar un pueblo ó campamento indio, con los cuales era D. Andrés muy popular. Estos indios, como todos los demás, tienen la costumbre inveterada de pedir cuanto ven y se les antoja de lo que llevan los extranjeros: pañuelos de bolsillo, guantes, látigos, cortaplumas, lapiceros y los botones de metal se los quitaron de las manos. Todos tomaron un pueril antojo con el capote con pieles de Mr. Miller, y con sentimiento muy marcado se convinieron á no quitárselo de los hombros. Una gorra de camino la pudieron preservar casi con la misma dificultad; pero sin embargo de verse privados de aquello á que creían tener derecho, al fin se separaron del modo más amistoso.

Como no nos sujetamos á un orden estricto cronológico, algunas observaciones de los períodos siguientes, se han introducido en ellos porque son propias para ilustrar acerca de las costumbres de los gauchos.

Entre otras cosas que hacen para divertir á los huéspedes, la destreza en montar á caballo es la ostentación favorita de un estanciero. Este dispone traigan unos cuantos potros sin domar y que los metan en el corral, que es un círculo cerrado de fuertes estacas clavadas en el suelo y atadas unas á otras con tiras de cuero: algunas veces son de tapias de tierra ó de piedra. Colocan una barra á una altura proporcionada en la única entrada que tiene el corral, la cual es tan estrecha que no cabe más que un caballo á la vez. Un peón se pone encima abierto de piernas y se deja caer perpendicularmente sobre el lomo de uno de los potros que pasan á galope por debajo, y se sostiene en pelo sin silla ni brida, asegu-

© Ministerio de Cultura

rando sus largas espuelas contra la barriga del potro, el cual principia á hacer corcobos, á dar coces, levantarse de manos, dar brincos, saltos de carnero y hacer cuantos esfuerzos puede para tirar al jinete, hasta que asustado y rendido se deja manejar perfectamente. Si el peón desea desmontar antes que el caballo esté cansado, arma una especie de zancadilla poniendo las espuelas entre los brazuelos del potro, le aprieta debajo del pecho, y poniéndose derecho cae el caballo á sus pies sin hacerse daño. Luego enseñan á los potros con facilidad, pero no los amaestran bien, porque generalmente les endurecen mucho la boca. En Chile y en el Perú se conoce mejor el arte de la equitación.

Los caballos de las llanuras de Buenos Aires, tienen generalmente de siete á ocho palmos de altura, son de mucho hueso y muy veloces. Aunque su alimento es sólo el pasto, andan distancias casi increíbles. Treinta y cinco leguas en catorce ó quince horas, no es una jornada extraordinaria para un caballo. La igualdad del terreno y sin piedras y la comodidad de andar sin herraduras, no dejan de contribuir para que puedan hacer largas jornadas con facilidad. Los caballos de las llanuras están expuestos á las picadas de los mosquitos, á los grandes calores, á las lluvias, á las escarchas del invierno cuando el viento del sur sopla muy frío, y todo contribuye á hacerlos más fuertes; mientras que la libertad que gozan corriendo arriba y abajo por los campos, metiéndose en arroyos y grandes charcos cuando quieren, unido á los efectos vigorosos del aire puro que disfrutan, les hace menos propensos á las enfermedades, que los caballos de Europa encerrados en caballerizas calientes y mal sanas padecen, y donde la dureza de los caminos sujeta los cascos á los tormentos del herrador.

Las yeguas no las usaban para silla, hasta que algunos ingleses, á pesar de la burla que les hacían los naturales del país, introdujeron la costumbre; sin embargo,

© Ministerio de Cultura

no es aún general. Nunca cortaban las colas á los caballos, pero los ingleses han introducido también esa moda cruel.

Los caballos, mulas y ganados criados en algunas partes elevadas de las Pampas que abundan en piedras ó rocas, como en las inmediaciones de Córdoba, son preferidos y se venden á más precio que los que se crían en los parajes que tienen un suelo blando y arcilloso.

Los gauchos pueden obligar más á un caballo que un europeo. Un inglés, acostumbrado á montar á caballo desde su infancia, asegura que cuando no podía hacer andar sino á paso á un caballo ya cansado, lo cambiaba por el postillón gaucho, y éste lo sacaba al galope inmediatamente. El caballo del postillón en manos del europeo se volvía tan pesado como el otro, y cambiando los mismos caballos volvía á suceder lo propio. Parece que tienen el arte de hacerlos trabajar hasta que mueren, y como los caballos ordinarios son de poco precio, su pérdida y las crueldades que usan con ellos, son cosas para un gaucho de poca consideración.

Los gauchos miran con una especie de compasivo desprecio al hombre tímido á caballo ó que tiene poca destreza en manejarlo. Sus dichos á los que llegan de Europa son tan graciosos, que hacen reir á cuantos los oyen, y la mofa que hacen de los forasteros que no saben obligar un caballo que se repropia, es mayor que la que hace *John Bull* de los países que no disfrutan sus conveniencias. Cuando Miller fué desde Buenos Aires á Chile, el segundo postillón preguntó al primero con mucho ahinco al cambiar de caballos, qué clase de hombre era aquel joven que traía; el primero se encogió de hombros y contestó: «no sabe nada, ni pitar siquiera». Esto lo decía, porque no había querido aceptar un cigarro que le ofreció en el camino.

El 10 de Noviembre salieron los viajeros ya de regreso para Buenos Aires, y llegaron al obscurecer del segun-

© Ministerio de Cultura

do día al lago Ligonel, donde comieron mal y donde los mosquitos les incomodaron tanto que no les dejaron dormir. Al levantar las mantas por la mañana, encontraron un gran número de ranas, que se habían metido debajo de ellas durante la noche.

El 12 del mismo mes repasaron el río Salado. El 13 salieron tarde de Chascomus, porque sus caballos estaban sumamente cansados. Al llegar á la estancia de D. Miguel Rodríguez, éste prestó dos de sus mejores caballos á Mr. Miller para acabar la jornada, aunque no le había visto sino una vez al pasar cuando salieron de Buenos Aires. A la noche hicieron alto en la casa de un estanciero que tenía un molino, cuya tosca máquina movía una mula.

El 14 de Noviembre llegaron los viajeros á Buenos Aires, habiendo andado cerca de mil millas en nueve días, sin contar los seis que se detuvieron en la estancia de D. Andrés Hidalgo.

© Ministerio de Cultura

CAPITULO VII

Viaje á Mendoza.—Andes.—Chile.--Caminos.—El ejército en Las Tablas.—Comidas.—Artillería.— Nombramientos. Rapidez en los movimientos.—Marcha.—Puente colgado. Quechereguas.—Cancharayada.—Consternación en la capital.—Rodríguez.—Maipo.—El «Lautaro».—Bloqueo de Valparaiso.—La «Esmeralda».

El capitán Miller salió de Buenos Aires el 6 de Enero de 1818, habiendo recibido del gobierno el pasaporte correspondiente y cincuenta duros como paga de marcha. Para correr la posta tomó un caballo para sí, otro para el equipaje y otro para el postillón, los cuales relevaban en cada parada. El pasaporte era una especie de autorización para pagar en recibos, que debían liquidarse después por la tesorería, á razón de un cuarto de real por legua por cada caballo, debiéndose pagar la mitad en dinero contante en caso de no ir en comisión del servicio. Los militares pagan en el día en dinero, y la misma cantidad que pagan los demás. Las casas de postas están situadas desde cuatro hasta siete y ocho leguas unas de otras. El postillón no pide nada, pero recibe muy contento el obsequio ó agujetas de medio real; esta costumbre no es general, y por lo tanto nunca lo reclaman. Aunque los que viajan en posta por las Pampas experimentan retardos con frecuencia al cambiar caballos, cuarenta ó cincuenta leguas es la jornada ordinaria. Para el uso de los viajeros hay en cada casa de postas otra casa separada, reducida á una sala ó cuarto grande, por el uso del cual no se paga nada. Pero el

© Ministerio de Cultura

clima es tan hermoso, que es preferible cuando no llueve echarse en una piel de becerro al aire libre y cubierto con las mantillas de la silla, capa ó poncho, que dormir bajo techado; la silla del caballo sirve de cabecera. Los que se han criado en el lujo y la abundancia, puede que miren con desprecio desdeñoso la relación de estas costumbres humildes y no crean los placeres que producen. Tales gentes no tienen una idea del gusto con que un fatigado caminante mira el pobre lecho donde un sueño profundo y delicioso le proporciona el descanso, hasta que el rocío de la mañana le despierta repuesto de su fatiga y dispuesto á continuar su viaje. Tampoco pueden concebir el ansia con que el viajero se apea á la noche en la casa de postas que señala por término de las fatigas del día, ni el apetito con que sazona la frugal, pero saludable cena que le presentan y el gusto con que gozando del aire fresco de la noche, oye la armonía del tosco son del guitarrillo con el simple cantar y la conversación de los gauchos reunidos por la llegada del forastero. Estos placeres los conocen únicamente aquellos que se contentan y satisfacen con las cosas tales cuales las encuentran. Las personas de gusto delicado y genio descontentadizo, dispuestas á poner faltas á todo, que todo lo hallan malo y que creen que la romántica variedad de los objetos no compensa las fatigas y la privación de sus comodidades ordinarias, hallarían á cada paso un motivo de queja y consuelo únicamente lamentando sus miserias.

Al cabo de una marcha de trescientas leguas, llegó el capitán Miller á Mendoza al noveno día de su salida de Buenos Aires. Mendoza es una ciudad grande, situada en un llano espacioso y bien cultivado al pie de los Andes, y la cual es la capital de la provincia de Cuyo. Lo más notable que hay en ella es una alameda de grande extensión y hermosura, formada por cuatro calles de álamos de extraordinaria altura y regularidad. La acli-

© Ministerio de Cultura

matación de este árbol en aquella parte del mundo emprendida por un español, merece que se haga mención de ella, pues honra los sentimientos liberales de los patriotas. Después de varios experimentos, al fin hallaron que el álamo crecía gallarda y lozanamente al lado de las acequias que sirven para regar los campos cultivados. A los diez años de haberse plantado por primera vez este árbol, ya había más de medio millón. Cuando principió la revolución, el digno español que había introducido aquel cultivo, fué exceptuado por un decreto especial de los ataques y persecuciones de sus paisanos, libre del pago de contribuciones, y declarado bajo la protección del gobierno.

Los habitantes de Mendoza son de maneras suaves, y tienen una sencilla naturalidad eminentemente republicana. Ninguno tiene mucho dinero, aunque poseen grandes estados, pero es muy raro hallar quien no tenga lo necesario. En Mendoza abundan los licores y están muy baratos, y sin embargo son raros los grandes crímenes. De setenta y dos criminales juzgados en un año, sólo tres eran cuyanos ó naturales de la provincia.

En el campo se visitan con frecuencia y particularmente los domingos. Los buenos caballos acortan las distancias y se reunen grandes partidas en las casas de campo, donde el jugar á juegos de prendas, bailar y cantar forman parte de sus divertimientos. Algunas veces una señora con el traje de montar, y tal vez con su látigo en la mano y caballeros diversamente vestidos, bailan un minué á la luz del día con infinita gracia en medio del campo. El vals es también muy común en estas alegres y divertidas reuniones, pero el calor hace que el minué sea más común.

Las paperas es una enfermedad muy común en Mendoza, y más aún en el pueblo grande y populoso de San Vicente, á una legua de distancia, pero no la acompaña la idiotez ó embotamiento de la sensibilidad inte-

© Ministerio de Cultura

lectual, como sucede en algunos cantones de la Suiza.

El capitán Miller atravesó los Andes por Uspalata, y en tres días y medio llegó á Santiago, que dista ochenta leguas de Mendoza.

Es imposible dar una idea exacta de la solitaria grandeza de estas inmensas montañas, cuyas cúspides se pierden en el firmamento. Las fatigosas y casi interminables subidas y bajadas que siguen el curso de profundos torrentes que á veces se pierden de vista, y el ruido sordo que desde lo hondo se oye constantemente, dan un carácter de soledad imponente á aquellos sitios, no común en cordilleras de montañas, donde se hallan de tiempo en tiempo algunos parajes habitados. En la cordillera es un placer hasta encontrarse con *guanacos*, cuya vista animada y penetrante se asemeja á la del gamo, y también consuela ver remontarse al cóndor, que parece inmóvil y fijo en la bóveda celeste. En algunas de las mesetas más elevadas es muy difícil atravesar la nieve, pues se disuelve de tal modo que deja la superficie como campos de pilones de azúcar. Algunas veces se hunden las mulas hasta las cinchas, y vencen estos obstáculos con grande dificultad. El ruido extraño que producen las ráfagas de viento, cuyo eco lúgubre repiten los valles, suena al oído del guía tímido y espantadizo como si fueran tristes gemidos, y relata en seguida cuentos interminables de los viajeros que perecieron en aquellos sitios, y cuyas almas cree están errando aún en torno de sus insepultos cadáveres. También animan y divierten la jornada con cuentos de brujas y de diablos que han oído decir andan por los montes.

Al llegar á Chile cambia la escena de lo sublime á lo hermoso. En todos los puntos donde hay agua, la fertilidad es incomparablemente mayor que la de ningún otro país del mundo. La fruta solía estar tan barata, que era costumbre comprar una carga por un real. Una de las consecuencias de la revolución ha sido encarecer-

© Ministerio de Cultura

se las producciones agrícolas, y en la actualidad hacen pagar un duro por la misma cantidad. En 1818, el pan que bastara para comer seis hombres en un día, costaba un real. En un ventorrillo que hay en el camino real, se comía un pollo y legumbres á discreción, por solo un real y medio.

El capitán Miller atravesó las alturas de Chacabuco, y llegó el 24 de Enero de 1818 á Santiago, cuya ciudad es la capital de Chile. Esta capital ocupa cerca de cuatro millas cuadradas, aunque su población no excede de cuarenta mil almas. Las casas tienen un solo piso, y están cubiertas con tejas. Las principales residencias tienen zaguanes grandes. El frente delantero de las casas lo construyen algunas veces para tiendas que no tienen comunicación con el interior.

Por medio de acequias conducen el agua del río Mapocho, las cuales corren por las calles principales y suministran agua á otras más pequeñas que surten las casas y limpian las inmundicias. El agua de otras acequias la emplean en regar los campos, y en todas partes donde alcanza el riego, toma el país un aspecto delicioso, pero á donde no llega, los campos se agostan y parecen estériles, excepto en la estación de las lluvias.

El lado del Norte de la plaza mayor de Santiago lo forma el palacio del director, edificio hermoso, y en el cual está también la cárcel pública. La catedral aún sin concluir, y el palacio episcopal de una apariencia mezquina, forman el lado Oeste. La casa de la moneda, edificio muy hermoso, está situada en una parte retirada de la ciudad. La alameda, el tajamar ó malecón, que sirve de barrera contra las inundaciones del Mapocho, y en una palabra, todas las obras grandes y de utilidad pública fueron proyectadas y ejecutadas por el capitán general O'Higgins, padre del último supremo director. El camino que hizo construir desde Santiago á Valparaíso es el Simplón del Nuevo Mundo. Este hombre respeta-

© Ministerio de Cultura

ble, siendo virrey del Perú, proyectó y ejecutó grandes é importantes obras en Lima.

En la mañana del 26 de Enero salió el capitán Miller de Santiago, y después de andar veinticinco leguas, llegó á la división del ejército campada en Las Tablas, cerca de Valparaíso; oficiales y soldados se hallaban bien alojados. El campamento se extendía más de una legua y estaba interceptado por barrancos que habían formado las aguas que caían de las montañas, y que en la estación lluviosa corren por el hondo de pequeños vallecillos. Con objeto de tener agua inmediata, se situaron los diferentes cuerpos en las orillas del río, á cerca de una milla de distancia unos de otros, y según lo permitían las quebradas de la llanura. Cada cuerpo tenía seis ú ocho tiendas de campaña para uso de las guardias, y en las marchas servían de almacenes.

El capitán Miller participó su llegada al general San Martín, cuyo cuartel general estaba en la hacienda de Dorego, tres ó cuatro leguas distante de Las Tablas, y este general le destinó al regimiento de artillería de Buenos Aires. El teniente coronel Plaza que lo mandaba, sin ofrecerle sentarse, envió una ordenanza para enseñarle una tienda de campaña que estaba desocupada, pero como su equipaje no había llegado, se echó en el suelo y durmió profundamente hasta la mañana siguiente en que fueron á visitarle los oficiales de su regimiento, cuya política expresiva le hizo olvidar la impresión desventajosa que le había causado el frío recibimiento del teniente coronel. Cada clase del regimiento tenía mesa separada, y Miller aceptó con mucho gusto la de los capitanes.

Entre ellos estaba el español D. Francisco Díaz, que había servido en la marina. Este oficial tenía conocimientos profundos matemáticos, sabía la fortificación, hablaba inglés con facilidad, conocía bien la literatura francesa y era de un carácter sumamente sociable. Su

© Ministerio de Cultura

esposa, natural de Montevideo, había acompañado á su marido en todas sus campañas y sufrido las mayores privaciones y fatigas con inalterable alegría. Esta amable señora era miembro honorario de la mesa.

D. Juan Apóstol Martínez, también capitán del regimiento, que siendo muy joven se distinguió en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, era un oficial muy bizarro y muy buen compañero, pero de un carácter raro y original. No podía ver á los españoles, ni jamás quiso nombrar al capitán Díaz por otro nombre que el de Gallego Díaz, hasta que se batieron en duelo tres veces, en las cuales ambos fueron heridos, y al fin produjo el tácito convenio, de que D. Juan Apóstol nunca daría á Díaz en su presencia el epíteto de Gallego.

Acostumbraba D. Juan Apóstol en las marchas á burlarse y dar chascos á los curas, si eran españoles ó pertenecían al partido realista. En una ocasión, fingiendo hallarse enfermo peligrosamente con grandes quejidos y mil apariencias que hacían creer cierta su dolencia, envió á buscar un fraile para confesar los tremendos pecados que decía haber cometido. Cuando ya se había atraído toda la atención del confesor, concluyó refiriéndole un sueño supuesto, en el cual decía, que una vez había echado á puntapiés á un cura de su casa, «y ahora (dijo repentinamente) vais á ver prácticamente cómo se verificó el sueño del Apóstol Juan», y diciendo y haciendo puso al fraile como nuevo. Más de un reverendo llevó por días y días las señales del anti-apostólico pie de Juan. Por estas y otras burlas no menos pesadas, fué varias veces arrestado, pero como siempre las dirigía contra frailes desacreditados y era en lo demás muy estimado, volvía á salir en libertad con una ligera amonestación.

Beltrán, de quien se ha hecho mención en el paso de los Andes desde Mendoza, como encargado de conducir la artillería, era en aquella época capitán del regimiento, y nombrado para dirigir la maestranza, á la cual esta-

© Ministerio de Cultura

ban destinados también cincuenta obreros. La revolución le halló en la celda de un convento, pero á la voz de la patria tiró la cogulla, abrazó el servicio militar y se hizo un oficial activo, inteligente y útil *.

El capitán Giroust, que había sido educado en la escuela politécnica de París, y luego paje de Gerónimo Bonaparte, era también oficial del regimiento, pero se hallaba destacado en Valparaíso †, á las órdenes del mayor de ingenieros Arcos ††.

El ayudante Talmayancu era un indio araucano, que había criado y educado un misionero; era rechoncho y cuadrado, de color cetrino y cutis resplandeciente; el vivo movimiento de sus ojos redondos, pequeños y centelleantes, indicaba lo festivo y jovial de su carácter, y daban algunas veces á su rostro una expresión en todo parecida á la luna llena. Este oficial era muy aficiona-

* Este oficial sirvió después con distinción todas las campañas de Chile y del Perú. Concluída la guerra, se retiró á Buenos Aires é hizo dimisión del empleo de teniente coronel, que había ganado con tanto honor y crédito, y se quedó de clérigo. Con sentimiento debe añadirse, que este hombre verdaderamente benemérito, murió en 1827, olvidado del gobierno y en la pobreza.

† El capitán Giroust fué hecho prisionero por los realistas en el Perú. Después se ha casado con una señora de aquel país, y habiendo hecho dimisión de su empleo, se halla establecido en Lima.

†† Arcos, natural de Andalucía, sirvió en el Estado Mayor del mariscal Jourdan en la batalla de Vitoria. Obligado á separarse del ejército patriota después de la retirada de Cancharayada, se hizo asentista. Poco antes de la caída de O'Higgins y su ministro Rodríguez Aldea, tuvo Arcos que huir precipitadamente de Chile, pero no antes de haberse granjeado una fortuna considerable, la cual ha aumentado después en Europa. Actualmente vive en París con el lujo y ostentación de un príncipe, al mismo tiempo que conserva la mezquindad de un avaro judío. Su preciosa esposa, chilena sumamente apreciable, hace un chocante contraste á la extraña mezcla de avaricia y orgullo de su marido.

© Ministerio de Cultura

do á dar alarmas falsas en el campamento, contestando por la noche al quién vive de los centinelas, como si los enemigos se hallasen inmediatos. Miller entró de guardia al día siguiente de su llegada, y Talmayancu intentó divertirse á costa del recién llegado, pero un oficial conoció su voz, fué descubierto y sufrió un corto arresto.

Entre los oficiales del cuerpo había algunos jóvenes excelentes, y todos eran sumamente amables. La mayor parte tocaban la guitarra ó cantaban, y reinaba la mejor armonía entre todos.

La clase de vida que hacían era simple, pero provechosa. La benignidad del clima permitía dormir y vivir al raso, excepto las horas del gran calor del día. El mate servido por un inválido cojo que tenían con este objeto, lo llevaban de barraca en barraca antes de levantarse, y un almuerzo fuerte se servía á las nueve. La hora de comer era entre dos y tres, y la comida ordinaria se componía de una excelente sopa, carne asada, que la servían en el asador, que era un palo ó una baqueta, aves, verduras y frutas en abundancia. Los precios en la plaza ó mercado del campamento, eran cinco reales el par de aves; verduras para seis ú ocho personas, seis cuartos; manzanas y peras, cinco reales la fanega; sandías, dos cuartos cada una, y el pan y otros artículos en la misma proporción.

Las raciones, que consistían en carne, sal y algunas veces verdura para el total del regimiento, que constaba de cuatrocientos ochenta hombres, costaban al gobierno menos de mil duros al mes. El soldado tenía cuatro duros mensuales, y le retenían la mitad para pago de raciones, etc., etc. El sueldo neto de un capitán de artillería era sesenta y cinco duros al mes.

El mate se servía á la tarde en rueda al ponerse el sol, y después la cena á los que la querían.

En Las Tablas se experimenta en las veinticuatro horas repentinos cambios de temperatura. El termómetro

© Ministerio de Cultura

de Fahrenheit estará á los 85° al mediodía, y al ponerse el sol se mueve una brisa que hace bajar el mercurio á 65°. Antes que este cambio se verifique, se ven levantarse hacia el Océano nubes espesas que elevándose perpendicularmente, corren veloces en busca de las cúspides de los Andes que las atraen y dividen. Quizá no se vea en ningún otro país ponerse el sol con más pompa y hermosura. Mucho tiempo después de cubierto en el ocaso, lanza aún sus rayos sobre las cumbres del muro poderoso de la cordillera, y matiza graciosa y majestuosamente las nubes que han dividido, las cuales realzan la perspectiva á un grado de esplendor absolutamente inconcebible.

El Cuerpo de artillería de Buenos Aires constaba de diez cañones de á seis, un obús y cuatro compañías de ciento veinte hombres cada una. La primera compañía estaba encargada de las piezas; cada pieza la arrastraban cuatro caballos, y cada caballo montado por un artillero, pues no había compañías del tren. Un sargento y siete artilleros montados estaban destinados al servicio de cada pieza, además de los cuatro conductores. El carro y avantrén se diferencian poco del de los ingleses, excepto que usan lanza en vez de varas. Los caballos se enganchan al carruaje con tirantes de cuero, que por un extremo están atados á una anilla que hay en la cincha y cae debajo de las gualdrapas de la silla, y el otro extremo se ata del mismo modo á otra anilla que hay en la punta de la lanza. Los tirantes de los caballos de cuartas no se diferencian de los de tronco, sino en que son más largos. Las cinchas de las sillas son de cuatro pulgadas de ancho, y de trenzas hechas de tiras de cuero. A cada extremo hay una anilla de hierro, por la cual se ata la cincha á la silla con lazadas de cuero, y á una de estas anillas es donde está asegurado el tirante de cuero. Hebillas, colleras, guruperas y pretal, no están en uso. Cada artillero es capaz de componer ó hacer de

© Ministerio de Cultura

nuevo un arnés, puesto que el único instrumento que necesitan es una navaja con punta, y por material un pedazo de cuero. El arnés de lazos, si es que puede llamársele así, reune las ventajas de fuerza y sencillez, y carece de muchos inconvenientes que tienen otros más agradables á la vista. Para precaver las ruedas de los efectos del sol, cubren los rayos y las pinas liándolas tiras de cuero mojado de una pulgada de ancho, y como las correas se encogen, á proporción que se van secando, esto las da también más fuerza y consistencia. Aun la parte que cubre el calce dura mucho tiempo en los caminos carreteros de la América del Sur, y cuando se gasta las renuevan inmediatamente. Esta especie de forro entorpece algo el movimiento de las ruedas, y por consiguiente cortan las tiras y las desnudan cuando van á una acción.

Cada artillero de la primera compañía llevaba un machete; los de la segunda hacían el servicio como caballería, y estaban armados con sables y pistolas, y la tercera y cuarta tenían fusiles y hacían el servicio de infantería. Sin embargo, todos aprendían el ejercicio de artillería, caballería é infantería, y como todos eran buenos jinetes, no resultaba ninguna confusión ó dificultad en el uso mezclado de estas armas, pues no había ninguno que no fuese capaz de saltar sobre un potro cerril y manejarlo, y todos estaban acostumbrados á hacer uso del lazo.

Mas de seiscientos caballos estaban agregados á la artillería; cuando necesitaban algunos se ponían los artilleros en círculo, y cada uno echaba el lazo y cogía infaliblemente por la cabeza al caballo á que lo dirigía. Los ensillaban en seguida, los enganchaban á los carruajes, y todo estaba hecho y el regimiento formado en menos de doce minutos. Todos los movimientos los ejecutaban con una prontitud y precisión maravillosa, y el ejercicio de cañón no se diferencia del sistema que se sigue en Europa.

© Ministerio de Cultura

Si en la marcha caía ó se inutilizaba algún caballo, uno de los artilleros del servicio de la pieza se adelantaba á ocupar su lugar, sin detener la marcha en lo más mínimo para verificar el cambio. Algunos centenares de caballos de respeto seguían siempre á retaguardia, para reemplazar las bajas que pudieran ocurrir.

La artillería de la América del Sur puede hacer diariamente cincuenta ó sesenta millas sucesivamente por espacio de muchos días. En un apuro podría marchar desde Mendoza hasta Buenos Aires atravesando el llano de las Pampas, á razón de noventa millas al día, suponiendo siempre un número suficiente de caballos de respeto, para remudar cada dos ó tres leguas de llevar las piezas á galope.

Los carruajes no tienen planchuelas para sujetar las ruedas en las bajadas, y para suplir esta falta, atan dos artilleros uno de los extremos de sus lazos á las volanderas, y el otro á las cinchas de la silla, y embridando el caballo logran el objeto que produce la planchuela.

Al subir montañas, atravesar un río, pasar tierras blandas y movedizas ó en los malos caminos, enganchan más caballos á las volanderas, sin que por esto detengan la marcha ni un momento.

Oir á un oficial criollo comparar su caballería con la mejor de Europa, no puede menos de hacer reir al europeo recién llegado, que halla á primera vista absurda la comparación, pero cuando se ha acostumbrado á ver el poncho y la apariencia desaliñada de los soldados y los ha visto batirse, conoce pronto que no hay caballería en Europa que pueda lidiar una campaña contra los lanceros gauchos, en el territorio de la América del Sur.

La apariencia de las tropas en el tiempo á que se hace relación, no era muy á propósito para producir una favorable impresión en el alma del observador superficial. La vista de un centinela sin corbatín, y puede ser desabrochada la casaca, era un espectáculo extraño al que

© Ministerio de Cultura

tenía la costumbre de ver soldados bien vestidos. Sin embargo, el ejército de los Andes estaba en buen pie, y aunque el vestuario de la tropa no era vistoso, estaba bien armada, tenía bastante buena disciplina y mucho entusiasmo. Canciones nacionales é himnos á la libertad cantados al son de la guitarra, se oían todas las noches hasta muy tarde por todo el campamento.

Ocho ó diez días después de su llegada á Las Tablas, fué el capitán Miller á ver el puerto de Valparaíso y entregar una carta de introducción que el capitán de la marina inglesa Mr. Sharpe había tenido la bondad de darle en Buenos Aires para el comodoro Bowles. Cuando llegó á la meseta que se eleva detrás y casi pegado á Valparaíso, se le presentó de repente el vasto Océano Pacífico. El sol brillaba sobre su inmensa y tranquila superficie, y todo concurría á producir una sorpresa interesante; ella renovó los sentimientos que en la niñez le había excitado la lectura de aquella parte de la conquista de Méjico, que pinta á Balboa, dejando sus compañeros y avanzando solo á la cumbre de una montaña en el istmo de Panamá, desde donde por la vez primera vió el grande y majestuoso mar del Sur. Con un sentimiento de curiosidad agradable, continuó Miller por la orilla de la meseta, y descendió de ella por el camino á zig-zag que conduce al Almendral, especie de barrio ó arrabal de Valparaíso. Al llegar al puerto, pasó á bordo de la fragata de S. M. Británica *Amphion*, donde fué recibido del modo más cordial por el comodoro Bowles, y comió con él y con el capitán Biddle de la *Ontario*, corbeta de los Estados Unidos, y otras personas que le acompañaban.

La llegada de España á Lima del primer batallón del regimiento de Burgos, un escuadrón de lanceros del Rey y una compañía de artillería volante, facilitó los medios á Pezuela de equipar una expedición destinada á la reconquista de Chile. El general Osorio, hijo político del

© Ministerio de Cultura

virrey, dió á la vela desde el puerto del Callao, el 9 de Diciembre de 1817, y desembarcó en Talcahuano con tres regimientos de infantería, uno de caballería y doce piezas de artillería, cuyo total ascendía á tres mil seiscientos hombres. A estas fuerzas se unió la guarnición de Talcahuano á las órdenes de Ordóñez, y algunos reclutas que había extraído Sánchez de la provincia de la Concepción.

Habiendo aumentado Osorio sus fuerzas á seis mil hombres efectivos, avanzó hacia la capital de Chile. Antes de este movimiento ya O'Higgins y Las Heras se habían replegado hacia Talca. La división que estaba en Las Tablas á las órdenes del general San Martín, marchó á unirse con O'Higgins, para salir al encuentro y ofrecer batalla al general Osorio.

El primer pequeño incidente que ocurrió fué el paso del río Maypo, seis leguas al Sur de Santiago. El Maypo es un torrente que sale de una de las gargantas de los Andes, y su único puente está construído de un modo que puede llamarse de cables de cuero: tiene doscientos cincuenta pies de largo, y de ancho únicamente lo necesario para que pase un carruaje. La construcción de este puente es por los principios de los colgados ó suspendidos, y hecho en paraje cuyas orillas son tan elevadas, que ofrecen apoyos ó pilares naturales. Su figura es casi la de un arco invertido, y como construído de materiales elásticos, tiene mucho movimiento al atravesarlo. La infantería lo pasó en una ocasión sin la menor dificultad, y hasta la caballería lo verificó sin accidente alguno, pasando pocos á la vez y llevando los caballos del diestro, pero cuando llegó la artillería, principiaron las dudas de si podría ó no verificarlo. Con objeto de ver desfilar sus tropas y presenciar el paso del río, se había colocado el general en una alturita desde donde podía verlo todo, y al nacer estas dificultades, tuvo una especie de consulta con los jefes del ramo é in-

© Ministerio de Cultura

teligentes, sobre la posibilidad del paso de la artillería; en las dudas se ofreció el capitán Miller á conducir el primer cañón. Este hizo quitar el avantrén al cañón, y engancharon prolongas á las volanderas para impedir que bajara con demasiada violencia. La cola del cañón que llevaban para delante la sostenían dos artilleros, pero á pesar de esta precaución se balanceaba tanto el puente de un lado á otro, y el carruaje tomó tal velocidad, que los dos artilleros que lo sostenían, ayudados por el capitán Miller, perdieron el equilibrio y el cañón se disparó. La cureña se enredó en la balaustrada de cuero, y esto impidió el que cayera el cañón al río, pero el piso del puente adquirió una inclinación casi perpendicular, de forma que cuantos estaban en él tuvieron que agarrarse á algo para quedar colgando y no precipitarse en el torrente, que corría á sesenta pies de profundidad. Por algún tiempo nadie se atrevió á dar auxilio á la partida cuyos individuos estaban colgando, temerosos de que el puente se hundiese del todo, y que antes que pudieran socorrerlos cayesen todos en el abismo que tenían debajo. Pero como no cedió ninguno de los apoyos del puente, se disminuyó poco á poco el susto y la inquietud, y se aventuraron dos ó tres hombres á entrar en el puente á darles asistencia. Desmontaron con gran dificultad el cañón y la cureña, y lo condujeron todo en piezas separadas á la otra orilla. El resto de la artillería fué á pasar el río por un vado, cuatro ó cinco leguas más abajo. El capitán Miller no perdió nada de su buen crédito por este accidente y haber intentado pasar el cañón, antes al contrario, le hizo conocer como un hombre que sabía despreciar su vida, al mismo tiempo que atrajo sobre sí la vista de su general al principio de su carrera.

El 15 de Marzo se reunió el general San Martín con el supremo director O'Higgins y el coronel Las Heras en San Fernando. El ejército patriota constaba de siete

© Ministerio de Cultura

mil hombres de infantería, mil quinientos caballos, treinta piezas de campaña y dos obuses.

Desconociendo el número y los movimientos de las tropas enemigas, pasó el ejército realista el río Maule, y marchaba á Santiago, cuando se encontraron el 18 las vanguardias de ambos ejércitos en Quechereguas; en la acción que se siguió á su encuentro, fué batida la vanguardia realista. Asegurado Osorio de la superioridad de los patriotas, contramarchó inmediatamente con notable precipitación. El general San Martín oblicuó sobre su izquierda para situarse entre los realistas y el vado del Maule. Los dos ejércitos pasaron el río Lircay al mismo tiempo, á distancia de cuatro millas uno de otro, en la mañana del 19, y continuaron marchando cinco leguas en una dirección casi paralela en campo abierto, y la cual aproximaba insensiblemente las columnas. Los patriotas avanzaron en el mejor orden y con la mayor regularidad. Los españoles apresuraron su marcha con alguna confusión, y llegaron primero á la ciudad de Talca, al frente de la cual tomaron posición entre unos cercados una hora antes de ponerse el sol. La columna de los patriotas se aproximó, y mientras desplegaba en la llanura de Cancharayada, se trabaron algunas fuertes escaramuzas. Un regimiento de caballería de Chile cargó, pero habiendo cometido el error de salir al galope á demasiada distancia del enemigo, que se hallaba formado detrás de un barranco sin ser percibido, fué rechazado; pero se retiró en buen orden, protegido por la artillería chilena á las órdenes del teniente coronel Blanco Cicerón, la cual estaba perfectamente servida. En esta acción murió el teniente Gerrard, joven bizarro escocés, que se había distinguido el día anterior en Quechereguas. Este oficial había servido anteriormente en los rifles ingleses.

El general San Martín se proponía atacar en la mañana del 20; la situación del ejército realista se había he-

© Ministerio de Cultura

cho muy crítica, puesto que el discreto y acertado movimiento del general San Martín en el día anterior, dejaba poca esperanza á los realistas para arriesgarse á dar batalla, mientras que la retirada hacia el difícil vado de Maule, distante aún cinco leguas á la vista de un ejército superior, exponía al suyo á una total ruina. En este conflicto, se dice que el incapaz Osorio se retiró á una iglesia de Talca y empleó el tiempo en hacer oración á la Virgen, mientras que el general Ordóñez, su segundo en el mando, y el coronel Baeza se preparaban para atacar. Disgustados de la pusilanimidad de su jefe, se encargaron de formar el plan y dirigir la acción. En consecuencia de esta resolución, dos ó tres regimientos españoles cayeron repentinamente en columna, favorecidos de la obscuridad de la noche, sobre los patriotas, en el momento mismo que algunos batallones y la artillería de Buenos Aires, pasaban de la izquierda á la derecha de la línea. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierto, fueron dispersados ó hechos prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin dirección, y en seguida se apoderó de ella un pánico terror; habiendo sido herido el general O'Higgins en aquel momento, todos huyeron en una confusión espantosa, excepto el ala derecha.

Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Así, pues, el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente.

Se ha dado el nombre de sorpresa á esta acción, pero realmente no lo fué, pues aunque es cierto se había permitido sentar á los soldados patriotas, era sin separarse de la formación y sin dejarles hacer pabellones de armas. El ataque fué inesperado, pero los patriotas no dejaban de estar preparados para recibirlo, y pudieron fácilmente haberlo rechazado. El efecto que produce un

© Ministerio de Cultura

ataque en la obscuridad de la noche en el ánimo de tropas bisoñas, es bastante por sí sólo para originar una derrota completa, sin que sea necesario inculpar á los generales que las mandaban. Ni tampoco les era posible contener los efectos del terror pánico que apoderándose de algunos en el primer momento, corrió velozmente por las filas, el cual aumentaba la obscuridad, que hacía ineficaces todas las medidas de los jefes.

Los tres mil hombres de infantería que mandaba el coronel Las Heras en el ala derecha, participaron también del desorden general, pero no á tanto extremo, y la presencia de espíritu y bizarría de aquel jefe alcanzó mantener los dos tercios de su gente reunida, y bajo un vivo fuego del enemigo, juntó y formó la mayor parte de la que restaba antes de abandonar su posición. Al valor de este jefe y á su prudente conducta, debe Chile estarle eternamente agradecida. Las Heras se retiró en excelente orden con su división y con la artillería chilena al mando del teniente coronel Blanco Cicerón.

El capitán Miller tuvo la buena fortuna y ánimo bastante para salvar dos piezas de artillería de Buenos Aires. El alférez de su mismo Cuerpo, Moreno, permaneció con él; joven aún de diez y seis años, se condujo con un heroísmo ejemplar, animando y estimulando á los artilleros, y manteniendo reunidos algunos soldados de infantería, hasta que habiendo sido gravemente herido, tuvo Miller que mandarle á retaguardia con uno de los cañones que no podían ya servir, por haber muerto ó estar heridos la mayor parte de los artilleros. En medio de la confusión principiaron los patriotas del ala derecha á hacer fuego sobre la única pieza de campaña que quedaba en posición, en cuyo caso la envió también á retaguardia. Entonces, y convencido que ya no podía hacer más, se unió al coronel Las Heras é hizo de ayudante suyo durante su difícil retirada.

El teniente D. Juan de Larrain, joven apreciable y de

© Ministerio de Cultura

muchas esperanzas, de edad de diez y nueve años, fué atravesado de un balazo por el corazón cuando estaba reuniendo un batallón disperso al lado del general San Martín, de quien era ayudante de campo. Este joven era hijo de D. Martín de Larrain, cuya familia es una de las más ricas y principales de Chile. El Juan era uno de los veintisiete hijos que tuvo D. Martín de su único matrimonio, y de los cuales vivían veintidós. Su figura prevenía infinito á su favor, y todos le apreciaban tanto por sus cualidades personales y amabilidad, como por su ardor militar y noble patriotismo, que manifestó en su corta pero gloriosa carrera *.

El general San Martín hizo alto en San Fernando hasta la llegada del coronel Las Heras, y después de pasar revista á la división siguió á la capital.

Algunos de los fugitivos, que desde el lugar del combate anduvieron ochenta leguas en veintiséis horas, esparcieron en Santiago la noticia de la derrota en la mañana del 21. En tales casos los hechos se desfiguran y el terror los aumenta; así, pues, creyeron en la capital que no habían quedado reunidos cincuenta patriotas, y que debían esperar en ella á Osorio de un momento á otro. El recuerdo de la tiranía y crueldad que este general había ejercido en otra ocasión, dió motivo á tristes presentimientos, que se aumentaron con la noticia de que iban con él los compañeros del infame Sambruno. La capital se convirtió en una escena de confusión y de espanto, que no es posible describir. Las gentes, despavoridas, corrían á esconder en los conventos lo que tenían de más precioso; otros, cargados de efectos, iban á

* Muchos jóvenes de distinción tomaron las armas en defensa de la patria, pero muchos otros que pudieron y debieron imitar su ejemplo, prefirieron ocupaciones más tranquilas y menos peligrosas. Sin embargo, no dejan éstos de ser en el día los primeros y más importunos pretendientes, para empleos honoríficos y lucrativos.

© Ministerio de Cultura

depositarlos en las casas de sus amigos, que tenían ó suponían tener relaciones con los realistas, para precaverlos en caso de un saqueo parcial. Aún ofrecía espectáculo más lastimero grupos de mujeres que buscaban temerosas é impacientes, ya al esposo, al hijo, al hermano ó al amante, y que al no ver llegar al objeto que le era tan querido, prorrumpían en llanto y alaridos, creyéndolo perdido para siempre. No pocas de estas desgraciadas cayeron sin sentido en medio de las calles, mientras que la desesperación parecía apoderarse de los demás. Muchos de los habitantes huyeron, mal provistos de los medios necesarios para atravesar la nevada cordillera de los Andes, al paso que los que se veían obligados á permanecer, parecían absolutamente frenéticos en sus palabras y sus acciones. D. Luis Cruz, que era delegado supremo, no tuvo presencia de ánimo bastante, y todos los ramos de la administración pública cayeron en el desorden más espantoso; en fin, no había cosa que no indicase una disolución inmediata y absoluta, hasta que el valiente Rodríguez se puso á la cabeza de los negocios y restableció en parte el orden; obligó á volver á Santiago á los funcionarios públicos que habían huido con la tesorería; contuvo la emigración, señaló cuarteles para los fugitivos, levantó gente y juró é hizo jurar pública y solemnemente no abandonar su país, cualquiera que fuesen las circunstancias. Excitado el espíritu público con estas medidas, muchos valientes imitaron su ejemplo, y un rayo de esperanza empezó á tranquilizar los espíritus. La llegada de O'Higgins y San Martín aumentó la confianza que Rodríguez * había principiado

* Este bizarro, amable y esclarecido patriota, fué preso algunos meses después, por sospechas de haber tramado una conspiración para trastornar el gobierno. El oficial de la escolta perteneciente al regimiento de Buenos Aires, que conducía á Rodríguez á Quillota, le asesinó bárbaramente, pretextando que había intentado escaparse.

© Ministerio de Cultura

á inspirar, y adoptaron providencias vigorosas para defender las llanuras de Maypo.

En vez de continuar los realistas persiguiendo á los patriotas en la dirección de Santiago, como parecía regular, retrocedieron en la noche del 19, sin haber adelantado más de una milla ó dos y se ocuparon en saquear el bagaje que encontraron en la posición que tenían los patriotas, y en seguida regresaron á Talca. El tímido Osorio, que no supo aprovecharse de las inesperadas ventajas obtenidas por su segundo y el coronel Baeza, dirigió su marcha con tal lentitud hacia el Norte, que no llegó al alcance de los patriotas, sino al cabo de diez y siete días. Este precioso intervalo lo aprovecharon activamente el supremo director y el general San Martín reuniendo los fugitivos y reorganizando el ejército campado á dos leguas de la capital, y cuyo número puede computarse á 6.500 hombres, inclusos 1.000 de milicias.

En la mañana del 5 de Abril de 1818, se avistó á seis millas de distancia al ejército realista, que compuesto de 6.000 hombres avanzaba por el camino del vado de Maypo á Santiago. San Martín hizo un movimiento á una ó dos millas sobre su derecha, para conservar su comunicación con Valparaíso.

A las once de la mañana desplegaron los realistas casi paralelamente á los patriotas, y en seguida principió un vivo fuego de cañón por ambas partes. Poco después atacaron dos batallones patriotas la derecha de los españoles, pero fueron rechazados con pérdida considerable. Dos batallones españoles avanzaron en columna, pero en el momento en que estaban desplegando los atacó y batió la reserva patriota mandada por el valiente general D. H. de la Quintana, que sostenido por los dos batallones que habían sido rechazados, se colocó entre la línea española y su reserva, situada á retaguardia del centro de ella. Al mismo tiempo, algunas cargas de la

© Ministerio de Cultura

caballería patriota, dirigidas contra el ala izquierda de los españoles, produjeron efecto, y en menos de una hora de acción abandonaron éstos cuantos puntos ocupaban. El bizarro Ordóñez reunió alguna gente y sostuvo un desesperado aunque inútil combate en la hacienda de Espejo, una legua á retaguardia. Osorio y unos cien hombres con él habían huído ya, y con gran dificultad pudieron llegar á Talcahuano por caminos desusados y á campo través. Dos mil realistas perecieron en la acción, y tres mil quinientos fueron hechos prisioneros. La actividad del celoso capitán D. Juan Apóstol Martínez y el teniente Olavarría, que con una partida operaron sobre la retaguardia del enemigo, produjo grandes efectos, y juntos con los patriotas que seguían á Rodríguez contribuyeron á hacer completa la victoria. Los patriotas perdieron más de 1.000 hombres entre muertos y heridos; entre los primeros lo fueron el valiente teniente coronel Bueras y el teniente D. Juan Gana, joven emprendedor y atrevido.

Suspensos y silenciosos durante el combate, temblaban los habitantes de la capital por la suerte que les cabría, y rogaban al Todopoderoso les librara del azote que les amenazaba, bendiciendo los esfuerzos de sus valientes defensores; pero á la noticia feliz de la victoria, la alegría reemplazó á la zozobra y se entregaron de tal manera á la sensación agradable que aquel acontecimiento les produjo, que todos parecían fuera de sí. Ya se abrazaban unos á otros, ya reían ó lloraban y gritaban como insensatos; algunos perdieron materialmente el juicio, y uno ó dos no lo recobraron jamás; otro cayó en la calle de repente y murió en el acto. La noticia de la victoria llegó á una gran porción de fugitivos, principalmente señoras, en el puerto elevado de Uspallata; y tal fué su alegría y su sorpresa, que no sabían si marchar á Mendoza ó volver á Santiago. Muchos estaban tan abatidos y cansados, que se quedaron en la montaña

© Ministerio de Cultura

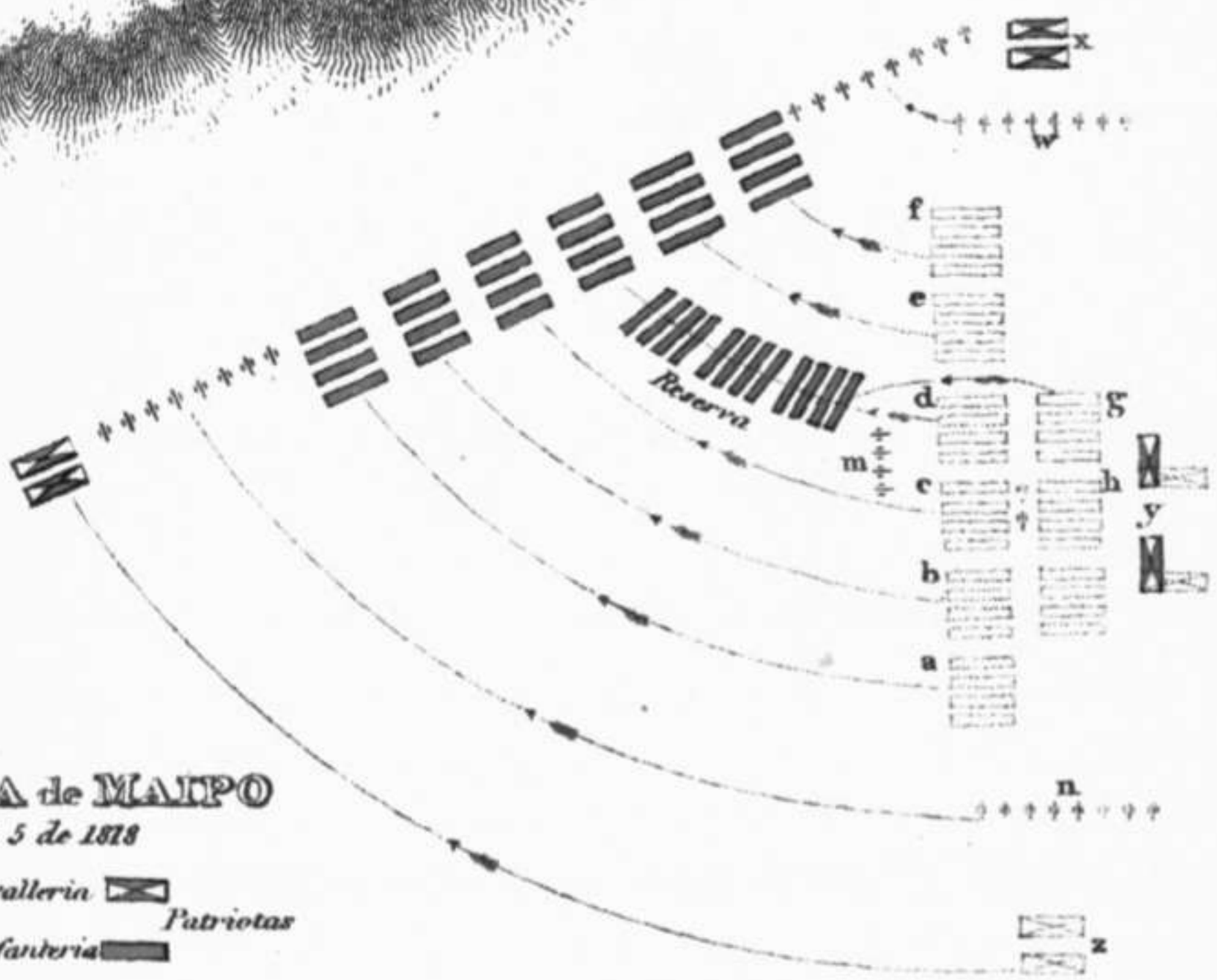
Camino de Espejo à Santiago

Camino q.e tomaron los Realistas

Reserva

Camino à Valparaiso

a N.o 1 de los Andes
b N.o 3 Id.
c N.o 2 de Chile
d Infantes de la Patria
e Batallon de Coquimbo
f N.o 11 de los Andes
g N.o 1 Id.
h N.o 1 de Chile
m Artilleria de los Andes
n Id. de Burgoyne
w Id. de Blanco
x Granaderos à caballo
y Lanzeros
z Cazadores à caballo



BATALLA de MAIPO

Abril 5 de 1818

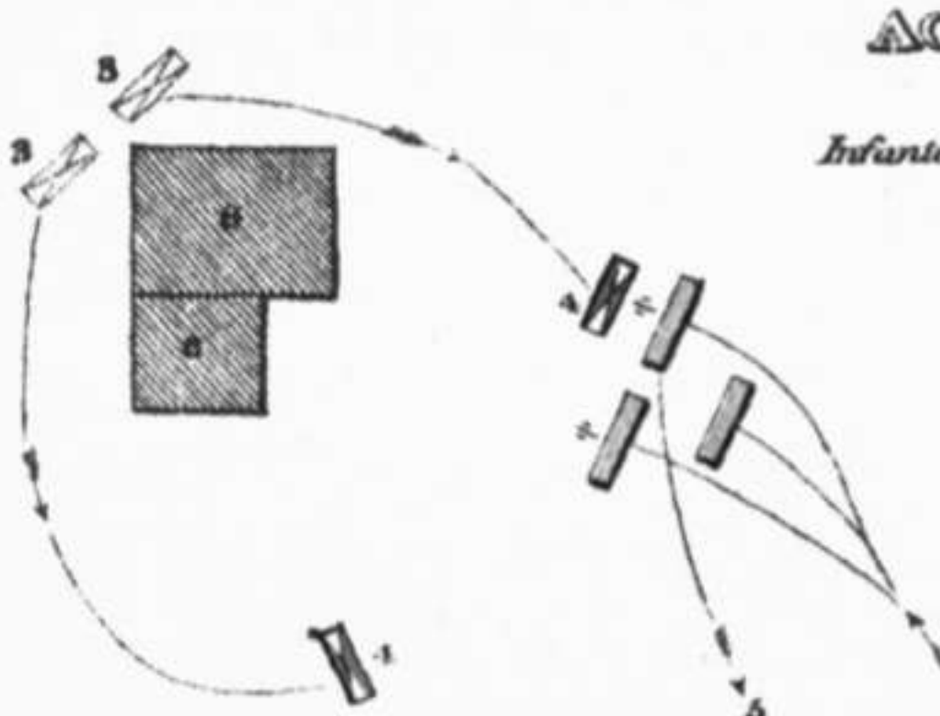
Cavalleria
Realistas
Patriotas
Infanteria

Camino à Santiago

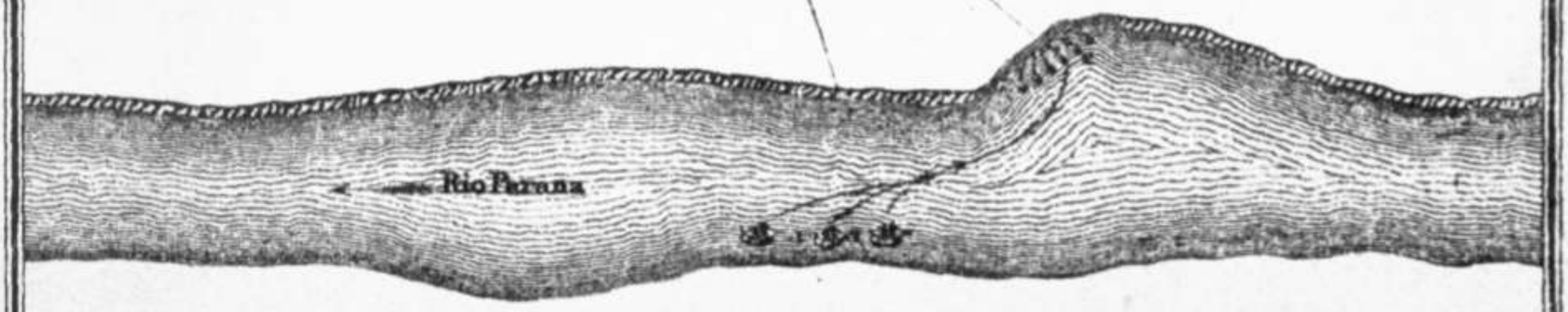
ACCIONCITA de S.LORENZO

Febrero 5 de 1813.

Infanteria Realista — Cavalleria Patriota



1 Buques Españoles
2 Punto de desembarco de los Españoles
3 Posicion oculta de los patriotas
4 Cargo de los Patriotas
5 Dispersion de los Españoles
6 Convento y huerta de San Lorenzo



© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

con algunos criados para que los asistieran, hasta que algo repuestos y restablecidos pudiesen emprender su viaje para regresar á sus casas. La señorita, cuyo amor filial la condujo á ser compañera de su venerable padre en el destierro que éste sufrió en Juan Fernández, cayó de la mula en que iba, y se lisió de tal modo, que no ha podido recobrarse enteramente.

Cinco días después de este grande acontecimiento, que fijó la suerte y destinos de Chile, el victorioso general San Martín apareció por segunda vez en Buenos Aires, donde fué recibido con una admiración y entusiasmo parecidos á la idolatría. Su objeto era presentar al gobierno el plan que había trazado para invadir por mar el Perú desde Valparaíso, solicitar refuerzos suficientes para llevarlo á efecto, y decidir al general Belgrano á obrar de concierto, marchando con el ejército desde Tucumán para atacar los españoles en el Perú por el lado del Potosí, mientras él desembarcaba personalmente cerca de Lima.

A su regreso permaneció el general San Martín en Mendoza, desde donde mandó que se le reuniesen un batallón de cazadores y piquetes de dos regimientos de caballería de las fuerzas que había en Chile, formando en todo un total de novecientos hombres. Estas órdenes fueron comunicadas por reclamación del gobierno de Buenos Aires, deseoso de aumentar sus fuerzas y estar prevenido para en caso de que la expedición que preparaban en Cádiz desembarcara en su territorio. En tres meses aumentó el general San Martín estos destacamentos, al número de dos mil seiscientos hombres.

Antes de la batalla de Maypo fué destacado el capitán Miller con una compañía de infantería para tomar posesión de la fragata *Lautaro* *, y asegurar los buques que

* El *Wyndham,* navío antiguo de las Indias Orientales de 800 toneladas, comprado el día antes de la batalla de Maypo.

© Ministerio de Cultura

hubiese en el puerto de Valparaíso, para que en caso de nuevos reveses sirviese para trasladar por mar á Coquimbo á los patriotas que se retirasen. Miller se embarcó con su destacamento en la fragata recién comprada de cuarenta y cuatro cañones, mandada por el capitán O'Brien, que había sido teniente en la marina inglesa, y se había distinguido en la toma de la fragata de los Estados Unidos, la *Essex*.

Valparaíso estaba bloqueado por la fragata española *Esmeralda*, de cuarenta y cuatro cañones y por el bergantín *Pezuela*, de diez y ocho. Inmediatamente tripularon, equiparon y mandaron salir la *Lautaro* para levantar el bloqueo. Esta fragata estaba gobernada principalmente por ingleses; su tripulación se componía de cien marineros extranjeros y doscientos cincuenta chilenos, cuya mayoría no se había embarcado nunca. Los chilenos deseaban tanto hacer este servicio, que muchos se arrojaron á nado para ir á la fragata. Así que tan diversa pero entusiasta tripulación se reunió á bordo, levaron ancla y dieron la vela en un estado no correspondiente para batirse con éxito en un período inmediato. Los europeos acababan de recibir dinero en abundancia, y á pesar de ser muy aficionados, eran los menos borrachos de la tripulación, mientras que apenas había un oficial de marina que pudiese mandar una maniobra en español. Sin embargo, diez horas después de su salida se batió y bien la fragata *Lautaro*.

Viendo la *Esmeralda* aproximarse una fragata, creyó que era la *Amphion* de S. M. Británica, que mandaba el comodoro Bowles, la cual en algunas ocasiones había comunicado con la *Esmeralda* sobre asuntos relativos al bloqueo, y por lo tanto se puso en facha para esperar y hablar con la supuesta *Amphion*. En este estado, y habiendo ganado la *Lautaro* la cuarta de popa de barlovento del enemigo, arrió la bandera inglesa, izó la chilena y rompió el fuego con la parte de batería más in-

© Ministerio de Cultura

mediata. La primera intención del capitán O'Brien era haberse puesto sobre el costado, pero habiendo variado de opinión, se corrió sobre la cuarta de popa. El bauprés de la *Lautaro* cortó el aparejo de mesana del enemigo, y lo dejó colgando de un modo tan incómodo para abordar, que sólo O'Brien con treinta hombres pudieron saltar á la *Esmeralda*. Los soldados de marina sostuvieron un vivo fuego desde el castillo de proa de la *Lautaro*, que causó una pérdida considerable á la tripulación de la *Esmeralda*, la cual, sorprendida y aterrada al ver ya abordada la fragata, huyó al entrepuentes, y los que habían entrado en ella arriaron la bandera. Desgraciadamente á nadie se le ocurrió impedir el que se separasen los dos buques amarrándolos, ó inutilizar la fragata apresada cortando las cuerdas de la rueda del timón y arriando las vergas de gavia; un golpe de mar separó las dos fragatas. Entonces la *Lautaro* echó sus botes para enviar refuerzo, pero antes que pudiera verificarse, apercibida la tripulación de la *Esmeralda* del corto número de patriotas que había sobre cubierta, se reunieron, rompieron el fuego desde el entrepuentes, y mataron al valiente O'Brien, cuyas últimas palabras fueron: «No la abandonéis, muchachos; la fragata es nuestra.» Mientras tanto la *Lautaro* dejó el objeto principal, para tomar posesión del *Pezuela* que había arriado bandera, pero que se iba alargando.

Percibiendo la *Lautaro* el cambio de fortuna que se había verificado á bordo de la *Esmeralda*, desistió de la caza del bergantín y viró hacia la fragata, pero antes que pudiera aproximarse los que asaltaron habían sido vencidos, y los dos buques españoles, izando nuevamente su pabellón, se salvaron por su superioridad de andar. El teniente Walker, al servicio de la compañía de la India, se distinguió muy particularmente, y antes que la *Lautaro* volviese al puerto, apresó un buque que llevaba

© Ministerio de Cultura

á bordo una porción de pasajeros españoles muy ricos, que habían huido de la Concepción para refugiarse á Lima. El gobierno de Chile les sacó una contribución por vía de rescate, que le reembolsó superabundantemente del desembolso que había hecho en la compra de la fragata *Lautaro*.

© Ministerio de Cultura

CAPITULO VIII

La escuadra de Chile da la vela.—Su estado.—Cholos.—Toma de la fragata española la «Reina María Isabel».—Mal tratamiento dado al mayor Miller al presentarse de parlamentario.—General Sánchez.—Dificultades para marinar la fragata apresada.—Nuevos peligros.—Transportes españoles apresados.—Regreso de la escuadra chilena.—Regocijos.

Aunque el primer ensayo naval no tuvo un éxito cumplido, sin embargo produjo el efecto de levantar el bloqueo de Valparaíso, y desde aquel momento el pabellón chileno adquirió una superioridad marcada sobre el español, en aquellos mares.

Conociendo el supremo director la importancia de crear una fuerza marítima respetable, compró el *Cumberland*, de mil doscientas toneladas, y otros buques menores, para cuyo pago, y para los gastos de armamento y apresto, hizo el pueblo chileno los más generosos sacrificios. No sólo entregaron en la casa de la moneda la plata de uso que tenían, sino ofrecieron las producciones rurales en especie, aquellos á quienes su situación no permitía presentar en el altar de la libertad mayores donativos.

Sabían en Chile que parte de la expedición que se preparaba en Cádiz estaba destinada contra ellos, y conociendo los patriotas que la lucha en favor de la libertad, se había hecho una lucha de que pendía su existencia, se prepararon enérgicamente para hacer frente al peligro que amenazaba.

© Ministerio de Cultura

Tripularon, abastecieron y aprestaron los buques para darse á la vela; pero originó algún retardo el nombramiento de jefe de la escuadra. Los extranjeros que aspiraban al mando exigían condiciones tan exorbitantes, y estaban tan divididos entre sí, que el gobierno no pudo elegir una persona capaz entre los que estaban en Chile. Por fin, el supremo director nombró jefe de la escuadra al teniente coronel D. Manuel Blanco Cicerón, que había servido en clase de guardia marina y hasta alférez de navío en la armada española.

Habiendo sido recomendado por segunda vez el capitán Miller, fué ascendido á mayor, y se embarcó en clase de comandante de las tropas destinadas á guarnecer los buques de la escuadra, que se componía de las fuerzas siguientes:

El *San Martín*.	56.	El jefe de la escuadra, Blanco. Capitán de bandera, el capitán Wilkinson.
La *Lautaro*.....	44.	Capitán Worster.
La *Chacabuco*...	20.	Capitán Díaz *.
El *Araucano*.....	16.	Capitán Morris.

A las doce del día 9 de Octubre de 1818 dieron la vela estos buques, y un sentimiento de curiosidad se apoderó del ánimo de todos los habitantes. El saludo á que los fuertes contestaban anunció la salida de la expedición; un viento fresco del Sur permitía navegar á la escuadra en línea, guardando un orden riguroso; grupos de hombres, mujeres y niños que tenían parientes ó amigos en la escuadra ocupaban los puntos más elevados de la costa y hacían votos en su favor, no queriendo privarse del consuelo de verlos hasta que la distancia los cubriera con el horizonte; todos, en fin, tomaban parte y acompañaban con su vista una expedición en que fundaban sus esperanzas.

* De este benemérito oficial se hizo mención como comandante de una compañía de artillería de Buenos Aires en Las Tablas. Una íntima y no interrumpida amistad subsistió entre este oficial y el general Miller, hasta la muerte de Díaz en 1822.

© Ministerio de Cultura

Hacía pocos meses que Valparaíso estaba bloqueado, y que el país se mantenía en una alarma continua con perjuicio y menoscabo del comercio. El supremo director había dejado la residencia del gobierno para vigilar por sí mismo el equipo y apresto de la escuadra, y su celo personal había alcanzado el objeto, venciendo dificultades inmensas. La opinión pública, ocupada largo tiempo en los preparativos, hacía predicciones diversas y generalmente poco favorables. Unos presagiaban una sublevación; otros, que perecerían los bajeles al primer temporal que sufrieran por incapacidad de los marineros que los tripulaban, y no pocos creían que una sola fragata española era bastante para apresar toda la escuadra. Estos pronósticos, aunque exagerados, no dejaban de tener algún fundamento, pues la mayor parte de las tripulaciones se componían de cholos, ó paisanos del país que jamás habían visto el mar; los oficiales de marina eran casi todos ingleses ó norteamericanos, que no hablaban el español, ó lo hablaban muy mal; casi todos afectaban una prevención contra todo lo que difería de las reglas del servicio en que se habían educado, y estaban demasiado engreídos de su saber y de sus opiniones, para que se prestaran á hacer justicia á la capacidad de los hombres modestos y moderados que tenían á sus órdenes; pero el jefe de la escuadra era un joven, que á pesar de un cierto aire que disgusta á primera vista, poseía afortunadamente las cualidades necesarias para establecer la unión, la armonía y el buen orden, cualidades de más importancia en aquellas circunstancias que una gran destreza práctica.

Fuera ya de vista de tierra la primera noche, el jefe de la escuadra, Blanco, abrió las instrucciones secretas que había recibido; y como el mayor Miller tuvo que traducir su contenido á los respectivos capitanes, supo que el objeto de su comisión era ir á la isla de la Mocha en busca de la fragata española la *Reina María Isabel* que

© Ministerio de Cultura

se esperaba de un día á otro sobre el cabo de Hornos, con ocho ó diez transportes más, que conducían de Cádiz dos mil ochocientos hombres. Estas noticias se habían adquirido del modo siguiente: habiéndose amotinado la tropa de uno de los transportes al llegar á la latitud del Río de la Plata, se dirigieron á Buenos Aires con el sargento que los capitaneaba á la cabeza, y se presentaron á la disposición del gobierno, el cual no perdió momento en transmitir por tierra las instrucciones dadas en Cádiz, por cuyo medio supieron los diferentes puntos de reunión dados al convoy.

Durante el largo viaje de la escuadra chilena, se puso la tripulación en un estado de llenar casi cumplidamente su servicio; y los soldados de marina y los marineros cholos á quienes ejercitaban continuamente, descubrieron las cualidades que constituyen un buen soldado ó marinero, pues eran subordinados y pronto probaron que eran valientes. Manifestaban gran deseo que se les instruyera, y aprendían con prontitud. Agradecían infinito el menor cuidado empleado en su obsequio, y siempre hicieron ver un vivo interés en dar gusto. Una mirada de aprecio ó una palabra de aprobación eran los objetos á que su ambición se dirigía; en una palabra, sólo necesitaban que sus oficiales cumplieran con sus deberes para ser capaces de todo. Cuando no estaban de servicio, cantaban canciones nacionales; y cuando los oficiales bailaban sobre cubierta á popa, ellos bailaban con los marineros en el combes y en el entrepuentes. En todas ocasiones se condujeron bien, y durante un viento recio que duró dos días prestaron más utilidad en las faenas y servicio de los buques, que debía razonablemente esperarse de unos hombres que apenas podían tenerse en pie. Mientras la escuadra hacía fuerza contra los vientos reinantes, se separó la *Chacabuco* del convoy.

Al romper el alba del 26 de Octubre descubrieron la isla de Santa María al Sur de la gran bahia de la Concep-

© Ministerio de Cultura

ción; pero á causa de la inconstancia de los vientos no pudo la escuadra acercarse á ella hasta la noche, que botaron al agua y tripularon tres botes para abordar un buque que descubrían á cinco millas de distancia al Sur de la isla; pero los botes hacían tanta agua, que juzgaron peligroso el enviarlos. El jefe de la escuadra mandó al *Araucano* que hiciera fuerza de vela, para reconocer el puerto de Talcahuano, distante doce leguas al Sur de la bahía.

El 27 muy temprano reconocieron el buque que habían visto en la noche anterior, y manifestó ser el *Shakespeare*, perteneciente al comercio inglés que iba á la pesca de la ballena, é informó de que la fragata española, habiéndose separado de su convoy, había tocado en Santa María; que la tripulación iba enferma y carecía de provisiones; y que había dado la vela hacía cinco días para Talcahuano, adonde habían seguido dos transportes españoles.

Esto mismo confirmó un bote de la costa, el cual, viendo la bandera española tremolar en la escuadra chilena, se dirigió á ella, é inadvertidamente entregó las instrucciones selladas que había dejado el capitán de la *María Isabel* para los capitanes respectivos de los transportes, mandándoles reunírsele en Talcahuano. Con estas noticias inmediatamente hicieron fuerza de vela para aquel puerto el *San Martín* y la *Lautaro*. Durante la noche estuvieron en calma frente de la Concepción; pero una brisa fresca del Norte, poco común en aquellas latitudes, los llevó á las doce del día 28 á la vista de la fragata española anclada á tiro de pistola de Talcahuano. El jefe de la escuadra chilena izó bandera inglesa y marchó directamente al enemigo; pero al llegar á tiro de fusil izó la bandera chilena. La fragata española disparó una andanada, que no produjo efecto; é igual saludo la hizo el *San Martín* con cuantos cañones pudo, y echó el ancla á tiro de pistola de su enemiga, á lo cual cortaron los cables los españoles y vararon la fragata en la costa:

© Ministerio de Cultura

una gran parte de la tripulación escapó en los botes, mientras que otros se echaban á la mar y salieron nadando á la costa. Inmediatamente tomaron los patriotas posesión de la presa, é hicieron todo lo posible para desencallarla; pero como el viento soplaba recio hacia tierra, fueron inútiles todos los esfuerzos. En esta crisis, el jefe de la escuadra envió al mayor Miller de parlamentario, para ofrecer á los fugitivos un tratamiento generoso si preferían rendirse á prolongar sus miserias en un país enemigo á la causa de los realistas. Al acercarse el mayor Miller á quince ó veinte varas de la costa una porción de guasos le apuntaron, y no le costó poco trabajo hacerles entender lo que significaba la bandera blanca, pero al fin impidió el que hicieran una descarga. Habiendo esperado en el bote bastante tiempo para que bajara un oficial á recibirle, según costumbre en semejantes casos, saltó en tierra, más porque retirarse habría puesto en peligro las vidas de la gente que le acompañaba en el bote, que por tener esperanza alguna de lograr el objeto de su misión, pues así podia juzgarlo por la grosería con que le trataban. Los guasos se formaron en grupos para decidir si le matarían en el acto; pero algunos, por el contrario, se manifestaron dispuestos á recibirle. De esto se originaron disputas, se dijeron mil insultos, y estaban próximos á reñir, pero al fin Miller tuvo la buena fortuna de calmar una fermentación, de la cual esperaba ser víctima á cada momento.

En este instante aparecieron dos oficiales de milicias, los cuales no quisieron bajar á la playa, é hicieron señal rústicamente á Miller para que fuera donde ellos estaban, lo que ejecutó aunque con repugnancia. A su paso hizo fuego un guaso, y le entró la bala por la espalda á uno de los curiosos que estaban al lado de Miller. Los oficiales de milicia le recibieron con gran descortesía, y afectaban un estilo de conversación misteriosa con la intención de darse importancia é imponer. Estos oficiales obligaron

© Ministerio de Cultura

á su prisionero, porque, en efecto, Miller era tratado como tal, á que les acompañara á la Concepción; pero antes que hubiesen andado dos millas, encontraron al general Sánchez á la cabeza de mil seiscientos hombres, parte tropas que había dejado á retaguardia el general Osorio cuando seis semanas antes voló las fortificaciones, y las restantes que habían desembarcado de la *María Isabel* y dos transportes que habían marchado en seguida á Lima. El general Sánchez pasó sin dignarse hablar al mayor Miller, pero mandó que le vendaran los ojos. Animados los oficiales de milicias con esta muestra de dureza, aumentaron su descortesía, y le insultaron brutalmente. Uno de ellos no cesó en dos horas de decirle improperios, y entonces mandó á dos soldados le apretasen el pañuelo, lo cual hicieron con toda su fuerza. Sánchez mandó al fin que llevaran al prisionero á su presencia, para comunicar las propuestas que hacía el jefe de la escuadra. El general las oyó con el mayor desprecio, y con una grosería de maneras que manifestaban no conocía las formas más comunes de una regular educación, contestó: que el portador sería *despachado* del modo que merecía.

En el principio de la lucha entre España y sus colonias, se violaban con frecuencia las leyes de la guerra sin escrúpulo ni remordimiento, y apenas podía esperarse una resolución justa ó templada de un hombre feroz, exaltado hasta el infinito por pérdidas recientes y proyectos malogrados. Aunque nunca habían declarado abiertamente en Chile la guerra á muerte, sucedía muchas veces no darse cuartel en las acciones, y no pocos fueron sacrificados á sangre fría.

Los guasos realistas, armados en Talcahuano, mantenían aún un fuego tan vivo, ocultos detrás de las tapias, sobre los patriotas que estaban á bordo de la fragata apresada, que Blanco creyó necesario hacer desembarcar los soldados de marina para que los desalojaran, lo cual verificaron en el acto; pero á la llegada del general Sán-

© Ministerio de Cultura

chez con su división desde la Concepción, tuvieron que retirarse á sus buques con alguna pérdida entre muertos y prisioneros.

Habiendo sido retirado el mayor Miller de la costa en una forma capaz de dar sospecha, y viendo que se había pasado la media hora que había prescripto, envió el almirante su mayor de órdenes Warnes con un oficio, que tiró á la costa, para el general Sánchez, haciéndole saber que si no enviaba á bordo inmediatamente al parlamentario y le trataba con arreglo á las leyes de la guerra, mandaría ahorcar de los penoles todos los prisioneros españoles que tenía en su poder, y que haría lo propio con cuantos en lo sucesivo cayeran en sus manos. Sánchez dijo á su prisionero, que el jefe de la escuadra le había comprometido por haber desembarcado tropas durante el parlamento, y que podía prepararse para morir. El tono firme con que el mayor Miller defendió su propia causa, irritó al general que parecía determinado aún á poner en ejecución sus amenazas. En seguida mandó que le llevasen á un tingladillo al alcance de los tiros de cañón de la escuadra patriota, y en el punto á donde entonces los dirigían; pues parece que Sánchez deseaba lograr su objeto haciendo perecer á Miller por una bala de los propios suyos, y se tuviese por un accidente casual. Con efecto, muchas cayeron cerca del tingladillo, y algunas lo atravesaron; de tal modo que temerosa la escolta por sus propias vidas, abandonó su encargo por algún tiempo. En tal situación, lleno de fatiga, de hambre y de sed, y sin poderse proporcionar consuelo de ninguna especie, pasó una noche triste y muy fatigosa. La firmeza con que había defendido sus derechos, y los efectos que probó produciría su inútil sacrificio, no habían hecho efecto alguno en el general Sánchez; pero sí lo hicieron en el alma de algunos de los jefes que se hallaban presentes. Dos de ellos, el coronel Loriga, de artillería, y el coronel Cabañas, que había

© Ministerio de Cultura

servido en Guardias walonas, le visitaron en el discurso de la noche, con objeto sin duda de que su presencia evitase alguna violencia personal. El interés de estas entrevistas se aumentó aldescubrir en sus conversaciones que Miller tenía grande intimidad con algunos de los amigos de Loriga en la Península.

Mientras tanto, formaron los realistas una batería de cuatro piezas, que jugaba sobre la *María Isabel* con tal efecto, que llegaron á creer los patriotas que tendrían que incendiarla; pero los infatigables esfuerzos de los oficiales y buena conducta de la gente, vencieron al fin todas las dificultades. A las siete de la mañana del 29 cambió el viento al Sur, redoblaron los esfuerzos, la fragata flotó nuevamente, la marinaron fuera de bahía, y Miller tuvo el consuelo de oir á sus enemigos lamentar su desgracia.

Loriga y Cabañas emplearon aquel intervalo de tiempo en hacer nuevos esfuerzos generosos en favor del prisionero. Sánchez rehusó al principio acceder á sus reclamaciones y no convino, y con suma repugnancia, hasta que los coroneles le hicieron ver de un modo indirecto la diferencia en número y calidad de las bayonetas que mandaban á las que tenía el general, y el respeto que debía guardarse á las leyes de la guerra. A las ocho de la mañana fué conducido á la playa el mayor Miller, acompañado del coronel Loriga*, y le permitieron desvendarse los ojos. Una hora se pasó antes que contestase el *San Martín* á la señal pidiendo un bote y que lo enviase. El recibimiento que hicieron á bordo al mayor Miller fué tal, que le hizo olvidar en el acto el vil

* Miller y Loriga formaron una estrecha amistad, por la parte noble y caballeresca que el último tomó en favor del primero, y la cual conservaron después en el Perú, por medio de una correspondencia que seguían, siempre que algún parlamento les ofrecía la oportunidad de remitirse cartas abiertas ó por algunos buenos oficios cuando lo permitían las circunstancias.

© Ministerio de Cultura

tratamiento que había experimentado. Todos creían que le habrían sacrificado, y celebraron su inesperado regreso con la más sincera satisfacción, y tuvo el gusto de saber que los marinos y cholos que mandaba, al ver su larga detención en tierra, se presentaron reunidos á popa y pidieron al jefe de la escuadra les permitiera desembarcar para rescatar á su comandante.

Poco después, y con la mayor dificultad, levó el ancla el *San Martín*, pues el capitán Wilkinson y la mayor parte de los oficiales y de la tripulación estaban á bordo de la fragata apresada, y los que quedaban se hallaban rendidos absolutamente por la excesiva fatiga y falta de descanso en las cuarenta y ocho horas anteriores. Para aumentar las dificultades tocó el navío en un banco de arena, donde sólo había dos brazas y media de agua. En tal situación lo aligeraron sacando la aguada, y soltando al mismo tiempo todo el aparejo, pasó el banco y entró en mayor fondo, pero apenas salió de un peligro cuando entró en otro. La brisa cesó, y hallándose rendido el hombre que llevada el timón, cayó sobre cubierta antes que pudieran relevarle. El navío quedó sin dirección, y una fuerte corriente y grande marejada lo llevó hacia la costa escabrosa y llena de rocas, á una distancia de pocas brazas. En el acto echaron el ancla, pero ya la confusión era general. El único oficial de marina que había á bordo, exceptuando el jefe de la escuadra, era el primer teniente Ramsay, que el día anterior había quedado sordo por los efectos del fuego, y estaba tan ronco que con dificultad podía hacerse oir; y como Blanco no sabía el inglés, no le era posible dar órdenes por sí mismo á los marineros extranjeros. Miller, el cirujano Green y el contador, eran las únicas personas capaces de comunicar una orden; pero como ninguno de ellos entendía la maniobra, llegaron las circunstancias á ser verdaderamente aflictivas. Además, había sobre ochenta prisioneros que vigilar, y solamen-

© Ministerio de Cultura

te quince marineros á bordo, no contándose los marinos y cholos que se portaron perfectamente. Dos horas antes de amanecer del 30, picó cable el *San Martín*, con la esperanza de que una brisa de tierra que principiaba á soplar sacaría al navío fuera de la costa; pero la gran marejada lo estorbó, llevándolo cada vez más hacia tierra, y en pocos minutos le cogió ya por la popa y lo arrastró rápidamente contra las rocas. En tal conflicto botaron la última ancla que les restaba, y quedó el navío colgado de ella dando grandes balances con la popa hacia tierra, y á muy pocas varas de las rocas donde las olas reventaban con furia. Su situación empeoró y llegó á ser desesperada por el cansancio de la tripulación y por la falta de destreza marítima; la idea de perder el buque mayor de la república, ocupaba los espíritus y aumentaba los padecimientos. Al fin se levantó á las nueve de la mañana una brisa bienhechora que arrancó al navío de la costa, sin haber experimentado ninguna avería. Al cabo de tantas fatigas llegó el momento de descansar, pero notando el mayor Miller en sí mismo los efectos de aquel fatigosísimo servicio, puso en su diario la siguiente nota: «En tres días y tres noches no dormí dos horas; sin embargo, al retirarme al camarote no pude pegar los ojos en mucho tiempo.»

El 1.° de Noviembre ancló la escuadra con la fragata apresada entre la isla de Santa María y la tierra. La *Chacabuco*, que se había reunido á ella, salió á cruzar al frente de Talcahuano, y se reunió el *Galvarino*, de 18 cañones, capitán Spry, que llegó al mismo tiempo de Valparaíso. Este bergantín era el *Hécate* de la armada inglesa, y estaba perfectamente tripulado, equipado y con buenos oficiales; el capitán Guise lo llevó dando vuelta al Cabo de Hornos, y lo vendió al gobierno chileno.

En el transcurso de una semana llegaron sucesivamente siete transportes, y como veían izada bandera española en todos los buques, obedecían la señal de anclar

© Ministerio de Cultura

á popa de la *María Isabel*. A proporción que llegaban se vió á los oficiales apresurarse para ponerse de uniforme riguroso para cumplimentar á su jefe á bordo de la fragata, y una porción de soldados, mujeres y niños se asomaban desde los transportes, llenos de gozo, y se congratulaban recíprocamente por haber terminado una larga y penosa travesía de seis meses. Así que anclaban, un tiro de fusil, disparado del navío que montaba el jefe de la escuadra, servía de señal para sustituir la bandera patriota á la española. Al descubrir su error un grito espantoso y la mayor confusión reemplazaban á su alegría, y tanto más, cuanto todos creían que los patriotas no daban cuartel.

La expedición española salió de Cádiz el 21 de Mayo de 1818, y se componía de dos batallones del regimiento de Cantabria, de un escuadrón de dragones y una compañía de artillería volante, formando un total de dos mil ochocientos hombres. Una cuarta parte murió en la travesía, y á lo menos una mitad del resto de la gente se hallaba fuera de servicio por los efectos del escorbuto. Los transportes estaban sumamente sucios, y tan grasientas las cubiertas que era difícil mantenerse en pie. Lo triste de este espectáculo lo aumentaba aún la vista de muchos desgraciados, que consumidos por el escorbuto estaban tendidos sobre los portalones con las agonías de la muerte. El coronel Hoyos mandaba la expedición; cerca de ochocientos hombres desembarcaron en Talcahuano, inclusa la mayor parte de la tripulación de la *María Isabel*, y la gente que condujeron los dos transportes de que se ha hecho mención que pasaron después al Callao. Otro tercer transporte con dos compañías del regimiento de Cantabria pudo escapar también al Callao, pero los demás fueron apresados.

La *María Isabel* era una hermosa fragata de cincuenta cañones, y una de las cuatro que el gobierno español compró á Rusia. El estado de poca limpieza en que es-

© Ministerio de Cultura

taba, era impropio aún del servicio de la marina española *.

El regreso de la escuadra á Valparaíso el 7 de Noviembre, produjo la sorpresa y afectos más placenteros. Trece velas entraron en línea en la bahía, y fueron recibidas con mil vivas y aclamaciones por una inmensa multitud de gentes, que muchos de ellos pronosticaban poco antes muy diverso resultado.

La toma del convoy fué un acontecimiento de la mayor importancia, pues impidió que se reuniesen más de dos mil hombres de tropas de refresco á los mil y seiscientos hombres que mandaba Sánchez, y cuyo número habría podido aumentarse en poco tiempo por medio de quintas hasta cinco mil hombres; fuerza suficiente para amenazar nuevamente á Santiago, de donde había salido una parte considerable del ejército de los Andes y atravesado la cordillera en auxilio de la República Argentina.

Tan luego como fondeó la escuadra en Valparaíso, el jefe de ella, Blanco, marchó á Santiago acompañado del mayor Miller. A pocas leguas de la capital encontraron la carroza del supremo director, que éste les enviaba para que entrasen en la ciudad con la posible ostentación. Las aclamaciones de los que salian á su encuentro, la alegría general y el entusiasmo que todos manifestaban, llenaron de gratitud y enternecimiento á los guerreros que las recibían y habían merecido, y ambos juraban interiormente perecer ó dar nuevas glorias á un pueblo que se manifestaba tan agradecido y generoso. Hasta una partida de reclutas que iban en cuerda á su destino, hizo

* El capitán de fragata, Capaz, que mandaba la *María Isabel*, á su regreso á España fué uno de los que más clamaban contra la América del Sur y con más calor sostenía que unos cuantos buques de guerra eran bastantes para acabar la insurrección. La violencia de sus opiniones, hacía un extraño contraste con la timidez de su conducta en Talcahuano. Sin embargo, fué nombrado ministro de Marina.

© Ministerio de Cultura

alto y dieron sus vivas con tanto entusiasmo y sincero interés, como la partida que los escoltaba. Al llegar á los arrabales la entrada tomó el aspecto de un triunfo verdadero. Un pueblo entusiasta acabado de salir del vasallaje más degradante, debía gozarse y expresar libremente el júbilo que le causaba, que su primer triunfo naval fuese tan completo; y la idea de haberlo alcanzado un jefe chileno halagaba su amor propio y llenaba de un justo y noble orgullo, sin que por eso dejasen de tributar los elogios debidos á los extranjeros que tan eficazmente habían contribuído á la victoria. Su imaginación acalorada les ofrecía nuevos triunfos, y desechaba para siempre hasta la posibilidad de que una fuerza extranjera les oprimiera nuevamente; y ni una sola persona dejaba expresar en su rostro y sus acciones el vivo interés que tomaba en acontecimiento tan plausible y el entusiasmo de que se hallaba poseído. A este expresivo recibimiento del pueblo se siguieron comidas públicas y particulares, y bailes, en obsequio de Blanco, durante los ocho ó nueve días que permaneció en Santiago.

La sociedad de aquella ciudad es sumamente agradable; los forasteros y naturales se unen y contraen más relaciones en ella que en ninguna otra ciudad de importancia de la América del Sur; circunstancia que proporciona un vivir alegre y lleno de delicias.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO IX

Lord Cochrane.—Divertimientos en Valparaíso.—Lady Cochrane.—Señora de Blanco.—Chilenas.—La «Andromaca», fragata de S. M. Británica.—La escuadra chilena da la vela.—Sublevación de la «Chacabuco».—Ataque al Callao. Capitán Guise.—Isla de San Lorenzo.—Accidente.—Brulote.—Lanchas cañoneras.—Huacho.—Guambacho.—Saqueo de Payta.—Conventillo.—Guacas.—La escuadra regresa á Valparaíso.—Almirante Blanco.—Prisioneros de guerra libertados.—Capitán Esmonde.

A últimos de Noviembre de 1818 llegó el lord Cochrane á Valparaíso, y con arreglo á estipulaciones hechas en Londres, fué nombrado comandante general en jefe de las fuerzas navales de Chile.

Este marino ilustre fué recibido por las autoridades con la distinción debida á su rango; y el pueblo le manifestó el entusiasmo que inspiraban sus hechos gloriosos y las esperanzas que fundaba en su saber y su persona. A los motivos de justo júbilo anteriores, se añadió la adquisición de un oficial tan distinguido, cuyo nombre sólo presagiaba la victoria. El gobernador de Valparaíso dió una gran comida con aquel motivo, y el lord Cochrane le pagó el convite el día de San Andrés, el cual presidió vestido de etiqueta de jefe escocés. Al buen humor que reinó en la mesa se siguieron brindis repetidos con el mayor entusiasmo y de excelente vino, de cuya festiva influencia nadie se salvó. Nombraron á San Andrés el santo patrono del vino de Champaña; y muchas curiosas

© Ministerio de Cultura

aventuras de aquella noche dieron lugar á algunas anécdotas, que aún se recuerdan en el día.

Una sucesión no interrumpida de diversiones y entretenimientos diversos, alegraron más de lo ordinario al pueblo de Valparaíso. El capitán Shirreff y los oficiales de la fragata de S. M. Británica la *Andromaca*, que se habían hecho sumamente populares con todos los partidos, contribuyeron mucho á variar la clase de divertimientos. Una partida de apuesta al *cricket*, ó juego de pelota inglés, entre los oficiales de la *Andromaca* y los del *Blossom*, también de S. M. Británica, dió origen á la formación de un club, cuyos miembros se reunían dos veces á la semana y comían en tiendas de campaña. El sitio donde jugaban al *cricket* era un llano sobre una alturita contigua al Mar Pacífico, y de tal modo que los pasajeros de los buques que entraban en la bahía de Valparaíso, presenciaban desde cubierta juegos que no podían esperar ver dando vuelta al Cabo de Hornos: el mismo sitio servía algunas veces para corridas de caballos. También tenían á menudo pequeñas reuniones, y partidas de campo en Quillota y otros puntos de las inmediaciones.

La comunicación entre Valparaíso y la capital era continua, de tal forma que un gran baile dado en una de estas ciudades atraía lo más escogido de las gentes de la otra. Casi todas las noches había saraos; las dos bellezas que presidían eran lady Cochrane y la señora de Blanco, ambas jóvenes llenas de atractivos y dotadas de cualidades y adornos apreciables. La primera puede decirse el modelo de la perfecta belleza inglesa, y la segunda tal vez la más hermosa y más interesante de Chile. A estos dos luceros de primera magnitud, puede agregarse la señorita Cochrane, en la actualidad Mrs. Foster, que si cede algún tanto en atractivos personales, nadie puede superarla en amabilidad.

Entre la multitud de las encantadoras bellezas chilenas, merecen especial mención los nombres de Díaz-Cajigas,

© Ministerio de Cultura

Cotapos, Vicuña, Pérez, Caldera, Gana, Barra y ciento más, capaces de producir impresiones que no se olvidan jamás.

En medio de estos alegres pasatiempos se completó el equipo de la escuadra, y el 14 de Enero de 1819 dieron la vela los buques siguientes:

	Cañones.	
La *O'Higgins*....	50	Vicealmirante lord Cochrane. Capitán Forster.
El *San Martín*...	56	Capitán Wilkinson.
La *Lautaro*.....	48	Capitán Guise.
La *Chacabuco*....	20	Capitán Carter.

El gobierno chileno se proponía con esta expedición, destruir los buques españoles que estaban en el Callao, bloquear los puertos principales, y procurar disponer á los peruanos á secundar los esfuerzos de las tropas que pensaba embarcar en Valparaíso, para dar la libertad al Perú.

El mayor Miller fué reelegido comandante de las tropas que debían embarcarse para guarnecer los buques. En su diario tiene escrito el profundo sentimiento que le causó separarse de sus muchos y buenos amigos en Chile, donde tanto naturales como extranjeros le habían manifestado un aprecio tal y le habían dado tantas pruebas de amistad, que su estimación particular hacia ellos era ya un deber de gratitud que les tributaba. La esperanza de que el lord Cochrane antes de regresar al puerto, ejecutaría alguna empresa digna de su nombre, reconciliaba algún tanto á los oficiales que cambiaban una vida llena de placeres, por el fastidioso y monótono pasar de un marino.

El primer plan del almirante se dirigió á apresar las fragatas españolas *Esmeralda* y *Venganza*, que se hallaban fondeadas bajo tiro de los castillos del Callao. Para este objeto la *O'Higgins* cambió el nombre en *Macedonia*,

© Ministerio de Cultura

y la *Lautaro* en el de *Juan Adams*, dos fragatas de los Estados Unidos, que diariamente esperaban en el mar Pacífico. Fingieron un pliego dirigido en debida forma al virrey, conteniendo despachos del embajador español en Washington, y que debían entregar al primer bote del gobierno que saliera á recibirlos. La *O'Higgins* debía abordar á la *Esmeralda*, y la *Lautaro* á la *Venganza*, y los botes de ambas ir en seguida á apresar una corbeta que decían tenía sesenta mil duros á bordo. El *San Martín* debía anclar á la parte afuera de la isla de San Lorenzo, y tomar posesión de ella el día después que las fragatas y la corbeta fuesen apresadas. Las fuerzas españolas consistían en las dos fragatas mencionadas, dos bergantines de guerra, veintiséis lanchas cañoneras, y algunos buques mercantes armados para ayudar á la defensa, sostenidos por ciento sesenta y cinco cañones de la plaza.

El ataque debía verificarse el 23 de Febrero, pues siendo el último día de Carnaval, era más que probable, que muchos oficiales y soldados de la guarnición, y algunos pertenecientes á los buques del Callao, se hallasen según costumbre con licencia en Lima; pero una multitud de causas diversas impidieron ejecutarlo aquel día. El 22 pasó á bordo de la Capitana el capitán Guise, para recibir las últimas instrucciones; pero antes que pudiese regresar á su fragata, se puso el tiempo tan nublado que se separó de la escuadra, y aunque la hicieron señales inmediatamente, y disparon algunos tiros de fusil * durante la noche, no se reunió hasta el cuarto día; en cuyo intervalo el tiempo continuó del mismo modo, sin dejar avistar la costa.

La *Chacabuco* enviada á Valparaíso el 15 de Enero, se reunió el 26 de Febrero. En su travesía entró segunda

* No dispararon cañonazos, porque se habrían percibido en tierra.

© Ministerio de Cultura

vez en Coquimbo, con motivo de haberse sublevado la tripulación, con el contramaestre del buque á la cabeza; atropellaron á los oficiales, y los tuvieron presos algunos días; pero instigados por el bizarro teniente Morgell, y con la asistencia de la tropa, tomaron nuevamente el mando del buque. Dos de los cabezas murieron en la refriega; varios fueron heridos, y seis de los principales amotinadores los pasaron por las armas en Coquimbo.

Al acercarse la escuadra al Perú, cayó mucha gente enferma de calenturas, pues los fuertes rocíos de la noche, y las continuas nieblas que suelen durar semanas enteras, producen ese efecto. Se cuenta que un buque que iba de vuelta á Europa, se halló otro que estaba cruzando, y le preguntó si quería algo, el cual le contestó: «Den ustedes muchas memorias al sol cuando lo vean.»

En la mañana del día 28 oyeron un grande cañoneo; y cada buque suponiendo á los otros empeñados, hizo fuerza de vela hacia el paraje de donde percibían el sonido, el cual continuó por espacio de tres ó cuatro horas; pero la niebla era tan densa, que no podían distinguir nada á veinte varas de distancia. Según el derrotero de la *O'Higgins*, estuvo veinte millas más adentro de Lima; sin embargo iba á toda vela haciendo seis millas por hora. El pico de la isla de San Lorenzo fué la primera tierra que descubrieron desde lo alto del palo mayor, á donde la niebla no llegaba, y estaba tan inmediata que temieron diese la fragata contra la costa, antes que pudiese virar. La tremenda resaca y la espuma que producía rodeaba á la fragata, y la ansiedad de la gente fué extrema hasta que, cediendo al impulso, empezó la virada á producir su efecto, y tomó otra dirección. La niebla se despejó repentinamente, ó, por mejor decir, no se extendió hasta tierra, y todos los buques de la escuadra se hallaron con agradable sorpresa, que podían saludarse unos á otros. Una lancha cañonera española que estaba en franquía, se halló á tiro de fusil

© Ministerio de Cultura

de la escuadra sin haberlo percibido, y la apresaron inmediatamente. Los prisioneros informaron que el virrey había llegado aquella mañana al Callao, para revistar la guarnición é inspeccionar los buques. Que las tripulaciones y los artilleros de tierra habían tenido ejercicio de fuego, y había habido un simulacro militar. Este fuego fué el que atrajo á los buques patriotas á la costa y á un mismo sitio, sin verse ni tener noticia unos de otros, hasta que despejando la niebla se hallaron tan inmediatos.

El almirante había visto á barlovento un bergantín español navegando á toda vela, en el cual supieron después que iba el virrey, con sesenta personas de acompañamiento, que se habían embarcado para pasear por la bahía. Si el lord Cochrane hubiese tenido noticia de ello, podía haberlos cogido prisioneros; pero había determinado atacar á los buques fondeados, y no fijó su atención en el bergantín, bien ajeno de que se hallaban á bordo de él las autoridades principales de Lima, tanto civiles como militares. Seguida la *O'Higgins* de la *Lautaro* viraron recto hacia los buques españoles; pero ya cerca de ellos disminuyó desgraciadamente el viento á tal punto, que no creyeron prudente, ni aun practicable mantenerse al largo como pensaban, y la primera ancló á distancia de mil varas, conservándose á la espía. Los españoles no respetaron la bandera de los Estados Unidos, y rompieron un fuego horroroso contra las fragatas, las cuales contestaron no menos vigorosamente por espacio de una hora, á cuyo tiempo una espesa niebla separaba de tiempo en tiempo de la vista á los combatientes: á esta circunstancia puede atribuirse las pocas averías que sufrió la *O'Higgins* del fuego de más de doscientas piezas de grueso calibre. Muy poca gente pereció y hubo pocos heridos; pero la jarcia sufrió mucho y perdió el botalón. El capitán Guise fué herido gravemente al principio del combate, y su teniente maniobró tan mal, que se separó la *Lautaro*, y no volvió á entrar

© Ministerio de Cultura

en línea. El *San Martín* y la *Chacabuco* se mantuvieron por falta de viento á distancia á retaguardia, y nunca pudieron llegar dentro de tiro. A la noche anclaron los buques patriotas á sotavento de la isla de San Lorenzo. La tripulación y tropa de la *O'Higgins* tanto chilenos como extranjeros, se condujeron admirablemente, pues tenían á su vista un hermoso ejemplo de saber y bizarría que imitar en la persona del lord Cochrane, cuyas cualidades distinguidas jamás brillan con tanta gallardía como en medio de los peligros y el calor del combate. Este experimentado general es notado por la viveza con que percibe la venida de una bala, y la precisión con que acierta cuál es su dirección.

En la acción que ocurrió poco después en aquel mismo punto, estaba sentado el lord Cochrane sobre los cois con una pierna á cada lado del costado del buque según tenía costumbre; el mayor Miller estaba en el alcázar de pie sobre una carronada é inmediato al almirante, el cual dijo: «Una bala viene recta á nosotros, pero no moverse porque dará más abajo»; y con efecto, entró precisamente por la porta sobre la cual se hallaban ambos. La bala se llevó la cabeza de un marino que se dobló para huir de ella, é hirió á cuatro marineros. Uno de ellos, llamado José de San Martín, había sido capitán de bandoleros en Chile, y estando en capilla le indultaron y enviaron al servicio. La bala le llevó una pierna, y el hueso quedó tan magullado que le hicieron la amputación por más arriba de la rodilla, la cual sufrió con una admirable firmeza, y diciendo: «Viva la patria*.»

Tomás Cochrane, de edad de diez años, é hijo del almirante, paseaba por el alcázar durante el combate, y

* En Febrero de 1824 encontró el general Miller al mismo hombre, pidiendo limosna á caballo por las calles de Santiago. Al preguntarle si recibía pensión del gobierno, contestó alegremente que le daban tantas limosnas que no creía deber solicitar una pensión mientras pudiese vivir de aquella manera.

© Ministerio de Cultura

al dar la bala al infeliz marino á quien le llevó la cabeza, le salpicó todo con los sesos de aquel desgraciado. Entonces, con una naturalidad admirable y un valor que parecía más bien heredado que personal corrió hacia su padre, diciendo: «Papá, la bala no me ha tocado, no, no estoy herido.»

El día 2 de Marzo el capitán Forster y el mayor Miller tomaron posesión de la estéril isla de San Lorenzo, la cual tiene quince millas de circunferencia, y está situada en la bahía del Callao. El punto más elevado de ella está á seiscientos pies sobre el nivel del mar, y domina una preciosa y variada extensión de terreno y la ciudad de Lima, situada en una llanura á seis millas de la costa á la misma altura que el pico de San Lorenzo, la cual parece á la vista al pie mismo de la majestuosa cordillera de los Andes.

Hallando el lord Cochrane su primitivo plan de ataque impracticable con los escasos medios que tenía, resolvió armar brulotes para quemar los buques españoles. Con este objeto hizo establecer en San Lorenzo un elaboratorio de mixtos, bajo la dirección del mayor Miller. El 19 de Marzo se prendió fuego á parte de los mixtos, y la explosión abrasó el rostro y las manos, y puso en el estado más lastimoso al mayor Miller y diez hombres más. El primero perdió las uñas de ambas manos y se le hinchó la cara al doble de su estado natural, de manera que no podía distinguírsele ninguna facción y le alimentaban con un pistero por una abertura hecha en el vendaje que le cubría toda la cara; estuvo ciego y delirante algunos días, y en varias semanas no pudo salir de su camarote. Los que como él sufrieron por aquel accidente, manifestaron un extraordinario interés y una adhesión heroica por Miller; en medio de sus agudos dolores y terribles sufrimientos, no permitieron que les curasen sus quemaduras hasta que el cirujano les aseguró que había curado ya á su jefe.

© Ministerio de Cultura

A las diez de la noche del 22 se hizo la escuadra á la vela. La *O'Higgins* se dirigió hacia tierra, y entró tan á dentro de la bahía que sufrió un vivísimo fuego de los fuertes y de los buques. El brulote encalló desgraciadamente dentro del tiro de cañón de los enemigos, al tocar se hizo un agujero en el fondo y se fué á pique *. Esta circunstancia, unida á que el viento iba cayendo, y que el *San Martín* y la *Lautaro* estaban muy distantes, indujeron al lord Cochrane á desistir de atacar aquella noche. Así, pues, volvió la escuadra á su anterior fondeadero, dejando al brulote hacerse pedazos.

Al romper del día 25 salieron las lanchas cañoneras españolas y algunos botes armados, y á favor de una niebla espesísima se acercaron á tiro de pistola de la escuadra, pero no se atrevieron á abordarla. La *O'Higgins* las disparó algunas andanadas bien dirigidas, y habiéndose levantado una buena brisa al cabo de una hora de fuego, la fragata salió á la vela, y las lanchas cañoneras escaparon con dificultad á refugiarse bajo las baterías.

La falta de provisiones y agua, obligó á la escuadra á dirigirse á Huacho, dejando la *Chacabuco* en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. La gente de Huacho ayudó á la partida que iba á hacer la aguada, por cuyo servicio fusiló después el coronel realista Cevallos á dos individuos, y castigó á otros severamente. Una partida de marinos y algunos marineros á las órdenes del capitán Forster, marcharon á Haura, cuya guarnición pusieron inmediatamente en huída, á pesar de que hacía pocas horas que su gobernador había enviado al almirante una ridícula carta de desafío.

El 1.° de Abril llegó á Huacho el contraalmirante Blanco, con el *Galvarino* de veintidós cañones, y el *Pueyrre-*

* Al día siguiente ascendió el virrey algunos oficiales empleados en las baterías, por haber echado á pique el brulote.

© Ministerio de Cultura

dón de diez y seis: Blanco se trasbordó al *San Martín*. La *O'Higgins* y el *Galvarino* se hicieron á la vela para Supe, donde desembarcaron el 5 una partida de marinos, y se apoderaron de setenta mil duros, que los españoles traían de Lima para embarcarlos en el puerto de Guambacho. La escuadra tocó en Guarmey, en cuyo puerto tomó del bergantín francés *Griselle* sesenta mil duros, propiedad española.

El 13 llegó la escuadra al puerto de Payta, llamado «la pequeña Jamaica», en ocasión que hacía un público comercio con la India Occidental atravesando el istmo de Panamá, y cuando era la gran factoría para el contrabando. Este pueblo está situado sobre una hermosa bahía, pero dista ocho ó nueve millas del manantial de agua más inmediato, de donde la traen á lomo en barriles, y la venden en el mercado por la mañana á cuatro reales vellón la carga. Payta dista catorce leguas de Piura, primer pueblo que fundó Pizarro en el Perú, y al cual sirve de puerto. Las mejores mulas del Perú se crían en Piura. Payta tenía cuatro mil habitantes, los cuales abandonaron la ciudad cuando su guarnición de cien hombres se retiró precipitadamente al desembarcar el capitán Forster con ciento veinte, y fué entregada al saqueo. La goleta que apresaron en la bahía la cargaron con artillería que cogieron, cacao y licores.

El 5 de Mayo dió la vela la *O'Higgins* para su crucero primitivo al frente del Callao; y después de hacer un reconocimiento, continuó su rumbo á sotavento, y el 8 llegó al frente de Supe. Lo fuerte de la marea dejó sin fruto los esfuerzos que hicieron para desembarcar los marinos; pero á la noche fueron más felices en una segunda tentativa. El capitán Forster desembarcó con algunos marineros, y tomó por su empleo el mando de todo el destacamento. Este avanzó hacia una heredad llamada el Conventillo, adonde llegó al amanecer. Mientras las tropas estaban dispersas almorzando, ataca-

© Ministerio de Cultura

ron treinta y seis españoles de caballería y cuarenta de infantería, que salieron de una emboscada. Los marinos á las órdenes de Miller formaron inmediatamente, é hicieron huir á los realistas, matando é hiriendo á varios; cogieron algunos prisioneros un asta de bandera y algunas armas.

El 13 avanzaron trescientos realistas para atacar á los marinos patriotas; pero éstos tomaron una buena posición, y no se determinaron á atacarlos en ella. Después de haber embarcado ciento cincuenta esclavos, algún azúcar, y unos cuantos bueyes de la hacienda de don Manuel García, partidario de los realistas, se retiraron á bordo, y la escuadra dió á la vela hacia el Sur. El mayor (luego general), García Camba, que mandaba el destacamento realista enviado de Lima, y que no se determinó á atacar á los patriotas, dió un parte tan pomposo al virrey, diciendo había echado los enemigos al mar, que fué ascendido inmediatamente. Los únicos trofeos que quedaron en poder de Camba, fueron cinco capotes olvidados *.

Los marinos desembarcaron en Guarmey, y se llevaron una porción de salitre. El joven Vidal, que había emigrado de Lima y se había reunido á la escuadra, sirvió aquel día como voluntario, y en él desplegó por primera vez el valor y la firmeza que le hicieron después tan marcado. Habiéndose adelantado á alguna distancia de la partida que estaba en la costa, fué atacado repentinamente por dos dragones realistas. Al cabo de una corta, pero apurada refriega, hizo huir al uno, y al otro le hirió

* El general García Camba era muy conocido por la virulencia de sus escritos, y por ser el que sugería medidas crueles; pero cuando fué hecho prisionero en Ayacucho, hacían un contraste chocante sus maneras con su anterior altanería, y con una ansiedad poco digna buscó al general La Mar y le linsojeó cuanto pudo, siendo uno de los jefes que habían sido peor tratados por su pluma maligna.

© Ministerio de Cultura

y cogió prisionero, cuando aún no tenía diez y siete años de edad, y habiendo recibido una cuchillada en la cabeza. Los marinos desembarcaron nuevamente en Guambacho, para proteger una partida que iba á hacer aguada, lo cual es generalmente obra de tiempo y trabajo, en todo lo largo de aquella costa, por la dificultad de hacer pasar flotando los barriles por medio de la fuerte resaca que hay siempre, y por cuya causa hacen uso con frecuencia de balsas. Estas las construyen de diversos modos y tamaños: las mayores las forman de siete ó nueve troncos de árboles atados unos con otros: después cruzan tres ó cuatro maderos, y por último hacen un segundo piso del mismo número de troncos que el primero. Estas balsas corren hacia tierra, y en tiempos ordinarios no salta el agua encima de ellas, en forma que pueda causar perjuicio á los géneros ni mojar los pasajeros: en medio ponen un palo, con su vela y aparejo correspondiente. La clase de balsa más ordinaria se compone de un tablón colocado sobre maderos, que corre casi al través por el agua, y todas ellas son tan pesadas que necesitan de la marea y del viento para que puedan aprovecharse con utilidad. Cuando necesitan hacer uso de estas balsas á barlovento, las dividen en trozos que conducen por tierra adonde les acomoda, y á la baja marea los vuelven á unir. Así descargan comúnmente los buques mercantes en muchas partes de la costa, y en otras usan grandes haces de juncos atados y cubiertos por los dos extremos; los cuales emplean generalmente los pescadores, que se montan sobre ellos, y remando los llevan donde quieren.

Cerca de Guambacho existen aún las ruinas de una extensa línea de fortificación, construída antes de la conquista. La muralla se conserva entera en muchas partes, y tiene ángulos salientes en forma de baluartes rústicos ó mal construídos, y se extiende á lo largo de una montaña suave contigua al mar. En aquel sitio ganó uno

© Ministerio de Cultura

de los Incas una gran batalla á Chimu, último rey de la provincia que se llama actualmente de Trujillo. Una cantidad inmensa de huesos se encuentran esparcidos por sus inmediaciones, y algunos cráneos conservan todo el cabello. Las guacas ó sepulcros que se hallan esparcidos en todo el Perú los buscan con esmero para coger los adornos de oro y plata que suelen encontrar en la boca, en las orejas, en el cuello y sobre el ombligo de los cadáveres. En las excavaciones se han hallado jarros de barro de forma curiosa y mucho trabajo; utensilios de casa, vestidos de uso, y maíz; el cual ha producido sembrándolo en tierra de regadío después de haber estado enterrado por espacio de trescientos años. Los jarros estaban llenos de chicha, lo que indica creían útiles para el difunto todas aquellas cosas; y por lo tanto, las provisiones y utensilios que enterraban, eran proporcionados á las facultades y rango que tenían á su muerte.

Las exhalaciones fosfóricas se ven algunas veces de tamaño de la llama de una luz artificial; y las gentes del país, creyéndolas una indicación de que existe oro ó preseas, trabajan afanosamente para hallar lo que probablemente habían sacado otros veinte veces antes.

El contraalmirante Blanco, con el *San Martín* y la *Lautaro*, había llegado antes á aquel puerto, viéndose precisado á levantar el bloqueo del Callao por falta de víveres. Blanco incurrió en el desagrado del gobierno por esta medida, y fué puesto preso; pero vista su causa en un consejo de guerra, fué honrosamente declarado libre de todo cargo y puesto en libertad.

Para no interrumpir el hilo de los acontecimientos, hemos diferido hasta este sitio hacer mención de un sargento español y diez hombres hechos prisioneros en la isla de San Lorenzo. Estos individuos eran la escolta de treinta y siete infelices soldados patriotas, cogidos prisioneros en las batallas de Ayoma y de Huaqui en 1811; y los cuales estaban cargados de cadenas como presidia-

© Ministerio de Cultura

rios, y los hacían trabajar en las canteras de la isla. Por la noche les ataban la cadena de la pierna á una barra de hierro colocada en un miserable cobertizo, donde apenas cabían. Estos desgraciados se vieron agradablemente sorprendidos al hallarse en libertad y nuevamente bajo la protección de la bandera patriota. Su constante fidelidad les atrajo tan bárbaro tratamiento, y al que sucumbieron la mayor parte de sus compañeros de desgracias. El lord Cochrane llevó á Chile los grilletes que tenían puestos aquellos desgraciados, cuyo tratamiento dió lugar á contestaciones acaloradas entre el lord Cochrane y el virrey, sobre el mal trato de los patriotas prisioneros de guerra.

El virrey contestó en términos muy corteses; pero negando que los patriotas prisioneros sufriesen mal tratamiento, y no accedió al canje de los cogidos en el bergantín corsario el *Maypo*, que había sido apresado después de un reñido combate bajo pretexto de ser piratas. Los oficiales del *Maypo* que sobrevivieron al combate, fueron tratados como malhechores por espacio de diez y seis meses, llegando el peso constante de los grillos á secarles casi las piernas. El comandante, capitán Brown, lo sentenciaron á muerte, y por espacio de un año esperaba cada día que llevaran á efecto la sentencia, hasta que por la ayuda de Alomi, cabo de la guardia que le escoltaba, pudo escaparse y guarecerse á bordo del *Tyne*, buque de S. M. Británica. El capitán Falcón que lo mandaba, se negó á entregar el preso al virrey como había reclamado, el cual en una violenta y voluminosa correspondencia quiso probar remontándose á hechos y antecedentes desde el año 1499, y acabando en el de 1808, que el comandante inglés había traspasado los límites que fijan el derecho y las leyes de las naciones. Pero el capitán Falcón, dando más fuerza á la humanidad que á las leyes, tomó sobre sí la responsabilidad, salvando á un valiente conciudadano suyo expuesto á perecer en un calabozo al

© Ministerio de Cultura

furor de malos tratamientos, ó á sufrir una inmediata y violenta muerte*.

El cabo Alomi había sido oficial al servicio patriota; hecho prisionero en Colombia fué obligado á servir en el regimiento de Numancia é intentó pasarse á los patrio-

* Entre los prisioneros encerrados en las casamatas del Callao, estaba el amable, valiente y desgraciado capitán Esmonde, hermano de Sir Tomás Esmonde. Las circunstancias que acompañaron la cautividad y libertad de Esmonde son sumamente interesantes, respecto á que ellas ofrecen un ejemplo de justicia retributiva, en que fué castigada la bárbara crueldad de un opresor por la influencia inmediata de su víctima, de un modo más breve y sencillo que generalmente ocurre en el curso de los acontecimientos humanos.

Una de las autoridades en Pisco, á cuyo cuidado estaban los prisioneros patriotas, era D. Francisco Algorte, que además de la tiranía brutal que ejercía sobre aquellos desgraciados, llegó frecuentemente al acto infame y cobarde de dar de palos con su bastón al honrado capitán Esmonde.

De esta situación, mil veces peor que la misma muerte á un caballeroso y bizarro oficial, fué trasladado Esmonde á las casamatas del Callao, de donde le pusieron en libertad por la bondadosa intercesión del capitán Shirreff de la fragata de S. M. Británica la *Andromaca*, con quien regresó á Inglaterra en cumplimiento de las estipulaciones hechas para obtener su libertad.

Cuando los patriotas al mando del coronel Miller tomaron á Pisco en 1821, se apoderaron y confiscaron una grande hacienda perteneciente á Algorte, como propiedad de un español exaltado de quien no podían fiarse ni debían guardar consideración alguna.

Algorte se presentó en Lima, y en el curso de pocos meses alcanzó el favor de algunos amigos poderosos por medio de regalos hechos oportunamente, cuya influencia había casi obtenido del protector la restitución de sus estados; nada, pues, faltaba para completar sus deseos, sino el atestado de Miller sobre el cual debía apoyarse y legitimarse la restitución.

Para conseguirlo, acudió á un amigo común de ambos, comerciante español de mucho crédito y consideración en el país. Este caballero, sin aventurarse á entrar en particulares, dijo á Miller que estaba autorizado á suscribir á cualquiera clase de condiciones. Otro comerciante inglés, íntimo amigo de Miller, fué empleado también en la negociación, el cual en un tono de broma le insinuó que en el caso de que diese un informe favo-

© Ministerio de Cultura

tas; pero el oficial de la guardia no creyó debía hacer extensiva la protección del buque á un súbdito peruano y no le recibió á bordo. Este infeliz fué cogido por los realistas y sentenciado á ser pasado por las armas; pero la sentencia no fué puesta en ejecución, y este hecho como otros de su especie manifiestan el carácter humano del virrey.

rable, se hallaría con la agradable sorpresa de cinco ó seis mil duros de centinela á la puerta de su cuarto.

El capitán Esmonde, que había cumplido ya las condiciones de su libertad y regresado al Perú, se hallaba casualmente en aquel momento en Lima. Por consiguiente, Miller, que había oído algunos rumores sobre el tratamiento que había dado Algorte á los prisioneros, se dirigió á él para alcanzar un exacto conocimiento de todo, sin decirle entonces ni después la causa de sus informaciones. El capitán Esmonde contó simplemente la conducta que observó Algorte con respecto á él y á sus compañeros; el resultado puede inferirse. Miller dió inmediatamente su informe, y Algorte perdió para siempre sus estados.

El gobierno peruano empleó después al capitán Esmonde, para examinar y extender un informe sobre la posibilidad de abrir canales cerca de Tarapacá. Del buque en que se embarcó no ha vuelto á tenerse noticia, y se supone se fué á pique en alta mar.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO X

Balcarce.--Concepción.—Benavides.—Sus atrocidades.—Indios araucanos.—La escuadra chilena da la vela.—Malograda tentativa contra el Callao.—Se dirige á Pisco.—Muerte del teniente coronel Charles.—Su carácter.—El mayor Miller es herido.—La escuadra sale para Guayaquil.—Su regreso.

Habiéndose retirado el general Osorio desde Maypo á Talcahuano, permaneció en aquel punto con la gente que había podido reunir, hasta el mes de Septiembre inmediato, que, ciego por sus temores, destruyó las fortificaciones y se embarcó para el Callao. El general Sánchez, que se hallaba en el interior, quedó mandando en la provincia de la Concepción.

A principios de 1819 marchó el general Balcarce con tres mil patriotas en busca del general Sánchez que había aumentado sus fuerzas á dos mil hombres, y desalojó á los realistas de las islas de Laja y de Nacimiento, puntos ambos mal fortificados.

La antigua ciudad de la Concepción ó Penco estaba deliciosamente situada sobre la orilla derecha del río Bío-Bío, y su población pasaba de treinta mil almas cuando un terremoto la redujo á escombros. La ciudad nueva, edificada casi en el mismo sitio, había sufrido infinito por la sucesiva ocupación de realistas, patriotas é indios araucanos. Sus inmediaciones están expuestas también á las incursiones de los últimos, cuya costumbre es matar á cuantos hombres encuentran y llevarse

© Ministerio de Cultura

las mujeres: algunos cientos de ellas estaban cautivas en el tiempo á que se hace referencia.

El general Sánchez reunió las fuerzas de la Concepción, Chillán y Laja, y se retiró al territorio araucano á la noticia de que los patriotas avanzaban. Este general había ganado varios caciques, y tuvo la maña de alcanzar el favor nunca visto de que las tropas españolas atravesaran el territorio araucano para ir á Valdivia, sesenta leguas al Sur de Talcahuano.

Cuando el general Sánchez estaba en el acto de atravesar el río Bío-Bío le alcanzó el general Balcarce, y después de haber perdido los realistas seiscientos hombres en una inútil defensa tuvieron que huir precipitadamente. Los tenientes coroneles Viel y D. M. Escalada y el mayor Caxaravilla se distinguieron particularmente en aquella ocasión. Balcarce* volvió á Santiago, dejando al coronel Freyre en el mando militar y político de la provincia de la Concepción.

El general realista Sánchez llegó á Valdivia con novecientos hombres, pero no sin grandes dificultades, pues los caciques del territorio por donde transitaban le

* D. Antonio de Balcarce sirvió con distinción en España, y en 1807 fué hecho prisionero en Montevideo por los ingleses. Este general fué uno de los primeros que abrazó la causa de la independencia, y alcanzó á Buenos Aires sus primeros laureles en Cotagaita. El carácter público y privado y las cualidades distinguidas que le adornaron, hicieron lamentar á todos su muerte ocurrida el 15 de Agosto de 1819, y su patria sufrió con ella una pérdida irreparable. Este general pertenecía á una de las familias más respetables de Buenos Aires, y aún existen dos hermanos suyos llamados D. Marcos y D. Juan Ramón, que han prestado servicios importantes á la causa de la independencia de su país.

En virtud de los méritos del general Balcarce, el Congreso decretó una pensión vitalicia de 600 duros anuales á una de sus hijas. Su memoria se conserva con el respeto y veneración debida á su patriotismo, integridad, celo y actividad manifestados en su gloriosa carrera.

© Ministerio de Cultura

exigían regalos y le costó mucho poder conservar la buena armonía. Por la misma razón y contentar aquellos bárbaros iban dando los soldados cuantas cosillas tenían de metal, y llegaron á Valparaíso sin un botón en las casacas.

Para mantener su disposición hostil contra los patriotas quedó con ellos el célebre partidario Benavides con algunos voluntarios desalmados. Estas bandas destructoras de salteadores, aumentadas con desertores de los independientes, llegaron á ser tan formidables que el coronel Freyre con dos mil hombres apenas podía contenerlos. Gruesos destacamentos patriotas cruzaron el río Bío-Bío para acabar con aquellos bandidos; pero después de algunas acciones y pérdidas considerables tuvieron siempre que retirarse sin haber conseguido su objeto.

Las atrocidades cometidas por Benavides son casi increíbles. El capitán Quitospi, oficial ruso al servicio de los patriotas; el coronel O'Carrol, qne había servido en España; el teniente Bailey y otros muchos oficiales fueron heridos y tomados prisioneros en diferentes acciones de guerra, y entre otras bárbaras mutilaciones con que parecían saciar su rabia les cortaron la lengua. El general D. Andrés Alcázar, hombre que gozaba de un crédito distinguido por sus virtudes y su bizarría, y que por su edad avanzada le consideraban el patriarca de la provincia, cayó en manos de los indios y sufrió las mismas mutilaciones. Tales eran los efectos de los recuerdos que tenían que vengar, pues no han olvidado aún los araucanos el trato y empalamientos de sus antepasados, y las crueles injusticias que los españoles cometieron con ellos en tres siglos de vanos esfuerzos para subyugarlos. Sus canciones marciales y sus tradiciones les excitaban continuamente sentimientos de odio, recordándoles las victorias obtenidas por sus mayores sobre los bárbaros blancos, y este sentimiento les hacía ocuparse poco sobre el partido por quien lidiaban, con tal

© Ministerio de Cultura

que sirviesen de instrumento para la destrucción de alguno de ellos, puesto que consideraban á ambos como enemigos naturales. Quizás el mismo Benavides debió parte de la popularidad que gozaba con los indios á su aborrecimiento á los mismos españoles á quienes servía, como lo probó manifiestamente fusilando y ahorcando bajo diversos pretextos á cuantos oficiales respetables españoles le enviaron desde Valdivia para que le auxiliasen.

Tres meses de incesante trabajo empleó el lord Cochrane en la manufactura de cohetes á la Congreve y en otros preparativos para atacar nuevamente los buque españoles guarecidos bajo el tiro de los fuertes del Callao; y el 12 de Septiembre de 1819 dieron la vela para Valparaíso los buques siguientes:

	Cañones.	
La *O'Higgins*.....	48	Vicealmirante lord Cochrane.
El *San Martín*.....	60	Contraalmirante Blanco. Capitán Wilkinson.
La *Lautaro*.....	46	Capitán Guise.
La *Independencia*...	28	— Forster.
La *Victoria* y la *Jerezana*,		dispuestas para emplearlas como brulotes.
El *Galvarino*.....	18	Capitán Spry. Reunidos después
El *Araucano*.....	16	— Crosbie. á la escuadra.

Para el servicio de marinos en la escuadra embarcaron cuatrocientos soldados, siendo la guarnición destinada á cada buque chileno doble de la que emplean los ingleses para los suyos; bien que el soldado chileno embarcado en esta forma hace funciones de marinero y de soldado. El teniente coronel Charles, que tenía á su cargo lo perteneciente á la elaboración y dirección de los cohetes fué nombrado comandante de las tropas embarcadas, y el mayor Miller se embarcó nuevamente de segundo en el mando de ellas.

El 29 de Septiembre entró la escuadra en la bahía de Coquimbo, en cuyo punto se embarcaron algunos sol-

© Ministerio de Cultura

dados más. Coquimbo es la ciudad principal de la provincia del mismo nombre, cuyo territorio es fértil y contiene ricas minas de cobre. La ciudad está situada á veinte millas del puerto y su población asciende á diez mil almas. Esta ciudad es notada por la salubridad de su clima y la hospitalidad de sus habitantes, los cuales unidos á unos cuantos comerciantes extranjeros manifestaron el aprecio que hacían de los servicios de la tropa, reuniendo en pocas horas una suscripción de cuatrocientos duros para que el mayor Miller les comprase lo que creyera serles más necesario. El 17 salió la escuadra para el Callao, y el 28 pasaron á bordo de la capitana los comandantes de los otros buques para recibir órdenes y enterarse del plan de ataque.

La *O'Higgins* debía ir á la cabeza; el *San Martín* y la *Lautaro* seguirla inmediatos, y los tres anclar paralelamente á los buques enemigos. El mayor Miller en una balsa que conducía un mortero, debía colocarse á vanguardia del ala izquierda de la línea, hacia Boca Negra, donde desagua el río Rimac. El capitán Hind en otra balsa con cohetes debía situarse entre la anterior y la *O'Higgins*. El teniente coronel Charles, en otra balsa también con cohetes, debía colocarse á la derecha de la *Lautaro*; y el *Galvarino* y el *Araucano* con los dos brulotes anclar al frente de la punta NE. de la isla de San Lorenzo. Los bergantines debían ponerse á la vela al principiar el combate; y con la *Independencia* cruzar por fuera de la línea patriota, para estar prontos á interceptar cualquier buque enemigo que intentara escaparse.

El 30 entró la escuadra en la bahía del Callao. La *O'Higgins* izó bandera blanca, y el lord Cochrane envió un bote á tierra con una carta para el virrey, desafiándole á enviar fuera del puerto los buques que quisiera, que él ofrecía atacarlos buque á buque y cañón á cañón. Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de la guerra recibió una lacónica negativa, como debía esperarse; y

© Ministerio de Cultura

la medida, también inútil, de enviar un cohete en el bote para enseñarlo á los realistas, produjo una diferente impresión de la que esperaban.

En la noche del 2 ejecutaron un ataque parcial: colocado á vanguardia el *Galvarino* llevó á remolque la balsa con el mortero, mandada por el mayor Miller y bajo un vivísimo fuego del enemigo la colocó á ochocientas varas de sus baterías. El *Pueyrredón* le seguía con las bombas y repuesto en otra balsa, y el *Araucano* iba después, conduciendo la balsa de los cohetes al mando del capitán Hind. El teniente coronel Charles en la última balsa, fué conducido á remolque por la *Independencia*, y el resto de la escuadra permaneció anclada.

A los individuos empleados en el servicio de las balsas les proveyeron de preserva vidas, hechos de hoja de lata en forma de un peto de coraza y llenos de aire. Las balsas tenían dos pisos, y estaban construídas con grandes maderos de las dimensiones de los durmientes que se emplean en las explanadas de las baterías; y el piso superior estaba elevado únicamente un pie de la superficie del mar. Solo uno de cada seis cohetes salió cual correspondía; algunos reventaron, por que los cilindros eran malos; otros tomaban una dirección indebida, por que las varas eran de madera mala; y la mayor parte quedaban cortos. Las bombas echaron á pique una lancha cañonera, y produjeron algún estrago en los fuertes y en los buques; pero faltaron las bragaduras del afuste, y con gran dificultad pudieron conservar unidos los maderos de que se componía la balsa, perdiendo mucho tiempo en reparar el mal estado en que habían quedado las amarras y trincaduras. La luz del día principió á dejar percibir los objetos, y no habiendo llenado el suyo los cohetes, mandaron retirar las balsas, las cuales fueron remolcadas hasta los respectivos buques que las habían conducido, por botes dejados al intento, y aquellos las sacaron del tiro del enemigo en la misma

© Ministerio de Cultura

forma que las habían llevado. Así se malogró un ataque de que habían concebido tantas esperanzas, y cuyo resultado sorprendió á todos desagradablemente; pero la pérdida de solo veinte hombres entre muertos y heridos fué insignificante para el vivísimo fuego que tuvieron que sufrir. El *Galvarino* recibió cuarenta balazos, y las baterías hacían fuego con bala-roja aunque con poco efecto.

Todos los hombres empleados en aquella acción se habían ofrecido voluntariamente; sin embargo tal eran los efectos del fuego horroroso que había, que un soldado, poseído del terror más espantoso, se echó dos ó tres veces al agua desde una de las balsas. El teniente Bayly, joven bizarro y de los oficiales más activos, fué partido de un balazo de á 24 por la mitad del cuerpo, cuya bala se llevó también la cabeza de uno de los marinos de la balsa del mortero. La explosión repentina de algunos cohetes quemó considerablemente á doce individuos; y el capitán Hind y mucha gente del servicio de las balsas cayeron á la mar en medio de la confusión de la noche; pero no se ahogaron por el preserva vidas que llevaban. En la noche del cuatro tuvo la escuadra patriota una grande diversión, por la alarma que produjo en la costa un barril de alquitrán encendido, que la marea llevaba hacia los buques españoles. Los fuertes y los buques rompieron un fuego horroroso contra el barril, y el cual duró cerca de una hora con gran gusto y burlas de los soldados y marineros patriotas.

Frustrado el intento por la inutilidad de los cohetes, determinó el almirante probar las ventajas que podía sacar empleando los brulotes. En su consecuencia completaron y aprestaron uno de ellos, y el teniente Morgell con unos cuantos hombres se hizo á la vela en él á las ocho de la noche del día 5, y navegó directamente hacia los buques españoles con el mayor valor; pero el viento calmó y acribillaron á balazos al brulote; el cual haciendo agua excesivamente tuvieron que abandonar botando

© Ministerio de Cultura

fuego á la mecha; pero hizo la explosión á demasiada distancia de los buques españoles, para causar alguna avería de consideración. Nuevamente emplearon la balsa de los cohetes, pero con tan poco efecto como la primera vez. El otro brulote al cargo del teniente Cobbett * lo conservaron en reserva, para servir en otra ocasión.

El *Araucano* que había salido el 4 á cruzar fuera de bahía, volvió el 6, y su capitán Crosbie dijo que había visto una vela sospechosa á seis millas á barlovento de los Chorrillos, y que no dudaba era una fragata. La escuadra se hizo inmediatamente á la vela y muy pronto avistó el buque sospechoso; pero equivocándolo el lord Cochrane con un norteamericano de la pesca de la ballena, volvió el 7 á su anterior fondeadero. Luego supieron que era la fragata española *Prueba*, de cincuenta cañones, que había salido de Cádiz con dirección á Lima; pero que, habiendo avistado la escuadra patriota, viró y escapó á Guayaquil. En la casi momentánea ausencia de la escuadra de bloqueo, entró con entera libertad en el puerto del Callao un buque español, cuyo cargamento estaba valuado en medio millón de duros.

Considerando el almirante que no era posible destruir los buques españoles en el Callao sin arriesgar demasiado la escuadra patriota, resolvió un plan diferente de operaciones. En la tarde del 7 de Octubre se hizo á la vela la escuadra con la intención de ir á Arica; pero algunos de los buques eran tan poco veleros que, después de navegar tres semanas á barlovento y contra las corrientes, determinó el lord Cochrane desembarcar los marinos en Pisco para proveer la escuadra de aguar-

* Este oficial que sirvió con entusiasmo y distinción en la causa de la independencia, se perdió desgraciadamente con toda la tripulación en la fragata *O'Higgins* que mandaba, y que se supone haberse ido á pique al frente del Cabo de Hornos, yendo desde Valparaíso al Río de la Plata, en 1826.

© Ministerio de Cultura

diente. Con este objeto trasbordaron trescientos cincuenta soldados á bordo de la *Lautaro*, del *Galvarino* y del transporte que debió servir de brulote; y el lord Cochrane continuó hacia el Norte con la *O'Higgins*, el *San Martín*, el *Araucano* y el *Pueyrredón*, dejando al capitán Guise con el mando de las fuerzas que iban á Pisco.

Esta villa está situada á una milla de la costa en la espaciosa bahía de Pararca, distante catorce leguas al Norte y poniente de Ica. Pisco es la factoría ó depósito del aguardiente que toma su nombre, que destilan en grande cantidad de la uva que producen los valles de Palpa, Nasca, Chincha, Cañete é Ica: el azúcar es otro artículo de exportación. El pueblo tiene cerca de dos mil habitantes, y el valle de Chunchanga que está contiguo contiene cinco mil, de los cuales los dos tercios son esclavos negros.

Los patriotas sabían que un fuerte destacamento de tropas regladas ocupaba á Pisco á petición de los comerciantes y propietarios realistas para proteger los efectos que tenían depositados en aquel punto. La intención de los patriotas era desembarcar de noche y sorprender la guarnición; pero el viento calmó y no pudieron aproximarse los buques para verificar el desembarco hasta después de amanecido el día 7 de Noviembre de 1819. Al desembarcar les informaron que la guarnición española constaba de mil hombres; así, pues, habría sido prudente el reembarque de los patriotas, especialmente cuando las dos terceras partes de los marinos eran reclutas que no sabían la escuela de pelotón; pero el recuerdo de las tentativas malogradas al frente del Callao produjo el deseo unánime de atacar.

La fuerza de los españoles, que se componía de seiscientos infantes, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de artillería de campaña al mando del teniente general González, formaron para recibir á los patriotas. La artillería de campaña, sostenida por la caballería, ocupa-

© Ministerio de Cultura

ba á la izquierda una alturita que domina la entrada del pueblo, en cuya plaza se hallaba formada la infantería, y su ala derecha estaba defendida por un fuerte construído en la costa.

El teniente coronel Charles con veinticinco hombres desfiló al frente por su derecha para reconocer la izquierda del enemigo, mientras que el mayor Miller con el resto de los marinos adelantaba sobre el pueblo. El capitán Hind con una partida de coheteros, formada de marineros, llamaba al mismo tiempo la atención del fuerte. Los españoles hacían un fuego horroroso, tanto con la artillería de campaña y del fuerte, como con la infantería colocada detrás de las tapias, en los tejados de las casas y en la torre de la iglesia. La columna patriota avanzó sin tirar un tiro, y en el mayor silencio, conservando la serenidad y la firmeza de unos veteranos, á pesar de la pérdida que sufrían á cada paso. El silencio, la rapidez y el buen orden con que avanzaban infundió un terror pánico á sus enemigos, que huyeron cuando se acercaron á quince varas de sus bayonetas y fueron completamente batidos. El bizarro teniente coronel Charles fué herido mortalmente en uno de los ataques que rechazó fuera del pueblo; la última descarga de los españoles en la plaza causó varias heridas de consideración al mayor Miller *, y ambos fueron conducidos á bordo de la *Lautaro*. Estos dos amigos, cuyas heridas parecía aproximarles por momentos á su fin, se despidieron tiernamente uno de otro cuando conducían á Charles por la cámara de popa, donde por la bondadosa amistad del capitán Guise se hallaba ya Miller colocado.

* Una bala de fusil le hirió en el brazo derecho; otra le inutilizó la mano izquierda para siempre, y otra tercera le entró por el pecho, le rompió una costilla y le salió por la espalda. Por espacio de cuatro días creyercn los cirujanos imposible que sobreviviera, y en los diez y siete siguientes tuvieron poquísimas esperanzas.

© Ministerio de Cultura

Charles murió á las pocas horas. Sereno y en sí hasta el último momento de su existencia, la forma en que murió hiciera honor á cualquier héroe de la antigüedad ó de los tiempos modernos. Este oficial era bizarro y de grandes talentos, al paso que la gentileza y suavidad de sus maneras le habían granjeado el cariño y respeto de cuantos le conocían*.

El capitán Sowersby†, que sucedió al mando de los marinos, permaneció en la costa cuatro días sin que nadie osara molestarle y en cuyo tiempo embarcaron cuantos efectos necesitaban los buques. Una partida de marineros destruyó por valor de doscientos mil duros en aguardientes que estaban en la playa.

Entre los oficiales que se distinguieron además de los que se han nombrado, lo fueron el capitán D. Manuel

* Charles fué educado en la academia militar de Woolwich. Habiendo obtenido una tenencia en el cuerpo de artillería, marchó con un destacamento de su arma á Portugal en 1808, nombrado para servir en la Legión Lusitana que se estaba formando á las órdenes de Sir Roberto Wilson, el cual pronto conoció las cualidades distinguidas que le adornaban, y le nombró su ayudante de campo. En todo el tiempo que sirvió en la guerra de la Península, se distinguió por sus talentos, actividad y bizarría. Cuando Sir Roberto Wilson pasó á Constantinopla enviado para mediar en las negociaciones de paz entre la Rusia y la Puerta, Charles fué empleado nuevamente en el Estado Mayor de aquel general, pero no se reunió á él hasta que Sir Roberto Wilson había sido nombrado encargado militar en el ejército ruso. Durante toda la campaña de Alemania y de Italia, continuó Charles desempeñando las funciones de su ayudante de campo, y se atrajo la estimación y aprecio de los jefes aliados. Los soberanos le distinguieron particularmente, y le confirieron las cruces de San Jorge de Rusia, del Mérito de Prusia y la de María Teresa de Austria. Quizá no ha existido jamás un oficial que sirviendo en ejércitos extranjeros haya sido tan universalmente distinguido, y que desplegase cualidades que le dieran más derechos á ser estimado, ya fuese por sus conocimientos en su profesión ó por sus cualidades personales.

† Muerto en la batalla de Junín.

© Ministerio de Cultura

Urquisa, natural de Buenos Aires y que fué gravemente herido; el capitán Guitica, alemán; el teniente Rivera, chileno; el teniente Carson, norteamericano, y monsieur Soyer, francés, contador de la *Lautaro* y que sirvió en clase de voluntario*.

La *Lautaro*, su compañero y el transporte se reunieron el 16 con el lord Cochrane al frente de Santa, 8° 48″ latitud Sur. El subteniente Vidal, que había quedado á bordo de la almiranta con los marinos que no marcharon en la expedición de Pisco, tomó posesión de Santa después de haber batido un número de milicianos tres veces mayor del que mandaba.

Habiéndose provisto la escuadra del agua y provisiones que necesitaba, se hizo á la vela; y el 21 la *O'Higgins*, la *Lautaro*, el *Galvarino* y el *Pueyrredón* tomaron rumbo hacia el Norte. Una especie de calentura cerebral, llamada *chavalongo*, principió á propagarse en la escuadra, y de la cual morían cinco ó seis hombres diariamente.

El *San Martín* y la *Independencia*, donde reinaba más aquella enfermedad, recibieron orden para hacer fuerza de vela á Valparaíso. El contraalmirante Blanco pasó á bordo de la *Lautaro* á ofrecer á Miller conducirle á Chile; pero en la situación precaria en que se hallaba entonces creyeron peligroso trasbordarle.

El 27 de Noviembre entró el lord Cochrane en el río Guayaquil, y á pesar de lo peligroso de la navegación por los muchos bancos de arena que se encuentran, continuó toda la noche con toda vela: y á la mañana siguiente apresó el *Aguila* y la *Begoña*, dos buques de ochocientas toneladas y veinte cañones cada uno, cargados de tablazón, y antes que sus tripulaciones pudiesen huir á la costa. La fragata española *Prueba*, que por casualidad pudo salvarse cerca del Callao, la habían subido río arriba cinco días antes, y aligerada de la

* Nunca se ha publicado parte alguno de la acción de Pisco.

© Ministerio de Cultura

artillería la fondearon en un bajo protegida por las baterías.

El 30 desembarcaron sesenta marinos al mando del teniente Carson para procurar carne fresca, verduras y fruta, artículos de que abunda el país. La fruta, y particularmente la piña, es deliciosísima. Las orillas del río son llanas, pantanosas y cubiertas de maleza; el río está lleno de aligadores ó especie de cocodrilos; el clima es insufriblemente caluroso; la tierra está cubierta de reptiles, y el aire infestado de insectos. Los mosquitos son tan numerosos que apagan algunas veces una luz. Las casas están construídas sobre estacas ó pilotaje, de modo que el piso bajo se eleva del terreno algunos pies.

El 13 de Diciembre fué trasladado Miller en su catre de la *Lautaro* á la *O'Higgins*, y ambas fragatas salieron del río, llevándose las dos presas que habían hecho y con orden de hacer fuerza de vela para Valparaíso. El *Galvarino* y el *Pueyrredón* quedaron para cruzar por aquellas aguas.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XI

La «O'Higgins» reconoce el puerto de Valdivia.—Toma del bergantin de guerra «Potrillo».—Interesante encuentro.—Concepción.—Refuerzo.—La «O'Higgins» toca contra una roca.—Desaliento á bordo.—Sangre fría del lord Cochrane.—Toma de Valdivia.

Habiendo tomado el lord Cochrane la altura que es indispensable cuando se sale de aquellas costas de Norte á Sur, y hallándose á los 110° de longitud Oeste, casi á la misma distancia de Valdivia que de Valparaíso, resolvió hacer un reconocimiento en el primero.

El 18 de Enero de 1820 se presentó en él con bandera española. Con este motivo fué llevado sobre cubierta por primera vez el mayor Miller, once semanas después de haber sido herido en Pisco. En el acto hicieron señal pidiendo práctico, el cual con un oficial de la guarnición y cuatro soldados para remar, salió de la costa para señalar un fondeadero seguro, y por consiguiente fueron detenidos, y por su medio obtuvieron algunas noticias importantes.

Mientras que la *O'Higgins* estaba dentro del puerto haciendo el reconocimiento se presentó á la vista un buque sospechoso, y después de darle caza tres horas lo apresaron. Este era el bergantín de guerra español el ***Potrillo***, de diez y seis cañones, que hacía dos días había salido de Chiloe con dirección á Valdivia, conduciendo pliegos y veinte mil duros para pago de la guarnición.

En esta ocasión ocurrió uno de aquellos encuentros

© Ministerio de Cultura

interesantes y que se ofrecen pocas veces. El capitán Benet, secretario del almirante, que por algún evento quedó abandonado en el territorio araucano, hacía diez y siete años, reconoció entre los prisioneros á toda la familia de Del Río, cuyos padres le habían rescatado de los araucanos y adoptado por hijo. Esta familia le había tratado como á tal y permaneció con ella hasta que la mezquina política del sistema colonial español obligó al gobernador de la Concepción á enviarle á Lima respecto que era súbdito inglés; pero un nuevo é inesperado accidente los reunió otra vez al cabo de un intervalo de diez y seis años. El ardor paternal y filial con que se abrazaron al reconocerse excitó la sensibilidad y simpatía de cuantos presenciaban aquella escena verdaderamente tierna. El secretario añadía al placer de hallar á sus bienhechores el de encontrarse en situación de compensar en cierto modo la bondadosa acogida y protección que había experimentado cuando como niño y prisionero necesitaba una mano protectora que le salvase del estado mísero á que un azar le había conducido.

Al entrar en la bahía de Talcahuano en la noche del 20 de Enero, la *O'Higgins* encalló cerca de la isla de Quiriquina, pero pronto salió de aquel conflicto. En aquella bahía hallaron inesperadamente al bergantín *Intrépido*, mandado por el capitán Carter, y la goleta *Motezuma*: el mayor Miller fué á tierra y marchó á caballo á la Concepción; pero estaba tan débil que no podía montar ni apearse sin ayuda. El lord Cochrane montó á caballo á la mañana siguiente y fué á la ciudad, cuyo gobernador, el coronel Freyre, salió á recibirle á una legua, y dió un convite con aquel motivo. Cuarenta personas se sentaron á la mesa, y para probar la hospitalidad del país, debe decirse que presentaron comida suficiente para seiscientos hombres.

El mayor Miller pasó el río Bío-Bío para inspeccionar el fuerte de San Pedro; este estaba armado con cuatro

© Ministerio de Cultura

cañones de á nueve, y defendido con foso, estacada y una galería corrida en forma de casamata á prueba de fusil todo alrededor del recinto. La guarnición se componía de cincuenta hombres, la cual era atacada con tanta frecuencia por los araucanos, que tenían que dormir con las armas en la mano, conservando levantado día y noche el puente levadizo, porque ni un solo momento dejaban los indios de estar en acecho para sorprenderlos. Los araucanos habían atacado dos días antes, y fueron rechazados con la pérdida de su jefe, hermano de Benavides. A pesar de esta ventaja, no pudo aventurarse la guarnición á hacer una salida, y aquellos audaces indios conservaban aún posesión de las alturas inmediatas.

Habiendo concebido el lord Cochrane el plan atrevido de tomar á Valdivia por un golpe de mano, empleó toda su elocuencia para inducir al gobernador Freyre á que le facilitara un pequeño refuerzo. El gobernador le dió doscientos cincuenta hombres á las órdenes del mayor Beauchef, y se embarcaron en la fragata *O'Higgins*, en la goleta *Motezuma*, y en el bergantín de guerra el *Intrépido,* perteneciente á Buenos Aires. Todos estos buques dieron la vela el 25 de Enero á las cinco de la tarde, con poco viento y contrario; pero á la noche quedaron en calma. El oficial de guardia, retirándose de cubierta, dejó encargado el cuidado de la *O'Higgins* á un guardia marina, el cual, habiéndose dormido, no dió aviso al levantarse nuevamente el viento. Al pasar por frente de la isla Quiriquina, tocó la fragata contra una punta saliente de una roca, y quedó suspendida por medio de la quilla. El choque fué tal que produjo la mayor alarma, pues si la marejada hubiese aumentado, se habría hecho mil pedazos. Lord Cochrane conservó su acostumbrada serenidad, mandó echar los anclotes, lo presenció todo por sí mismo, y al fin sacó del peligro á la fragata. Su destreza y presencia de ánimo en aque-

© Ministerio de Cultura

llos difíciles momentos, hizo una profunda impresión en cuantos presenciaron sus acciones. Cuando la fragata estaba ya fuera del peligro, algunos oficiales le indicaron que sería útil reconocerla, pero un *no* seco, fué la contestación; y volviéndose á Miller, dijo: «Y bien mayor, es preciso tomar á Valdivia; antes que volver atrás, fuera mejor que nos ahogásemos todos.» El lord Cochrane estaba sumamente sentido del mal éxito de sus ataques contra el Callao, y conocía que sus enemigos en Chile clamarían contra él si volvía sin haber hecho algo decisivo; razones todas que le habían decidido á correr toda clase de riesgos para alcanzar nuevos laureles que enmudecieran á sus émulos y compensaran sus desgraciadas tentativas. «Calculando friamente el asunto», dijo el almirante á Miller, «aparecería tal vez que pensar en la toma de Valdivia es una locura; pero eso mismo es una razón para intentarla, puesto que los españoles difícilmente nos creerán resueltos á ejecutarla, aun después que la hubiésemos principiado. Usted verá que un ataque atrevido, y después una poca de perseverancia, nos darán un triunfo completo. Las operaciones que no espera el enemigo son casi seguras, cuando se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia, y la victoria justifica la empresa de la imputación de temeraria.»

Los oficiales participaron del mismo espíritu emprendedor, y aplaudían con entusiasmo una resolución que había de restablecer el crédito y lustre de la armada, haciendo olvidar los descalabros anteriores. De tal modo estaba resuelto el almirante á llevar á cabo su plan, que hasta puesto el sol del día 26, no quiso recibir el parte de «Hay cinco pies de agua en la bodega». En aquel momento se hallaba la fragata á treinta millas de tierra; las bombas estaban en tan mal estado, que no podían hacer uso de ella; y á las ocho le dieron parte de haber siete pies. El carpintero, que era bastante malo, no pudo, á pesar de sus esfuerzos, componer las bombas, y

© Ministerio de Cultura

el agua, aunque la sacaban con cubos, iba siempre en aumento.

El almacén de la pólvora se había inundado, y las municiones de todas especies se habían inutilizado, excepto los cartuchos que tenían los soldados en las cartucheras. La alarma y desesperación se veían marcadas en los semblantes de la mayor parte de la gente. Entonces lord Cochrane se quitó la casaca, se remangó las mangas de la camisa, y á media noche consiguió poner en uso dos bombas. Por su incansable actividad y destreza, no se fué á pique la fragata; y por la firmeza y serenidad de su conducta, impidió que la abandonasen, como parecía indicar el deseo general.

A pesar de que reinaba una calma chicha, había una grande marejada; se habían perdido de vista el bergantín y la goleta; de los seiscientos hombres á bordo de la fragata, sólo podían haberse salvado en los botes ciento sesenta; la inhospitable costa de Arauco distaba cuarenta millas, y desembarcar en ella habría sido peor que la misma muerte; el carácter vengativo de los araucanos era bien conocido, y los que no veían esperanzas de poder conservar la fragata hasta la mañana, contemplaban la alternativa cruel que les aguardaba; pero el conflicto cedió á la actividad, la firmeza y la perseverancia. Felizmente lograron impedir que los progresos del agua continuasen; la goleta y bergantín se reunieron por la mañana, y todos juntos llegaron el 2 de Febrero á la latitud de Valdivia. Al estar á treinta millas de tierra y con una furiosa marejada, trasbordaron las tropas de la fragata á la goleta *Motezuma* y al bergantín *Intrépido*. Miller intentó subir á la goleta, para lo cual se agarró á las mesas de guarnición; pero no teniendo fuerza bastante por sus recientes heridas para acabar de hacerlo, como el almirante, ni mantenerse suspendido de ellas al separar el bote una furiosa oleada que se lo llevó á la profundidad que dejaba, estaba ya en el acto de soltarse y su-

© Ministerio de Cultura

mergirse, cuando el lord Cochrane le agarró y salvó de caer al mar, bajo el costado mismo de la goleta. Trasladado el almirante á la goleta, dejó la fragata para mantenerse cruzando fuera de vista de tierra, para evitar que los españoles en la costa entrasen en sospecha. El bergantín y la goleta hicieron fuerza de vela para llegar al puerto, con la esperanza de sorprender á los realistas; pero el viento era tan escaso, que al fin se convencieron que era imposible verificar el desembarco aquella noche.

El hermoso puerto de Valdivia, situado á los 39° 50′ latitud Sur, y 73° 28′ longitud Oeste, forma una especie de grande dársena rodeada por un bosque impenetrable de árboles elevados, que llegan hasta la misma orilla del agua, y está defendido y circundado por una cadena de fuertes colocados de forma, que no sólo defienden la entrada, sino que enfilan todos los puntos del puerto.

Estos fuertes son: al Este el Niebla y el Amargos al Oeste, que dominan completamente la entrada, la cual tiene de ancho, únicamente, tres cuartos de milla. El Corral, Chorocomayo, San Carlos y el Inglés defienden el lado del Oeste; el Manzanera, situado en una isla cerca de la extremidad Sur, ó fondo del puerto, y el Piojo y el Carbonero sobre el lado del Este. Estos fuertes estaban armados con ciento diez y ocho piezas de á diez y ocho y veinticuatro; y cada uno tenía además un foso profundo y su muralla, que no podía verse ni batirse desde el mar; excepto el Inglés, que no tenía más que la muralla cubierta con estacada. La fuerza de su guarnición, según las listas de revista del mes anterior, ascendía á setecientos y ochenta hombres de tropa reglada, y ochocientos veintinueve de milicias. La mayor parte de milicianos estaban en Osorno, treinta leguas hacia el estrecho de Magallanes, y los restantes en la ciudad de Valdivia, catorce millas á dentro del río. El bosque es tan impenetrable por las quebradas que lo atraviesan y

© Ministerio de Cultura

la espesura de la maleza, que no tenían los fuertes comunicación por tierra, sino por un camino estrecho y escarpado, que ondulando entre las rocas de la costa y el bosque, escasamente permite en ningún punto el paso de más de un hombre á la vez. Aún esta senda estrecha y difícil estaba enfilada, al atravesar un barranco profundo entre el fuerto Chorocomayo y Corral, por tres cañones situados sobre la cresta de la otra ladera.

Cerca de un cuarto de milla más allá del fuerte San Carlos, en prolongación de la parte meridional de la bahía, y fuera del puerto está situado el fuerte exterior, el Inglés, y á media milla hacia el Oeste del fuerte está la caleta ó pequeño paso donde puede desembarcarse; los fuertes se comunican entre sí y con el fuerte San Carlos, por medio de una senda tan estrecha, escarpada y tortuosa, como la que sirve de comunicación á los otros castillos.

Habiendo arbolado bandera española, anclaron la goleta y el bergantín á las tres de la tarde del 3 de Febrero, bajo el tiro del fuerte Inglés, frente á la caleta ó sitio de desembarco, y entre ambos. Cuando llegaron á la voz de tierra, encargaron al capitán Vázquez, español de nacimiento, que se había embarcado en Talcahuano en clase de voluntario, que dijera habían salido de Cádiz con el *Santelmo*, de setenta y cuatro cañones; del cual y del resto del convoy se habían separado por un fuerte temporal al frente del Cabo de Hornos, y que necesitaban les enviasen un piloto práctico. La marejada era tan violenta en aquel momento, que no permitía desembarcar en el acto, pues las lanchas habrían derivado al pie del fuerte por el impulso de las corrientes; y por consiguiente el objeto del lord Cochrane era esperar hasta la noche, cuando el viento hubiese calmado algo y la marejada se disminuyese. Los españoles, que habian principiado á concebir sospechas, mandaron á los buques que enviasen un bote á tierra; á lo cual estos con-

© Ministerio de Cultura

testaron, que los habían perdido todos en los recios temporales que habían sufrido. Esta contestación no satisfizo á la guarnición, la cual disparó inmediatamente los cañonazos de alarma, y enviaron expresos al gobernador de Valdivia. La guarnición de todos los fuertes del lado Sur se reunieron á la del Inglés: apostaron cincuenta ó sesenta hombres en la muralla que domina el terreno desde la caleta, y el resto, hasta unos trescientos hombres, formaron en una pequeña explanada á espaldas del fuerte.

Mientras adoptaban estas medidas de precaución y defensa, permanecieron los buques sin ser molestados; pero á las cuatro, una de las lanchas que cuidadosamente habían ocultado de la vista de los de tierra manteniéndola pegada al otro costado, se corrió á popa. Antes que pudieran nuevamente ocultarla, se percibió de ello la guarnición; y no quedándoles duda de la naturaleza hostil de la visita, rompieron inmediatamente un vivo fuego, y enviaron una partida de setenta y cinco hombres para defender el desembarcadero. Este destacamento lo contaron perfectamente los patriotas desde á bordo, porque iban uno á uno por la estrecha y escabrosa senda que conduce á la caleta. Habiendo atravesado los costados del bergantín, las primeras balas que dispararon del fuerte y matado dos hombres, dispusieron inmediatamente que subiese la tropa sobre cubierta y desembarcara sin la menor tardanza. Pero las dos lanchas que constituían el todo de los medios que los patriotas tenían para verificar el desembarco, parecían medios muy desproporcionados para llevar á cabo tan difícil empresa. Sin embargo, Miller con cuarenta y cuatro marinos salió en la primera lancha, y además de tener que vencer las dificultades que ofrecía la fuerte marejada, el alga marina que se había acumulado en abundancia cerca de la costa, se enredaba en los remos á cada golpe, é impedía el adelanto de los patriotas; los cuales principiaron á experi-

© Ministerio de Cultura

mentar los efectos del fuego horroroso que hacían los realistas apostados en el desembarcadero. Las balas de fusil atravesaron por diferentes parajes la lancha, y el agua penetraba en ella por los agujeros; cuatro ó cinco hombres fueron heridos, y algunos de los marineros cesaron de remar por algunos segundos, bajo pretexto de que el alga marina enredaba los remos; pero obligados á continuar, siguieron bogando con fuerza y buen humor. El timonel recibió un balazo en el hombro, con cuyo motivo Miller cogió el timón, y se sentó sobre un remo que había sobrante; pero hallando muy incómodo el asiento, quitó el remo, y, por consiguiente, quedó algo más bajo. No bien lo había verificado, cuando una bala le atravesó el sombrero, y pasó rozándole la coronilla de la cabeza. Entonces mandó contestar al fuego á algunos de los soldados que iban con él, y poco después saltó en tierra con los marinos; desalojó á los realistas de la caleta, se apoderó del puesto, y se hizo firme en él; pero estaba aún tan débil, que no pudo trepar aquellas breñas escarpadas y resbalosas, sin que le ayudasen.

Tan luego como las tropas de la segunda lancha vieron ejecutado el desembarco, aceleraron su marcha desde el bergantín, y en menos de una hora desembarcaron trescientos cincuenta soldados patriotas. Poco después de puesto el sol, avanzaron á la desfilada por la senda de la roca que conduce al fuerte Inglés, y la cual estaba muy resbaladiza por el agua, que la salpicaban las olas que se estrellaban con furia, y un ruido espantoso contra la costa; pero este ruido fué más bien favorable que adverso, á los patriotas. El destacamento realista, después de haber sido desalojado del desembarcadero, se retiró por la misma y única senda, y entró en el fuerte Inglés por una escala que quitaron en seguida; por consiguiente, no hallaron los patriotas á nadie en la parte exterior, que se opusiera á su marcha. Los soldados avanzaron bizarramente al ataque; pero por la naturaleza de la senda

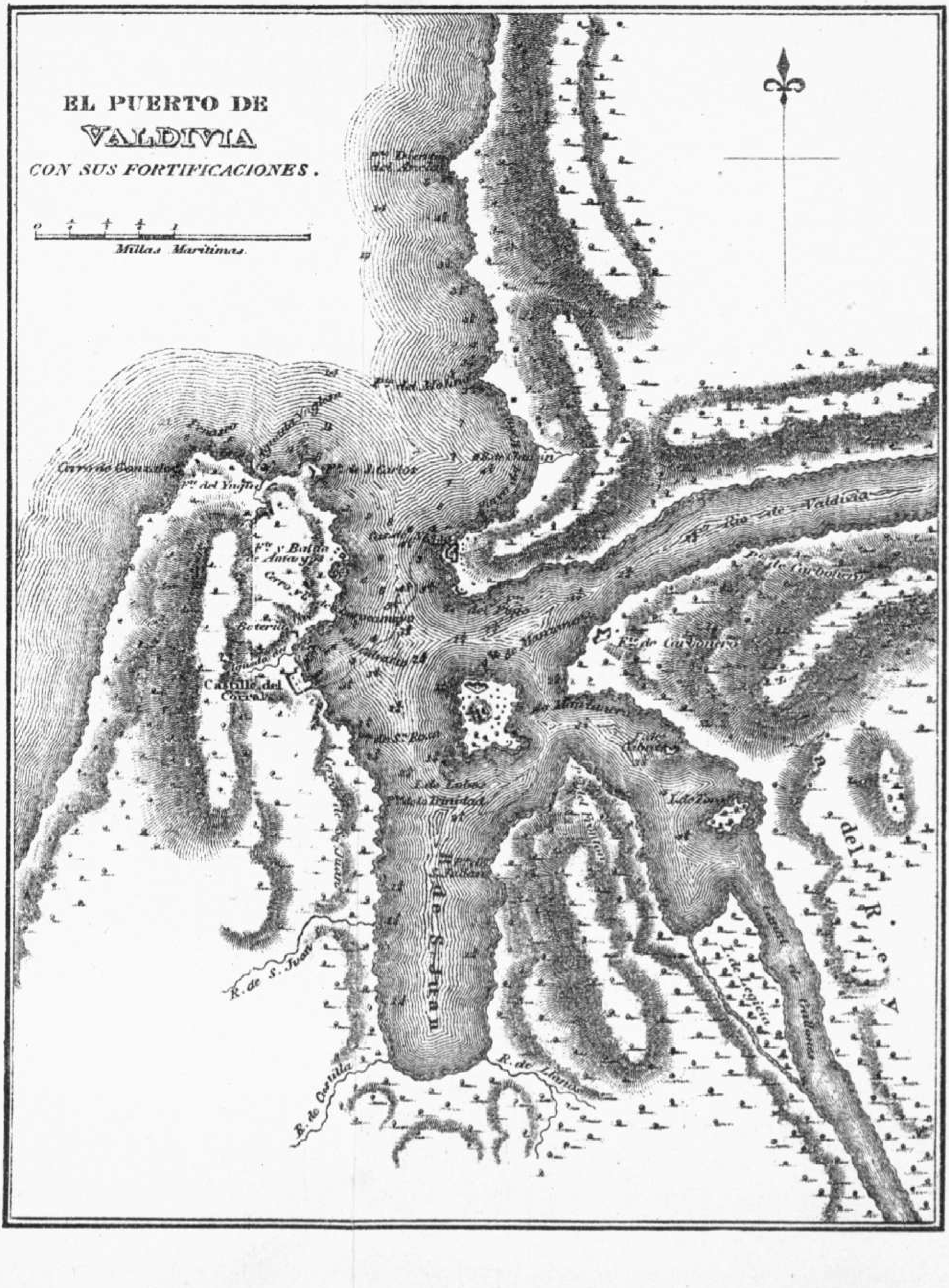
© Ministerio de Cultura

por donde iban, se extendieron muchísimo. A la cabeza de las filas marchaban soldados de valor acreditado, que gozando entre sus compañeros un cierto grado de deferencia y de respeto, reclamaban como cosa que les pertenecía los puestos más adelantados y de mayor peligro. Estos avanzaban con firmeza, pero sin el menor ruido; mientras los que seguían gritaban: «adelante»; y otros que aún estaban más á retaguardia decían, «viva la patria», y muchos de ellos disparaban al aire. La senda conducía al ángulo saliente del fuerte, bañado por un lado por el mar, y el otro tocando al bosque, cuyos troncos y ramas cubrían un espacio considerable del recinto. Favorecidos por la obscuridad de la noche, y por el fuego alternado de la artillería y fusilería; por el estruendo de las olas que se sucedían con furia, y por la gritería de la misma guarnición, pasaron á gatas unos cuantos soldados al mando del intrépido subteniente Vidal, por bajo del ángulo entrante del fuerte; mientras que la guarnición dirigía todos sus fuegos y toda su atención á los patriotas que hacían tanto ruido á retaguardia, se ocuparon sin haber sido vistos ni percibidos del fuerte, en sacar algunas estacas sueltas, con las cuales construyeron una escala rústica para asaltar, y colocaron un extremo de ella contra la muralla, y el otro sobre un pedazo de tierra que favorecía su intento. Con la ayuda de esta escala subieron á la muralla el subteniente Vidal y su partida; entraron en el fuerte sin que los percibiera la guarnición, y formaron protegidos de las ramas de los árboles que cubrían aquel flanco. Los cincuenta ó sesenta hombres que componían la guarnición, estaban ocupados en hacer fuego á los patriotas que iban desfilando; una descarga repentina de la partida de Vidal, colocada sobre el flanco de los españoles, seguida de un ataque vigoroso acompañado del terrorífico grito de guerra indiano, que repitieron los valles de las montañas que los circundaban, produjo el mayor terror en los realistas, y

© Ministerio de Cultura

huyeron inmediatamente. Su espanto y su sorpresa se comunicó á la columna de trescientos hombres formada en una especie de plaza de armas detrás del fuerte, y uno y otros, á excepción de los que perecieron al furor de las bayonetas patriotas, corrieron por la senda que conducía á los otros fuertes, los cuales no pensaron en ocupar ó defender en la confusión y el asombro de que estaban poseídos. Al llegar á la espalda de un barranco entre el fuerte Chorocomayo y el castillo del Corral, escaparon cien hombres en botes que estaban atracados en aquel punto, y bogaron para Valdivia. El resto que formaban aún doscientos hombres, se metieron en el Corral, sin pensar en los tres cañones que estaban en la altura, ni lo ventajoso de la posición que ocupaban, la cual, defendida como era debido, habría paralizado las ventajas de los patriotas. Este castillo fué casi instantáneamente asaltado por los vencedores, que, favorecidos por un trozo de la muralla que se había desmoronado y llenado en parte el foso, avanzaron denodadamente, y de este modo tomaron posesión de todo el lado occidental del puerto. Los realistas no pudieron continuar retirándose porque allí terminaba la comunicación por tierra; cien españoles murieron á bayonetazos, y casi el mismo número, fuera de los oficiales, fueron hechos prisioneros. Imposibilitado Miller por su situación de subir sin ayuda la escala con que se apoderaron del fuerte Inglés, llegó á perder enteramente sus fuerzas en la persecución del enemigo, que se siguió á la toma de aquel fuerte, y no podía seguir al paso de su tropa, hasta que hizo que dos de ellos le agarrasen y llevasen en volandas. Tal fué la rapidez con que los patriotas supieron aprovechar de la victoria, que no tuvieron tiempo los realistas para destruir los pertrechos militares, ni aun para enclavar un cañón, y la luz del día 4 les halló en entera posesión de los cinco fuertes: Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocomayo y Corral. Tan ocupada tuvieron la atención

© Ministerio de Cultura



© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

durante la noche por la rapidez de los acontecimientos que se sucedían, que hasta la mañana siguiente, que un oficial advirtió que Miller tenía sangre en el pelo, no se había acordado éste que había recibido antes de desembarcar un chasponazo en la cabeza. Entre los prisioneros cogidos en el castillo del Corral lo fué el coronel Hoyos, que mandaba el regimiento de Cantabria, el cual, en la aflicción en que estaba por la pérdida de los fuertes, y casi fuera de sí, había bebido tanto ron, que cuando Miller se presentó, principió á insultarle del modo más horroroso, y á tal punto, que con la mayor dificultad pudieron contener á los soldados victoriosos para que no le matasen. A la mañana siguiente, dijo Hoyos á Miller: «Doy á usted las gracias por haberme salvado la vida, aunque después de lo que ha pasado, el morir habría sido mejor.» En seguida añadió: «Es singular que yo deba á usted la vida, á quien en cierto modo contribuí á salvar apoyando los esfuerzos de Loriga en favor de usted en Talcahuano.» Después de tomado el fuerte Inglés, el lord Cochrane salió de la goleta *Motezuma*, y se hizo conducir tan próximo al paraje del combate como la resaca permitió atracar al bote en que iba.

En la mañana del 4 entraron en el puerto la goleta y el bergantín, y anclaron bajo el castillo del Corral, después de haber recibido unos cuantos cañonazos desde los fuertes del lado del Este, aun en posesión de los españoles. Para desalojarlos de aquellos puntos se embarcaron en el bergantín y goleta doscientos hombres: la última varó al atravesar el puerto; pero pronto flotó nuevamente y continuó su rumbo. Alarmados los españoles con aquel movimiento, abandonaron el castillo de Niebla, y los fuertes Carbonero, Piojo y Manzanera. No menos sorprendidos que gozosos se hallaron dueños los patriotas, y sin más resistencia de un punto que puede decirse el Gibraltar de la América del Sur. A la tarde entró la *O'Higgins* en el puerto casi llena de agua, y para

© Ministerio de Cultura

evitar que se fuera á pique, la vararon en un paraje cenagoso, para procurar repararla de sus averías.

Los siguientes son extractos del parte oficial que dió el mayor Miller al almirante. «Habiendo desembarcado con poca resistencia en la aguada del fuerte Inglés, sobre la costa NO. de la bahía, con los marinos de mi mando, continué mi marcha, unido al destacamento de infantería á las órdenes del mayor Beauchef, para atacar al enemigo en aquella parte. La formidable posición que ocupaban les hacían creerse completamente seguros de cuantos ataques pudieran intentarse; y si se consideran debidamente los obstáculos que hemos tenido que vencer por sendas estrechas y casi impenetrables, no es de admirar tuviesen tal confianza. Pero nada resistió el valor é intrepidez de nuestros oficiales y soldados, y la victoria más completa coronó nuestros esfuerzos en una empresa, que si no es la más atrevida de cuantas se han ejecutado, con número tan reducido de tropas, al menos añadirá nuevos laureles á los valientes hijos de la América del Sur.

.....

»No me es posible expresar dignamente á V. S. el valor y la perseverancia de la corta, aunque entusiástica fuerza de mi mando; nadie pudiera haberlos aventajado, y muy pocos habrían podido igualarlos.»

El 5 subieron río arriba los mayores Beauchef y Miller con el lord Cochrane, el cual tomó posesión de la ciudad de Valdivia á la cabeza de doscientos hombres. Los enemigos, en número de quinientos, habían abandonado la ciudad aquella mañana con dirección á Osorno, para embarcarse para Chiloe; y al retirarse la habían saqueado y cometido grandes desórdenes. Su gobernador, el coronel Montoya, fué el primero que se escapó de ella; su edad y sus enfermedades debieron incapacitarle para el mando, pues de otro modo debió haber hecho resistencia contra fuerzas tan inferiores. El

© Ministerio de Cultura

almirante publicó una proclama, por la cual regresaron á sus casas muchos de los habitantes que huyeron de la ciudad al presentarse los patriotas.

Entre la propiedad pública cogida en Valdivia, hallaron varios vasos y ornamentos sagrados, que el general Sánchez había sacado de las iglesias de la Concepción; y cuyo valor se consideraba ascender de doce á diez y seis mil duros, sin contar una custodia de oro embutida con piedras preciosas. Un buque llamado *Dolores*, anclado al frente del Corral, y tomado por la tropa en la noche del 3, fué vendido en Valparaíso por el agente encargado de la venta de las presas, por cerca de veinte mil duros. Una gran cantidad de azúcar, licores y otros artículos, fueron cogidos y vendidos en la misma forma, y por casi la misma suma. En los artículos anteriores no se incluye una reclamación hecha por el lord Cochrane, por vía de pago ó compensación por la artillería apresada; pero las esperanzas de hallar *el dorado* en la toma de Valdivia se desvanecieron, pues ni el mayor Miller, ni ningún oficial ó soldado de su cuerpo, recibió nunca un real por parte de aquella presa.

La ciudad de Valdivia, situada sobre la orilla izquierda del río, contiene sobre quince mil almas; las calles se cortan en ángulos rectos, y las casas son de madera. El río es navegable actualmente para solo botes; pero suponen que antiguamente anclaban cerca de la ciudad buques mayores. Donde se dice que la línea de batalla de la escuadra holandesa ancló en 1598 y 1603, hay en el día sólo seis pies de agua; pues así como sucede á cuantos ríos desaguan en el Pacífico, se va llenando gradualmente y perdiendo fondo á proporción que el tiempo pasa. Las orillas del río son elevadas, y cubiertas de cedros majestuosos, y otros diferentes árboles. El país es hermoso, y cubierto de perpetuo verdor; pues las lluvias son frecuentes y abundantes en diez meses del año. El suelo es rico, y produce patatas de superior calidad; tam-

© Ministerio de Cultura

bién abundan mucho las manzanas, y por consiguiente, hacen mucha sidra. Acostumbrados los chilenos á un cielo sereno, consideran el clima de Valdivia como insufriblemente húmedo; esta ciudad estaba destinada al destierro de los delincuentes, los cuales adquirían los derechos de ciudadanos, después de servir un cierto tiempo, acorde á la naturaleza de su culpa.

Osorno es una colonia establecida hace unos cincuenta años por el padre del general O'Higgins, y contenía tres mil habitantes. Sus llanuras son sumamente fértiles, y habiéndolas desmontado en algunas partes del bosque, producen trigo, y llueve menos que en Valdivia. El país está circundado por indios, que son á veces muy molestos. El gobernador español concedió pensiones á ciertos caciques, y el lord Cochrane les prometió que los patriotas les duplicarían la cuota.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XII

Benavides.—Su fuga maravillosa.—Ataque malogrado contra Chiloe.—Bizarría de los soldados patriotas.—El mayor Miller es herido.—Fanatismo.—Mayor Beauchef.—Derrota de los realistas en Osorno.—Santalla.—Capitán Bobadilla. Arriba la escuadra á Valparaíso.—Carácter humano de los chilenos.—Etiquetas entre San Martín y el gobierno de Buenos Aires.—La Logia.—Coronel Martínez.—Batallón núm. 8.—Preparativos para libertar el Perú.—Obstáculos. Fuerzas realistas en el Perú.

La toma de Valdivia puso al general San Martín en el caso de poder dirigir toda su atención á libertar el Perú. Al mismo tiempo ofreció á los patriotas la importante ventaja de privar á la España del puerto mejor y más seguro que tenía en el Mar Pacífico, y dejar al inhumano jefe realista Benavides sin el depósito de donde extraía el material y recursos necesarios para realizar sus desoladoras incursiones á la cabeza de indios y bandoleros; sobre los cuales, á pesar de ser un hombre sin educación ni principios, había adquirido una influencia absoluta. Este partidario se había hecho tan terrible, que si no le hubiesen privado de aquel punto de apoyo importante y de sus acostumbrados recursos, habrían tenido que enviar una expedición para preservar á las provincias del Sur de Chile de las atrevidas y sangrientas correrías con que de continuo las asolaba. En la toma del puerto cayó en poder de los patriotas un barco que estaba pronto á dar la vela para Arauco, con dos ó tres oficiales, cuatro sargentos, y armas y municiones para Benavides.

© Ministerio de Cultura

Hay cosas tan extraordinarias en el carácter y carrera de este hombre sanguinario y desalmado, que una corta relación de uno y otra no será fuera de propósito.

Benavides nació en la provincia de la Concepción, y tanto él como su hermano, sirvieron en el batallón número 11 de Buenos Aires, el primero en clase de sargento y el segundo de cabo. Condenados á muerte en 1814 por crímenes que cometieron, se escaparon estando en capilla y se pasaron á los realistas, habiendo pegado fuego al repuesto de municiones del campo, según generalmente supusieron, pues se voló, efectivamente, la noche de su fuga. Ambos fueron hechos prisioneros de guerra en la batalla de Maypo; pero no los conocieron hasta después de haber publicado un perdón general el gobierno de Chile, á favor de todos los militares delincuentes, en celebridad de la victoria. Así, pues, no estaba en las facultades del supremo director el exceptuar de amnistía á los dos hermanos; pero mandó que saliesen de su territorio como hombres díscolos, peligrosos y criminales, y que los condujeran á disposición del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Durante la marcha dieron parte dos soldados de la escolta al comandante de ella, que los presos les habían ofrecido dinero si los dejaban escapar. El oficial manifestó que habiendo hecho ver su crimen á los presos, lo confesaron; que hallaron diez y siete onzas y un puñal al mayor de los dos hermanos; y que creyendo obrar en conformidad á las órdenes que tenía, de matarlos en caso que intentaran fugarse, los mandó fusilar.

Al regreso á Santiago del general San Martín desde Mendoza, Colona, patriota honrado y pariente inmediato de la mujer de Benavides, participó al general que aún vivía este desgraciado, y que anhelaba ardientemente una entrevista con él, no sólo para comunicarle asuntos de la mayor importancia, sino para manifestarle la sinceridad de sus deseos de unirse á la causa de la independencia.

© Ministerio de Cultura

Este patriota exigió una garantía por escrito, y que se conservase secreta su existencia de todo el mundo, y con particularidad del supremo director. El general le concedió ambas condiciones, y la primera entrevista se verificó á media noche en el pórtico de la capilla del Conventillo, casa de campo situada á una milla de Santiago.

Benavides hizo al general San Martín la siguiente relación en el curso de sus transacciones: que al salir de Santiago ni él ni su hermano tenían el menor recelo de ser fusilados en el camino, pues si lo hubiesen sospechado tan siquiera les habría sido muy fácil ocultarse antes de salir de aquella ciudad; pero creyendo seguras sus personas habían pospuesto la ejecución de un atentado de aquella especie hasta hallar en su marcha una oportunidad favorable, pues querían evitar el compromiso de sus amigos del partido realista residentes en aquella ciudad. Que en la tarde del segundo día de marcha mandó hacer alto el oficial de la escolta para registrarlos, y hallaron diez y siete onzas entre el forro de las botas de su hermano mayor. Entonces el oficial de la escolta les preguntó si habían intentado sobornar los soldados, á lo cual ambos contestaron negativamente. Que la partida se separó en seguida del camino principal, y al llegar á un paraje solitario, ya entrada la noche, el oficial les mandó prepararse para morir y les obligaron á arrodillarse; y sin cubrirles los ojos les hicieron una descarga. Que él recibió dos balazos, uno que le pasó por la espaldilla derecha, y otro por el costado izquierdo, á cuyas heridas cayó; pero sin perder el sentido, y se fingió muerto en la esperanza de escaparse después. Que el sargento de la escolta, según á él le había parecido, tiró de la espada y le dió una fuerte cuchillada en la garganta*, diciendo al mismo tiempo: «Toma, infame,

* Benavides quedó después de esta ocurrencia con la cabeza torcida.

© Ministerio de Cultura

en pago del asesinato de mi familia.» Que los soldados echaron después tierra y piedras sobre los cuerpos de los dos, que creían cadáveres, y se fueron. Que él permaneció inmóvil algunos minutos hasta que, viendo que sus verdugos le habían dejado del todo, principió inmediatamente á quitarse de encima la tierra y las piedras que le habían echado, y logró no sin gran dificultad desatar las cuerdas con que le habían atado; hizo tiras la chaqueta interior y la camisa de su difunto hermano, vendó con ella sus heridas y huyó de aquel sitio fatal. Que sufriendo los dolores más agudos de sus heridas y las más horrorosas agonías de sed anduvo la mayor parte de la noche. Que habiendo llegado á una choza de un buen viejo y una vieja, ambos se compadecieron de él, y aunque la pobreza reducía su cura á lavarle constantemente las heridas con agua de un riachuelo inmediato, se halló al cabo de diez y seis días con bastantes fuerzas para ir secretamente á Santiago, donde entró sin ser visto y vivió oculto.

El general San Martín y Benavides tuvieron otras varias entrevistas sucesivas, las cuales se verificaron por la noche cerca de la fuente en la plaza mayor de la ciudad. En ellas reveló Benavides los nombres de los que aún eran enemigos de la causa de la independencia, y los medios que empleaban para mantener su correspondencia con los realistas y reunir suscripciones para restablecer el antiguo orden de cosas. Benavides ofreció nuevamente sus servicios á la República, los cuales admitieron, y en su consecuencia acordaron un plan de operaciones para la campaña siguiente en la parte Sur de Chile. Poco después se puso en marcha al cargo de un oficial de confianza que ignoraba el nombre de la persona que escoltaba para presentarse al general Balcarce, que mandaba en aquella época las tropas que ocupaban la provincia de la Concepción, y á cuyo general informaron minuciosamente del carácter y conducta de

© Ministerio de Cultura

Benavides y de las razones que había para colocarle en su Estado Mayor. También le advirtieron que guardase la mayor circunspección en la ejecución de los planes propuestos por Benavides, teniendo particular cuidado de no manifestar el menor signo de desconfianza, al mismo tiempo que tuviera siempre fija su vista en la conducta de aquel hombre extraordinario, cuyos conocimientos topográficos del país, sus relaciones con los jefes realistas y su influencia con los araucanos daban gran valor y peso á sus opiniones y le hacían utilísimo para la continuación de la guerra. Es positivo que á sus consejos debieron la toma de la isla de Lajas y del fuerte del Nacimiento, así como el resultado feliz de aquella campaña: el mismo general Balcarce claramente lo atribuyó á la dirección é indicaciones de Benavides, cuya adhesión á la causa de su patria dejó de ser dudosa.

Desgraciadamente, este mismo general confió las instrucciones que había recibido relativas á Benavides, al coronel Freyre, gobernador de la Concepción. En una conferencia en que los tres se hallaban presentes, Freyre tuvo la indiscreción de decir á Benavides en un momento de calor de la discusión, que un hombre de su especie no merecía confianza. Ofendido Benavides de tal insulto desapareció á las cuarenta y ocho horas, y en seguida continuó haciendo una guerra desoladora á fuego y sangre, y cometió los mayores horrores con los indefensos y pacíficos habitantes del país *.

Adoptadas las medidas correspondientes para la segu-

* Benavides permaneció con los araucanos hasta dos años después, que cortado de su gente se embarcó en una lancha abierta y dió la vela para Arica, donde pensaba reunirse á los realistas del Perú. Faltos de agua en la travesía entraron en una caleta pequeña cerca de Valparaíso; uno de sus compañeros le vendió; fué preso, juzgado y condenado, terminando su carrera en el patíbulo en la ciudad de Santiago, el 23 de Febrero de 1823.

© Ministerio de Cultura

ridad de Valdivia, dirigió su vista lord Cochrane en busca de nuevas empresas. La primera que ejecutó fué contra la importante isla de Chiloe para rescatarla del dominio español. Aunque sabían estaba defendida por mil hombres de tropas regladas y una milicia atrevida, sabían que reinaba en una y otra el descontento, y esperaban que la mayoría de la guarnición aprovecharía gustosa una oportunidad para unirse á la causa de los patriotas.

Chiloe es la mayor de un archipiélago de setenta y dos islas que se extienden á lo largo de la espantosa é inabordable costa entre el estrecho de Magallanes y Valdivia. La navegación es difícil y peligrosa por los remolinos, corrientes y ollas que se encuentran. Chocando con furia la tremenda marejada del Océano Pacífico contra los escabrosos límites de la costa la hace casi por todas partes absolutamente inabordable. La temperatura de las islas es suave, su suelo es rico y produce excelente madera. Diversas especies de ella cortada en grandes tablones es casi el único artículo de exportación para las costas de Chile y del Perú. La humedad del clima no permite el cultivo del trigo. Las patatas son quizás las mejores del mundo. Chiloe abunda en ganado de cerda que se alimenta con los mariscos que el continuado batidero de las olas arroja á la costa. Los jamones de esta isla son de tal modo estimados que puede llamarse la Westphalia del Nuevo Mundo. La fabricación de ponchos ha llegado á ser un ramo de comercio de mucha importancia. La población excede de treinta y cuatro mil almas, pero en punto á civilización puede considerarse la mayor parte de sus habitantes casi como á indios araucanos.

Quintanilla, gobernador de Chiloe, oficial lleno de actividad, supo el 10 de Febrero las intenciones del lord Cochrane, é inmediatamente adoptó las disposiciones convenientes para hacer una obstinada defensa. En la

© Ministerio de Cultura

mañana del 17 se aproximó el almirante al poniente de la isla, cuyo punto forma el lado Sur de la bahía donde se halla situada la ciudad de San Carlos, residencia del gobernador; y puesto el sol ancló fuera, en una pequeña ensenada en la bahía de Huechucucay. El enemigo envió sesenta hombres de infantería, treinta de caballería y una pieza de campaña para oponerse al desembarco; pero los patriotas les llamaron la atención mandando un bote con algunos cohetes á otra ensenada más arriba de la bahía, lo que les obligó á dividir sus fuerzas. Mientras tanto, desembarcó el mayor Miller, y el destacamento realista, dividido como estaba, huyó abandonando la pieza de campaña. A las ocho de la noche avanzaron los patriotas en número de ciento setenta; pero la noche era tan obscura que no podía distinguirse ningún objeto á la distancia de tres pasos. La marejada era muy fuerte, y rompía con tal estruendo contra la costa que no podían percibirse las voces de mando. El guía perdió á poco rato el camino, y sea por ignorancia ó traición, no quiso ó no pudo hallarlo. La columna vagó casi toda la noche inútilmente para encontrar el camino que había perdido; pero no lo lograron hasta rayar el día. Entonces continuaron su marcha, y se apoderaron sin pérdida alguna del fuerte Corona y una batería. Habiendo hecho alto por una hora, atacaron los patriotas osadamente, y á viva fuerza la defensa principal ó fuerte Aguy, artillado con doce piezas de á diez y ocho, y construído en una altura dominante, bañada por un lado por la mar y por el otro cubierto con un bosque impenetrable. El único acceso al fuerte era una senda estrecha sobre el lado de la costa, enfilada por algunas piezas y flanqueada por dos lanchas cañoneras ancladas fuera de tiro de fusil. La senda formaba zig-zag desde el pie de la altura hasta la cúspide, en la cual estaba situado el fuerte; y en cada ángulo había un pequeño parapeto para infantería. La guarnición de Aguy se componía de tres compañías de

© Ministerio de Cultura

tropas regladas, dos de milicias y un número proporcionado de artilleros, formando un total de cerca de quinientos hombres *. Durante el asalto se vieron en la muralla dos frailes, que con la lanza en una mano y el crucifijo en la otra animaban á la tropa á defenderse. A la violencia de aquellos fanáticos enfurecidos hacía una contraposición muy ventajosa la sangre fría de los patriotas, cuyo valor parecía aumentarse á proporción que crecía el peligro. La arrogante intrepidez con que éstos atacaron, merecía que la fortuna hubiese ayudado sus esfuerzos; pero no teniendo la guarnición un punto por donde retirarse, mantuvieron su puesto á toda costa. Además, al primer ataque el mayor Miller y treinta y ocho individuos de sesenta, que formaban el cuerpo de asalto, quedaron inmediatamente fuera de combate de una descarga general de metralla y fusilería. Veinte hombres quedaron en el sitio, y la mayor parte de los otros fueron heridos mortalmente. El capitán Eréscano, que sucedió en el mando, conociendo la imposibilidad de realizar el objeto deseado, dispuso oportunamente la retirada, y la cual ejecutó con serenidad y discreción, llevando consigo los heridos. Hizo enclavar los cañones del fuerte y batería que habían tomado, inutilizó las cureñas y explanadas y demolió las defensas. Al ejecutar su movimiento retrógado de dos leguas, Eréscano y el intrépido subteniente Vidal rechazaron por tres veces los ataques de una muchedumbre de enemigos, inflamados por el fanatismo y animados por el triunfo. Al fin, los patriotas llegaron al punto donde habían desembarcado, y cuantos existían aún entraron á bordo. Estas tropas, no sólo desplegaron en esta ocasión la bizarría eminente que con tanta gloria habían manifestado otras veces, sino que dieron un nuevo testimonio de su fideli-

* Según el parte oficial de Quintanilla al virrey del Perú, publicado en una Gaceta de Lima.

© Ministerio de Cultura

dad y cariño hacia su comandante el mayor Miller. Tres de ellos, que fueron los primeros en avanzar y los últimos á retirarse, rehusaron noblemente abandonar el campo sin llevar consigo á su jefe. Estos valientes le hallaron tendido en tierra; una bala de metralla le había atravesado el muslo izquierdo; otra de á cuatro, disparada de una de las lanchas cañoneras, dió contra un cohete que tenía en la mano, y el cual evitó que la bala le llevase la pierna, pero le fracturó los huesos del empeine del pie derecho; en fin, en aquel mismo instante recibió otra tercer herida. Bajo el fuego más horroroso lo llevaron á un sitio algo más seguro, y dos de ellos fueron heridos en el acto de ejecutarlo; pero uno y otro manifestaron que habrían perecido más bien que permitir cayera en manos de aquellos fanáticos furiosos. El despotismo ha ingerido en el carácter chileno algunos vicios; pero, ¿quién puede negar que aún conserva las virtudes que constituyen al valiente? *.

Aquella misma tarde dió la vela la escuadra para el puerto de Valdivia, en el cual entró el 19. El mayor Beauchef, que quedó mandando en aquel punto, había marchado con doscientos hombres durante la expedición de la escuadra en busca de los realistas fugitivos, á los cuales rehusó admitir en Chiloe lleno de indignación el gobernador Quintanilla. El teniente coronel español Santalla, notado por su fuerza personal, su crueldad y su cobardía, se vió obligado, en su consecuencia, á volverse á Osorno por el mismo camino que había llevado, adonde llegó el mayor Beauchef. Con pretexto de ha-

* Uno de los soldados llamado Rojas que había servido de guía en la noche del asalto de Valdivia, llevó al mayor Miller al bote, y cuando éste le invitó á seguir, contestó: «No, señor; fuí el primero que desembarcó, y espero ser el último que se reembarque»; y continuó la retirada con el capitán Eréscano, y fué el último que saltó á bordo. Este soldado fué herido gravemente al lado del lord Cochrane, en la toma de la *Esmeralda* en el puerto del Callao en 1820.

© Ministerio de Cultura

llarse enfermo, permaneció Santalla fuera del fuego y entregó el mando al capitán Bobadilla, bien conocido por otro *Bragadocio**, aunque era como su prudente compañero de armas de una apariencia imponente. El mayor Beauchef batió á los realistas completamente, y su conducta, no sólo probó sus talentos militares, sino su entusiasmo y su bizarría. Diez y siete oficiales y doscientos veinte hombres fueron hechos prisioneros, y el resto pereció en la acción, excepto unos pocos que con sus dos jefes se escaparon á Chiloe. Quintanilla quedó tan avergonzado de la conducta de aquellas tropas, que envió á Lima, en bien merecida desgracia, á Santalla y Bobadilla †.

El capitán Labé, al servicio de Chile, se distinguió particularmente en esta ocasión, como lo había hecho en el asalto de Valdivia.

El 20 de Febrero, el lord Cochrane, el mayor Miller y los heridos dieron la vela para Valparaíso en el *Motezuma*, por no haber completado la *O'Higgins* los reparos necesarios para hacer la travesía. Tres millas al Este del punto más al Este de la isla Santa María, hay unas rocas que no las marca ninguna carta marítima. El *Motezuma* pasó entre las rocas y la isla, y estaba ya de costado á ellas navegando á ocho millas por hora antes que percibieran el escollo.

El mayor Miller sufrió una larga y peligrosa enfermedad, consecuencia natural de tantas heridas, de tantas fatigas y de las privaciones anejas á tal servicio; pero, afortunadamente, llegó en aquel momento á Chile, don-

* Esta clase de cobardes fanfarrones, abundan desgraciadamente en todos los ejércitos, y con su apariencia engañan y se abren el camino á destinos que no merecen, con perjuicio de los hombres modestos y pundonorosos que se sacrifican en obsequio de su país.

† Estos dos oficiales sobrevivieron á los peligros de las campañas del Perú, y volvieron á España. El capitán Bobadilla estaba entre los que capitularon en Ayacucho.

© Ministerio de Cultura

de el carácter nacional no ofrece quizás rasgos más hermosos que los que presenta el incesante y sclícito esmero con que las gentes de todas clases y jerarquías cuidan y asisten al forastero á quien ataca una enfermedad y llega á su puerta. Sea quien fuere y cualquiera que sea su dolencia, el palacio y la choza se abren al aspecto de la humanidad doliente y le manifiestan la más cariñosa simpatía cuantos individuos componen la familia. El mayor Miller vivía en Santiago en una habitación de la casa del lord Cochrane; pero, hallándose toda la familia en Valparaíso, le visitaba diariamente con su amable y linda esposa el almirante Blanco, y al fin le obligaron á trasladarse á su casa, donde fué asistido día y noche con incesante esmero, y hasta que, recobrando su salud y sus fuerzas, pudo salir nuevamente á campaña. Esta bondad de los chilenos imprime en el corazón del forastero que recobra su salud sentimientos inolvidables de gratitud y de aprecio.

Después de la batalla de Maypo, señoras del rango más distinguido visitaron los hospitales como una cosa natural y obligatoria. Cada una tomó á su cuidado el número que sus facultades la permitía; les administraban medicinas, les traían refrescos y confortativos que ellas mismas preparaban en sus casas, y todas procuraban endulzar sus padecimientos de tal forma, que parecía que cada uno de los patriotas heridos eran sus verdaderos hermanos. Obligado el historiador á bosquejar los acontecimientos de una guerra desoladora, se detiene gustoso en los rasgos que suavizan y templan su melancólica pintura.

El continuado retardo de la salida de Cádiz de la gran-de expedición, se supo al fin haberlo originado la repugnancia que tenían las tropas á embarcarse, y la conspiración de la isla de León, que produjo el restablecimiento de la Constitución. Así, pues, no temieron por más tiempo que pudiera verificarse la invasión, puesto que la Es-

© Ministerio de Cultura

paña se hallaba en consecuencia de sus propias divisiones intestinas en la imposibilidad de intentar la reconquista de la América.

El general San Martín salió de Mendoza para Chile á principios de Febrero de 1820, y, temeroso de que el espíritu de desunión que agitaba las provincias del Río de la Plata se extendiera á los reclutas sacados de la provincia de Cuyo, dispuso que el todo de las tropas marchasen á Chile. Los dos regimientos de caballería obedecieron las órdenes, y con pérdida de alguna gente por la deserción originada en su marcha, llegaron á Rancagua en Febrero de 1820. El batallón de infantería ligera, mandado por el coronel Alvarado, de mil setenta plazas de fuerza, se dispersó en San Juan; mucha parte de los soldados se fueron á sus casas y otros se reunieron voluntariamente á jefes por quienes tenían particular deferencia.

En esta ocasión se originaron desavenencias entre el Gobierno de Buenos Aires y el general San Martín, el cual recibió la orden de pasar los Andes con su ejército para sosegar algunos alborotos que habían ocurrido en las provincias. Apoyado el general San Martín por la decisión unánime de un Consejo de guerra, se negó á obedecer la orden, fundado en que tomar parte en las disensiones civiles que reinaban entre las provincias de Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Entre-Ríos y Buenos Aires forzaría á desistir de la expedición proyectada para destruir la autoridad real en el Perú; y que se expondría el ejército al contagio de los principios anárquicos, que tan fatales efectos habían producido en el batallón de cazadores en San Juan.

Esta negativa ofendió al infinito á los de Buenos Aires, los cuales acusaban á San Martín de haberse hecho independiente por aquel acto del gobierno general de las Provincias Unidas del Río de la Plata, título que el Poder ejecutivo se había dado á sí mismo. Cuantos esfuer-

© Ministerio de Cultura

zos son imaginables otros tantos emplearon para disminuir el crédito que gozaba el general San Martín; algunos letrados y empleados civiles, envidiosos de la natural influencia que sus servicios en el campo de batalla habían dado á aquel general, fueron de los que más se distinguieron en atacar su reputación. Estos detractores, que nunca habían expuesto su existencia en obsequio de la patria, eran los enemigos declarados de los militares. Sería político impedir á un general afortunado una preponderancia indebida; pero la pequeñez de las pasiones por que procedieron muchos de los enemigos del general San Martín es demasiado manifiesta para que deje de inspirar un sentimiento de desprecio hacia ellos.

Desde este momento cesó toda cooperación de parte de Buenos Aires. Un club llamado La Logia, de origen español, é introducido con el objeto ostensible de promover la emancipación de la América Española, prestó su ayuda para desacreditar á San Martín, aunque este general era uno de sus principales miembros. La Logia fué gradualmente monopolizando de un modo secreto el nombramiento de los principales destinos civiles y militares.

También se arrogó la facultad de elegir secretamente los comandantes de los cuerpos, ó de ratificar los nombramientos hechos por el general; y disputaban á los generales en jefe el derecho de removerlos, sin previo consentimiento del club. Los miembros de él, que eran jefes en el ejército de los Andes y se habían declarado ya más ó ya menos enemigos de San Martín, se cree recibieron protección y apoyo de La Logia. Los individuos que la componían tomaron sobre sí influir, si es que no dirigían, las operaciones militares. Si el general Belgrano hubiese tenido menos deferencia á los planes de aquella caterva de hombres engañosos é incapaces de dirigir más que intrigas, habría marchado al Alto Perú en vez de esperar en Tucumán, donde vió desaparecer por la

© Ministerio de Cultura

deserción un ejército que constaba de cuatro mil hombres de buenas tropas. El resultado de la ciega obediencia á La Logia de aquel general fué el que le prendieran sus propios soldados.

Al cargo de inobediencia hecho al general San Martín, se dice que este general contestó: «que además de las poderosas razones que habían dado lugar á la unánime resolución del Consejo de guerra, no existía de hecho un gobierno legítimo, pues se hallaba dirigido Buenos Aires por facciones que sucesivamente y en el período de un mes, y á veces en menos, se sustituían unas á otras»; aserción que puede probarse por la historia de Buenos Aires en aquel período. En tales circunstancias, envió el general San Martín desde Santiago un pliego cerrado al coronel Las Heras, jefe de Estado Mayor y segundo en el mando, cuyo cuartel general estaba entonces en Rancagua. Este pliego se abrió á presencia de todos los oficiales del ejército convocados al efecto, y contenía un oficio en el cual participaba aquel general que, habiéndose disuelto el gobierno de quien emanaba su autoridad como general en jefe, creía de su deber hacer dimisión de ella en manos de los oficiales del ejército, facultándoles para elegir por votación un sucesor al mando en jefe. En el mismo día fué unánimemente reelegido el general San Martín.

Los detalles anteriores parecen necesarios para que se conozcan los motivos que retardaron los progresos de la causa de la independencia, después de las decisivas ventajas obtenidas por la victoria de Maypo.

El 11 de Junio de 1820 fué promovido Miller por el general San Martín al empleo de teniente coronel del número 8 de línea, ó batallón de negros de Buenos Aires, compuesto de ochocientas plazas. El coronel D. Enrique Martínez, que lo mandaba, recibió á Miller con tanta consideración y bondad como si su nombramiento se hubiese verificado á propuesta ó recomendación suya.

© Ministerio de Cultura

La amistosa acogida que recibió al incorporarse á su nuevo cuerpo no fué interrumpida jamás en cerca de dos años que permaneció en él, sin que su ascenso produjese ningún síntoma de disgusto en el mayor y demás oficiales á quienes perjudicaba. Los oficiales del número 8 principiaron su carrera al estallar la revolución, y habían servido con distinción. Ya particularmente, ya en general, todos prestaron su voluntaria cooperación para suplir las faltas que pudieran originarse, bien porque Miller no hablaba el idioma á la perfección, ó por no hallarse muy versado en las obligaciones de su nuevo empleo.

Los soldados del batallón núm. 8 eran negros criollos, cuya mayoría habían sido esclavos empleados en el servicio doméstico de sus amos hasta el principio de la revolución que obtuvieron su libertad, haciéndose soldados. En todo el transcurso de la guerra se distinguieron por su valor, constancia y patriotismo. Eran dóciles, fáciles de instruir y amantes de sus oficiales: muchos se hacían notar por su natural despejo y limpieza, y casi todos por su buena conducta. Maniobraban perfectamente, y era opinión generalmente recibida que marchaban mejor que los cuerpos formados de blancos. Muchos de ellos llegaron á ser buenos sargentos: algunos habían aprendido por ellos mismos á leer y escribir, al paso que otros habían sido enseñados por un amo generoso ó alguno de su familia. La música se componía de veintisiete individuos que, á excepción de tres, tocaban todos de oído, pero perfectamente. El músico mayor, llamado Sarmiento, era hijo de una mulata y de un negro africano: sabía leer y escribir la nota con facilidad y componía música bastante bien.

Así como es raro encontrar en las provincias del Río de la Plata y Chile propietarios que tengan muchos esclavos y los que tienen los tratan bondadosamente, por el contrario es general en el Perú en los grandes plan-

© Ministerio de Cultura

tíos de azúcar y viñas donde están á centenares como carneros encerrados en galpones ó grandes barracones cercados de una tapia alta para que no puedan fugarse. Metidos en este encierro, excepto las horas que salen al ejercicio de sus penosas tareas, se abaten y envilecen. Sujetos al capricho ó crueldad de los capataces, el chasquido del látigo y los quejidos de los que azotan se oyen con frecuencia, y hasta se han encontrado instrumentos para dar tormento. No es por consiguiente extraño que aquellos seres desgraciados pierdan su capacidad intelectual al peso de tan cruel tratamiento y que lleguen á un estado tal de degradación y embrutecimiento que dé razones aparentes á los enemigos de su libertad para presentarlos como indignos é incapaces de gozar de los derechos del hombre. Tal crueldad es bastante para hacerlos cambiar de naturaleza y aún influir en la organización de su cerebro y sus facciones. La revolución de la América del Sur y la de la isla de Santo Domingo han suministrado muchas pruebas convincentes de que la capacidad de los negros no es inferior á la de los blancos; pero cuando se les trata como á bestias de carga, ¿qué puede esperarse de ellos? El gobernador de Mala, pequeño pueblo del Perú, tiritando con el frío de una terciana, dijo al autor de estas Memorias: «Aquí estoy abandonado, aunque tengo catorce tunantes de esclavos para que me sirvan en el nombre: de todos ellos el que no es ladrón es borracho.»

Habiéndose negado sabiamente el general San Martín á mezclarse en las disensiones de Buenos Aires, y hallándose nuevamente á la cabeza del ejército de los Andes por el voto unánime de sus oficiales, dirigió su vista á su proyecto favorito de libertar al Perú, medida que se había hecho indispensable para emplear su ejército que á falta de un enemigo común se iba disminuyendo por la deserción.

Los obstáculos que se ofrecían al equipo y apresto

© Ministerio de Cultura

de la expedición eran casi insuperables. Obligada la tesorería de Chile á mantener el ejército que había podido conservar reunido con dificultad y por la formación de las fuerzas navales se hallaba enteramente exhausta. Sin dinero y sin crédito tuvo el gobierno que desistir varias veces del proyecto de emancipar el Perú para destruir las tramas y conspiraciones de la facción de Carrera.

Después de la acción desastrosa de Rancagua se refugiaron los Carreras á Mendoza, de cuya ciudad pasaron á Buenos Aires, donde el mayor se embarcó para los Estados Unidos. En 1817 volvió desde Nueva York, trayendo consigo unos cuantos oficiales y algunos recursos para organizar y armar algunas fuerzas con objeto de libertar á Chile, pero el ejército de los Andes se anticipó á su patriótico designio, con la batalla de Chacabuco.

San Martín y O'Higgins consideraban á los Carreras como rivales peligrosos, y por lo tanto era imposible que los dos partidos obrasen en concierto, pues si ambos detestaban á los realistas, quizá se aborrecían aún más entre sí. Este odio no disminuyó al regreso de Carrera, por hallar que la buena fortuna de San Martín le había dado un ascendiente poderoso, y que sus hermanos estaban bajo una severa vigilancia; al contrario, viéndose en situación poco aventajada en Buenos Aires, se embarcó secretamente y dió la vela para Montevideo. La opinión general supuso que su objeto era pasar á Chile dando vuelta al Cabo de Hornos, mientras que sus hermanos se dirigían por tierra al mismo país. Poco después del embarque del primero desaparecieron los segundos, á cuya noticia el supremo director Pueyrredón circuló órdenes y requisitorias á los gobernadores de las provincias para su detención y arresto donde los encontraran. Uno de ellos fué cogido cerca del Río Cuarto y el otro en Mendoza, donde ambos fueron puestos en la cárcel, en la cual permanecieron hasta después de la dispersión del ejército patriota en Cancharayada. Si el partido de Buenos Aires en Chile resolvió deshacerse de los Carreras por motivos de propia conservación, ó si fué porque lo creían justo y necesario, no pueden ser más que sospechas, pero no es improbable que los jefes de él se creyesen que en caso de nuevos reveses, se verían expuestos á sufrir la suerte á que destinaron á los Carreras. En lugar de hacer alto en Santiago el auditor del ejército de los Andes Monteagudo, continuó su retirada hasta Mendoza, y bajo su dirección fueron juzgados los dos Carreras menores, por acusaciones en que el espíritu de partido parecía consultarse con tanto esmero como la vindicta pública.

El 8 de Abril de 1818, y antes que pudiera saberse en Mendoza el resultado de la batalla de Maypo, fueron condenados á muerte y aprobada la sentencia por el gobernador Luzuriaga, y

© Ministerio de Cultura

tres horas después marcharon agarrados del brazo aquellos hermanos desgraciados, desde sus calabozos á la plaza pública, donde debían ser ejecutados; se abrazaron del modo más tierno, se sentaron con serena compostura en el banquillo fatal, y mandaron hacer fuego á la escolta. Los dos hermanos cayeron en tierra juntos, de forma que pudieron abrazarse aun después de muertos.

Esta melancólica catástrofe produjo una fuerte sensación en Chile, pero la impresión fué menos duradera por los resultados felices de la oportunab atalla de Maypo: además, como habían emanado tantas desgracias de las facciones y sus querellas particulares, multitud de gentes se habrían regocijado con la extinción de cualquiera de ellas y por cualquiera medio que se fuese. Los sentimientos de venganza de la mayor parte de los partidarios de Carrera, se calmaron á la vista de la imposibilidad de satisfacerlos; pero no sucedió lo mismo con el hermano mayor. Ardiendo con el deseo de vengarse puso en acción toda la energía y actividad de su genio eminente, y desplegó un valor personal que no había manifestado en las primeras campañas de Chile, en cuya cualidad le suponían tan inferior á sus hermanos, como les aventajaba en talentos.

Dotado de una elocuencia extraordinaria que arrastraba y persuadía á la muchedumbre, no tardó en atraerse á sí algunos que le siguieran; y marchando de provincia en provincia tuvo el arte de excitar la rivalidad contra Buenos Aires y hacer que los gobernadores y habitantes de más influencia en ellas se decidieran á favor de una forma de gobierno republicano federativo. Carrera dictó á Buenos Aires una capitulación deshonrosa, en cuya ciudad entró poco después á la cabeza de una pequeña partida, y habiendo encendido en ella la tea de la discordia civil la dejó presa de la anarquía. Nuevamente atravesó las Pampas con una horda de merodeadores la mayor parte indios ó hijos de indios y cometieron toda clase de depredaciones. El total de los que le seguían ascendía á cerca de setecientas personas, de las cuales algunas eran mujeres armadas y vestidas como los hombres; y el estilo y elocuencia que empleaba en tono de oráculo cuando se dirigía á ellos, hacía que le considerasen como un ente sobrenatural. Habiendo recibido el gobernador de Mendoza auxilios de armas y dinero de Chile, pudo reunir y atacar á Carrera con fuerzas superiores; éste, aunque sus caballos estaban fatigados, hizo una bizarra resistencia. Carrera escapó del campo de batalla, pero le prendieron después por estratagema ó traición.

Pocos días después fué fusilado en el mismo sitio donde, dos años antes, lo habían sido sus hermanos; y cual ellos manifestó en los últimos momentos una firmeza y una serenidad que habrían hecho honor á mejor causa.

Su respetable padre, bien conocido por todos los forasteros, por su generosa hospitalidad, murió poco después del pesar que le causó el fin desgraciado de sus hijos.

Los tres Carreras eran jóvenes, ricos, llenos de talentos, deseosos de figurar y muy impetuosos. Indiscretamente y mal aconsejados, se dejaron arrastrar por el impulso de una ambi-

© Ministerio de Cultura

ción desmedida, cuyos funestos efectos y resultados se han descrito anteriormente. Un partido rival les sucedió en el poder, y las faltas de los Carreras se blasonaron con todo el colorido y comentarios á que daban lugar; pero nunca debieron olvidar que habían hecho ver su patriotismo cuando era peligroso ser patriota, y esta es una razón poderosa para creer que la felicidad de su país era el objeto que les movía, aunque pasiones inconsideradas les condujeron á excesos expiados con un fin funesto é ignominioso.

La escuadra chilena se hallaba dividida y agitada por el choque de los partidos de Cochrane y Guise *.

Benavides, aunque privado de los recursos de Valdivia, se había hecho bastante fuerte en el Sur, para hacer que las medidas adoptadas para la seguridad de la provincia de la Concepción fuesen un motivo de grandes y continuos gastos y de alarmas. Buenos Aires, presa de la anarquía y choque de los partidos, ni podía ni quería prestar su cooperación.

Disuelto en Tucumán el ejército del general Belgrano, quedó en entera libertad el general realista Ramírez, para marchar con el suyo desde el Alto Perú á cualquiera punto de la costa, al socorro del virrey Pezuela.

De este modo, sin esperanza de cooperación por parte de Buenos Aires y mal consolidado él mismo por discordias interiores, el gobierno de Chile reunió con gran dificultad una fuerza de cuatro mil quinientos hombres; fuerza que en otras circunstancias habría podido aumentar á más del doble. A pesar de la desunión de los patriotas, era evidente que todos aborrecían el yugo español, y que el deseo de obtener la independencia era tan general y ardiente, que no habría peligrado por disensiones parciales.

En esta ocasión adelantó recursos el comercio con una

* Estos dieron lugar á etiquetas en puntos de poca importancia, pero llevadas á un extremo que perjudicaron infinito al servicio. Pero como estas disputas no hicieran favor, según parece, á ninguna de las partes principales, se pasará adelante sin hacer más observaciones.

© Ministerio de Cultura

liberalidad, que manifiestamente probó se hallaba animado de un ardiente patriotismo. A su confianza y oportuna asistencia debe en gran manera atribuirse el equipo final y apresto de la expedición. Si ésta se hubiese malogrado, es muy probable que nunca les hubiesen cumplido los términos del contrato que hicieron con el gobierno, y sobre el cual se fundaban sus adelantos.

No parece fuera del caso presentar una noticia de la fuerza y distribución de las tropas realistas en el Perú, para que el lector pueda formar mejor su juicio en los acontecimientos que van á describirse. La que sigue á continuación, está sacada de la que expresa el virrey Pezuela en su manifiesto publicado en Madrid en 1821, y según el cual ascendían las fuerzas que mandaba en 1820, á veintitrés mil hombres de tropas regladas.

En Callao y Lima.....	7.815
Pisco, Cañete y Chancay	700

El resto puede distribuirse del modo siguiente:

Alto Perú.....	6.000
Arequipa y su provincia, Trujillo, Guayaquil, Huamanga, Cuzco, Jauja, etc., etc.	8.485
TOTAL.....	23.000*

* El anterior estado es quizás la mejor contestación á los constitucionales españoles, que han sostenido de que los peruanos en general no querían ser independientes; pues ¿cómo sin la ayuda de la opinión pública habría podido mantenerse el general San Martín en el Perú? El mismo estado justifica las prudentes medidas de este general para no exponer la existencia de su ejército al éxito dudoso de una acción general.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XIII

Ejército libertador.—Da la vela de Valparaíso.—Desembarca en Pisco.—Arenales.—Acción de Nasca.—Se reembarca el ejército.— Ancón.— Guayaquil.— Esmeralda.— Desembarca el ejército en Huacho.—Chancay.—Coronel Campino.—Canje de prisioneros de guerra.—Batallón de Numancia.—Acción del Cerro de Pasco.—Disensiones de los realistas. Pezuela es depuesto.—La Serna es nombrado virrey.—Lady Cochrane.—El Almirante da la vela para el Callao.—Vuelve á Huacho.—Sigue á Pisco.—Armisticio de Punchauca.

Los incesantes trabajos y la perseverancia del supremo director y del general San Martín, secundados por el espíritu emprendedor y celoso patriotismo de los comerciantes, vencieron al fin los obstáculos que por tanto tiempo habían impedido el embarque de la expedición. Las tropas libertadoras se reunieron en Valparaíso el 16 de Agosto de 1820, y el 19 y 20 del mismo se embarcaron los cuerpos siguientes:

Infantería...	Los batallones n.º	7	División de los Andes*.
	» »	8	
	» »	11	
Caballería...	Granaderos á caballo		
	Cazadores á caballo		
Artillería....	Dos compañías		
Infantería...	Los batallones n.º	2	División de Chile.
	» »	4	
	En cuadro	5	
Artillería....	Una compañía		

* Una tercera parte de la división de los Andes se componía de chilenos, pero los oficiales eran de las provincias del Río de la Plata y muchos de ellos estaban también en la división de Chile.

© Ministerio de Cultura

Estas tropas, cuyo total, inclusa la gente que se embarcó después en Coquimbo, no excedía de cuatro mil quinientos hombres y doce piezas de artillería, dieron la vela el 21, escoltadas por las fuerzas marítimas de Chile.

El teniente coronel Miller se embarcó en el transporte *Santa Rosa* con dos compañías de su batallón (el 8 de Buenos Aires) y dos compañías de su primitivo cuerpo de artillería de Buenos Aires*. Las disposiciones adoptadas para el embarque de las tropas, y el modo en que esta operación se ejecutó, hacen seguramente el elogio del coronel Las Heras, y de los oficiales de marina encargados de ella.

A pesar del corto número de las tropas de la expedición, los esfuerzos para libertar al Perú aparecerán como de mucha importancia, si se considera especialmente el estado mal seguro de Chile, y lo exhaustos que se hallaban sus recursos. Escasamente hacía tres años que Chile yacía aún postrada á los pies de un despotismo destructor, que por siglos la tuvo esclavizada, y aunque

* Es de observar que el teniente coronel Miller es el único jefe que salió con el ejército expedicionario de Valparaíso, que se halló presente en la grande y final victoria de Ayacucho. Así, pues, tuvo la singular fortuna de haber sido el primer oficial patriota que desembarcó en la costa en 1819 y haber oído los primeros y últimos tiros disparados en la guerra de la independencia peruana. De cerca de cinco mil hombres que salieron de Valparaíso en 1820 sólo diez oficiales y noventa soldados continuaban en activo servicio en el Perú, que habrían podido hallarse presentes en la última victoria. Además de las pérdidas naturales por acciones de guerra, muchos de los de mayor graduación fueron depuestos por las facciones; muchos perecieron por las enfermedades endémicas del país y no pocos por falta de asistencia médica. Los hospitales estaban en un estado tan lastimoso que apenas puede concebirse; en todo el ejército tal vez no había un cirujano de regimiento; y el estado mayor de medicina se componía de tan pocos individuos, que los soldados enfermos ó heridos, puede decirse, quedaban entregados únicamente á la naturaleza. La falta de medicinas algunas veces era mayor que la de facultativos.

© Ministerio de Cultura

debilitada por la lucha que sostuvo contra su opresor, así como por sus disensiones civiles, prestó generosamente el sobrante de sus fuerzas para libertar un estado vecino. Ciertamente era un espectáculo imponente y tierno, ver cubierta la bahía de buques con bandera patriota, cuando anteriormente no entraban en ella sino á lo más un buque mercante al año; así como ver llegar diversos cuerpos que venían de sus acantonamientos, tocando la música por medio de una multitud llena de júbilo que los bendecía y animaba, aproximarse por puntos diferentes á la costa, y embarcarse en sus respectivos transportes en el mejor orden y sin que ocurriera ni una sola desgracia.

Los habitantes de la capital y del país se habían reunido en Valparaíso, y todas las avenidas estaban llenas de espectadores. Muchas mujeres que habían participado de la fortuna, ya próspera ó adversa de las otras campañas, por una orden que no tuvo excepción, tenían que quedarse, y sus despedidas y alaridos acompañados de los lloros de los chiquillos, dieron un grande interés á la escena y enternecían el corazón.

Miller recibió al salir de Valparaíso de sus amigos, que eran muchos, aquellas muestras de sincera expresión y buen deseo que en tales momentos consuela al corazón, de la melancolía que produce el acto de separarse de los objetos que son queridos. Otra escena de un tierno interés le esperaba en la playa. Unos veinte ó treinta marinos que casualmente estaban en ella, pertenecientes á los diferentes buques de guerra, y que habían servido á sus órdenes en sus primeras expediciones, se reunieron espontáneamente á la orilla del agua para presenciar su embarque, y estos fieles compañeros de armas le manifestaron nuevamente su aprecio y su respeto gritando al avistarle «viva nuestro jefe», y repitiendo sus vivas con una emoción digna de ellos, hasta que el bote que lo conducía se alejó de su vista.

© Ministerio de Cultura

El 25 de Agosto de 1820, la expedición libertadora viró para Coquimbo. El lord Cochrane á bordo de la *O'Higgins* entró en la bahía, para disponer la salida del bergantín de guerra el *Araucano* y un transporte, que conducía al batallón chileno núm. 2. El 26 dió nuevamente la vela el convoy, y el 27 el transporte *Águila*, con setecientos hombres del batallón núm. 4, se separó del convoy. En la noche del 30, la *Santa Rosa*, á cuyo bordo iba el teniente coronel Miller, también se separó por un descuido del piloto de guardia. El transporte continuó su viaje al segundo punto de reunión, y voltijeó en él por espacio de dos días sin avistar ningún buque. En tal situación se dirigió al tercer punto de reunión, que era la Punta de Caballo. A su llegada á él, la aguada que había sacado de Valparaíso se había casi consumido, y en su consecuencia acordaron dirigirse á la bahía de Pararca á los 13° de latitud. Al avistarla vieron ya anclada en ella la mayor parte de la expedición. La *Santa Rosa* escapó difícilmente de ser apresada por dos fragatas españolas que avistaron la noche antes en alta mar. Si esto hubiese ocurrido doce horas después, la *Santa Rosa* hubiera caído infaliblemente en sus manos. Los buques de guerra patriotas del convoy habían dado caza á estas fragatas, pero se les habían escapado.

El convoy llegó al puerto de Pararca á las seis de la tarde del 7 de Septiembre, habiendo hecho su travesía desde Valparaíso, una distancia de mil quinientas millas en diez y seis días. El coronel Las Heras, jefe del Estado Mayor, con los batallones números 2, 7 y 11, dos piezas de artillería de montaña y cincuenta caballos, desembarcó el 8, dos leguas al Sur de la villa de Pisco; pero no se aproximó á tiro de fusil de ella hasta las siete de la tarde; entonces hizo alto y dispuso un prolijo reconocimiento. Durante el curso del día se vieron salir del pueblo como unos ochenta soldados españoles de caba-

© Ministerio de Cultura

llería, á los cuales la *Motezuma* hizo algunos disparos, aunque sin fruto; pero las tropas de la costa no molestaron su retirada. Asegurados de que los enemigos habían abandonado la villa, la división patriota entró en ella y vivaquearon por aquella noche en la plaza. El desembarco del resto de las tropas no se terminó hasta el 12.

El primer objeto que San Martín se proponía era en seguida de tomar á Pisco, ocupar todo el país inmediato, para aumentar sus fuerzas con los robustos esclavos que trabajan en las viñas y en los ingenios y plantíos de azúcar, situados á grandes é indeterminadas distancias; pero habiéndose verificado el desembarco de las tropas tan lentamente, y las que avanzaron con Las Heras, habiéndolo ejecutado con tan extraordinaria prudencia, los propietarios tuvieron tiempo de retirar casi todos sus negros. La razón á que se atribuye este retardo fué el no haber llegado á tiempo un transporte muy pesado, que traía los caballos de la caballería del Estado Mayor y de los oficiales de los cuerpos.

El general San Martín consideraba ya á la *Santa Rosa* como perdida, y fué tal la agradable sorpresa que causó su llegada, que mandó que todos los cuerpos que se hallaban en Pisco le dieran la bienvenida tocando la diana. La *Águila* había llegado anteriormente.

El 13, el general San Martín estableció su cuartel general en Pisco, y el 22, el coronel Alvarado, con el regimiento de granaderos á caballo, tomó posesión de los dos pueblecitos Alto y Bajo Chincha. El 23, el general San Martín reconoció el valle del mismo nombre, y fué recibido con entusiasmo por los habitantes. El marqués de San Miguel, poseedor de una grande hacienda en aquellas inmediaciones, se reunió á los patriotas, el cual recibió el grado de coronel y fué nombrado edecán del general en jefe. El 26 de Septiembre, los comisionados de San Martín y del virrey, acordaron una suspensión

© Ministerio de Cultura

de armas por ocho días en Miraflores, cerca de Lima, para ajustar un pacificación definitiva sobre las bases de la absoluta independencia del Perú; pero como el virrey no accedió á este punto, se rompieron nuevamente las hostilidades á la expiración de la tregua.

El 5 de Octubre marchó de Pisco el general Arenales con los batallones números 2 y 11, ochenta caballos y dos piezas de campaña, y entró en Ica el 6, donde fueron recibidas las tropas por los habitantes con toda clase de demostraciones de satisfacción. El coronel realista Quimper y el conde de Montemar abandonaron á Ica con ochocientos hombres que tenían á sus órdenes, parte de tropas regladas y parte de milicias. Dos compañías de las últimas con todos sus oficiales se pasaron á los patriotas. El 12, el teniente coronel Roxas, segundo en el mando del general Arenales, salió destacado con ochenta hombres de infantería é igual número de caballería, en persecución de los realistas, y el 15 llegó á Changuilla, cuatro leguas al Norte de Nasca, donde los realistas habían hecho alto.

Una pequeña partida de caballería patriota, dirigida por los capitanes Lavalle y Bransden y el teniente don Vicente Suárez, entraron á galope en la ciudad, sorprendieron á los realistas y los pusieron en huida, persiguiéndolos más de una legua, matando é hiriendo más de sesenta hombres. Seis oficiales y ochenta soldados fueron hechos prisioneros, además de un gran número de milicianos. Trescientos fusiles y un gran número de espadas y lanzas cayeron en manos de los patriotas, y la fuerza española, que el día antes constaba de seiscientos hombres, se dispersó completamente. Los habitantes de Nasca recibieron la partida del teniente coronel Roxas como á libertadores, y le informaron que cien mulas cargadas de pertrechos militares sacados de Ica, se hallaban aún en Acarí, distante treinta leguas al Sur. Roxas envió al teniente Suárez con una partida de caba-

© Ministerio de Cultura

llería, y á pesar de las dificultades que ofrecía el desierto que tenían que pasar, llegó á Acarí aquel infatigable oficial á las dos de la tarde del 16, y se apoderó de todo el convoy realista. El 19 regresó Roxas á Ica.

El 20 de Octubre avanzó al interior del país el general Arenales, dejando un destacamento á las órdenes del teniente coronel Bermúdez y del mayor Aldao para conservar la posesión de aquella provincia. El 25, el resto de las tropas libertadoras se embarcaron en Pisco, y dieron la vela el 25 hacia el Norte.

El 29 ancló la escuadra en la bahía del Callao, y el 30, los transportes, convoyados por el *San Martín*, dieron la vela para la pequeña bahía de Ancón, á seis ú ocho leguas al Norte de Lima. Ancón se compone de unas cuantas barracas de pescadores, medio enterradas en montones de arena, y en cuyo punto no se halla agua potable, sino á algunas millas de distancia. El 31 desembarcaron cincuenta hombres de caballería y veinte de infantería á las órdenes del teniente Raulet (oficial francés). Un destacamento de caballería realista se presentó en los Arenales para hacer un reconocimiento. El 1.º de Noviembre, Raulet avanzó á Copacabana, á cinco leguas de Lima, donde permaneció de observación. El 3 desembarcaron en Ancón doscientos infantes y cuarenta caballos, y á las órdenes del mayor Reyes marcharon á Chancay.

El 5, un batallón de realistas y dos escuadrones hicieron un reconocimiento sobre Ancón. El cabo de escuadra Alomi, que fué el instrumento principal para que el capitán Brown del *Maypo* se salvara, se pasó del regimiento de Numancia á los patriotas, y fué ascendido á sargento en el núm. 8.

El 4, la goleta *Alcance* llegó á Ancón con pliegos de la municipalidad de Guayaquil, anunciando que aquella provincia se había declarado independiente de España, y ofreciendo poner sus recursos á disposición del general

© Ministerio de Cultura

San Martín, para ayudarle en su empresa de libertar el Perú. Este cambio se había hecho por el teniente coronel D. Gregorio Escovedo, que ayudado por las tropas de la guarnición, estableció un gobierno provisional, del cual fué nombrado presidente el mismo Escovedo.

La escuadra chilena permaneció anclada en la bahía del Callao, bloqueando los buques españoles. Habiendo resuelto el lord Cochrane apresar la fragata *Esmeralda*, cortándola del resto de la escuadra, ocuparon cuatro días en trabajar activamente para preparar los medios, pues la fragata se hallaba protegida por los castillos, por una corbeta, dos bergantines de guerra, varios buques mercantes armados y más de veinte lanchas cañoneras.

A las once de la noche del 5 de Noviembre, ciento ochenta marineros y cien soldados de marina, en dos divisiones, mandadas por los capitanes Guise y Crosbie, salieron en lanchas de la escuadra, dirigidos por el lord Cochrane en persona, y se aproximaron á la *Esmeralda* sin ser vistos, hasta que dió el «quién vive» un centinela de proa, de una lancha cañonera de guardia á la fragata. El lord Cochrane contestó: «silencio ó mueres», y en medio minuto los botes se hallaron alrededor de la *Esmeralda*, y la abordaron á un tiempo por babor y estribor. Los españoles hicieron una valerosa resistencia al arma blanca; pero antes de la una de la mañana del 6, la *Esmeralda* estaba ya en poder del almirante.

Este dispuso se picaran inmediatamente los cables, hizo soltar las velas, y con dos lanchas cañoneras más apresadas, á la una y media pasó á otro anclaje. La fragata inglesa *Hyperion,* y la *Macedonia* de los Estados Unidos, que por casualidad estaban en el puerto durante esta operación, principiaban á dar la vela, é izaron faroles como señal convenida anteriormente con el gobernador, para que no les hiciesen fuego en el caso de un ataque de noche. El lord Cochrane, con admirable destreza, hizo izar igual número de faroles, tanto que los

© Ministerio de Cultura

españoles no podían distinguir los neutrales de los enemigos. En toda la carrera naval del lord Cochrane, no se hallará quizá ningún hecho que exceda á esta operación, que fué tan hábilmente concebida, como brillantemente ejecutada. El lord Cochrane fué herido en un muslo de bala de fusil*, y el teniente Grenfell, actualmente oficial muy distinguido al servicio del Brasil, y que después ha perdido un brazo, fué también herido. Los españoles perdieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos á bordo de la *Esmeralda*. Entre éstos lo fué el capitán Coy, su último comandante, el cual, después de prisionero, recibió una grande contusión de una bala de cañón disparada, ó de los castillos, ó de alguna lancha cañonera. Los patriotas, entre muertos y heridos, perdieron cincuenta hombres. La *Esmeralda* estaba lista para navegar, tenía provisiones para tres meses y repuestos para dos años.

La guarnición del Callao se exasperó de tal manera con las resultas de este ataque atrevido, que mataron á un oficial y la tripulación de un bote que poco después del día envió la fragata de los Estados Unidos la *Macedonia*, bajo el pretexto de que el «diablo» de Cochrane nunca habría alcanzado su objeto, si no le hubiesen ayudado los buques neutrales de guerra que había en el puerto.

A las diez de la mañana del 6, el almirante envió un parlamentario para proponer un canje de prisioneros, bajo principios, á que hasta entonces nunca había accedido el virrey.

Poco después de esta época publicó Huánuco su adhesión á la causa de la independencia, y para manifestar

* El lord Cochrane y el capitán Guise abordaron á un mismo tiempo la fragata por lados opuestos; se encontraron en el alcázar y se ayudaron mutuamente en lo más reñido del combate. Esta circunstancia produjo una pronta pero corta reconciliación.

© Ministerio de Cultura

que el grito de *viva la patria* había resonado también del otro lado de los Andes, llegó un joven desde las orillas del Marañón, ó río de las Amazonas, con cinco caballos de regalo, de parte de su madre, para el general en jefe del ejército libertador, en cualquier parte donde lo encontrara. Este joven, después de haber abrazado al general y haber visto el ejército patriota, se volvió en busca de su viuda madre, con las noticias convenientes para consolidar sus esperanzas, de que la hora de la emancipación había llegado.

Informado el virrey de que el mayor Reyes había tomado posesión de Chancay, mandó al coronel Valdez que marchase á aquel punto, cuyo jefe pasó á Ancón en la noche del 7 de Noviembre. En la mañana del mismo día dió la vela para el Callao el general San Martín. Al día siguiente volvió á la bahía de Ancón con el lord Cochrane y el todo de la escuadra, inclusa la fragata *Esmeralda*, que después se llamó *Valdivia*. En la noche del 8, la escuadra y el convoy salieron nuevamente de Ancón, y llegaron el 9 á Huacho, donde desembarcaron todas las tropas en el curso de los dos días siguientes. Huacho está situado á veintiocho leguas al Norte de Lima, y es el puerto de Haura. El valle de este nombre tiene dos leguas de ancho en su desembocadura al mar, y diez leguas de largo de Oriente á Occidente. San Martín colocó sus tropas en la orilla derecha de un río vadeable por sólo pocos puntos, desde cuya posición cortaba la comunicación natural por los caminos de la costa entre Lima y Trujillo, Lambayeque y Payta.

Obligado el mayor Reyes á retirarse de Chancay, después de hacer alguna resistencia al aproximarse el coronel realista Valdez, con cuatrocientos infantes y doscientos caballos, se trasladó á Supe, pocas leguas al Norte de Haura. Viendo que los realistas hacían alto y formaban sobre el camino, cuyas alas apoyaban á un montecillo de arena á la entrada del valle, á una milla de

© Ministerio de Cultura

Chancay, la infantería patriota entró en él, los dragones ensillaron sus caballos y todos se retiraron, mientras Valdez enviaba una partida á reconocerlos, en vez de avanzar con todas sus fuerzas. Tan pronto como éste vió la infantería patriota salir del valle cultivado al desierto en el lado opuesto, mandó perseguirla; pero el mayor Reyes continuó su retirada con la infantería. El capitán Bransden quedó con sus cuarenta dragones á retaguardia, y aprovechando una oportunidad favorable, cargó á la caballería realista cuando avanzaba por un camino estrecho, cerrado por ambos lados, y la obligó á replegarse á su infantería, con la pérdida de tres oficiales y algunos soldados. Bransden se reunió después á su columna, y los patriotas continuaron su retirada sin ser molestados. Valdez los siguió tres leguas á cierta distancia, y luego retrocedió á Chancay.

El 14, los coroneles Guido y Luzuriaga se embarcaron para Guayaquil, para cumplimentar al gobierno provisional por los cambios que acababa de ejecutar, y establecer relaciones entre aquel gobierno y el ejército libertador. El 17, la infantería patriota salió de Supe. En los batallones números 7 y 8 existían sobre cien negros, que el año anterior habían entrado de reclutas de los estados inmediatos. En esta ocasión les concedieron permiso para ir á ver á sus padres, hermanos ó amigos, que salían de sus chozas á dar la bienvenida á aquellos que hacía tan poco que eran sus compañeros. Las noticias que dieron del servicio los soldados negros, indujeron á alistarse á muchos esclavos. Muchos realistas se pasaban también diariamente á las tropas patriotas.

Vidal, cuyo valor contribuyó tan esencialmente á la toma de Valdivia, se hallaba presente en aquel punto, promovido ya á teniente con grado de capitán. Este oficial había sido enviado por San Martín desde Valparaíso en una lancha de pescadores, poco antes de la salida de aquel puerto de las fuerzas libertadoras, con objeto de

© Ministerio de Cultura

esparcir proclamas que conducía y proposiciones dirigidas á los habitantes adictos á la libertad é independencia de su país. Al intentar su desembarco en las inmediaciones de Haura, una grande oleada sumergió el bote; dos hombres de los que iban con él se ahogaron, y los otros dos cayeron en manos de los realistas. Sólo Vidal se escapó á Supe, pueblo de su naturaleza, donde permaneció oculto; pero no ocioso. Tuvo frecuentes reunio nes con los jóvenes de su conocimiento que merecían su confianza; acordaron un plan para sorprender un destacamento realista de 38 hombres de caballería, y una noche lo llevó Vidal á efecto triunfantemente con 12 hombres de su pueblo. Surtido por este medio de armas y caballos, no halló dificultad en formar una guerrilla, con la cual principió á operar ofensivamente, marchando hacia Lima por el pie de los Andes, aumentando su número y sus recursos, en consecuencia de sus oportunos y bien acertados golpes, y llamando la atención de los realistas produjo un servicio importante.

El 21, el batallón núm. 5 marchó á Huaras, veintiocho leguas al Nordeste, y el mismo día los realistas avanzaron desde Chancay á Chancaillo. En la creencia de que se dirigían á Sayán, el coronel Alvarado retrocedió desde aquel punto á Supe, adonde llegó el 24. El 25, el general San Martín pasó de Supe á Huacho, y mandó al día siguiente al coronel Alvarado á reconocer el enemigo. La sola tropa que se batió aquel día fué el teniente Pringuel y veinte granaderos á caballo, á los cuales cortaron la retirada ochenta realistas de caballería; pero aquellos valientes no se rindieron, hasta que tres de ellos habían muerto y once estaban heridos. Este encuentro, aunque desgraciado, produjo una impresión de enojo en los realistas, la cual recayó sobre el virrey por no emplear la superioridad de tropas con que contaba, de un modo más decisivo. El 27, el general San Martín volvió á Supe. Habiendo avanzado rápida-

© Ministerio de Cultura

mente el coronel patriota Campino con un pequeño destacamento de su batallón, tomó por sorpresa á Huaras é hizo prisioneros al teniente coronel Lantaño, dos oficiales y sesenta y siete soldados.

El 2 de Diciembre fué un día de sumo interés para cuantos se hallaban en Supe. Veintidós oficiales y ochenta y cinco sargentos y soldados patriotas prisioneros se presentaron aquel día; estos desgraciados habían sido puestos en libertad en cumplimiento de un convenio entre el virrey y el general San Martín para un canje de prisioneros, y eran los únicos que sobrevivían, á más de mil patriotas que sufrieron aquella suerte al principio de la revolución en los llanos de Buenos Aires y en el alto Perú, Encadenados juntos, habían tenido que andar de cuatrocientas á seiscientas leguas, y después fueron sepultados en las horrendas casamatas de los castillos del Callao.

Para inducir á los prisioneros á abandonar la causa que habían abrazado, el virrey hizo mil especiosos ofrecimientos á los que quisieran entrar al servicio del rey, y cuando vieron que las promesas no eran suficientes, les amenazaron con la muerte como á rebeldes, mientras que los curas les negaban los consuelos de la religión en su última hora. Heroicamente permanecieron fieles á los principios por que habían combatido; pero desgraciadamente uno solo de cada diez pudo sobrevivir á los horrores de nueve años de tanto padecer y tal encarcelamiento. Fué una cosa interesante presenciar la llegada de estos heroicos desgraciados; sus pálidos rostros, sus descarnados miembros, su mirar triste, su marcha pausada y vacilante manifestaban á primera vista los fatales efectos que su larga cautividad y bajo tan bárbaros guardianes, había hecho en su físico y su moral. Como era debido, fueron recibidos con los brazos abiertos por los oficiales y tropa de San Martín, entre los cuales hallaron muchos antiguos amigos y compañeros de armas.

© Ministerio de Cultura

El general San Martín dió permiso á estos beneméritos militares para volver á sus casas y restablecer su salud; pero tal era su entusiasmo, que todos se alistaron voluntariamente para servir en el ejército libertador, defender la causa de su país y vengar sus agravios personales. Varios de ellos murieron al poco tiempo en consecuencia del repentino cambio de salir de un calabozo hediondo al goce del aire libre y de la libertad; otros murieron en acciones de guerra, y de todos ellos quizá no existen en el día veinte individuos.

Sentimos nos sea imposible recordar por sus nombres todos aquellos individuos que, á tan justo título, pudieran llamarse mártires de la causa de su patria, y pagarles el tributo que se merecen; sin embargo no podemos prescindir de hacer mención de unos cuantos, cuyos servicios no puede obscurecer, ni la envidia, ni la injusticia.

El capitán D. Gregorio Fernández, en el día general, y el mayor D. Ramón Estomba, actualmente coronel, naturales ambos de las provincias del Río de la Plata, sirvieron desde esta época con el crédito más distinguido en el ejército peruano, y se contaban entre los individuos más beneméritos de cuantos lo componían.

Fernández mandó en 1824 el batallón núm. 2, uno de los mejores cuerpos del ejército libertador. Durante la última parte de la campaña, sufrió infinito de varias dolencias que le acometieron, y cuando no podía ir á caballo por el exceso de su mal, se hacía conducir en una litera; pero llegó á tal estado de debilidad, que pocos días antes de la batalla de Ayacucho no pudo seguir á su regimiento, y fué interceptado por los indios, los cuales, creyéndole un oficial realista, le respetaron: al fin se reunió á su cuerpo; pero con el sentimiento de ver que sus esfuerzos para hallarse en la batalla habían sido inútiles, y no haber presenciado el último golpe dado á los realistas, como lo había hecho al primero que se

© Ministerio de Cultura

dió en la guerra de la Independencia. Fernández casó después con una señorita joven y linda de Salta, y nombrado prefecto de La Paz, ha manifestado tantos talentos como gobernante, como intrepidez y constancia había desplegado como soldado.

El coronel Estomba fué hecho prisionero de guerra segunda vez cuando en 1824 se amotinó la guarnición del Callao, y fué uno de los dos oficiales que se escaparon en el camino de San Mateo.

Habiendo incurrido en 1826 en el desagrado del gobierno absoluto, que entonces mandaba en Lima, se retiró Estomba del ejército y en compañía con un amigo suyo arrendó para cultivar á su cuenta una hacienda cerca de Ica. Poco después descubrieron en Lima una conspiración que tenía por objeto la expulsión de los colombianos del Perú, en la cual le complicaron como á muchos otros oficiales peruanos y de Buenos Aires. En su consecuencia fué arrancado del sitio de su pacífica residencia, y por tercera vez puesto preso por orden del general Bolívar; pero después de la investigación más escrupulosa se patentizó su inocencia. Sin embargo tanto le afectó este tratamiento no merecido, que recibió la noticia de haber sido absuelto honrosamente de los cargos que le habían hecho, con disgusto é indiferencia; manifestando que había sufrido gustoso ocho años de encierro en las horrorosas casamatas del Callao, considerándose mártir de la libertad de su país; pero ser acusado de traición, y juzgado por un consejo de hombres indignos de juzgarle, era una cosa que jamás se borraría de su memoria.

A pesar de haber sido declarados inocentes los presos juzgados en aquella ocasión, recibieron orden para salir del país, y en su consecuencia se embarcaron. El mal recompensado Estomba regresó á su provincia nativa, después de una ausencia de doce años de fatigas, peligros y sufrimientos; y en la actualidad es comandante general

© Ministerio de Cultura

de la frontera del Volcán, noventa leguas al Sur de Buenos Aires.

Estomba, como muchos otros oficiales beneméritos, tienen razón para quejarse del gobierno de Lima; pero no deben confundirse los sentimientos generales de los habitantes del Perú, con los actos de unos cuantos sicofantas, que después de haber andado huyendo en la obscuridad mientras había peligro real en obrar patrióticamente, se presentaron con mil declamaciones, cuando el peligro había desaparecido, á recoger el fruto de los trabajos de los que habían lidiado honrosamente, y derramado su sangre por la causa de la libertad. Sus malvados designios no podían obtenerse sino acusando y atacando á los que ocupaban los primeros puestos en la lista de los merecimientos, pero Estomba puede estar seguro que la masa del pueblo peruano le ha hecho siempre justicia, así como á sus desgraciados compañeros, los cuales recibirán indudablemente una prueba de gratitud nacional del gobierno representativo, tan pronto como haya uno, cuya conducta merezca este nombre.

Si los límites de esta obra nos permitiera entrar en pormenores sobre los merecimientos de todos estos heroicos individuos, los coroneles Toyo, Salvadores, Echenique, Pardo de Zela, y muchos otros no pudieran omitirse sin injusticia. Su constancia y heroicos sufrimientos en las casamatas del Callao, bastaran para inmortalizar sus nombres.

Fuera un acto justo y político de parte de los gobiernos republicanos reunir á los que quedan de estos valientes desgraciados, y asegurarles el resto de sus días de un modo cómodo y agradable. Los gobiernos de la América del Sur si se ocuparan de ellos, podrían fácilmente hallar otros veteranos beneméritos que gimen en la miseria ó inútiles por sus honrosos sacrificios, y que yacen en el abandono y en la obscuridad; y fuera útil para ellos mismos pensionar sus inválidos y vigilar que sus pensio-

© Ministerio de Cultura

nes se pagasen puntualmente, pues á su constancia y á sus esfuerzos deben su existencia como gobiernos. Más honra se hicieran atendiendo á sus veteranos sumidos en la miseria, que publicando proclamas y decretos llenos de sonoras palabras y pomposas declamaciones. Los doctores que tanto aman desplegar su elocuencia en escritos bien aliñados, debieran citar el ejemplo de estos veteranos en vez de llenar sus discursos y producciones con esas pedantes y eternas alusiones á los héroes de Grecia y Roma, que frecuentemente hacen ininteligible su lenguaje á la masa del pueblo. La libertad es su tema favorito y constante; pero debe lamentarse que la práctica ilustrada de ella sea tan poco entendida. La independencia se ha alcanzado; pero la libertad solo ha brillado á lo largo de las costas, y donde parece se guarda en estricta cuarentena. Hasta ahora su nombre es lo único que ha podido penetrar al interior.

El 3 de Diciembre el batallón español de Numancia con seiscientas cincuenta plazas de fuerza, se pasó reunido al servicio de los patriotas con los capitanes D. Tomás Heres y D. Ramón Herrera á su cabeza. Este batallón formaba la retaguardia de una división realista que había avanzado desde Copacabana para hacer un reconocimiento y se retiraba de Palpa. Después de haber marchado todo el día hizo alto á dos leguas á retaguardia del resto de las tropas, y contramarchando repentinamente puso en ejecución el plan formado por los tenientes Guas, Izquierdo y otros subalternos que tuvieron la destreza de ganar no sólo á los sargentos y tropa, sino también á los capitanes. Las únicas personas que se opusieron á esta medida fueron el coronel Delgado y dos oficiales, á los cuales entregaron en Retes á los patriotas en clase de prisioneros. El batallón se trasladó en dos transportes desde Chancay á Huacho adonde llegaron al día siguiente. El regimiento de Numancia había sido enviado desde España á Venezuela á las órdenes del

© Ministerio de Cultura

general Morillo; pero cuando se unió al estandarte patriota casi toda su gente eran colombianos, obligados por fuerza á servir para reemplazar las bajas naturales que había tenido el cuerpo. Este regimiento estaba en un estado de disciplina que en nada era inferior á ningún cuerpo europeo. El 8 de Diciembre treinta y ocho oficiales y varios cadetes se escaparon de Lima, y pasaron al servicio patriota, presentándose á los puestos avanzados en Chancay. Entre ellos estaba Salaverri, muchacho de doce años de edad que se había escapado de la casa de sus padres y que desplegó una extraordinaria firmeza hallándose perseguido muy de cerca. El 5 de Diciembre el general San Martín mandó que la infantería tomase nuevamente su posición en la orilla del río Haura, que había hecho fortificar con obras de campaña. La derecha de esta línea se apoyaba al mar, teniendo á Huacho al frente y á Sayán á la izquierda, siete ú ocho leguas dentro del valle de Haura. Los realistas replegaron sus avanzadas á Asnapugio, dos leguas al Norte de Lima para evitar la deserción á los patriotas.

Se ha dicho anteriormente que el general Arenales con cerca de mil patriotas, salió de Ica el 21 de Octubre de 1820. Este general tomó á Guamanga el 31, á Guanta el 6 de Noviembre, á Jauja el 21, y á Tarma el 23, siendo su intención permanecer allí para proteger el levantamiento de los indios á favor de la causa de la independencia; pero habiendo sabido que el general realista O'Reilly había llegado á Canta en su marcha á Pasco con mil infantes, ciento ochenta caballos y una compañía de artillería, se resolvió á marchar al mismo punto con setecientos cuarenta infantes, ciento veinte caballos, y cuatro piezas de campaña. Arenales llegó el 6 de Diciembre al Cerro de Pasco, donde halló á los realistas desplegados en batalla detrás de un barranco profundo, apoyando su derecha á un terreno pantanoso, y su izquierda á un lago pequeño. El batallón patriota

© Ministerio de Cultura

núm. 2, mandado por el bizarro teniente coronel Aldunate, dió vuelta al lago y amenazaba por su flanco á los realistas, al mismo tiempo que el núm. 11, á las órdenes del intrépido teniente coronel Deza, atacó de frente. Los realistas cedieron á la violencia del ataque, y un oficial y cincuenta y ocho soldados perecieron en la acción; otro oficial y noventa hombres fueron heridos, y veintiocho oficiales y trescientos quince soldados hechos prisioneros, y dos piezas de artillería y trescientos sesenta fusiles tomados en el campo. La caballería patriota, á las órdenes del mayor Lavalle, persiguió tan de cerca al general O'Reilly*, que fué hecho prisionero por el teniente don Vicente Suárez, y escasamente pudo escapar ninguno de su división. El teniente coronel D. Andrés Santa Cruz, natural de la Paz, se entregó él mismo al mayor Lavalle y desde aquel momento sirvió en el partido independiente.

Con esta brillante y decisiva acción terminó la expedición de Arenales, pues aunque había sido coronada con ventajas que no podían esperarse, habiendo hecho ya tanto, era natural creer que mantendría el terreno que había conquistado; pero ocurrió, desgraciadamente, que el coronel Alvarado, que mandaba las fuerzas avanzadas de San Martín en Palpa, cerca de Chancay, fué engañado por falsas noticias y escribió á Arenales en términos que le indujeron á repasar los Andes. Tan pronto como supo esta equivocación el general San Martín, mandó á Arenales que contramarchara á Pasco; pero cuando llegó el aviso ya había pasado la cordillera y le dejó continuar su marcha á Retes, adonde llegó su división el 8 de Enero en un estado deplorable en consecuencia del

* O'Reilly era irlandés. A este general le permitieron regresar á España, pero el último revés que había experimentado influyó de tal modo en su espíritu, que en la travesía se arrojó al mar desde cubierta en un estado absoluto de delirio, y se ahogó.

© Ministerio de Cultura

cansancio, fatigas y privaciones que había sufrido al atravesar los Andes.

Los indios, que habían sido estimulados á levantarse contra los realistas, hicieron una valiente resistencia en Huancayo y otros puntos; pero sin apoyo, fueron deshechos, haciendo en ellos una horrible carnicería el general realista Ricaforte.

Pasco y una considerable parte del país al Sur se mantenía aún por una partida que había quedado en Ica y la cual tuvo que abandonar aquella provincia para seguir el movimiento de Arenales. El mayor Aldao, que mandaba este destacamento, se distinguió particularmente en varias ocasiones, y con especialidad en la acción de Huancayo. Este jefe llegó á Pasco después que Arenales había salido.

El 9 de Enero de 1821, el *Araucano*, su capitán Carter, apresó después de una valerosa resistencia el *Aranzazu*, de seis cañones y uno reforzado de á diez y ocho. El 17 llegaron los transportes patriotas á Huacho desde el puerto de Chancay, y el 18 arribaron de la bahía del Callao la *O'Higgins* y la *Valdivia*. Por este tiempo se originaron disensiones entre los jefes realistas; y como tuvieron grande influencia en el curso de los acontecimientos, daremos una sucinta relación de ellas. Habiendo malogrado los gauchos los decantados planes del general La Serna de hacer la guerra en regla, obtuvo permiso del rey para regresar á España. En 1819 llegó á Lima para embarcarse, pero en virtud de estar esperando una invasión de Chile, el virrey le ascendió á teniente general y alcanzó de él que se quedase en el país. Así que San Martín desembarcó en Huacho, La Serna recibió la orden de marchar contra él; pero este general se negó á tomar parte en las operaciones militares, á no ser que el virrey consintiera al establecimiento de una especie de consejo áulico compuesto de generales con el título de *Junta Directiva*, en la cual debía únicamente

© Ministerio de Cultura

tener voto como un individuo de ella. La Junta directiva debía decidir en todas las medidas relativas á la continuación de la guerra, tener facultad de aplicar los fondos públicos al pago del ejército con preferencia á las atenciones de los otros ramos; nombrar y remover á los gobernadores é intendentes de las provincias y otros destinos de esta especie. Como la mayoría de la Junta era adicta á La Serna, este general quedó de hecho el jefe superior en los asuntos militares. El coronel Loriga fué nombrado secretario de la Junta.

A pesar de estas disposiciones, tanto La Serna como la Junta desplegaron poca resolución ó capacidad. Con poco que hubiesen tenido de una ú otra, habrían obligado á reembarcarse al ejército del general San Martín, inferior en número; pero las medidas de la Junta parece se limitaron á acampar su ejército en la insalubre posición de Asnapugio, y á una demostración de ataque que indujo al general San Martín el 18 de Enero á retroceder desde Retes á la orilla derecha del río Haura, donde ocupó su antigua posición; levantó reductos para defender los pocos puntos vadeables que tiene el río, y fijó su cuartel general á una legua de Haura, determinado á aceptar la batalla que ya parecía inevitable.

La división realista de Valdez llegó á Chancay, donde el capitán Raulet tuvo un encuentro con su vanguardia, en el cual desplegó su natural intrepidez; pero fué obligado á retirarse con alguna pérdida. Antes que Valdez pudiera adelantar más, recibió orden de la vacilante Junta directiva, que le obligaba á volver á Lima, en cuya operación perdió más de cien hombres por la deserción, la mayor parte pasados á los patriotas.

Cualesquiera que hubiesen sido las faltas cometidas por Pezuela, es evidente que la Junta que supo investirse con la autoridad del virrey en los negocios militares, ni manifestó energía, ni conocimientos locales, ni saber el número y calidad de las tropas invasoras. Si San Mar-

© Ministerio de Cultura

tín hubiese sido atacado en seguida de su desembarco en Huacho, habría tenido que reembarcarse y pasar al puerto de Trujillo. ¿Por qué el ejército realista de más de ocho mil hombres, reunidos en Asnapugio, no marchó inmediatamente contra San Martín?; es una pregunta á la cual La Serna, Canterac, Valdez y Loriga pueden contestar mejor que nadie; pero muy bien puede presumirse que la victoria alcanzada en Pasco, la toma de la *Esmeralda*, y los encuentros de Nasca y Chancay habian impreso en los ánimos de los jefes realistas una gran desconfianza. También es cierto que la presencia de las tropas patriotas en aquel tiempo inspiraba respeto, y que las revoluciones de Guayaquil y Trujillo y la defección del regimiento de Numancia paralizaron la acción de la Junta directiva. La división se introdujo entre los individuos que la componían, y Pezuela, á quien públicamente acusaban de ser la causa del mal aspecto de los negocios, fué depuesto el 29 de Enero de 1821 por una conmoción militar, y La Serna fué nombrado virrey en su lugar.

El 24 de Enero cien individuos de todas clases se pasaron á los patriotas desde Lima. Entre los militares se contaban el coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Elespuru; y de las clases civiles los de mayor distinción fueron el Dr. López Aldana, D. Miguel Otero y D. Joaquín Campino.

Por este tiempo se formó un batallón de peruanos en virtud de orden del general San Martín.

El 25, seiscientos hombres de infantería y sesenta de caballería, todos escogidos, fueron destinados á las órdenes del teniente coronel Miller, el cual recibió instrucciones para embarcarse para un servicio secreto á las órdenes del lord Cochrane. Con este objeto Miller marchó inmediatamente á Huacho; y cuando al día siguiente de su llegada á aquel punto estaba pasando revista en la plaza á los destacamentos, llegó lady Cochrane á galope

© Ministerio de Cultura

á hablar con Miller. La repentina presencia de una señora joven y hermosa, manejando con destreza y elegancia un caballo fogoso, electrizó absolutamente á la tropa que nunca había visto ninguna señora inglesa: *¡Qué hermosa! ¡Qué graciosa! ¡Qué linda! ¡Qué guapa! ¡Qué airosa! ¡Es un ángel del cielo!* Fueron exclamaciones que se escaparon de un extremo á otro de la línea. Complacido Miller de aquel involuntario homenaje, rendido á la belleza de una paisana suya, dijo á la tropa: *Esta es nuestra generala.* Lady Cochrane volvió sus expresivos ojos á la línea y saludó graciosamente. Las tropas entonces no pudieron por más tiempo contener la expresión de su admiración á simples interjecciones, y prorrumpieron en vivas, repetidos con el mayor entusiasmo por cuantos se hallaban presentes. Lady Cochrane con una agradable sonrisa manifestó su agradecimiento, volvió el caballo pausadamente y con una gracia encantadora se retiró á galope.

El 30 de Enero se embarcó el destacamento, y la escuadra se dió á la vela. El objeto de la expedición era tomar posesión de los castillos del Callao, pues algunos oficiales realistas que se hallaban en ellos habían sido ganados por el general San Martín y se habían obligado á enarbolar la bandera independiente con tal que fuesen sostenidos por el desembarco de un cuerpo respetable de patriotas; pero el día antes de la salida de las tropas de Huacho había sido depuesto Pezuela y relevada la guarnición del Callao por tropas del partido del nuevo virrey. Consecuentemente volvió la expedición á Huacho el 19 de Febrero sin haber ni aun siquiera intentado desembarcar. Las tropas bajaron á tierra, pero prontas para reembarcarse á otro servicio.

El 24 de Febrero marchó el coronel Gamarra al interior para tomar el mando de los patriotas en la Sierra al Sur de Pasco. El teniente coronel D. León Febres Cordero le acompañó en clase de segundo.

© Ministerio de Cultura

Los puestos avanzados de los patriotas estaban en Chancay, á diez y ocho leguas al Sur de la posición que su ejército ocupaba sobre el río Haura. El 6 de Marzo, retirándose el capitán Roxas de aquel punto á la vista de un número muy superior, cuando llegó á Torre Blanca, tres leguas de Chancay, volvió repentinamente contra doscientos hombres que le perseguían más de cerca, los cargó bizarramente, les mató una porción y dispersó al resto. El intrépido Roxas continuó desde entonces su retirada sin que le molestasen en ella. Al día siguiente evacuaron los realistas á Chancay para ir á su campo de Asnapugio, y fué ocupado nuevamente por los patriotas. Por este tiempo, Vidal, ya ascendido á capitán, desbarató un destacamento realista en Quilcachamay con una partida de montoneros, mató dos capitanes, un subalterno y siete hombres, y cogió siete soldados prisioneros.

El 12 de Marzo el capitán Quirós con otro destacamento de montoneros deshizo otro destacamento de realistas en San Jerónimo, en cuyas inmediaciones habían quemado los realistas seis pueblos.

El 23 de Marzo el capitán Vidal avanzó hasta la hacienda de los Pedreros, á tres leguas de Lima, y se llevó sin oposición doscientos cuarenta caballos y mulas y ciento y cincuenta cabezas de ganado vacuno*.

El 13 de Marzo dió nuevamente la vela de Huacho el lord Cochrane á bordo del *San Martín*, con quinientos infantes y ochenta soldados de caballería desmontados, unos y otros mandados por el teniente coronel Miller. En la noche del 21 de Marzo este destacamento, unido á los soldados de marina de la escuadra, desembarcaron en Pisco. Al ponerse el sol del 22 sus puestos avanzados es-

* Estas y otras operaciones se han detallado con minuciosa escrupulosidad, porque se cree que ellas explican la forma en que se hacía la guerra.

© Ministerio de Cultura

tabau en Chincha, á ocho leguas del lugar de su desembarco.

A las seis de la tarde del 26 fué atacado el capitán Videla en Chincha, donde se hallaba con una compañía y unos cuantos caballos, por el coronel Loriga, el cual fué rechazado, dejando cuatro muertos en el pueblo.

El 25 de Marzo llegó por la vía de Panamá al cuartel general de San Martín el capitán de fragata D. Manuel Abreu, comisionado especial del Rey de España. El 29 marchó á Lima, donde disgustó mucho á los ultrarealistas el modo decoroso y respetuoso con que habló de los oficiales del ejército patriota. Este oficial fué enviado desde España, por influencia del partido liberal en las Cortes, para enterarse oficialmente de las reclamaciones de los americanos; pero los mismos liberales no hicieron escrúpulo en confesar en conversaciones particulares que el objeto real de su misión era para ganar tiempo, y que su resolución era de *nunca reconocer la independencia de América*.

A principios de Abril regresaron de Guayaquil los coroneles Luzuriaga y Guido, participando que el gobierno provisional de aquel punto estaba ya firmemente establecido, y que había recibido considerables auxilios de armas y municiones de Colombia.

El 2 de Abril comunicaron órdenes para que el ejército patriota estuviera pronto para avanzar desde su posición sobre el río Haura, y se reunió el batallón número 5, que se hallaba en Supe. El 12 del mismo mes sorprendió el capitán Raulet é hizo prisionera la avanzada realista situada en Tambo Inca, á cinco leguas de Lima.

Por este tiempo marchó hacia el cerro de Pasco el general Arenales con tres batallones y el regimiento de Granaderos á caballo, cuyo punto se hallaba amenazado por una división realista á las órdenes del general Carratala.

El 27 la infantería patriota levantó su campamento

© Ministerio de Cultura

en las orillas del Haura, se embarcó en los transportes en Salinas, tres leguas al Sur de Huacho, y dieron la vela con el general en jefe hacia barlovento. Los enfermos y bagaje pasaron á Supe, y la caballería permaneció en Huacho.

El 2 de Mayo fué rechazada la división realista del general Ricaforte por los montoneros de los infatigables capitanes Vidal, Quirós, Elguera y Navajas en Quiapata, cerca de Canta. Los realistas dejaron un oficial y noventa hombres muertos, y dos oficiales y cuarenta y tres individuos prisïoneros; y muchos más se ahogaron al atravesar un río.

El 21 de Mayo propuso el virrey La Serna un armisticio, como presidente de la Junta pacificadora. El general San Martín nombró al coronel Guido, á D. Juan García del Río y á D. Ignacio de la Rosa como comisionados, y al doctor López Aldana, secretario de la diputación; los cuales se reunieron en Punchauca, á cinco leguas al Norte de Lima, con los comisionados realistas, que lo eran: el subinspector de artillería D. Manuel Llano y Noguera y el alcalde de segundo voto D. Mariano Galdiano y Mendoza.

En el mismo día la división del general Arenales tomó á Pasco, y como una gran nevada que ocurrió habría imposibilitado la retirada del general Carratala y su división, que pocos días antes había tomado posesión de ella, solo la notificación del armisticio pudo evitar el que Arenales sacase fruto de lo ventajoso de su posición. Si se hubiera retardado el armisticio, habría sido hecha prisionera la división de Carratala cerca de Huancayo.

San Martín había llegado en el entretanto á la bahía de Ancón, y había adelantado sus avanzadas á dos leguas de la capital. El 23 de Mayo de 1821 se concluyó un armisticio por veinte días, y el general San Martín y el virrey tuvieron una entrevista en Punchauca. Entonces regresó el convoy con la infantería á Huacho.

© Ministerio de Cultura

Acordado el armisticio, el general San Martín propuso las condiciones siguientes como bases de un tratado de paz: 1. El reconocimiento de la independencia del Perú. 2. Que se formara una Junta gubernativa, compuesta de tres individuos: uno nombrado por el virrey, otro por el general San Martín y el tercero por los peruanos, por medio de una Junta electoral, compuesta de un individuo de cada provincia. La Junta gubernativa debía publicar una Constitución provisional que rigiese hasta la reunión de un Congreso general. 3. Que dos comisionados, el uno nombrado por el virrey y el otro por el general San Martín, pasarían á España á noticiar al rey la declaración de la independencia, y rogarle colocara en el trono del Perú á un Príncipe de su familia, bajo la condición de que el nuevo soberano jurase aceptar y mantener la Constitución. Los otros artículos eran relativos á la posición que en el interin debían ocupar los ejércitos.

El virrey manifestó su aprobación personal á estas proposiciones; pero dos días después de su regreso á Lima, escribió al general San Martín manifestándole que había consultado á los jefes de su ejército y habían declarado inadmisibles sus proposiciones.

San Martín conocía bien que el Gabinete de Madrid jamás ratificaría las bases del tratado que proponía; pero su objeto secreto era comprometer á los jefes realistas hasta el punto que no les quedase otro medio sino reunírsele á favor de la causa de la independencia.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XIV

Operaciones del destacamento patriota en las inmediaciones de Pisco.—Su reembarco.—Se dirige á Arica.—Inútiles esfuerzos para desembarcar.—Morro de Sama.—Toma de Arica.—Efectos cogidos.—Acción de Mirabe.—Moquegua.—Calera.—Armisticio.—Los prisioneros patriotas salen de la esclavitud.—Carácter y aventuras de La Tapia.—La señora Gago.—Los patriotas se reembarcan en Arica.—Dan la vela para el Norte.

La expedición, que el 13 de Marzo de 1821 dió la vela en Huacho y desembarcó en Pisco, tenía por objeto interrumpir la comunicación entre Lima y las provincias del Sur.

Informado el virrey que había desembarcado un destacamento patriota, mandó salir de Lima al coronel García Camba con una división.

El último fijó su cuartel general en Chincha Alta, ocho leguas al Norte de Pisco. Entre estos dos puntos corren paralelamente dos ríos desde la cordillera al mar, distantes cinco leguas uno de otro. En las orillas del mar al Norte, están situados los dos agradables y fértiles pueblecillos indios llamados Alto y Bajo Chincha; y al Sur del río Pisco se halla situada la villa que toma su nombre; estos dos ríos fertilizan una gran parte de los considerables valles que atraviesan. Los puestos avanzados de los patriotas y realistas generalmente no estaban muy adelantados de estos ríos; pero por lo común patrullaban los patriotas en el desierto que los separaba, los cuales poseían nominalmente la orilla izquierda del río Chin-

© Ministerio de Cultura

cha. Su infantería ocupaba la villa de Pisco media legua de la orilla izquierda, y su caballería la hacienda de Caucato sobre la orilla derecha de aquel río. Esta hacienda perteneció antiguamente á los jesuítas, y cuando los independientes desembarcaron la primera vez en 1820, contenía más de 900 esclavos negros; pero habiendo tomado servicio con ellos una porción, su número primitivo se había reducido mucho. Miller permitió unirse en cuerpo á la división patriota á muchos de los que quedaban; y haciendo el servicio de guías fueron frecuentemente muy útiles cuando los destacamentos tenían que atravesar vados difíciles ó peligrosos; algunos de los más diestros fueron enviados con frecuencia dentro de las líneas de los realistas. En las continuas escaramuzas que ocurrieron se distinguieron particularmente por su valor, y como estaban vestidos con gorras encarnadas y ponchos les dieron el nombre de *infernales*. Esta gente fué bien alimentada, como á la verdad lo eran todos los negros que había en la hacienda; pero antes solo les daban á probar la carne una ó dos veces al año. Desde que llegaron los patriotas tuvieron cuanta pudieron comer, lo cual contribuyó eficazmente á crear entre ellos un sincero y entusiástico espíritu patriótico. El ganado y otras provisiones dejadas en Caucato cuando abandonó su dueño la hacienda, como partidario de los realistas, suministraban recursos superabundantes.

Miller estaba en Pisco unas cuantas horas cada día; pero antes de ponerse el sol repasaba el río para dormir en sus puestos avanzados. El río estaba en aquella época en su mayor anchura y corría con proporcionada corriente. El agua es de color blanquinoso y turbia, y cuando el sol brilla sobre su superficie parece una gran plancha de estaño. Al atravesarlo sacan los pies de los estribos, doblan las piernas para arriba, aprietan las rodillas contra el caballo y conservan fija la vista sobre algún objeto del frente, pues si tan solo un minuto que-

© Ministerio de Cultura

dan sin hacerlo y miran á la corriente, la cabeza más fuerte se desvanece; no conoce la dirección que lleva; pierde probablemente la silla, y no siempre los lazos de los vadeadores pueden sacarle del rápido torrente. No hay memoria que haya habido un año sin que se hubiesen ahogado algunos en él; y escasamente hay un río de alguna consideración en las costas del Perú en que no perezcan cada año varias gentes cuando crecen por las lluvias en el interior; esto sucede casi en todos los ríos principales de la costa. El de Pisco es sumamente peligroso, el cual durante dos ó tres meses en el año se extiende hasta ciento cincuenta varas de ancho, cuando en la estación seca y calorosa queda reducido á un torrente de poco fondo, aunque de rápida corriente, de solo veinte varas de ancho. Cuando están crecidos los ríos, es preciso mucha resolución y destreza para atravesarlos por vados difíciles y que los caballos estén acostumbrados á ello. Algunos de los caballos pertenecientes á la hacienda de Caucato se metían en el agua con el mayor desahogo y sorprendía la destreza con que cortaban la corriente y el cuidado con que tanteaban el fondo para no dar un paso en falso. El animal debe tener libre la cabeza; pero es preciso al mismo tiempo que la conserve inclinada hacia la corriente, de modo que ésta nunca le coja de lado con toda su fuerza. Es preciso tomar una dirección inclinada ó ir serpenteando según los bajíos que haya y bancos de arena que se encuentran. Estas dificultades son mayores porque los parajes más profundos del río están llenos de grandes piedras, desprendimientos de los Andes que el curso del tiempo y la corriente de las aguas van insensiblemente arrastrando hasta que se sepultan en el mar. Si el caballo llega á enredarse ó tropieza con ellas, chapuza, manotea, se levanta sobre las piernas y, al fin, junto con su jinete, cae y se lo lleva la corriente. En este caso debe soltar las riendas el jinete y dejar al caballo que se defienda y le-

© Ministerio de Cultura

vante por sí mismo. Los vadeadores diestros, cuando caen de la silla, se agarran, si pueden, de la cola del caballo, y generalmente los llevan á tierra. Desde rayar el día hasta obscurecido hay prácticos ó vadeadores en la orilla para dirigir las personas que quieran atravesar; pero cuando, según su juicio, fallan que no puede pasarse el vado, se retiran de su puesto. Miller llegó algunas veces después que los vadeadores se habían retirado; pero sus *infernales* eran tan diestros como ellos. Algunos se metían á caballo delante de él, otros le seguían muy inmediatos y uno ó dos iban adelante del lado de la corriente del caballo de Miller, todos gritando para animar y dirigir los caballos y volteando el lazo por cima de la cabeza para estar preparados en caso de algún accidente. Aunque Miller se acostaba todas las noches con la ropa mojada, conservó su salud varias semanas con sorpresa general, pues había escapado sin calenturas intermitentes en Huacho, donde escasamente dejó un solo individuo, no sólo de estar enfermo, sino de recaer varias veces. Ya principiaba á creerse que su constitución estaba á prueba de agua; pero al fin fué atacado por unas tercianas malignas que en pocos días le dejaron como un esqueleto. Alternando del frío á la calentura acompañada de delirio, su situación era seguramente dolorosísima. Tendido en un colchón, en los momentos en que se hallaba mejor, sufría el tormento más horroroso con las noticias de que el enemigo se aproximaba, cuando él no podía ni sentarse solo en la cama. El lord Cochrane había dado vela para el Callao y, por consiguiente, no podía esperar ni auxilios ni consejos del almirante. Su asistencia médica era mala; pero el resto de ella, aunque ruda, era atenta y cariñosa. Su fiel criado Ortega é Ildefonso, uno de los *infernales*, estuvieron constantemente á su lado, y probaron con su dolor los sentimientos de fidelidad y adhesión que en tales circunstancias no pueden menos de consolar el ánimo

© Ministerio de Cultura

del paciente en sus lúcidos intervalos y contribuyeron más que las medicinas á aliviar sus padecimientos. Al cuidado de estos fieles criados debe añadirse el bondadoso esmero de la señora Martínez y sus dos interesantes hijas, así como los de otra familia no menos distinguida por su bondad de corazón y cuyo nombre no se tiene presente.

El comandante realista estaba en la misma época en cama padeciendo la misma enfermedad en Chincha; y los segundos respectivos limitaron sus operaciones á movimientos y amagos, los cuales produjeron algunas pequeñas acciones de descubiertas ó puestos avanzados; pero ambos se mantuvieron esencialmente á la defensiva.

De seiscientos hombres que desembarcaron, murieron veintiocho en un mes, y ciento ochenta pasaron al Hospital, si tal puede llamarse á sitios casi destituídos de facultativos, de medicinas y de asistencia. La mayor parte de los enfermos fueron trasladados á Huacho, y el resto de la tropa estaba débil y enfermiza.

Cien esclavos, seis mil duros, quinientas botijas de aguardiente, mil cargas de azúcar, gran cantidad de tabaco y varios otros géneros sacados de las haciendas pertenecientes á los españoles ó naturales del país al servicio de los realistas, enviaron á bordo de la escuadra.

El 18 de Abril fué conducido en una litera al navío del almirante el teniente coronel Miller. El lord Cochrane, que había estado ausente cruzando sobre el Callao, y había regresado á la bahía de Pararca el día anterior, manifestó mucho interés á su alarmante apariencia. Con efecto, se hallaba tal, que no tenía más que la piel y los huesos; delirante, con una calentura maligna que le tenía postrado en cama hacía más de tres semanas, y casi sin esperanzas de vida.

Continuando en declinar la salud de la tropa, determinaron abandonar á Pisco, y para ver si recobraban sus fuerzas, hacer un viaje por el mar. En consecuencia

© Ministerio de Cultura

de esta resolución, se reembarcaron las tropas en el *San Martín* el 22 de Abril, y dieron la vela hacia el Sur; los otros buques de la escuadra volvieron al Callao. El 6 de Mayo, á veinticinco ó treinta millas de Arica, sobrevino una gran calma. Parte de las tropas se embarcaron en botes á las órdenes del teniente coronel Miller, y bogaron por espacio de cuatro horas á lo largo de la costa, sin poder hallar ningún paraje donde desembarcar. Un vientecillo fresco principió á levantarse, y entonces llegó á ellos el *San Martín*, y los tomó á su bordo en un estado ya de absoluto cansancio, por el excesivo calor y por no haber tenido una gota de agua que beber desde que salieron del navío. Entonces el *San Martín* ancló fuera de tiro de cañón del fuerte, y envió una intimación al gobernador para que se rindiese, el cual la recibió con desprecio. Este jefe tenía á sus órdenes una guarnición de trescientos á cuatrocientos hombres, y el único punto de desembarco estaba defendido por una batería de seis piezas. La mar estaba bastante agitada, y de tal forma, que un desembarco parecía impracticable, y así lo habían confirmado las noticias adquiridas en los buques neutrales anclados en la bahía. Sin embargo, hicieron una tentativa un poco hacia el Sur, donde el capitán del navío, en su ansiedad por ver en tierra á los soldados patriotas antes que las riquezas de Arica pudieran escapar, se le figuró haber descubierto un paraje favorable para desembarcar. Doscientos cincuenta hombres se trasladaron á los botes, y á media noche bogaron para tierra. La mar, en su superficie, parecía tranquila, pero una sorda marejada, con tardas y grandes oleadas, hacía difícil y trabajosa la travesía. Las estrellas brillaban de tal manera, que dejaban percibir una mancha blanca en tierra, la cual servía de baliza. El capitán Wilkinson y el teniente coronel Miller, con treinta hombres, marcaban la dirección en la primera lancha; al llegar cerca de la costa, aseguraron á popa, pero á las pocas brazas de

© Ministerio de Cultura

ella los arrebató una inmensa oleada que, elevándolos al cielo, los llevó para arrojarlos con furia á un abismo, donde se encontraron entre grandes rocas antiguos desprendimientos de la montaña. Afortunadamente, estas mismas rocas impidieron que la ola se llevara en la resaca á la lancha, la cual quedó en seco y suspendida entre ellas. Escasamente tuvo tiempo la gente para saltar y salir de aquel lugar espantoso, cuando otra ola hizo la lancha mil pedazos. La espuma que producía el choque violento de las olas, el ruido con que reventaban contra las rocas, la obscuridad de la noche y el negro aspecto de la costa, daba á todo un aire horrendo y hacía una contraposición verdaderamente espantosa.

El agua, que antes parecía en calma, principió con ruido á romper contra rocas que hasta entonces no habían percibido. Las lanchas que seguían á popa, advertidas del peligro, se mantuvieron á distancia; pero la más inmediata soltó un amarro, pues se hallaba rodeada de escollos, cuyas olas la batían con no escasa fuerza. La situación de la partida que Miller mandaba era sumamente crítica; la tropa había salvado sus armas, pero las municiones estaban inservibles; su reembarque parecía imposible, y su número demasiado reducido para esperar obtener ventaja alguna por medio de un ataque atrevido para sorprender la guarnición; sin embargo, consultadas las circunstancias, pareció ser éste el único partido que podía tomarse, y decidieron que la partida marchase sigilosamente á la ciudad, sorprendiera la guardia, se apoderase del fuerte y lo conservara hasta la llegada de algún refuerzo. En su consecuencia la tropa formó, é hicieron mil esfuerzos para encontrar algún camino ó senda por donde pasar; pero hallaron que la playa, que sólo tenía unas cuantas varas de ancho, seguía únicamente hasta una corta distancia por todos lados, y estaba cortada por la parte de tierra por un peñasco casi perpendicular. Después de rodar de una parte á otra por

© Ministerio de Cultura

espacio de dos horas, trepando y cayendo, no pudieron descubrir ningún paraje, y la tropa volvió al punto de donde había salido, y se sentó para descansar de sus fatigas y en un estado de casi desesperación. Era muy probable que los realistas hubiesen oído las voces repetidas de los que hablaban á los de tierra desde las lanchas que aún estaban en su antigua posición, y temían que al amanecer se aumentaría lo crítico de su situación, hallándose á la vista del enemigo, al pie de una roca inaccesible, y en disposición que pudiesen acabarlos con unas cuantas descargas, ó rodando sobre ellos algunos peñascos. En este intervalo de desconsuelo descubrió el capitán Wilkinson una roca que se prolongaba hacia el mar y penetraba bien dentro de él, é inmediatamente puso en juego los recursos de su profesión y experiencia, adoptando un plan que en tiempos ordinarios se habría considerado como un acto de locura. Mandó á una de las lanchas bogar por avante y anclar tan inmediato á la costa como fuera posible, lo cual ejecutaron, aunque con gran peligro de los que estaban á bordo de ella. Desde la lancha enviaron un bote ballenero con una pequeña guindaleza, un extremo de la cual tiraron sobre la roca y aseguraron inmediatamente. Por este medio, el bote ballenero se llevaba y traía de la lancha á la roca. Sólo dos hombres podían á la vez estar en la punta de la roca, á la cual tenían que estar colgados pendientes de la cuerda, hasta que una calma, que generalmente ocurría cada siete ó nueve oleadas, permitía al bote ballenero atracar á sotavento de la roca y permanecer el tiempo únicamente preciso para que los dos hombres que estaban colgados de la cuerda bajasen por ella precipitadamente dentro de él. De este modo trabajoso, largo y tan peligroso, se reembarcó toda la gente, con sólo la pérdida de un hombre. Al salir el sol vieron en lo alto del peñasco una partida de realistas, la cual justificó los temores que en la noche habían concebido.

© Ministerio de Cultura

A la noche siguiente hicieron otra tentativa de desembarco hacia el lado del Norte, y la misma partida se vió otra vez metida y próxima á sumergirse entre escollos de los que únicamente pudo librarse á fuerza de trabajos y faenas penosísimas. La fatiga, el agua de que tantas veces se vieron cubiertos, y las ansiedades que pasaron en aquellas dos noches, rindieron absolutamente á cuantos estuvieron empleados en ellas.

Estas tentativas de desembarco en puntos tan inmediatos á Arica no debieron haberse tal vez hecho, pues muchas personas de los buques neutrales habían asegurado de que era imposible desembarcar; pero el lord Cochrane por la experiencia que tenía de los neutrales dudó de la certeza de sus noticias. Habían visto por casualidad pasar recuas de mulas muy cargadas desde la ciudad al interior, y en todos los puntos donde las percibieron, todos los anteojos se desenvainaron y asestaron al convoy. La *auri sacra fames*, multiplicando el número de los animales, y convirtiendo sus cargamentos de fardos de géneros en cajones de duros, dió origen á innumerables gestiones para desembarcar la tropa en la costa, y al fin el lord Cochrane cedió á tantas importunidades. Era curioso en esta ocasión el contraste que hacía la seriedad que conservaban las *tropas* destinadas al desembarco, para una empresa casi desesperada, con el espíritu bullicioso de los observadores navales desde el navío.

Los soldados se trasbordaron en seguida á dos pequeñas goletas y marcharon al Morro de Sama, puerto sumamente miserable, diez leguas al Norte de Arica. Las goletas tenían únicamente timones provisionales, que aun á favor del viento gobernaban con dificultad.

Pusieron á bordo agua y provisiones para veinticuatro horas; pero se pasaron cuarenta y ocho antes que el jefe de las tropas avistara el Morro de Sama, y pusiera su gente en tierra. Después tuvieron que marchar ocho leguas antes de hallar una sola gota de agua potable, pues

© Ministerio de Cultura

la primera que encontraron fué en un pequeño pozo ó manantial en el Morro; pero era salobre y escasamente había para apagar la sed de media docena de hombres. Al desembarcar les temblaban las rodillas á los soldados, pues aún no habían recuperado sus fuerzas de los efectos de las calenturas intermitentes que habían padecido, y no podían andar de seguida media hora sin echarse en la arena para descansar.

Al llegar á lo alto de la montaña (el Morro de Sama, tan escarpado que no puede subirse ni bajar por él á caballo, y que tiene de subida por los rodeos del camino tres millas) un vientecillo suave y vivificador les dió de frente, refrescó á los fatigados, y todos sintieron aumentarse sus fuerzas á proporción que iban adelantando. El guía era un soldado que había pasado algunas veces por aquel camino, y frecuentemente temía haberlo perdido. La ansiedad de aquella noche fué una verdadera agonía, pues atormentados por la sed, sabiendo que no podían hallar agua en todo el camino que habían andado, é inciertos si el que llevaban era el verdadero, su situación se empeoraba con el conocimiento de que muchas personas habían perecido en aquellos desiertos inmensos, donde en muchas leguas cuadradas no se ve sino un mar de arena sin marcas de vegetación. Nada, pues, pudo exceder á su júbilo, cuando el guía descubrió por algunas colinas, que iban por la senda verdadera.

Una penosa marcha de trece horas condujo al fin á los patriotas á la entrada del valle de Sama, á cuyo punto llegaron á las nueve del día en un estado lastimoso. Un sol fuerte y abrasador que les aplanaba, al mismo tiempo que reflectando en aquel arenal inmenso les dejaba sin respiración, les había privado de las fuerzas que el aire vivificador de la noche anterior les había dado; pero tan pronto como vieron signos de vegetación, todos corrieron en busca de agua, y algunos que con dificultad podían moverse hasta aquel instante, corrieron al valle como galgos.

© Ministerio de Cultura

En Sama sacaron caballos para el comandante y algunos pocos más, y al día siguiente avanzó la división á Tacna, distante doce ó catorce leguas y cerca de veinte del sitio en que desembarcaron. Tacna contiene una población de cuatro mil almas. El teniente coronel Miller entró en él con diez ó doce soldados montados, y fué recibido con el mayor entusiasmo por el clero, el Ayuntamiento y los habitantes, que salieron á recibirle fuera de la villa.

Desde el Morro de Sama se había dirigido á Arica por la costa el mayor Soler, cuya guarnición abandonó la ciudad á la noticia de su proximidad; pero él la alcanzó en el valle de Asapa é hizo cien prisioneros, la mayor parte de los cuales con cuatro oficiales realistas fueron admitidos al servicio de los patriotas por Miller, á quien se reunió en Tacna el mayor Soler.

Un destacamento enviado por Soler se apoderó cerca de Locumba de ciento veinte mil duros, y esta suma, con cuatro mil duros más encontrados en la Aduana y sobre trescientos mil además en mercancías de propiedad española, lo trasladaron á bordo. En los archivos de Tacna se hallaron documentos originales bastantes para condenar los cargamentos de los buques *Lord Cathcart*, *Colombia* y *José*, que estaban dentro del puerto; tanto que la falsedad de los papeles suministrados por los comerciantes ingleses del Río Janeiro para cubrir estos cargamentos se hizo innegable, y por este medio se descubrió el sistema fraudulento de encubrir la propiedad española que iba al mar Pacífico.

Por este tiempo se presentó á Miller Don N. Landa, peruano, de unos cincuenta años de edad; tenía cinco pies y once pulgadas de alto; era algo delgado y huesos abultados; de rostro encendido, despejado y penetrante. Después de ofrecer sus servicios, dijo: «Usted oirá hablar mucho acerca de mi persona á mis vecinos, partidarios de usted; pero nada que sea en mi favor. Sin duda di-

© Ministerio de Cultura

rán á usted que he sido en otro tiempo un atroz perseguidor realista, y dirán á usted la verdad. Algunos de ellos dudarán de la sinceridad de mi conversión, y procurarán infundir desconfianzas; pero usted tiene necesidad de un hombre como yo. Usted no conoce las localidades de este país, cuando yo, por el contrario, conozco á todo el mundo y sé á palmos todo el terreno en los puertos intermedios. Contando con la sagacidad de usted, yo le ofrezco la oportunidad de aprovecharse de mis conocimientos locales, y le empeño la palabra de un soldado de que jamás tendrá motivos de arrepentirse de la confianza con que tenga usted la bondad de honrarme». Landa había sido teniente coronel al servicio realista y subdelegado de una provincia. Miller le admitió en su empleo en el ejército independiente, y nunca tuvo motivo para arrepentirse de la confianza implícita que depositó en él desde el día en que se le presentó y le habló en los términos anteriormente indicados. El capitán Abal y su hijo, que eran indígenas del país, tomaron también partido en esta época y se distinguieron mucho por su celo y decisión; el hijo murió en acción de guerra un año después.

Durante estas operaciones de los patriotas, el general Ramírez había mandado salir en su busca tres destacamentos. Uno, de ciento ochenta hombres, se dirigió desde Arequipa por el camino de Moquegua, donde fué aumentado por cien hombres; otro, de doscientos ochenta, desde Puno, y otro desde La Paz, ambos por el camino de Tarrata. Todos tres debían juntarse en Tacna y luego «echar al mar á los insurgentes». Pero contra los cálculos del general Ramírez, los patriotas habían avanzado ya desde Arica al interior, como se ha dicho antes.

La mayor parte de los ricos cargamentos de los tres buques ya citados consistían en crespones de Cantón y otros géneros de la India, junto con una gran cantidad de vinos y aguardientes franceses, cerveza inglesa de

© Ministerio de Cultura

diversas calidades y otras cosas no menos apetitosas, todo propiedad realista, hallada en la Aduana de Tacna. Una parte la enviaron á Arica y embarcaron en el *San Martín;* pero los soldados patriotas en Tacna tuvieron escasamente tiempo para gustar aquellos golosos incitativos cuando entregaron las llaves al comisionado para enviar los efectos apresados á la fragata capitana, y marcharon inmediatamente. Tal era el entusiasmo de la tropa, que la idea de ir á cruzar sus bayonetas con el enemigo no dejó arrancar una sola expresión de sentimiento por dejarse á retaguardia cosas tan deliciosas.

Tan pronto como el teniente coronel Miller supo los movimientos de los destacamentos realistas, determinó atacarlos separadamente, y con este objeto avanzó desde Tacna para encontrar el mandado por el coronel La Hera, que venía de Arequipa. Las fuerzas que acompañaron á Miller ascendían á trescientos diez hombres de infantería, setenta de caballería y sobre sesenta paisanos voluntarios bien montados, con los que llegó el 20 de Mayo al lugarcillo de Buena Vista, situado en un romántico sitio al pie de la cordillera, la cual un poco más arriba está cubierta de nieve. Las cercanías de las montañas y las sensaciones de un tiempo casi de invierno, eran deliciosas á hombres que hacía tan poco que habían atravesado arenales que parecían de fuego. Habiendo sabido en aquel punto el jefe de los patriotas que el coronel La Hera había cambiado de dirección desde Locumba y marchaba hacia Ticapampa, resolvió dirigirse rápidamente á Mirabe, para impedir que los destacamentos realistas de La Paz y Oruro se reunieran con el de Arequipa. La marcha desde Buena Vista á Mirabe, distante quince leguas, es por un desierto pedregoso enteramente destituído de agua y vegetación; pero habiendo tomado Miller afortunadamente la precaución de sacar de Tacna diez mulas cargadas con ochenta cajoncitos, que contenían cada uno cuatro frascos de excelente

© Ministerio de Cultura

aguardiente de Holanda, hicieron alto y repartieron el licor vivificante con la parquedad que convenía al caso. Muchos individuos de la columna habían probado rara vez licores espirituosos; pero todos en aquella ocasión se bebieron ansiosamente su pequeña ración de una cuarta parte de cuartillo, como si fuese el néctar más exquisito. Confortados así moderadamente, estos centenares de hombres continuaron su marcha con paso firme y ánimo resuelto, unidos y en excelente orden, aun cuando la obscuridad de la noche vino á aumentar lo espantoso de aquellos sitios tenebrosos, sin caminos ni senda conocida en un desierto intransitable, cuyo conjunto de ideas melancólicas ocupaba la imaginación de toda la columna. Aquella marcha fué de un profundo y romántico interés para cuantos la ejecutaron. Para precaverse contra la posibilidad de que los emisarios de los realistas adquiriesen noticias exactas, Miller, al principiar su marcha, no dijo á nadie adónde se dirigía, sino al coronel Landa, y, siguiendo por espacio de algunas leguas en una dirección incierta, volvió repentinamente á la derecha y tomó la senda que conducía á Mirabe. Aun en aquel caso nadie sino Landa sabía la dirección, ni cuánto tardarían en tener que abrirse paso por medio del enemigo. Meditando los oficiales sobre la probabilidad de tener que atacar un doble número, no sabiendo dónde ni cuándo, conocieron la singularidad de su posición, y, recordando que no tenían retirada, más de una vez echaron mano al puño de la espada como si tomasen ánimo con ello ó confirmasen su noble resolución. Puede que aparezca extraño ó exagerado este relato; pero es exactamente como ocurrió, y los que se han visto en circunstancias semejantes no rehusarán su apoyo y su creencia.

Las dos últimas leguas de marcha fueron por una continuada bajada, serpenteando por medio de precipicios y rocas inclinadas que amenazan desprenderse, llamada

© Ministerio de Cultura

el Mal Paso, y es tan estrecha que no puede pasarse sino uno á uno y á pie. Al cabo de una penosa marcha de diez y ocho horas, llegaron los patriotas á media noche á la áspera orilla de un arroyo que corre por el valle de Mirabe. Los realistas se habían posesionado la noche anterior de las cercas de las tierras cultivadas del lugarcillo de Mirabe, situado en una hondonada del otro lado ú orilla derecha del río, donde esperaban la llegada de los refuerzos que debían unírseles, y los cuales en aquel momento habían hecho alto á solo tres millas de distancia más arriba en el valle, y en la orilla izquierda del río.

Como el camino de Sama á Mirabe se consideraba impracticable para tropas, los realistas no tenían la más remota idea de la proximidad de sus enemigos; pero el celo indiscreto de un oficial patriota que iba al frente anunció á los españoles su inesperado arribo.

Este oficial recibió orden de adelantarse desde el Mal Paso con cinco soldados y otros tantos paisanos, todos bien montados, para reconocer á vanguardia de la cabeza de la columna; pero desobedeció las órdenes, avanzando demasiado rápidamente y á demasiada distancia al frente. En la obscuridad de la noche tropezó inopinadamente con un piquete realista, encargado de cuatrocientos ó quinientos caballos y mulas que estaban pastando en un cercado. Un oficial realista, el teniente Callao, y dos soldados fueron hechos prisioneros; pero los otros escaparon y dieron la alarma, cuando la división realista, á las ordenes del coronel La Hera, en posición á muy corta distancia á retaguardia, despertando de un profundo sueño, rompió un fuego vivísimo, pero desacertado. Habiéndose adelantado inadvertidamente con demasía uno de los paisanos patriotas, fué hecho prisionero; y el resto de la partida, después de descargar sus fusiles dos ó tres veces, se retiraron y con toda la rapidez imaginable treparon al lado del valle, por cuya

© Ministerio de Cultura

escabrosa senda acababan de bajar con tanto cuidado. Al acercarse los paisanos voluntarios, los más adelantados de ellos gritaban del modo más descompasado y ridículo: «¡Auxilio! ¡Auxilio!»

Estos gritos, añadidos al fuego de fusilería, cuyo estruendo repetía y retumbaba en aquellas solitarias montañas, promovían una justa ansiedad, que mitigó, sin embargo, la presentación á Miller de los prisioneros españoles, el cual se aseguró por ellos de la exacta posición de los realistas. Determinando atacarlos antes que tuviesen tiempo de reflexionar, aceleraron la marcha; los tambores batían calacuerda, los cornetas tocaban y la caballería, al mando del mayor Soler, se arrojó al frente, seguida inmediatamente por la infantería, todos dando el grito de guerra indio, hasta que la última fué detenida en su marcha por el río anteriormente descrito. El valiente capitán Hill, con diez marinos atrevidos, fueron los únicos que pudieron atravesarlo, y aun éstos fueron llevados por la corriente; pero el torrente era estrecho y, afortunadamente, alcanzaron la orilla opuesta sin otro accidente que haberse inutilizado sus municiones. La caballería patriota, que había continuado avanzando, fué rechazada; pero no la permitieron repasar el río y formó sobre el vado. Una partida de coheteros, á las órdenes del capitán Hind, fué destacada á una eminencia á la izquierda, desde donde llamaba la atención del enemigo, y con el mismo objeto se envió otra pequeña partida á la derecha. El teniente coronel Miller permaneció abajo con el resto de su tropa, la cual se mantuvo en batalla sobre la orilla del torrente sin haber sido vista ni percibida por el enemigo que se hallaba á tiro corto de pistola, porque el espacio que los separaba estaba cubierto de malezas.

Mientras que los realistas mantenían un incesante fuego contra las partidas de los coheteros, Miller llevó su infantería al otro lado del torrente, haciendo montar

© Ministerio de Cultura

un infante á grupa de cada dragón, los cuales, al dejarlos en tierra, volvían á coger otro, hasta que todos pasaron por este medio. Durante esta operación se colocó el capitán Hill en el bosque inmediato á los realistas, y permaneció oculto, con orden de no permitir disparar un tiro sino en el caso en que el enemigo le atacase, y que sostuviese su puesto á toda costa. No es dudoso que habría perecido hasta el último individuo antes que retirarse; tal era la resolución y valentía con que Hill y sus marinos estaban animados. Al atravesar Miller el río que divide el valle en dos partes desiguales, vió un relámpago de luz; y entonces un bizarro guía, paisano, que le acompañaba, y que había sido herido en un brazo, dijo en el acto: es preciso que estemos cerca de alguna casa. Dirigiendo sus pasos hacia la baliza ó señal que habían divisado, treparon los patriotas por varias cercas, pasaron uno á uno por entre viñas espesas y enmarañadas y se apoderaron de aquel lado del valle. Emplazados ya de aquel modo, mezclando oportunamente el capitán Plaza el buen humor y valentía que acostumbraba, y rebosando de alegría, dijo á sus soldados que, pues habían echado plantas al agua, debían echárselas también al enemigo. Este oficial fué enviado con un destacamento para romper el fuego al enemigo, el cual, no habiéndose movido de su posición ni de detrás de los parapetos que ocupaba, no sabía que los patriotas habían pasado el río. Viéndose inesperadamente atacados, huyeron á una corta distancia, y toda la noche se mantuvo el fuego de una y otra parte, aunque esencialmente sin dirección fija; sin embargo, los patriotas perdieron un oficial y diez y siete hombres.

Pues la relación de los hechos nos condujo á hablar del mérito y buen humor de Plaza, justo parece hacer mención de sus compañeros. El capitán Videla era un verdadero Mendozino; hombre de pocas palabras, pero las pocas que hablaba, siempre á propósito y juiciosas.

© Ministerio de Cultura

En esta ocasión su serenidad y dulce compostura infundía á todos grande confianza, pues ningún oficial sabía su obligación mejor que él; circunstancia que su tropa conocía perfectamente, al mismo tiempo que la amabilidad de sus maneras le hacía popular con todos ellos. Los capitanes Marure, Aramburu y Asagra eran oficiales de valor experimentado y exaltado patriotismo. Los tenientes Domínguez, La Tapia, Ballejos, Vicente Suárez, Correa, y, en fin, todos los oficiales, sin excepción alguna, eran jóvenes que merecían dignamente el título de soldados, y que habrían hecho honor al servicio de cualquier país. Lo mismo puede decirse de los capitanes Hill é Hind, ambos ingleses, igualmente ansiosos de fama y de renombre, y cuya conducta hace honor al país de donde fueron y la causa que abrazaron.

Mientras tanto Miller colocó su infantería en una meseta, lindando por un lado con el borde escarpado del valle, y por el otro con una fila de alturas, á cuyo pie formó su tropa. La caballería quedó abajo, en unos campos de alfalfa; quitaron bridas, y pusieron á pacer los caballos. Aquella noche fué una de aquellas de un interés y ansiedad particular, pues el jefe patriota ignoraba la naturaleza del terreno donde al día siguiente había de batirse, ni sabía la posición que ocupaba el enemigo. Una hora antes de romper el día se adelantó á pie con un oficial y un ordenanza para reconocer el terreno; los tres continuaron avanzando, hasta que un leve ruido de la espada del ordenanza alarmó á un centinela español, que le dió el «quién vive». Sorprendidos, los tres quedaron sin movimiento y aun sin respiración, para no ser percibidos, por lo que el vigilante centinela, no oyendo más ruido, supuso que no había novedad, y no dió aviso. Miller se retiró unos cuantos pasos y se mantuvo echado en tierra hasta que los crepúsculos empezaron á aclarar hacia el Oriente. La primera cosa que pudo entonces distinguir, fué lo que se le figuró una línea de montaña

© Ministerio de Cultura

gredosa; pero en proporción que el objeto se veía más claro, percibió que la línea tenía movimiento, y, por lo tanto, infirió que debían formarla las fundas de lienzo con que los realistas llevaban cubiertos los morriones: hecho este descubrimiento, se retiró sin ser visto. Afortunadamente para los patriotas, no llevaban nada blanco en sus uniformes; su correaje estaba sucio, y el brillo del cañón de sus fusiles había desaparecido por el moho que habían criado en sus penosísimas marchas anteriores. Además estaban cubiertos por la sombra que hacían las alturas que tenían á la espalda, de modo que los realistas no los vieron hasta muchos minutos después que sus enemigos los habían visto á ellos. La caballería patriota subió inmediatamente del sitio donde tenía pastando sus caballos, y descansada y alegremente entró en la arena en tiempo bastante para formar con la infantería en una línea paralela á la de los realistas. La aurora del 22 de Mayo descubrió las tropas combatientes del uno y del otro bando, unas frente de otras, y á dos tiros de fusil de distancia, en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque, y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenía á su izquierda. Su retirada por donde habían subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle, la tenían también cortada. Desalojados de su posición y arrojados á la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio de quince minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Noventa y seis murieron en el sitio que ocupaban, y ciento cincuenta y seis, la mayor parte de ellos heridos, fueron hechos prisioneros: también tomaron cuatrocientas mulas; sólo escaparon sobre sesenta infantes y ochenta caballos. Así que los realistas habían desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y La Paz, montado en mulas, se presentó á la vista en su ayuda,

© Ministerio de Cultura

los patriotas se reunieron en el acto y se prepararon á hacer frente á un nuevo enemigo que venía de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron á atravesar el río que los patriotas habían pasado durante la noche, éstos les dirigieron algunos cohetes; pero los realistas, percibiendo que habían llegado demasiado tarde, inmediatamente contramarcharon.

Uno de los que perecieron gloriosamente en la acción de Mirabe fué Mr. Welsh, cirujano particular del lord Cochrane, y que voluntariamente ofreció sus servicios para acompañar á Miller. La pérdida de este joven apreciable é interesante fué generalmente lamentada, pues la gentileza de sus maneras y la bondad de su corazón, manifestada en su asidua atención á los heridos y enfermos, le atrajo la estimación y aprecio de todos. Los soldados derramaron lágrimas sobre sus restos, y era tal la idea de su merecimiento entre los habitantes de Tacna, que la noticia de su muerte produjo en las principales familias un sentimiento mucho mayor del que habría podido creerse, atendido el corto tiempo de su conocimiento. El lord Cochrane escribió que habría preferido perder su brazo derecho, y| Miller lamentó la pérdida de un amigo cuyo constante cuidado había endulzado las horas fastidiosas del lecho de dolor y largos sufrimientos de resultas de sus graves heridas. Welsh fue llorado con el mismo interés por los soldados y por los marinos que por sus paisanos y americanos, y su temprana muerte fué una gran pérdida para los patriotas.

En la tarde del 22, Miller continuó la derrota de los pocos soldados de caballería é infantería de la división de La Hera, que habían podido escapar á Moquegua, treinta leguas al Norte.

Al llegar á Locumba hicieron alto, y los habitantes, amantes de la causa de su patria, les sacaron raciones; pero los soldados estaban demasiado cansados para ocuparse en guisarlas, y se echaron sin comer á la sombra

© Ministerio de Cultura

de unos árboles. A las tres horas los despertaron y continuaron su marcha en persecución del enemigo. Cerca de media noche se les reunieron dos jóvenes de diez y siete años que habiendo oído el desembarco de los patriotas se habían escapado del colegio de Arequipa: estos jóvenes briosos fueron hechos inmediatamente cadetes*. El teniente coronel Landa con unos cuantos paisanos armados se adelantó á la ligera, y antes de romper el día tomó el portillo ó paso estrecho que hay en las alturas que rodean la hondonada en que está situado Moquegua, y cortó la comunicación de la ciudad por su salida ó lado oriental. Al cabo de una marcha incómoda y penosa, llegaron los patriotas á Moquegua á las nueve de la mañana del día 24 de Mayo. Los realistas fugitivos habían llegado únicamente unas cuantas horas antes; y su comandante La Hera, ignorante de la proximidad de sus enemigos, había continuado su marcha hacia Puno. La partida que dejó á retaguardia, habiendo descansado algún tanto de sus fatigas, estaba en el acto de seguir su marcha, cuando Miller entró en la plaza con veinte dragones, mandados por el bizarro teniente D. Vicente Suárez. Al momento principiaron á escaramucear; pero los realistas se retiraban pausadamente y en buen orden, hasta que el celoso mayor Soler† llegó con el resto de la caballería patriota, y á media

* Ambos se hicieron oficiales muy dignos y beneméritos. Uno de ellos, llamado D. Mariano Rivero, fué después hecho prisionero en Ica; pero siendo de una constitución endeble sucumbió á las fatigas de la marcha, y murió en el camino al depósito de Chucuyto.

† El mayor Soler, que era segundo de Miller en el mando, principió su carrera sumamente joven desde cadete antes de la revolución de Buenos Aires. Estaba muy bien educado, tenía buenas maneras y era un buen táctico y organizador, inteligente é incansable; pero tenía un cierto aire de orgullo que le privaba de toda popularidad. Este oficial sirvió en el Estado Mayor con

© Ministerio de Cultura

milla de la ciudad dieron una carga, en la cual murieron un oficial y trece hombres realistas, y el resto fueron hechos prisioneros, á excepción de un ayudante y su asistente, que escaparon de la vigilancia de sus perseguidores, disfrazándose con el poncho y vestidos de un paisano, que por casualidad hallaron en el camino y le mataron para quitarle la ropa. El coronel Portocarrero, gobernador de la provincia de Moquegua, se pasó á los patriotas.

La ciudad de Moquegua contiene cerca de diez mil habitantes, y todos recibieron á los patriotas con las mayores muestras de alegría, y como en prueba de su sincera adhesión á la causa de la independencia, voluntaria y cuidadosamente facilitaron todos los medios para que la pequeña división de Miller readquiriera sus antiguas fuerzas, y ponerla en estado de que fuera lo más útil posible.

El 25 de Mayo supo el teniente coronel Miller que doscientos á trescientos españoles pasaban por las alturas de Torata á cinco leguas de distancia. Este destacamento era el que se presentó á retaguardia de los patriotas á la conclusión de la acción de Mirabe, y se dirigió á Arequipa. Miller, con ciento cuarenta hombres de su infantería en mulas y unos cuantos de caballería, salió en su busca. Diez y ocho horas de marcha los llevó á las nueve de la noche del 26 de Mayo á Calera, sesenta y cinco leguas de Arica, poco tiempo después de que los realistas hubiesen llegado por otro camino más corto, y sin recelar siquiera de que sus perseguidores estuviesen tan inmediatos. Así, pues, apenas tuvieron tiempo para

el rango de coronel en los años de 1824 y 1825, y Bolívar le distinguió particularmente con su favor. La fatiga excesiva y continuada atención á encargos arduos y obligaciones delicadas, le atrajeron una calentura que le causó la muerte á la terminación de la guerra. Este jefe era sumamente respetado, y su memoria se conserva aún con aprecio.

© Ministerio de Cultura

ensillar y huir, cuando los patriotas entraron; pero en el curso de dos leguas de persecución todos fueron hechos prisioneros ó dispersados. De más de seiscientos realistas que componían los dos destacamentos enviados desde Arequipa y Puno, quizá no se reunieron al ejército español veinte hombres; sobre cuatrocientos que formaban la guarnición de Arica, habían sido muertos ó hecho prisioneros; por lo que en menos de quince días después del desembarco de unos pocos patriotas, habían muerto, hecho prisioneros, ó puestos fuera de combate más de mil hombres del ejército realista. Tantas ventajas fueron el resultado de marchas largas, penosas y continuadas que los patriotas ejecutaron con una alegría y una paciencia dignas del mayor elogio y admiración. El hambre y la sed en los desiertos ó en las montañas yermas, las sobrellevaron con resignación completa, y sin un solo lamento ó queja; la irresistible necesidad de dormir, rendía con frecuencia al soldado, y caían de las mulas en tal estado de postramiento, que algunas veces era preciso dejarlos á retaguardia para que siguieran cuando pudiesen.

Durante la marcha de los patriotas, siempre que se encontraban con indios, inmediatamente les encargaban recorriesen el país y trajesen los realistas prófugos que vagaban por él, los cuales, habiendo tirado la mayor parte las armas, se rendían sin resistencia. Para estimular á los indios á este servicio les daban dinero, y de cuando en cuando una mula cansada que les permitían retener, entregando un prisionero español en Moquegua.

Aseguraron á los indios que ni el tributo ni ningún otro sacrificio se exigía de ellos, y que los patriotas hermanos suyos de armas iban para libertarlos de la tiranía y opresión. Estas seguridades y la conducta observada con ellos, produjo un sentimiento extraordinario de patriotismo y entusiasmo en aquellos ultrajados y oprimidos indígenas. El teniente coronel Miller organizó una

© Ministerio de Cultura

partida de guerrilla, y habiendo esperado á una noche de luna para atravesar el desierto con mayor facilidad, se retiró de Calera dejando un oficial y seis soldados. Estando situado este punto cerca de las regiones de constantes nieves, su gente principió á sufrir mucho del frío y falta de respiración.

Al cabo de una penosa marcha llegó á Torata, pueblecito indio muy agradable y perfectamente situado al pie de altas montañas, á las cuales da vuelta el camino de Calera. Al día siguiente, 29, los patriotas, consumidos de cansancio, regresaron á Moquegua, y fueron recibidos con entusiastas aclamaciones de sus habitantes.

Moquegua está rodeada de altas colinas, y es muy propenso á tercianas. La posición, como defensiva era también defectuosa, y no considerando Miller sus fuerzas suficientes para atacar al general Ramírez, que ocupaba á Arequipa con setecientos cincuenta y cuatro realistas, se replegó el 4 de Junio con la caballería á Santo Domingo, dos leguas de Moquegua, y envió la infantería á la Rinconada, cinco leguas á retaguardia.

El mismo día supieron que La Hera avanzaba desde Santiago de Machaca con nuevos refuerzos hacia Tacna, para cortar la retirada de los patriotas; en su consecuencia los patriotas enfermos se dirigieron á Ilo. Los habitantes de Moquegua se alarmaron algún tanto con estos preparativos de retirada; pero se serenaron viendo una partida de guerrilla y unos cuantos soldados marchar hacia Arequipa y aproximarse á ella cuanto el teniente La Tapia creyese prudente y oportuno.

El 7 de Junio la infantería patriota marchó de la Rinconada, y el 8 se unió á ella el teniente coronel Miller en Sitana, pueblo que se compone de una docena de chozas á dos leguas á poniente de Locumba. El 9 llegó la caballería desde Santo Domingo, y toda la división acampó en una heredad cerca de Sitana.

El 10 marchó á Ilo el teniente coronel Miller; una ca-

© Ministerio de Cultura

minata de diez leguas por un desierto montañoso le llevó á Olivares, célebre por la buena calidad de las aceitunas que produce, las cuales son generalmente tan grandes como huevos de paloma, y están reconocidas ser superiores en el gusto á las de Sevilla. Estas aceitunas las aderezan poniéndolas en aceite, el que las hincha y ablanda. Comúnmente las comen con cebollas dulces picadas muy menuditas, y cuando se añade buen pan, forma el todo un plato no despreciable, particularmente después de una larga caminata por el desierto. Continuando Miller su jornada cuatro leguas más por la orilla de la costa, llegó á Ilo que, como la mayor parte de los lugarcillos de pescadores, está construído de barro y tiene una apariencia miserable. En el acto tomó un botecillo y pasó á bordo de tres barcos pequeños que había enviado el lord Cochrane desde Arica, para permanecer en Ilo como un recurso, en caso de apuro ó necesidad.

Después visitó unos treinta enfermos, y habiendo hecho algunas prevenciones al alcalde, marchó el 11, para volver á Sitana, á cuyo punto había mandado dirigirse su división, y á la que se unió en Sama aquella misma tarde. Su guía en esta jornada fué un capitán de milicias, que había sido criado por un misionero, el cual hablaba varios dialectos indios con facilidad, y poseía otras raras cualidades. Una de las más útiles era imitar á diferentes animales, y era con frecuencia empleado para ir á los bosques y cercados de los valles, donde relinchaba como yegua, y si había algunos caballos escondidos por los realistas, contestaban en el acto al relincho, y pronto caían en manos de lospatriotas.

El 12 el teniente coronel Miller fué á Tacna, distante ocho leguas, donde recibió una correspondencia interceptada (anunciando el armisticio de Punchauca) del general Ramírez al coronel La Hera, á quien suponía Ramírez habría avanzado á la costa; pero habiendo llegado La Hera á cuatro leguas de Tacna con ochocientos hom-

© Ministerio de Cultura

bres, se volvió á Santiago de Machaca, creyendo que las fuerzas de los patriotas eran superiores á las suyas.

El 14 de Junio, Miller concentró sus pequeñas fuerzas en Tacna, excepto la partida que tenía avanzada sobre Moquegua, y envió un oficial y una partida de guerrilla á intimar la rendición al gobernador de Tarapacá.

Las hostilidades cesaron en consecuencia de la noticia del armisticio de Punchauca, y lord Cochrane dió la vela desde Ilo para Chorrillos y Ancón el 2 de Julio, para tener una entrevista con el general San Martín. En aquel momento tenía Miller adelantados sus puestos avanzados á catorce leguas de Arequipa, á doce de Santiago de Machaca, y á pocas millas de Iquique; de forma que los patriotas poseían los puntos principales de una extensión de país de cien leguas de Norte á Sur y treinta de Este á Oeste.

Miller había aumentado sus fuerzas cuanto el número de las armas cogidas á los enemigos le había permitido, y las cuales ascendían á cerca de novecientos hombres bien vestidos y equipados. Además de esta fuerza había formado y esparcido por el país varias partidas de montoneros, y había abierto comunicación con el coronel Lanza, célebre jefe de guerrilla en el Alto Perú.

En el curso de estas operaciones el espíritu patriótico se había despertado, y se difundía con entusiasmo y rapidez. Aun los habitantes que eran españoles, ó adictos á la causa de España, se comportaron del modo más cordial. Tal fué la ordenada conducta de los soldados patriotas que se atrajeron la estimación general, y tal su intrepidez y buena fortuna en los combates, que los realistas con dobles fuerzas no osaban tomar la ofensiva.

Las comunicaciones de los jefes españoles con el teniente coronel Miller contenían expresiones de estimación personal, no comunes en aquel país entre los jefes de ambos partidos; y el coronel La Hera, que fué batido en Mirabe, siempre habló de su enemigo afortunado con respeto y consideración.

© Ministerio de Cultura

Entre otros incidentes interesantes que ocurrieron en aquella época, elegimos el siguiente:

Miller supo al desembarcar la primera vez, que muchos negros y mulatos que habían pertenecido al ejército de Buenos Aires, y que habían sido hechos prisioneros en Sipe-Sipe, y otras batallas en el Alto Perú, aun existían como esclavos en las plantaciones de los Intermedios, pues parece que aquellos desgraciados soldados los habían vendido por orden del general español. Así, pues, Miller dispuso que se les diera libertad, y unos treinta de ellos, que fueron los que pudieron encontrarse, volvieron á reunirse á sus amigos. Entre estos había dos jóvenes de color, que habían llegado en el servicio patriota á la clase de oficiales, en consecuencia de su buena conducta y bizarría. Pero confinados por espacio de ocho años en galpones, trabajando como bestias de carga, y asociados únicamente con esclavos bajos, sus almas se habían envilecido en la degradante esclavitud, y se entregaron á la bebida y á todos los vicios inseparables á su estado. De tal modo eran ya incorregibles que no pudieron ser nuevamente empleados. Así dos hombres de natural bien inclinados y bizarros se perdieron para el servicio, para la sociedad y para ellos mismos.

Entre los prisioneros hechos en Moquegua lo fué el capitán Suárez, herido gravemente. Los jefes realistas de Arequipa solicitaron se permitiera á su amigo pasar á aquel punto para curarse, prometiendo al mismo tiempo que volvería en clase de prisionero cuando se restableciera de sus heridas. El teniente coronel Miller puso en libertad á Suárez sin exigirle condición alguna; le facilitó los medios necesarios para unirse á sus amigos; y esta insignificante ocurrencia, al parecer, produjo un grande efecto entre los realistas. Cuando Miller envió poco tiempo después á Arequipa un parlamentario, apercibidos los oficiales españoles de que llevaba también encargo de comprar algunas cosas, se hicieron bondadosa-

© Ministerio de Cultura

mente cargo de procurarlas, y los artículos que no se hallaban en Arequipa enviaron expresamente por ellos á Lima; pero desgraciadamente Miller salió de la costa antes de recibirlos. Con el todo de la antigua delicadeza castellana, el capitán español herido no tomó otra vez las armas á su restablecimiento, y admitió un empleo civil en la aduana.

La siguiente relación puede ser de algún interés, puesto que aclara en cierto modo la naturaleza de la lucha de que se trata, y el carácter de algunos de los individuos que figuraron en ella.

Cuando Miller se retiró desde Moquegua hacia Tacna, envió al teniente La Tapia con un trompeta, unos cuantos soldados y una partida de montoneros, con orden de aproximarse á Arequipa cuanto pudiese. Cansado de lo triste y fastidioso de este servicio, resolvió hacer una visita á aquella ciudad. En su consecuencia se presentó en los puestos avanzados de los realistas, diciéndose parlamentario; y fué conducido al general Ramírez, que mandaba entonces en Arequipa. Presentando un oficio que se había forjado, dijo: «General, por este documento se enterará V. E. que me ha comisionado mi comandante el coronel Miller para tratar con V. E. sobre un asunto importante.» «Sí, contestó el general después de haber leído el oficio. ¿Pero qué puede usted tener que decirme, cuando ya está firmado el armisticio entre el virrey y el general San Martín?» La Tapia, para quien esta noticia era absolutamente nueva é inesperada y que había pensado pretextos de una especie del todo diferente, contestó con la mayor serenidad y prontitud: «Ese es precisamente el objeto de mi misión: informar á V. E. de él, y proponerle que cesen también las hostilidades entre las tropas al mando de V. E. y las de la división del Sur del ejército libertador.» «Es imposible, dijo sorprendido el general, que su comandante pueda tener noticia del armisticio, porque hace sólo ocho días que se con-

© Ministerio de Cultura

cluyó en Punchauca, cuyo tiempo ha empleado el correo para traer la noticia y acaba de llegar en este momento. Así, pues, ¿cómo pudo recibirla antes su comandante de usted, cuando está cuarenta leguas más distante?» Sin cortarse La Tapia y con aire desembarazado contestó: «Que no extrañaba nada la sorpresa del general, respecto á que efectivamente parecía increíble; que, sin embargo, no estaba facultado para decir los medios por los cuales recibía el coronel Miller noticias y comunicaciones del general San Martín por lo largo de la costa ocupada por los realistas; que por lo mismo se limitaría á decir que tal era la energía y patriotismo manifestado por los habitantes del país, que los agentes de los independientes podían desempeñar sus comisiones secretas con una celeridad maravillosa; que aunque el grueso de la división del coronel Miller estuviese á cuarenta leguas distante, este jefe tenía la costumbre de presentarse en sus puestos avanzados, los cuales sabía bien S. E. estaban casi á las puertas de Arequipa, y que era tan justo como probable que las noticias hubiesen llegado á un tiempo á ambos puntos.»

Con esta contestación parece que Ramírez perdió parte de la sorpresa que la misión le había causado, é invitó á La Tapia á comer; durante la comida recibió mil muestras de atención de parte del general y su Estado Mayor.

En el ínterin, la noticia de la llegada de un oficial patriota produjo una sensación general entre los patriotas habitantes de Arequipa, y el interés por el conocimiento de su misión llegó á ser tal, que Ramírez creyó prudente despachar inmediatamente á La Tapia, lo cual hizo asegurándole que se conformaba gustoso al armisticio, y que enviaría un oficial al día siguiente para arreglar sus términos.

Seis horas hacía que La Tapia había salido de Arequipa cuando el general Ramírez descubrió cuán ingeniosamente había sido burlado por la llegada de un oficio

© Ministerio de Cultura

del coronel Miller tratando sobre un asunto relativo á los prisioneros, en el cual no hacía mención alguna del armisticio, ni de la misión de La Tapia.

Este oficial era notable por la prontitud de su ingenio, su grande facilidad de hablar, y por la sutileza y términos graciosos con que expresaba su inveterado aborrecimiento á los españoles.

Siendo subteniente se distinguió particularmente en el asalto de Valdivia; el día después de la toma de los fuertes del lado de Oeste quedó encargado de los prisioneros con una pequeña escolta en el castillo de Corral, mientras el resto de los patriotas se reembarcaban para dirigirse contra los fuertes de la otra parte del puerto. No bien La Tapia se vió solo, que resolvió fusilar todos los prisioneros; y estaba en el punto de principiar su ejecución, en el momento que fué á tierra el secretario del lord Cochrane para examinar el castillo. Observando los preparativos que hacían para la matanza de aquellos infelices, se dirigió á La Tapia, quien le felicitó por haber llegado á tiempo de presenciar la muerte de aquellos godos, que, según él decía, habían manifestado intenciones de sublevarse contra la guardia. El secretario alcanzó de La Tapia suspendiese la ejecución y le permitiera examinar el asunto, y mientras tanto envió un aviso al almirante que estaba á bordo de la fragata, anclada bajo tiro del castillo. En su consecuencia fué arrestado La Tapia antes que pusiera en ejecución sus intentos. Este oficial, para disculparse del crimen que había resuelto ejecutar, manifestó que su padre, dos hermanos, y varios parientes inmediatos habían sido asesinados por los realistas, y que había jurado no darles cuartel jamás; que el almirante podía mandarle ahorcar ó fusilar, si gustaba; pero que él por su parte no perdería nunca oportunidad alguna para vengar el cruel asesinato de su familia. En seguida se quitó los zapatos y las medias, y enseñando algunas profundas cicatrices, dijo: «Estas

© Ministerio de Cultura

cicatrices me las hicieron los pesados hierros de los grillos con que por espacio de diez y seis meses estuve en un calabozo inmundo, antes de cumplir diez y seis años. ¿Está en la naturaleza humana olvidar ó perdonar tales injurias? La vista de un español, añadió, me exalta; y los sonidos ásperos y guturales de su voz me recuerdan los insultos que tuve que sufrir cuando estaba preso. Yo conozco que he hecho mal á los ojos de la ley, pero he obedecido á la naturaleza.»

En consecuencia de tan tierna disculpa, y de su bizarrísima conducta, durante el asalto, fué puesto en libertad después de unas cuantas semanas de arresto y sufrir una severa reprensión. Luego se distinguió particularmente en las acciones de Mirabe y Moquegua.

Cuando el lord Cochrane se aproximó á Arica en Mayo, sus miras eran mucho más extensas que hacer una mera diversión en favor de San Martín. Este jefe había importunado repetidas veces al gobierno de Chile para que reforzaran al teniente coronel Miller con mil hombres, ó al menos con quinientos y le enviasen mil armamentos de repuesto de los muchos que había en los almacenes de Santiago, pero ni una ni otra reclamación fué nunca atendida, y Miller sin ser auxiliado á tiempo no pudo aprovecharse de la excelente oportunidad de aumentar sus fuerzas que le ofrecía la buena voluntad de los habitantes. Fácilmente puede concebirse con qué pesar tendría que abandonar las ventajas obtenidas á tanta costa, y más cuando el halagüeño prospecto de las cosas, no sólo le ofrecían la posibilidad de mantener el terreno que ocupaba, sino tomar posesión de Arequipa, cuyos habitantes estaban decididamente dispuestos á su favor. En esta rica y populosa ciudad habría aumentado y organizado sus fuerzas, se habría dirigido hacia el Cuzco, y por este medio habría puesto al ejército realista á las órdenes del virrey en Huancayo y Jauja en una situación muy crítica. Esta suposición no es ni gratuita ni

© Ministerio de Cultura

extravagante, y tendrá que convenirse con ella, si se tiene presente que Miller gozaba de la entera confianza de los habitantes de los puertos intermedios; que unánimente le ofrecían sus servicios é hicieron voluntarios sacrificios en su ayuda, y que la soldadesca tenía la idea de que mandados por él no serían batidos.

Durante este tiempo el general Ramírez extrajo de guarniciones distantes cerca de dos mil hombres para obrar contra el teniente coronel Miller, que sólo podía disponer en aquel momento de cuatrocientos hombres, pues otro número igual estaba fuera de servicio por las tercianas. Antes de la expiración del armisticio avanzó el coronel La Hera con mil hombres desde Santiago, y tomó posesión de Moquegua. Esta falta de cumplimiento al armisticio manifestó que era una retaliación por haber tomado el lord Cochrane una porción de trigo en el puerto de Mollendo, propiedad española, durante la suspensión de armas y por el infundado motivo de no tener provisiones bastantes para mantener sus tropas en Santiago de Machaca, posición que ocupaba. El 15 de Julio el coronel La Hera anunció oficialmente la renovación de las hostilidades. El teniente coronel Miller llamó á sí los destacamentos, envió á Arica sus enfermos y pertrechos, y los tres malos bergantines que habían quedado en Ilo, recibieron orden también para dirigirse al mismo punto; pero no pudiendo ganar el barlovento como procuraron hacerlo, se dejaron ir á sotavento y no se les volvió á ver en los puertos intermedios.

En la noche del 19, Miller hizo marchar su infantería desde Tacna, donde se hallaba, á Arica. Diez patriotas no podían moverse del hospital, por el estado de su salud; cuando Miller fué á despedirse de ellos y á darles unos cuantos duros, los infelices lloraban amargamente, asegurándole que morirían fieles á la causa de la patria.

Los sastres, zapateros, herreros y otros artesanos que habían sido empleados por requisición, recibieron orden

© Ministerio de Cultura

de reunirse una hora después de puesto el sol en casa de Miller, para recibir los jornales que les correspondían por su trabajo empleado en el servicio público. Todos ellos habían manifestado tanto celo é interés, que como muestra de lo satisfecho que Miller quedaba de su buena conducta, dió á cada maestro unos cuantos duros, además de la cantidad que les correspondía. Bajo el gobierno del virrey} era costumbre embargar los artesanos que necesitaban y pagarles á jornales inferiores de los que ordinariamente ganaban, ó no pagarles nada, cuando los empleaban en el servicio público; por consiguiente la propina que Miller les dió, la recibieron con tanto gusto, como sorpresa les causaba su generosa conducta. No contentos con dar vivas y vivas repetidos, abrazaban al comandante y á sus oficiales, y prometían una y mil veces que serían siempre patriotas verdaderos. Al populacho le dieron unas cuantas cajas de mercadurías, pertenecientes á los realistas y que no habían podido transportar, las cuales colocaron desclavadas en diferentes parajes y permitieron á todo el mundo tomar lo que quiso.

A las dos de la tarde del 20 siguió Miller el movimiento con la caballería. Los habitantes de Tacna sintieron vivamente la salida de los patriotas, y continuaron sus bondadosos oficios hasta el último momento; y no hubo soldado que no diera al menos veinte veces la mano á sus conocidos, conforme iban desfilando de la ciudad, por el camino de Arica.

El venerable D. Agustín Zapata, natural de Moquegua; las respetabilísimas familias de Landa y Lazos, la de Potrillo, y otras muchas personas habían salido el día antes para Arica, prefiriendo emigrar á sujetarse nuevamente al yugo español. No pocos más querían seguir la suerte de los patriotas; pero careciendo de medios para hacerlo, teniendo hijos pequeños, ó por otras causas, tuvieron que permanecer bien á su pesar, y su-

© Ministerio de Cultura

jetarse á lo imperioso de las circunstancias. Entre ellos estaban D. Enrique Solar y D. N. Boteler, que ambos se habían comprometido, admitiendo destinos al servicio de los patriotas. Aunque Miller les aconsejó sincera y repetidamente que procurasen reconciliarse con los realistas hablando contra los patriotas, no pudieron contenerse y salieron á despedirle del modo más expresivo y triste, lo que, unido al llanto de sus desconsoladas familias, hacía más y más dolorosa la despedida. Tres horas después entraron los realistas en Tacna.

Los menestrales que habían estado empleados por los patriotas les dieron sus vivas, y marcharon á ocultarse en el valle para que no los embargaran para trabajar para los realistas. La opinión general era de que Miller se batiría; y él supo conservar esta necesaria ilusión tan completamente, que ni su segundo llegó á percibirse de su intención verdadera de embarcarse.

Después de una penosísima marcha de once leguas en trece horas, por medio de un ardiente desierto de arena, la división patriota llegó á Chacalluta y acampó en la orilla de un arroyo.

Persuadido completamente el coronel La Hera de que el teniente coronel Miller iba á hacer una vigorosa resistencia, hizo alto veinticuatro horas en Tacna para que sus tropas descansaran; y este retardo dió tiempo á los patriotas para asegurar los medios de retirarse por mar. Sin embargo habían tomado disposiciones secretas para retirarse á la Sierra en caso de que no pudieran verificar el embarque, puesto que las esperanzas que los patriotas tenían para realizarlo se fundaban únicamente en la existencia casual de cuatro buques mercantes en la bahía de Arica, de los cuales esperaban aprovecharse de grado ó por fuerza.

El modo por que se obtuvieron estos transportes prueba cuanto puede algunas veces cambiarse el curso de las cosas, por un trivial incidente. Antes que llegase el

© Ministerio de Cultura

teniente coronel Miller, el gobernador de Arica había enviado, con muy buenas intenciones, dos ó tres soldados á bordo de una preciosa goleta de los Estados Unidos de trescientas toneladas, para asegurarse de ella. Disgustado el capitán con el embargo, estaba ya para largar el cable y darse á la vela, resuelto á enviar los soldados á tierra cuando y donde le fuese más conveniente. Informado Miller al entrar en Arica de esta circunstancia, inmediatamente fué á bordo sin escolta y ofreció las condiciones más ventajosas para que la goleta se detuviese, las cuales obstinadamente no quisieron admitir. Esta negativa dejaba inútil el servicio de los otros tres buques, puesto que no cabía en ellos toda la tropa. Durante una conversación bastante animada que consiguientemente se originó, al pasar el teniente coronel Miller por el alcázar reconoció algunos de la tripulación que habían servido anteriormente con él en la escuadra chilena y que estaban escuchando con grande interés lo que pasaba. Es de advertir que la gente de mar que navegaba en el Pacífico, fuesen ingleses ó de la América del Norte, sirvieran en buques de guerra ó mercantes, habían manifestado siempre el mayor interés en los triunfos de Miller, y este interés, que les había sabido inspirar por su buen comporte, produjo un efecto de la mayor importancia en esta ocasión. Miller, que no ignoraba su ascendiente, se volvió á ellos, les hizo un corto discurso, y esto bastó para que todos contestaran á su invocación, declarando con resolución, «que no abandonarían á un paisano suyo que se hallaba en tan inminente peligro.» Después de algunas inútiles reflexiones de parte del capitán, lleno de indignación dejó el mando y se fué á tierra. El piloto se preparaba á seguirle; pero al fin le persuadieron se hiciese cargo del buque. De este modo se libertaron felizmente los patriotas de la necesidad de tener que lidiar con los más terribles inconvenientes.

Cuando los patriotas desembarcaron en Mayo en Arica

© Ministerio de Cultura

sus habitantes eran realistas decididos, y el saqueo de la ciudad por los marineros del navío *San Martín* había aumentado aquel sentimiento político, hasta el punto de un verdadero aborrecimiento. Entre los que más se distinguían por él, era la joven y linda esposa del coronel Gago, último gobernador realista, cuya casa había sido saqueada; hasta su piano llevado á bordo, y ella misma reducida á no tener con que mudarse. Frecuentemente se la oyó decir, después de aquella ocurrencia, que no moriría feliz si antes no empapaba su pañuelo en la sangre de algún insurgente. Sin embargo la buena conducta de los oficiales y tropa de la división del ejército patriota produjo á tiempo un cambio completo, pues á pesar de lo desventajoso de las circunstancias en que volvían á Arica, sus habitantes salieron á recibirlos con muestras de estimación, y les ayudaron eficazmente en su embarque. Enviaron mil panes y proporcionaron una cantidad correspondiente de carne fresca para uso de los enfermos; y algunos de los que antes eran adictos á la causa del rey, enviaron café, chocolate y otros refrescos durante la noche al teniente coronel Miller, mientras que metido en agua hasta la rodilla, dirigía la difícil operación del embarque de las tropas. Solo tres ó cuatro hombres podían trasladarse á la vez sobre cada balsa á las lanchas, las cuales no podían aproximarse á la costa con seguridad á menos de veinte á treinta brazas. A las cinco de la tarde del 21 se supo que los realistas habían llegado á cinco leguas de distancia.

El embarque de las tropas se retardó y fué más difícil por un centenar de emigrados con sus equipajes, los cuales así como todos aquellos que habían abrazado últimamente la causa de los patriotas, querían ansiosamente ser los primeros para ir á bordo. La operación se hizo aún más complicada por la necesidad de enviar á los buques al mismo tiempo leña, agua y provisiones de toda especie. Cincuenta novillos se mataron, desollaron

© Ministerio de Cultura

y partieron en pedazos en la costa, y se embarcaron antes del día. Esta noche fué otra de aquellas de gran fatiga; pero con la importante ayuda de Mr. Willian Cochran, comerciante inglés de gran crédito, y la cordial cooperación de los habitantes, vencieron todas las dificultades, y la última lanchada salió pocos minutos antes que los realistas se presentaran y formasen en la costa.

Miller envió un bote á tierra, con un parlamentario para reclamar tratasen con humanidad á los enfermos que quedaban en Tacna. El coronel La Hera contestó políticamente, elogiando la buena conducta y disciplina de las tropas patriotas, y asegurando que los pocos soldados de la independencia que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia á los suyos.

A las dos de la tarde del 22 levaron ancla los buques, y se hicieron á la vela hacia el Norte.

La buena conducta de la división patriota se ha manifestado ya, así como la de algunos oficiales que más particularmente se distinguieron; resta pues enumerar algunos más, cuyos nombres no se han citado especialmente, y reclama con justicia la historia. El coronel Landa, hecho prisionero después de la batalla de Moquegua, y fusilado por los realistas; el capitán de Granaderos á caballo Aramburu, hecho también prisionero y ahogado en su travesía á Chiloe; el capitán Carreño, muerto el día antes de la batalla de Ayacucho, y el teniente don Vicente Suárez, muerto en 1824 en un encuentro cerca de Lima, se hicieron notar por su celo, valor y actividad. El Dr. D. José Lazo, letrado de grande capacidad y fogoso patriotismo, que ejercía funciones de auditor de guerra, rindió servicios importantes con sus consejos en clase de tal, y mereció el aprecio de sus jefes y la justa consideración del gobierno.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XV

Nueva ocupación de Pisco.—Ildefonso.—Una peruana de carácter original.—Copari.—Caguachi.—Carácter de Santalla.—Entrada del general San Martín en Lima.—Atrocidades de los realistas.—Se proclama la independencia.—San Martín se nombra protector.—Decretos.—Canterac vuelve al Callao; se retira nuevamente; es perseguido.—Puruchuco.—Quirós.—Montoneros.

La intención del teniente coronel Miller era haber desembarcado en Quilca, y marchar rápidamente sobre Arequipa, cuya ciudad había quedado sin defensa por haber enviado Ramírez la guarnición á Arica; pero el viento era tan recio que era imposible efectuar un desembarco en el mal puerto de Quilca; y teniendo sólo tres días de provisiones y agua á bordo, no pudo esperar á que el tiempo mejorase. Ignorante de la situación del general San Martín, tomó la resolución por sí mismo de dirigirse nuevamente á Pisco. El 1.º de Agosto después de anochecido entró en la bahía, desembarcó; y el día siguiente antes de amanecer, tomó posesión de la villa, la cual abandonaron á los pocos tiros cincuenta hombres de caballería realista.

Inmediatamente despachó pequeñas partidas en todas direcciones para procurar caballos y mulas, pará montar una compañía y perseguir la guarnición de doscientos hombres, mandada por el coronel Santalla, el cual se había apoderado de cuantas mulas y caballos había y no pudieron ocultar sus dueños.

© Ministerio de Cultura

Entre las desgracias que ocurrieron en este período, fué la pérdida de un negro joven, cuya muerte no debe quedar sin recuerdo, pues aunque su condición era baja, la nobleza de alma no es privativa ni al color ni á la situación.

Ildefonso nació esclavo en Chincha cerca de Pisco. Tomó servicio en el ejército patriota cuando el teniente coronel Miller desembarcó el año anterior, y poco después entró de asistente suyo. Por lo primero que se hizo conocer fué por su sagacidad en descubrir las cosas y su atrevimiento para atravesar vados, cuando la destreza en montar á caballo y la agilidad en tirar el lazo, son algunas veces el único medio de salvarse el que entra primero, de que la corriente se lo lleve. Ildefonso estuvo en cuantas acciones ocurrieron en los puertos intermedios en el año 1821, y poseía todas las cualidades que constituyen un buen soldado, pues era bizarro, obediente y limpio. A grandes formas y bien proporcionadas adecuadas para toda fatiga y cualquiera empresa, unía un rostro dulce y expresivo; y sus maneras de tal modo eran agradables, que era tan querido de sus compañeros, como admirado por su extraordinaria intrepidez. Digno de confianza, é incansable para complacer, nada alteraba la serenidad de su temperamento sino ver á alguien acechando á su amo para ofenderle, á cuyo lado se hallaba siempre en los momentos de peligro. En la acción de Mirabe, Miller le mandó pasar á retaguardia para que tuviese cuidado de sus caballos, y él repentinamente contestó: «*No, señor; donde hay peligro estaré yo; y donde muera mi amo, allí morirá Ildefonso.*»

Este infeliz negro merecía una suerte mejor que la que en esta ocasión le cupo. Enviado disfrazado á Pisco para adquirir noticias, y habiendo retardado su vuelta de la villa hasta roto el día, le persiguió la caballería española, y no pudiendo alcanzar á la columna patriota que iba ya avanzando, se arrojó al mar para evitar caer en manos

© Ministerio de Cultura

de sus perseguidores, los cuales le intimaron se rindiera, y recibieron por contestación, que moriría mil veces por la causa de la patria, mas bien que obedecer otra vez á un español. Entonces los realistas le hicieron fuego y le atravesaron por el cuello. Pocos días después algunos de estos soldados fueron hechos prisioneros, y contaron las últimas palabras de Ildefonso, cuyo cuerpo salió á la costa al día siguiente, y fué enterrado en medio del más profundo sentimiento de sus compañeros.

A pesar de los esfuerzos de los habitantes, y de la favorable disposición de los propietarios de las tierras en veinte ó treinta millas alrededor, tres días se pasaron primero que se reuniesen los medios necesarios de transporte. En el ínterin llegó á Chincha, procedente de Lima, una recua de cincuenta mulas. El teniente coronel Miller dió inmediatamente la orden para embargarlas para el servicio de las tropas, en cuya consecuencia se le presentó la dueña de ellas, que era una mujer que pasaba de los cincuenta, cuyo fresco y no desgraciado, aunque moreno rostro, y su imponente apariencia cuadraban perfectamente á una reina de gitanos, y con el aire altivo de una *Meg Merrilies*, manifestó un pasaporte y salvoconducto del general San Martín, que acababa de tomar á Lima poco antes de su salida. Al decirla Miller que las circunstancias imposibilitaban se respetase el salvoconducto del general, dijo pomposamente que cualquiera que osara obrar en desprecio de la firma de aquel grande hombre, era preciso que fuera el diablo mismo ó un desdichado que no pudiese esperar nunca llegar á las puertas del cielo. La determinación adoptada por el jefe patriota de perseguir al enemigo, no la pudo variar la elocuencia ni acusaciones de aquella majestuosa señora, la cual, ni fué muy mirada en la elección de las palabras, ni tampoco muy escasa en aplicárlas. Miller no podía prescindir de tomar las mulas, y así lo hizo, dejándola percibir la esperanza de que serían relevadas en

© Ministerio de Cultura

Ica. El destacamento salió montado cada soldado en una mula, y la cautelosa vieja acompañó la partida, murmurando del modo más lastimero; pero resuelta á no perder de vista sus animales. La pobre tenía ciertamente razón para quejarse de su mala fortuna, y lamentar la pérdida de sus halagüeñas esperanzas. Su objeto, según dijo al teniente coronel, en el largo viaje que había emprendido, era comprar aguardiente en Pisco, artículo sumamente escaso en Lima, en consecuencia del largo bloqueo de aquella plaza por los patriotas. En aquel momento podía comprarlo á ocho duros la botija, y con tal que ella hubiese sido la primera á entrar en Lima de los tratantes en aquel ramo, lo habría vendido á ochenta. El prospecto de perder una oportunidad tan provechosa, no pudieron reconciliarla con el embargo de sus mulas.

De Pisco á Ica hay catorce leguas, y las últimas diez por un ardiente y desierto arenal, de tiempo en tiempo y á larga distancia, variado únicamente con trozos de palmeras.

Los realistas se retiraron de Ica así que los patriotas se aproximaron, los cuales fueron recibidos con entusiasmo en la tarde del 5 de Agosto, á su paso por ella en persecución de los fugitivos. Santalla, nombrado ya anteriormente en la descripción de la toma de Valdivia, había marchado por el camino de Palpa, veinticinco leguas al Sur de Ica. Sólo tres horas descansaron los patriotas en Garganta, dos leguas más allá de Ica, en cuyo tiempo se buscaron algunos caballos y mulas de refresco. En seguida continuaron su marcha por medio de los arenosos desiertos á Changuilla, distante diez y seis leguas. A las doce de la noche del 6, hicieron alto las tropas en el desierto, y con objeto de precaverse contra el grande rocío, cada soldado excavó una especie de sepultura poco profunda y se metió en ella, echándose después arena encima del cuerpo, dejando la cabeza solo de

© Ministerio de Cultura

fuera, la cual envolvían en su poncho. Como era importante ocultar el movimiento, se prohibió el fumar, pues el fuego de los cigarros habría tal vez advertido á los realistas la proximidad de los patriotas. La dueña de las mulas fué la única á quien permitieron fumar su cigarro, antes que acompasadamente se metiera como los demás en la cama de arena, en medio de los grupos de soldados y muleteros que la rodeaban.

Enterrados en vida, como acaba de describirse, todos durmieron tan bien como si descansaran en un lecho de plumas, y tan profundamente, que al hacerse de día costó trabajo sacarles de su sueño delicioso. La mañana era nebulosa, como es costumbre en aquellas regiones, y ya habían andado cerca de dos leguas, cuando el sol, despejando repentinamente la atmósfera, percibieron, que en vez de avanzar habían contramarchado por el mismo camino de la noche anterior. Para evitar en lo sucesivo semejantes equivocaciones, desde este día, en cualquier parte donde hacían alto de noche, tomaron la precaución de formar los pabellones de modo que señalasen la dirección que habían de seguir al día siguiente.

Los patriotas llegaron á Changuilla el 7 á la noche, y cortaron la retirada á Santalla por el camino directo de Palpa á Arequipa, donde estaba descansando, muy ajeno de la proximidad de los patriotas.

Percibido Santalla de la llegada de los patriotas, se retiró el 8 precipitadamente á las montañas; pero habiéndose puesto de acuerdo de antemano el teniente coronel Miller con los indios morochucos, se levantaron en masa, y las laderas y cúspides de las montañas se cubrieron repentinamente de ellos resonando todo el país con sus aullidos y gritos de guerra.

Santalla no podía escapar por el camino que va á Guancavelica, teniendo tales enemigos á su frente, y no podía volverse por el camino que había llevado sin ba-

© Ministerio de Cultura

tirse con los que le perseguían. En Coparí, siete leguas distante de Palpa, ocurrió una pequeña escaramuza, en la cual murieron algunos realistas, setenta ú ochenta fueron prisioneros, y el resto subió una montaña de tan difícil acceso, que no pudiendo trepar á ella los patriotas por su extremado cansancio, se volvieron á Palpa por el mismo valle que habían avanzado. Miller volvió desde aquel pueblo á Ica, pero antes de salir destacó en persecución de Santalla, que había ganado otra vez el camino de la costa, á los capitanes Plaza y Carreño con veintitrés hombres montados en caballos de refresco, única fuerza disponible, por hallarse los demás enfermos en consecuencia de las últimas marchas tan penosas. A media noche llegó el capitán Plaza á Caguachi, tres leguas de Nasca, donde encontró á noventa y seis realistas profundamente dormidos dentro de un corral, sin que los centinelas lo percibieran, por hallarse dormidos también. El cansancio les había rendido de tal manera, que ni á gritos podían despertarlos; los patriotas hicieron una descarga, mataron doce é hirieron otros tantos, entre los últimos lo fué el teniente coronel Rada, español muy bizarro, quince oficiales y sesenta y cinco hombres fueron prisioneros. El tímido Santalla y unos cuantos que le acompañaban fueron las únicas personas que lograron escaparse, y lo consiguieron por haber tenido la precaución de dormir á alguna distancia de su tropa y huyeron desde el primer momento de alarma. Para este objeto tenían sus caballos ensillados y con las bridas puestas, y ellos durmiendo con las riendas atadas á un brazo.

Tan exasperados estaban los iqueños con las tropas de Santalla, que muchos salieron de Ica para acechar á los prisioneros y matarlos, pero como no ocultaron sus intenciones, adoptaron medidas para frustrarlas.

Durante estas largas, tristes y fatigosas marchas, la buena y respetable anciana, de quien se ha hecho men-

© Ministerio de Cultura

ción, iba á caballo al lado de Miller. Su enfado se cambió muy pronto en una alegría tal, que tomó un vivo interés por el éxito de la expedición y procedió con el entusiasmo de una amazona: mil veces dijo públicamente, que importaría un pito que sus mulas perecieran, con tal que tuviese la satisfacción de ver triunfar á los patriotas. Montaba á caballo á la jineta, llevaba grandes espuelas de plata, podía sujetar el caballo más fogoso, y echaba el lazo con tanta destreza como cualquiera de sus muleteros. Tenía la voz más fuerte y más cascarrosa que un contramaestre, y llenaba el desierto con ella cuando gritaba á la tropa para animarla. Cumplido el objeto para el que se habían embargado sus mulas, y no habiendo necesidad de detenerlas se pusieron en libertad, y el teniente coronel Miller regaló á aquella buena vieja por los servicios que había prestado veinte mulas tomadas á los españoles, pero ella no quiso admitirlas. También la ofreció una cantidad de dinero por el servicio que sus mulas habían hecho, pero no fué posible reducirla á que admitiera ninguna especie de remuneración y siempre contestaba que había sido recompensada superabundantemente con haber presenciado la total destrucción de una partida de los realistas por sus queridos soldados de la patria. Sin embargo admitió muy gustosa una carta para el general San Martín, en la cual se manifestaban sus servicios. Cuando el teniente coronel Miller se la leyó, se arrojó á sus brazos con lágrimas de alegría, y se fué sin decir nada, como si se la hubieran abierto las puertas del cielo. Es agradable añadir que fué tan diestra, que á pesar de su detención fué la primera que llegó con aguardiente á Lima, donde realizó todas las esperanzas que al principiar su viaje había concebido. Esta mujer activa y singular, comerciaba, tenía tierras que labraba por su cuenta, criaba ganados y alquilaba birlochos; generalmente la consideraban muy rica, y á pesar de su generoso des-

© Ministerio de Cultura

prendimiento, en el caso anteriormente citado, era ansiosa de aumentar su riqueza. Antes de despedirnos de ella, mencionaremos un caso que la concierne, y ocurrió en el año siguiente de 1822.

Casualmente sucedió que Miller iba paseando á caballo en compañía del general Alvarado hacia el acantonamiento de su regimiento que se hallaba en Lomo Largo, tres leguas al Sur de Lima. Percibiendo el general lo bien cultivado de un terreno al lado mismo del camino, preguntó á un paisano que atravesaba en aquel momento, á quién pertenecía aquella hacienda. El hombre contestó que él era el mayordomo, y que pertenecía al Sr. Miller. «¿A quién? ¿A quién dice usted que pertenece?», preguntó nuevamente Alvarado. «Al Sr. Miller, repitió el paisano, respecto que mi patrona se lo ha legado á él, y cuando ella muera será su legítimo dueño.» «¿Y quién, dijo entonces Miller, es ese tocayo mío?» «Nadie sino usted, dijo el hombre, de usted es de quien hablo. Mi patrona dice que no tendrá más heredero que usted, puesto que cuando entregó su carta de usted al general San Martín, la recibio tan bondadosamente y continuó después tratándola tan bien, que considera á usted como el autor de su buena fortuna». El regimiento de Miller estaba acantonado á menos de una milla de la hacienda en cuestión, y tenía la costumbre de enviar á comprar á ella legumbres, etc., y con gran sorpresa de todos, nunca el mayordomo había querido tomar dinero por los artículos que suministraba, diciendo que su señora se entendería con el coronel sobre lo que los oficiales y tropa enviasen á pedir. El encuentro casual del mayordomo, descubrió con una nueva sorpresa el misterio que á todos causaba tanta curiosidad.

Habiendo mencionado más de una vez al coronel realista Santalla y descrito su última derrota, pintaremos su carácter, para que sirva de contraste al de la buena limeña, que aún vive, y como una prueba de los males á

© Ministerio de Cultura

que los peruanos estaban expuestos, cuando la vara de hierro estuvo confiada á las manos inexorables de un cobarde sin principios.

Como comandante militar del distrito de Ica, publicó una bárbara circular exigiendo de los propietarios de aquel extenso valle le suministrasen en el término de cuatro horas de la fecha de su orden, trescientos caballos y mulas, en la inteligencia de que si no cumplían con su requerimiento, serían fusilados, arrasadas sus haciendas y sus familias pasadas á cuchillo*. Muchos propietarios residían en sus haciendas y estaban á tal distancia de la ciudad, que era imposible que cumplieran con el requerimiento en el término que se les prefijaba. Pero tantos patriotas habían sido condenados á muerte; tantas mujeres habían sido violadas por Santalla y su gente; tantos ancianos y aun niños habían sido castigados con despojo y encarcelamiento, que no deja duda de que habría llevado á efecto su feroz amenaza, y de hecho dió un paso para probar que se hallaba dispuesto á hacerlo. El alcalde Sorrillo, ciudadano rico y respetable, había ocultado un hermoso caballo que estimaba infinito; Santalla lo descubrió, é inmediatamente dispuso le prendiesen y llevasen á la plaza para ser fusilado, en donde de antemano había fijado el banquillo para sacrificar á sus víctimas; pero cada instante llegaban nuevas noticias de la proximidad de los enemigos que habían salido de Pis-

* «Comandancia general del Sur. Los hacendados de este valle dentro del perentorio y preciso término de *cuatro horas*, presentarán en casa del señor marqués de Campo Ameno, trescientos caballos y mulas suyas, tomándolas de cualquier persona que las tenga sin excepción alguna, en la inteligencia, que no verificándolo dentro de dicho término, serán irremisiblemente pasados por las armas, quemadas y taladas las haciendas, y pasadas á cuchillo sus familias.

JUAN DE SANTALLA

Ica á las 10 de la mañana de hoy 19 de Julio de 1821.

Al Sr. D. Fulgencio Guerrero.»

© Ministerio de Cultura

co en su busca; por otra parte, los habitantes ya reunidos para salvar á la fuerza á su alcalde, si era necesario, se aumentaban en número y daban signos de sus intentos: confundido Santalla con la idea de los peligros que le cercaban sacrificó la venganza á su miedo y huyó para atender á su seguridad personal.

Cuando Santalla oyó la primera vez que los patriotas habían desembarcado, dijo á voces al pueblo reunido en la plaza, que si sabía que un solo individuo se comunicaba con el jefe insurgente, quemaría la ciudad y pasaría á cuchillo á hombres, mujeres y niños. Al oir esta amenaza su mujer, que era española, le gritó desde la casa del marqués de Campo Ameno: «Santalla, todo eso debe hacerse en vez de decirse. ¿Por qué no quemar, desde luego, una ciudad cuyos habitantes son todos rebeldes?» Pronto se verá que esta furia se vió precisada á implorar de rodillas la vida de su atroz marido. Santalla era hombre de grande estatura y tenía las fuerzas de un gigante; podía partir con los dos dedos un duro en dos pedazos y romper una baraja en dos mitades, pero su pusilanimidad era mayor aún que su fuerza personal.

Al retirarse de Ica recibió aviso de que los patriotas que le perseguían no eran más de cien hombres, y sus oficiales reclamaron contra una huida tan vergonzosa á la llegada de fuerzas tan inferiores. Para justificarse á la vista de los oficiales, fingió una carta que se dirigió á sí mismo, y supuso que era de un realista de Ica, diciendo que la fuerza de los insurgentes pasaba de cuatrocientos hombres; la enseñó á los oficiales, los cuales convinieron en que en tal caso era propio continuar la retirada. Esta anécdota se la contó á Miller el capitán Matafuertes, que fué hecho prisionero en Caguachi, y el cual aseguró que la carta se había fingido á su presencia.

En su huida desde Caguachi á Arequipa se escapó de

© Ministerio de Cultura

que le hicieran pedazos, empleando la estratagema de hablar un mal español, y diciendo que era un oficial francés al servicio de la patria, enviado para hacer el alojamiento y procurar raciones; tuvo maña hasta para persuadir al cura de Yauca, que le confiara un hermoso caballo que su reverencia había ocultado con gran cuidado, con objeto de regalárselo al primer jefe patriota que pasara por su parroquia.

Sin embargo del disfraz que Santalla había adoptado, fué reconocido en Chaparra, y los habitantes del valle inmediatamente se apoderaron de él, le ataron de pies y manos, y se preparaban á darle el pago que se merecía, pero le perdonaron la vida por las lágrimas y súplicas de su mujer, que estaba en días de parir, y la cual hizo valer sus ruegos repartiendo liberalmente dinero entre las gentes más pobres del pueblo.

A su llegada á Arequipa estuvo preso algunos días, acusado de cobardía; pero nunca se dijo hubiese sido reprendido por sus crueldades y extorsiones cometidas en el país; antes se infiere lo contrario, respecto á que fué nombrado después para el destino civil de subdelegado de Arica. El sistema de fusilar habitantes patriotas, y confiscar la propiedad de los ricos al capricho de los comandantes militares, era desgraciadamente demasiado común entre los jefes realistas.

Miller, que fué ahora promovido al empleo de coronel, reasumió el mando militar y político de un grande distrito, cuyo centro era Ica. Aún sus habitantes recuerdan gustosos su memoria y hablan del tiempo de su mando de un modo que hace honor á su persona. Miller aprovechó esta oportunidad para aumentar sus recursos militares y establecer montoneros ó partidas de guerrilla que cayeran sobre los flancos del enemigo, acantonado entonces entre Guamanga y Jauja.

El marqués de Campo Ameno, los señores Nestares, Guerrero y otros ricos habitantes, que por largo tiempo

© Ministerio de Cultura

se habían conservado adictos á la causa de los realistas, se declararon abiertamente aquella ocasión en favor de los patriotas, y contribuyeron sincera y eficazmente á secundar los esfuerzos de Miller para establecer un orden de cosas permanente, y dar el apoyo que fuese posible á las operaciones militares. En el ínterin se adoptaban estas medidas, fué enviado el capitán La Tapia para sorprender un destacamento realista que había en Huaitará mandado por el subdelegado, el cual hizo una defensa desesperada. La Tapia se agarró con él, ambos cayeron al suelo y lidiaron varios minutos en tierra; el subdelegado sacó un cuchillo de una de las botas y estaba en el acto de clavarlo en el corazón de La Tapia, cuando un soldado patriota, que llegó en auxilio de su oficial, le saltó los sesos dándole un formidable golpe en la cabeza con la culata del fusil, que le dejó en el sitio.

Habiendo sabido Miller que Canterac había bajado de su posición en Jauja, y que una acción general cerca de Lima era más que probable, dejó mandando al mayor Videla en Ica, y marchó sólo á la capital. Después de pasar por Lurin, seis leguas al Sur de Lima, se halló á distancia de dos ó tres leguas de las columnas españolas, que marchaban entre el punto que él ocupaba y Lima. No pudiendo seguir su marcha por esta razón, volvió á Lurin y escribió un oficio á San Martín, dándole aviso de hallarse en aquel punto á la cabeza de mil hombres acechando una oportunidad para caer sobre la retaguardia de Canterac. Este oficio lo puso dentro de unas alforjas, y estas las colocó á grupa de un paisano bien montado, al cual encargó se aproximara á los realistas lo bastante para llamarles la atención, y dejase caer las alforjas y demás que llevaba á grupa, como si en la persecución se le cayesen naturalmente. El paisano cumplió perfectamente con las instrucciones que recibió, y el oficio interceptado parece que produjo una orden de Canterac para que acelerasen su marcha los retrasados.

© Ministerio de Cultura

Miller llegó á Lima el 12, y fué recibido por San Martín con expresivas muestras de aprobación á su conducta, dos días después de la entrada de Canterac en el Callao.

Pero antes de proceder á describir los acontecimientos accesorios que ocurrieron en aquel tiempo, preciso será retroceder al 24 de Junio, época en que las hostilidades principiaron nuevamente en las inmediaciones de Lima, al terminar el armisticio de Punchauca.

No pudiendo el virrey continuar en la capital, atacada como se hallaba por todas partes por montoneros, que le privaban de los auxilios y víveres que necesitaba, abandonó aquella ciudad el 6 de Julio, y los patriotas entraron en ella el 9, en medio de las aclamaciones de sus habitantes. Una división de realistas, á las órdenes de Canterac, tomó el camino de Lunaguaná, y la otra, mandada en persona por el virrey, tomó el de Yauyos, ambas con dirección á Jauja. Durante la retirada de los realistas, la deserción que experimentaron fué tan numerosa, que sus generales publicaron bandos, previniendo que sería fusilado todo individuo que se hallase á cien varas de distancia de la dirección de las columnas; y muchos fueron efectivamente fusilados. Para aumentar lo crítico de su situación y las dificultades de que se hallaban rodeados, los indios se levantaron en favor de los patriotas, mientras que los montoneros, pegados siempre á su retaguardia, hacían prisioneros á cuantos se separaban del grueso de las columnas.

Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones en la disipada ciudad de Lima, como lo hizo, hubiese secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados, apenas puede dudarse que se habría terminado la guerra en pocas semanas; así, pues, por falta de previsión continuó desgraciadamente el Perú, su capital y provincia, cayendo alternativamente en manos de los amigos y enemigos de la libertad. Cada ejército tenía que ser gravoso hasta á sus mismos partidarios, y por consi-

© Ministerio de Cultura

guiente era el azote de los habitantes que habían abrazado el partido opuesto, y cada partido lo sufría á su vez.

Cuando el virrey estuvo en Guamanga, un propietario de festivo humor pidió hablarle, y le manifestó que habiéndole quitado la «madre patria» el dinero que tenía y sus alhajas y el «padre rey» los ganados y sus granos, pedía respetuosamente al señor virrey que le dijera á qué partido debía entregar la piel, única cosa que ya podía aventurarse á llamar suya.

El pueblo de Cangallo, á dos jornadas de Guamanga, fué quemado por los realistas, y el virrey publicó un decreto, con fecha 11 de Enero de 1822, por el cual prevenía que las paredes de las casas se demolieran, y que el nombre de Cangallo de allí en adelante desapareciera de la lista de los pueblos. Los de Ulcamayo, Huailly, Zancas y algunos otros con muchas haciendas en las inmediaciones de Tarma, fueron quemados también, y las existencias en las minas de Pasco fueron saqueadas cinco veces por los realistas y otras tantas por los patriotas. Los milagros son como las palabras, que si no se dicen es como si no hubiesen ocurrido. De hecho estas minas pararon, ó se trabajaron en escala tan reducida, que no merecían la atención de ninguno de los partidos.

Cuando el general Carratalá se retiraba de Pisco delante de la división de Arenales, encontró á un indio en una hermosa yegua de vientre, le mandó desmontar y entregarla. En vano el pobre paisano le manifestó que privarle del único animal que tenía en el mundo, era dejarle sin medios para procurar su sustento; el general fué inexorable, y le quitaron la yegua; pero el paisano, lleno de indignación, siguió á pie detrás de las tropas. Al llegar al pueblecillo de Moya, enfrente de la Concepción, cerca de Jauja, la división realista hizo alto; el indio, aprovechándose de la confusión que reinaba cuando las tropas iban alojándose, se montó en el mejor caballo de Carratalá, y echó á correr por medio de cuatrc mil hom-

© Ministerio de Cultura

bres, que en aquel momento ocupaban la plaza y las calles. El indio fué inmediatamente perseguido; ya cerca del río le iban muy inmediatos, y le dispararon algunos tiros; pero el conocia perfectamente el vado, y escapó sin que le tocasen. Algunos españoles se metieron en el agua detrás de él, y tres se ahogaron. Al llegar al campamento patriota, situado á la orilla opuesta, el indio recibió por el caballo de Carratalá una onza de oro y una yegua tan buena como la que le habían quitado. El teniente coronel O'Brien mandaba la vanguardia al día siguiente, y al entrar en el pueblo de Carguancuanga cerca del puente de Iscuchaca, preguntó por el cura de la parroquia, creyendo que él podría darle noticias del enemigo más correctamente; pero como se había ocultado O'Brien, preguntó en seguida por el sacristán. Los indios entonces sin responderle una palabra, le señalaron á un árbol, y al aproximarse á él vió ahorcados de una de sus ramas al sacristán y á su mujer. El crimen cometido por aquel desgraciado, era el de no haber estado pronto para facilitar las llaves de ia iglesia al pasar un oficial de la división de Carratalá, que quería alojar en ella su tropa, y el de la mujer el de no haber revelado el sitio donde su marido se había escondido, al cual descubrieron sin embargo, y ambos fueron ahorcados en el acto. El teniente coronel O'Brien vió sus nueve hijos todos pequeñitos arrodillados, llorando y pidiendo que bajasen del árbol á sus ya difuntos padres.

Un día ó dos después de cometer esta horrible crueldad, el general Carratalá envió un parlamento compuesto de un oficial, un trompeta y seis soldados. Cuando iban pasando por el pueblo de Carguancuanga, los habitantes se amotinaron, y los mataron á todos. Les cortaron después la lengua, arrastraron sus cadáveres y los descuartizaron, y fijaron en distintos puntos los pedazos.

El virrey tuvo bastante fortuna en poder alcanzar el valle de Jauja, donde concentró sus fuerzas; y tanto él

© Ministerio de Cultura

como Canterac y Carratalá lo fueron aún mucho más en no haber sido atacados por el general Arenales, cuya división se componía del regimiento de Granaderos á caballo, y de los batallones de Numancia, cazadores números 2 y 7, formando un total de cuatro mil trescientos hombres. Con esta fuerza pasó nuevamente la cordillera Arenales, y llegó á las inmediaciones de Lima el 26 de Julio. De este modo, los patriotas abandonaron las importantes provincias de la Sierra, de las cuales tomaron tranquila posesión los realistas en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas, compensó á sus enemigos de la pérdida de Lima.

Al salir el virrey de Lima, dejó guarnición en los castillos del Callao, los cuales fueron sitiados inmediatamente por una división patriota á las órdenes del general Las Heras.

El lord Cochrane bloqueaba el puerto. El 24 de Julio el capitán Crosbie, del modo más maestro, apresó tres buques mercantes y quemó cuatro más. En esta acción se distinguieron particularmente los capitanes de la marina chilena Morgell y Simpson.

El 26 de Julio hicieron una salida de los fuertes; pero fueron rechazados con la mayor bizarría, por el valiente mayor D. Eugenio Necochea, y el intrépido é incansable capitán Raulet: el último fué herido.

El 28 de Julio se proclamó la independencia del Perú y tomaron el juramento de estilo con gran pompa y regocijos.

El 12 de Agosto se malogró una tentativa para sorprender al Real Felipe, castillo principal del Callao.

El 3 de Agosto se declaró el general San Martín Protector del Perú, y reasumió el mando supremo civil y militar. Este general nombró á D. Juan García del Río, á D. Bernardo Monteagudo y á D. Hipólito Unanue ministros de Estado, de Guerra y Marina y de Hacienda. D. Juan Gregorio de las Heras fué nombrado general en jefe del ejército.

© Ministerio de Cultura

Los siguientes decretos se mencionan como las primeras muestras del gobierno del Protectorado.

El de 12 de Agosto de 1821, declarando que los hijos de esclavos nacidos en el Perú después del 28 de Julio de 1821, serían libres.

El de 15 de Agosto, declarando que todo individuo del ejército ó de la armada que salió de Valparaíso en el ejército libertador, sería considerado como perteneciente al servicio del Perú y tendría derecho á una pensión igual á la mitad del sueldo que disfrutaba al salir de Chile: esta pensión debía gozarla el individuo aunque fijara su residencia en país extranjero.

El 27 de Agosto, aboliendo el tributo y prohibiendo el nombre de indios dados á los indígenas, á los cuales desde aquel momento debia llamárseles peruanos, nombre que antes sólo se daba á los nacidos en el Perú de padres españoles y á sus descendientes.

El de 28 de Agosto, aboliendo la mita y toda especie de servicio forzado á que antes estaban obligados los indígenas.

El establecimiento de una librería nacional se decretó el mismo día.

En el mes de Octubre se creó la orden del sol, bajo el modelo de la legión de honor de Francia. Esta orden se dividió en tres clases: 1.ª, fundadores; 2.ª, beneméritos; 3.ª, asociados. - A los miembros de la primera clase, y á un cierto número de las otras, se les declaró una pensión.

Esta institución fué política, en tanto que proporcionaba al gobierno un medio de recompensar los servicios militares y políticos á poca costa, aunque evidentemente era un paso hacia la introducción de principios que tendían á la monarquía. La forma de conferir la decoración á los militares era justa é imparcial. Un cierto número de cada uno de los que habían probado tener mayor derecho, eran nombrados por una junta de oficiales

© Ministerio de Cultura

generales; pero habría sido mejor haber diferido la formación de una orden de caballería hasta que los españoles hubiesen sido expulsados *.

El 19 de Diciembre se concedió á veinte generales y jefes del ejército libertador el valor de 500.000 duros, como recompensa por sus pasados servicios, y fué dividido en partes iguales entre ellos. El coronel Miller recibió por la suya 25.000 duros.

La división de Canterac, unida á la de Carratalá, entraron en Jauja el 25 de Julio, y el virrey llegó á aquella ciudad á principios de Agosto. El 24 de Agosto salió Canterac de Jauja con tres mil infantes y novecientos caballos con dirección á Lima, y tomando el camino de San Mateo, llegó el 9 de Septiembre á la vista de San Martín, campado en la hacienda llamada Mendoza, á una milla de la capital en el camino de Arequipa.

El objeto de Canterac era atacar á los patriotas y soco-

* En 1825, el Congreso acordó la abolición de la orden, y aunque no recibió la sanción oficial del Poder ejecutivo, dejó ver bastante las miras miserables por que procedían algunos diputados en esta cuestión. Era injusto intentar privar á los que la tenían de una condecoración concedida por servicios anteriores, y era hasta ingrato y poco delicado con respecto á los miembros de la orden, á quien debían los diputados su existencia política, por servicios rendidos á la patria, cuando muchos de ellos vivían en la obscuridad y gemían bajo el yugo español.

La gran causa de ofensa fué, que casi exclusivamente se concedió aquel honor á aquellos que habían abrazado la causa de la independencia desde el principio, ó en un período de la contienda, anterior á haberse hecho el partido seguro de la cuestión. Aquellos que nada habían hecho para ganar aquella distinción, no podían sufrir que otros la llevasen. En cuanto á la legalidad de la absoluta abolición de la orden, el Congreso no tenía más derecho para acordar una ley con efecto retroactivo para quitar á un gran número de individuos las condecoraciones y pensiones que gozaban, que habría tenido para privarles de las medallas concedidas por victorias, á no ser que el Congreso reasumiese el poder del Diván Turco, falta de que no dejó de resentirse siempre que sus trabajos se consagraron á nimiedades y pequeñeces.

© Ministerio de Cultura

rrer á los castillos del Callao. Probablemente le habían animado á aquella operación las noticias enviadas por los españoles desde Lima del estado del ejército patriota, cuya organización y apariencia no parecía favorable, aunque entonces pasaba de siete mil hombres de fuerza. Cuando Canterac los vió fuertemente colocados detrás de parapetcs de tierra, y sostenidos á su retaguardia por la población de Lima, mucha parte de la cual estaba á caballo con sables, cuchillos, picas, etc., consideró más prudente pasar por entre Lima y la costa del mar, y ampararse bajo el tiro del Callao en la tarde del 10.

Los patriotas variaron su posición y tomaron otra no menos fuerte en Mirones, á una legua del Callao, extendiéndose media milla, y cortando el camino de Lima.

El general San Martín ha sido censurado severamente por no haber atacado á los realistas en esta ocasión; pero si se considera que muchas de sus tropas eran reclutas, sin casi instrucción, quizá tendrá que convenirse que obró sabiamente, tanto más cuanto los realistas por el contrario eran soldados veteranos y bien disciplinados. De todos modos, es curioso el ver que algunos de los jefes patriotas, que más han gritado condenando la inacción del protector, fueron aquellos que habían dejado pasar las oportunidades más brillantes para destruir á los realistas, cuando estaban esparcidos en la sierra, así como cuando poco después se retiró Canterac, desde el Callao á Jauja.

El 14 de Septiembre, el coronel Miller fué nombrado para mandar 700 hombres, compuestos de las compañías de cazadores del ejército libertador, para obrar como una columna de observación y estar pronto á marchar al primer aviso. El 15 hizo esta columna un movimiento lateral, en consecuencia de haber principiado á retirarse Canterac; pero habiendo éste retrocedido repentinamente al llegar á la desembocadura del río Rimac, media legua de distancia del Callao, las compañías á las órdenes

© Ministerio de Cultura

de Miller volvieron á su posición á Mirones. En esta época sufría tanto Miller de tercianas, que tuvo que hacerse conducir á Lima, donde el cuidadoso esmero y bondad de la baronesa de Nortdenflidtch le restituyeron la salud en sólo dos días.

En la noche del 17, Canterac verificó su escape pasando el Rimac en Bocanegra, dejando al general La Mar en los castillos con tres días de provisiones, para alcanzar las mejores condiciones posibles. El general Las Heras con el ejército libertador recibió orden para perseguir á los realistas, para evitar una acción general. Al llegar á la hacienda llamada de los Caballeros, á nueve leguas de Lima, Las Heras desistió de perseguir al enemigo; y á la división del coronel Miller, compuesta ya de 700 infantes, 125 caballos y 500 montoneros, no se la permitió seguir hasta las nueve de la mañana del 20. Durante este largo y al paracer inadvertido alto de diez horas, las tropas de Miller no recibieron ningún suministro, y se las dejó marchar sin llevar raciones consigo.

El general Las Heras no atacó al enemigo; y muchos de los jefes parecían menos ansiosos de continuar las hostilidades, que de gozar de las diversiones y placeres en Lima donde tantos oficiales como soldados habían sido perfectamente recibidos, y donde ya cada uno había contraído amistades y relaciones que deseaban renovar.

Una marcha de tres leguas condujo al coronel Miller con la división ligera á Macas, donde comieron los carneros que los realistas habían dejado preparados ya para guisarlos. El teniente coronel O'Brien y el capitán Vidal escaramucearon con la retaguardia del enemigo; el último fué herido. Cien realistas se desertaron á los patriotas durante el curso de aquel día. Parece que Canterac había alcanzado de sus tropas el que salieran de las murallas del Callao, persuadiéndolas que caerían sobre los patriotas tan pronto como hubiesen salido del país cortado por tantas cercas de tierra; que entonces les

© Ministerio de Cultura

prometía la victoria y su regreso á la capital; pero cuando se aseguraron de un modo positivo de que marchaban á la cordillera, tan poderoso fué el recuerdo de los atractivos de Lima, que un descontento general se difundió en su ejército, que sólo la activa energía de Valdez, Loriga y otros jefes realistas pudieron evitar una sublevación general, fusilando á un oficial, nueve sargentos, cabos y soldados.

A las cinco de la tarde la infantería patriota marchó tres leguas, y campó al pie de la cuesta de Puruchuco. Habiéndose adelantado Miller después de obscurecido, como cosa de un cuarto de milla al frente de su columna, se halló repentinamente con seis desertores españoles, los cuales, creyéndole oficial realista, se preparaban para matarle; pero al hablarlos Miller, conocieron inmediatamente por su acento que no era realista, se entregaron y le manifestaron que el general Canterac se hallaba una legua más adelante, y á mitad de la subida de la montaña. Con los montoneros y media docena de trompetas, el ejército realista se habría puesto en conmoción, si es que no se dispersaba; pero á los montoneros los habían mandado extrañamente á retaguardia desde Macas, y la caballería é infantería estaban demasiado fatigadas para desempeñar el doble servicio de alarmar al enemigo de noche y hacer grandes jornadas de día. Verdaderamente se hallaban tan cansados, que no habría habido un hombre capaz de adelantar una milla más.

Al romper el día del 22, principió la división á marchar por una subida fatigosísima de dos leguas de largo, desde el pie hasta la cumbre de la cuesta de Puruchuco, de donde se veía la retaguardia realista. Tan estrecha y escabrosa era la senda á zig-zag por la cual subían, que tuvieron los patriotas que marchar á la desfilada, y la columna cogía media legua de terreno; cuando llegaron á un llanito, cerca ya de la cumbre, hizo alto la cabeza, y á proporción que iban llegando iban formando; pero

© Ministerio de Cultura

estaban tan cansados, que les permitían echarse sin dejar las armas. Unos cuantos realistas salieron de detrás de unos barrancos cubiertos de brezo y de maleza, á no mucha distancia á vanguardia, y empezaron á gritar que querían pasarse. Acompañado O'Brien de un trompeta, se adelantó á caballo para parlamentar con ellos; pero no había andado mucho, cuando los fingidos desertores los mandaron hacer alto *. A este momento un batallón realista salió de una emboscada; pero viendo que la columna patriota había hecho alto, y no podían atacarla, continuó su marcha á la cúspide de la montaña. La compañía de cazadores de Numancia, mandada por el bizarro capitán Guas, y alguna caballería, avanzaron, á las órdenes de O'Brien, el cual escaramuceó con el enemigo por espacio de una hora; pero habiendo contramarchado tres batallones realistas para sostener su retaguardia, O'Brien tuvo que replegarse, y la división patriota fué retirándose también hasta llegar á una fuerte posición, donde se hicieron firmes. Los patriotas permanecieron en aquella posición toda la noche, esperando ser atacados; pero los realistas continuaron su retirada.

Habiendo permitido á los montoneros reunirse á Miller, este jefe en la mañana del 22 marchó con ellos y con una compañía del núm. 7 y la caballería al pueblo de Puruchuco, situado en un paraje oculto al lado oriental de la montaña, y desde un pico muy elevado vieron á los realistas que estaban en Huamantanga, pueblo pequeño que está en una eminencia, á dos leguas de

* En 1824, cuando Miller iba de pasaje de Valparaíso al Perú en un bergantín de guerra que apresó un barco español, al frente del Callao, que se dirigía á Pisco, fué hecho prisionero en él un oficial realista que llevaba pliegos. Hablando un día con Miller, le preguntó si se acordaba de las circunstancias que ocurrieron en la cuesta de Puruchuco, y le dijo que él mandaba la partida de retaguardia que procuró atraer á los patriotas á una emboscada.

© Ministerio de Cultura

Puruchuco. Los montoneros siguieron de frente, mientras la caballería é infantería vivaquearon en unas tierras cultivadas. De la abundancia de Puruchuco pudieron alcanzar dos panes que les sirvieron, á la verdad, de gran consuelo. El resto de la división se retiró á Macas, pues no hubiera sido prudente mantenerla tan inmediata al ejército realista, sin hallarse sostenida; más, cuando éste no daba indicios de moverse de Huamantanga.

El 23 el coronel Miller se adelantó á caballo hasta menos de quinientas varas de Huamantanga, para hacer un reconocimiento, y vió al enemigo formado, y como en el acto de emprender algún movimiento. Sin detenerse volvió á Puruchuco, hizo retirar la caballería, formó la compañía y colocó á los montoneros desmontados en los barrancos del lado de la montaña.

No concluída esta operación, los realistas descendieron rápidamente con la mayor parte de sus fuerzas, compuestas del primer batallón del regimiento Imperial, del segundo del primer regimiento, cien dragones del regimiento de la Unión y sus granaderos á caballo, de la Guardia, formando en todo dos mil hombres. Los montoneros fueron arrollados, y Miller desalojado de su fuerte posición con la pérdida de quince hombres muertos, veinticinco heridos y seis extraviados. Los españoles, en sus partes oficiales, hacen ascender esta pérdida á cincuenta hombres en solo muertos, y su número á quinientos infantes, cuando sólo había ciento siete de tropa de línea, todos soldados nuevos, y muchos de ellos muchachos de catorce á diez y siete años de edad. El teniente coronel O'Brien, con una pequeña partida de infantería, contuvo á los realistas con un fuego oportuno y bien dirigido, y dió tiempo á los patriotas para verificar su retirada *en orden*. O'Brien y Miller estuvieron más de una vez en el punto de ser hechos prisioneros, pero les salvaron los buenos caballos que montaban, precipi-

© Ministerio de Cultura

tándose á galope por laderas que en otra ocasión difícilmente hubieran podido bajar á paso. El teniente coronel Davalos, que mandaba los montoneros, se condujo perfectamente, así como el capitán Prieto, del batallón número 7. Los patriotas llegaron á Macas á media noche, donde Miller tuvo el disgusto de hallar que el teniente coronel Capa Rosa, español, su inmediato en el mando, se había retirado dos leguas más de lo que le había mandado.

Considerando su división insuficiente en número para continuar una persecución efectiva, el coronel Miller la mandó ir á Lima, á excepción de treinta dragones escogidos. Con éstos y algunos montoneros, él y O'Brien avanzaron otra vez el 24, por diferente camino. La primera noche vivaquearon al lado de un arroyo que corre por medio de unos fértiles campos, dentro de un grande y hermoso barranco.

El 25 se reunieron á una partida de montoneros, mandada por un comandante llamado Quirós, hombre de grandes luces naturales, acreditado valor y de un tacto extraordinario para el mando. Si hubiese recibido una educación correspondiente, habría llegado á ser un militar sobresaliente. Pero había sido, y no hacía mucho, capitán de bandoleros, y azotado públicamente al salir de la cárcel por segunda vez.

Su partida se componía de hombres de las inclinaciones más bajas y ruines; llevaban las barbas largas, é iban vestidos en la forma más grotesca. Al hacer alto á la noche, era curioso oir sus conversaciones, sentados alrededor de las hogueras; el uno confesaba haber cometido diez y siete asesinatos, el otro haber ahogado á una mujer de setenta años y violado á su hija; en fin, casi todos contaban hechos atroces. Como la mayor parte habían sido compañeros de Quirós en el principio de su carrera, tenía sobre ellos una absoluta autoridad, á pesar de la familiaridad con que los trataba. Esta partida de ciento

© Ministerio de Cultura

cincuenta hombres de fuerza era la más atrevida y la más terrible de los montoneros. Quirós fué muerto después en una acción cerca de Pisco, y su mujer murió al mismo tiempo, peleando á su lado.

El 26, el teniente coronel O'Brien marchó hacia Canta con los montoneros de Davalos; y Miller, aún padeciendo de tercianas, permaneció á retaguardia en compañía de Quirós y sus compañeros.

La quebrada era de una romántica apariencia. La grandeza de las montañas de los lados, llenas de rocas salientes, que parecía iban á desprenderse; el torrente que se precipitaba por una imponente cascada, hermoseaba el hondo con su espuma; las chozas, construídas en las laderas y en variadas elevaciones en medio de pedazos de tierra cultivada, y las estrechas sendas á zig-zag que conducían á ellas, daban un aire de magnificencia á aquellas montañas, al paso que su soledad y el carácter criminoso y conversaciones de los que ocupaban aquel sitio, causaba un interés igual á su novedad.

El 27, el coronel Miller mandó atravesar la cordillera á dos partidas de montoneros para observar al enemigo, que la había pasado el 25. Una de ellas encontró el cadáver del general Sánchez, que lo habían dejado los realistas al retirarse, y el cual había expirado en una choza al lado del camino. Sánchez fué el oficial que trató á Miller con tanta dureza en Talcahuano en 1818. No existiendo ya objeto que le indujera á permanecer avanzado, y habiéndole curado de sus tercianas el aire sano de las montañas, se despidió de los jefes montoneros, y el 28 volvió á Lima, donde acusó de cobardía al teniente coronel Capa-Rosa, el cual poco después se pasó á los realistas *.

* Capa-Rosa fué uno de los individuos comprendidos en la capitulación de Ayacucho de 1824. Tomó partido después con los patriotas, y es actualmente coronel al servicio de México.

© Ministerio de Cultura

Aunque la persecución del enemigo, ejecutada por la división ligera, no fué completamente feliz en su objeto, alcanzó las ventajas de apoderarse de trescientas cabezas de ganado vacuno y algunos caballos y mulas; obligó á Canterac á destruir sus repuestos militares, y facilitó la deserción á más de mil realistas, á pesar de las precauciones y severidad de sus jefes.

El general San Martín ha sido censurado fuertemente por haber permanecido al frente del Callao con un solo batallón (el núm. 4) y treinta caballos en vez de ponerse á la cabeza de las tropas que marchaban para molestar al enemigo en su retirada. Pero el protector da por razón, el haberlo creído necesario para conservar la comunicación directa que había entablado con el general La Mar, gobernador del Callao, y para evitar que el lord Cochrane tomara posesión de los castillos, en los cuales (se aseguraba) intentaba arbolar el pabellón chileno, en oposición de las miras y política del protector. Hacía algún tiempo que existía entre uno y otro cierta mala inteligencia, y sin entrar en los motivos ni razones que cada uno tuvo, diremos sencillamente el hecho que les hizo irreconciliables. El almirante presentó la reclamación siguiente:

1. Por atrasos debidos á la escuadra.

2. Un premio, igual á la paga de un año de cada individuo de la escuadra, con arreglo á la oferta hecha antes de salir de Valparaíso.

3. Cincuenta mil duros prometidos á la gente de mar en el caso de que tomaran la *Esmeralda*; y

4. Ciento diez mil duros, valor estimado de la fragata.

El protector sostuvo que el gobierno chileno era responsable únicamente á la primera y cuarta reclamación; que admitía la justicia de la segunda y tercera, pero necesitaba tiempo para liquidarlas. El almirante se ofendió altamente con esta contestación. Al mismo tiempo el ejército realista se aproximó á los muros del Callao, y

© Ministerio de Cultura

entonces como una mera precaución, el dinero, la plata y oro para acuñarse, pertenecientes al gobierno y á los particulares se trasladaron de la casa de la moneda de Lima á los transportes que estaban en Ancón. El almirante dió la vela para aquel punto, y se apoderó de todo el caudal para pagar á la escuadra. Este manifestó que el tesoro de que se había apoderado debía pertenecer al gobierno ó ser contrabando, esto es, plata enviada á bordo sin ir acompañada de un documento para probar que el derecho de embarque se había pagado; y que el todo ascendía á doscientos cincuenta mil duros. El protector por la otra parte sostuvo que una gran porción era propiedad privada de particulares, y que la suma total pasaba de cuatrocientos mil duros. El lord Cochrane volvió á la bahía del Callao.

El sitio de las fortalezas presentaba el desgraciado espectáculo de dos jefes que debían obrar de acuerdo, haciendo proposiciones separadamente á un tercer partido, igualmente hostil al uno que al otro. Callao se rindió el 21 de Septiembre al protector, bajo condiciones sumamente ventajosas para los sitiados. El coronel D. Tomás Guido fué nombrado gobernador de los castillos. El 26 del mismo mes, transmitió el protector al lord Cochrane una copia de aquella parte de las instrucciones privadas que había recibido del gobierno de Chile, que le autorizaban como general en jefe de la expedición libertadora, para disponer del todo ó parte de la escuadra, según lo considerase conveniente; y en virtud de estos poderes mandó al almirante y á los buques bajo su mando, salieran de las costas del Perú. Poco después el lord Cochrane dió la vela para California.

© Ministerio de Cultura

CAPÍTULO XVI

Descripción de Lima, sus inmediaciones, edificios, costumbres y divertimientos.—Legión peruana.—Fuerzas patriotas y realistas.—Delegado supremo.—Lord Cochrane da la vela para las Californias: su crítica situación.—Capitulan las fragatas españolas.—Vuelve á Chile lord Cochrane.—Deja el servicio.—Sorpresa de Ica.—Batalla de Pinchincha.—Entrevista de Bolívar y San Martín.—Destierro de Monteagudo.—Instalación del Congreso.—El general San Martín se retira de la vida pública.—Su carácter.

El virreinato del Perú comprendía anteriormente todos los dominios españoles, en la propiamente llamada América del Sur. Lima, su capital, era el centro de las riquezas, influencia, intrigas y disipación. La elevación al rango de virreinatos independientes de los gobiernos subordinados de Buenos Aires y Nueva Granada, disminuyó la importancia de Lima; pero aún conservó su corte y su ostentación, y siguió siendo el centro de las riquezas y de la sensualidad. Esta ciudad, que tiene ocho millas de circunferencia, está situada sobre la orilla izquierda del río Rimac, y en un llano fértil y delicioso al pie de uno de los brazos de la cordillera de los Andes. Vista desde el puerto del Callao, sus numerosas torres y magníficas cúpulas, la dan un aire absolutamente oriental. El aspecto que presenta al ponerse el sol es grandioso y sumamente interesante; oculto ya en el ocaso y el valle casi en obscuridad, aun sus rayos hieren á través y reverberan sobre las majestuosas cúpulas

© Ministerio de Cultura

de la ciudad; y cuando deja de brillar en ellas, conserva por algún tiempo su luz y su resplandor sobre las cúspides de las montañas, como si le fuese doloroso separarse de aquellos sitios. El camino desde el Callao á Lima, distante dos leguas, es una hermosa alameda adornada con cuatro calles de altísimos árboles, formando un paseo ameno y delicioso con sus asientos correspondientes, que termina en una magnífica puerta entrada de la ciudad, obra del ilustre virrey O'Higgins.

Lima fué fundada en 1535 por el conquistador Pizarro; contiene 70.000 habitantes, 360 calles, cerca de 4.000 casas, 54 iglesias, monasterios y capillas, un cementerio público, un teatro y una Universidad. Al examen prolijo del ojo observador, se percibe un cierto aspecto árabe en la construcción de la ciudad. Las casas, como sucede en la mayor parte de las poblaciones de la América española, están dispuestas en manzanas, y generalmente tienen únicamente un piso, cubierto con una azotea. Todas las manzanas de casas tienen igual tamaño, y forman calles rectas de doce varas de ancho, cortándose unas á otras en ángulos rectos. Las mejores casas y más suntuosas están esparcidas y no pocas veces rodeadas de otras sumamente miserables. La descripción de una de las primeras hará formar tal vez una idea de la planta usual de una casa, en cualquiera ciudad de la América española. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana; y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguán muy alto, forma el frente de la calle, excepto cuando lo convierten en tiendas que no tienen comunicación con el interior de la casa. En razón de los frecuentes temblores de tierra, las casas se componen generalmente de solo el piso bajo; los cuartos ocupados por la familia, las oficinas domésticas, las cocheras y las cuadras están en el mismo patio interior, el cual divide con frecuencia por el centro y en dirección opuesta, una fila de cuartos de recibo altos y bien pro-

© Ministerio de Cultura

porcionados, que van unos á otros, y pueden formar uno solo abriendo las grandes puertas vidrieras que únicamente los dividen. En Lima estas puertas vidrieras tienen muchos adornos; la parte superior es de cristales grandes y transparentes sujetos con labores doradas, y el resto de madera bien tallada con molduras graciosas y también doradas. Las ventanas son rasgadas hasta el suelo, cubiertas con rejas de hierro con muchas labores, y doradas en algunos parajes.

El centro de la fila de los cuartos de recibo es perpendicular al zaguán, por consiguiente puede desde ellos verse la calle. Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcón ó corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y á la parte exterior tienen grandes balcones con celosías en una forma completamente morisca. Los pisos son llanos, cubiertos con ladrillos, y forman un paseo que tiene una vista muy hermosa.

Por el centro de las calles principales de Lima corre un arroyo de unos dos pies de ancho, que contribuye esencialmente á llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales reciben el agua por medio de una presa que atraviesa el Rimac, y suministra una porción de agua á alguna distancia más arriba de la ciudad. Las calles están empedradas, pero mal alumbradas; durante la noche, patrullan por ellas serenos, que al anunciar la hora gritan: «Ave María purísima; viva la patria» y «sereno», ó «nublado», como si la Virgen María ó la patria tuviesen algo de común con la hora de la noche, ni con el tiempo que hace.

En los sitios menos frecuentados se ofende la vista con marcas feas, que prueban la ninguna atención que fija la policía, en el aseo y limpieza pública.

Los mercados están superabundantemente surtidos de pescado, frutas, vegetales, etc. Los puestos están generalmente bajo toldos de lona de forma circular, fijos á un

© Ministerio de Cultura

palo largo y parecidos á grandes quitasoles: estos toldos son algunas veces portátiles, en cuyo caso tienen un pie de madera donde entra el cabo del palo. Los frailes con las alforjas al hombro van puntualmente á dar la vuelta á todos ellos, y recogen las ofrendas de los piadosos vendedores, que siempre tienen algo que dar á la santa madre iglesia. Hacen una vista muy agradable las calles que llaman del peligro, y que forman en los mercados las *mistureras,* ó vendedoras de flores, que venden al mismo tiempo esencias y perfumes, artículos todos de gran consumo en Lima. Los galanes frecuentan estos sitios, que les ofrecen los medios de regalar á sus queridas, flores y esencias de una belleza y fragancia exquisitas, y se hacen un deber de presentarlas aquellas que parecen mejores de cuantas hay en el mercado. Como varios van con el mismo objeto, resultan á veces competencias que hacen subir el precio de una flor hasta media onza de oro, y siempre en general pagan muy caras las flores raras y de mérito.

La muralla de la ciudad describe las cuatro quintas partes de un círculo que apoya sobre el río; tiene siete puertas y treinta y tres baluartes; pero la muralla en su estado actual no conserva espesor bastante para que pudiera artillarse con piezas de grueso calibre.

El llano en que está situado Lima se extiende á diez ó doce leguas en circunferencia, y está irregularmente variado por suaves colinas, que, elevándose del nivel de las aguas, quedan en una esterilidad absoluta, puesto que en aquella parte del mundo son sinónimos riego y fertilidad, y secano y falta de vegetación. En diferentes partes del llano hay pequeñas alturas semejantes á monumentos consagrados á la memoria de alguno, las cuales están cubiertas con las ruinas de antiguos pueblecillos. Además de la fortaleza del Callao, cuya población asciende de dos á tres mil habitantes, el valle de Rimac contiene el pueblo de pescadores Los Chorrillos, los pue-

© Ministerio de Cultura

blos grandes y populosos de Miraflores, Magdalena, Surco y otras pequeñas aldeas. El resto está cubierto de ricas haciendas, algunas de las cuales valen de quinientos mil á un millón de duros, y están cercadas de altas tapias de tierra y subdivididas cuadrangularmente por cercas del mismo material de cuatro á cinco pies de alto. Sus principales producciones son azúcar, maíz, alfalfa, legumbres, chirimoyas, naranjas, aceitunas, plátanos, paltas, manzanas y otras varias frutas y vegetales, comunes á las zonas tórrida y templada; las ananás, ó piñas de Indias, no son de la mejor calidad. El combustible es sumamente caro, y, por consiguiente, rara vez encienden fuego para otro objeto que guisar, y aun en este caso con la mayor economía; el carbón lo llevan los indígenas de grandes distancias. A lo largo de las acequias plantan una especie de sauce, y debajo crece silvestre el nasturcio ó monja del Perú.

En unos cuantos sitios pantanosos crecen cañas silvestres á una altura sorprendente, y forman grandes grupos de lozanía y elegancia que dan variedad al risueño aspecto de la campiña. Si el lector supone á Milán situado veinte ó veinticinco leguas adentro del Domo d'Ossolo, puede formar una idea de Lima: la vista de tierra de las montañas más bajas de los Andes, no se diferencia mucho de los Alpes italianos, ni en sus contornos ni en su altura.

Las inmediaciones de la capital se infestan de tiempo en tiempo de bandidos, que ejecutan sus robos en medio del día, y, tan sistemáticamente, que todo el que sale á viajar por aquel camino, en aquella ocasión, puede estar seguro de que le aligeren el peso de cuanto lleve de algún valor. Los ladrones son generalmente mulatos y mestizos de otras castas, que llaman cimarrones por haberse huido de las casas de sus amos. Este mal ha existido desde tiempo inmemorial, y es de origen puramente español en aquel país, porque la honradez indiana, que

© Ministerio de Cultura

se conserva aún en los pueblecillos retirados, es tan grande, que cuando una familia sale por algún tiempo de su miserable choza, deja las puertas abiertas y pone en el umbral un jarro y un cepillo, y cualquiera consideraría peor que un sacrilegio traspasar aquellas guardas con cualquiera pretexto que fuese. Ha sucedido algunas veces que los bandidos, bien armados y bien montados, se han reunido en intervalos diferentes de tiempo á menos de una milla del Callao, y dirigiendo su marcha hacia la capital, detenían á cuantos encontraban, y, después de limpiarles los bolsillos, les obligaban á seguirlos hasta que todos llegaban cerca de las puertas de Lima, donde los ladrones se dispersaban. Unos soltaban sus caballos al escape dirigiéndose á la ciudad; otros se ocultaban entre los cañaverales; otros tomaban á campo través, y todos volvían tranquilamente á sus casas á gozar de los despojos ó á seguir otras ocupaciones. El número de bandidos en estas reuniones extraordinarias ascendía á veinte y treinta, y ha sucedido en algunas ocasiones que han llegado á juntar más de veinte carruajes y mucha gente á pie, que al cargo de una escolta hacían seguir detrás de ellos, mientras los otros se adelantaban en busca de nuevos despojos. Rara vez cometen asesinatos, y siempre que pueden se hacen un punto de honor el evitar meterse con los oficiales del ejército ó empleados civiles del gobierno, ni cuando obran en pequeñas partidas atacan á personas de nota ó que ellos conocen. Extranjeros y forasteros son generalmente las personas contra quienes asestan sus tiros. En 1822 fué detenido y robado un caballero de Chile, llamado Errázuris; éste dijo al capitán de bandoleros que el caballo se lo había prestado un oficial del ejército, y era de tanto valor que no podía remunerárselo con dinero, y por lo tanto le rogaba que no se lo quitase. El ladrón le contestó: «No podemos dejarlo ahora, porque lo que necesitamos más en el momento son buenos caballos, pues vamos á hacer

© Ministerio de Cultura

una excursión lejana, pero dígame usted dónde vive y se le volverá á usted.» Pocas mañanas después se halló el caballo en el patio de la casa de doña Rosa Cortés, donde residía en aquel momento Errázuris. Otro caballero chileno, llamado Baras, fué robado en la misma ocasión y le quitaron el dinero que llevaba. Observando la generosa oferta que los ladrones habían hecho á Errázuris, les dijo que no tenía más dinero que el que le habían cogido, y les rogaba le diesen alguna cantidad para cubrir sus gastos en el Callao; éstos le preguntaron qué cantidad necesitaba, y él les contestó que unos pocos duros le bastarían, los que le fueron entregados en el acto, y unos y otros se despidieron muy políticamente y se fueron. A la práctica de respetar á las personas de influencia en el país, debe en gran manera atribuirse el grado de impunidad que gozan estos caballeros de industria.

Hace unos veinticinco años que no se permite enterrar los muertos en las iglesias de Lima, y los llevan al cementerio, situado á una milla de la ciudad. Este edificio, obra del virrey Abascal, está circundado de una alta muralla, con una hermosa entrada y una capilla preciosa, donde se celebran las exequias y oficio de difuntos. Detrás de la capilla hay unas graderías largas hechas de ladrillos, que cada una contiene siete gradas ó escalones de uno y otro lado, y cada escalón va retirándose lo bastante únicamente para dejar cabida á un féretro, el cual se cubre después y algunas veces escriben el nombre de la persona que yace en aquella sepultura sobre la losa que la cubre ó pequeña superficie del lugar que ocupa en la grada. Hay algunos millares de estas sepulturas; pero, como es costoso el enterrar en ellas, depositan los cadáveres de los pobres en zanjas largas, secas y profundas, que van llenándose gradualmente con los cuerpos de los muertos y una pequeña capa de tierra que echan sobre cada uno; cada día se entierran en esta

© Ministerio de Cultura

forma varias personas. Uno ó dos clérigos están de continuo para hacer las ceremonias religiosas, y algunos reos indultados se emplean generalmente en enterrar los muertos y mantener limpio y en el orden debido el cementerio y la capilla.

Un puente de piedra sobre el Rimac conduce al gran-de arrabal de San Lázaro, á cuya extremidad oriental hay un precioso paseo de más de media milla de largo, que domina y da vista al río. Este paseo se llama la Alamedita Nueva, y conduce á la Plaza de Toros y á los baños de Antaza, que son cómodos y los más frecuentados. A la izquierda de este paseo vuelve hacia el convento de Descalzos otra alameda muy bonita, adornada con varias fuentes. La catedral es un grande y hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura; su fachada ocupa el lado oriental de la plaza mayor. El palacio del virrey, que es un edificio grandísimo, pero sin ningún mérito de arquitectura, tiene algunos patios interiores, y alrededor de ellos están las oficinas de la tesorería y de los ministerios de Guerra y del Interior. La subida á las habitaciones de Estado es desde el lado Oeste del palacio, por una grande escalera de mármol. Lo más precioso que hay en ellos y el ornamento que más interesa, es la colección de los retratos originales de 44 virreyes, principiando desde Pizarro y acabando por Pezuela. En seguida de tomar posesión de su oficio, cada virrey tenía una especie de tácita obligación de hacerse retratar y colocar su retrato en un salón destinado al intento; y es ciertamente digno de notarse que el último hueco que quedaba en él lo llenó el retrato de Pezuela. La cabeza de Pizarro es de una forma clásica, de frente alta, nariz aguileña de forma griega y color moreno, pero el rostro no puede percibirse bien por la barba larga, negra y marcial que lo cubre. La diferencia de facciones y colores desde los marcadamente árabes hasta los modernos españoles, como la graduada variación de trajes

© Ministerio de Cultura

que ofrece aquella interesante colección de retratos, dan motivos á mil meditaciones y agradables contemplaciones al hombre curioso y reflexivo. Algunas pinturas han padecido algo en los últimos acontecimientos; pero el populacho de la América del Sur es infinitamente menos feroz y destructor que lo fueron los puritanos de Inglaterra ó los revolucionarios de Francia. El populacho limeño no es menos entusiasta y ardoroso, pero es menos descompuesto que las hordas destructoras de los llamados cultos europeos. El palacio forma el lado del Norte, y los otros tres los forman la catedral, la casa de la ciudad y cárcel pública, bajo un mismo techo y casas particulares de dos pisos con soportales que mantienen el primero, en los cuales hay tiendas y salones. En el centro de la plaza está una fuente muy hermosa con grupos de varias figuras de bronce.

A la noche se reúne mucha gente al frente ó debajo de los portales para tomar sorbetes, helados, horchatas, limonada, dulce, etc. Los dueños de los cafés inmediatos colocan bancos y sillas para comodidad del público, y muchos permanecen al aire libre hasta media noche. El teatro es un edificio bien arreglado y agradable, en el cual se representa tres veces á la semana y bastante bien. El presidente, ó el que hace cabeza del Poder ejecutivo, asiste generalmente á ellas con una pompa superior á la que podía esperarse de la simplicidad republicana; va en su carroza tirada por seis caballos ó mulas, acompañado de una escolta y hacheros. Un piquete de capitán está de servicio durante la representación, y colocadas centinelas en varios puntos del teatro, como es costumbre hacerlo en el continente europeo. En el patio, al pie y un poco al frente del palco del gobierno, colocan un cabo y seis hombres que se mantienen armas al hombro. Unido al palco del gobierno hay otro palco privado, oculto de la vista del público. En este palco acostumbraba el general San Martín conceder entrevis-

© Ministerio de Cultura

tas, especialmente á ciertos agentes secretos suyos, que no podían presentarse en el palacio sin excitar sospechas; cuando allí entraban sin ser vistos, daban sus partes y recibían nuevas instrucciones sin llamar la atención. En el día está prohibido fumar en el teatro; pero en el sistema antiguo se permitía hacerlo en los entreactos, cuando el virrey tenía costumbre de retirarse del frente de su palco y lo suponían ausente. En el momento que volvía la espalda, centenares de personas empezaban á echar yescas y se elevaban nubes de humo. Al levantar nuevamente el telón, tomaba el virrey su asiento, y repentinamente se apagaban todos los cigarros. Es aún tan general el uso del cigarro, que se ven con frecuencia en la boca de las mujeres ó puestos detrás de la oreja como se colocan la pluma los escribientes y mozos de las tiendas. Las señoras no se permiten en público este uso, aunque algunas de ellas fuman en sus casas cuando no hay gentes; pero el procurar ocultarlo prueba que la costumbre va decayendo, aun entre las antiguas currutacas.

La Plaza de Toros es el edificio mejor construído y el más cómodo de cuantos hay para diversiones públicas en Lima. La pared ó muro exterior es un círculo de media milla de circunferencia; tres órdenes de palcos rodean un circo descubierto. Encima de los palcos bajos y delante de los de en medio que están más retrasados, están diez ó doce filas de bancos colocados en declive desde el frente de los palcos del centro hasta el borde de los palcos bajos. El total de asientos en la plaza asciende á unos diez mil, y se llenan de una multitud de gentes de todas especies que van á gozar de aquella diversión en cualquiera parte donde se verifique. En medio del circo hay una especie de burladero de dos filas de fuertes estacas que se cortan perpendicularmente formando una cruz y dejando de estaca á estaca el intervalo precisamente necesario para que un hombre pue-

© Ministerio de Cultura

da pasar de costado y los lidiadores puedan salvarse cuando se ven acosados ó perseguidos muy de cerca por el toro.

La afición á las corridas de toros, introducida por los primeros españoles, se conserva en toda su fuerza por sus descendientes americanos; el anuncio de la proximidad de una de ellas, produce en Lima un movimiento y alegría en todos sus habitantes de cualquiera clase ó condición que sean. El día que se verifica, las calles están llenas de gente, que apresuradamente se dirigen á la plaza poseídos de la mayor alegría; y los habitantes de las inmediaciones, vestidos del modo más vistoso que pueden, aumentan la concurrencia y contribuyen á darla interés. La función se ejecuta en Lima con una ostentación y magnificencia que sobrepasa á todas las otras ejecutadas en la América del Sur y quizás supere á las de Madrid. El acto de matar al toro, cuando lo ejecutan bien, produce tanto interés en las señoras de Lima como la muerte de la liebre á las cazadoras inglesas, ó el caballo veloz que gana el premio en las corridas de Newmarket ó en Doncaster causa á las señoras de tono y rango de Inglaterra, ó experimentan las mujeres que se reunen para ver ahorcar algún desgraciado, ó presenciar los cachiporrazos y roturas de cabezas de una elección disputada. El más aficionado pugilista inglés no puede tomar más vivo interés en un combate de dos afamados gladiadores que los caballeros de Lima en el modo de lidiar un toro.

Es seguramente digno de atención cuán diferentes son las ideas de crueldad que se tienen en cada país. Un inglés, por ejemplo, exclamará tal vez contra la barbarie de las corridas de toros, comparadas con el *noble* divertimiento de la riña de gallos, combate de tejones, etcétera. Pero su horror ilustrado no excedería al disgusto que un joven de la América del Sur manifestó al presenciar una riña á puñadas entre dos jóvenes en Hyde

© Ministerio de Cultura

Park, rodeados y azuzados por una multitud, de lo que él tituló bárbaros bien vestidos. Así, pues, hace reir observar la facilidad y complacencia con que los pueblos se acusan unos á otros de crueldades, sin tomarse la pena de echar una ojeada sobre las costumbres de su país.

Los toros destinados para correrlos en la plaza los llevan principalmente de los bosques del valle de Chincha, donde se crían feroces, y el reunirlos y conducirlos á Lima, distante sesenta leguas, es cosa muy costosa. A cada gremio de la ciudad dan un toro, y compiten entre sí los gremios sobre cuál adorna mejor el que le corresponde, poniéndoles mantillas ricamente bordadas con las armas del gremio á que pertenecen, divisas costosas de flores, cintas ó de galones de oro y plata, todo lo cual es gaje del espada que mata el toro.

El precio de la entrada son diez reales vellón, pero hay luego que pagar algo más para entrar en los palcos por asientos, además hay palcos particulares, donde van las personas de distinción. Los empresarios de la plaza pagan una crecida contribución al gobierno por cada corrida.

Muy temprano en la tarde del día fijado para una corrida de toros, todas las calles de Lima que dirigen á la plaza se llenan de carruajes, hombres á caballo y gentes á pie, todos rebosando de alegría y vestidos con lo mejor que tienen. A las dos de la tarde se da principio á la función por una especie de preludio ó aparato militar. Una compañía que entra de servicio se presenta en la plaza á verificar el despejo, el cual ejecutan con evoluciones ensayadas de antemano y propias solo para aquel objeto. Instruídos los soldados de lo que deben hacer, forman figuras y evoluciones diversas, describiendo ya una cruz griega ó romana, estrellas ó letras que expresen una sentencia, como: «¡Viva la patria!» «¡Viva San Martín!», ó el nombre de cualquiera otra persona que

© Ministerio de Cultura

esté á la cabeza del gobierno. Por final de todas estas marciales pantomimas, forman los soldados en círculo con el frente hacia el tendido, y avanzan hacia los palcos, conservando su misma formación y ensanchando sus distancias hasta que llegan á ellos y suben al tendido. Todos estos movimientos se ejecutan al golpe de tambor y producen un efecto muy vistoso y agradable. Una banda de música militar toca en los intermedios. También asiste una pequeña banda cívica con instrumentos de viento.

Acabado el despejo, se presentan diez ó doce toreros de á pie, con vestidos de majo de seda de colores diferentes, bordados de oro y plata. Algunos de ellos, con especialidad de los matadores, son criminales perdonados, y todos reciben una crecida suma por cada una de las corridas á que asisten. Diferentes aficionados, montados en caballos excelentes y vistosamente aderezados, se presentan al mismo tiempo. Cuando todo está pronto y preparado, el que preside la plaza tira desde su palco la llave del toril á un alguacil, que la está esperando, el cual sin galopar el caballo y llevándolo al portante la conduce al que abre la puerta al toro, y en la misma forma atraviesa la plaza y se retira. Así que la puerta de debajo del palco del Ayuntamiento se abre, sale el toro del toril velozmente, y, como desconoce el sitio, se ve solo y la gritería le confunde, se detiene y mira impaciente alrededor; pero pronto lo enfurecen llamándole de un lado y otro con las capas, poniéndole banderillas, cohetes y otros estímulos semejantes. También ponen en la plaza algunos figurones ó dominguillos hechos con pellejos llenos de viento ó paja, que contienen espacios donde colocan pájaros, y á veces cohetes, que al embestirles el toro salen los pájaros ó se encienden los cohetes. Además, como algunos de los figurones tienen un peso en su base superior al resto de ellos, quedan derechos por más que el toro los embista y eche por el aire. Los afi-

© Ministerio de Cultura

cionados á caballo hacen alarde de su agilidad en manejarlos, y capean al toro con la mayor destreza. Manteniendo el caballo sobre las piernas llaman al toro, embiste el animal, le sacan la capa desde lo alto del caballo y, haciendo á éste volver sobre las piernas en el mismo sitio que ocupa, quedan en suerte para volver á pasar la capa por segunda vez al embestir nuevamente la fiera; operación que ejecutan varias veces con la mayor gentileza y bizarría, y van en seguida á dar una vuelta á la plaza á recoger los aplausos que han merecido y las miradas ó agradable sonrisa de alguna belleza favorita á quien pretende interesar. Esta forma de capear el toro á caballo es únicamente usada en la América del Sur, y ciertamente solo allí podría hacerse, porque en ninguna otra parte del mundo ni la agilidad de los caballos ni la destreza de los jinetes lo permitirían. Algunas veces sacan al toro albardado con una red de cohetes y fuegos de artificio, que, incendiándose sucesivamente, le asustan, le enfurecen y enloquecen. Cuando todos los cohetes y pólvora se han consumido, rendido el toro de los esfuerzos que ha hecho, se detiene, escarba en la arena y con la lengua fuera y ojos centelleantes mira enfurecido á todas partes. Entonces va hacia él uno de los matadores, con una espada recta y ancha y de dos filos en la mano derecha, y la muletilla para cubrirse en la otra. Cuando el toro arranca hacia él á toda carrera y furiosamente, el matador se soslaya un poco para la derecha, baja la muletilla para que el toro llegue á tocarla y luego que el animal sobrepasa, la levanta repentinamente para hacerle volver. Este da la vuelta y embiste de nuevo, y la misma operación se verifica por varias veces, hasta que, logrando cuadrar al toro, entra de frente al matador, el cual cubriendo el cuerpo con la muletilla para sacar un poco afuera la cabeza del toro, levanta el brazo derecho y, manteniendo tendida la espada, la dirige á la cruz del cerviguillo del toro, el cual con la

© Ministerio de Cultura

velocidad que lleva se la introduce hasta el puño, pasando el asta derecha por debajo del brazo del matador, que en el acto de introducirla gira sobre la izquierda para no ser herido, y deja muerto á sus pies al furioso animal.

Millares de pañuelos tremolan al aire; palmadas y vivas y mil signos de aplauso son la señal de la aprobación del público y de que el espada mató bien el toro; es decir, que no dió la estocada ni más baja ni más alta del lugar debido. En seguida, cuatro caballos ricamente enjaezados con vistosas mantillas y banderolas, enganchados á un largo balancín que tiene en su centro una argolla de hierro, entran en la plaza á toda carrera, enganchan al toro con un lazo al balancín y lo sacan arrastrando á todo escape, acompañado de la festiva algazara y palmoteos de los concurrentes. Otros toros salen, se lidian y matan en la misma manera por las otras cuadrillas y los otros espadas. Uno de los toros lo matan generalmente con un gran cuchillo, agarrado por el matador de forma que cuando extiende el brazo está la punta perpendicular al suelo. Acosado el toro por algún tiempo, como queda anteriormente descrito, se presenta el matador como en los otros casos; pero, en vez de recibir al toro de frente y con la espada, da un paso al costado cuando el toro le embiste, y con la mayor destreza le clava el puñal en la nuca y lo mata en el acto.

En seguida sale un toro para ser garrocheado. Los picadores salen montados, defendidas las piernas con grandes botines forrados con planchas de hierro, papel y ante, para que el asta del toro no penetre, y armados de una garrocha. Llaman al toro y lo reciben con la pica enristrada, la cual le clavan en el morrillo, y el objeto de la suerte, no sólo es detener á la fuerza al toro en su embestida, sino obligarle á salir para fuera al mismo tiempo que, volviendo el caballo en dirección opuesta, salen uno y otro á la carrera para volverse á encontrar á

© Ministerio de Cultura

pocos instantes; pero los caballos que montan son tan malos, que difícilmente pueden resistir el ímpetu del toro, y la consecuencia general es que el caballo cae ó le da una ó dos cornadas el toro, le saca las entrañas, las cuales con el movimiento se desprenden cada vez más, hasta que suele pisárselas, sin que por ello lo retiren hasta que va á morir, presentando la vista más desagradable y bárbara. Los picadores corren mucho riesgo, pues las garrochas tienen únicamente un pequeño pincho á la punta para afirmar y contener el toro, pero no para matarlo ni causarle un daño de importancia. Así, pues, luego de haberle fatigado bien y divertido al público, sale un espada y lo mata como al ordinario. El otro toro que sale con las puntas de las astas cortadas, lo atacan seis ú ocho indios con lanzas cortas, los cuales se ponen en fila rodilla en tierra, como lo hace la primera fila de un batallón de infantería para recibir una carga de caballería. Uno ó dos indios van por el aire, y los otros se levantan y siguen al toro; pero así que éste se vuelve, ponen nuevamente rodilla en tierra y lo reciben como antes. Rara vez logran matar al toro y sale un espada á poner fin á los sufrimientos del pobre animal. Algunos de los indios quedan generalmente estropeados de los golpes que reciben, y siempre se ponen medio borrachos antes de entrar en la plaza, alegando para ello que pueden resistir mucho mejor al toro cuando lo ven con dos cabezas.

Otro toro sale únicamente para la suerte de la lanzada. Esta se reduce á fijar en tierra un zoquete de madera, contra el cual apoya un indio el regatón de una lanza muy larga con una lengüeta muy afilada y de mucha extensión. Al toro lo punzan y mortifican en el toril expresamente hasta que lo enfurecen; entonces le abren la puerta, y en su furia se dirige al indio, que, rodilla en tierra y vestido de encarnado, está en medio de la plaza agarrado de la lanza. El toro embiste con

© Ministerio de Cultura

toda su furia y á toda carrera, y el indio dirige al testuz la punta de la lanza, la cual con el ímpetu del toro y apoyada contra el madero, penetra de tal manera que, rompiendo cuantos huesos encuentra, suele salir por el lomo ó por la cola del animal, que á los pocos pasos cae y muere. El indio no peligra en esta suerte, si es que para ello tiene valor y serenidad bastante, pues luego que dirige la lanza se tira á un lado y deja pasar al toro.

Después de esta suerte, sale un toro con la cola levantada, bramando, á todo correr y dando brincos con un hombre montado sobre el lomo. El animal salta, da corcobos y hace cuantos esfuerzos puede para tirar al jinete, con no poca diversión de los concurrentes; el hombre, al fin, suelta las correas que le aseguran al lomo del toro, salta en tierra y una multitud de aficionados á pie y á caballo atacan al toro por todos lados.

Cuando un matador mata al toro, va en seguida á saludar frente al palco del gobierno y luego va al del Ayuntamiento; rendido este obsequio á las autoridades, da vuelta á la plaza, recibiendo los aplausos en proporción de la destreza que ha manifestado y la diversión que ha ofrecido. Entonces vuelve frente del palco del Ayuntamiento y recibe de uno de sus miembros, nombrado juez para aquel caso, la propina á que se ha hecho acreedor, la cual se reduce á unos cuantos duros que le tiran á la plaza. Cuando los espectadores quedan muy satisfechos de su destreza, muchos de ellos echan también dinero á la plaza.

Aunque Lima está situada á los doce grados de latitud Sur, rara vez á la sombra sube el termómetro de Fahrenheit á 70°. Esta moderada temperatura la causa probablemente el que los rayos del sol, durante la mayor parte del año, los templa é intercepta un velo pálido ó abigarrado de nubes que llaman los navegantes cielo de macarela. En una estación del año reinan mucho las

© Ministerio de Cultura

garuas; las cuales son unas nieblas espesas que enfrían el aire y humedecen la tierra lo bastante para poner muy resbaladizo el piso.

A excepción de la terciana, no está sujeto Lima á ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan á los cincuenta años, cumplen generalmente los ochenta, y por esta razón ha sido siempre llamada Lima el paraíso de la vejez.

En esta ciudad, como en Buenos Aires, Santiago de Chile y otros pueblos de la América del Sur, las gentes reciben todas las noches á sus amigos y tienen tertulia. Lo único que sirven á sus tertulios son licores, dulces secos y un vaso de agua; los tertulianos van unos después de otros y á voluntad; se ponen á bailar ó se van sin la menor ceremonia y recorren en la misma noche otras tertulias. Nada puede ser más agradable que esta franca comunicación de las gentes, de la cual no están excluídos los forasteros; antes al contrario, la cualidad de extranjero es en sí misma una recomendación para cualquiera sociedad. Si el extranjero habla medianamente el idioma y sus maneras son agradables, la dueña de la casa le dice al salir que aquella casa está á su disposición, lo cual equivale á una invitación general para que vaya cuando quiera y á las horas que guste.

El baile de convite no es negocio de común importancia. Muchos días antes del señalado principian los preparativos; ni en tales ocasiones los no convidados son indiferentes, pues la costumbre da el derecho á todo el mundo de ser espectador. Generalmente se coloca un portero en el zaguán; pero no impide la entrada al patio á las personas que ordenadamente se presentan, de cualquiera clase que sean. Estas gentes se agolpan á las puertas y ventanas de tal manera, que tienen que dejar una calle para que entren y salgan los convidados; y, aunque estos mirones no escasean, sus observaciones sobre las personas que ven tienen gran cuidado en nunca

© Ministerio de Cultura

decir una palabra que pueda ofender. Este privilegio, reclamado y pertinazmente ejercido por la gente del pueblo, es uno de aquellos á que no renunciaría pacíficamente, como lo demuestra el caso siguiente. Un caballero inglés, en una función dada á sus amigos, hizo cerrar las puertas; pero el pueblo las forzó, y el extranjero tuvo la discreción de apaciguar su enojo, conformándose mal que le supo á una costumbre que no podía cortar, y la cual observó al mismo tiempo era tan agradable á los que iban á mirar como á los que eran vistos. No solamente las bellezas y la juventud que gusta brillar y distinguirse considerarían la noche insulsa si no estuviera la multitud para admirarles, sino el todo de los concurrentes se creerían chasqueados si nadie estuviese mirando y diese variedad á la escena.

Además de estos que miran á la entrada, hay otra clase de concurrentas, peculiares á los bailes de la América del Sur. Estas son las *tapadas*, que generalmente son señoras de distinción ó amigas que tienen derecho á ser convidadas y suelen estarlo; pero que siendo de edad, no teniendo traje proporcionado, ó por no querer tomarse el trabajo de vestirse, ó estar algo indispuestas, ó de luto, ó por alguna otra razón, prefieren asistir sin ser vistas de los concurrentes. Otras van del mismo modo respecto á que su clase no las permite ir de otra manera, como criadas mayores ó confidentas de sus amas, y no pocas suponen *maliciosamente*, que van por intrigas y objetos amorosos. Las *tapadas* se acomodan en sillas puestas al efecto de antemano en los cuartos inmediatos al salón del baile, en los cuales no hay más luz que la que entra por las puertas vidrieras. Las tapadas dan un interés picante á los bailes, que de otro modo no tuvieran; no siempre conservan estrictamente el incógnito, y charlan con sus amigos que se llegan á hablarlas. Los bailadores, principalmente los jóvenes, dejan con frecuencia el baile para ir á hablar con alguna amiga de

© Ministerio de Cultura

las tapadas, y muchas tiernas declaraciones se hacen con tan feliz oportunidad.

Antes de la entrada de los patriotas no eran muy frecuentes los bailes en Lima. Cuando el general San Martín estableció su cuartel general en aquella ciudad, tenía reunión en el palacio una vez por semana. Al principio, las señoras que solo tenían costumbre de bailar *minuetes*, *fandangos*, *mariquitas* y *guachambes*, no estaban muy al corriente en contradanzas, pero como eran tan capaces discípulas, se hicieron inmediatamente bailarinas muy graciosas, y apasionadísimas á aquella diversión.

El juego, ese vicio que persigue al indolente en tantos países, es general y ruinoso en toda la América del Sur. En Inglaterra y en otras naciones, se halla casi limitado á los hombres sin ocupación ó cabezas vacías de las clases altas, que nunca dejan de suministrar un número correspondiente de tontos, para que los desuellen los tahures; pero en la América del Sur la pasión arrastra al joven y al anciano, á ambos sexos, y á todas las clases. La hez de la sociedad se entrega á este vicio tan ciegamente, como los de alto nacimiento ó ricos necios, del viejo y nuevo mundo. Tal vez el juego no debiera estar sujeto á restricciones legales, mientras el jugador no hubiese contraído vínculos de familia, y jugase únicamente lo que es suyo; puesto que tiene la libertad de tirar su dinero al mar y puede gastarlo tan locamente como quiera, en cuyo caso no puede pasar su dinero á peores manos por el juego. Si el beneficio transferido no pasa á terceras manos, al menos produce frecuentemente el bien general de repartir una herencia patrimonial exorbitante, que ha recaído en un individuo indigno de obtenerla. El juego es quizá *dañoso* en todas ocasiones, pero es únicamente una *felonía* cuando el jugador arriesga un dinero ó propiedad que no es exclusivamente suya. A la marcha y progresos del entendimiento humano, corresponde el trazar medidas legislativas que castiguen

© Ministerio de Cultura

á los unos, y enseñen á los otros. Si algo puede decirse para disculpar el vicio tal como se practica en la América del Sur, es únicamente el destructivo sistema de política observado por los españoles, que casi absolutamente cerraba los medios á los hombres activos y bien intencionados de la lectura, del estudio y de todo entretenimiento útil ú honroso; resultando de ello, que el juego no era un mero divertimiento, sino una ocupación. Afortunadamente, la opinión pública, que es lo único que eficazmente corrige los vicios, principia á pronunciar sus anatemas contra el juego, y hace mucho favor á la revolución y al nuevo orden de cosas, lo considerablemente que se ha disminuído ya en el Perú. Al desgraciado Monteagudo pertenece la gloria de haber sido el primero que atentó á desarraigar esta costumbre perniciosa. Un jugador afamado era en otro tiempo un objeto de tan estúpida admiración en la América del Sur, como hace cincuenta años lo era en Inglaterra un hombre que se bebía seis botellas de vino, y en cualquiera parte de la América del Sur en que un natural del país se abstiene en el día de jugar, no se expone á mayor censura que un sobrio caballero inglés en su país. Antiguamente las casas principales se convertían á la noche en otros tantos garitos, donde el clero se encontraba entre los más constantes jugadores; pero aquellos sitios se emplean en la actualidad más inocente y alegremente, con música y baile. Buena Vista, casa de campo perteneciente al último marqués de Montemira, á seis leguas de distancia de Lima, era el punto de reunión del domingo de toda la gente de tono de la ciudad, que tenían unas cuantas onzas que arriesgar á la vuelta de una carta. En una ocasión el célebre Baquijano, jugador afortunado, tuvo que enviar por una carreta para llevar á Lima sus ganancias, que pasaban de cuarenta mil duros en moneda de plata. Llevar una mula cargada de dinero, sucedía con frecuencia.

© Ministerio de Cultura

El pueblo de pescadores Los Chorrillos, distante tres leguas al Sur de Lima, se hizo el sitio de moda para ir á bañarse durante una corta temporada, donde se ganaban y perdían sumas inmensas, pero las conversaciones de política y literarias, desconocidas bajo el antiguo sistema, disminuyen diariamente el número de los que se consagran á los juegos de azar.

Para manifestar los efectos del juego entre la tropa, se han introducido los hechos siguientes: Dos sargentos que se habían hecho notar por su bizarría é irreprensible conducta, desaparecieron repentinamente del acantonamiento en que estaban. Inmediatamente fueron perseguidos y arrestados; y al traerlos nuevamente á su cuerpo, ambos confesaron que el único motivo que les había inducido á desertar, era la fortuna que habían tenido jugando á las cartas, que en pocas noches ganaron mil quinientos duros cada uno; y considerando aquella cantidad como una grande riqueza, se iban á sus pueblos á poner tiendas, cuando fueron arrestados en el camino. El comandante de la división patriota á que pertenecían los delincuentes, preguntó á uno de sus oficiales, qué castigo creía que debería imponérseles, y el oficial contestó: «Fusilarlos á los dos.» Entonces el general patriota dijo, «pues en ese caso debería fusilar á todos los jugadores de la división, y escasamente quedaría un oficial ó soldado de ella; además, en justicia debía principiar por usted que todo el mundo sabe que es aficionado á jugar». Los dos sargentos fueron perdonados; pero habiendo aumentado su mal adquirida riqueza en una segunda ganancia, tomaron mejor sus medidas, desertaron nuevamente, y no parecieron más. Tan fuerte era esta pasión, que cuando el ejército patriota era perseguido vivamente por los realistas, y se repartían algunas pagas para aligerar la caja militar, al hacer alto en cualquier paraje, extendían los oficiales sus ponchos en tierra, y se ponían á jugar hasta que llegaba el momento

© Ministerio de Cultura

de marchar otra vez. Esto mismo sucedía frecuentemente antes ó después de una batalla; y á los soldados de avanzada se les veía jugar muchas veces á la vista de los puestos enemigos.

Un oficial colombiano encargado de dos ó tres pagas, pertenecientes al coronel D. Tomás Heres, las perdió al juego, y no pudiendo reemplazar su importe, intentó pasarse á los realistas; pero habiendo sido arrestado por un puesto avanzado patriota, fué fusilado por orden del general Bolívar, que mandaba en aquel momento el ejército libertador en el Perú.

Una ó dos generaciones es preciso que transcurran antes que un hábito tan general y tan inveterado pueda desarraigarse del todo. Quizás no hay vicio alguno que por sí mismo haya causado tantos perjuicios á la causa de los patriotas, como la propensión al juego de parte de los ministros, enviados y oficiales de todos rangos, que demasiado frecuentemente disipaban los fondos públicos encargados á su cuidado. La insubordinación, deserción, derrotas casuales, y en fin la prolongación de los males de la guerra, fueron partes de las consecuencias naturales de vicio tan pernicioso. Es, sin embargo, satisfactorio añadir que una de las mayores recomendaciones que un oficial puede tener, particularmente extranjero, es la reputación de no ser jugador; y pocas cosas se oponen más para obtener mandos de responsabilidad, que la afición al juego.

La mayoría de los hombres de Lima tienen una apariencia de endeblez y extenuación; pero estos defectos físicos no deben sólo atribuirse al clima, sino á la general disolución que caracterizaba al antiguo sistema. En prueba de esta verdad, la juventud que llegó á serlo en los momentos de la revolución, manifestaron durante la guerra, que eran fuertes, enérgicos, emprendedores, y muy superiores á sus padres y predecesores, que habían sido educados para incensar á los sátrapas españoles y

© Ministerio de Cultura

familiarizarse con toda especie de bajezas. De aquí proviene la duplicidad, falta de honradez, vergonzosa debilidad, y absoluta falta de patriotismo, manifestadas por algunos de ellos, que alcanzaron puestos desde la caída del degradante despotismo europeo. Grandes esperanzas deben formarse de la naciente generación del Perú; pues la juventud posee generalmente grande talento y vivacidad natural, y están animados de la noble ambición de ser útiles á su patria.

Parece que el clima de Lima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los mulatos nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios, y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Por las leyes de Indias estaban excluídos de la carrera de la iglesia y de la toga; pero muchos se dedicaban á la medicina, y algunos que recibieron una educación regular, llegaron á poseer conocimientos eminentes; y tal es también su extrema volubilidad y la facilidad con que expresan sus opiniones, que les han puesto el mote de *palanganas*. Los sermones son el objeto favorito de su crítica, probablemente porque nunca faltan en Lima, donde en días de los santos titulares de las iglesias y parroquias se predican sermones, ó más bien panegíricos sobre su vida y milagros en sus respectivas festividades. En estas ocasiones es cuando los palanganas dejan rara vez de emplear su propensión á la crítica, pues como retienen en la memoria los sermones que se han predicado en los años anteriores, si un fraile repite un antiguo discurso los palanganas manifiestan su desaprobación con violentas gesticulaciones. Un día, pateando ya de coraje un fraile que estaba predicando, gritó desde el púlpito: «Echad ese mulato que me distrae.» «Esa es la única cosa que es nueva», contestó el palangana con su natural viveza, «pues ese sermón se predicó dos años ha por el padre Francisco en la iglesia de Santo Domingo». Algunas veces un palangana, no

© Ministerio de Cultura

solamente retiene un sermón entero, sino que lo glosa al repetirlo. Pero donde los mulatos despliegan más estas ventajas naturales es en los actos públicos de la Universidad. Desde sus galerías deciden entre ellos magistralmente así de las cuestiones teológicas más arduas, como de las intrincadas de la metafísica, y fallando del mérito ó demérito de los oponentes vuelven á sus barberías, cargados de latines y silogismos, á hacer con sus ademanes y patadas el ridículo más bien merecido del escolasticismo. Los doctores á veces necesitan, para establecer su reputación, lo mismo que para obtener las cátedras, de un poderoso partido entre los palanganas. A pesar de su vivacidad mental, no son tan buenos soldados como los indios, por su inferioridad en fortaleza corporal, y especialmente para resistir el frío de las montañas, como lo prueba la siguiente anécdota. En 1780 formaron un batallón de palanganas, y marchó al interior á las órdenes del inspector Valle para ayudar á sofocar la insurrección de Tupac-Amaru. Conociendo éste la calidad de sus contrarios, evitó estudiosamente todo encuentro, hasta que una nevada los pusiera en sus manos privándoles del uso de sus miembros. Acorde á su resolución, Tupac-Amaru los atacó temprano en la primera mañana después de una grande helada y cuando estaban tan arrecidos de frío que no podían manejar los fusiles. Los palanganas gritaron al principiar la acción: «¡Esperad, indios, esperad hasta que salga el sol»; pero como debía suceder, no les hicieron caso los indios y la mayor parte de los mulatos perecieron.

Tal vez el número proporcional de mujeres *muy* hermosas es inferior en Lima que en Guayaquil y algunos otros pueblos de la América del Sur; pero tienen un cierto encanto las maneras de las limeñas, que las da una influencia sobre los hombres que no adquieren jamás al mismo grado las mujeres en ninguna parte. En consecuencia del poder que ejercen y la consideración

© Ministerio de Cultura

que gozan, llaman á Lima el Paraíso de las mujeres *.

Las limeñas tienen ojos negros é irresistibles, preciosas y arqueadas cejas, brazos redondos y torneados, lindas manos y pies pequeños y hermosamente hechos. Son de estatura más bien baja, y nada hermosea tanto sus airosos cuerpos y marca mejor la finura de sus formas que la saya y el manto. La saya es un guardapiés elástico, de punto de seda, generalmente, que ajusta y ciñe el cuerpo y va disminuyendo en circunferencia en proporción que pasa la cadera y se acerca al tobillo, razón por qué dan pasos cortos y garbosos las que las llevan. Este traje es caro, pues cuesta muy frecuentemente más de tres onzas de oro una saya regular; los sastres las hacen, y los colores que más se usan son negro y castaño obscuro. El manto es un pedazo de seda negro que forma un faldellín abierto por delante; el cual cuando salen las señoras fuera de su casa, lo levantan y pasan por encima de la cabeza y, agarrando con ambas manos los extremos, lo cruzan por poco más abajo de la barba, de forma que parece una capucha y las cubre el rostro, dejando solo percibir un ojo, que rara vez queda ocioso, y que podría imaginarse que algunos preciosos, negros y penetrantes de ellos, pertenecían á las hurís prometidas por Mahoma á sus creyentes. Los *malévolos* han observado que rara vez el viento descompone el *manto* de modo que descubra las facciones, á no ser que algún forastero pase casualmente por el lado de la dama que lo lleva y el rostro que deja ver sea de no común belleza. Este traje, verdaderamente único, es el que usan las señoras para la calle, ya vayan á la iglesia, al paseo ó á hacer visitas, y el todo es una especie de dominó de origen morisco que ofrece con frecuencia oportunidades á las que aman ocuparse en aventuras sin dar motivos ni

* También la llaman el Purgatorio de los hombres y el Infierno de los asnos,

© Ministerio de Cultura

á la crítica ni al escándalo. Las limeñas están consideradas como sumamente apasionadas en sus enlaces; pero algo inconstantes. Si embargo, las acusan de ofrecer sus sacrificios, tanto en el altar de Plutón, como en el de Cupido.

Habiendo procurado hacer conocer al lector la capital del Perú, volveremos al hilo de la narración histórica.

Poco después de la retirada de Canterac, se formó la legión peruana de la guardia, cuyo mando general confirieron al marqués de Torre Tagle. La legión constaba de un regimiento de húsares, mandado por el teniente coronel Brandsen; una compañía de artillería á caballo, por el capitán Arenales, y un regimiento de infantería, por el coronel Miller. De los desertores del enemigo eligió Miller cuarenta buenos cabos y sargentos y doscientos ó trescientos soldados; reclutó en Lima un número igual de mulatos y mestizos, y le enviaron del interior seiscientos indígenas.

El regimiento debía componerse de dos batallones, cada uno de ocho compañías y cada compañía de ciento cincuenta hombres. Al coronel le permitieron proponer los oficiales para la aprobación del protector, y muchos de esta clase de los más activos y más inteligentes, que antes habían servido á las órdenes de Miller, se le reunieron nuevamente, además de una gran parte de la juventud más distinguida de la capital. La organización de su regimiento se hizo la ocupación favorita de Miller, el cual estudiosamente procuró dar á su regimiento un carácter verdaderamente nacional, y logró infundirle un espíritu de cuerpo que ha conservado siempre. El uniforme era azul, con cuello y vueltas encarnadas, barras y vivo blanco. Los granaderos tenian gorras altas de piel de oso; los cazadores gorros parecidos á los que llevan los *riflemen*, ó negrillos ingleses, y los fusileros morriones á la francesa.

El regimiento de húsares de la legión se componía de

© Ministerio de Cultura

cuatro escuadrones ú ocho compañías, cada compañía de cien hombres de fuerza. El uniforme era semejante al de los húsares ingleses.

La compañía de artillería constaba de ciento veinte hombres, con cinco piezas de á cuatro y un obús de cuatro pulgadas y media. El uniforme era como el de la artillería á caballo inglesa.

La retirada de Canterac, la capitulación del Callao y la salida de Cochrane para Californias, en busca de dos fragatas españolas y una corbeta, dieron una oportunidad al protector para consolidar su gobierno y dar pasos para terminar la guerra.

Los realistas eran pocos en número; en no buena armonía y abatidos con melancólicos presagios. El protector tenía más de ocho mil hombres en las inmediaciones de Lima, y si la mitad de esta fuerza hubiese sido empleada bien y á tiempo, habría bastado para echar al último español del otro lado de las fronteras del Perú; pero desgraciadamente los placeres de una capital llena de lujo, habían influído de tal modo en el ánimo de los jefes y otros, que cuando se determinaba la marcha de algunos batallones presentaban mil obstáculos y reclamaciones únicamente para entretener. Si tales irregularidades y falta de celo hubiesen sido castigadas en uno ó dos casos de los principales, no hubiera pagado San Martín la pena de su aparente indecisión, viéndose, en cierto modo, obligado á retirarse de la vida pública cuando su fortuna parecía llegada á su colmo. Quizás habría podido evitarse la última alternativa si hubiese roto los grillos que le sujetaban á la Logia, institución que se ha descrito anteriormente, y la cual, en la época de que se trata, protegía con sutileza los malcontentos del ejército libertador en todas las intrigas dirigidas contra el poder del protector.

Cuando los jefes llegan á ser remisos en el cumplimiento de su deber y miran con desprecio los derechos

© Ministerio de Cultura

y comodidad de su tropa, no es de admirar que los oficiales inferiores se vuelvan tibios y los soldados estén descontentos.

La población de Lima, que recibió al ejército independiente con tanto entusiasmo, se cansaba de sus libertadores en proporción que la disciplina se relajaba, sin que los bailes y diversiones pudieran evitar que creciera el descontento. Lima principió á sentir el peso de un ejército ocioso, cuando otro enemigo á quien los jefes patriotas afectaban despreciar conservaba la tranquila posesión del interior del país.

Aunque los americanos del Sur ostentan estar animados de un espíritu republicano, en general conservan una grande inclinación hacia algunos de los atributos monárquicos. El Perú tiene la orden del sol; Chile la orden del mérito, y Colombia la de los libertadores; y todas ellas conceden privilegios y son muy estimadas.

Los empleos militares, siempre tan deseados, fueron ansiosamente solicitados y obtenidos por propietarios ricos, cuyo mérito principal consistía en haberse unido á la causa de la independencia. Puede ser que hubiera sido político revestir con empleos nominales á personas de esta clase; pero no debieron ser colocados en destinos que positivamente no podían desempeñar. Desastrosos resultados se siguieron á esta lamentable imprevisión del protector.

Habiendo convenido el protector salir á Guayaquil para tener una entrevista con el general Bolívar, presidente de Colombia, delegó sus poderes civiles y militares al marqués de Torre Tagle, el cual en su consecuencia fué nombrado Delegado Supremo el 19 de Enero de 1822. El general San Martín se embarcó en el Callao el 8 de Febrero, y habiendo tocado en Trujillo supo que la entrevista con Bolívar se había diferido. Desde aquel punto volvió á Lima, á cuya ciudad llegó el 13 de Marzo; pero Torre Tagle conservó su puesto de delegado su-

© Ministerio de Cultura

premo, respecto que San Martín pensaba volver aún á Guayaquil para tener la conferencia proyectada con Bolívar.

Habiendo dado vela el lord Cochrane en Octubre, como anteriormente se ha dicho, con la *O'Higgins*, *Valdivia*, *Independencia* y un buque pequeño en busca de la escuadra española, supo en Panamá que efectivamente había tocado en aquel punto. Este marino emprendedor se dirigió con sus malos buques y haciendo agua á las costas de California; pero sabiendo que las fragatas españolas no habían tomado aquel rumbo, volvió á las costas del Perú. Los peligros y padecimientos de aquella travesía tienen pocos ejemplos. Sus viejos y ya mal parados buques se vieron azotados por las tremendas olas de un mar tempestuoso y poco frecuentado, mientras que su mal pagada y descontenta tripulación sufría grandes escaseces de agua y provisiones, teniendo que trabajar constantemente en las bombas. De una vez y después de una larga calma, estando noventa leguas del punto más inmediato de la costa, no les quedó más agua en toda la escuadra que la escasamente precisa para llenar una pipa. Las tripulaciones estaban en el estado de consternación á que la idea de la horrible calamidad que les esperaba parecía dar un derecho y más cuando no estaba al alcance humano el evitarla. Todos alzaban sus ojos al cielo y todos le dirigían fervientes votos, pues en tan críticos momentos no hay incrédulos, y aunque en las tripulaciones había hombres de todas las religiones, los mismos sentimientos, los mismos temores y las mismas esperanzas en el Todopoderoso Dueño y Director de los acontecimientos reinaban en el corazón de todos. Cuando la idea repetida del peligro y el desconsuelo los condujo al frenesí y á la desesperación; cuando ya habían llegado al colmo de la más cruel agonía, de la cual nadie puede juzgar sino aquellos que han experimentado igual calamidad, en aquel crítico momento, el cielo pre-

© Ministerio de Cultura

sentó un terrible aspecto, los relámpagos se sucedían rápidamente en el horizonte, nubes espesas se levantaban por todas partes, el trueno resonaba por los aires y todo indicaba una próxima tempestad. Los espíritus desfallecidos se reanimaron y ansiosamente esperaban la llegada de la tormenta; y peligros que en otras ocasiones habrían horrorizado en tan malos buques, los deseaban entonces con delirio. Torrentes de lluvia cayeron, y, como si hubiesen escapado de un naufragio, los marineros lloraban de gozo y extendían cuantos toldos y velas encontraban. La lluvia continuó con exceso y sin interrupción por veinticuatro horas, de forma que pudieron llenar todos los barriles y renovar los buques su aguada. El tremendo viento que sopló al principio se moderó insensiblemente, y no tardó mucho en ser una brisa consoladora que hizo olvidar todos los peligros y aflicciones pasadas.

Mientras tanto, el comandante naval español D. José Villegas, temiendo encontrarse con el almirante patriota, hizo fuerza de vela desde Panamá á Guayaquil, donde capituló con los agentes del Perú en aquella ciudad el 15 de Febrero de 1822. Durante el progreso de las negociaciones, las autoridades patriotas mandaron hacer señales telegráficas desde la desembocadura del río, dando aviso de la llegada frente de la costa de la escuadra á las órdenes de Cochrane. Esta estratagema tenía por objeto esencial acelerar la terminación del contrato, por el cual debían recibir una suma considerable los comandantes españoles. Una de las fragatas y la corbeta permanecieron en el río y la otra salió para el Callao, adonde llegó el 31 de Marzo; pero todas fueron entregadas al gobierno peruano. Cochrane llegó á la bahía del Callao el 25 de Abril, y pidió aquellos buques como presa suya. El gobierno peruano le contestó que no tenía derecho á ellos, y se negó á acceder á su petición. Esto produjo algunas contestaciones, y última-

© Ministerio de Cultura

mente el lord Cochrane dió vela para Chile el 10 de Mayo de 1822*.

El general D. Domingo Tristán había sido nombrado comandante militar de Ica, con objeto de aumentar las fuerzas patriotas de aquellas inmediaciones; llevó consigo dos batallones de los existentes en Lima, y sus instrucciones se redujeron á que, en caso de la proximidad del enemigo, por muy inferior que fuera, se retirase sin batirse. El coronel Gamarra fué nombrado su segundo para cuidar de la organización de los reclutas, para lo cual era muy capaz. Estos dos oficiales se habían pasado de los españoles, y Tristán había cambiado de partido dos veces. Este era un caballero respetable que poseía grandes propiedades y que había gozado del uso de uniforme de coronel de milicias.

Reducidos los realistas á un estado de desesperación y en la incapacidad de aumentar sus cuerpos, casi en cuadro por falta de armas, resolvieron intentar un golpe de mano contra Tristán, á quien esperaban poder sorprender ó intimidar. En su consecuencia, se puso en movimiento el general Canterac el 26 de Marzo de 1822, desde el valle de Jauja á la cabeza de mil quinientos infantes, seiscientos caballos y tres piezas de campaña. Al cabo de una marcha de más de cincuenta leguas, llegó el 6 de Abril al Carmen Alto, á dos leguas de Ica. Tristán fué completamente sorprendido, y ni supo el número de los enemigos que avanzaban contra él, ni el nombre del general que los mandaba.

En la noche del mismo día 6, hizo Canterac movimiento sobre el camino de Pisco, y cortó la retirada de Tristán colocándose en la Macacona, á legua y media de Ica. Ignorando Tristán el último movimiento del

* En Diciembre de 1822 recibió Cochrane una invitación del emperador D. Pedro para tomar el mando de la escuadra del Brasil, y el 29 de Febrero de 1823 dió la vela el almirante desde Valparaíso parael Río Janeiro.

© Ministerio de Cultura

enemigo principió su retirada, y á la una de la madrugada del 7 fué atacado durante su marcha, y sus fuerzas se dispersaron inmediatamente. Canterac hizo mil prisioneros, que fueron á aumentar las filas de los realistas, tomó cuatro piezas de artillería y un gran número de caballos, mulas y bueyes. El teniente coronel Aldunate, oficial muy distinguido, fué herido y hecho prisionero; y el mayor Gumer (alemán) fué asesinado, cuando estaba herido en tierra, por el coronel español don Mateo Ramírez: la única razón alegada para este asesinato á sangre fría, fué de que era extranjero.

El 8 llegó el escuadrón de lanceros cerca de Ica, para reforzar á Tristán, ignorando absolutamente su derrota. Este escuadrón, que avanzaba desde Chunchanga, fué repentinamente atacado por el coronel Loriga; diez murieron y noventa fueron hechos prisioneros.

El nombramiento de Tristán para un mando tan importante, no hiciera honor al juicio del protector manifestado en tantas otras ocasiones, y debió haberle inducido á ello la mal calculada esperanza de que los mandos y los ascensos conferidos á hombres de rango que se pasaban á la causa de los patriotas, animaría á otras gentes de influencia á seguir su ejemplo, y que de este modo atraería todo el país á la causa de la independencia, y decidiría la cuestión sin derramamiento de sangre: excelente motivo, pero que fué origen de incalculables errores.

El resultado inmediato de la acción desgraciada de Ica, fué no sólo la toma de tres mil fusiles en uso que tiraron los dispersos en la huida, sino una grande cantidad de fusiles, sables, etc., de repuesto que se hallaban almacenados en Pisco, y cuya falta había reducido á los realistas á grandes apuros. El efecto moral que produjo, fué disipar la idea que hasta entonces habían tenido, de la superioridad de los patriotas, y sembrar el desaliento sobre la masa de la población, que había gustosa-

© Ministerio de Cultura

mente prestado su poderosa asistencia. La unión y la armonía se restableció en las determinaciones de los realistas, mientras que los patriotas eran víctimas de las disensiones, y se debilitaban por su insubordinación.

La única circunstancia que contrabalanceó en aquel tiempo las ventajas de los realistas, fué la victoria alcanzada en Pichincha, una de las montañas del Chimborazo, al pie de la cual está situada la ciudad de Quito.

Esta batalla la dió el general colombiano Sucre, ayudado de una división auxiliar peruana, compuesta del batallón núm. 2, el batallón de Piura y dos escuadrones de caballería, enviados desde Trujillo á las órdenes del coronel Santa Cruz. Esta batalla se verificó el 24 de Mayo de 1822: los dos ejércitos combatientes tenían la misma fuerza, pues cada uno se componía de tres á cuatro mil hombres. Quinientos españoles y trescientos patriotas quedaron en el campo de batalla, y los realistas que no perecieron capitularon. El éxito de esta batalla aseguró definitivamente la independencia de Colombia *.

La brillante, aunque pequeña acción de Río Bamba precedió á la batalla de Pichincha, y es digna de recuerdo. El teniente coronel Lavalle con su escuadrón de Granaderos á caballo, que formaba parte de la división del coronel Santa Cruz, había seguido al enemigo muy de cerca, y se halló repentinamente más inmediato de lo que era prudente, á cuatrocientos caballos realistas; pero intentar retirarse ya, tan inmediato á número tan superior, conocía muy bien que era como mandar dispersarse á su gente y por lo tanto cargó inmediatamente, y

* El batallón núm. 2 del Perú sufrió lo fuerte del ataque del enemigo y cuando abrumados del número principiaba á ceder el terreno, llegó el coronel Córdova con dos batallones colombianos, cargó bizarramente á los realistas y decidió la acción. El batallón Albión, mandado por el bizarro coronel Mackintosh, se distinguió particularmente en otro punto del campo de batalla.

© Ministerio de Cultura

arrolló sobre la infantería á la caballería realista causándola grande pérdida. Lavalle tuvo en seguida que retirarse, y habiende sido reforzados los realistas avanzaron sobre él, pero este conforme seguía su retirada á trote mandó volver caras de repente y cargó por segunda vez al enemigo del modo más decidido y brillante; les mató cuatro oficiales y cincuenta y dos hombres, é hirió muchos más, la mayor parte de los cuales escaparon, sin embargo, bajo el fuego de la infantería. Durante su activa carrera, siempre fué Lavalle afortunado en cuantas veces cargó al enemigo. Los capitanes Bruix* y Sowersby, el teniente Latus y el alférez Olmos se distinguieron particularmente en esta acción, la cual se verificó el 21 de Abril de 1822. Los realistas se acobardaron tanto con esta carga y su timidez fué después tan patente, que no cabe duda que aquel acontecimiento contribuyó eficazmente á la victoria de Pichincha.

El general San Martín dió nuevamente la vela desde el Callao para Guayaquil, donde vió al libertador Bolívar el 26 de Julio de 1822. La entrevista que se verificó entre estos dos hombres distinguidos, parece que no fué muy satisfactoria. El protector permaneció en Guayaquil solo cuarenta y ocho horas, y se embarcó para el Callao, adonde llegó el 21 de Agosto de 1822.

La provincia de Guayaquil había conservado su independencia desde el momento de su revolución, en favor de la libertad, y el Dr. D. J. J. de Olmedo, célebre

* Francés muy bizarro, é hijo del célebre almirante Bruix. Este joven había sido paje de Napoleón, y murió por una desgracia en Lima. A un hermano suyo más joven, le atravesaron el corazón en una acción contra los realistas en Chile, y en la cual acompañó á su hermano mayor como voluntario. La temprana muerte de estos jóvenes distinguidos, fué lamentada por cuantos los conocían. Bruix había servido en la campaña de Rusia. Latus, inglés animoso, que había servido anteriormente en los Rifles ingleses, murió en Lima de resultas de sus heridas.

© Ministerio de Cultura

poeta y natural de aquella ciudad, estuvo á la cabeza de su gobierno. Pero cuando el general Bolívar llegó á su capital el 14 de Julio de 1822, declaró que Guayaquil pertenecía al territorio de Colombia, y que de allí en adelante quedaría incorporado con aquella república. La bandera y colores colombianos reemplazaron en su consecuencia á los que había adoptado aquella provincia.

Durante la última ausencia del protector, ocurrió en la capital una conmoción el 28 de Julio. Ofendidos los habitantes por algunas medidas opresivas del impopular ministro de Estado D. Bernardo Monteagudo, se reunieron en una forma tumultuosa, y pidieron, por medio del Ayuntamiento, su inmediata separación del Ministerio, cuya petición fué concedida por el delegado supremo, el cual obligó en el acto á Monteagudo á hacer renuncia. Los militares no tomaron parte en este asunto, antes al contrario, fueron insultados; sin embargo, muchos curiales y *doctores* contemporizaron con ellos, y ganaron á su partido algunos oficiales, que se obligaron á apoyarlos en el caso de que el general en jefe Alvarado intentase sostener al exministro. Algunos hombres, en un estado de embriaguez absoluta, penetraron dentro del palacio é insultaron al delegado supremo.

El pueblo tenía justos motivos para insistir sobre la remoción de Monteagudo; pues su agrio y descortés tono, el opresivo espionaje que había adoptado, y la manera cruel con que había desterrado á muchos individuos sumamente respetables, junto con las miras que se le sospechaban de querer establecer un gobierno monárquico, contrario á los deseos del pueblo, todo sirvió para hacerle un objeto de disgusto y aborrecimiento. Así, pues, aquella conmoción fué una consecuencia natural de su despótica administración, mal sostenida por el débil y disoluto Torre Tagle.

Monteagudo fué enviado al Callao en calidad de preso,

© Ministerio de Cultura

y se embarcó para Guayaquil, no sin algún peligro de ser asesinado por el populacho *.

El protector llegó á Lima el 19 de Agosto, y el 21 reasumió el mando supremo. En conformidad á un decreto anterior, los diputados habían sido ya elegidos, y el Congreso se instaló con la debida formalidad el 20 de Septiembre de 1822. El protector se presentó en público, y vestido de etiqueta en el salón de los diputados, donde quitándose la investidura asignada al que ejercía el poder supremo, manifestó que desde aquel momento el Congreso quedaba instalado, y que renunciaba su autoridad en manos de los representantes del pueblo. En seguida se retiró, é inmediatamente marchó á su casa de campo en la Magdalena. Dos horas después, una diputación del Congreso fué á comunicarle un decreto, expresándole la gratitud del pueblo peruano, y otro nombrándole generalísimo del ejército del Perú. San Martín consintió en aceptar el título, pero rehusó el ejercicio del mando.

Este general se embarcó la misma noche en el Callao para Chile, dejando la siguiente proclama:

«Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de *revolución* y de guerra.

»Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra, están cumplidas; hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

»La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de

* Monteagudo residió en la ciudad de Quito hasta 1824, en cuya época volvió al Perú bajo la garantía y protección de Bolívar. Fué asesinado en Lima el año 1825.

© Ministerio de Cultura

nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, *y no más.*

»En cuanto á mi conducta pública mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo.

»Peruanos: os dejo establecida la representación nacional, si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo: si no, la anarquía os va á devorar.

»Que el acierto presida vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y paz.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Pueblo libre y Septiembre 20 de 1822.»

Al retirarse San Martín, fueron nombrados por el Congreso para formar el Poder ejecutivo, que se llamó Junta Gubernativa, el general D. José de la Mar, D. Felipe Antonio Alvarado (hermano del general de este nombre y el conde de Vista Florida.

El sabio y elocuente Luna Pizarro, natural de Arequipa, y notado por la dignidad y firmeza política de su carácter, había sido elegido presidente del Congreso. Una de las primeras medidas que adoptó aquella asamblea, fué decretar que el general San Martín pudiera usar el título de *Fundador de la libertad del Perú*, y gozara una pensión de veinte mil duros al año *.

Las acciones de los hombres que han contribuído esencialmente al cambio de la suerte y los destinos de las

* «El soberano Congreso constituyente ha resuelto que S. E. el generalísimo de las armas del Perú, D. José de San Martín, se distinga con el dictado de FUNDADOR DE LA LIBERTAD DEL PERÚ: que conserve el uso de la bandera bicolor, distintivo que fué del Supremo jefe del Estado; que en todo el territorio de la nación se le hagan los mismos honores que al Poder ejecutivo;

© Ministerio de Cultura

naciones, y figurado de un modo principal en los acontecimientos con que se verificaron, pertenecen de derecho á la historia, y es un deber de todo escritor presentar al recuerdo ligeramente los hechos, antes que pase la oportunidad de corregir las inexactitudes en que pudiese incurrir. Los servicios eminentes del general San Martín en favor de la causa de la independencia del Nuevo Mundo, son tales y de mérito tan distinguido, que dan un interés verdadero al más pequeño rasgo de su biografía.

Don José de San Martín nació el año 1778 en Yapeyú, uno de los pueblos de las Misiones del Paraguay, de las cuales era gobernador su padre, en aquella época. A la edad de ocho años fué llevado á España por su familia, y destinándolo para la carrera militar, entró de seminarista en el seminario de nobles de Madrid. San Martín tomó parte en la guerra de la Península, y fué edecán del general Solano, marqués del Socorro, gobernador de Cádiz. Cuando aquel general pereció al furor del populacho, San Martin se escapó difícilmente de ser asesinado, respecto que al primer momento lo equivocaron con el marqués, á quien efectivamente se parecía mucho. San Martín se distinguió en la batalla de Bailén de tal modo, que se atrajo la atención del general Castaños, y su nombre fué honrosamente citado en los partes de aquella batalla memorable. Ascendido al grado de teniente coronel, siguió haciendo la guerra á las órdenes del marqués de la Romana y del general Coupigny; pero habiéndose levantado el grito de libertad en su país nativo, no pudo ser indiferente á tan sagrada invocación.

que se le levante una estatua, poniendo en su pedestal las inscripciones alusivas al objeto que la motiva, concluída que sea la guerra; colocándose en el entretanto su busto en la Biblioteca Nacional; que goce del sueldo que anteriormente disfrutaba; y que á semejanza de Washington se le asigne una pensión vitalicia cuyo arreglo se ha pasado á una comisión.»

© Ministerio de Cultura

Fot. Lacoste.

SAN MARTÍN

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

Sin tener más que una vaga idea del verdadero estado de la lucha en América, resolvió marchar á serla tan útil como pudiera; y por la bondadosa interposición de sir Carlos Stuart, en el día lord Stuart de Rothesay, obtuvo un pasaporte y se embarcó para Inglaterra, donde permaneció poco tiempo. San Martín recibió de la bondadosa amistad del lord Macduff, actualmente conde de Fife, cartas de introducción y de crédito; y aunque San Martín no hizo uso de las últimas, habla de esta muestra de generosidad de su amigo respetable, en términos de la mayor gratitud *.

San Martín se embarcó en el buque *Jorge Canning* en el Támesis, y dió la vela para el Río de la Plata. Poco después de su llegada á Buenos Aires, se casó con doña Remedios Escalada, hija de una de las familias más distinguidas de aquella ciudad. Habiendo San Martín establecido su crédito de un modo honroso en las orillas del río Paraná, y adquirido la confianza de los argentinos, ascendió á mandos importantes. En el curso de estas Memorias se ha visto, que á su genio creador pertenece la gloria de haber dado á las tropas la forma, or-

* Lord Macduff fué uno de los primeros ingleses que tomaron parte en la guerra de la independencia española. Hallándose en Viena en 1808, y sabiendo los primeros acontecimientos de la Península, marchó inmediatamente á Trieste, donde se embarcó para España, y se halló en diferentes batallas y acciones durante aquella lucha sangrienta y dilatada. Lord Macduff fué herido gravemente, y por su distinguida bizarría fué hecho general al servicio español, y condecorado con la Orden militar de San Fernando. Después de su regreso á Inglaterra, Su Majestad Británica se ha servido hacerle par de Inglaterra, y le ha conferido el empleo de *lord of the bedchamber* (Señor de la Cámara, lo mismo que Sumiller de Cámara); lord teniente del condado de Banff; y le ha conferido la Gran Cruz militar de Hannover, y la Orden Escocesa del *thistle*. La amistad formada en España entre San Martín y el conde de Fife, continúa hasta el día sin la menor disminución, del mutuo respeto y recíproca consideración y aprecio, que la produjo.

© Ministerio de Cultura

ganización, disciplina é instrucción debidas, para marchar por un plan fijo militar, hasta obtener la independencia de la América del Sur; y que creando el hermoso ejército de los Andes, alcanzó con él en seguida la victoria, en las alturas de Chacabuco y en los llanos de Maypo, y dió á Chile su existencia política. San Martín fué quien levantó el estandarte de la libertad en el Perú, y estableció en él las bases sólidas del gran plan terminado gloriosamente en Ayacucho. Cumpliendo San Martín con su promesa de dejar á los peruanos elegir su propia forma de gobierno, convocó un Congreso general constituyente, y luego de reunido se retiró de la vida pública, emulando el noble ejemplo de Washington, y con tal desinterés, que las únicas riquezas que adquirió, fueron los gloriosos y patrióticos hechos que ejecutó, en años y años de incesantes trabajos en el campo y en el bufete.

Los hechos y proezas del general San Martín se han especificado en la narración de estas Memorias, y algunas veces con particular aplauso, pero siempre estrictamente sujetos á la verdad y á la justicia. San Martín es alto, grueso, bien hecho y de formas marcadas; rostro interesante, moreno, y ojos negros, rasgados y penetrantes. Sus maneras son dignas, naturales, amistosas, sumamente francas, y que disponen infinito á su favor. Su conversación es animada, fina é insinuante, como la de un hombre de mundo y de buen trato. Las amistades que contrae son sinceras y duraderas: sus costumbres son sencillas, poco dispendiosas y sin ostentación; pero nobles y generosas. Escribe bien su idioma y habla muy bien el francés. Aunque ha tenido enemigos políticos, siempre fué personalmente popular; y aun cuando su ejército pesaba demasiado sobre los recursos de una provincia, los habitantes hablaban de él con respeto y entusiasmo. Tanto en la formación del Gobierno del Perú, como en las épocas anteriores, manifestó lo profundo de su juicio y discernimiento, eligiendo hombres de talentos distin-

© Ministerio de Cultura

guidos como Jonte, Monteagudo, Guido, García del Río y otros. Si algunas veces fué menos dichoso en la elección de jefes militares, no debe atribuirse á falta de discernimiento. Con respecto á sus miras políticas, San Martín consideraba la forma de gobierno monárquico constitucional, el más adecuado para la América del Sur, aunque sus principios son republicanos; pero es la opinión decidida de cuantos se hallaron en el caso de poderla formar correctamente, que jamás tuvo la menor idea de colocar la corona en sus sienes, aunque se cree que habría ayudado gustoso á un príncipe de sangre real, á subir al trono del Perú.

Habiendo tenido la desgracia San Martín de perder en 1822 su apreciable esposa, llena de gracias y atractivos, abandonó su hacienda cerca de Mendoza, donde residía, y se embarcó en Buenos Aires para Londres, en cuya capital permaneció diez y seis meses. Durante su residencia en Inglaterra, fué á visitar á Escocia á su amigo el lord Fife; y después pasó á Bruselas para completar la educación de una preciosa y única hija que le ha quedado. En Noviembre de 1828 estuvo tercera vez en Inglaterra, dejando en Bruselas á su hija al cuidado de una señora inglesa sumamente respetable, establecida en aquella ciudad. Durante los pocos días que San Martín empleó en Londres para los preparativos de su largo viaje, hizo á su amigo Miller el obsequio de ir á Canterbury á visitar á su madre, donde permaneció una noche. San Martín dió la vela desde Falmouth el 21 de Noviembre, en el paquete *the Countess of Chichester*, con el cual llegó á Río Janeiro, de donde salió el 15 de Enero de 1829 para Buenos Aires.

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

APÉNDICE

A.—Pág. 16.

Sentencia dada por el señor visitador D. José Antonio de Areche al rebelde José Gabriel Tupac Amaru en la ciudad del Cuzco.

En la causa criminal que ante mí pende y se ha seguido de oficio de la real justicia contra José Gabriel Tupac Amaru, cacique del pueblo de Tungasuca en la provincia de Tinta, por el horrendo crimen de rebelión ó alzamiento general de los indios, mestizos y otras castas, pensado más ha de cinco años y ejecutado en casi todos los territorios de este virreinato y el de Buenos Aires con la idea (en que está convencido) de quererse coronar señor de ellos, y libertador de las que llaman miserias de estas clases de gentes que logró seducir, á la cual dió principio con ahorcar á su corregidor D. Antonio Arriaga; observados los términos de las leyes, en que ha hecho de acusador fiscal el doctor D. José Saldívar y Saavedra, abogado de la real Audiencia de Lima, y de defensor el Dr. D. Miguel de Iturrizaga, también abogado de la propia Audiencia, vistos los autos y de lo que de ellos resulta.

Fallo atento á su mérito, y á que el reo ha intentado la fuga del calabozo en que se halla preso por dos ocasiones como consta de hojas..... é igualmente á lo interesante que es al público, y á todo este reino del Perú para la más pronta tranquilidad de las provincias sublevadas por él, la noticia de la ejecución de la sentencia, y su muerte, evitando con ellas las varias ideas que se han extendido entre casi toda la nación de los indios llenos de supersticiones que los inclinan á creer la imposibilidad de que se le imponga pena capital por

© Ministerio de Cultura

lo elevado de su carácter creyéndolo del tronco principal de los ingas como se ha titulado y por eso dueño absoluto, y natural de estos dominios, y su vasallaje: poniéndome también á la vista la naturaleza, condición, bajas costumbres y educación de estos mismos indios, y de las otras castas de la plebe las cuales han contribuído mucho á la mayor facilidad en la ejecución de las depravadas inclinaciones de dicho reo José Gabriel Tupac Amaru, teniéndolos alucinados, sumisos, prontos y obedientes á cualesquiera orden suya, que han llegado hasta los primeros á resistir el vigoroso fuego de nuestras armas contra su natural pavor, y les ha hecho manifestar un odio implacable á todo europeo, ó toda cara blanca ó *Pucacuncas*, como ellos se explican, haciéndose autores él y éstos de innumerables estragos, insultos, horrores, robos, muertes, estupros, violencias inauditas, profanación de iglesias, vilipendio de sus ministros, escarnio de las más tremendas armas suyas cual es la excomunión, contemplándose inmunes ó exceptos de ellas, por asegurárselo así con otras malditas inspiraciones el que llamaban su inga quien al mismo tiempo que publicaba en las innumerables convocatorias, bandos y órdenes suyas (de que hay bastantes originales en estos autos) que no iba contra la iglesia, la privaba como va dicho de sus mayores fuerzas y potestad, haciéndose legislador en sus más sagrados arcanos y ministerio, cuyo sistema seguía del propio modo contra su legítimo soberano, contra el más augusto, más benigno, más recto, más venerable y amable de cuantos monarcas han ocupado hasta ahora el trono de España y de las Américas, privando á una y á otra potestad de sus más altas prerrogativas y poder, pues ponía en las doctrinas curas, se recibía en las iglesias bajo de palio, nombraba justicias mayores en las provincias, quitaba los repartimientos, ó comercio permitido por tarifa á sus jueces, levantaba las obvenciones eclesiásticas, extinguía las aduanas reales y otros derechos que llamaba injustos, abría y quemaba los obrajes aboliendo las gracias de mitas que conceden las leyes municipales á sus respectivos destinos, mandaba embargar los bienes de particulares habitantes de ellas, y no contento con esto, quería ejecutar lo mismo tomando los caudales de las arcas reales; imponía pena de la vida á los que no le obedecían; plantaba ó formaba horcas á este fin en todos los pueblos ejecutando

© Ministerio de Cultura

muchas; se hacía pagar tributos; sublevaba con este medio y sus diabólicas ofertas las poblaciones y provincias, sustrayendo á sus moradores de la obediencia justa de su legítimo y verdadero señor, aquél que está puesto por Dios mismo para que los mande en calidad de soberano, hasta dejar pasar en sus tropas la inicua ilusión de que resucitaría después de coronado á los que muriesen en sus combates, teniéndoles ó haciéndoles creer que era justa la causa que defendía, tanto por su libertador, como por el derecho de ser el único descendiente del tronco principal de los ingas, mandando fundir cañones, como fundió muchos para oponerse á la autoridad del rey y sus poderosas y triunfantes armas, reduciendo la campanas de las iglesias y cobre que robó á este uso: asignaba el lugar de su palacio y el método de su legislación para cuando fuese jefe universal de esta tierra, y quería hacer presente su jura á toda su nación, atribuyéndose dictados reales como lo comprueba el papel borrador de folio 139 que se encontró en su mismo vestido que lo convence; se hizo pintar y retratar en prueba de estos designios torpes con insignias reales de Inca Mascapaicha y otras, poniendo por trofeos el triunfo que se atribuía haber conseguido en el pueblo de Sangarará, representando los muertos y heridos con las llamas que abrasaron la iglesia de él, y la libertad que dió á los que se hallaban presos en sus cárceles: y últimamente desde el principio de su traición mandó y mandaba como rey, bajo el frívolo y bajo pretexto de ser descendiente legítimo y único según va indicado de la sangre real de los emperadores gentiles, y con especialidad del inga Felipe Tupac Amaru, cuya declaración se usurpó desde luego sin facultad, pues aun en el tribunal de la real Audiencia de Lima donde pendía esta causa no le había declarado ningún derecho á esta descendencia, antes por el contrario había fundamentos bien seguros para negárselas, cuyas presunciones de entroncamiento, no obstante de hallarse éste en tan dudoso estado han hecho tal impresión en los indios que llevados de esto le hablaban y escribían en medio de su rudeza con la mayor sumisión y respeto, tratándole á veces de señoría, excelencia, alteza y majestad, viniendo de varias provincias á rendirle la propia obediencia y vasallaje, faltando en esto á las obligaciones tan estrechas de fidelidad y religión que tiene él y todo vasallo con

© Ministerio de Cultura

su rey natural, prueba clara y evidente y dolorosa del extraviado espíritu con que se gobierna esta infeliz clase, y también de cuan poco conoce la subordinación y acatamiento debido á la legítima potestad de nuestro adorable soberano, dejándose persuadir maliciosamente de los ofrecimientos de este traidor, ingrato y mal vasallo suyo, de quien, y de su real Audiencia de Lima, de su excelentísimo virrey y de mí fingía que tenía órdenes de ejecutar lo que tan bárbaramente ejecutaba, y debió no creer lícito el más idiota, fuera de que en cuanto á sus ofertas no podían ignorar los indios que los repartimientos ó enunciado comercio de Tarifa permitido á sus jueces territoriales se iba á quitar tan en breve como ha señalado la experiencia, comutándoles así esto como que nuestro respetable soberano deseaba y procuraba, según ha deseado y procurado siempre su alivio, también sabían que las obvenciones no las pagan ni han pagado sino por su propia voluntad libre y espontánea, apeteciéndolo, y anhelándolo muchos de ellos mismos por los entierros de pompa, y uso de los demás sagrados sacramentos con la ostentación que les ocasiona crecidos gastos, pues á sus respectivos doctrineros ó curas se les satisface, y ha satisfecho el correspondiente sínodo sin que tengan éstos derecho ú acción á otros emolumentos ú obvenciones: tampoco ha debido ignorar este insurgente y sus malvados secuaces para unírsele por sus promesas, que conforme á la ley del reino están exentos de alcabala, según se observa escrupulosamente en lo que es de su crianza, labranza propia é industrias de éstas, pero de suerte que para que este beneficio y liberalidad no lo conviertan como lo suelen convertir en agravio de nuestro rey y señor, sirviendo ellos mismos de defraudadores del referido real derecho de alcabala, llevando en su cabeza ó á su nombre con guías supuestas á las ciudades ó pueblos de consumo y comercio lo que no es suyo ó no les pertenece, siendo otros no exentos, contraviniendo en esto á todas las leyes de cristianos, de vasallos y de hombres de bien, ó de verdad, justicia y rectitud, á cuyo fin y para que cumplan con estas cualidades, y aquellos soberanas decisiones se ha procurado siempre que dichas guías se examinen y vean con cuidado, y las saquen, las lleven y se las den sin costo ni detención alguna los ministros recaudadores de este real derecho y celadores de tales fraudes que ha cometido y comete con

© Ministerio de Cultura

repetición esta clase de privilegiados, cuyo celo justo y diligencia debida llama escandalosamente este traidor opresión y gravamen, sin conocer que son los indios quienes lo han formado, si es que lo es, y no se mira á que de otro modo están aventurados los caudales ó sagradas rentas del estado, sabiendo igualmente él y los de su mal educada nación que ningunas otras pensiones reales pagan, y aun cuando las pagaran, la *religión* y vasallaje les dicta, enseña y demuestra el cumplimiento de lo mandado en este punto por los legítimos superiores, atendiendo á que estos no anhelan á otra cosa que á subirlos á su mayor y más completa felicidad, y que estos derechos son precisos é indispensables para la defensa de nuestra amada y venerada santa iglesia católica, para amparo de ellos y de los otros sus convasallos manteniéndolos en justicia, ó para defenderlos contra toda potestad enemiga ó cualesquiera persona que les insulte, perjudique ó perjudicase en sus vidas, en sus bienes, en sus haciendas y en sus honras y en su quietud ó sosiego.

Considerando, pues, á todo esto, y las libertades con que convidó este vil insurgente á los indios y demás castas para que se le viniesen, hasta ofrecer á los esclavos la de su esclavitud, y reflexionando juntamente el infeliz y miserable estado en que quedan estas provincias, y dificultad de subsanar en muchos años los perjuicios causados en ellas por el referido José Gabriel Tupac Amaru con las detestables máximas esparcidas y adoptadas en los de su nación y socios ó confederados á tan horrendo fin, y mirando también á los remedios que exige de pronto la quietud de estos territorios, el castigo de los culpados, la justa subordinación á Dios, al rey y á sus ministros, *debo condenar y condeno á José Gabriel Tupac Amaru, á que sea sacado á la plaza principal y pública de esta ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieren á su mujer Micaela Bastidas, sus dos hijos Hipólito y Fernando Tupac Amaru, á su cuñado Antonio Bastidas y algunos de los otros principales capitanes y auxiliadores de su inicua y perversa intención ó proyectos, los cuales han de morir en el propio día, y concluídas estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua, y después amarrado ó atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes, y de modo que cada una de éstas se pueda atar ó prender con facilidad á otras que pendan de las cinchas*

© Ministerio de Cultura

de cuatro caballos para que puesto de este modo, ó de suerte que cada uno de éstos tire de su lado, mirando á otras cuatro esquinas ó puntas de la plaza, marchen, partan ó arranquen á una voz los caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras tantas partes, llevándose éste luego que sea hora al cerro de Piccho, adonde tuvo el atrevimiento de venir á intimidar, sitiar y pedir que se le rindiese esta ciudad, para que allí se queme en una hoguera que estará preparada, echando sus cenizas al aire, y en cuyo lugar se pondrá una lápida de punta, que exprese sus principales delitos y muerte para solo memoria y escarmiento de su execrable acción; su cabeza se remitirá al pueblo de Tinta para que estando tres días en la horca, se ponga después en un palo á la entrada más pública de él; uno de los brazos al de Tungasuca en donde fué cacique, para lo mismo, y el otro para que se ponga y ejecute lo mismo en la capital de la provincia de Caravaya, enviándose igualmente, y para que se observe la referida demostración, una pierna al pueblo de Livitaca en la de Chumbivilcas, y la restante al de Santa Rosa en la de Lampa con testimonio y orden á los respectivos corregidores ó justicias territoriales para que publiquen esta sentencia con la mayor solemnidad por bando, luego que llegue á sus manos, y en otro igual día todos los años subsiguientes de que darán aviso instruído á los superiores gobiernos á quienes reconozcan dichos territorios; que las casas de éste sean arrasadas ó batidas y saladas á vista de todos los vecinos del pueblo ó pueblos adonde las tuviere ó existan; que se confisquen todos sus bienes á cuyo fin se da la correspondiente comisión á los jueces provinciales; que todos los individuos de su familia que hasta ahora no han venido, ni vinieren á poder de nuestras armas y de la justicia, que suspira por ellos para castigarlos con *iguales rigurosas y afrentosas penas*, queden infames é inhábiles para adquirir, poseer ú obtener de cualesquiera modo herencia alguna ó sucesión, si en algún tiempo quisiesen ó hubiese quienes pretendan derecho á ella; que se recojan los autos seguidos sobre su descendencia en la expresada real Audiencia, quemándose públicamente por el verdugo en la plaza pública de Lima para que no quede memoria de tales documentos y de los que sólo hubiese en ellos testimonio se reconocerán y averiguará adónde paran los originales dentro del término que se asignare para la propia ejecu-

© Ministerio de Cultura

ción. Y por lo que mira á lo general de la ilusa nación de los indios, se consultará á S. M. lo oportuno con el fin de que si ahora ó en algún tiempo quisiese alguno de estos pretender nobleza ó descendencia igual ó semejante de los antiguos reyes de su gentilidad sea con otras cosas que se le consultará, reservando este permiso y conocimiento á su real persona con inhibición absoluta y bajo de las más graves y rigurosas penas á cualquier juez ó tribunal que contraviniese á esto recibiendo semejantes informaciones, y que las recibidas hasta ahora sean de ningún valor ni efecto hasta que el rey las confirme, por ser esta resolución muy conforme á estorbar lo que se lee á hoja 346 de estos autos. Reservando del propio modo á su soberana determinación lo conveniente que es y será, atendidas las razones que van indicadas ya que este traidor logró armarse, formar ejército y fuerza contra sus reales armas, valiéndose ó seduciendo y ganando con sus falsedades á los caciques ó segundas personas de ellos en las poblaciones, el que estás siendo de indios, no se gobiernen por tales caciques, sino que las dirijan los alcaldes electivos que voten ó nombren éstas, cuidando las mismas Comunidades electoras y los corregidores preferir á los que sepan la lengua castellana y á los de mejor conducta, fama y costumbres para que traten bien y con amor á sus súbditos dispensando cuando más y por ahora que lo sean aquéllos que han manifestado justamente su inclinación y fidelidad, anhelo, respeto y obediencia por la mayor gloria, sumisión y gratitud á nuestro gran monarca, exponiendo sus vidas, bienes ó haciendas en defensa de la patria y de la religión, oyendo con bizarro desprecio las amenazas y ofrecimientos de dicho rebelde principal y sus jefes militares, pero advertidos de que únicamente éstos se podrán llamar caciques ó gobernadores de sus ayllos ó pueblos sin trascender á sus hijos ó resto de la generación tal cargo; al propio fin se prohibe que usen los indios los trajes de su gentilidad, y especialmente los de la nobleza de ella, que sólo sirven de representarles los que usaban sus antiguos ingas, recordándoles memorias que nada otra cosa influyen que el conciliar más y más odio á la *nación dominante*, fuera de ser su aspecto ridículo y poco *conforme á la pureza de nuestra religión*, pues colocan en varias partes de él al sol que fué su primera deidad; extendiéndose esta resolución á todas las provincias de

© Ministerio de Cultura

esta América meridional, dejando extinguidos del todo los trajes, tanto los que directamente representan las vestiduras de sus antiguos reyes con sus insignias, cuales son el *Unco* que es una especie de camiseta; *Yacollas*, que son unas mantas muy ricas de terciopelo negro ó tafetán; *Mascapaicha*, que es un círculo á manera de corona de que hacen descender cierta especie de nobleza antigua, significada en una mota ó borla de lana de alpaca colorada y cualesquiera otro de esta especie ó significación, lo que se publicará por bando en cada provincia para que deshagan ó entreguen á sus corregidores cuantas vestiduras hubieren en ellas de esta clase, como igualmente todas las pinturas ó retratos de sus ingas en que abundan con extremo las casas de los indios que se tienen por nobles para sostener ó jactarse de su descendencia, las cuales se borrarán indefectiblemente, como que no merecen la dignidad de estar pintados en tales sitios y á tales fines, borrándose igualmente ó de modo que no quede señal si hubiese algunos retratos de éstos en las paredes ú otras partes, de firme en las iglêsias, monasterios, hospitales, lugares píos ó casas particulares, pasándose los correspondientes oficios á los M. R. Arzobispos y Obispos de ambos virreinatos, por lo que hace á las primeras, sustituyéndose mejor semejantes adornos por el del rey ó nuestros otros soberanos católicos en el caso de necesitarse; también celarán los mismos corregidores que no se representen en ningún pueblo de sus respectivas provincias, comedias ú otras funciones públicas de las que suelen usar los indios para memoria de sus dichos antiguos, y de haberlo ejecutado darán cuenta certificada á la secretaría de los respectivos gobiernos. Del propio modo se prohiben y quitan las trompetas ó clarines que usan los indios en sus funciones á las que llaman *Pututos*, y son unos caracoles marinos de un sonido extraño y lúgubre con que anuncian el duelo y lamentable memoria que hacen de su antigüedad, y también el que usen ó traigan vestido negro en señal del luto que arrastran en algunas provincias como recuerdo de sus difuntos monarcas y del día ó tiempo de la *conquista que ellos tienen por fatal* y nosotros por feliz, pues se unieron al gremio de la iglesia católica y á la amabilísima y dulcísima dominación de nuestros reyes. Con el mismo objeto se prohibe absolutamente el que los indios se firmen ingas, como que es un dictado

© Ministerio de Cultura

que le toma cualquiera, pero que hace infinita impresión en los de su clase, mandándose como se manda á todos los que tengan árboles genealógicos ó documentos que prueben en alguna manera sus descendencias con ellos el que los manifiesten ó remitan rectificaciones con ellos y de balde por el correo á las respectivas secretarías de ambos virreinatos para que allí se reconozcan sus solemnidades por las personas que deputen los excelentísimos señores virreyes, consultando á su majestad lo oportuno, según sus casos, sobre cuyo cumplimiento estén los corregidores muy á la mira, solicitando ó averiguando quién no lo observa con el fin de hacerlo ejecutar ó remitirlos dejándoles un resguardo; y para que estos indios se despeguen del odio que han conservado contra los españoles y sigan los trajes que les señalan las leyes, se vistan de nuestras costumbres españolas y hablen la lengua castellana, se introducirá con más vigor que hasta aquí el uso de sus escuelas bajo las penas más rigurosas y justas contra los que no las usen después de pasado algún tiempo en que la puedan haber aprendido, pasándose con esta propia idea oficios de ruego y encargo á los M. RR. prelados eclesiásticos para que en las oposiciones de curatos ó doctrinas atiendan muy particularmente á los opositores que traigan certificaciones de los jueces provinciales del mayor número de feligreses que hablen en ella dicha lengua castellana, poniendo en las ternas que remitan á los señores vicepatronos esta circunstancia respectiva á cada uno de los propuestos, dándose para hablarla perfectamente, ó de modo que se expliquen en todos sus asuntos el término de cuatro años, y que los señores Obispos y corregidores den cuenta en cada uno de éstos al respectivo superior gobierno, quedando al soberano arbitrio de S. M. el premiar y distinguir á aquellos pueblos cuyos vasallos hubiesen correspondido en las circunstancias presentes á la justa lealtad y fidelidad que le es debida. Finalmente queda prohibida en obsequio de dichas cautelas la fábrica de cañones de toda especie bajo la pena á los fabricantes nobles de diez años de presidio en cualesquiera de los de Africa, y siendo plebeyo doscientos azotes y la misma pena por el espacio de tiempo igual, reservando por ahora tomar igual resolución en cuanto á la fábrica de pólvora que se seguirá luego. Y porque hay en muchas haciendas, trapiches y obrajes de estas provincias variedad

© Ministerio de Cultura

de ellos de casi todos calibres se recogerán por los corregidores acabada enteramente la pacificación de este alzamiento para dar cuenta á la respectiva Capitanía general con el fin de que se les dé el uso que parezca propio; así lo proveí, mandé y firmé por ésta mi sentencia definitivamente juzgando.—José Antonio de Areche.

Dió y pronunció la anterior sentencia el muy ilustre señor D. José Antonio de Areche, caballero de la real distinguida orden de Carlos III, del Consejo de S. M. en el real y supremo de las Indias, visitador general de los tribunales de justicia y real Hacienda de este reino, superintendente de ella, intendente de ejército, subdelegado de la real renta de tabacos, comisionado con todas las facultades del excelentísimo señor virrey de este reino para entender en los asuntos de la rebelión ejecutada por el vil traidor Tupac Amaru. En el Cuzco á 15 de Mayo de 1781. Siendo testigos D. Fernando de Saavedra, contador de visita, D. Juan de Oyarzabal y D. José Sanz, de que certifico.—Manuel Espinavete López.

Carta escrita por D. José Gabriel Tupac Amaru al visitador don José Antonio Areche, antes de ser tomado prisionero.

Señor Visitador.—Con la buena llegada de V. S. he recibido grande gusto de que al recibo de éste disfrute salud robusta y que la mía ocupe en lo que fuere de su agrado.

Tengo hechas varias remisiones por mano de algunos eclesiásticos, deseando lo que conviene para el resorte de la paz y tranquilidad que tanto desea mi inclinación. Deben ser muy justas peticiones, pero no muy convenientes al sosiego de los fomentadores de esta sedición, porque les servirá, según presumo, de embarazo á sus intereses, mas los subsidios particulares no deben ser obstáculos para el bien de la república, cuando lo contrario es disminuir la sociedad política y racional.

Causado el alboroto por la muerte de D. Antonio Arriaga, corregidor que fué de esta provincia, de que daré á V. S. razón de ello, bajé á esa ciudad del Cuzco con ánimo de que todo lo mandado por S. M. (que Dios guarde) se llevara á debido efecto, y hechas las capitulaciones con los señores de ese ilustre cabildo se publicara la paz y tranquilidad para el bien de esta

© Ministerio de Cultura

América. Mi ánimo fué no maltratar ni inquietar sus moradores, mas los interesados corregidores figuraron de que yo iba á demoler la ciudad, cuyo hecho era directamente contra la real Corona de España, del Rey mi señor. Hiciéronme resistencia con grandes instrumentos bélicos, á cuyo hecho me vi coactado á corresponder. No soy de corazón tan cruel ni extraño como los tiranos corregidores y sus aliados, sino cristiano muy católico con aquella firme creencia que nuestra madre la Iglesia y sus sagrados ministros nos predican y enseñan. Representáronme las ideas de mis potencias la grande lástima que padecía la ciudad para no imitar á Tito y Vespasiano en la destrucción de Jerusalén. Veneré con grande llanto las sagradas imágenes y religiones de las esposas de Jesucristo mi Redentor; esos coros de vírgenes claustrales de religiosas, y no quise imitar á un Saul, ni seguir las huellas á un Antioco soberbio; y así determiné retirarme hasta hoy día de la fecha, y aunque de varias partes, por arrojarme á otros males, me han estado persiguiendo y provocándome con varios desastres, no he querido desasosegarme para mi defensa, antes con el mayor sosiego y tranquilidad he estado tolerando hasta recibir respuesta de la ciudad del Cuzco para mi gobierno, y ahora con la venida de V. S. no dudo desahogará éste mi pecho, que tanto desea la paz, que es la vida de la República y anhelo de nuestro Monarca y señor.

No quiero enigmas en lo que pretendo, sino una pura verdad, que ésta, aunque adelgaza, no quiebra. Dos años hace ya que el Rey mi señor con su liberal y soberana mano expidió su real cédula, para que á raíz se quitaran estos repartos, y borrados los nombres esos corregidores, y lo que hasta hoy se ha estado haciendo es ir entrampando y continuando su inicua existencia, con decir que conforme fuesen acabando sus quinquenios irían feneciendo, y este modo de giro es capa de maldad contra la Corona del Rey mi señor, y su real mente, porque lo que pretendemos todos los provincianos de todos estados es que en el día, instante y momento se borren de nuestras imaginaciones esos malditos nombres, y en su lugar se nos constituyan alcaldes mayores en cada provincia, que es preciso que los haya para que nos administren justicia, y que tengan aquella jurisdicción necesaria y correspondiente á su carácter. Por lo que toca á los intereses reales de la tarifa debo decir á V. S. que

© Ministerio de Cultura

lo correspondiente de todo lo que han percibido hasta el día de la cesación y hecho el ajuste, verá V. S. que han cogido ya tres y cuatro veces más de lo que el señalamiento de cada provincia ordena, pues no hay corregidor ajustado, aunque sea de la cuna más ilustre.

Un humilde joven con el palo y la honda, y un pastor rústico, por Providencia Divina libertaron al infeliz pueblo de Israel del poder de Goliat y Faraón; fué la razón porque las lágrimas de estos pobres cautivos dieron tales voces de compasión, pidiendo justicia al cielo, y en cortos años salieron de su martirio y tormento para la tierra de promisión; ¡mas ay que al fin lograron su deseo, aunque con tanto llanto y lágrimas!, mas nosotros infelices indios con más suspiros y lágrimas que ellos en tantos siglos, no hemos podido conseguir algún alivio, y aunque la grandeza real y soberanía de nuestro Monarca se ha dignado librarnos con su real cédula, este alivio y favor se nos ha vuelto mayor desasosiego, ruina temporal y espiritual; será la razón porque el Faraón que nos persigue, maltrata y hostiliza no es uno solo, sino muchos tàn inicuos y de corazones tan depravados como son los corregidores, sus tenientes, cobradores y demás corchetes; hombres por cierto diabólicos y perversos, que presumo nacieron del lúgubre caos infernal. y se sustentaron á los pechos de arpías más ingratas, para ser tan impíos, crueles y tiranos, que dar principio á sus actos infernales sería santificar en grado muy supremo á los Nerones y Atilas, de quienes la historia refiere sus iniquidades, y de sólo oir se estremecen los cuerpos y lloran los corazones. En éstos hay disculpa, porque al fin fueron infieles; pero los corregidores, siendo bautizados desdicen del cristianismo con sus obras, y más parecen ateístas y arrianos, calvinistas y luteranos, porque son enemigos de Dios y de los hombres, idólatras del oro y la plata; no hallo más razón para tan inicuo proceder, que ser los más de ellos pobres y de cunas muy bajas.

Público y notorio es lo que contra ellos han informado al real consejo, los señores Arzobispos, Obispos, cabildos, prelados y religiones, curas y otras personas constituídas en dignidad y letras, pidiendo remedio á favor de este reino: causa de ellos, como al presente ha sucedido y está sucediendo; y ha sido tan grande nuestro infortunio para que no sean atendidos en los reales

© Ministerio de Cultura

consejos; será la causa porque no han llegado á los reales oídos, porque es imposible que tanto llanto, lágrimas y penalidades de sus pobres é infelices provincianos de todos estados dejen de enternecer ese corazón compasivo y noble pecho del Rey mi señor para alargar su liberal mano y sacarnos de esta opresión sin treguas ni socapas, como al presente nos quieren figurar y hacernos creer con amenazas y destrozos, lo que es muy distante de la real mente.

Este maldito y viciado *reparto* nos ha puesto en este estado de morir tan deplorable con su inmenso exceso. Allá á los principios por carecer nuestras provincias de géneros de Castilla y de la tierra, por la escasez de los beneficios conducentes permitió S. M. á los corregidores una cierta cuantía con nombre de *tarifa* para cada capital y que se aprovecharan sus respectivos naturales, tomándolos voluntarios lo preciso para su aliño en el precio del lugar; y porque había diferencia en sus valuaciones se asentó precio determinado, para que no hubiese socapa en cuanto á las reales alcabalas. Esta valuación primera la han continuado hasta ahora, cuando de muchos tiempos á esta parte tenemos las cosas muy baratas. De suerte que los géneros de Castilla que han cogido por montón y lo más ordinario, que están á dos ó tres pesos, nos amontonan con violencia por diez y doce pesos; el cuchillo de marca menor que cuesta un real nos dan por un peso; la libra de fierro más ruin á peso; la bayeta de la tierra de cualquiera color que sea, no pasa de dos reales, y ellos nos la dan á peso. Fuera de esto nos botan *alfileres*, *aujas de Cambray*, *polvos azules*, *barajas*, *anteojos*, *estampitas* y otras ridiculeces como éstas. A los que somos algo acomodados, nos botan fondos, terciopelos, medias de seda, encajes, hebillas, ruanes en lugar de Olanes y Cambrayes, como si nosotros los indios usáramos estas modas españolas, y luego en unos precios exorbitantes, que cuando llevamos á vender, no volvemos á recoger la veintena parte de lo que hemos de pagar al fin; al fin si nos dieran tiempo y treguas para su cumplimiento, fuera soportable en alguna manera este trabajo, porque luego que nos acaban de repartir aseguran nuestras personas, mujeres, hijos y ganados, privándonos de la libertad para el manejo. De este modo desamparamos nuestras casas, familias, mujeres é hijos, y obligadas de necesidad se hacen prostitutas, de donde

© Ministerio de Cultura

nacen los divorcios, amancebamientos públicos, destrucción de nuestras familias y pueblos, por andar nosotros desertados, y luego se atrasan nuestros reales tributos porque no hay de dónde, ni cómo podamos satisfacer.

Pase vista V. S. los informes hechos por los ilustrísimos señores D. D. Gregorio Francisco Campos, Obispo de la Paz; D. D. Manuel Gerónimo Romani, D. Agustín Gorrechategui, Obispos del Cuzco. Los cabildos de Arequipa, Paz, Cuzco; cabildos eclesiásticos, prelados, religiones; los de los curas D. D. Manuel Arroyo, D. D. Ignacio Castro y otros señores de este Obispado, y llegará á ver V. S. tanta iniquidad que no sólo se escandalizará, sino que verterá lágrimas de compasión de oir tanto estrago y ruina de las provincias.

El finado D. Antonio de Arriaga, que fué corregidor de esta provincia de Tinta, nos repartió la cantidad de trescientos y más mil pesos, según consta de los libros y borradores que están en mi poder. La tarifa de esta provincia es de 112.000 pesos por todo el quinquenio. Repare V. S. ahora el exceso: de este modo de proceder son todos los corregidores, fuera de tener este caballero tan mala conducta con sus cobradores, de apalearlos, aporrearlos, tratarlos tan mal, no sólo á ellos, sino á otros comprovincianos nuestros, así seculares como curas, sacerdotes, personas de todo respeto, por decir que dependía de los primeros grandes de España; fuera de esto su mal genio, elación y soberbia dió mérito á toda la provincia á fabricarle su ruina. No menos hostilizados los de las demás provincias han logrado del indulto aún en otro Obispado que yo le conozca, ni hubiese puesto mis pies, ni menos algunos de los míos, que á no haber su merced tratándonos con agravios de esta clase, sino hecho su negocio, como todos los demás, no hubiera sucedido tal fracaso.

Los corregidores nos apuran con sus repartos hasta dejarnos lamer tierra; parece que van de apuesta para aumentar sus caudales, en ser unos peores que otros; dígalo el corregidor de Chumvibilcas que en término de dos años quiso sacar un aumento mayor que lo que su antecesor había hecho en cinco; al fin adelantó mucho su caudal, que aun su propia vida entró en el cúmulo de sus bienes, y salió muy lucido. Son los corregidores tan químicos que en vez de hacer de oro sangre que nos

© Ministerio de Cultura

mantenga, hacen de nuestra sangre oro para sustento de su vanidad. Viéndose, pues, su difícil cumplimiento, nos oprimen en los obrajes, chorrillos y cañaverales, cocales, minas y cárceles en nuestros pueblos sin darnos libertad en el mejor tiempo de nuestro trabajo; nos recogen como á brutos y ensartados nos entregan á las haciendas para labores, sin más socorro que nuestros propios bienes y á veces sin nada.

Los hacendados, viéndonos peores que á esclavos, nos hacen trabajar desde las dos de la mañana hasta el anochecer que parecen las estrellas, sin más sueldo que dos reales por día; fuera de esto nos pensionan los domingos con faenas, con pretexto de apuntar nuestro trabajo que por omisión de ellos se pierde, y con echar vales parece que pagan. Yo que he sido cacique tantos años, he perdido muchos miles, así porque me pagan tan mal en efectos, y otras veces nada, porque se alzan á mayores.

Para salir de este vejamen que padecemos todos los provincianos sin excepción de persona aun eclesiástica, ocurrimos muchas veces á nuestros privilegios, preeminencias, excepciones para contenerlos, y luego atropellan las mercedes reales, por mejor decir, menosprecian los superiores mandatos, arrebatados de sus intereses, de donde nace un proloquio vulgar: *que las cédulas reales, ordenanzas y provisiones están bien guardadas en las cajas y escritorios.* Lo más gracioso y sensible que concluído el quinquenio, ó bien en sus *residencias* quedan santificados para ejercer otro corregimiento, haciendo representaciones falsas con perdimiento de respeto á la real Corona, y es la razón de que los jueces de las residencias y sus escribanos son sus criados ó sus dependientes, y éstos por no perder la gracia de ellos, responden á las partes que demandan con tramadas razones, y de este modo prevalece la injusticia contra la justicia, debiendo suceder lo contrario para la extirpación de los vicios.

¡Qué prevenciones, qué diligencias, qué ruegos y encargos nos tiene hechos nuestro real Monarca! Como si para remediarnos no fuera soberano, sin más mira que nuestra conservación, paz y sosiego en estos sus vastos reinos. En la leyes de la Recopilación, L. II, tít. 6, 9, 13 y 16, ordena su magnánima grandeza, que se conserven nuestras vidas y estados según pide nuestra naturaleza sin extraernos de un lugar á otro menos de

© Ministerio de Cultura

29 leguas y no más. A la mita de Potosí tenemos que caminar más de tres meses sin que seamos pagados por los mineros el leguaje de ida y vuelta, ni el trabajo por no pagar á los peritos vecinos, cuando está mandado por ordenanza; fuera de que este privilegio se concedió en su descubrimiento, cuando no había poblaciones inmediatas que subrogasen sus labores; mas hoy se hallan Potosí y Huancavelica abundantes de gente y sus contornos; poco es que los mineros de Potosí y Huancavelica causan grande estrago á los indios, que no pueden libertarse á costa de su plata en las fundiciones, porque los dejan inhábiles aun para el manejo, cuando el Rey tiene mandado en sus reales disposiciones lo contrario, de que los indios sean amparados y desobligados á esta mita por el referido daño, y aunque han hecho varios recursos los interesados á los tribunales que corresponden, han sido vistos con desprecio por tan justa causa, como es destruir el reino y sus pueblos con muertes de indios que apenas se restituyen á sus pueblos, y al mes poco más ó menos rinden la vida con vómito de sangre.

No tengo voces para explicar su real grandeza que como es nuestro amparo, protección y escudo, es el paño de lágrimas nuestras, que como es nuestro Padre y Señor, es nuestro refugio y consuelo; no halla voces nuestro reconocimiento, amor y fidelidad para del todo explicar y decir, qué cosa es el Rey mi señor; publiquen su real grandeza, expliquen la fragua de su amor las Recopiladas de Indias, las ordenanzas y cédulas reales, las provisiones, encargos, ruegos y demás prevenciones dirigidas á señores virreyes, presidentes, oidores, regimientos, Audiencias, Chancillerías, Arzobispos, Obispos, curas y demás jefes sujetos á la Corona, que juzgo en todo lo referido no hay punto, ápice ni coma, que no sea á favor de sus pobres indios, neófitos; pues impuesto de nuestra desdicha é indiscreción aún la Silla Apostólica Romana en lo espiritual nos exime de muchas pensiones sin distinción de personas; es, pues, de sentir, que siendo tan excesivo el favor y amor de nuestros soberanos, que nos amparan y protegen, sea mayor la fragua de nuestro tormento y cautiverio. ¿Qué razón hay para que así sea, ni qué jefe que así lo mande? La ley, 1, tít. 1 del lib. 6 de la Recopilación ordena que nosotros los pobres indios seamos atendidos, favorecidos y amparados por las justicias eclesiásticas y secula-

© Ministerio de Cultura

res con amor y paz; ahora, pues, para lograr de este beneficio en el caso presente no queremos que nos juzguen, protejan y amparen por las leyes de Castilla, Toro, Partida y otras, sino por las nuestras propias, como son las recopiladas, ordenanzas y cédulas reales, como dirigidas á nuestros reinos para nuestro bien.

Mandan las leyes 8, 9, 10, 11 y 12, tít. 4, según dictamen de nuestro Mónarca, «que en caso de haber rebelión, aunque sea contra su real Corona (que la presente no lo es sino contra los inicuos corregidores) nos atraigan con suavidad á la paz, sin guerra, robos, ni muertes, de darnos sea con aquellas prevenciones que expresan las leyes, como son los requirimientos que anteceden por una, dos y tres veces, y las demás que convengan hasta atraernos á la paz, que tanto desea nuestro Monarca; que se nos otorguen en caso necesario algunas libertades ó franquezas de toda especie de tributo, y si hechas las prevenciones, no bastare, seamos castigados conforme lo merecemos y no más».

Siempre la real mente, como tan noble y santa, es favorecernos, aun en caso de experimentar en nosotros grande contumacia. Digo ahora ¿qué suavidad, qué paz, qué libertades ó franquicias, qué requirimientos siquiera por una vez hemos merecido hasta hoy, día de la fecha, aun habiendo hecho nuestra embajada? ¿Qué personas de sagacidad y experiencia han venido á guerrearnos? Solamente nuestros enemigos los corregidores ¿quiénes en estos tres meses de treguas hasta hoy con tanto encono mantienen las tropas con capa del Rey?, sino los corregidores, no por amor á su Rey y señor, sino por recobrar sus intereses con mayor fuerza. Se ha publicado en esa ciudad y en otras partes la real cédula de que no haya más repartos, y según cartas que se han visto en estos lugares, han pedido para retorno de este beneficio el reprimirnos á fuego y sangre; el matarnos como á perros sin los sacramentos necesarios, como si no fuéramos cristianos; botar nuestros cuerpos en los campos para que coman los buitres, matar nuestras mujeres é hijos *en los pechos de sus madres*, ¿robarnos es el modo de atraernos á la paz y á la real Corona de España? Qué cosa tan extraña es y distante de la real mente lo que al presente se practica; ¿echar edicto de perdón para los unos y castigos para los otros, es el

© Ministerio de Cultura

modo de sosegar los pueblos? No es sino causar mayor encono y alboroto á sus moradores, porque como en los pueblos unos á otros se dan la mano, unos y otros llegarán á fomentarse.

Para continuar el fomento contra las provincias han echado la voz de que nosotros queremos apostatar de la fe; negar la obediencia á nuestro Monarca; coronarme, volver á la idolatría; celebraría en mi alma de que los corregidores dieran pruebas convincentes de estos tres puntos, mas de ellos afirmaré que son apóstatas de la fe y traidores á la Corona según los puntos siguientes.

Ellos se oponen á la ley, porque del todo desechan los preceptos santos del decálogo; saben que hay Dios, y no le creen remunerador y justiciero, y sus obras nos lo manifiestan; ellos mismos desprecian los preceptos de la iglesia y los santos sacramentos, porque vilipendian las disciplinas y penas eclesiásticas; tienen todo, y lo aprenden como meras ceremonias ó ficciones fantásticas; ellos nunca se confiesan, porque están con el robo en las manos, y no hallan sacerdote que los absuelva. Apenas oyen misa los domingos con mil aspamientos y ceremonias, y de ellos aprenden los vecinos su mal ejemplo; ellos desatierran á los fieles de las iglesias, mediante sus cobradores y corchetes, para que los indios y españoles se priven del beneficio espiritual de la misa; se ponen de atalayas en las puertas de las iglesias para llevarlos á la cárcel, donde se mantienen dos ó tres meses hasta pagarles lo que deben; ellos violan las iglesias, maltratan sacerdotes hasta hacerles derramar sangre, menosprecian las sagradas imágenes; privan los cultos divinos, pretextando que se empobrecen, y no es sino porque sus intereses no se atrasen; ponen reparo á los párrocos vigilantes y timoratos con sus pláticas y sermones, para que el fervor de los fieles y cumplimiento de los preceptos de Dios no se perturben y resfríen en ellos con sus violencias y extorsiones y menosprecios; les ahuyentan y entibian el amor de Dios y de sus santos, de donde nace otra mayor desdicha; y es que los párrocos y sus tenientes olvidan las obligaciones de su ministerio, y sólo aspiran al logro del beneficio, esto sucede en los más de los pueblos, porque son más los corregidores inicuos y así un mal llama á otro.

Se oponen al Rey en esta forma; hay muchas haciendas en

© Ministerio de Cultura

los lugares respectivos á sus jurisdicciones; estas tienen indios yanaconas asistentes; de estos, tales y cuales pagan tributos, y los más son vagos, porque no conocen territorio para que cojan el reparto; todos son traídos por minuta, y para la recaudación de tributos nada de esto se repara y observa. Ellos llenan los *obrajes*, *cañaverales, cocales* con sus intereses; cobran lo que es suyo con la mayor vigilancia, lo que realmente no deben; y los tributos, debiendo ser lo primero del trabajo de los indios, son olvidados; ocurren sus caciques y no son atendidos, antes se ven privados de sus bienes, porque los nombran para dos ó tres años, ó tercios por verlos acomodados, y al cabo les rematan sus bienes con pretexto de que deben de tributos y cuántos de estos se ven *pordioseros*. Como los indios se ven imposibilitados, con hacerles algunos servicios personales los contentan; ellos tienen entradas y salidas, tratos y contratos, y con pretexto de que son productos de la provincia, siendo ramos muy distintos de la tarifa, no pagan las reales alcabalas.

De estos dos capítulos infiera V. S. si los indios ó los corregidores son apóstatas de la fe, traidores al Rey. Mal se compadece de que seamos como ellos nos piensan, cuando en ellos se verifica las razones predichas; luego ellos deben ser destruídos á fuego y sangre en el instante; luego matando nosotros á los corregidores y sus secuaces hacemos grandes servicios á su majestad y somos dignos de premio y correspondencia, mas como ellos con sus cavilaciones y empeños figuran las cosas á su paladar siempre nos hacen dignos de castigo.

Imposible parece que los corregidores dejen de pensionar en grande cantidad los reales haberes á causa de las circunstancias presentes, mas la culpa no es nuestra, sino de ellos por la precipitación de ministros que no trayendo á colación las prevenciones reales ya dichas, han hecho de las suyas sin reflexión, para que los corregidores con mayor fuerzas vuelvan á recobrar sus intereses, que á haberlas ellos ejecutado como se debe, nada de esto hubiera habido, y es de reparar que en varios pueblos circunvecinos ha habido fracasos y desastres de esta naturaleza con los corregidores, y han quedado perdonados y sosegados, y nosotros alborotados y maltratados; digo ahora: ¿qué, habrá motivo de perdón para otros y para nosotros de castigo?

Para mayor prueba de nuestra fidelidad que debemos prestar

© Ministerio de Cultura

á nuestro Monarca, ponemos nuestras cabezas y corazones á sus reales plantas, para que de nosotros determine y haga lo que fuere de su real agrado y tuviese por conveniente, que como somos sus pobres indios, «que hemos vivido y vivimos debajo de su real soberanía y poder, no tenemos adónde huir, sino sacrificar ante estas soberanas aras nuestras vidas, para que con el rojo tizne de nuestra sangre quede scsegado ese real pecho». Y si en él en haber enviado embajadores con papeles que se quieran juzgar, como disonantes á las regalías del Rey mi señor, castígueseme á mí solo, como á culpado, y no paguen tantos inocentes por mi causa, que como hasta hoy no había ninguno de parte de mis paisanos, que pusiese en práctica toda las Reales órdenes; me expuse yo á defenderlo, poniendo en peligro mi vida, y si esta acción tan heroica que he hecho en alivio de los pobres provincianos españoles é indios, buscando de este modo el sosiego de este reino, el adelantamiento de los reales tributos, y que no tengan en ningún tiempo opción de entregarse á otras naciones infieles, como lo han hecho muchos indios es delito, aquí estoy para que me castiguen solo al fin de que otros queden con vida y yo solo con el castigo; pero ahí está Dios, quien con su grande misericordia me ayudará y remunerará mi buen deseo.

No puedo dejar de informar á V. S. otro mal que se padece, que es la disipación de los templos en su aliño, menoscabo en sus rentas, de suerte que ver un ministro de la Iglesia en el altar causa *grima* el verlo por el total descuido que tienen los curas de las vestiduras sagradas. Para esto que es coger obvenciones, y las rentas de la Iglesia, hacer comercio de ellas, tienen particular gracia, porque todo cede al fausto, pompa y vanidad de sus familias; en sus casas parroquiales y aderezos de mulas se ven las mejores tapicerías, espejos, repizas de marquería, y en los templos divinos trapos y andrajos. Y fuera cuanto dijera de los curas chapetones, tengo hecho reparo de que omiten los cargos de su obligación y les parece que satisfacen por terceras personas. Ellos como no saben la lengua de la tierra por ser extranjeros, no explican por sí mismos la doctrina, de suerte que hay muchachos y muchachas de veinte años que no saben ni el persignarse; yo juzgaría temerariamente de la poca suficiencia de ellos, mas atribuyo á la permisión divina que así nos convendrá.

© Ministerio de Cultura

Muchos indios no tienen con qué casarse, y por decir que son solteros no pagan el tributo entero, y muchas veces nada, y la razón es porque como sus padres vienen destruídos de Potosí, de haber hecho alferazgos, mitas, y padecido en las Pauaderías, arrendados como esclavos ó porque quedan sumamente destruídos de los corregidores, ó porque sus padres son pobres por las obligaciones de los pueblos ú otros motivos, los curas por no perder sus *ricuchicos* y otros abusos los dejan vivir á su agrado, y cuando ellos menos piensan les coge la muerte en mal estado; yo no sé, señor, cómo puedan dar su descargo al Juez Divino.

Tanto tengo que decir á V. S., mas lo precioso del tiempo no da lugar, y para hacer varias representaciones á la real Corona de España espero de la benignidad de V. S. me despache uno ó dos letrados, peritos, desapasionados, quienes haciendo juramento de fidelidad al Rey vengan con nuestros protectores á dirigir y gobernar nuestros asuntos, conforme fueren y cedieren al agrado de S. M. (que Dios guarde), porque como carecemos de instrucción, pudiéramos pedir ó decir cosas tan diminutas ó excesivas que repugnen á la razón. También suplico y ruego que me vengan dos señores sacerdotes de pública virtud, fama y letras que dirijan mi conciencia y me pongan en el camino de la verdad que es Dios, nuestro último fin, para que fuimos criados, en quien espero, á quien ruego continúe la salud de V. S. por felices y dilatados años para el bien de sus provincias.

José Gabriel Tupac Amaru.

Tinta y Marzo 5 de 1781.

Nota.—*Los documentos antecedentes son sacados de las piezas oficiales que el virrey, marqués de Avilés, mandó recoger.*

B.—Pág. 70.

Declaración del Congreso de las Provincias Unidas de Sur América en Tucumán y su manifiesto á las naciones.

ACTA DE INDEPENDENCIA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS EN SUR AMÉRICA

En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de Tucumán á nueve días del mes de Julio de 1816, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó

© Ministerio de Cultura

sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones é interés que demanda la suerte suya, pueblos representados y posteridad; á su término fueron preguntados.—¿Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre é independiente de los reyes de España y su metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia, y uno á uno reiteraron sucesivamente su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente:

Nos, los representantes de las Provincias Unidas en Sur América reunidos en Congreso general, invocando al Eterno que preside al universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, á las naciones y hombres todos del globo la justicia que regla nuestros votos; declaramos solemnemente á la faz de la tierra, que es voluntad unánime é indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban á los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, é investirse del alto carácter de una nación libre é independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia, é impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumpliniento y sostén de esta su voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama.—Comuníquese á quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe á las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración.—Dada en la Sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios:

Francisco Narciso de la Prida, *diputado por San Juan*, presidente.—Mariano Boedo, vicepresidente, *diputado por Salta.*—Dr. Antonio Sáenz, *diputado por Buenos Aires.*—

© Ministerio de Cultura

Dr. José Darregueyra, *diputado por Buenos Aires.*—Fray Cayetano José Rodríguez, *diputado por Buenos Aires.*—Dr. Manuel Antonio Acevedo, *diputado por Catamarca.*—Dr. José Ignacio Gorriti, *diputado por Salta.*—Dr. José Andrés Pacheco de Melo, *diputado por Chinchas.*—Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, *diputado por la ciudad de Jujuy y su territorio.*—Eduardo Pérez Bulnes, *diputado por Córdoba.*—Tomás Godoy Cruz, *diputado por Mendoza.*—Dr. Pedro Miguel Araoz, *diputado por la capital del Tucumán.*—Dr. Esteban Agustín Gazcón, *diputado por la provincia de Buenos Aires.*—Pedro Francisco Uriarte, *diputado por Santiago del Estero.*—Pedro León Gallo, *diputado de Santiago del Estero.*—Pedro Ignacio Rivera, *diputado de Mizque.*—Dr. Mariano Sánchez de Loria, *diputado por Charcas.*—Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros, *diputado por la Rioja.*—Licenciado Gerónimo Salguero de Cabrera y Cabrera, *diputado por Córdoba.*—Dr. José Colombres, *diputado por Catamarca.*—Dr. José Ignacio Thames, *diputado por Tucumán.*—Fray Justo de Santa María de Oro, *diputado por San Juan.*—José Antonio Cabrera, *diputado por Córdoba.*—Dr. Juan Agustín Maza, *diputado por Mendoza.*—Tomás Manuel de Anchorena, *diputado de Buenos Aires.*—José Mariano Serrano, *diputado por Charcas*, secretario.—Juan José Passo, *diputado por Buenos Aires*, secretario.

MANIFIESTO

Que hace á las naciones el Congreso general constituyente de las Provincias Unidas en Sur América, sobre el tratamiento y crueldades que han sufrido de los españoles y motivado la declaración de su independencia.

El honor es la prenda que aprecian los mortales más que su propia existencia, y que deben defender sobre todos los bienes que se conocen en el mundo, por más grandes y sublimes que ellos sean. Las Provincias Unidas del Río de la Plata han sido acusadas por el gobierno español de rebelión y de perfidia ante las demás naciones, y denunciado como tal el famoso acto de emancipación, que expidió el Congreso Nacional en Tu-

© Ministerio de Cultura

cumán á 9 de Julio de 1816, imputándoles ideas de anarquía y miras de introducir en otros países principios sediciosos, al tiempo mismo de solicitar la amistad de esas mismas naciones y el reconocimiento de este memorable acto para entrar en su rol. El primer deber entre los más sagrados del Congreso nacional es apartar de sí tan feas notas y defender la causa de su país publicando las crueldades y motivos que impulsaron la declaración de independencia. No es este ciertamente un sometimiento que atribuya á otra potestad de la tierra el poder de disponer de una suerte, que le ha costado á la América torrentes de sangre y toda especie de sacrificios y amarguras. Es una consideración importante que debe á su honor ultrajado y al decoro de las demás naciones.

Prescindimos de investigaciones acerca del derecho de conquista, de concesiones pontificias y de otros títulos, en que los españoles han apoyado su dominación; no necesitamos acudir á unos principios que pudieran suscitar contestaciones poblemáticas y hacer revivir cuestiones que han tenido defensores por una y otra parte. Nosotros apelamos á hechos que forman un contraste lastimoso de nuestro sufrimiento con la opresión y sevicia de los españoles. Nosotros mostraremos un abismo espantoso, que España abría á nuestros pies y en que iban á precipitarse estas provincias si no se hubiera interpuesto el muro de su emancipación. Nosotros, en fin, daremos razones que ningún racional podrá desconocer, á no ser que las encuentre para persuadir á un país que renuncie para siempre á toda idea de su felicidad y adopte por sistema la ruina, el oprobio y la paciencia. Pongamos á la faz del mundo este cuadro, que nadie puede mirar sin penetrarse profundamente de nuestros mismos sentimientos.

Desde que los españoles se apoderaron de estos países, prefirieron el sistema de asegurar su dominación, exterminando, destruyendo y degradando. Los planes de esta devastación se pusieron luego en planta y se han continuado sin intermisión por espacio de trescientos años. Ellos principiaron por asesinar á los Monarcas del Perú, y después hicieron lo mismo con los demás régulos y primados que encontraron. Los habitantes del país, queriendo contener tan feroces irrupciones entre la gran desventaja de sus armas, fueron víctimas del fuego y

© Ministerio de Cultura

del hierro, y dejaron sus poblaciones á las llamas, que fueron aplicadas sin piedad ni distinción por todas partes.

Los españoles pusieron entonces una barrera á la población del país; prohibieron con leyes rigurosas la entrada de extranjeros; limitaron en lo posible la de los mismos españoles, y la facilitaron en estos últimos tiempos á los hombres criminosos, á los presidiarios y á los inmorales, que convenía arrojar de su península. Ni los vastos, pero hermosos desiertos que aquí se habían formado con el exterminio de los naturales, ni el interés de lo que debía rendir á España el cultivo de unos campos tan feraces como inmensos; ni la perspectiva de los minerales más ricos y abundantes del orbe; ni el aliciente de innumerables producciones desconocidas hasta entonces las unas, preciosas por su valor inestimable las otras, y capaces todas de animar la industria y el comercio, llevando aquélla á su colmo y ésta al más alto grado de opulencia; ni por fin el tortor de conservar sumergidas en desdicha las regiones más deliciosas del globo, tuvieron poder para cambiar los principios sombríos y ominosos de la corte de Madrid. Centenares de leguas hay despobladas é incultas de una ciudad á otra. Pueblos enteros se han acabado, quedando sepultados entre las ruinas de las minas ó pereciendo con el antimonio bajo el diabólico invento de las mitas, sin que hayan bastado á reformar este sistema exterminador ni los lamentos de todo el Perú, ni las muy enérgicas representaciones de los más celosos ministros.

El arte de explotar los minerales, mirado con abandono y apatía, ha quedado entre nosotros sin los progresos que han tenido los demás en los siglos de la ilustración entre las naciones cultas; así las minas más opulentas, trabajadas casi á la brusca, han venido á sepultarse, por haberse desplomado los cerros sobre sus bases, ó por haberse inundado de agua las labores y quedado abandonadas. Otras producciones raras y estimables del país se hallan todavía confundidas en la naturaleza, sin haber interesado nunca el celo del gobierno; y si algún sabio observador ha intentado publicar sus ventajas, ha sido reprendido de la corte, y obligado á callar, por la decadencia que podían sufrir algunos artefactos comunes de España.

La enseñanza de las ciencias era prohibida para nosotros, y sólo se nos concedieron la gramática latina, la filosofía antigua,

© Ministerio de Cultura

la teología y la jurisprudencia civil y canónica. Al virrey don Joaquín del Pino se le llevó muy á mal, que hubiese permitido en Buenos Aires al Consulado costear una cátedra de náutica; y en cumplimiento de las órdenes que vinieron de la corte, se mandó cerrar el aula, y se prohibió enviar á París jóvenes que se formasen buenos profesores de química para que aquí la enseñasen.

El comercio fué siempre un monopolio exclusivo entre las manos de los comerciantes de la Península y las de los consignatarios que mandaban á América. Los empleos eran para los españoles, y aunque los americanos eran llamados á ellos por las leyes, sólo llegaban á conseguirlos raras veces, y á costa de saciar con inmensos caudales la codicia de la corte. Entre ciento sesenta virreyes que han gobernado las Américas, sólo se cuentan cuatro americanos, y de seiscientos dos Capitanes generales y gobernadores, á excepción de catorce, los demás han sido todos españoles. Proporcionalmente sucedía lo mismo con el resto de empleos de importancia y apenas se encontraba alguna alternativa de americanos y españoles entre los escribientes de las oficinas.

Todo lo disponía así la España para que prevaleciese en América la degradación de sus naturales. No le convenía que se formasen sabios, temerosa de que se desarrollasen genios y talentos capaces de promover los intereses de su patria, y hacer progresar rápidamente la civilización, las costumbres y las disposiciones excelentes de que están dotados sus hijos. Disminuía incesantemente la población, recelando que algún día fuese capaz de emprender contra su dominación sostenida por un número pequeñísimo de brazos para guardar tan varias y dilatadas regiones. Hacía el comercio exclusivo, porque sospechaba que la opulencia nos haría orgullosos y capaces de aspirar á libertarnos de sus vejaciones. Nos negaba el fomento de la industria, para que nos faltasen los medios de salir de la miseria y pobreza, y nos excluía de los empleos para que todo el influjo del país lo tuviesen los peninsulares y formasen las inclinaciones y habitudes necesarias, á fin de tenernos en una dependencia que no nos dejase pensar ni proceder, sino según las formas españolas.

Era sostenido con tesón este sistema por los virreyes: cada

© Ministerio de Cultura

uno de ellos tenía investidura de un visir; su poder era bastante para aniquilar á todo el que osase disgustarlos; por grandes que fuesen sus vejaciones debían sufrirse con resignación, y se comparaban supersticiosamente por sus satélites y aduladores con los efectos de la ira de Dios. Las quejas que se dirigían al trono ó no se percibían en el dilatado camino de millares de leguas que tenían que atravesar, ó eran sepultadas en las cobachuelas de Madrid por los deudos y protectores de estos procónsules. No solamente no se suavizó jamás este sistema, pero ni había esperanza de poderlo moderar con el tiempo. Nosotros no teníamos influencia alguna directa ni indirecta en nuestra legislación: ella se formaba en España, sin que se nos concediese el derecho de enviar procuradores para asistir á su formación y representar lo conveniente, como los tenían las ciudades de España. Nosotros no la teníamos tampoco en los gobiernos, que podían templar mucho el rigor de la ejecución. Nosotros sabíamos que no se nos dejaba más recurso que el de la paciencia; y que para el que no se resignase á todo trance no era castigo suficiente el último suplicio; porque ya se habían inventado en tales casos tormentos de nueva y nunca vista crueldad, que ponían en espanto á la misma naturaleza.

No fueron tan repetidas ni tan grandes las sinrazones que conmovieron á las provincias de Holanda, cuando tomaron las armas para desprenderse de la España; ni las que tuvieron las de Portugal para sacudir el mismo yugo; ni las que pusieron á los suizos bajo la dirección de Guillermo Tell para oponerse al Emperador de Alemania; ni las de los Estados Unidos de Norte América, cuando tomaron el partido de resistir los impuestos que les quiso introducir la Gran Bretaña; ni las de otros muchos países, que sin haberlos separado la naturaleza de su metrópoli, lo han hecho ellos para sacudir un yugo de hierro, y labrarse su felicidad. Nosotros, sin embargo, separados de España por un mar inmenso, dotados de diferente clima, de distintas necesidades y habitudes, y tratados como rebaños de animales, hemos dado el ejemplo singular de haber sido pacientes entre tanta degradación, permaneciendo obedientes, cuando se nos presentaban las más lisonjeras coyunturas de quebrar su yugo y arrojarlo á la otra parte del Océano.

Hablamos á las naciones del mundo, y no podemos ser tan

© Ministerio de Cultura

impudentes que nos propongamos engañarlas en lo mismo que ellas han visto y palpado. La América permaneció tranquila todo el período de la guerra de sucesión, y esperó á que se decidiese la cuestión porque combatían las casas de Austria y Borbón, para correr la misma suerte de España. Fué aquella una ocasión oportuna, para redimirse de tantas vejaciones; pero no lo hizo, y antes bien tomó el empeño de defenderse y armarse por sí sola, para conservarse unida á ella. Nosotros, sin tener parte en sus desavenencias con otras potencias de Europa, hemos tomado el mismo interés en sus guerras, hemos sufrido los mismos estragos, hemos sobrellevado sin murmurar todas las privaciones y escaseces que nos inducía su nulidad en el mar, y la incomunicación en que nos ponían con ella.

Fuimos atacados en el año 1806; una expedición inglesa sorprendió y ocupó la capital de Buenos Aires por la imbecilidad é impericia del virrey, que aunque no tenía tropas españolas, no supo valerse de los recursos numerosos que se le brindaban para defenderla. A los cuarenta y cinco días recuperamos la capital, quedando prisioneros los ingleses con su general, sin haber tenido en ello la menor parte el virrey. Clamamos á la corte por auxilios para librarnos de otra nueva invasión que nos amenazaba, y el consuelo que se nos mandó fué una escandalosa Real orden en que se nos previno, que nos defendiésemos como pudiésemos. El año siguiente fué ocupada la Banda Oriental del Río de la Plata por una expedición nueva y más fuerte, sitiada y rendida por asalto la plaza de Montevideo; allí se reunieron mayores fuerzas británicas, y se formó un armamento para volver á invadir la capital, que efectivamente fué asaltada á pocos meses, mas con la fortuna de que su esforzado valor venciese al enemigo en el asalto, obligándolo con tan brillante victoria á la evacuación de Montevideo y de toda la Banda Oriental.

No podía presentarse ocasión más halagüeña para habernos hecho independientes, si el espíritu de rebelión ó de perfidia hubieran sido capaces de afectarnos, ó si fuéramos susceptibles de los principios sediciosos y anárquicos que nos han imputado. Pero ¿á qué acudir á estos pretextos? Razones muy plausibles tuvimos entonces para hacerlo. Nosotros no debíamos ser indiferentes á la degradación en que vivíamos. Si la victoria auto-

© Ministerio de Cultura

riza alguna vez al vencedor para ser árbitro de los destinos, nosotro podíamos fijar el nuestro hallándonos con las armas en la mano, triunfantes y sin un regimiento español que pudiese resistirnos, y si ni la victoria ni la fuerza dan derecho, era mayor el que teníamos, para no sufrir más tiempo la dominación de España. Las fuerzas de la Península no nos eran temibles, estando sus puertos bloqueados, y los mares dominados por las escuadras británicas. Pero, á pesar de brindarnos tan placenteramente la fortuna, no quisimos separarnos de España, creyendo que esta distinguida prueba de lealtad mudaría los principios de la corte, y la haría conocer sus verdaderos intereses.

¡Nos engañábamos miserablemente, y nos lisonjeábamos con esperanzas vanas! España no recibió tan generosa demostración como una señal de benevolencia, sino como obligación debida y rigurosa. La América continuó regida con la misma tirantez, y nuestros heroicos sacrificios sirvieron solamente para añadir algunas páginas á la historia de las injusticias que sufrimos.

Este es el estado en que nos halló la revolución de España. Nosotros, acostumbrados á obedecer ciegamente cuanto allá se disponía, prestamos obediencia al rey Fernando de Borbón, no obstante que se había coronado derribando á su padre del trono por medio de un tumulto suscitado en Aranjuez. Vimos que seguidamente pasó á Francia, que allí fué detenido con sus padres y hermanos y privado de la Corona que acababa de usurpar. Que la nación, ocupada por todas partes de tropas francesas, se convulsionaba y entre sus fuertes sacudimientos y agitaciones civiles eran asesinados por la plebe amotinada varones ilustres que gobernaban las provincias con acierto, ó servían con honor en los ejércitos. Que entre estas oscilaciones se levantaban en ellas gobiernos, y titulándose supremo cada uno se consideraba con derecho para mandar soberanamente á las Américas. Una junta de esta clase, formada en Sevilla, tuvo la presunción de ser la primera qne aspiró á nuestra obediencia, y los virreyes nos obligaron á prestarle reconocimiento y sumisión. En menos de dos meses pretendió lo mismo otra junta titulada suprema de Galicia, y nos envió un virrey con la grosera amenaza de que vendrían también treinta mil hombres, si era necesario. Erigióse luego la Junta Central, sin

© Ministerio de Cultura

haber tenido parte nosotros en su formación, y al punto la obe decimos, cumpliendo con celo y eficacia sus decretos. Enviamos socorro de dinero, donativos voluntarios y auxilios de toda especie para acreditar que nuestra fidelidad no corría riesgo en cualquiera prueba en que se quisiese sujetarla.

Nosotros habíamos sido tentados por los agentes del rey José Napoleón, y halagados con grandes promesas de mejorar nuestra suerte, si adheríamos á su partido. Sabíamos que los españoles de la primera importancia se habían declarado ya por él; que la nación estaba sin ejércitos, y sin una dirección vigorosa tan necesaria en los momentos de apuro. Estábamos informados que las tropas del Río de la Plata que fueron prisioneras á Londres después de la primera expedición de los ingleses, habían sido conducidas á Cádiz, y tratadas allí con la mayor inhumanidad; que se habían visto precisadas á pedir limosna por las calles, para no morir de hambre; y que desnudas, y sin auxilio alguno, habían sido enviadas á combatir con los franceses. Pero en medio de tantos desengaños permanecimos en la misma posición, hasta que ocupando los franceses las Andalucías se dispersó la Junta Central.

En estas circunstancias se publicó un papel sin fecha, y firmado solamente por el arzobispo de Laodicea, que había sido presidente de la extinguida Junta Central. Por él se ordenaba la formación de una regencia, y se designaban tres miembros que debían componerla. Nosotros no pudimos dejar de sobrecogernos con tan repentina como inesperada nueva. Entramos en cuidados, y temimos ser envueltos en las mismas desgracias de la metrópoli. Reflexionamos sobre su situación incierta y vacilante, habiéndose ya presentado los franceses á las puertas de Cádiz y de la Isla de León; recelábamos de los nuevos regentes, desconocidos para nosotros, habiéndose pasado á los franceses los españoles de más crédito, disuelta la central, perseguidos y acusados de traición sus individuos en papeles públicos. Conocíamos la ineficacia del decreto publicado por el arzobispo de Laodicea, y sus ningunas facultades para establecer la regencia; ignorábamos si los franceses se habían apoderado de Cádiz, y consumado la conquista de España, entre tanto que el papel había venido á nuestras manos; y dudábamos que un gobierno nacido de los dispersos fragmentos de la cen-

© Ministerio de Cultura

tral no corriese pronto la misma suerte que ella. Atentos á los riesgos en que nos hallábamos, resolvimos tomar á nuestro cargo el cuidado de nuestra seguridad, mientras adquiríamos mejores conocimientos del estado de España, y se conciliaba alguna consistencia su gobierno. En vez de lograrla, vimos caer luego la regencia, y sucederse las mudanzas de gobierno las unas á las otras en los tiempos de mayor apuro.

Entre tanto nosotros establecimos nuestra Junta de gobierno á semejanza de las de España. Su institución fué puramente provisoria, y á nombre del cautivo rey Fernando. El virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, expidió circulares á los gobernadores, para que se preparasen á la guerra civil, y armasen sus provincias contra las otras. El Río de la Plata fué bloqueado al instante por una escuadra; el gobernador de Córdoba empezó á organizar un ejército; el de Potosí y el presidente de Charcas hicieron marchar otro á los confines de Salta; y el presidente del Cuzco, presentándose con otro tercer ejército sobre las márgenes del Desaguadero, hizo un armisticio de cuarenta días para descuidarnos; y antes de terminar éste rompió las hostilidades, atacó nuestras tropas, y hubo un combate sangriento, en que perdimos más de mil quinientos hombres. La memoria se horroriza de recordar los desafueros que cometió entonces Goyeneche en Cochabamba. ¡Ojalá fuera posible olvidarse de este americano ingrato y sanguinario, que mandó fusilar el día de su entrada al honorable gobernador intendente Antezana; que presenciando desde los balcones de su casa este inicuo asesinato, gritaba con ferocidad á la tropa, que no le tirase á la cabeza porque la necesitaba para ponerla en una pica; que después de habérsela cortado, mandó arrastrar por las calles el yerto tronco de su cadáver, y que autorizó á sus soldados con el bárbaro decreto de hacerlos *dueños de vidas y haciendas*, dejándolos correr en esta brutal posesión por muchos días!

La posteridad se asombrará de la ferocidad con que se han encarnizado contra nosotros unos hombres interesados en la conservación de las Américas; y nunca podrá admirar bastantemente el aturdimiento con que han pretendido castigar un paso que estaba marcado con sellos indelebles de fidelidad y amor. El nombre de Fernando de Borbón precedía en todos los decretos del gobierno, y encabezaba sus despachos. El pabellón

© Ministerio de Cultura

español tremolaba en nuestros buques y servía para inflamar nuestros soldados. Las provincias, viéndose en una especie de orfandad por la dispersión del gobierno nacional, por la falta de otro legítimo y capaz de respetabilidad, y por la conquista de casi toda la metrópoli, se habían levantado un Argos, que velase sobre su seguridad y las conservase intactas para presentarse al cautivo rey, recuperada su libertad. Era esta medida imitación de la de España, incitada por la declaración que hizo á la América parte integrante de la monarquía, é igual en los derechos con aquélla; y había sido antes practicada en Montevideo por consejo de los mismos españoles. Nosotros ofrecimos continuar los socorros pecuniarios, y donativos voluntarios para proseguir la guerra, y publicamos mil veces la sanidad de nuestras intenciones, y la sinceridad de nuestros votos. La Gran Bretaña, entonces tan benemérita de la España, interponía su mediación y sus respetos para que no se nos diese un tratamiento tan duro y tan acerbo. Pero estos hombres, obcecados en sus caprichos sanguinarios, desecharon la mediación, y expidieron rigurosas órdenes á todos los generales para que apretasen más la guerra y los castigos: se elevaron por todas partes los cadalsos, y se apuraron los inventos para afligir y consternar.

Ellos procuraron desde entonces dividirnos por cuantos medios han estado á sus alcances, para hacernos exterminar mutuamente. Nos han suscitado calumnias atroces, atribuyéndonos designios de destruir nuestra sagrada religión, abolir toda moralidad y establecer la licenciosidad de costumbres. Nos hacen una guerra religiosa, maquinando de mil modos la turbación y alarma de conciencias, haciendo dar decreto de censuras eclesiásticas á los obispos españoles, publicar excomuniones, y sembrar por medio de algunos confesores ignorantes doctrinas fanáticas en el tribunal de la penitencia. Con estas discordias religiosas han dividido las familias entre sí; han hecho desafectos á los padres con los hijos; han roto los dulces vínculos que unen al marido con la esposa; han sembrado rencores y odios implacables entre los hermanos más queridos, y han pretendido poner toda la naturaleza en discordia.

Ellos han adoptado el sistema de matar hombres indistintamente para disminuirnos; y á su entrada en los pueblos han

© Ministerio de Cultura

arrebatado hasta los infelices vivanderos, los han llevado en grupos á las plazas, y los han ido fusilando uno á uno. Las ciudades de Chuquisaca y Cochabamba han sido algunas veces los teatros de estos furores.

Ellos han interpolado entre sus tropas á nuestros soldados prisioneros, llevándose los oficiales aherrojados á presidios, donde es imposible conservar un año la salud; han dejado morir de hambre y de miseria á otros en las cárceles; y han obligado á muchos á trabajar en las obras públicas. Ellos han fusilado con jactancia á nuestros parlamentarios, y han cometido los últimos horrores con jefes ya rendidos y otras personas principales, sin embargo de la humanidad que nosotros usamos con los prisioneros, de lo cual son buena prueba el diputado Matos de Potosí, el capitán general Pumacagua, el general Angulo y su hermano, el comandante Muñecas y otros jefes de partidas fusilados á sangre fría después de muchos días de prisioneros.

Ellos en el pueblo del Valle Grande tuvieron el placer brutal de cortar las orejas á sus naturales y remitir un canasto lleno de estos presentes al cuartel general; quemaron después la población, incendiaron más de treinta pueblos numerosos del Perú, y se deleitaron en encerrar á los hombres en las casas antes de ponerles fuego, para que allí muriesen abrasados.

Ellos no sólo han sido crueles é implacables en matar; se han despojado también de toda moralidad y decencia pública, haciendo azotar en las plazas religiosos ancianos y mujeres amarradas á un cañón, habiéndolas primero desnudado con furor escandaloso, y puesto á la vergüenza sus carnes.

Ellos establecieron un sistema inquisitorial para todos estos castigos; han arrebatado vecinos sosegados, llevándolos á la otra parte de los mares, para ser juzgados por delitos supuestos, y han conducido al suplicio, sin proceso, á una gran multitud de ciudadanos.

Ellos han perseguido nuestros buques, saqueado nuestras costas, hecho matanzas en sus indefensos habitantes, sin perdonar á sacerdotes septuagenarios; y por orden del general Pezuela quemaron la iglesia del pueblo de Puna, y pasaron á cuchillo viejos, mujeres y niños, que fué lo único que encontraron. Ellos han excitado conspiraciones atroces entre los españoles avecin-

© Ministerio de Cultura

dados en nuestras ciudades y nos han puesto en el conflicto de castigar con el último suplicio padres de familias numerosas.

Ellos han compelido á nuestros hermanos é hijos á tomar armas contra nosotros; y formando ejércitos de los habitantes del país, al mando de sus oficiales, los han obligado á combatir con nuestras tropas. Ellos han excitado insurrecciones domésticas, corrompiendo con dinero y toda clase de tramas á los moradores pacíficos del campo para envolverlos en una espantosa anarquía y atacarnos divididos y debilitados.

Ellos han faltado con infamia y vergüenza indecible á cuantas capitulaciones les hemos concedido en repetidas veces, que los hemos tenido debajo de la espada; hicieron que volviesen á tomar las armas cuatro mil hombres, que se rindieron con su general Tristán en el combate de Salta, á quienes generosamente concedió capitulación el general Belgrano en el campo de batalla, y más generosamente se las cumplió, fiado en la fe de su palabra.

Ellos nos han dado á luz un nuevo invento de horror envenenando las aguas y los alimentos, cuando fueron vencidos en la Paz por el general Pinelo; y á la benignidad con que los trató éste después de haberlos rendido á discreción, le correspondieron con la barbarie de volar los cuarteles que tenían minados de antemano.

Ellos han tenido la bajeza de incitar á nuestros generales y gobernadores, abusando del derecho sagrado de parlamentar, para que nos traicionasen, escribiéndoles cartas con publicidad y descaro á este intento. Han declarado que las leyes de la guerra observadas entre naciones cultas no debían emplearse con nosotros; y su general Pezuela, después de la batalla de Ayouma, para descartarse de compromisos, tuvo la serenidad de responder al general Belgrano, que con insurgentes no se podían celebrar tratados.

Tal era la conducta de los españoles con nosotros cuando Fernando de Borbón fué restituído al trono. Nosotros creímos entonces que había llegado el término de tantos desastres; nos pareció que un rey, que se había formado en la adversidad, no sería indiferente á la desolación de sus pueblos, y despachamos un diputado para que lo hiciese sabedor de nuestro estado.

© Ministerio de Cultura

No podía dudarse que nos daría la acogida de un benigno príncipe, y que nuestras súplicas lo interesarían á medida de su gratitud y de esa bondad que habían exaltado hasta los cielos los cortesanos españoles. Pero estaba reservada para los países de América una nueva y desconocida ingratitud, superior á todos los ejemplos que se hallan en las historias de los mayores tiranos.

El nos declaró amotinados en los primeros momentos de su restitución á Madrid; él no ha querido oir nuestras quejas, ni admitir nuestras súplicas, y nos ha ofrecido por última gracia un perdón. El confirmó á los virreyes, gobernadores y generales que había encontrado en actual carnicería. Declaró crimen de estado la pretensión de formarnos una constitución para que nos gobernase fuera de los alcances de un poder divinizado, arbitrario y tiránico, bajo el cual habíamos yacido tres siglos, medida que sólo podía irritar á un príncipe enemigo de la justicia y de la beneficencia, y por consiguiente indigno de gobernar.

El se aplicó luego á levantar grandes armamentos, con ayuda de sus ministros, para emplearlos contra nosotros. El ha hecho transportar á estos países ejércitos numerosos para consumar las devastaciones, los incendios y los robos. El ha hecho servir los primeros cumplimientos de las potencias de Europa á su vuelta de Francia para comprometerlas á que nos negasen toda ayuda y socorro y nos viesen despedazar indiferentes. El ha dado un reglamento particular de corso contra los buques de América, que contiene disposiciones bárbaras y manda ahorcar la tripulación; ha prohibido que se observen con nosotros las leyes de sus ordenanzas navales formadas según derecho de gentes, y nos ha negado todo cuanto concedemos á sus vasallos apresadas por nuestros corsarios. El ha enviado á sus generales con ciertos decretos de perdón, que hacen publicar para alucinar á las gentes sencillas é ignorantes, á fin de que les faciliten la entrada en las ciudades, pero al mismo tiempo les ha dado otras instrucciones reservadas; y autorizados con ellas, después que las ocupan, ahorcan, queman, saquean, confiscan, disimulan los asesinatos particulares, y todo cuanto daño cabe hacerse á los supuestos perdonados. En el nombre de Fernando de Borbón es que se hacen poner en los caminos cabezas de

© Ministerio de Cultura

oficiales patriotas prisioneros; es que nos han muerto á palos y á pedradas á un comandante de partidas ligeras; y es que al coronel Camargo, después de muerto también á palos por mano del indecente Centeno, le cortaron la cabeza, y se envió por presente al general Pezuela, participándole: *que aquello era un milagro de la virgen del Carmen.*

Un torrente de males y de angustias semejante es el que nos ha dado impulso para tomar el único partido que quedaba. Nosotros hemos meditado muy detenidamente sobre nuestra suerte; y volviendo la atención á todas partes, sólo hemos visto vestigios de los tres elementos que debían necesariamente formarla: ¡oprobio, ruina y paciencia! ¿Qué debía esperar la América de un rey, que viene al trono animado de sentimientos tan crueles é inhumanos? ¿De un rey que antes de principiar, se apresura á impedir que ningún príncipe se interponga para contener su furia? ¿De un rey que paga con cadalsos y cadenas los inmensos sacrificios que han hecho para sacarlo del cautiverio en que estaba sus vasallos de España? ¿Unos vasallos que á precio de su sangre y de toda especie de daños han combatido por redimirlo de la prisión, y no han descansado hasta volver á ceñirle la corona? Si unos hombres á quienes debe tanto, por sólo haberse formado una constitución, han recibido la muerte y la cárcel por galardón de sus servicios, ¿qué debería estar reservado para nosotros? Esperar de él y de sus carniceros ministros un tratamiento benigno, habría sido ir á buscar entre los tigres la magnanimidad del águila.

En nosotros se habrían entonces repetido las escenas de Caracas, Cartagena, Quito y Santa Fe; habríamos dejado conculcar las cenizas de 80.000 personas que han sido víctimas del furor enemigo, cuyos ilustres manes convertirían contra nosotros con justicia el clamor de la venganza; y nos habríamos atraído la execración de tantas generaciones venideras condenadas á servir á un amo, siempre dispuesto á maltratarlas, y que por su nulidad en el mar ha caído en absoluta impotencia de protegerlas contra las invasiones extranjeras.

Nosotros, pues, impelidos por los españoles y su rey, nos hemos constituído independientes, y nos hemos aparejado á nuestra defensa natural contra los estragos de la tiranía con nuestro honor, con nuestras vidas y haciendas. Nosotros hemos jurado

© Ministerio de Cultura

al rey y supremo juez del mundo, que no abandonaremos la causa de la justicia, que no dejaremos sepultar en escombros y sumergir en sangre derramada por manos de verdugos, la Patria que él nos ha dado; que nunca olvidaremos la obligación de salvarla de los riesgos que la amenazan y el derecho sacrosanto que ella tiene á reclamar de nosotros todos los sacrificios necesarios para que no sea deturpada, escarnecida y hollada por las plantas inmundas de hombres usurpadores y tiranos. Nosotros hemos grabado esta declaración en nuestros pechos, para no desistir jamás de combatir por ella. Y al tiempo de manifestar á las naciones del mundo las razones que nos han movido á tomar este partido, tenemos el honor de publicar nuestra intención de vivir en paz con todas y aun con la misma España desde el momento que quiera aceptarla. Dado en la Sala del Congreso en Buenos Aires á 25 de Octubre de 1817.

DR. PEDRO IGNACIO DE CASTRO Y BARROS, presidente.
DR. JOSÉ EUGENIO DE ELÍAS, secretario.

C.—Pág. 283.

Oficios del general Ramírez que hacen relación á las medidas que adoptó para contener los progresos de Miller á su desembarco en Arica.

I. General en jefe del Alto Perú.—He nombrado al señor subinspector general del ejército, coronel D. José Santos de la Hera, para que pase á Tacna á operar en el orden conveniente contra los enemigos, que según los avisos vienen á Arica en número de quinientos infantes y cien caballos.

En consecuencia ejecutará usted sin consultar cuantas órdenes le comunique el expresado señor subinspector, facilitándole los auxilios que pida para que con las tropas que lleva y las que reuna pueda practicar todos los movimientos que sean conducentes al servicio nacional. Dios guarde á usted muchos años. Cuartel general en Arequipa á 6 de Mayo de 1821.

JUAN RAMÍREZ.

Señor juez subdelegado, D. Felipe Pelando,
Comandante militar de Tarapacá.

© Ministerio de Cultura

II. General en jefe del Alto Perú.—Los enemigos que se reembarcaron en Pisco el 22 de Abril próximo anterior, han tomado la dirección de estas costas, y por si aportan á Arica según las noticias que tengo, he dispuesto una expedición combinada al mando del señor subinspector general del ejército para operar contra ellos, y hacerlos reembarcar; pues la única fuerza con que vienen de 500 infantes y 100 caballos sólo es suficiente para robar y saciar los deseos del pillaje.

Como los afectos al sistema disidente esparcen voces y mentiras exagerando las ideas que les acomodan, y disminuyendo nuestros progresos y cuanto influye en obsequio del servicio Nacional, lo participo á V. S. para su inteligencia. Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general en Arequipa á 7 de Mayo de 1821.

JUAN RAMÍREZ.

Señor subdelegado de Tarapacá.

D.—Pág. 292.

Otro del Dr. D. Juan Bautista de Lavalle con objeto de privar de subsistencias á los patriotas.

Acaba de recibir este gobierno la noticia de que los insurgentes de Chile han ocupado la villa de Moquegua, capital de ese partido. Este suceso, consecuencia de la dispersión de las tropas que salieron de esta ciudad, y que fueron atacadas por dichos insurgentes antes de su reunión con las respetables fuerzas del ejército del Alto Perú, que se hallan de marcha por orden del Excmo. Sr. general en jefe, teniente general D. Juan Ramírez, desaparecerá tan luego como aquéllas se presenten á obrar contra los referidos insurgentes. Hasta este caso, hasta que en dicha villa de Moquegua se restablezca el orden, y hasta nueva providencia de este gobierno, debe V. S. cortar toda comunicación de ese pueblo con la citada villa, ejercitando su lealtad y la de todos los habitantes de su distrito en observar los movimientos del enemigo para dar parte circunstanciado de cuanto ocurra.

Los intereses de la hacienda pública por contribución de naturales de ese pueblo correspondiente al tercio de Navidad

© Ministerio de Cultura

de 1820, por el 5 por 100 de rentas prediales de dicho año, por el arbitrio de un peso en fanega de harina de trigo, y de cuatro reales en la de maíz, y por cualquiera otro ramo, cuide V. S. se remitan directamente á la tesorería principal de esta ciudad, haciendo saber para el efecto esta orden á los caciques recaudadores y á los demás encargados de la recaudación de los otros ramos, en inteligencia que V. S. y ellos serán responsables por todo procedimiento en contrario.

Esperando del celo y decisión de V. S. el mejor cumplimiento de estas prevenciones le encargo principalmente me dé aviso del recibo de este oficio. Dios guarde á V. S. muchos años. Arequipa Mayo 26 de 1820.

JUAN BAUTISTA DE LAVALLE.

Al ilustre Ayuntamiento Constitucional
del pueblo de Carumas.

E.—Pág. 293.

Carta del lord Cochrane á Miller manifestándole su aprobación por su conducta y la de su tropa y oficiales, así como su sentimiento por la muerte de Welsh.

Ilo, 27 de Mayo 1821.

Mi querido coronel.—Congratulo á usted de lo profundo de mi corazón por las gloriosas ventajas que han producido sus bien meditadas y enérgicas disposiciones. La fama de los hechos de usted llenarán de alegría todos los corazones en Chile y en Haura; y hoy saldrá un buque para cada uno de estos puntos. Dé usted las gracias á los oficiales y tropa en nombre del gobierno de Chile, del general San Martín y mío, prometiéndoles una medalla y la justa recompensa de su valiente comporte.

¡Pobre Welsh! Habría preferido perder el brazo derecho á su muerte. Adiós mi valiente y buen amigo, y créame siempre su afectísimo.

COCHRANE.

Señor coronel D. Guillermo Miller.

© Ministerio de Cultura

Carta del general O'Higgins, supremo director de Chile en que participa á Miller su nombramiento de legionario.

Santiago, 28 de Enero de 1822.

Señor D. Guillermo Miller.—Muy estimado mío: la condecoración con que este gobierno ha distinguido á usted nombrándole legionario de la legión de Mérito del estado de Chile, ha sido una pequeña indicación con que ha querido manifestar su reconocimiento á los recomendables servicios que usted ha prestado en favor de la sagrada causa de la libertad de América. Yo agradezco á usted las expresiones con que me honra en su apreciable de 3 de Agosto último; y cuidaré de remitir á usted el diploma y medalla correspondientes, quedando de este modo satisfechos en parte los sinceros deseos que tiene de servir á usted su afectísimo q. s. m. b.,

BERNARDO O'HIGGINS.

F.—Pág. 293.

Carta de La Hera interceptada por Miller, que iba dirigida á D. Blas Mendoza, residente en Moquegua, durante las operaciones á que hacen relación los oficios anteriores.

Muy señor mío.—Dentro de poco días tendré el gusto de ver á usted, y á pesar de que tengo noticias de cuanto pasa en esa villa exijo de usted la respuesta en el momento á las preguntas siguientes. Este paso decidirá sin disputa de la suerte sucesiva de usted que espero sabrá evitar su infelicidad.

1. Cuál es el total de fuerzas enemigas y puntos que ocupan, con distinción de infantería y caballería.

2. Qué otras fuerzas han entrado en Moquegua además de las que trajo Miller del ataque de Mirabe, y si han desembarcado más tropas.

3. Cuántos negros y paisanos de todas clases se les han incorporado.

4. Si piensan salir para Arequipa, qué día, con qué fuerzas, y por dónde.

© Ministerio de Cultura

5. Cuál es el papel que hace entre ellos el coronel Portocarrero.

Supongo conocerá usted quién le escribe, y las distinciones que hará de usted si cumple bien.

EL COMANDANTE GENERAL DE LAS TROPAS DEL REY QUE MARCHAN Á MOQUEGUA.

Carta supuesta que hizo Miller remitir á La Hera como contestación á la precedente.

Moquegua, Junio 4 de 1821.

Muy señor mío y de todo mi respeto.—Anoche recibí la cartita que V. S. se sirvió dirigirme pidiéndome noticias de los enemigos que desgraciadamente infestan estas costas. No contesté á V. S. en el momento porque como me conocen por realista y fiel servidor del rey (que Dios guarde) siempre tienen fija la vista sobre mí, y ahora me he levantado antes de amanecer y dicto ésta con luz artificial para no ser observado por nadie.

No puedo decir á V. S. con exactitud las fuerzas enemigas porque están desparramadas por toda la costa. Dicen que en esta villa hay mil y pico entre caballería é infantería; pero yo no creo, señor, que pasen de 900, porque la gente aquí abulta todas las cosas y se dejan engañar por las mentiras de los rebeldes. Tres días hace que recibió esta guarnición refuerzos de Ilo enviados por Cochrane. Un tal Quadros, que llaman capitán, vino mandando la tropa: es hombre acérrimo enemigo nuestro y habla mucho de lo que van á hacer; pero es pequeño de cuerpo y muy insignificante. Como este refuerzo entró en la villa después de ponerse el sol no supimos de qué número se componía. Dicen que han desembarcado más tropas en Morro de Sama y en Arica, y que todas van á marchar contra V. S.; y que con este objeto saldrá Miller de ésta, mañana con toda su fuerza con dirección á Tacna para buscar á V. S. Están muy vanidosos por la acción de Mirabe que dicen ganaron, y dicen que después que hayan acabado con V. S. (lo que Dios no permita), marcharán á Arequipa en busca del Excmo. Sr. General D. Juan Ramírez; pero corren tantas voces, señor, que no extrañe V. S. que nada pueda decir de positivo sobre las operaciones de estos malvados que nos atormentan tanto.

© Ministerio de Cultura

Portocarrero no quiso por varios pretextos declararse hasta que el Sr. Miller le dijo que debía poner una proclama declarándose enemigo del rey nuestro señor, ó sería tratado como prisionero de guerra. Portocarrero quiso primeramente ir á Ilo á verse con Cochrane, pero Miller le dijo que no diese ningún paso mientras que no se declarase lo que hizo D. Mariano en el momento y ya le llaman brigadier de la patria; mas parece que no confían en él mucho y que saben el bicho que es, sin embargo le hacen trabajar mucho. El Sr. Miller, según parece, pone más confianza en el rebelde Bernardo Landa y en D. Agustín Zapata que en Portocarrero. El segundo de Miller es el mayor Soler; dicen que hay tres jefes más entre Arica é Ilo. El infame capitán Carreño se ha pasado á ellos. Hay dos tenientes, uno que se llama Francisco La Tapia, y el otro Vicente Suárez en quienes pone Miller toda su confianza. Dicen que son guapos como leones, que siempre están de avanzada y que no dan cuartel. La Tapia tiene reunidos unos cincuenta milicianos armados y unos cuantos soldados, y unos dicen que se dirigen sobre Arequipa, y otros á ponerse á retaguardia de V. S.

Es cuanto puede comunicar á V. S., este su humilde y amante servidor q. b. l. m. de V. S.

B. M.

P. D. Si V. S. me escribe otra vez ponga V. S. cuidado de mandarme la carta por persona fidedigna y de toda confianza, pues si los rebeldes interceptan la comunicación me ahorcan sin remedio.

G.—Pág. 295.

Orden circular de La Hera para que se le incorporen todas las tropas y destacamentos.

Comandancia general de la división expedicionaria de la costa de Tacna.—Cuantas tropas del rey vean esta orden de las que se hallan en el territorio de los partidos de Tacna y Moquegua se replegarán no sólo forzando sus marchas sino andando día y noche á unírseme buscando la división de mi mando y preguntando por el batallón de Gerona por ser uno de los que

© Ministerio de Cultura

la componen; en inteligencia que me hallarán entre Palca, Guaililas, ó puntos inmediatos por el camino real que viene de Oruro á Tacna sin alejarme de este pueblo, sino muy pocas leguas; esto es en el caso de no entrar en él, pues me sobran tropas para ello.

El repliegue citado sobre Guaililas ó Palca ha de entenderse bajo la más estrecha responsabilidad, así como el no parar en punto alguno más de seis horas para que noticioso el enemigo no pueda impedir su incorporación.

Sabido ya el terreno donde existo, les ordeno igualmente que han de darme todos los días desde el recibo de esta comunicación, aviso de su paradero y noticias que adquieran con cabo ó soldado de la mayor confianza acompañado de un guía, sin fiar nunca sus partes ni lo menor á paisanos solos que cumplen mal casi siempre. Menos malo es perder dos ó tres individuos de tropa que un aviso, que pueden comerlo en caso de necesidad. Mayo 30 de 1821.

HERA.

H.—Pág. 295.

Oficio de La Hera al Ayuntamiento de Tacna que prueba el patriotismo de aquellos habitantes, y las dudas que aún tenía sobre la fuerza real de Miller.

Subinspección y Comandancia general de la división de la costa de Tacna.—Como subinspector del ejército del Alto Perú, y comandante en jefe de la división destinada á la recuperación de esa costa: he recibido el oficio de V. S. fecha de ayer. En su vista diré sólo por ahora que es bien extraño no se haya recibido aviso alguno de ese ilustre cabildo antes del día 13 último en que entraron los enemigos en el pueblo, y que ningún individuo de él haya venido á reunirse á las armas nacionales, pudiendo haberlo hecho con demasiada proporción.

Me hallo con sobradas tropas para hacer desaparecer del territorio los enemigos que lo ocupan, y muy en breve se verán todos los pueblos de la provincia de Arequipa sujetos á las armas nacionales como lo están todos los demás desde Lima hasta Jujuy.

© Ministerio de Cultura

En consecuencia ordeno á V. S. que desde el día de mañana ha de darme parte diariamente de cuanto ocurra dirigiéndome sus avisos á Tacora para que desde allí continúen sobre Moquegua á donde me dirijo por la dirección que prevengo al comandante de la tropa, que permanecerá en aquel punto en combinación con las demás. De faltar V. S. á este precepto, ó de ocultarme la más pequeña noticia que pueda adquirir, no deberá extrañar que esos habitantes sean tratados como enemigos en sus personas é intereses.

Es también indispensable que en el término de una hora me conteste V. S. por extraordinario á las preguntas siguientes:

1. Cuál es el total de las fuerzas enemigas desembarcadas hasta hoy en todos los puntos de esa costa. Cuáles son los que ocupan, y con qué número de hombres.

2. Cuánta es su caballería y de qué calidad.

3. Quiénes son los jefes enemigos y cuál su graduación.

4 y última. Si el subdelegado Portocarrero se ha mezclado en algo, y si existe con ellos.

Dios guarde á V. S. muchos años. En marcha 1 de Junio de 1821.

José Santos de La Hera.

Al muy ilustre Cabildo constitucional de Tacna.

I.—Pág. 298.

Cartas de un fraile que acompañaba á La Hera, dirigidas á adquirir noticias de las fuerzas de Miller é imponer en el país.

1. Sr. D. Pedro Llosa.—Amado amigo: sólo el conocer el carácter de usted tan á fondo, me puede obligar á dirigirle la presente á fin de que me comunique el estado y situación del enemigo. Una división la más temible amenaza á la costa, y un valor sin igual impacienta á los soldados que ansían para que se les permita desalojar á esos infames blanquipardos que más incautos que atrevidos se avanzaron hasta ese punto. Espero por tanto, y se lo encargo á nombre del gobierno, que me conteste á las preguntas siguientes: 1. Qué fuerzas tiene el enemigo. 2. Cuánta gente desembarcó y cuánta se le ha agre-

© Ministerio de Cultura

gado. 3. Cuánta caballería. 4. Cuánta artillería. 5. Cuánta fuerza tienen en destacamentos, y qué puntos ocupan éstos. 6. Si intentan pasar á Arequipa. Todo esto y lo demás que usted conozca ser útil para nuestras operaciones me lo podrá avisar, seguro tanto del secreto como de que nuestro gobierno sabe premiar á los que se ocupan en servicio de la patria.

En breves días nos hemos de ver y conocerá usted la amistad del tocayo.

F. ALBINO.

2. Para Fray José Amat.—Amado paisano: aunque la infame y desordenada patria ocupe todos estos puntos, no creo hayas perdido aquel valor que tanto te distinguía. Las fuerzas que ocupan ese lugar no pueden resistir ni á nuestra vanguardia, pues no sólo un número considerable de fuerza las amenaza, si que por el valor que las distingue se hacen temer. Por tanto ahora más que nunca debemos sacrificarnos á favor de la nación que nos sostiene, y calculando que sabrás cumplir con tu deber espero me contestarás á las preguntas siguientes: 1. Qué fuerzas tiene el enemigo. 2. Cuánta gente desembarcó, y cuánta se le ha agregado. 3. Cuánta caballería. 4. Cuánta artillería. 5. Cuánta fuerza tiene en destacamentos, y qué puntos ocupan éstos. 6. Si intentan pasar á Arequipa. Todo esto y lo demás que conozcas ser útil para nuestras operaciones me lo avisarás con el mismo dador, seguro que nuestro gobierno sabe premiar y corresponder á los que se ocupan en servir á la nación.

En breves días nos veremos y conocerás la amistad del todo tuyo.

FR. A. O.

J.—Pág. 298.

Oficio del coronel La Hera en que con razones especiosas y palabras huecas pretende disculpar su infracción al armisticio de Punchauca, y contestación de Miller.

Ordenes expresas del Excmo. Sr. General en jefe del ejército nacional del Perú me han autorizado para ocupar la villa de Moquegua con las fuerzas de la división de mi mando, y creo que este movimiento lejos de deber reputarse por un acto hostil y

© Ministerio de Cultura

atentatorio del tratado del armisticio celebrado en Punchauca, está apoyado sobre bases legítimas y justas.

Resuelto á no variar de posición hasta tanto que se rompiese ó que se verificase definitivamente me he conservado en medio de las escaseces más rigurosas, prefiriendo la buena fe que exigen los convenios á cuantos perjuicios pudiese experimentar. Pero el sufrimiento tiene sus límites y la necesidad es una ley tan imperiosa, que da el carácter de debidas á las acciones, que al primer aspecto parecen atacar derechos reconocidos.

Difiriéndose notablemente el armisticio no era asequible la continuación de las tropas de mi división conciliando con nimia estrictez los artículos de aquel tratado, y esta circunstancia corroborada con hechos posteriores de infracción, tales como la ocupación de Tacna realizada por usted, la invasión de una partida enemiga en Caraquen para llevar los caballos que encontró, y el embarque de los trigos en Mollendo en el Inchiman San Martín, justifica á los ojos de todos los guerreros del globo las últimas disposiciones que acaba de expedir mi general. Usted conoce bien la fuerza de razones tan luminosas como irrefragables para no dar lugar al menor rompimiento por su parte; pero si contra todo principio se prestase usted á gestiones que envuelvan la más pequeña idea de hostilidad, me veré precisado á obrar con la energía y decisión que demanda el decoro de las armas nacionales, haciéndole responsable de cualesquier ulterior suceso. Dios guarde á usted muchos años. Santiago de Machaca, Julio 5 de 1821.

JOSÉ SANTOS DE LA HERA.

Señor comandante general de las fuerzas
de Chile, situadas en la costa del Sur.

Contesto al oficio de V. S., fecha 5 del presente, diciéndole que en Tacna recibí la noticia del armisticio tratado en Punchauca algunos días después que el comandante militar de este distrito había tomado posesión de ella en nombre de la Patria. La toma de los caballos en Caraquen ha sido explicada satisfactoriamente y del modo más delicado que puede exigirse del honor militar, como V. S. verá por la adjunta copia del oficio recibido de su general. Creo que V. S. no pretenderá que yo responda de la conducta que observa la armada; por lo

© Ministerio de Cultura

demás, V. S. procederá en la forma que tuviere por conveniente, que yo por mi parte regularé mi conducta por los principios que el deber me marca. Dios guarde á V. S. muchos años. Tacna, 9 de Julio de 1821.

GUILLERMO MILLER.

Al señor coronel D. José Santos de la Hera,
subinspector y comandante general de la
división expedicionaria del rey destinada
á la costa.

K.—Pág. 325.

Oficio del ministro de la Guerra y Marina participando á Miller su nombramiento para mandar la Legión peruana de Infantería.

MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA.

En Lima, Agosto 18 de 1821.

S. E., el protector del Perú, ha tenido á bien nombrar á V. S. jefe del batallón de la Legión peruana de la Guardia, como aparece del decreto inserto en la *Gaceta Oficial* que incluyo á V. S. Al nombrar á V. S. S. E. para aquel destino, ha sido su intención acreditar el aprecio que le merecen los notables servicios de V. S., y el interés que tiene en llamar cerca de sí á un oficial que en el curso de toda la campaña ha dado ejemplos memorables del más honrado proceder y del valor más firme en los combates.

Mientras las actuales circunstancias de la guerra exigen que V. S. continúe en ese destino, el teniente coronel del cuerpo que aún no está nombrado, se encargará de su organización, y es justo esperar desde ahora que la Legión de la Guardia sea uno de los más grandes apoyos del orden y de la libertad pública.

Tengo la honra de ofrecer á V. S. los sentimientos de la distinguida consideración, con que soy de V. S. atento servidor,

B. MONTEAGUDO.

Señor coronel D. Guillermo Miller,
Comandante general de la división del Sur.

© Ministerio de Cultura

L.—Pág. 335.

Instancia dirigida al protector del Perú por los habitantes de Ica, pidiendo volviese Miller á mandar en su distrito.

Excmo. señor.—El vecindario de Ica, que tuvo la feliz suerte de ser el primero que abrigó en su seno á sus hermanos libertadores, fué igualmente el que logró la preferencia, en dar desde entonces una prueba nada equívoca de su adhesión á la sagrada causa de la independencia, como también á su generoso protector. Es por esto que halagado de esta gloria, siempre cuenta con el feliz éxito de sus pretensiones, cuando se encaminan á la digna persona de V. E.

Angustiada esta indefensa ciudad por el tirano opresor Santalla, la providencia, empeñada en favorecer este feliz suelo, deparó un benemérito jefe que lo proteja y defienda, tal es el Sr. Coronel D. Guillermo Miller con su política, su delicadeza, su desprendimiento, en fin, con el conjunto de perfecciones políticas y militares que le constituyen un caballero en toda la extensión de la palabra, supo, como buen discípulo de V. E., posesionarse de todos los corazones.

¡Pero qué suerte tan infausta! De improviso desaparece el genio benéfico tutelar para llenar las superiores órdenes de V. E. en la corte de Lima. Todo el júbilo se convierte en confusión, y los corazones se cubren de duelo. Pero no, este pueblo sabe lo que V. E. le distingue y así espera alcanzar la gracia que se le vuelva su jefe continuándolo en la comandancia en esta costa.

No crea V. E. que sólo le estimule á esta súplica su propio interés. No; lleva por norte principal el mejor y más breve acabamiento de la raza enemiga. La localidad de este punto necesita de todo un hombre como el Sr. Miller, pues ella proporciona felicísimas ocasiones de cortar los recursos del enemigo, para que no pueda auxiliase con el cuerpo de reserva de Arequipa, ni retirarse, como es muy creíble, para el Alto Perú. Sea de esto lo que fuere, Ica como situada en el centro puede con tal jefe tomar medidas muy del caso, y con gran proporción para burlar sus designios, ó atacarlos.

© Ministerio de Cultura

Por tan poderosos motivos, no dudan un momento de la generosidad de V. E., vuelven á decir que esperan la gracia y se promete que en cualquiera invasión de enemigos, no habrá un solo individuo que no se dispute la gloria de sacrificar su existencia.

Los que subscriben tienen la honra de ofrecer á V. E. toda su consideración y respeto. Ica, Septiembre 10 de 1821.

M.—Pág. 335.

Carta de Loriga á Miller y la primera de una serie que se escribieron uno á otro durante la guerra en el Perú.

Ica y Abril 16, 1822.

Sr. D. Guillermo Miller.—Mi querido amigo: Mucho desee ver á usted en Torre Blanca, pero no fué posible. Nuestros mutuos destinos hace se hagan la guerra dos amigos hace tres años, mas separado del campo no dude usted soy el mismo Loriga de Talcahuano.

Con gusto he oído aquí su buen porte de usted, cuando mandó esta provincia, pues aunque á mi causa no fuera muy útil, como amigo siempre aprobé lo bueno.

Tengo el gran gusto de ofrecerme como siempre su verdadero amigo q. b. s. m ,

JUAN LORIGA.

FIN DEL TÔMO I

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura

BIBLIOTECA — INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

© Ministerio de Cultura

© Ministerio de Cultura